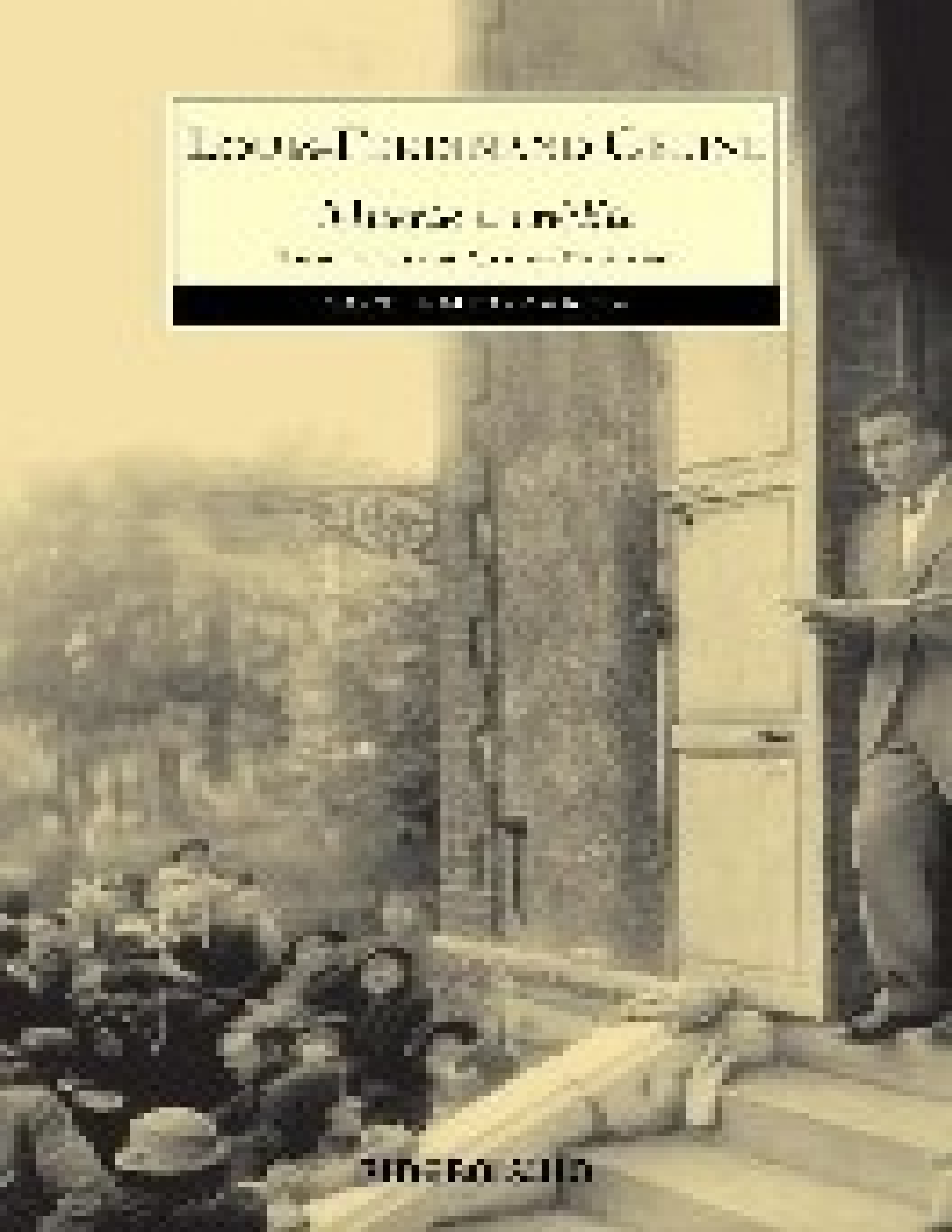

Louis-Ferdinand Céline
Muerte a crédito

Annotation

Buceo fascinante y sobrecogedor, no exento de ácido humor, en los abismos del ser humano.

Muerte a crédito, segunda de las grandes novelas de Céline tras Viaje al fin de la noche, evoca los años de formación del protagonista en un ambiente familiar asfixiante. Sobre el fondo de un mundo disparatado, hecho de miseria y fealdad, el prodigioso genio idiomático de Céline revela asimismo el atónito descubrimiento del amor y de la carne, en un desatado torrente verbal que anticipa la obra de Jean-Paul Sartre y Henry Miller.

LOUIS-FERDINAND CÉLINE

Muerte A Crédito

Mondadori

Sinopsis

Buceo fascinante y sobrecogedor, no exento de ácido humor, en los abismos del ser humano.

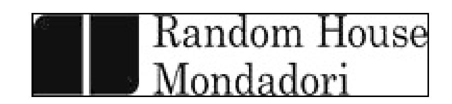
Muerte a crédito, segunda de las grandes novelas de Céline tras Viaje al fin de la noche, evoca los años de formación del protagonista en un ambiente familiar asfixiante. Sobre el fondo de un mundo disparatado, hecho de miseria y fealdad, el prodigioso genio idiomático de Céline revela asimismo el atónito descubrimiento del amor y de la carne, en un desatado torrente verbal que anticipa la obra de Jean-Paul Sartre y Henry Miller.

Autor: Louis-Ferdinand Céline
Editorial: Mondadori
ISBN: 9788426421623
Generado con: QualityEbook v0.60

MUERTE A CRÉDITO

LOUIS-FERDINAND CÉLINE

Traducción de
Carlos Manzano



Título original: Mort à crédit

Edición en formato digital: noviembre de 2012

Diseño de la cubierta: © Elsa Suárez
Fotografía de la cubierta: © Gerard Puigmal / Arcangel Images

ISBN: 978-84-264-2162-3

PRÓLOGO

LAS COSAS EXACTAS DE LA EXISTENCIA

Después de varios intentos fallidos y desastrosos por situarse como dependiente en algún ramo del comercio, Ferdinand, el narrador y protagonista de esta novela, es enviado por sus padres, con gran sacrificio económico por su parte, a un internado en Inglaterra para que llegue a conocer el idioma que confiere prestigio y abre puertas en el mundo mercantil. Durante su estancia en el Meanwell College que regenta el matrimonio Merrywin, Ferdinand se niega a pronunciar una sola palabra en inglés manteniendo una actitud semejante por su tozudez y perseverancia a la del famoso personaje prekafkiano que Herman Melville retrató en Bartleby, el escribiente. También nuestro héroe «preferiría no hacerlo», si bien en este caso se nos dan a conocer sus razones para afianzarse en el silencio:

> Yo no me dejaba engatusar... No era apto para la cháchara... ¡Me bastaba recurrir a los recuerdos!... ¡el chamulleo de mi casa!... ¡los líos de mi madre!... ¡Todas las pullas que te pueden soltar con palabras! ¡Joder! A mí, ¡no más! ¡Estaba hasta la coronilla!... ¡Había oído confidencias y cuentos para siempre!... ¡Venga, hombre! Tenía para parar un tren... Se me revolvía el estómago, sólo de intentarlo... No me iban a coger otra vez... ¡Era «la clase»! Tenía buena razón para callarme, una ocasión única de verdad, la iba a aprovechar al máximo... ¡Sin sentimiento! ¡Ni jugarretas! Me daban ganas de vomitar, con su palique... Más aún tal vez que los macarrones... Y eso que me repetían, sólo de pensar en casa...

Ni siquiera la fuerte atracción que siente por la señora Merrywin le lleva a romper su decisión: «Ya se podía cortar en rajas el coño, o en tiras, para gustarme, envolverse el cuello con ellas, como serpentinas frágiles, ya podía cortarse tres dedos de la mano para metérmelos en el bul ¡comprarse un chichi de oro puro! ¡yo no hablaría! ¡nunca jamás!...». El largo episodio de su estancia en el College -que parece contener ecos degradados y sarcásticos de la novela de costumbres inglesa del XIX- podríamos situarlo no sólo como eje temporal y vital de la novela sino como piedra clave o Rosetta donde se encerraría el sentido tanto de esta narración como de toda la narrativa de Louis-Ferdinand Céline. Soy consciente de lo aventurado u osado de este juicio, que no quiere ser otra cosa que una especulación retórica o metodológica planteada con la mera vocación de instrumento útil para abordar la adecuada construcción del espacio conveniente para un prólogo, pero, aun con el inevitable temor de estar haciendo el ridículo, creo que cabe interpretar a partir de este episodio el tenso contenido de ese silencio anterior al decir y entender, por tanto el fondo de violencia que precede y fecunda el narrar al constatarse que lo que ha llevado al narrador protagonista, primero al silencio y después a ese narrar que devendrá imparable, reside en la afirmación de no soportar la cháchara, es decir, el hablar sin decir, el hablar sin verdad: «Si me hubiera puesto a hablar, ¡les habría contado, claro está, cómo son los “bussines” de verdad!... las cosas exactas de la existencia, los aprendizajes... ¡Los habría espabilado rápido, yo, a esos pobres tíos! No sabían nada, esos chavalines... No sospechaban... No entendían que el fútbol no basta... ni mirarse la picha...». Desde ese silencio el narrador narra, y desde esas intenciones -contar las cosas exactas de la existencia- nos habla, le leemos y le escuchamos.

Leer a Céline presupone enfrentarse a una reducida pero intensa e insistente constelación de sombras fantasmales que, situadas entre el lector y el texto, pueden distorsionar la lectura: su fama de

autor escandalosamente escatológico, inmoral, sexualmente procaz, radicalmente incorrecto, ideológicamente abyecto, declarado antisemita, presunto simpatizante y colaborador del nazismo antes, mientras y después de la ocupación de Francia por los ejércitos de la Alemania hitleriana. Esta mala fama que le precede va acompañada significativamente de un reconocimiento unánime del mérito literario de sus obras que, en la celebrada calidad de Viaje al fin de la noche, se ejemplificaría de modo sobresaliente, pues no en vano es común citarla como una de las más grandes novelas del siglo XX, comparable, sino superior, a títulos como El hombre sin atributos de Robert Musil, La montaña mágica de Thomas Mann, Ulises de James Joyce, Las olas de Virginia Wolf, Los monederos falsos de André Gide, El Don apacible de Shólojov, En busca del tiempo perdido de Marcel Proust, Mientras agonizo de William Faulkner, Manhattan Transfer de John Dos Passos, La metamorfosis de Kafka o La muerte de Virgilio de Hermann Broch, entre otros. Con este cliché contradictorio deben enfrentarse todavía hoy, en parte, sus lectores. No hay lectura inocente y no hay lectura que no se realice desde los prejuicios que el lector acarrea de modo propio o desde las consideraciones previas que el entorno cultural le venga otorgando al autor y su obra. Con ellos y ellas, la lectora o el lector comparten su lectura, y aun cuando su compañía sea inevitable, parece conveniente ser consciente de esas sombras que si no se vigilan con atención podrían alterar el juicio o, más dañinamente, la comprensión de lo que se está leyendo.

Pero cada lector lee con su tiempo y desde su tiempo, y en ese sentido cabe aventurar que, si durante muchos años la lectura y la valoración literaria de la narrativa de Céline estuvo atravesada por el recelo o el rechazo hacia su trayectoria biográfica, el paso del tiempo, el cierre de las heridas que la Segunda Guerra Mundial produjo, «los olvidos» que la nueva Europa sin duda propicia o requiere y el proceso de creciente despolitización de las pautas culturales que la falta de tensiones ideológicas fuertes en nuestras sociedades provoca, parece haber limado aquellas asperezas y «normalizado» a un Céline que se quiere contemplar (y disfrutar) desde un espacio literario en el que «las otras cuestiones» parecen poco o nada convenientes. También los tiempos actuales han contribuido a que muchos de los aspectos «escandalosos» con que en su momento se caracterizaron su novelas y escritos y fueron motivo de sorpresa, provocación, o denuncia -el peso en sus narraciones de una escatología corporal sin trabas ni pudores, la presencia sin recato de una sexualidad exaltada transcrita por más con un vocabulario altamente expresivo, directo y sin circunloquios, el gusto y regusto tremendista por lo mórbido, la ruptura de tabúes conservadores o el uso de una lengua soez-, nos parezcan hoy parte normal de nuestro paisaje narrativo y estético, en el que poco lugar queda ya para el escándalo o la provocación. Podríamos aseverar por tanto que «las condiciones de recepción» de la literatura de Céline son objetivamente más favorables para poder llevar a cabo una lectura sin las intromisiones o perturbaciones de carácter ético o moral presentes en los momentos de la aparición de sus obras, sin que ello suponga de ningún modo la posibilidad de una lectura aséptica o neutra. Baste con decir que el aquí y ahora ha desdibujado aquellas sombras que acechan al que se dispone a leer Muerte a crédito. Hoy el lector ya está «curado de espantos» y lo que en su momento pudo llamarse la «semántica revulsiva y repulsiva» de su escritura casi se percibe hoy como un exabrupto un tanto ingenuo en comparación con la estética punk o la grosería de los reality shows de la televisión basura. Este cambio en el equipaje estético desde el que hoy leemos sin duda facilita que más allá de la provocación semántica de su literatura podamos adentrarnos en el núcleo duro de una narrativa que mantiene, sin embargo, su alta capacidad para hacer aflorar las capas y sedimentos morales de nuestra contemporaneidad.

Muerte a crédito (Muerte a plazos en otras traducciones) es la segunda de las novelas publicadas por Céline, y conforma, junto con la primera, Viaje al fin de la noche, y Guignol's band, una especie de trilogía que bien pudiera agruparse bajo el rótulo de novelas de aprendizaje si de ellas se desprendiese aprendizaje alguno para ese protagonista que comparten: Ferdinand Bardamu, vehículo y

testaferro en parte de la biografía de ese otro Ferdinand, Louis-Ferdinand Céline, que firma la autoría de la ficción desde una filiación que renuncia al apellido paterno para incorporar el nombre, Céline, de su abuela materna. Una elección que ha hecho las delicias de los narratólogos y teóricos de la literatura, que ven plasmarse en ese juego las distintas figuras y planos de la narración: el autor como persona civil y biológica, Louis Ferdinand Auguste Destouches, el autor como escritor, Louis-Ferdinand Céline, y un narrador en primera persona, Ferdinand Bardamu, que es y no es ninguno de los otros dos. Y no faltan, por supuesto, los intérpretes que desde la clínica/crítica literaria ven en esa autodesignación en femenino, Céline, rastros de inseguridades o incomodidades respecto a la identidad sexual, síntomas de esquizofrenias o desdoblamientos, o la huella del famoso complejo de Edipo con su correspondiente muerte del padre. Sobre esa trinidad de sujetos resulta necesario detenerse para avanzar en el comentario de esta novela. Empezaremos por dar noticia breve de su biografía abarcando tan sólo su trayectoria hasta el momento en que se publica su primera novela, es decir, hasta el momento en que el ciudadano Destouches deja paso al escritor Céline. Un trayecto biográfico en el que el lector de Muerte a crédito encontrará ecos, reverberaciones y contagios que podrían hacernos pensar que estamos ante una novela meramente autobiográfica; de ahí la necesidad de darlo a conocer para dar cuenta tanto de los puntos de encuentro entre texto y biografía como de sus puntos o zonas de desencuentro.

Louis Ferdinand Auguste Destouches nació el 27 de mayo de 1894 en Courbevoie. Su padre era un modesto empleado de una Compañía de Seguros, su madre, Marguerite Guillou, era hija de Céline Guillou, quien regentaba un pequeño bazar de bordados y menaje en el centro de París, ciudad a la que se trasladará la familia Destouches con el pequeño Louis-Ferdinand y donde, bajo el cuidado de Marguerite, abrirá una tienda de almoneda en el pasaje Choiseul, que producirá muy escasos beneficios económicos. En 1904 muere Céline Guillou, y su nieto Louis-Ferdinand se ve muy afectado por la pérdida dada la relación estrecha que se había establecido entre ambos. Con la discreta herencia, los Destouches pueden enviar a su hijo a una escuela privada. Obtenido el certificado de estudios primarios, el ya adolescente es enviado a Alemania e Inglaterra para que aprenda unos idiomas muy necesarios para la carrera comercial que sus padres parecen haberle diseñado. Entre 1907 y 1909 reside en Alemania y en 1909 se inscribe en una escuela o colegio ubicado en la ciudad inglesa de Rochester. Un año más tarde regresa a Francia y se adentra en el mundo laboral, donde se desempeñará como dependiente en comercios de telas, joyas o bisutería. En 1912 toma la decisión de enrolarse en el ejército. Dos años más tarde estalla la Primera Guerra Mundial, en la que Louis-Ferdinand participa con su regimiento en las cruentas batallas de las fronteras de Flandes. En una misión para la que se había presentado voluntario es herido de bala en su brazo derecho, acción por la que es condecorado pero que supondrá su baja del ejército, un grado de invalidez importante y unas secuelas físicas que no cesarían de atormentarle el resto de su vida. Se le destina al consulado francés en Londres, donde frecuenta los barrios lumpen, y se casa con Suzanne Nebout, con la que convive unos meses. En marzo de 1916 se enrola como encargado de explotación forestal y parte a África, donde reside un año. A su regreso a París encuentra trabajo con Raoul Marquis, director de Eureka, una revista científica, y en su compañía y por encargo de la fundación Rockefeller, recorre el país para elaborar una encuesta sobre la extensión de la tuberculosis. Durante esa misión conoce en Rennes al doctor Athanase Follet y bajo su influencia decide dar un giro radical a su vida: finaliza el bachillerato, se casa con Edith Follet, la hija de su mentor, y se matricula en la facultad de medicina para licenciarse en 1924 con una tesis sobre la figura del doctor Semmelweis, investigador de las fiebres puerperales. Poco después entra en la Sociedad de Naciones en calidad de funcionario del Servicio de Higiene y es destinado a Ginebra. Como experto en cuestiones de higiene viaja a Estados Unidos, Cuba, Canadá e Inglaterra, y pasa largas temporadas en Nigeria y Senegal. Entre viaje y viaje se divorcia de Edith Follet y se relaciona con la bailarina norteamericana Elisabeth Craig. En 1927

abandona su trabajo en Ginebra y abre una consulta privada, pero el escaso éxito le obliga a cerrarla y a entrar como ayudante en el dispensario de Clichy, un barrio popular del suburbio parisino. En 1931 le da el manuscrito de Viaje al fin de la noche a una secretaria para que se lo mecanografíe. Envía el original a diversas editoriales sin recibir contestación hasta que el editor Robert Denoël acepta su publicación. La novela ve la luz en octubre de 1932 y recibe una extraordinaria acogida por parte de la crítica y el público. Un éxito editorial y literario. Sobre la cubierta del libro aparece un extraño y llamativo nombre: Louis-Ferdinand Céline. Ha nacido Céline, el escritor.

En Muerte a crédito la utilización de materiales autobiográficos es evidente: el padre empleado de seguros, la madre despachando en su pequeña tienda, la abuela Carolina, la vida en el pasaje comercial parisino, el viaje de «formación» a Inglaterra, el tiempo de trabajo con el redactor de un periódico científico, el desempeño como médico en un dispensario de los arrabales parisinos y la propia elección de una primera persona como narrador incrementa esa sensación, máxime si ese narrador responde al nombre de Ferdinand. Sin duda hay tramos de la narración y de la biografía que circulan paralelos, y esta concordancia es una característica de la obra celiniana que ya estaba presente en su primera novela y que seguirá coexistiendo en gran parte de sus novelas posteriores: Guignol's band, Rigodon, De un castillo a otro. Pero a la vez es también evidente que la novela ni sigue al pie de la letra su biografía ni persigue aquellos objetivos que parecen propios de las narraciones biográficas: la construcción de un carácter o la reconciliación entre el presente y el pasado.

El narrador odia la cháchara y quiere contar «las cosas exactas de la existencia». Se niega a aceptar las palabras con que los hombres y mujeres se disfrazan de humanidad: solidaridad, inocencia, lealtad, afecto, pudor, decoro, compasión, esperanza, ilusión, altruismo. Detrás de esa palabrería su relato nos va desvelando el contenido que tal lenguaje oculta: egoísmo, mezquindad, suciedad, codicia, lujuria, rapiña, lascivia, ira, placer. Frente a las palabras «bien educadas» lo que el lector se va a encontrar nada más entrar en la novela es un lenguaje «maleducado», directo, personal, violentamente expresivo, «anti-literario», grosero, volcánico, en apariencia balbuceante e incoherente aunque preciso y afilado, insistente. Y desde ahí comienza la enorme potencia narrativa de esta novela: se trata de desmontar pieza a pieza el absurdo e hipócrita proceso de aprendizaje que se le ha querido imponer. Se trata de narrar con exactitud lo que han hecho con él y lo que él hace con lo que han hecho con él: vomitarlo, expulsarlo con esa fusión de violencia y exactitud que hace inconfundible su escritura. A pesar de la excelente tarea de traducción que Carlos Manzano, buen conocedor y degustador de su obra, ha llevado a cabo con el rigor, el conocimiento y la osadía creativa necesaria para trasvasar el francés absolutamente singular de Céline a un castellano en el que asome su potencia, resulta difícil captar y apreciar toda su riqueza expresiva, tonal, semántica y rítmica, si bien el oído del traductor ha logrado verter con maestría la cadencia musical de la frase celiniana, el balbuceo que la reiteración de los puntos suspensivos provoca, las ruptura de la sintaxis para acercarnos al habla oral. Afortunadamente, una parte significativa y relevante de la mirada lingüística de Céline está presente en la versión del traductor, y se puede estimar la engañosa apariencia de espontaneidad, naturalidad y vitalismo con que se nos muestra el «fraseo» celiniano y que esconde un trabajo de ajuste, selección y revisión para someter la lengua francesa a un grado de tensión que la despoja de las servidumbres de la tradición y de las excrecencias literarias superfluas. «Céline transforma -escribió Paul Nizan- la lengua del "esprit" en lengua de carne y hueso.» Después de Céline la literatura francesa ya no se puede escribir desde pautas de inocencia o tradición retórica sin caer en el cartón piedra o en los juegos artificiales.

Muerte a crédito nos ofrece dos espacios del aprendizaje de Ferdinand: la novela familiar y la novela laboral, y aunque sea imposible hablar de dos novelas, sí podemos hablar de dos tonalidades. Más agresiva (con ese aire sórdido que Truffaut fotografiaría en Los cuatrocientos golpes), la que nos da cuenta de su infancia y adolescencia hasta llegar a la ruptura violenta con el padre; y más apacible -

aunque no renuncie a lo escatológico o grotesco- en ese segundo bloque que Ferdinand recorre en la disparatada compañía del científico, periodista, embaucador, vicioso, charlatán y visionario que responde al nombre de Courtial des Pereires, y cuya cháchara, precisamente por su transparente deshonestidad y por su falta total de pretensiones, adquiere para el narrador una legitimidad que hasta ese momento no había reconocido en nadie. Una aventura grotesca en la que el progreso y la fe en la ciencia como tabla de salvación y mejora de la condición humana son triturados con especial insania (las escenas alrededor del cadáver de Courtial alcanzan el nivel estético de los mejores esperpentos de Valle) y con la misma lucidez narrativa con que Flaubert lanza y encamina al fracaso enciclopédico a la inefable pareja de Bouvard y Pécuchet. Courtial des Pereires y Ferdinand, mientras tratan de elevarse en su viejo globo hasta alturas imposibles, cobran envergadura quijotesca, y en su largo y atribulado periplo levantan un diagnóstico macabro, ruin y sórdido de esa condición humana que la novela, con exactitud, descubre, argumenta y ofrece como simple consecuencia «natural» de la depredadora estupidez de ese animal lascivo y charlatán que según la mirada de Céline nos habita, nos hace y nos deshace.

CONSTANTINO BÉRTOLO

¡Vestíos! ¡Pantalones!
Casi siempre cortos, a veces largos.
Después, ¡chaqueta holgada!
¡Chaleco, camisa y gorra grande,
Zapatos que por mar darían
La vuelta al mundo!...

CANCIÓN CARCELARIA

MUERTE A CREDITO

Aquí estamos solos otra vez. Es todo tan lento, tan pesado, tan triste... Pronto seré viejo. Y por fin se habrá acabado. Ha venido tanta gente a mi habitación. Han hablado. No me han dicho gran cosa. Se han ido. Se han vuelto viejos, miserables y lentos, cada cual en un rincón del mundo.

Ayer a las ocho murió la Sra. Bérenge, la portera. Una gran tormenta se eleva en la noche. Aquí, en lo alto, donde estamos, la casa tiembla. Era buena amiga, amable y fiel. Mañana la entierran en la Rue des Saules. Era vieja de verdad, al final de la vejez. Desde el primer día, cuando empezó a toser, le dije: «¡Sobre todo no se tumbe!... ¡Quédese sentada en la cama!». Me lo temía. Y después ya veis... Y luego en fin...

Yo no he practicado siempre la medicina, mierda de oficio. Voy a escribirles que ha muerto la Sra. Bérenge, a los que me conocen, a quienes la conocieron. ¿Dónde estarán?...

Me gustaría que la tormenta levantara mucho más estruendo, que los techos se desplomasen, que la primavera no volviese nunca, que nuestra casa desapareciera.

Lo sabía, la Sra. Bérenge, que todas las penas vienen en las cartas. Ya no sé a quién escribir. Toda esa gente está lejos... Han cambiado de alma para traicionar mejor, olvidar mejor, hablar siempre de otra cosa...

Pobre Sra. Bérenge, pobre vieja, su perro bizco, lo cogerán, se lo llevarán...

Toda la pena de las cartas, pronto hará veinte años, se ha acabado en su casa. Está ahí, en el olor de la muerte reciente, ese increíble gusto agrio... Acaba de aparecer... Anda por ahí... Merodeando... Ahora nos conoce, lo conocemos. Ya no se irá nunca más. Hay que apagar el fuego en el chiscón. ¿A quién voy a escribir? Ya no tengo a nadie. No queda ni un alma para acoger con cariño el amable espíritu de los muertos... para después hablar más suave a las cosas... ¡Ánimo, tú solo!

Al final, mi vieja portera ya es que no podía decir nada. Se asfixiaba, no me soltaba la mano... Entró el cartero. La vio morir. Un gemido de nada. Y se acabó. Mucha gente había venido en tiempos a preguntarle por mí. Se marcharon lejos, muy lejos en el olvido, en busca de un alma. El cartero se quitó la gorra. Yo podría expresar todo mi odio. Lo sé. Ya lo haré más adelante, si no vuelven. Prefiero contar historias. Voy a contar tales historias, que volverán a propósito, para matarme, desde todos los confines del mundo. Entonces todo habrá terminado y me alegraré.

En la clínica en la que trabajo, la Fundación Linuty, me han llamado ya la atención mil veces por las historias que cuento... Mi primo Gustin Sabayot lo ve clarísimo: yo debería cambiar sin falta de actitud. Es médico él también, pero del otro lado del Sena, en La Chapelle-Jonction. Ayer no tuve tiempo de ir a verlo. Quería hablarle precisamente de la Sra. Bérenge. Demasiado tarde. Es duro, este oficio nuestro, la consulta. También él por la noche está reventado. Casi toda la gente hace preguntas cargantes. De nada sirve darse prisa, hay que repetirles veinte veces todos los detalles de la receta. Les gusta hacerte hablar, agotarte... No cumplirán los consejos, ni mucho menos. Pero temen que no te tomes interés, insisten para asegurarse; o sea, ventosas, radiografías, análisis... que los sobes de pies a cabeza... Que les midas todo... La presión arterial y la gilipollez... Gustin, en la Jonction, hace treinta años que ejerce. A los míos, ahora que pienso, los andobas esos, voy a enviarlos una mañana a La Villette, a que beban sangre caliente. Así quedarán rilados para todo el día. No sé qué podría hacer para aburrirlos...

Por fin, anteayer, estaba decidido a ir a verlo, a Gustin, a su casa. Queda a veinte minutos de la mía, pasado el Sena. No hacía bueno precisamente. De todos modos, me animé. Voy a coger el

autobús, me dije. Corrí a acabar la consulta. Me escabullí por el pasillo de las curas. Una tía me ve y va y se me pega. Arrastraba las palabras, como yo. Del cansancio. Ronca, además, del alcohol. Conque se pone a lloriquear, quería llevarme a su casa. «Venga, doctor, ¡se lo suplico!... ¡mi hijita, mi Alice!... ¡Es en la Rue Rancienne!... ¡a dos pasos!...» No estaba obligado a ir. En principio, ¡ya la había acabado, mi consulta!... Se obstinaba... Ya estábamos fuera... Estaba hasta las narices de los enfermos... Treinta de esos pelmas nada menos llevaba ya un tiempo remendando... No podía más... ¡Que tosieran! ¡Escupiesen! ¡Reventaran! ¡Se descuajaringasen! ¡Salieran volando con treinta mil gases en el culo!... ¡A mí, plin!... Pero la llorona se me apalancó, se me colgó del cuello con avaricia, me susurró su desesperación. Apestaba a «alpiste»... Yo no tenía fuerzas para luchar. Ésa no iba a separarse más de mí. Cuando estuviéramos en la Rue des Casses, que es larga y no tiene ni un farol, tal vez le endiñase un patadón en el bul... No tuve valor... Me achanté... Y vuelta a empezar, la misma canción... «¡Mi hijita!... ¡Se lo suplico, doctor!... ¡Mi Alice!... ¿La conoce usted?...» La Rue Rancienne no quedaba tan cerca... Me obligaba a dar un rodeo... La conocía. Después de las fábricas de cables... La escuchaba por entre la alucinación... «Sólo disponemos de 82 francos a la semana... ¡con dos hijos!... Y, encima, ¡mi marido es muy bruto conmigo!... ¡Es una vergüenza, señor doctor!...»

Eran puras trolas, de sobra lo sabía yo. Despedía un tufo a podrido, el hálito de las pituitas...

Habíamos llegado ante la queli...

Subí. Me senté por fin... La chiquilla llevaba gafas.

Me senté junto a su cama. Jugaba aún un poco, de todos modos, con la muñeca. Me puse a divertirla, a mi vez. Soy gracioso, cuando me pongo... No se moría, el churumbel... No respiraba bien... La congestión, claro... La hice reír. Se tronchaba. Tranquilicé a la madre. Aprovechó, la muy puta, que me tenía apalancado en su casa, para consultarme, a su vez, sobre las marcas de las hostias; es que tenía las piernas llenas. Se alzó las faldas, unos cardenales tremendos e incluso quemaduras profundas. Con el atizador se las hacía. Ya veis cómo era el marido, parado él. Le receté un remedio... Con un cordón monté un columpio muy gracioso para la triste muñeca... Subía y bajaba, hasta el picaporte de la puerta... mejor eso que hablar.

La ausculté, lanzaba muchos pitidos. Pero en fin, no era fatal... Volví a tranquilizarla. Repetí dos veces las mismas palabras. Eso es lo que te deja rilado... Ahora la chiquitina se tronchaba... Volvía a asfixiarse. Tuve que interrumpir. Se ponía cianótica... ¿No tendría algo de difteria? Había que ver... ¿Un frotis?... ¡Mañana!...

Llegó el papá. Con sus 82 francos no tenía ni para vino, sólo podían pimplar sidra. «Yo bebo en tazón. ¡Hace mear!», me anunció en seguida. Bebió de la botella. Me enseñó... nos congratulamos de que no estuviera grave, la monina. A mí lo que me interesaba era la muñeca... Estaba demasiado cansado como para ocuparme de los adultos y los pronósticos. ¡Son el peor coñazo, los adultos! No iba a atender ni a uno más hasta mañana.

Me la traía floja que no me consideraran serio. Volvía a beber a su salud. Mi intervención era gratuita, absolutamente suplementaria. La madre otra vez con los muslos a vueltas. Le recomendé un remedio superior. Y después bajé la escalera. En la acera, mira por dónde, un perrito que cojeaba. Me siguió sin que le dijese nada. Todos se me enganchaban esa noche. Era un fox pequeño, ese perro, negro y blanco. Estaba perdido, me pareció. Qué ingratos, ésos de ahí arriba, el parado y su mujer. Ni siquiera me acompañaron hasta la puerta. Estaba seguro de que habrían vuelto a pegarse. Los oía dar voces. Pues, ¡que le metiera el tizón entero por el jebe! ¡Así aprendería, esa cochina! ¡A fastidiarme!

Torcí a la izquierda... Hacia Colombes, pues. El perrito me seguía aún... Después de Asnières, venía la Jonction y luego la casa de mi primo. Pero el perrito cojeaba mucho. Me miraba. No podía resistir verlo arrastrándose por ahí. Más valía volver a casa, a fin de cuentas. Volvimos por el Pont Bineux y después bordeando las fábricas. No estaba cerrado aún el dispensario, al llegar... Dije a la Sra. Hortense: «Hay que dar de comer al chuquelín. Alguien tiene que ir a buscar carne... Mañana a

primera hora telefonearemos... Vendrán de la “Protectora” a buscarlo con un coche. Esta noche habría que encerrarlo.». Así me marché tranquilo. Pero era un perro demasiado temeroso. Había recibido golpes demasiado duros. La calle tiene mala leche. El día siguiente, al abrir la ventana, no quiso esperar siquiera, saltó al exterior, tenía miedo también de nosotros. Creía que lo habíamos castigado. Ya no comprendía nada de lo que pasaba. Ya no tenía la menor confianza. En casos así, es terrible.

Gustin me conoce bien. Cuando no ha bebido, da consejos excelentes. Es experto en lindezas de estilo. Se puede uno fiar de sus opiniones. No es pero que nada envidioso. Ya no pide gran cosa al mundo. Tiene una antigua pena de amor. No quiere olvidarla. Muy raras veces habla de ella. Era una mujer casquivana. Gustin tiene un corazón de oro. No va a cambiar antes de morir.

Entretanto bebe un poco...

A mí lo que me atormenta es el sueño. Si hubiera dormido siempre bien, no habría escrito una línea...

«Podrías», me decía Gustin, «contar cosas agradables... de vez en cuando... No todo es negro en la vida...» En cierto sentido, no deja de ser verdad. Hay manía en mi caso, parcialidad. La prueba es que en la época en que me zumbaban los dos oídos, y mucho más que ahora, que tenía fiebre a todas horas, estaba mucho menos melancólico... Me marcaba unos sueños muy bonitos... La Sra. Vitruve, mi secretaria, me lo comentaba también. Bien que conocía ella mis tormentos. Cuando eres tan generoso, dispersas tus tesoros, los pierdes de vista... Entonces me dije: «Ese bicho de la Vitruve, ella es la que los ha escondido en algún lado...». Auténticas maravillas... retazos de leyenda... éxtasis puro... A ese género me voy a lanzar en adelante... Para asegurarme revolví mis papeles... No encontré nada... Telefoneé a Delumelle, mi agente, quería crearme un enemigo mortal... Quería que rabiase ante los insultos... ¡Hacen falta la tira de ellos para cabrearlo!... ¡Se la suda! Tiene millones. Me respondió que me tomara unas vacaciones... Llegó por fin, mi Vitruve... Yo no me fiaba de ella. Tenía razones muy poderosas. «¿Dónde has puesto mi hermosa obra?», voy y le suelto así, de buenas a primeras. Tenía al menos centenares de razones para sospechar de ella...

La Fundación Linuty estaba delante de la bola de bronce, en la Porte Pereire. Allí iba a hacerme las copias, casi todos los días, cuando yo había acabado con mis enfermos. Un pequeño edificio provisional, que después demolieron. No me encontraba a gusto allí. Las horas eran demasiado monótonas. Linuty, su fundador, era un multimillonario, quería que todo el mundo recibiera asistencia y se encontrase mejor gratis. Son un coñazo, los filántropos. Por mi parte, yo habría preferido un empleíllo municipal... Vacunaciones discretas... Un apañito para expedir certificados... Una casa de baños incluso... Como un retiro, en una palabra. Ojalá. Pero no soy judío, meteco ni masón, ni he estudiado en la Ecole Normale, no sé hacerme valer, follo demasiado, no tengo buena fama... En los quince años que llevo aquí, en el arrabal, hasta las ruinas más decrépitas que me ven trampeando han acabado perdiéndome el respeto y despreciándome. Y menos mal que no me han dado el lique. La literatura compensa. No puedo quejarme. La tía Vitruve me pasa a máquina las novelas. Me tiene cariño. «Mira», voy y le digo, «tía pureta, ¡es la última vez que te doy bronca!... Si no encuentras miLeyenda, ya puedes despedirte, se acabó nuestra amistad. ¡Adiós a la colaboración confiada!... ¡Se acabó el tracatrá!... ¡Y la priva!... ¡Nada de nada!...»

Entonces se deshace en lloriqueos. Es fea con avaricia, Vitruve, en persona y en el trabajo. Es una verdadera cruz. La arrastro desde Inglaterra. Consecuencia de una promesa. No es que acabemos de conocernos, no. Fue su hija Angèle, en Londres, quien me hizo jurar en tiempos que la ayudaría siempre. Ya lo creo que la he ayudado. He cumplido mi promesa a Angèle. Eso data de la guerra. Y, además, que sabe la tira de cosas. En fin. No es charlatana, en principio, pero se acuerda... Angèle, su hija, era mujer de temperamento. Resulta increíble lo fea que se puede volver una madre. Angèle tuvo un fin trágico. Ya lo contaré todo, si no queda más remedio. Angèle tenía otra hermana, Sophie, una idiota, en Londres, establecida allí. Y Mireille aquí, la sobrinita, cojea del mismo pie que las otras, un

verdadero bicho, una síntesis.

Cuando me mudé de Rancy y vine a la Porte Pereire, me acompañaron las dos. Ha cambiado, Rancy, no queda casi nada de la muralla ni del Bastión. Grandes ruinas negras y agrietadas, las arrancan del blando terraplén, como raigones. Acabarán con todo, la ciudad se come sus viejas encías. El «P. Q. bis» pasa ahora por las ruinas, en tromba. Pronto no habrá por todos lados sino semirrascacielos de barro cocido. Veremos. La Vitruve y yo siempre estábamos discutiendo sobre las miserias. Decía siempre que ella había sufrido más. Imposible. En cuanto a arrugas, seguro que sí, ¡tiene muchas más que yo! Una cantidad de arrugas infinita, el encaje infecto de los años dorados en la carne. «¡Debió de ser Mireille la que guardó esas páginas!»

Salí con ella, la acompañé, al Quai des Minimes. Viven juntas, cerca de la fábrica de chocolate Bitronnelle, en el llamado Hôtel Méridien.

Su habitación es una leonera increíble, un amasijo de perifollos, sobre todo lencería, pero de lo más frágil, de lo más módico en precio.

La Sra. Vitruve y su sobrina se pirran por el asunto, las dos. Tres inyectores tienen, además de una cocina completa y un bidé de caucho. Todo eso colocado entre las dos camas y un gran vaporizador que nunca han sabido poner en marcha. No quiero poner verde a la Vitruve. Acaso haya tenido más sinsabores que yo en la vida. Eso es lo que me calma siempre. Si no, de estar seguro, le daría unas zurras de aúpa. En el fondo de la chimenea guardaba la Remington, que no había acabado de pagar... Así decía. No le pago demasiado por las páginas, cierto es, por ahora... sesenta y cinco céntimos cada una, pero al final sube lo suyo de todos modos... Sobre todo con las obras extensas.

En cuanto a bizquera, la Vitruve, en mi vida he visto cosa igual. Daba angustia mirarla.

Con las cartas, los tarots, quiero decir, le daba prestigio, esa tremenda bizquera. Facilitaba a las clientas medias de seda... el porvenir también a crédito. Cuando era presa entonces de la incertidumbre y se sumía en la reflexión, detrás de sus cristales, viajaba con la mirada como auténtica langosta.

Sobre todo desde que empezó a «echarlas», fue ganando influencia en los alrededores. Conocía a todos los cornudos. Me los señalaba por la ventana, y hasta los tres asesinos: «¡Tengo las pruebas!». Además, le regalé, para la presión arterial, un viejo aparato Laubry y le enseñé un masaje sencillo para las varices. Con eso engrosaba sus ingresillos. Su ambición eran los abortos o incluso pringarse en una revolución sangrienta, que hablasen de ella por todos lados, que se propagara por los periódicos.

Cuando la veía revolver en los rincones de su leonera, nunca podría describir con creces lo que me repugnaba. Por todo el mundo hay camiones que a cada minuto atropellan a gente simpática... La tía Vitruve, en cambio, olía a peste. Suele darse en las pelirrojas. Tienen, me parece, las bermejas, el destino de los animales, brutal, trágico, lo llevan en el pelo. Me daban unas ganas de derribarla de una hostia, cuando la oía hablar fuerte, contar recuerdos... Pese a su furor uterino, le resultaba difícil encontrar amor suficiente. ¡A no ser que el tipo estuviera borracho! Y que, además, fuese noche muy cerrada, ¡no tenía la menor posibilidad! En eso la compadecía. Yo estaba más adelantado por el camino de las bellas armonías. A ella no le parecía justo eso tampoco. Llegado el día, ¡la muerte no iba a poder quitarme lo bailado!... Era un rentista de estética. Había probado mucha almeja y rica... debo confesarlo, auténtica luz. Había jalado del infinito.

Ella no tenía economías, como se comprenderá, no hace falta decirlo. Para mojar y gozar, además, tenía que pillar al cliente por fatiga o por sorpresa. Un infierno.

A partir de las siete, en principio, los currantes están en casa. La mujer está lavando los platos y el andoba se queda embobado con las ondas de radio. Entonces la Vitruve abandona mi bonita novela para salir en busca de su subsistencia. Rellano tras rellano patea con sus medias un poco raídas, sus jerséis de pobretona. Antes de la crisis aún podía defenderse con el crédito y la forma de atontar a sus cabritos, pero ahora género idéntico al suyo es el que dan de consuelo a los que protestan tras perder

en el triles. Ya no es competencia leal. Intenté explicarle que todo eso era culpa de los japoneses... No me creía. La acusé de descomponer a propósito mi bonita Leyenda entre su basura...

«¡Es una obra maestra!», añadí. «Conque, ¡seguro que la recuperaremos!...»

Se desternilló de risa... Hurgamos juntos en el montón de la morralla.

Llegó la sobrina, por fin, con mucho retraso. ¡Había que ver aquellas caderas! Un culamen de auténtico escándalo... La falda muy tableada... Para que diera la nota bien. El acordeón del bul. Nada se escapaba. Los parados están salidos, sin solución, no tienen ni chavo para invitar... Se tiraban faroles. «¡Estás para hacerte un favor!», le soltaban... En sus narices. Al aparecer por los pasillos, hartos de empalmarse en balde. Los chorbos de rasgos más finos que los otros lo tienen más fácil para mojar, dejarse querer en la vida. ¡Hasta más adelante no empezó a bajar a hacer la carrera!... después de muchas calamidades... De momento se divertía...

Tampoco ella encontró mi bonita Leyenda. La traía sin cuidado el «Rey Krogold»... Sólo a mí me preocupaba eso. Para ella, la escuela de libertad era el Petit Panier, un poco antes del ferrocarril, el baile de la Porte Brancion.

No me quitaban los ojos de encima, cuando me irritaba. En su opinión, ¡a «pobre tío» no me ganaba nadie! Pajillero, tímido, intelectual y demás. Pero ahora, para mi sorpresa, tenían canguis de que me largase. Si hubiera ahuecado el ala, no sé cómo se las habrían arreglado. La tía pensaba en eso a menudo, no me cabe duda. En cuanto hablaba un poco de viajes, me lanzaban unas sonrisas, que me parecían de espanto...

La Mireille, además del culo imponente, tenía ojos románticos, mirada seductora, pero una nariz monumental, napia con avaricia, su auténtica penitencia. Cuando yo quería humillarla un poco: «Fuera de bromas, Mireille», le decía. «¡Tienes lo que se dice nariz de hombre!...». Sabía también contar historias muy hermosas, le gustaba más que a un marino. Inventó mil cuentos para agradarme primero y después para perjudicarme. Mi debilidad es escuchar las historias interesantes. Abusaba, sencillamente. Nuestras relaciones acabaron con violencia, pero se la había merecido mil veces, la bronca, e incluso que la caneara bien. Al final lo reconoció. Yo era generoso de verdad... La castigué con razón... Todo el mundo lo dijo... Gente que sabe...

No es que yo quiera denigrar a Gustin Sabayot, pero puedo repetir, de todos modos, que no se quedaba calvo con los diagnósticos. Con las nubes se orientaba.

Al salir de su casa, lo primero, miraba bien arriba: «Ferdinand», me decía, «¡hoy van a ser sin duda reumatismos! ¿Qué te apuestas?...» Lo leía en el cielo. Nunca se equivocaba demasiado, ya que conocía a fondo la temperatura y los diversos temperamentos.

«¡Ah! ¡Una ola de calor después del frío! ¡Fíjate bien! El calomelanos, ¡ya puedes estar seguro! ¡Se respira ictericia en el aire! El viento ha cambiado... ¡De Norte a Oeste! ¡Del frío a los chubascos!... ¡Bronquitis durante quince días! ¡No vale la pena siquiera que se despeloten!... Si de mí dependiese, ¡les daría las recetas desde la cama!... En el fondo, Ferdinand, en cuanto llegan, ¡ya está la cháchara!... Para los que tienen consulta privada, aún se explica... pero, ¿nosotros?... ¿que tenemos un sueldo?... ¿A qué viene?... ¡yo los trataría sin verlos, tú fíjate, a los chorras esos! ¡Desde aquí mismo! ¡No se asfixiarían ni más ni menos! No vomitarían más, no se pondrían menos amarillos, ni menos rojos, ni menos pálidos, ni menos gilipollas... ¡Es la vida!...» Tenía lo que se dice razón, Gustin, más que un santo.

«¿Te crees tú que están enfermos?... Venga gemir... eructar... temblar... supurar... ¿Quieres vaciar la sala de espera? ¿Al instante? ¿Incluso de quienes se ahogan de tanto carraspear y echar lapos?... ¡Propón un cinito!... ¡Una copa gratis ahí enfrente!... vas a ver cuántos te quedan... Vienen a darte el coñazo sobre todo porque se aburren. Las vísperas de fiesta no ves ni a uno... A esos desgraciados, créeme, lo que les falta es ocupación, no salud... Lo que quieren es que los distraigas, animes,

intrigues con sus eructos... gases... achaques... que les encuentres explicaciones... fiebres... gorgoteos... ¡novedades!... Que te enrolles... te tomes interés... Para eso tienes los diplomas... ¡Ah! Divertirse con su muerte, mientras la fabrica, ¡así es el hombre, Ferdinand! Guardarán sus purgaciones, su sífilis, todos sus tubérculos. ¡Los necesitan! Y la vejiga que no cesa de chorrear, el recto ardiendo, ¡nada de eso tiene importancia! Pero si te desvives, si sabes interesarles, te esperarán para morir, ¡ésa es tu recompensa! Te jorobarán hasta el último momento.» Cuando la lluvia volvía de pronto entre las chimeneas de la central eléctrica: «¡Ferdinand!», me anunciaba, «¡ahora los de la ciática!... Si no vienen diez hoy, ¡ya puedo devolver mi papela al decano!». Pero cuando el hollín volvía hacia nosotros desde el Este, que es el lado más seco, por encima de los hornos de la Bitronnelle, se aplastaba una mota de hollín en la nariz: «¡Que me den por culo, ¿me oyes?, si esta misma noche no escupen sus coágulos los pleuréticos! ¡Me cago en Dios!... ¡Otra noche que me van a despertar veinte veces!...».

Había días en que lo simplificaba todo. Se subía al taburete delante del enorme armario de las muestras y empezaba la distribución directa, gratuita y sin solemnidad de la farmacia...

«¿Tiene palpitaciones? ¿eh, fideo?», preguntaba a la desgraciada. «¡No!...» «¿Tiene acidez?... ¿Y hemorragias?...» «¡Sí! Un poquito...» «Entonces póngase esto donde usted sabe... en dos litros de agua... ¡le sentará muy bien!... ¿Y las articulaciones? ¿Le duelen?... ¿No tiene hemorroides? Y de vientre, ¿cómo andamos?... ¡Aquí tiene supositorios Pepet!... ¿Lombrices también? ¿Ha notado?... Mire, veinticinco gotas mágicas... ¡Al acostarse!...»

Ofrecía todos sus anaqueles... Había para todos los trastornos, todas las diátesis y manías... Un enfermo es de una codicia terrible. En cuanto puede echarse una porquería al coleto, está encantado, se da el piro tan contento, temeroso de que lo vuelvas a llamar.

Gracias a los regalos, vi, yo, a Gustin, reducir a diez minutos consultas que habrían durado por lo menos dos horas, celebradas con detenimiento. Pero yo no tenía nada que aprender sobre el modo de abreviar. Tenía mi sistema propio.

Quería hablarle de mi Leyenda. Habían encontrado el comienzo bajo la cama de Mireille. Me sentí muy decepcionado al releerla. No había ganado con el tiempo, mi romanza. Tras años de olvido, la obra de imaginación es una simple fiesta anticuada... En fin, Gustin siempre me daría una opinión libre y sincera. Preparé el terreno en seguida.

«Gustin», le dije, «tú no siempre has sido tan gilipollas como ahora, embrutecido por las circunstancias, el oficio, la priva las sumisiones más funestas... ¿Puedes aún, por un momentito, recuperarte para la poesía?... ¿Dar un saltito con el corazón y la pilila hasta el relato de una epopeya, trágica, desde luego, pero noble, fulgurante?... ¿Te consideras capaz?...»

Seguía ahí, Gustin, adormilado sobre su taburete, ante las muestras, el armario abierto de par en par... Ya no decía ni pío... no quería interrumpirme...

«Se trata», le informé, «de Gwendor el Magnífico, Príncipe de Cristiania... Llegamos... Agoniza... en el momento mismo en que te hablo... La sangre se le escapa por veinte heridas... El ejército de Gwendor acaba de sufrir una derrota terrible... El Rey Krogold en persona ha descubierto en plena refriega a Gwendor... Lo ha atravesado de una estocada... No es perezoso, Krogold... Hace justicia con sus propias manos... Gwendor ha traicionado... La muerte se acerca a Gwendor y va a terminar su tarea... ¡Escucha, hombre!

»El tumulto del combate cede con las últimas luces del día... A lo lejos desaparecen los últimos guardias del Rey Krogold... En la sombra se elevan los estertores de la inmensa agonía de un ejército... Vencedores y vencidos entregan el alma como pueden... El silencio sofoca sucesivamente gritos y estertores, cada vez más quedos, más raros...

»Aplastado bajo un montón de sus seguidores, Gwendor el Magnífico sigue perdiendo sangre... Al amanecer tiene la muerte delante.

»-¿Has comprendido, Gwendor?

»-¡He comprendido, Muerte! He comprendido desde el comienzo de este día... He sentido en mi corazón, en mi brazo también, en los ojos de mis amigos, en el propio paso de mi caballo, un hechizo triste y lento semejante al sueño... Mi estrella se apagaba entre tus heladas manos... ¡Todo ha empezado a escapar! ¡Oh, Muerte! ¡Terribles remordimientos! ¡Mi vergüenza es inmensa!... ¡Mira esos pobres cuerpos!... ¡Una eternidad de silencio no puede aliviarlo!...

»-¡No hay alivio alguno en este mundo, Gwendor! ¡Sólo leyenda! ¡Todos los reinos acaban en un sueño!...

»-¡Oh, Muerte! Devuélveme un poco de tiempo... ¡un día o dos! Quiero saber quién me ha traicionado...

»-Todo traiciona, Gwendor... Las pasiones no pertenecen a nadie, el amor, sobre todo, no es sino flor de vida en el jardín de la juventud.

»Y la muerte se apodera despacito del príncipe... Éste ya no se defiende... Ha perdido el peso... Y, además, un bello sueño embarga su alma... El sueño que tenía con frecuencia, cuando era pequeño, en su cuna de piel, en la Cámara de los Herederos, junto a su nodriza la Morava, en el castillo del Rey René...»

A Gustin le colgaban las manos entre las rodillas...

«¿No es hermoso?», le pregunté.

Recelaba. No quería rejuvenecer demasiado. Se defendía. Me pidió que le explicara todo de nuevo... esto... y lo otro... No es tan fácil... Es frágil como una mariposa. Por una cosita de nada, se deshace, te ensucia. ¿Qué ganas con eso? No insistí.

Para ligar bien mi Leyenda habría podido documentarme con personas sensibles... versadas en sentimientos... en las innumerables variaciones de los estilos amorosos...

Prefiero arreglármelas solo.

Con frecuencia las personas sensibles son incapaces de gozar. Es cuestión de azotes. Cosas así no se perdonan. Pero voy a describiros el castillo del Rey Krogold:

«...Un monstruo tremendo en pleno bosque, abrumadora mole oculta, cortada en la roca... llena de zahurdas, credencias recargadas con frisos y resaltos... torretas... Desde lejos, desde el mar, allá... las cimas del bosque llegan ondulando hasta las primeras murallas...

»El vigía a quien el miedo a la horca hace desorbitar los ojos... Más arriba... En lo más alto... En la cima de Morehande, la Torre del Tesoro, el gonfalón flamea en la borrasca... Ostenta las armas reales. ¡Una serpiente partida en banda, sangrando por el cuello! ¡Ay de los traidores! ¡Gwendor expía!...»

Gustin ya es que no podía más. Se adormilaba... Sobaba incluso. Fui a cerrar su armario. Le dije: «¡Vámonos! ¡Ven a dar un paseo por el Sena!... Te sentará bien...». Prefería no moverse... Por fin, ante mi insistencia, se decidió. Le propuse un cafelito al otro lado de la Ile aux Chiens... Allí, a pesar del café, volvió a dormirse. Se estaba bien allí, desde luego, a las cuatro, la hora del ensueño en las tascas... Había tres flores artificiales en el jarrón de estaño. Todo estaba muerto en el muelle. Hasta el viejo borracho de la barra se resignaba a que la patrona no le hiciera ya caso. Lo dejé tranquilo, a Gustin. El próximo remolcador lo despertaría, seguro. El gato se había alejado de la purí para ir a afilarse las uñas.

Como tenía las manos vueltas, Gustin, mientras sobaba, era fácil leerle el porvenir. El carácter y la vida entera de un hombre están inscritos en las palmas. En Gustin la línea de la vida era la más marcada. En mí, más que nada la de la suerte y el destino. No me sonríe en cuanto a duración de la existencia... Me pregunto para cuándo será. Tengo un surco en la parte baja del pulgar... ¿Será una arteriola que estalle en el encéfalo? ¿O en la circunvolución central?... ¿En el recoveco de la

«tercera»?... En el depósito de cadáveres observé muchas veces con Metitpois ese punto... Es de lo más minúsculo un ictus... Un cratercito tamaño alfiler en el gris de los surcos... Consume el alma, el fenol y todo. Tal vez sea, ay, un «neo» fungoso del recto... Preferiría con mucho la arteriola... ¡Salud, chicos!... Con Metitpois, maestro de verdad, pasé muchos domingos escudriñando así los surcos... las formas de morir... Era la pasión de ese pureta... Quería hacerse una idea. Personalmente, deseaba una inundación chachi de los dos ventrículos a la vez, cuando le llegara la hora... ¡Estaba cargado de honores!...

«Las muertes más exquisitas, fíjese bien, Ferdinand, son las que nos alcanzan en los tejidos más sensibles...» Era afectado en el habla, refinado, sutil, Metitpois, como los hombres de la época de Charcot. No le sirvió de gran cosa estudiar la circunvolución, «la tercera» y el núcleo gris... Murió del corazón, por fin, en condiciones nada chachis... de una tremenda angina de pecho, un ataque que duró veinte minutos. Resistió, desde luego, ciento veinte segundos con todos sus recuerdos clásicos, sus resoluciones, el ejemplo de César... pero durante dieciocho minutos gritó a voz en cuello... Que si le arrancaban el diafragma, todas las tripas vivas... Que si le pasaban diez mil cuchillas por la aorta... Intentaba vomitárnoslas... No era cuento. Se arrastraba para eso en el salón... Se aplastaba el pecho... Bramaba sobre la alfombra... Pese a la morfina. Resonaba por todos los pisos y en la calle... Acabó bajo el piano. Las arteriolas del miocardio, cuando estallan una por una, forman un harpa extraordinaria... Es una pena que nadie vuelva de la angina de pecho. Habría sabiduría y genio para todo el mundo.

Debíamos dejar de meditar, pronto iba a ser la hora de los venéreos. Era en La Pourneuve, al otro lado de La Garenne. Lo hacíamos los dos. Tal como yo había previsto, un remolcador tocó la sirena. Era el momento de pirarse. El sistema de los venéreos era ingenioso. Los de purgaciones y los de sífilis, en espera de las inyecciones, hacían amistad. Al principio cohibidos, después con gusto. Cerca del matadero, al final de la calle, iban rápido a unirse en cuanto caía la noche en invierno. Tienen siempre mucha prisa, esa clase de enfermos, temen no volver a tener una erección curiosita. La tía Vitruve, al venir a verme, había advertido todo eso... Se ponen muy melancólicos, los jovencitos, con sus primeras purgaciones, les afectan muchísimo. Ella iba a esperar a la salida... Se los ganaba con zalamerías... con solicitud conmovedora... «Te escuece de lo lindo, ¿eh, chaval?... Sé lo que son... Las he curado... Conozco una tisana asombrosa... Ven a casa y te haré una...» Dos o tres cafés con leche más y el chico le daba su savia. Una noche junto a la tapia hubo escándalo, un mojamé con chuzo como de asno tenía ensartado por el culo a un aprendiz de pastelero, por el placer, junto a la garita del guardia. El guri, acostumbrado a la función, primero escuchó todo, los murmullos, los quejidos y luego los alaridos... El chaval era presa de convulsiones, había cuatro sujetándolo... Pero aun así se lanzó al chiscón del purili, para que lo protegieran de esos desgraciados. El otro entonces cerró la burda. «¡Lo remató! ¡Así mismo!», decía segura la Vitruve. Al comentarlo.

«¡Lo vi yo, al guri, por la persiana! ¡Le daban al asunto con ganas los dos! ¡Tal para cual!...»

No creía en los sentimientos. Pensaba mal y acertaba. Para ir a La Pourneuve debíamos tomar el autobús. «¡Por cinco minutos más o menos!», me decía Gustin. No tenía la menor prisa. Nos sentamos en la parada, a cubierto, la que está delante de la rampa del puente.

En esa orilla, en el 18, fue donde mis padres no vendieron ni una escoba durante el invierno del 92, hace la tira.

Era una tienda de «Modas, flores y plumas». Había en total, de modelos, tres simples sombreros, en un solo escaparate, me lo habían contado muchas veces. El Sena se heló aquel año. Yo nací en mayo. Soy la primavera en persona. Sea el destino o no, acabas hasta los huevos de envejecer, de ver cambiar las cosas, los números, los tranvías y los peinados, al paso de la vida. Falda corta o gorro hendido, pan duro, barcos de ruedas, todo por los aires, ¡qué más da! Te hacen despilfarrar la simpatía. Yo no quiero cambiar más. Tengo muchas cosas de que quejarme, pero estoy unido a ellas, soy un

desastre y me adoro tanto como apesta el Sena. Quien cambie el farol curvado de la esquina junto al número 12 me dará un buen disgusto. Somos temporales, no hay duda, pero ya hemos temporizado de lo lindo.

Ahí están las gabarras... Tienen todas un corazón ahora. Late con fuerza y huraño que para qué en el negro eco de los arcos. Basta. Me estoy dispersando. No voy a quejarme más. Pero a ver si no se me juntan más. Si las cosas se nos llevaran consigo, con lo frágiles que son, moriríamos de poesía. Sería cómodo en cierto sentido. Gustin, tocante a seducciones y encantos ínfimos, era de mi opinión, sólo que para el olvido confiaba más que nada en la bebida. En fin... En sus bigotes de estilo galo se le quedaba siempre algo de priva y penas...

Con los venéreos, nuestro sistema consistía en trazar rayas, en un gran cuadro, paso a paso... Con eso bastaba. Una raya roja: Novars... Verde: ¡mercurio!... ¡Y hale! La rutina se encargaba del resto... bien contenta... Sólo quedaba mecharle al andoba el culo o los pliegues del brazo con el mejunje... Con eso quedaba untado bien, como con mantequilla... ¡Verde!... ¡Brazo!... ¡Amarillo!... ¡Culo!... Rojo... ¡dos carrillos!... ¡Largo, cularra! Y otro culo. ¡Bismuto! ¡Cochina! ¡Azul! Poder mear, ¡qué potra! ¡Cabrito!... ¡Arriba el pantalón!... ¡Andando!... Un ritmo constante. Purrela y más purrela... Filas interminables... ¡Mingas! ¡Pichas hechas polvo! ¡Pililas goteando! ¡Supurantes! ¡Purulentas! ¡Ropa basta y almidonada, cartón piedra! ¡Purgaciones! ¡andares torcidos! ¡Reinas del mundo! ¡Su trono, el asunto! ¡Caliente en invierno como en verano!...

¡Fríos los pobres chorras desconfiados! ¡Y después se transmitían recetas de gilipuertas para quilar aún mejor! ¡Más!... Que Julienne no se enterara... No volver... ¡Mentirnos!... Gritando de placer... Uretra llena, ¡cuchillas! ¡Nabo todo rajado! ¡Cimbel en la boca! ¡Saca la raja!

Ahí va el «historial 34», el empleado de gafas negras, el tímido, el pirilla, va a pescarlas a propósito, sus purgaciones, cada seis meses, en cour d’Amsterdam, para mejor expiar por la verga... mea sus cuchillas en las zorrupias de los anuncios por palabras... ¡Es su oración!, como él dice... ¡Es un microbio enorme, el «34»! ¡Lo ha escrito en nuestro retrete!: «Soy el terror de los chochos... He dado por culo a mi hermana mayor... ¡Me he casado doce veces!». Es un cliente muy puntual, silencioso y modosito y siempre contento de volver.

Así nos ganamos el cocido; no te deja tan baldado como terraplenar las vías del tren.

Al llegar a La Pourneuve, me dijo así Gustin: «Oye, Ferdinand, antes... mientras yo dormitaba, no me vayas a decir que no... me has leído las líneas de la mano... ¿Y qué has visto?».

Bien sabía yo lo que le preocupaba, desde hacía mucho, el hígado, su punto sensible, y, además, pesadillas horribles... Se iba fabricando su cirrosis...

Muchas mañanas lo oía vomitar en la pila... Lo tranquilicé, de nada servía meterle miedo. El mal estaba hecho. Lo principal era que conservara los currelos.

En la Jonction, lo había conseguido en seguida, su puesto en la Beneficencia. Al acabar los estudios, gracias a un aborto curiosito, es la pura verdad, que hizo a la amiguita de un concejal muy conservador de entonces... Acababa de establecerse, Gustin, al lado, boqueras. Le había salido chipén, aún no le temblaba la mano. La vez siguiente, a la mujer del alcalde. ¡Otro éxito!... En agradecimiento lo nombraron médico de los pobres.

Al principio, había gustado mucho, y a todo el mundo, en sus funciones. Y después, en determinado momento, dejó de gustar... Se hartaron de su jeta y sus modales... No lo tragaban más. Conque le hicieron de todo... A ver quién le hacía de rabiar más. Se lo pasaron bomba quedándose con él; lo acusaban de cualquier cosa, llevar las manos sucias, columpiarse con las dosis, no conocer los venenos... Que si le rugía el aliento... Que si llevaba botines... Cuando lo habían jorobado tanto, que le daba vergüenza incluso salir, y le habían repetido la tira de veces que podían darle el lique como si tal cosa, entonces cambiaron de idea, empezaron a tolerarlo otra vez, sin motivo, salvo que se habían cansado de considerarlo tan feo y calzonazos...

Toda la mala hostia, la envidia, la rabia de un barrio había caído sobre su jeta. Había tenido que tragar toda la acerba mala leche de los chupatintas de su propio consultorio. La acidez al despertar de los 14.000 alcohólicos del barrio, las pituitas, las retenciones extenuantes de las 6.422 blenorragias que no conseguía atajar, las convulsiones ováricas de las 4.376 menopausias, la angustia preguntona de 2.266 hipertensos, el desprecio inconciliable de 722 biliosos con jaqueca, la obsesión recelosa de los 47 portadores de tenias, más las 352 madres de niños con ascárides, la horda confusa, la gran turba de los masoquistas de toda manía. Eccematosos, albuminosos, azucarados, fétidos, temblequeantes, vaginosas, inútiles, los «demasiado», los «insuficiente», los estreñidos, los chorras del remordimiento y toda la pesca, el ir y venir de asesinos, había refluido hacia su jeta, había caído en cascada ante sus binóculos desde hacía treinta años, mañana y tarde.

En la Jonction, vivía en plena cochambre, justo encima de los rayos X. Tenía allí su piso de tres habitaciones, un edificio de sillares, no de ladrillo como ahora. Para defenderse contra la vida harían falta diques diez veces más altos que en Panamá y pequeñas esclusas invisibles. Habitaba allí desde la Exposición, la grande, desde los felices tiempos de Argenteuil.

Ahora había grandes buildings en torno al establecimiento.

De vez en cuando buscaba aún, Gustin, una pequeña distracción... Mandaba subir a una monina, pero no demasiado a menudo. Su gran pena volvía a embargarlo, en cuanto le aparecía el sentimiento. Tras el tercer encuentro... Prefería pimplar... En la acera de enfrente había una tasca, con fachada verde y concierto de banjo los domingos; era cómoda para marcarse unas patatas fritas, la chica las hacía incomparables. La priva le quemaba el estómago, a Gustin, y yo no puedo ni probarla desde que tengo los zumbidos día y noche. Me deja hecho una mierda, me da aspecto de apestado. Conque a veces me ausculta, Gustin. Tampoco me dice lo que piensa. Es el único aspecto sobre el que somos discretos. Tengo mi pena, yo también, la verdad. Conoce mi caso, intenta animarme: «Anda, Ferdinand, léemela, ¡que te la escucho, hombre, tu historia! ahora, ¡que no leas demasiado rápido! No gesticules. Te cansas y a mí me marea...».

«El Rey Krogold, sus caballeros, sus pajes, su hermano el Arzobispo, el clero del campamento, toda la corte, fueron tras la batalla a desplomarse bajo la tienda, en medio del vivaque. La pesada media luna de oro, regalo del Califa, había desaparecido en el momento del reposo... Coronaba el palio real. El capitán del convoy, el responsable, fue azotado como una estera. El rey se tumbó, quería dormirse... Sufría aún de sus heridas. Estaba desvelado. El sueño se negaba a acudir... Insultó a los que roncaban. Se levantó. Pasó por encima de los cuerpos, pisó manos, salió... Fuera hacía tanto frío, que se estremeció. Cojeaba; aun así, avanzó. La larga fila de carros rodeaba el campamento. Los guardias se habían dormido. Krogold costeó los grandes fosos de defensa... Iba hablando en voz alta y tropezó, estuvo a punto de caer. En el fondo del foso brilló algo, una hoja enorme que lanzaba destellos... Un hombre sostenía el objeto reluciente en sus brazos. Krogold se lanzó sobre él, lo derribó, lo maniató; era un soldado, lo degolló con su propia espada corta, como a un cerdo... “¡Glu, glu!”, gorgoteaba el ladrón por su agujero. Soltó todo. Era el fin. El rey se agachó, recogió la media luna del Califa. Volvió a subir hasta el borde del foso. Se quedó dormido ahí entre la bruma... El ladrón había recibido su castigo.»

Por aquella época se produjo la crisis, por muy poquito no me dieron el lique en el dispensario. Por los cotilleos otra vez.

Fue Lucie Keriben, que tenía una tienda de modista, en el Bulevar Moncontour, quien me avisó. Veía a cantidad de gente. Se cotilleaba mucho en su tienda. Me comunicó chismes muy chungos. Con esa mala leche, tenían que ser de Mireille... No me equivoqué... Puras calumnias, claro está. Decía que yo había organizado orgías con clientas del barrio. Barbaridades, en una palabra... Lucie Keriben, a la chita callando, se alegraba bastante de que fuera un poco de ala yo... Tenía envidia.

Conque esperé a que regresara la Mireille, me apalanqué en el Impasse Viviane; por fuerza había de pasar por allí. Yo no ganaba aún bastante para dedicarme a escribir... Podía meterme hasta el cuello en la miseria otra vez. No me sentía con ánimos. La vi venir... pasó por delante. Le envié tal viaje en el bul, que salió volando de la acera. Me entendió en el acto, pero no por ello habló. Quería ver primero a su tía. No quería confesar, la muy puta. Nada de nada.

Lo hacía, lo de difundir trolas, era para meterme miedo... Conque el día siguiente me apresuré a complacerlas. La brutalidad no servía, sobre todo con Mireille, se volvía aún más bicho. Quería casarse. Conmigo o con cualquier otro. Estaba hasta el moño de las fábricas. A los dieciséis años ya había pasado siete en el suburbio del oeste.

«¡Se acabó!», anunciaba. En Happy Suce, la fábrica de caramelos ingleses, había sorprendido al director en el momento en que un aprendiz se la mamaba. ¡Menuda, aquella fábrica! Durante seis meses tiró todas las ratas muertas a la gran tina de las garrapiñadas. En Saint-Ouen una encargada se la había llevado a vivir con ella, le daba buenas tundas en los retretes. Se habían dado el piro juntas.

El capital y sus leyes los había comprendido, Mireille... Antes aún de tener la regla. En las colonias de Marty-sur-Oise había pajillería, aire puro y discursos hermosos. Ella se había desarrollado muy bien. En la fiesta anual de los Fédérés hacía los honores al patronato, era ella la que blandía a Lenin, en lo alto de una vara, de La Courtine al Père-Lachaise. La bofia no daba crédito a sus ojos, ¡al ver a semejante chulángana! Pero con unas pantorrillas tan espléndidas, ¡que se llevaba de calle a la gente cantando, empalmada, la Internacional!

Los macarrillas de baile o los que frecuentaba no se daban cuenta de lo que tenían en las manos. Era menor, recelaba de la pasma. De momento seguía a Robert, Gégèné y Gaston. Pero se iban a ganar, esos chavales, desgracias de verdad. Ella iba a ser su ruina.

De la Vitruve y su sobrina, podía esperarme yo cualquier cosa; la vieja, sobre todo, sabía demasiado como para no utilizarlo un día.

Yo la moderaba con el parné, pero la chavala quería más, quería todo. Si la trataba con ternura, le parecía sospechoso. Me la voy a llevar al Bois, fui y me dije. Me guarda rencor. Tengo que hacer algo para interesarle. En el Bois tenía pensado contarle una historia bonita, halagarle la vanidad.

«Pregunta a tu tía», le dije. «Estarás de vuelta antes de medianoche... ¡Espérame en el Café Byzance!»

Conque salimos, los dos.

A partir de la Porte Dauphine ya se sentía más contenta. Le gustaban los barrios elegantes. En el Hôtel Méridien lo que la horrorizaba eran las chinches. Cuando tenía un ligue y debía quitarse la blusa, las marcas le daban vergüenza. Sabían todos que eran picaduras de chinche... Conocían todos los líquidos y desinfectantes para fumigar... El sueño de Mireille era una queli sin churráis... Si se hubiera dado el piro entonces, su tía la habría mandado trincar. Contaba con ella para la jalandria, pero yo sabía que tenía un chulín que pretendía lo mismo, el Bébert de Val-de-Grace. Acabó dándole a la «nieve». Leía el Viaje, ése...

Al acercarnos a la Cascada, comencé con las confidencias...

«Sé que tienes un empleado de Correos al que le va la marcha que para qué...»

Estaba demasiado contenta entonces como para no ponerse zalamera o no soltar la lengua. Me contó todo. Pero al llegar al Catelan, ya no se atrevía a seguir, la obscuridad le daba miedo. Creía que la llevaba al bosque para canearla. Me tentaba el bolsillo para ver si llevaba una pistola. Yo no llevaba nada. Me palpaba el pito. Como pasaban coches, le propuse ir a la Isla, que estaríamos mejor para charlar. Era un bicho, le costaba mucho gozar y el peligro la fascinaba. Los que remaban cerca de la orilla se perdían, se enredaban siempre con las ramas, soltaban tacos, volcaban y destrozaban sus farolillos.

«¡Escucha los patos ahogándose en la orina del agua!»

«¡Mireille!», le dije, una vez instalados así. «Sé que te van las trolas... la verdad no te quita el sueño...»

«Mira, chico», respondió, «¡si tuviera que repetir sólo la cuarta parte de lo que oigo!...»

«¡Vale!», la interrumpí... «Me inspiras indulgencia y debilidad incluso... No es por tu cuerpo... ni por tu cara, con esa nariz... Es la imaginación lo que me atrae de ti... ¡Soy voyeur! Cuéntame historias verdes... Y yo te contaré una leyenda hermosa... Si quieres, la firmamos juntos... ¿fifty-fifty? ¡Saldrás ganando tú!...»

Le gustaba eso, hablar de cuartos... Yo le conté todo el tinglado... Le aseguré que habría princesas por todos lados y colas de terciopelo de verdad... bordados hasta los forros... pieles y joyas... No os podéis hacer idea... Nos entendimos perfectamente respecto a todas las cuestiones de decorado e incluso de vestidos. Y así comenzaba por fin nuestra historia:

«Estamos en Bredonnes, en Vendée... Es el momento de los torneos...

»La ciudad se apresta a recibir... Ahí están los caballeros engalanados... Ahí los luchadores desnudos... los saltimbanquis... Pasa su carro... se abre paso entre la muchedumbre... Ahí están las tortas friéndose... Un trío de caballeros acorazados con armaduras damasquinadas... llegan todos de muy lejos... del Sur... del Norte... se lanzan desafíos animosos...

»Ahí está Teobaldo el Perverso, trovero, llega al amanecer a las puertas de la ciudad, por el camino de sirga. Está rendido... Viene a Bredonnes a buscar cobijo y techo... Viene a acusar a Joad, el hipócrita hijo del Procurador. Viene a recordarle la horrible historia, el asesinato de un arquero en París, cerca del Pont au Change, cuando eran estudiantes...

»Teobaldo se acerca... En la barcaza Sainte-Geneviève se niega a entregar su diezmo... Se pega con el barquero... Acuden los arqueros... lo derriban, se lo llevan... Ahí lo tenemos, atado de pies y manos, echando espuma por la boca, vestido con andrajos y arrastrado ante el Procurador. Forcejea furioso, le grita la horrible historia...»

A Mireille el tono le gustaba, quería que cargáramos las tintas. Hacía mucho que no nos habíamos entendido tan bien. Por fin, hubo que volver a casa.

Por las alamedas de Bagatelle ya sólo había algunas parejas. Mireille estaba animada. Quería que las sorprendiéramos... Abandonamos mi hermosa Leyenda para discutir con pasión si el gran deseo de las damas no será quilar entre ellas... Mireille, por ejemplo, ¿es que no le gustaría tirarse a las amigas?... ¿darles por culo, llegado el caso?... ¿sobre todo a las delicadas, las auténticas gacelas?... Mireille, con sus caderas y pelvis bien proporcionadas... de atleta...

«¡No olvides los consoladores!», me hizo notar Mireille. «¡Por eso mismo miramos! ¡De tan cerca, cuando se dan el lote! ¡Para ver si les crece!... ¡Que se desgarren! ¡Que se saquen todo, las cochinas! ¡Que llenen todo de sangre! ¡Que les salga toda la mala hostia!...»

¡Comprendía muy bien la fantasía, Mireille, la monina! Aprovechaba al máximo mi espectáculo... De repente la avisé: «Si lo cuentas en Rancy... ¡te voy a hacer tragar los zapatos!...». Y la agarré bajo el farol de gas... Ya estaba adoptando expresión triunfal. ¡Yo tenía la sensación de que iba a andar diciendo por ahí que me comportaba como un vampiro!... ¡En el Bois de Boulogne! Entonces la cólera me sofocaba... ¡Pensar que una vez más hacía yo el primo! Le endiñé un soplamocos con ganas... Se rió burlona. Me desafiaba.

De los bosquecillos, de los macizos, de todos lados salió gente a admirarnos, de dos en dos, de cuatro en cuatro, en auténticas cohortes. Todos con la mano en la polla y las damas con las faldas levantadas por delante y por detrás. Unas atrevidas, serias otras y otras más prudentes...

«¡Duro, Ferdinand!», me animaban todos. Era una algarabía tremenda... Se alzaba de los bosques. «¡Dale para el pelo bien, a la chavalina! ¡Para que aprenda!» Lógicamente, me ponía bruto oírlos estimularme.

Mireille salió de naja dando chillidos. Entonces corrí tras ella y me puse como loco. Le arreé

puntapiés en el culo con muy mala leche. Hacían un ruido sordo. Calaveras del Ranelagh había aún centenares que afluían; por delante se agrupaban por pichas, le daban al asunto con ganas por detrás...

Estaba invadido el césped, millares por la avenida. Todo el tiempo llegaban más del fondo de la noche... Todos los vestidos estaban hechos jirones... chucháis bamboleantes, desgarrados... niños sin pantalones... Se derribaban, se pisoteaban, se tiraban unos a otros por el aire... Algunos quedaban colgados de los árboles... junto con las sillas hechas trizas... Una purí, inglesa, sacaba la cabeza de un cochecito hasta casi descoyuntársela, me incordiaba incluso para que me afanara... Nunca había visto yo ojos tan contentos como los suyos... «Hurray! Hurray! ¡Muchacho magnífico!», me gritaba en pleno arrebato... «Hurray! ¡Le vas a romper el bul! ¡Va a haber un gentío en las estrellas! ¡Le va a salir la eternidad! ¡Viva la Ciencia Cristiana!»

Yo apretaba aún más. Corría más que su auto. Me entregaba del todo a mi tarea, ¡chorreaba sudor! Al cargar, pensaba en mi posición... Que iba a perder, seguro. Eso me aplacaba: «¡Mireille! ¡Ten compasión! ¡Te adoro! ¿Vas a esperarme, guarra? ¿Vas a creerme?».

Al llegar al Arco del Triunfo, toda la multitud se puso a hacer un corro. Toda la horda perseguía a Mireille. Había ya la tira de muertos por todas partes. Los otros se arrancaban los órganos. ¡La inglesa agitaba el coche, por encima de su cabeza! «Hurray! Hurray!». Derribó un autobús con él. El tráfico quedó interrumpido por tres filas de la guardia móvil con armas. Entonces los honores fueron para nosotros. El vestido de Mireille se alzó con el viento. La vieja inglesa saltó sobre la chavala, le envió un directo a los senos, chorrearon, salpicaron y todo quedó rojo. Nos desplomamos, nos revolcamos todos juntos, nos ahogábamos. Una agitación tremenda.

La llama bajo el Arco subió y subió, se dividió, atravesó las estrellas, se dispersó por el cielo... Por todos lados olía a jamón ahumado... Ahí tenía a Mireille, que había venido a hablarme por fin, al oído. «Ferdinand, querido, ¡te amo!... Ya lo creo, ¡tienes ideas por un tubo!» Una lluvia de llamas volvió a caer sobre nosotros, cada cual cogió un gran trozo... Nos lo metimos chisporroteante, remolineante, en la bragueta. Las damas se metieron un ramillete de fuego... Nos dormimos unos sobre los otros.

25 000 agentes despejaron la Concorde. Ya no cabíamos. De bote en bote. Abrasaba con ganas. Humeaba. Era el infierno.

Mi madre y la Sra. Vitruve, al lado, estaban preocupadas, iban y venían por el cuarto, mientras esperaban a que me bajara la fiebre. Me había traído una ambulancia. Me había echado sobre una verja en la Avenue Mac-Mahon. Me habían visto los guris en bici.

Con fiebre o sin ella, siguen zumbándome los dos oídos y tanto que ya es que no puede ser peor. Desde la guerra me zumban. Ha corrido tras mí, la locura... con avaricia durante veintidós años. Cosa fina. Ha probado mil quinientos ruidos, un estruendo inmenso, pero yo he delirado más deprisa que ella, me la he metido en el bote, le he hecho el avión pero bien. ¡Y listo! Digo gilipolleces, la camelo, la obligo a olvidarme. Mi gran rival es la música; está atrapada, se descompone en el fondo de mi oído... No cesa de agonizar... Me atonta a trombonazos, se defiende día y noche. No me falta ningún ruido de la naturaleza, de la flauta al Niágara... Paseo conmigo el tambor y una avalancha de trombones... Toco el triángulo semanas enteras... Nadie me puede con el clarín. Tengo también, yo solito, una pajarera completa con tres mil quinientos veintisiete pajaritos que no callarán nunca... Soy los órganos del universo... He aportado todo, la piltrafa, el espíritu y el hálito... A menudo parezco agotado. Las ideas trastabillan y se revuelcan. No estoy a gusto con ellas. Estoy creando la ópera del diluvio. En el momento en que baja el telón, el tren de medianoche está entrando en la estación... La vidriera de arriba se rompe y se desploma... El vapor escapa por veinticuatro válvulas... ¡las cadenas saltan hasta el tercero!... En los vagones, abiertos de par en par, trescientos músicos bien mamados desgarran la atmósfera con cuarenta y cinco pentagramas de una vez...

Desde hace veintidós años, todas las noches quiere dejarme seco... a medianoche en punto... Pero yo también sé defenderme... con doce puras sinfonías de címbalos, dos cataratas de ruiseñores... una manada completa de focas tostándose a fuego lento... Buen trabajo para un soltero... Nada que objetar. Es mi otra vida. Asunto mío.

Lo cuento para explicar que en el Bois de Boulogne tuve un ligero ataque. Suelo hacer mucho ruido cuando hablo. Levanto demasiado la voz. Me hacen señas para que la baje. Chachareo un poco, como es lógico... Tengo que hacer unos esfuerzos para interesarme por los amigos. No me costaría nada perderlos de vista. Estoy preocupado. Vomito a veces en la calle. Entonces todo se interrumpe. Se hace casi la calma. Pero las paredes se ponen a bambolearse otra vez y los coches a recular. Tiemblo con toda la Tierra. No digo nada... La vida vuelve a empezar. Cuando me encuentre con Dios en su morada, le voy a reventar, yo, el fondo del oído, el interno; he aprendido. Me gustaría ver si le divierte. Soy jefe de la estación diabólica. El día en que yo falte, veremos si descarrila el tren. El Sr. Bizonde, el ortopedista, para el que hago algún que otro «articulillo», me encontrará aún más pálido. Se resignará.

Pensaba en todo eso en mi cuarto, mientras mi madre y la Vitruve se paseaban al lado.

La puerta del infierno en el oído es un pequeño átomo de nada. Si lo desplazas un cuarto de pelo... lo mueves sólo una micra, miras a través ¡se acabó! ¡adiós, muy buenas! ¡estás perdido para siempre! ¿Estás listo? ¿No? ¿En condiciones? ¡No se la diña así como así! Menudo sudario bordado con historias hay que presentar a la Dama. Es exigente, el último suspiro. ¡Cine «La penúltima»! ¡No todo el mundo está prevenido! ¡Hay que darse un tute, a toda costa! Yo pronto estaré preparado... Oiré por última vez a mi corazón hacer su pfutt charlatán... y después, ¡flac!, aún... Se bamboleará tras su aorta... como en un carcamal... Y fin. Lo abrirán para comprobarlo... En la mesa inclinada... No verán mi hermosa leyenda, mi pito tampoco... La Pálida se habrá hecho ya con todo... ¡Aquí tenéis, Señora, le diré, sois la más experta!...

Me había quedado frito, pero, aun así, no me podía quitar a la Mireille de la cabeza...

No me cabía duda, debía de haber ido a largar hasta hartarse.

«¡Ah!», dirían en la Jonction... «¡El Ferdinand se ha vuelto insoportable! ¡Se va al Bois a mojar el churro!» (ya que siempre se exagera). «¡Y, además, se lleva a la Mireille!... ¡Pervierte a todas las jovencitas!... ¡Nos vamos a quejar en el Ayuntamiento!... ¡No es digno de su empleo! ¡Es un violador y un subversivo!...»

¡Así mismo! Me hervía la sangre en la piltra al imaginarme esos follones, chorreaba por todo el cuerpo como un sapo... Me asfixiaba... me retorcía... No me podía estar quieto... Tiré por el aire las mantas... Volví a sentir una energía de la hostia. Pero ¡vaya si era cierto que nos habían seguido los sátiros!... ¡Olía a chamusquina por todos lados! Una sombra enorme me impedía ver... Era el sombrero de Léonce... Sombrero de militante... Alas más amplias que un velódromo... Debía de haber apagado el fuego... ¡Era Léonce Poitrat! ¡Estaba seguro! No cesaba de seguirme los pasos... ¡Me estaba provocando, ese chaval! Andaba por la comisaría mucho más a menudo de lo que debía... Después de las seis de la tarde... Andaba por ahí, trajinaba, militaba entre los aprendices, se dedicaba a hacer abortos... Yo no le hacía gracia... Lo ponía negro. Quería liquidarme. Lo decía a las claras...

En la clínica, era el contable... También llevaba chalina. Me tapaba todo un lado del sueño con su sombrero... La fiebre seguía subiéndome, me parecía... Iba a estallar... Era un listillo, Léonce Poitrat, un tunela en las reuniones... En los chantajes confederados podía tirarse dos horas vociferando. Nadie lo hacía callar... Si le habían cambiado su moción, se ponía como una fiera por una palabra. Bramaba más fuerte que un coronel. Era cachas como un camión. A labia no le ganaba nadie; a trabuco tampoco, se le ponía más duro que treinta y seis bíceps. Tenía alegrías de acero. Así mismo. Era secretario del «Sindicato de la Construcción» de Vanves La Révolte. Secretario elegido. Sus tronquis

estaban orgullosos de Léonce, tan vago, tan violento. Era el chulanga más fetén del ramo.

Aun así, no estaba contento, me tenía envidia, a mí, mis ideas, mis tesoros espirituales, mi empaque, que me llamaran «doctor». Se quedaba ahí con las señoras, esperaba ahí al lado... ¿A que me decidiera? ¿A que cascara de una vez?... ¡Enseguidita!... Y aunque sólo fuera por joderlo... ¡Me iba a quedar en la Tierra, yo!... ¡Habría milagro!... ¡Lo abrazaría incluso, para que la diñara!... ¡Por contagio!...

El piso de arriba resonaba... Ruidos diferentes... era el artista, que daba sus clases... Ensayaba... inquieto... Debía de estar solo... ¡Do!... ¡do!... ¡do!... ¡La cosa no iba nada bien!... ¡Si!... ¡si!... Un poquito más... ¡Mi! ¡mi!... ¡Re! ¡Todo tiene arreglo!... ¡Y después un arpegio con la izquierda!... Y luego la derecha que se reanimaba... ¡Si sostenido!... ¡Hostias!

Por mi ventana se veía París... Desplegado ahí abajo... Y después se ponía a trepar... hacia nosotros... hacia Montmartre... Un tejado empujaba a otro, en punta, hiriendo sangrando por el reguero de luces, de calles en azul, en rojo, en amarillo... Más abajo, el Sena las pálidas brumas, un remolcador avanzando... con un aullido de cansancio... Más lejos aún, las colinas... Las cosas se entregaban al recogimiento... La noche estaba al caer. ¿Sería mi portera la que daba golpes en la pared?

Para que ésa subiese, debía yo de estar para el arrastre... Era demasiado vieja, la tía Bérenge, como para darse el tute de las escaleras... ¿De dónde podía salir?... Atravesó mi cuarto muy despacio... No tocaba el suelo. Ya ni siquiera miraba a derecha e izquierda... Salió por la ventana al vacío... Por ahí se fue a la obscuridad, por encima de las cosas... Por allí iba...

¡Re!... ¡fa!... ¡sol sostenido!... ¡mil... ¡Joder! ¡No iba a acabar nunca! Debía de ser el alumno que volvía a empezar... Cuando se declara la fiebre, la vida se vuelve blanda como panza de tabernero... Te hundes en un remolino de tripas. Oía yo a mi madre que insistía... Contaba su vida a la Sra. Vitruve... ¡Repetía para que comprendiera bien lo difícil que yo había sido!... ¡Derrochador!... ¡Tarambana!... ¡Perezoso!... Que no me parecía pero es que nada a mi padre... Tan formal él entonces... tan trabajador... tan modélico... tan poco potrudo... muerto el invierno anterior... Sí... No le hablaba de los platos que le rompía en la chola... ¡No! ¡Re, do, mi! ¡re bemol!... Era el alumno que volvía a empezar con dificultad... Trepaba por las semicorcheas... Acababa en los dedos del maestro... Resbalaba... Se empantanaba... Tenía los dedos llenos de sostenidos... «¡El compás!», grité yo con ganas.

Mi madre no contaba tampoco cómo la arrastraba, Auguste, de la pelambrera, por la trastienda. Un cuchitril, la verdad, para discusiones...

De todo eso no decía ni pío... Pura poesía... Sólo que pasábamos estrecheces, pero que nos queríamos con locura. Eso le contaba. Me quería tanto mi papá, era tan sensible en todo, que mi conducta... las preocupaciones... mis inquietantes inclinaciones, mis monstruosas malandanzas habían precipitado su muerte... De pena, evidentemente... ¡Que le habían afectado al corazón!... ¡Zas! Así se cuentan las historias... No dejaba de ser bastante natural, todo eso, pero también un montón de mentiras inmundas, asquerosas... Las muy putas se excitaban tanto calentándose la cabeza las dos, que no dejaban oír los ruidos del piano... Ya podía yo berrear con ganas.

Vitruve no era manca a la hora de contar trolas... enumeró sus sacrificios... ¡Mireille lo era todo en la vida para ella!... Yo no entendía todo... Tuve que ir a devolver al retrete... Seguro que era el paludismo, encima... Lo había pillado en el Congo... Estaba bien arreglado, yo, de pies a cabeza.

Cuando volví a acostarme, mi madre estaba hablando por los codos de su noviazgo... en Colombes... Cuando Auguste montaba en bicicleta... La otra, que no le iba a la zaga... se corría de gusto, la asquerosa... contando cómo se desvivía para salvar mi reputación... en Linuty... ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Aquello me sublevó... No lo pude soportar... No me moví más... Me limité a inclinarme para

vomitar del otro lado de la piltra... Puestos a desvariar con mala hostia, prefería revolcarme en historias de mi cosecha... Vi a Teobaldo, el Trovero... Seguía necesitando dinero... Iba a matar al padre de Joad... un padre menos, pues... Vi torneos magníficos en el techo... lanceros que se ensartaban... Vi al Rey Krogold en persona... Llegaba del Norte... Estaba invitado en Bredonnes con toda su Corte... Vi a su hija Wanda la rubia, la radiante... Con gusto me la habría cascado, pero tenía las manos demasiado pegajosas... Joad estaba enamorado y brutísimo... ¡La vida!... ya volvería yo a eso... Arrojé de repente una de bilis... Bramaba con los esfuerzos... Las viejas habían oído, de todos modos... Acudieron, me atendieron. Las volví a echar... En el pasillo se pusieron a chacharear otra vez. Después de ponerme a caldo así, dieron marcha atrás un poco en la expresión... Volvían a darme jabón un poco... Dependían de mí para muchas cosas... Se recataron de repente... Habían exagerado... A mí era a quien debían el parné que entraba... Mi madre, en casa del Sr. Bizonde, el famoso ortopedista, no ganaba demasiado... No le habría bastado... Es duro a su edad salir adelante a comisión... En cuanto a la Sra. Vitruve y su sobrina, yo era quien apoquinaba para sus habichuelas con apaños ingeniosos... De repente se pusieron cautelosas, empezaron a hacer el paripé...

«Es un bruto... ¡está chiflado!... Pero tiene un corazón de oro...» Eso había que reconocerlo. Claro está. No se podía olvidar el alquiler y la pitanza... No se debían decir demasiadas gilipolleces. Se apresuraron a tranquilizarse. Mi madre no era una obrera... Lo repetía mil veces, era su letanía... Era una comerciante modesta... Nuestra familia fue de cráneo por el honor del comercio modesto... No éramos obreros borrachos y cargados de deudas, nosotros... ¡Ah, no! ¡Ni mucho menos!... ¡Aún había clases!... Tres vidas, la mía, la suya y sobre todo la de mi padre, se consumieron a base de sacrificios... No se sabe siquiera lo que ha sido de ellas... Pagaron todas las deudas...

Ahora mi madre hace unos esfuerzos horribles para recuperar nuestras vidas... Se ve obligada a imaginar... Han desaparecido, nuestras vidas... nuestro pasado también... Se pone a trajinar, en cuanto tiene un momentito... pone las cosas en su sitio otra vez... y después, ¡vuelven a caer fatalmente!...

Coge unos cabreos terribles, con sólo que yo me ponga a toser, porque mi padre tenía pecho de toro, pulmones sólidos... No quiero ni verla, ¡me pone negro! Quiere que delire con ella... ¡De eso nada! ¡Voy a provocar una desgracia! Yo quiero decir gilipolleces por mi cuenta... ¡Do! ¡mi! ¡la! el alumno se había marchado... El artista se entretenía... Tocaba una «nana»... Me habría gustado que Emilie subiera... Venía por las noches a arreglarme el cuarto... Apenas hablaba... ¡No la había visto! Anda, ¡si estaba ahí!... Quería que tomara ron... Al lado, los borrachos vociferaban...

«Mire, ¡tiene una fiebre tremenda!... ¡Estoy muy preocupada!», volvió a repetir mamá.

«¡Es muy amable con los enfermos!...», gritó, a su vez, la Vitruve...

Yo entonces tenía tanto calor, que me arrastré hasta la ventana.

Virando a través de la Etoile, mi hermoso navío enfilaba por la sombra... cargado de velas hasta el sobrejuanete de proa... Apuntaba derecho hacia el Hôtel-Dieu... La ciudad entera estaba en cubierta, tranquila... Reconocí a todos los muertos... Conocía incluso al que iba al timón... Al piloto lo tuteaba... Había comprendido, el profesor... tocaba abajo la tonada que necesitábamos... Black Joe... Para los cruceros... Para torear el tiempo... el viento... los embustes... Si hubiera abierto la ventana, habría hecho frío de repente... Mañana iría a matarlo, al Sr. Bizonde, que nos facilitaba el sustento... el ortopedista, en su tienda... Quería yo que viajara... no salía nunca... Mi navío penaba y pugnaba por encima del parque Monceau... Iba más lento que la otra noche... Iba a chocar con las estatuas... Dos fantasmas bajaron en la Comédie-Française... Tres olas enormes arrancaron las arcadas de la Rue de Rivoli. La sirena aulló contra mis cristales... Empujé la burda... El viento entró con violencia... Mi madre acudió con ojos como platos... Me regañó... ¡Que es que me portaba mal, como siempre!... ¡La Vitruve se precipitó!... Un diluvio de sermones... Me rebelé... Me puse a insultarlas... Mi hermoso navío renqueaba... Esas mujeres arruinaban cualquier infinito... Calaba de proa, ¡era una vergüenza!...

se inclinaba hacia babor, de todos modos... No había velero más bonito... Mi corazón lo seguía... ¡Deberían haber corrido, las muy putas, tras las ratas que iban a joder la maniobra!... No iba a poder bordear nunca, con unas drizas tan azocadas... Habría que haber aflojado... ¡Tomar tres rizos antes de la «Samaritaine»! Grité todo eso sobre todos los tejados... Y, además, ¡mi alcoba iba a hundirse!... ¡Por fin había pagado yo! ¡Todo! ¡Hasta el último céntimo! ¡La puta mierda de mi vida!... ¡Me cagué en el pijama! Todo él pringado... ¡Qué mal lo veía! Iba a descojonarme contra la Bastilla. «¡Ah! ¡Si tu padre pudiera verte!»... Oí esas palabras... ¡Me sacaron de quicio! ¡Ella otra vez! Me volví. «¡Puse a padre de vuelta y media!», dije... ¡Me desgañité!... «¡No había un cabronazo mayor en todo el universo! ¡de Dufayel al Capricornio!...» Primero, ¡fue presa de auténtico estupor! ¡Se quedó helada! Transida... Después se recobró. Me puso a parir. Yo no sabía dónde meterme. Lloraba como una Magdalena. Se revolcaba por la alfombra de amargura. Se puso de rodillas otra vez. Volvió a levantarse. Me atacó con el paraguas.

Me dio una de golpes con el mediomundo en toda la jeta. Se le reventó el mango en la mano. Se deshizo en lágrimas. La Vitruve se interpuso. ¡No quería volver a verme más!... ¡Así me juzgaba! Hacía temblar toda la queli... Su recuerdo fue lo único que dejó mi padre y problemas para parar un tren. ¡Era una obsesa del recuerdo! Cuanto más muerto, ¡más lo amaba! Era como una perra incapaz de parar... Pero, ¡yo no estaba de acuerdo! Aunque me costara la vida, ¡no me mordería la lengua! Le repetí que era un falso, un hipócrita, ¡bruto y cagueta de la cabeza a los pies! Volvió a la carga. Se habría dejado matar por su Auguste. Le iba yo a dar para el pelo bien. ¡Qué leche!... Para algo tenía paludismo. Me injurió, se puso como una fiera, no respetaba mi estado. Conque me agaché, le levanté las faldas, con la furia. Vi su pantorrilla descarnada, como un bastón, sin carnes, la media arrugada, ¡qué asco!... No he podido quitarle ojo nunca... Le eché las tripas encima...

«¡Estás loco, Ferdinand!», dijo y retrocedió... ¡Se sobresaltó!... ¡Se largó! «Estás loco», volvió a gritar por la escalera.

Yo tropecé. Caí cuan largo era. La oí cojear hasta abajo. La ventana se había quedado de par en par... Me acordé de Auguste, también le gustaban los barcos a él... Era un artista, en el fondo... No tuvo su oportunidad. Dibujaba tormentas de vez en cuando en mi pizarra...

La criada se había quedado junto a la cama... Le dije: «Acuéstate ahí, vestida... Vamos de viaje... Mi barco ha perdido todas las luces en la estación de Lyon... Voy a dar el recibo al capitán para que vuelva al Quai Arago, cuando monten las guillotinas... el Quai du Matin...».

Emilie se tronchaba... No comprendía los chistes... «Mañana...», dijo. «¡Mañana!...» Se marchó en busca de su nene.

¡Entonces sí que me quedé solo de verdad!...

Entonces vi volver miles y miles de lanchas por encima de la Rive Gauche... Cada una llevaba un pequeño cadáver apergaminado bajo la vela... y su historia... sus mentirijillas para orientarse...

Del siglo pasado puedo yo hablar, lo vi fenecer... Se marchó por la carretera después de Orly... Choisy-le-Roi... Por el lado de Rungis, donde vivía Armide, la tía, la decana de la familia.

Hablaba de cantidad de cosas que ya nadie recordaba. Elegíamos un domingo en otoño para ir a verla, antes de los meses más duros. No íbamos a volver ya hasta la primavera para asombrarnos de que aún viviese...

Los recuerdos antiguos son algo tenaz... pero quebradizo, frágil... Estoy seguro, no obstante, de que tomábamos el «tranvi» delante del Châtelet, el de caballos... Subíamos con nuestros primos a los bancos de la imperial. Mi padre se quedaba en casa. Los primos bromeaban, decían que no volveríamos a verla más, a la tía Armide, en Rungis. Que, al no tener criada y vivir en un hotelito, seguro que la asesinarían y que con las inundaciones tal vez nos enteráramos demasiado tarde...

Íbamos traqueteando así todo el rato hasta Choisy por la ribera del río. Duraba horas. Así tomaba el aire yo. A la vuelta teníamos que coger el tren.

Llegados al final de la línea, ¡debíamos arrear! Salvar los enormes adoquines... Mi madre me tiraba de los brazos para que la siguiera a su paso... Nos encontrábamos con otros parientes que iban a ver también a la vieja. Le costaba trabajo, a mi madre, con su moho, su velo, su sombrerito de paja, sus alfileres... Cuando el velo estaba mojado, se lo mordía nerviosa. Las avenidas de antes de la casa de la tía estaban llenas de castañas. No me dejaban recoger, no podíamos perder ni un minuto... Más allá de la carretera, venían los árboles, los campos, el terraplén, montículos de tierra y después el campo... más lejos aún los países desconocidos... la China... Y después nada de nada.

Teníamos tanta prisa por llegar, que me hacía caca en los pantalones... Por cierto, que me pasé toda la juventud, hasta la mili, cagándome en los pantalones, con las prisas que me metían. Llegábamos empapaditos a las primeras casas. Era una aldea divertida, ahora lo comprendo, pintoresca, con rinconcitos tranquilos, callejuelas, musgo, recovecos y toda la pesca. Al llegar delante de su verja, se había acabado la juerga. Chirriaba. La tía había vendido a saldo telas de Holanda en el Carreau du Temple durante casi cincuenta años... Su hotelito de Rungis era el fruto de todos sus ahorros.

Vivía en el fondo de un cuarto, delante de la chimenea; se quedaba en el sillón. Esperando a que fuéramos a verla. Cerraba también las persianas, porque tenía la vista delicada.

Su hotelito era de estilo suizo, el sueño de la época. Delante cocían a fuego lento los peces en un estanque hediondo. Andábamos un poquito más, llegábamos a su escalinata. Nos sumergíamos en las sombras. Tocábamos algo blando. «¡Acércate, no tengas miedo, Ferdinand, guapo!...» Me invitaba a las caricias. Conque no me libraba del asunto. Era frío y áspero y después tibio, en la comisura de la boca, con un gustó espantoso. Encendían una vela. Los parientes formaban su círculo de la cháchara. Verme besar a la abuela los excitaba. Y eso que con ese único beso sentía yo unas náuseas... Y también por haber andado demasiado aprisa. Pero, cuando se ponía a hablar, se veían obligados a callar todos. No sabían qué responderle. Sólo conversaba, la tía, con el imperfecto de subjuntivo. Eran modos caducos. Dejaban boquiabiertos a todos. Ya era hora de que la palmara.

En la chimenea, detrás de ella, ¡nunca habían encendido fuego! «Debería haber tenido un poco más de tiro...» En realidad, era por ahorrar.

Antes de que nos separáramos, Armide ofrecía galletas, ¡más resecas!, de un receptáculo bien tapado, que sólo se abría dos veces al año. Todo el mundo las rechazaba, por supuesto... Ya no eran niños... ¡Eran para mí, las galletas!... Con la emoción por jalármelas brincaba, de placer... Mi madre me pellizcaba por eso... No tardaba en escaparme al jardín, travieso siempre, a escupirlas donde los peces...

En la obscuridad, detrás de la tía, tras su sillón, estaba todo lo caduco, mi abuelo Léopold, que nunca volvió de las Indias, la Virgen María, el Sr. de Bergerac, Felix Faure y Lustucru[1] y el imperfecto de subjuntivo. Pues sí.

Me besaba la abuela una vez más al marchar... Y después venía la salida precipitada, volvíamos a pasar deprisa por el jardín. Delante de la iglesia nos separábamos de unos primos, los que subían hacia Juvisy. Despedían unos olores, todos, al besarme, un aliento rancio entre la barba y la pechera. Mi madre cojeaba más por haber estado una hora sentada, entumecidita.

Al volver a pasar ante el cementerio de Thiais, entrábamos un momentito. Aún teníamos dos muertos nuestros allí, al final de una avenida. Apenas si mirábamos sus tumbas. Volvíamos a salir a escape como ladrones. La noche vuelve muy rápida hacia Todos los Santos. Dábamos alcance a Clotilde, Gustave y Gaston después del cruce de Belle-Epine. Mi madre, con la pierna a la virulé arrastrando, chocaba a cada momento. Se hizo incluso un auténtico esguince al intentar llevarme en

brazos justo delante del paso a nivel.

En plena noche sólo pensábamos en llegar hasta el gran tarro de la farmacia. Era la Grand-Rue, señal de que estábamos salvados... Sobre el fondo crudo de los faroles de gas, se oían las músicas de las tabernas, sus puertas temblequeantes. Nos sentíamos amenazados. Cruzábamos rápido a la otra acera, mi madre tenía miedo de los borrachos.

La estación era por dentro como una caja, la sala de espera cargada de humo con una lámpara de aceite arriba, bamboleándose en el techo. Venga a toser, venga gargajear en torno a la estufita, los viajeros, amontonados todos, chisporroteando al calor. Zumbaba de pronto el tren, un fragor de trueno; parecía que lo arrancara todo. Los viajeros se agitaban, se afanaban, embestían las puertas como un huracán. Nosotros dos éramos los últimos. Yo me ganaba un cachete para que dejara el picaporte tranquilo.

En Ivry debíamos apearnos, aprovechábamos esa salida para ir a ver a la Sra. Héronde, que reparaba encajes. Arreglaba todos los bordados de la tienda, sobre todo los antiguos, tan frágiles, tan difíciles de teñir.

Vivía al final de Ivry más o menos, en la Rue des Palisses, un esbozo en pleno campo. Era una cabaña. Aprovechábamos nuestra salida para ir a animarla. Nunca cumplía los plazos de entrega. Las clientas protestaban con una ferocidad que ahora resulta increíble. Vi llorar todas las noches o casi a mi madre por los encajes que la costurera no traía. Si ponía mala cara nuestra clienta por lo del siete en su Valenciennes, no volvía en todo un año.

La llanura más allá de Ivry era aún más peligrosa que el camino de la tía Armide. No había comparación. A veces nos cruzábamos con golfos. Increpaban a mi madre. Si me volvía, me ganaba un tortazo. Cuando el barro se ponía tan blando, tan viscoso, que perdíamos los calcos dentro, significaba que ya faltaba poco. La casucha de la Sra. Héronde dominaba un solar. El chucho nos había olfateado. Berreaba como un descosido. Ya velamos la ventana.

Todas las veces se llevaba una sorpresa la costurera, se quedaba pasmada al vernos. Mi madre la ponía verde a reproches. Se soltaban una de quejas. Al final, se deshacían en lágrimas las dos. Yo ya podía ponerme a esperar, a mirar afuera... lo más lejos posible... la llanura cargada de sombras que acababa en las orillas del Sena, en la hilera de los afortunados.

Con luz de petróleo trabajaba, nuestra costurera. Se ahumaba, se jodía los ojos así. Mi madre no dejaba de insistirle para que mandara poner el gas de una vez. «¡Es que es indispensable, la verdad!», insistía al marchar.

Para remendar «entredoses» minúsculos, telas de araña, no había duda de que se estropeaba las retinas. Mi madre no se lo decía sólo por interés, también por amistad. Nunca la visité sino de noche, la cabaña de la Sra. Héronde.

«¡Nos lo van a poner en septiembre!», decía todas las veces. Era mentira, para que no insistiese... Mi madre, pese a sus defectos, la apreciaba mucho.

El terror de mamá eran las ladronas. La Sra. Héronde era honrada como ninguna. Nunca sisaba ni un céntimo. Y, sin embargo, ¡mira que se le habían confiado tesoros, allí, entre su cochambre! ¡Casullas enteras de Venecia, como ya no quedan ni en los museos! Cuando lo comentaba, mi madre después, en la intimidad, aún se entusiasmaba. Se le saltaban las lágrimas. «¡Era una auténtica hada, esa mujer!», reconocía. «¡Es una pena que no tenga palabra! ¡Nunca ha entregado a tiempo!...» Murió, el hada, antes de que pusieran el gas, de cansancio; se la llevó la gripe y también, seguro, la pena por tener un marido demasiado mujeriego... Murió al dar a luz... Recuerdo muy bien su entierro. Era en Petit-Ivry. Sólo estábamos nosotros tres, mis padres y yo, ¡el marido ni siquiera se molestó! Era hombre apuesto, se había bebido hasta el último céntimo. Se pasaba años enteros en el bar, en la esquina de la Rue Gaillon. Durante por lo menos diez años lo vimos al pasar. Y después desapareció.

Cuando salíamos de casa de la costurera, no habíamos acabado todos los recados. En Austerlitz

volvíamos a correr y después un ómnibus hasta la Bastilla. Por el lado del Cirque d'Hiver estaba el taller de los Wurzem, ebanistas, alsacianos, toda una familia. Todos nuestros muebles, las mesillas, las consolas, él era quien los maquillaba «al estilo antiguo». Desde hacía veinte años no hacía otra cosa, para mi abuela y para otros también. La marquetería no resiste nunca, una discusión perpetua. Un artista, además, Wurzem, artesano sin par. Se alojaban todos entre las virutas, su mujer, su tía, un cuñado, dos primas y cuatro hijos. Nunca tenía listo el trabajo tampoco. Su vicio era la pesca. Con frecuencia se pasaba una semana en el canal Saint-Martin, en lugar de acabar los encargos. Mi madre se ponía roja de ira. Él respondía con insolencia. Después se disculpaba. La familia estallaba en sollozos, o sea, que eran nueve llorando, y nosotros sólo dos. Tenían «agujeros en los bolsillos». Por no pagar el alquiler, tuvieron que salir pitando, refugiarse en un jardincillo, la Rue Caulaincourt.

Su chabola estaba en el fondo de un hoyo, para llegar había que pasar sobre unas tablas. De lejos, dábamos voces, nos dirigíamos hacia su farol. Lo que me atormentaba en esa casa era el deseo de mandar por el aire el bote de cola, que siempre estaba temblequeando al borde de la estufa. Un día me decidí. Mi padre, al enterarse, avisó en seguida a mamá, que un día yo la estrangularía, que se me veía la inclinación. Esas cosas las veía él.

Lo agradable de los Wurzem era que no fuesen rencorosos. Después de las peores broncas, en cuanto apoquinábamos un poco, se ponían a cantar otra vez. Para ellos nada era trágico, ¡muy imprevisores, aquellos obreros! ¡No como nosotros, tan próvidos! Mi madre aprovechaba siempre esos incidentes como ejemplos para horrorizarme. A mí me parecía muy simpática, aquella gente. Me quedaba sobando entre sus virutas. Tenían que despertarme otra vez para arrear hasta el Bulevar, saltar al ómnibus de «Halles aux Vins». Por dentro me parecía espléndido por el gran ojo de cristal que proyectaba figuras luminosas por toda la hilera de bancos. Cosa mágica.

Los jamelgos galopaban por la Rue des Martyrs, todo el mundo se apartaba para dejarnos paso. Llegábamos, de todos modos, con mucho retraso a la tienda.

La abuela refunfuñaba en su rincón; Auguste, mi padre, se calaba la gorra hasta las cejas. Se paseaba como un león por el puente de un barco. Mi madre se dejaba caer sobre un taburete. Estaba lista, no valía la pena que explicara nada. Nada de lo que habíamos hecho por ahí gustaba a ninguno, ni a la abuela ni a papá. Cerraban, por fin, la tienda... Decíamos «adiós» muy educados. Íbamos los tres a acostarnos. Era otra caminata de la leche hasta casa. Hasta el otro lado del «Bon Marché».

Mi padre no era fácil de tratar. En cuanto salía de la oficina, sólo se ponía gorras, de marino. Había sido siempre su sueño, ser capitán de altura. Lo amargaba pero bien, ese sueño.

Nuestra casa, en la Rue de Babylone, daba a las «Misiones». Cantaban a menudo, los curas, hasta por la noche se levantaban para reanudar sus cánticos. Nosotros no podíamos verlos por la pared que tapaba justo nuestra ventana. Menudo, la obscuridad que provocaba.

En la Coccinelle-Incendie, mi padre no ganaba demasiado.

Para cruzar las Tullerías muchas veces debía cogerme en brazos. Los guris en aquella época tenían todos panzas enormes. Se quedaban apalancados bajo las farolas.

El Sena es algo que sorprende a los chavales, el viento que hacía temblar los reflejos, la gran sima al fondo, que se mueve y gruñe. Torcíamos en la Rue Vaneau y después llegábamos a casa. Para encender la lámpara colgante, otro jaleo. Mi madre no sabía. Mi padre, Auguste, la manoseaba, soltaba tacos, juraba, descuajaringaba todas las veces casquillo y manguito.

Era rubio y robusto, mi padre, furioso por nada, con nariz como de bebé, redonda, sobre un mostacho enorme. Hacía visajes con ojos feroces, cuando montaba en cólera. Sólo recordaba las contrariedades. Las había habido a centenares. En la oficina de seguros ganaba ciento diez francos al mes.

Con su ilusión por ir a Marina, le había tocado por sorteo pasar siete años en Artillería. Le habría gustado ser fuerte, acomodado y respetado. En la oficina de la Coccinelle lo trataban a patadas. El

amor propio lo torturaba y la monotonía también. Sólo contaba con su bachillerato, su mostacho y sus escrúpulos. Con mi nacimiento, además, se hundían en la miseria.

Y seguíamos sin jalar. Mi madre trajinaba con las cacerolas. Ya se había quedado en enagua para no mancharse con el guiso. Lloraba y decía que no la apreciaba su Auguste, sus buenas intenciones, las dificultades del comercio... Él, por su parte, rumiaba su desgracia con los codos en una esquina del hule... De vez en cuando, hacía como que no podía contenerse más... Ella intentaba tranquilizarlo siempre y pese a todo. Pero en el preciso momento en que ella tiraba de la lámpara, el hermoso globo amarillo de cremallera, era cuando se ponía furioso de verdad él. «¡Hostias, Clémence! ¡vas a provocarnos un incendio! ¿Cuántas veces he de decirte que la cojas con las dos manos?» Lanzaba unos clamores espantosos, parecía que le fuera a estallar la lengua, de lo indignado que se ponía. En pleno trance, se ponía como un tomate, se hinchaba todo él, giraba los ojos como un dragón. Era un espectáculo atroz. Teníamos miedo, mi madre y yo. Y después rompía un plato y luego nos íbamos a dormir...

«¡Mira a la pared! ¡Cabrito! ¡Y no te vuelvas!» Ni ganas tenía yo... Ya sabía... Vergüenza me daba... Las piernas de mamá, la pequeña y la grande... Iba a seguir cojeando de un cuarto a otro... Él la chinchaba... Ella insistía en que quería acabar de lavar los platos... Entonaba una cancioncilla para disipar la tensión en el ambiente...

Y el sol por los agujeros
del techo bajaba hasta nosotros...

Auguste, mi padre, leía La Patrie.[2] Se sentaba cerca de mi cama plegable. Ella se acercaba a darle un beso. Ya se iba calmando... Él se levantaba e iba hasta la ventana. Aparentaba ver algo en el fondo del patio. Se tiraba un pedo bien sonoro. La distensión.

Ella se tiraba también un pedito por simpatía y después se escapaba traviesa a la cocina.

Después cerraban la puerta... la de su alcoba... Yo dormía en el comedor. El cántico de los misioneros atravesaba las paredes... Y en toda la Rue de Babylone sólo se oía un caballo al paso... ¡Bum! ¡Bum! ese simón rezagado...

Mi padre, para criarme, se chupó la tira de currelos suplementarios. Lempreinte, su jefe, lo humillaba de mil maneras. Yo lo conocí, a ese Lempreinte, un pelirrojo que se había vuelto pálido, con largos pelos de oro, muy pocos, en lugar de barba. Mi padre tenía estilo, la elegancia le salía sola, era natural en él. A Lempreinte ese don le irritaba. Se vengó durante treinta años. Le hizo repetir casi todas sus cartas.

Cuando yo era más pequeño aún, en Puteaux, en la casa de la nodriza, mis padres subían allí, a verme, los domingos. Había aire puro. Siempre pagaban por adelantado. Nunca un céntimo de deuda. Incluso en las épocas de peor penuria. En Courbevoie, con tantas precauciones y privaciones, mi madre empezó a toser. No paraba. Lo que la salvó fue el jarabe de limaza y también el método Raspail.[3]

El Sr. Lempreinte temía que mi padre tuviera unas ambiciones de aúpa con un estilo como el suyo.

Desde la casa de mi nodriza, en Puteaux, desde el jardín, se dominaba todo París. Cuando subía a verme papá, el viento le desgreñaba el mostacho. Ése es mi primer recuerdo.

Tras la quiebra de la tienda de modas de Courbevoie, tuvieron que trabajar el doble, mis padres, darse unos tutes que para qué. Ella de vendedora en casa de la abuela, él haciendo todas las horas que

podía en la Coccinelle. Pero es que cuanto más mostraba su elegante estilo, más odioso le parecía a Lempreinte. Para no andar rumiando el rencor, se lanzó a la acuarela. Las hacía por la noche, después del papeo. Me llevaron a París. Yo lo veía a las tantas dibujando, barcos sobre todo, navíos en el océano, de tres mástiles y con fuerte brisa, de negro, en colores. Se le daba a las mil maravillas... Más adelante recuerdos de la artillería, baterías colocándose al galope en posición. Y luego obispos... A petición de los clientes... Por la brillantez del hábito... Y también bailarinas, al final, de muslos voluminosos... Mi madre iba a enseñar todo el surtido, durante la hora del almuerzo, a los revendedores de las galerías... Hizo todo lo imaginable para que yo viviese, nacer es lo que no debería haber hecho yo.

En casa de la abuela, en la Rue Montorgueil, después de la quiebra de la tienda, a veces mamá escupía sangre por la mañana, mientras ponía el escaparate. Ocultaba sus pañuelos. La abuela se le acercaba de improviso... «Clémence, ¡sécate los ojos!... ¡Con llorar no se arregla nada!...» Para llegar temprano, nos levantábamos al amanecer, atravesábamos las Tullerías, después de haber hecho la limpieza, papá daba la vuelta a los colchones.

Durante el día no era divertido precisamente. Raro era que no pasara yo llorando buena parte de la tarde. Recibía más tortas que sonrisas, en la tienda. Pedía perdón por cualquier cosa, por todo he pedido perdón.

Había que evitar robos y roturas, la chamarilería es frágil. Desfiguré, sin querer, toneladas de baratijas. Las antiguallas es que aún me repugnan, pero gracias a ellas jalábamos. Tristes son las virutas que deja el tiempo... infectas, charras. Se vendían de grado o por fuerza. De puro aburrimiento. Dejaban turulato al cliente bajo cascadas de trolas... que si las ventajas increíbles... sin la menor piedad... Tenía que ceder ante el argumento... Perder la sensatez... Volvía a cruzar la puerta deslumbrado, con la taza Luis XIII en el bolsillo, el abanico calado tan monín en un cestito de seda. Hay que ver lo que me repugnaban, a mí, los adultos que se llevaban a su casa semejantes chismes...

La abuela Caroline se apalancaba durante las horas de trabajo detrás de El hijo pródigo, tablero enorme con tapiz. Caroline estaba al loro para guipar las manos. Eran pirillas con avaricia, las clientas: cuanto más encopetadas más mangantes. Un encaje de Chantilly desaparece como una exhalación en un manguito bien entrenado.

No iluminaban la tienda raudales de luz precisamente... Y el invierno era de lo más traicionero por los volantes... terciopelos, pieles, baldaquines, que daban tres vueltas en torno a los chucháis... Y de los hombros salían toda clase de boas remotas, olas de muselina sinuosa... Los pájaros de un duelo inmenso... Se pavoneaba, la clienta, hurgaba en los montones de baratijas, entre risitas, volvía sobre sus pasos... desparramaba... Siempre picoteando, cacareando... pendenciera por placer. Desorbitábamos los ojos para sorprender su codicia, había una de surtido en la queli... La abuela no cesaba de reponer... de ir por «material» a la sala de subastas... Traía de todo, telas de óleo, amatistas, marañas de candelabros, cascadas de tules bordados, cabujones, copones, animales disecados, armaduras y sombrillas, horrores dorados del Japón, fruteros y de sitios mucho más lejanos aún y trastos ya sin nombre y chismes inconcebibles.

La clienta se excitaba con el tesoro de cachivaches. El montón volvía a cerrarse tras ella. Quedaban patas arriba, tintineaban, se arremolinaban. Había entrado para instruirse. Estaba lloviendo y venía a refugiarse. Cuando se hartaba, se las piraba con una promesa. Entonces había que perder el culo para juntar toda la cacharrería... De rodillas nos poníamos, rastrillábamos bajo los muebles. A ver si estaba todo... pañuelos... chirimbolos... vidrio tallado... chamarilería... menudo suspiro lanzábamos entonces.

Mi madre se desplomaba, sin habla, se frotaba la pierna, el calambre de tanto haber estado de pie. Y entonces salía de la sombra, justo antes de cerrar, el cliente vergonzante. Entraba a hurtadillas, ése, explicaba en voz muy baja, quería pulir un objeto pequeño, recuerdo de su familia, abría el envoltorio

de papel de periódico. Se lo valoraban bajísimo. Iban a lavar ese hallazgo en la pila de la cocina. El día siguiente por la mañana se lo pagarían. Ahuecaba diciendo apenas «adiós»... El ómnibus Panthéon-Courcelles pasaba en tromba, casi rozando la tienda.

Llegaba mi padre de la oficina. A cada segundo miraba el reloj. Estaba nervioso. Ahora debíamos arrear.

Dejaba el sombrero. Cogía la gorra del clavo.

Aún teníamos que jalarnos los macarrones y después pirarnos a entregar.

Apagábamos la tienda. Mi madre no era buena cocinera, pero hacía un comistrajo, de todos modos. Cuando no era «sopa de pan con huevos», eran «macarrones», seguro. Sin piedad. Después de los macarrones, nos quedábamos un momento tranquilos, meditando para el estómago. Mi madre intentaba distraernos, diluir el malestar. Si yo no respondía a las preguntas insistía amable... «Que les he puesto mantequilla, ¿eh?» Ahí tras el tapiz, estaba la lámpara de gas. Los platos quedaban a obscuras. Mi madre iba y se servía más macarrones, estoica, para incitarnos... Había que echar un buen trago de vino para no vomitarlos.

El cuchitril de las comidas servía, además, para la colada y para guardar trastos... Había montones, pilas... Los irreparables, los invendibles, los impresentables, los peores horrores. Del montante colgaban telas hasta la sopa. Seguía allí, no sé por qué, un gran «horno de jardín» con campana enorme; ocupaba la mitad del espacio. Al final, volvíamos el plato para tomar la mermelada.

Un decorado de museo sucio.

Desde que nos fuimos de Courbevoie, la abuela y papá no se hablaban. Mamá charlaba sin cesar para que no se tiraran los platos a la cabeza. Tras dar cuenta de los macarrones y degustar la mermelada, nos poníamos en marcha. Envolvían el chisme vendido en un gran «lienzo». Casi siempre se trataba de un mueble de salón, una mesilla, a veces un tocador. Papá se lo apalancaba en el cogote y nos íbamos hacia la Concordia. A partir de los surtidores, tenía yo un poco de miedo. Al subir los Campos Elíseos, la noche era inmensa. Mi padre najaba como un ladrón. Me costaba seguirlo. Parecía que quisiera perderme de vista.

Me habría gustado que me hablara, sólo mascullaba insultos a desconocidos. Al llegar a Etoile, iba bañado en sudor. Hacíamos un alto. Delante del edificio del cliente había que buscar la «entrada de servicio».

Cuando íbamos a entregar a Auteuil, mi padre se mostraba más amable. Sacaba menos a menudo el reloj. Yo me subía al pretil, él me hablaba de los remolcadores... los discos verdes... los pitidos con que comunicaban los convoyes entre sí... «¡Pronto estará en el Point du Jour!...» Admirábamos el carcamán asmático... Le deseábamos feliz maniobra...

Las noches que nos marcábamos los Ternes era cuando se ponía cabrón, sobré todo si se trataba de gachís... Le horrorizaban. Ya al salir estaba a punto de estallar. Recuerdo las circunstancias, íbamos por la Rue Demours. Delante de la iglesia va y me mete un guantazo, un patadón con una mala leche, para que cruzara aprisa. Al llegar a la casa de la clienta, ya no podía contener las lágrimas. «¡Serás sinvergüenza!», me regañaba. «Te voy a dar una, que vas a llorar tú por algo...» Con el velador al hombro, trepaba tras mí. Nos equivocamos de puerta. Todas las marmotas se interesaban... Yo bramaba como un becerro... Lo hacía adrede. ¡Quería que se chinchara! ¡Un escándalo! Por fin lo encontramos, el timbre que era. La doncella nos hizo pasar. Se compadeció de mi pena. Llegó la señora entre frufrús: «Oh, ¡qué niño más malo! ¡qué monicaco! ¡Enfadando a su papá!» Él no sabía dónde meterse. Habría deseado que se lo tragara la tierra. La clienta quería consolarme. Sirvió un coñac a mi padre. Le dijo así: «A ver, amigo, ¡saque lustre a la mesita! Con la lluvia, temo que manche...» La criada le dio un trapo. Él se puso manos a la obra. La señora me ofreció un caramelo. Yo la seguí a la habitación. La criada también. Entonces la clienta se tumbó entre los encajes. Se alzó

la bata de repente, me enseñó los muslos, gruesos, el pompis y el monte de pelos, ¡la muy guarra! Con los dedos se hurgaba dentro...

«¡Ven, monín!... ¡Toma, cielo!... ¡Ven a chuparme ahí dentro!...» Me invitaba con voz muy dulce... muy tierna... en mi vida me habían hablado así. Se lo abrió, estaba chorreando.

La marmota es que se tronchaba de risa. Eso fue lo que me cohibió. Me escapé a la cocina. Ya no lloraba. Mi padre recibió una propina. No se atrevía a metérsela en el bolsillo, se la miraba. La marmota seguía desternillándose. «¿Qué? ¿No la quieres?», le decía. Él salió pitando por la escalera. Me olvidaba, yo corría tras él por la calle. Lo llamaba por la Avenida. «¡Papá! ¡Papá!» En Place des Ternes lo alcancé. Nos sentamos. Hacía frío. No solía besarme. Me apretaba la mano.

«¡Sí, hijo!... ¡Sí, hijo!...», se repetía como para sí mismo... con la mirada perdida... En el fondo tenía buen corazón. Yo también tenía buen corazón. La vida no es asunto de corazón. Volvimos derechos a la Rue de Babylone.

Mi padre no se fiaba de los juegos de la imaginación. Hablaba solo por los rincones. No quería dejarse arrastrar... Debía de arder por dentro...

En El Havre había nacido. Sabía todo lo que hay que saber sobre barcos. Citaba a menudo un nombre, el del capitán Dirouane, que mandaba el Ville-de-Troie. Lo había visto, su barco, marcharse, zarpar de la dársena de la Barre. No había vuelto nunca. Se había perdido con tripulación y cargamento frente a las costas de Florida. «¡Un barco magnífico, de tres mástiles!»

Otro, el Gondriolan, uno noruego sobrecargado, que había desfondado la esclusa... Me explicaba el error de maniobra. Aún se horrorizaba, veinte años después... Aún se indignaba... Y después se largaba otra vez al rincón. Y vuelta a rumiar.

Su hermano, Antoine, era distinto. Había vencido con vigor todas las inclinaciones a la golfería, de modo heroico de verdad. Había nacido también cerca del gran Semáforo... Cuando el padre, profesor de retórica él, había muerto, se había lanzado a los «Pesos y Medidas», puesto estable de verdad. Para mayor seguridad, se había casado incluso con una señorita de «Estadística». Pero el deseo de conocer lugares remotos volvía a obsesionarlo... Conservaba en la sangre el gusto por la aventura, no se sentía bastante enterrado, no cesaba de encajonarse.

Venía a vernos con su mujer por Año Nuevo. Tanto economizaban, tan mal comían, sin hablar a nadie, que el día que la palmaron ya no los recordaban en el barrio. Fue una sorpresa. Se habían ido a hurtadillas, él de cáncer, ella de abstinencia. La encontraron, a su mujer, la Blanche, en Buttes-Chaumont.

Allí acostumbraban a pasar las vacaciones siempre. Tardaron, no obstante, cuarenta años, siempre juntos, en suicidarse.

Lo de la hermana de mi padre, tía Hélène, fue distinto. Ésa se lanzó viento en popa a toda vela. Barloventeó por Rusia. En San Petersburgo, se metió a zorra. En una época tuvo de todo, carroza, tres trineos, una aldea para ella sola, con su nombre. Vino a vernos al Passage, dos veces seguidas, maqueada, magnífica, como una princesa y feliz y todo. Tuvo un fin trágico: muerta a tiros por un oficial. No tenía resistencia. Era toda carne, deseo, música. Papá es que vomitaba sólo de pensarlo. Mi madre sentenció, al enterarse de su muerte: «¡Un fin muy horrible! Pero, ¡propio de una egoísta!».

Y, además, el tío Arthur, ¡que tampoco era un modelo! También lo dominó la carne. Mi padre tenía como una inclinación hacia él, cierta debilidad. Vivió como un auténtico bohemio, al margen de la sociedad, en una buhardilla, en comercio con una marmota. Ésta trabajaba en un restaurante delante de la Academia Militar. Gracias a eso, hay que reconocerlo, conseguía él jalar bien. Arthur era un viva la vida, con perilla, pantalón de pana, calcos en punta, pipa afilada. No se apuraba por nada. Se entregaba al «ligoteo» con ganas. Caía enfermo con frecuencia y muy grave cuando había que pagar el

alquiler. Entonces se quedaba ocho días en la cama con sus compañeras. Cuando íbamos a verlo un domingo, no siempre se comportaba como Dios manda, sobre todo con mi madre. Se tomaba algunas libertades con ella. Eso ponía fuera de sí a mi padre. Al salir, juraba por ciento veinte mil diablos que nunca volveríamos.

«¡Hay que ver, este Arthur! ¡Tiene unos modales detestables!...» De todos modos, volvíamos.

Dibujaba barcos en una gran lámina, bajo el tragaluz, yates entre espuma, era su estilo, con gaviotas alrededor... De vez en cuando estarcía un dibujo para un catálogo, pero tenía tantas deudas, que se desanimaba. Cuando no hacía nada, estaba contento.

Del cuartel de caballería contiguo se oían todas las trompetas. Se sabía de memoria, Arthur, todos los rigodones. A cada estribillo vuelta a empezar. Los inventaba bien verdes. Mi madre, la criada, exclamaban: «¡Oh! ¡Oh!...» Mi papá se indignaba porque lo hiciera delante de un niño inocente como yo.

Pero el más gilí de la familia era sin lugar a dudas el tío Rodolphe, estaba completamente chalado. Se guaseaba bajito, cuando le hablaban. Se respondía a sí mismo. La cosa duraba horas. Sólo quería vivir al aire libre. Nunca quiso probar a meterse en una tienda, ni en una oficina, ni siquiera de guarda, ni de noche siquiera. Para jamar, prefería quedarse fuera, en un banco. Desconfiaba de los lugares cerrados. Cuando tenía de verdad mucha hambre, venía a casa. Pasaba por la noche. Señal de que había tenido demasiados fracasos.

Su «apaño» era de mozo en las estaciones, tarea que se las traía. La ejerció durante veinte años. Estaba enchufado con la Compañía «Urbaine», corrió como un conejo tras simones y equipajes, mientras tuvo fuerzas. Su agosto era a la vuelta de las vacaciones. Le daba hambre, la tarea, sed siempre. Los cocheros le tenían simpatía. En la mesa hacía locuras. Se levantaba con el vaso en la mano, brindaba, entonaba una canción... Se interrumpía a la mitad... Se tronchaba sin ton ni son, se ponía la servilleta perdida de babas...

Lo acompañábamos a casa. Seguía cachondeándose. Vivía en la Rue Lepic, en el «Rendez-vous du Puy-de-Dôme», un cuarto interior. Tenía los avíos por el suelo, ni una silla, ni una mesa. Cuando la Exposición, se había hecho «Trovador». Buscaba parroquia por el «Viejo París», por la ribera del río, delante de las tabernas de cartón. Su atuendo se componía de jirones de todos los colores. «¡Entren a ver la “Edad Media!”...» Entraba en calor berreando, pisando con fuerza. Por la noche, cuando venía a cenar, disfrazado como para Carnaval, mi madre le preparaba una bolsa de agua caliente. Siempre tenía frío en los pies. Para acabarlo de complicar, se lió con una fulana, que también hacía el paripé callejero, la Rosine, por la otra puerta, en una caverna de papel pintado. La pobre desgraciada echaba ya los pulmones por la boca. Fue cosa de menos de tres meses. Murió en su propia habitación del Rendez-vous. Él no quería que se la llevaran. Había atrancado la burda. Volvía cada noche a acostarse a su lado. Por la peste lo notaron. Entonces se puso furioso. No comprendía que las cosas perecieran. A la fuerza la tuvieron que enterrar. Quería llevarla él mismo, en un capacho, hasta Pantin.

Al final, volvió a montar guardia ante la Esplanade. Mi madre estaba indignada. «¡Vestido de histrión! ¡con el frío que hace! ¡mira que tiene delito!» Lo que la inquietaba sobre todo era que no se pusiese el abrigo. Tenía uno de papá. Me enviaban a observarlo, yo que era menor y podía pasar gratis.

Ahí estaba, tras la verja, de trovador. Volvía a ser la sonrisa en persona, Rodolphe. «¡Hola!», me decía. «¡Hola, hijo!... La ves, ¿no?, a mi Rosine...» Me indicaba más allá del Sena, toda la llanura... un punto en la bruma... «¿La ves?» Yo le decía que «sí». No lo contrariaba. A mis padres los tranquilizaba. ¡Puro espíritu, Rodolphe!

A finales de 1913, se marchó con un circo. Nunca se pudo saber qué había sido de él. Nunca se volvió a verlo.

Abandonamos la Rue de Babylone, para poner de nuevo una tienda, probar fortuna otra vez, en el Passage des Bérésinas, entre la Bolsa y los Bulevares. Teníamos una vivienda arriba del todo, tres

habitaciones comunicadas por una escalera de caracol. Mi madre no paraba de trajinar para arriba y para abajo, cojeando. ¡Ta! ¡pa! ¡tam! ¡Ta! ¡pa! ¡tam! Se agarraba a la barandilla. Oírla crispaba los nervios a mi padre. Ya estaba de mala leche por el lento paso de las horas. No cesaba de mirar el reloj. Y, encima, mi madre y su zanca lo sacaban de sus casillas a la más mínima.

Arriba, nuestro último cuarto, el que daba a la vidriera del Passage, es decir, al aire, estaba cerrado con barrotes por miedo a ladrones y gatos. Era mi alcoba; allí también podía dibujar mi padre, cuando volvía de las entregas. Se esmeraba con las acuarelas y después, cuando había acabado, muchas veces fingía que bajaba para sorprenderme cascándomela. Se apalancaba en la escalera. Yo era más vivo que él. Sólo una vez me sorprendió. Pero encontraba, de todos modos, pretexto para darme una tunda. Era un combate entre él y yo. Al final, yo le pedía perdón por haber estado insolente... Puro paripé, porque no era verdad, ni mucho menos.

Él era quien respondía por mí. Después de haberme castigado, se quedaba aún largo rato tras los barrotes, contemplaba las estrellas, la atmósfera, la Luna, la noche, alta ante nosotros. Era su castillo de proa. Ya lo sabía, yo. Dominaba el Atlántico.

Si mi madre lo interrumpía, le pedía que bajara, se ponía a piarlas otra vez. Chocaban en la obscuridad, en la estrecha escalera, entre el primero y el segundo. Ella se ganaba un empujón y un broncazo. ¡Ta! ¡ga! ¡dam! ¡Ta! ¡ga! ¡dam! Lloriqueando por la andanada, volvía a caer rodando hasta el sótano, a inventariar sus baratijas. «¿Por qué no me dejan tranquilo de una puñetera vez? ¡Me cago en la puta hostia! ¿Qué he hecho yo para merecer esto?...» Esa pregunta a gritos sacudía toda la queli. En el fondo de la angosta cocina, iba a servirse un vaso de tinto. No volvíamos a decir ni pío. Para no molestarlo.

Durante el día tenía conmigo a la abuela, me enseñaba a leer un poco. Ella misma no sabía demasiado bien, había aprendido muy tarde, cuando ya tenía hijos. No puedo decir que fuera tierna ni cariñosa, pero no hablaba demasiado, y ya sólo eso es más que suficiente; y, además, ¡nunca me abofeteó!... A mi padre, ¡le tenía un odio! No podía verlo, con su instrucción, sus tremendos escrúpulos, sus cóleras de panoli, todo su rataplán cargante. A su hija la consideraba gilipuertas también, por haberse casado con semejante chorra, de setenta francos al mes, en las Assurances. De mí, el chavea, aún no sabía bien qué pensar, me tenía en observación. Era mujer de carácter.

En el Passage, nos ayudó mientras pudo, con lo que le quedaba de la tienda, de la chamarilería. Sólo encendían un escaparate, el único que se podía llenar... Eran baratijas, chuchurrías, chismes que envejecían mal, trastos pasados de moda, chirimbolos inútiles, como para seguir «boqueras»... Nos defendíamos a base de privaciones... a base de macarrones siempre y empeñando a fin de mes los zarcillos de mamá... Poco faltaba para que no pudiéramos ni tomar el caldo.

Lo que nos procuraba algunos ingresos eran las reparaciones. Las aceptábamos a cualquier precio, mucho más baratas que nadie. Las entregábamos a todas horas. Por dos francos de beneficio nos marcábamos el parque Saint Marc ida y vuelta.

«¡Nunca demasiado tarde para los valientes!», comentaba mi madre en broma. Su fuerte era el optimismo. Sin embargo, la Sra. Héronde exageraba en el retraso. A cada espera, un drama, poco faltaba para que la palmáramos, todos. Mi padre, desde las cinco de la tarde, al volver de la oficina, se agitaba ya angustiado, ya es que no guardaba el reloj.

«Te lo vuelvo a repetir, Clémence, por centésima vez... Como roben a esa mujer, ¿qué será de nosotros?... ¡Su marido venderá todo de mala manera!... Se pasa la vida en el burdel, ¡lo sé de buena tinta!... Todo el mundo lo sabe...»

Trepaba al tercero. Allí arriba seguía dando voces. Volvía a bajar a la tienda. Nuestra queli, en superficie, era como un acordeón. Se amplificaba de arriba abajo.

Yo iba a acechar a la Sra. Héronde, hasta la Rue des Pyramides. Si no la veía llegar con su

paquete más grande que ella, regresaba al galope, con las manos vacías. Volvía a salir corriendo. Al final, cuando ya desesperábamos de verla, perdida con todo el equipo, me la encontraba por la Rue Thérèse, resoplando entre un torbellino del gentío, a punto de derrengarse bajo el petate. La arrastraba hasta el Passage. En la tienda, se desplomaba. Mi madre daba gracias al Cielo. Mi padre no podía resistir la escena. Volvía a subir a su buhardilla, diquelando el reloj a cada paso, a acicalar toda su obsesión. Preparaba el otro pánico, y el «Diluvio» que no se haría esperar... Se entrenaba...

En casa de los Pinaise nos hicieron la cusqui bien. Mi madre y yo corrimos a presentar nuestro surtido de encajes de guipur, regalo para una boda.

Vivían en un palacio, frente al puente Solferino. Recuerdo lo que me impresionó en primer lugar... Los jarrones, tan altos, tan gruesos, que habría podido uno esconderse dentro. Tenían por todos lados. Era muy rica, esa gente. Nos hicieron subir al salón. La hermosa Sra. Pinaise y su marido estaban presentes... esperándonos. Nos recibieron amables. Mi madre, en seguida, desplegó sus bártulos ante ellos... sobre la alfombra. Se puso de rodillas, así más cómoda. Se desgañitaba, menudo lo que se enrolló. Los otros se hacían los remolones, no iban a decidirse nunca, había que ver sus melindres y dengues.

En bata toda adornada de cintas, se reclinó la Sra. Pinaise sobre el diván. Él me hizo pasar por detrás, me dio cachetitos amistosos, me hizo cosquillas un poco... Mi madre, en el suelo, se afanaba, se agitaba, blandía las baratijas... Con el esfuerzo se le deshizo el moño, la cara le chorreaba. Daba pena verla. ¡Se sofocaba! Se azaró, se puso a subirse las medias, el mono se le enmarañó... le cayó sobre los ojos.

La Sra. Pinaise se acercó. Se divertían haciéndome arrumacos, los dos. Mi madre seguía hablando. Su cháchara no servía de nada. Yo estaba a punto de correrme en los pantalones... En una exhalación, vi a la Pinaise. Había guindado un pañuelo. Lo tenía metido entre los chucháis. «¡La felicito! ¡Tiene usted, señora, un niño muy majo, la verdad!...» Era el paripé, ya no querían saber nada más. Volvimos a guardar todo en seguida. Sudaba la gota gorda, mamá, pero sonreía de todos modos. No quería ofender a nadie... «¡Otra vez será!...», se excusaba muy educada. «¡Siento no haber podido interesarle!...»

En la calle, ante el portal, me preguntó entre susurros si no la había visto yo metérselo, el pañuelo, en el corsé. Respondí que no.

«¡A tu padre le va a dar algo! ¡Era un pañuelo en depósito! ¡Un “calado” de Valenciennes! ¡Era de los Gréguès! ¡No era nuestro! Pero, ¡imagínate! Si se lo llego a coger ¡perdemos a la clienta!... ¡Y a todas sus amigas!... ¡Menudo escándalo!...»

«¡Clémence! ¡mira qué pelo traes! ¡Mechas en los ojos! ¡Estás pálida, mujer! ¡Y descompuesta! ¡Esas visitas van a acabar contigo!...» Fueron las primeras palabras que él dijo, cuando llegamos.

Para no perder de vista el reloj, lo colgaba en la cocina por encima de los macarrones. Volvió a mirar a mi madre. «Estás lívida, Clémence, ¡de verdad!» El reloj era para que acabáramos, con los huevos, el papeo, los macarrones... con toda la fatiga y el porvenir. No quería saber nada más.

«Voy a hacer la cena», propuso ella. Él no quería que tocara nada... Que manipulase la jalandria lo asqueaba aún más... «¡Tienes las manos sucias! ¡Anda, mujer! ¡Que estás reventada!» Entonces ella ponía la mesa. Se le escapaba un plato por el aire. Él se abalanzaba, furioso, en su socorro. Era tan pequeño el cuarto, que chocábamos por todos lados. Nunca había sitio para un furioso de su especie. La mesa se descuajaringaba, las sillas se lanzaban al vals. Era un pitote espantoso. Tropezaban el uno con el otro. Se volvían a levantar cubiertos de cardenales. Volvíamos a los puerros con aceite. El momento de las confesiones...

«O sea, ¿que no has vendido nada?... ¿Tanto esfuerzo en balde?... ¡Pobrecilla!...»

Lanzaba unos suspiros tremendos. Se compadecía de ella. Veía el porvenir hecho una mierda, que

no saldríamos nunca del apuro...

Entonces ella soltó prenda, todo, de golpe... Que nos habían afanado un pañuelo... y las circunstancias...

«¿Cómo?» ¡No comprendía! «¿No has gritado “al ladrón”? ¡Te dejas pispar así! ¡El producto de nuestro trabajo!» Parecía que fuese a reventar, de lo furioso que estaba... La chaqueta se le abría por todas las costuras... «¡Es espantoso!», vociferaba. Mi madre chillaba, de todos modos, como para disculparse... Él ya no escuchaba. Entonces cogió el cuchillo, lo hincó en el plato, el fondo reventó, la salsa de los macarrones saltó por todo el cuarto. «¡No! ¡no! ¡no puedo más!» Daba vueltas, volvía a agitarse, agarró el pequeño aparador, el de estilo Enrique III. Lo sacudió como un ciruelo. Una avalancha de vajilla.

La Sra. Méhon, la corsetera, desde la tienda de enfrente, se acercó a las ventanas para cachondearse mejor. Era una enemiga infatigable, nos detestaba desde siempre. Los Perouquière, libreros de lance, a dos tiendas de la nuestra, abrieron sin disimulo la ventana. No tenían por qué cohibirse. Se acodaron al escaparate... Mamá iba a cobrar, no había duda. Por mi parte, yo no tenía preferencias. En cuanto a berridos y gilipollez, me parecían idénticos... Ella pegaba con menos fuerza, pero más a menudo. ¿A cuál me hubiera gustado más que mataran? Creo que en el fondo a mi papá.

No me iban a dejar ver. «Sube a tu cuarto, ¡sinvergüenza!... ¡Vete a acostar! ¡Reza tus oraciones!...»

Bramaba, embestía, explotaba, iba a bombardear el papeo. Después, todo patas arriba... Toda la quincalla en danza... crepitaba... salpicaba... resonaba... Mi madre, de rodillas, imploraba perdón del Cielo... La mesa la catapultó de un solo patadón... Se volcó sobre ella...

«¡Escapa, Ferdinand!», tuvo aún tiempo de gritar ella. Salté. Pasé a través de una cascada de vasos y vidrios rotos... Derrumbó el piano, depósito de una clienta... Estaba fuera de sí. Le metió el tacón, el teclado estalló... Ahora le tocaba a mi madre, era la que cobraba ahora... Desde mi habitación la oía gritar...

«¡Auguste! ¡Auguste! ¡Déjame!...», y después cortos ahogos...

Bajé un poco para ver... La arrastraba por la barandilla. Ella se agarró. Le rodeó el cuello. Eso la salvó. Fue él quien se soltó... La tiró al suelo. Cayó patas arriba... Fue rebotando escalera abajo... Dando botes suaves... Volvió a alzarse abajo... Entonces él se dio el piro... Se largó por la tienda... Se fue afuera... Ella consiguió ponerse en pie otra vez... Volvió a subir a la cocina. Tenía sangre en los cabellos. Se lavó en la pila... Lloraba... Se sofocaba... Volvió a barrer todos los cascos... En esos casos él volvía muy tarde... Ya estaba todo tranquilo otra vez...

La abuela comprendía que yo necesitaba divertirme, que no era sano pasar todo el santo día en la tienda. Oír al energúmeno de mi padre berrear sus chorradas, ya es que la ponía enferma. Había comprado un perrito para que yo me distrajese un poco, en espera de los clientes. Intenté hacerle lo mismo que mi padre. Le daba patadas con una mala leche, cuando estábamos solos. Se metía gimiendo bajo un mueble. Se echaba por el suelo para pedir perdón. Se comportaba exactamente como yo.

No me daba gusto pegarle, en el fondo prefería abrazarlo. Acababa acariciándolo. Entonces se empalmaba. Nos acompañaba a todas partes, incluso al cine, al Robert Houdin,[4] el jueves por la tarde. La abuela me pagaba también eso. Nos quedábamos tres sesiones seguidas. Era precio único, un franco, mudo ciento por ciento, sin frases, sin música, sin letras, sólo el runrún de la máquina. Ya volverá, se cansa uno de todo salvo de dormir y soñar despierto. Ya volverá elViaje a la Luna...[5] Aún me lo sé de memoria.

Muchas veces en verano estábamos nosotros dos solos, Caroline y yo, en la gran sala del entresuelo. Al final, la acomodadora nos indicaba por señas que debíamos salir. Yo los despertaba, a la abuela y al perro. Después arreábamos por entre la multitud, los bulevares y el tropel. Siempre

volvíamos con retraso. Llegábamos sin aliento.

«¿Te ha gustado?», me preguntaba Caroline. Yo no respondía nada, no me gustan las preguntas indiscretas. «Este niño es reservado», decían los vecinos...

En la esquina de nuestro «Passage», al volver, aún me compraba Les Belles Aventures Illustrées en la vendedora del brasero. Me las escondía incluso en su regazo, bajo sus tres espesas enaguas. Papá no quería que yo leyera semejantes paparruchas. Decía que descarriaban, que no preparaban para la vida, que lo que debía hacer era aprender el alfabeto en cosas serias.

Iba a cumplir los siete años, pronto iba a empezar en la escuela, no debía descarriarme... Los otros hijos de tenderos iban a empezar pronto también. No era momento de bromear. Me echaba sermones sobre la seriedad de la vida, al volver de las entregas.

O sea, que los guantazos no bastaban.

Mi padre, previendo que yo iba a ser un mangante, seguro, berreaba como un trombón. Yo había vaciado el azucarero con Tom una tarde. Nunca lo olvidaron. Otro defecto más era que siempre tenía el trasero sucio, no me limpiaba, no tenía tiempo; tenía una excusa, siempre teníamos demasiadas prisas... Seguía limpiándome mal y siempre había una bofetada esperando... Que me apresuraba a evitar... Dejaba abierta la puerta del retrete para oírlos venir... Hacía caca como un pájaro, entre dos borrascas...

Subía corriendo al otro piso, no me encontraban... Conservaba semanas la mierda en el culo. Notaba el olor, me apartaba un poco de la gente.

«¡Es más sucio que treinta y seis cerdos! ¡No tiene el menor respeto de sí mismo! ¡No se va a ganar la vida nunca! ¡Todos los patronos lo despedirán!»... Me veía un porvenir de mierda...

«¡Apesta!... ¡Vamos a tener que cargar con él siempre!...»

Papá era muy previsor, veía el futuro. Lo recalcaba en latín: Sana... Corpore sano... Mi madre no sabía qué responder.

Un poco más allá de nosotros, en el Passage, había una familia de encuadernadores. Sus hijos no salían nunca.

La madre era baronesa, de Caravals se llamaba. Sobre todo no quería que sus hijos aprendieran palabrotas.

Jugaban juntos todo el año, tras los cristales, a meterse la nariz en la boca y las dos manos al mismo tiempo. Por la tez, eran auténticas endivias.

Una vez al año, se iba sola, la Sra. de Caravals, de vacaciones, a visitar a sus primos de Périgord. Contaba a todo el mundo que sus parientes iban a buscarla a la estación, con su «break» y cuatro caballos «fuera de serie». Y después atravesaban juntos los dominios hasta el infinito... En la alameda del castillo los campesinos acudían a arrodillarse a su paso... así lo contaba.

Un año se llevó a sus dos chavales. Volvió sola en el invierno, mucho más tarde que de costumbre. Venía cubierta de un luto inmenso. No se le veía la cara, tapada con velos. Nada explicó. Subió arriba, a acostarse. No volvió a hablar a nadie.

Para los chavales que nunca salían, la transición fue demasiado. ¡Habían muerto al aire libre!... Semejante catástrofe hizo reflexionar a todo el mundo. No se habló de otra cosa que de oxígeno desde la Rue Thérèse a la plaza Gaillon... Durante más de un mes...

Nosotros teníamos con frecuencia ocasión de ir al campo. El tío Edouard, el hermano de mamá, estaba siempre deseoso de contentarnos. Nos proponía excursiones. Papá no las aceptaba nunca. Siempre encontraba pretextos para escabullirse. No quería deber nada a nadie, era su principio.

Era moderno, el tío Edouard, se le daba muy bien la mecánica. Para empezar, era mañoso y hacía

lo que quería con sus diez dedos. No era gastador, no nos habría puesto en un aprieto, pero, de todos modos, la menor excursión sale bastante cara, claro... «¡Cinco francos», como decía mamá, «se derriten, en cuanto sales!»

La triste historia de los Caravals había conmovido de todos modos al Passage, tan profundamente, que hubo que tomar medidas. De repente, descubrieron que todo el mundo estaba «paliducho». Se pasaban consejos de tienda a tienda. Ya sólo pensaban en microbios y en los desastres de la infección. Los chavales empezaron a recibir, pero bien, la solicitud de las familias. Tuvieron que zamparse el aceite de hígado de bacalao, reforzado, en dosis doble, a base de garrafas y aljibes. La verdad es que no hacía gran cosa... Les hacía eructar. Se ponían aún más pálidos; cuando resulta que no se sostenían en pie, el aceite les quitaba todo el apetito.

Hay que reconocer que sería difícil encontrar sitio más increíblemente putrefacto que el Passage. Está hecho para que la diñes, despacio pero seguro, entre la orina de los chuchos, las ñordas, los lapos, los escapes de gas. Más infecto que el interior de una cárcel. Bajo la vidriera, abajo, el 501 llega tan chungo, que una vela lo eclipsa. Todo el mundo empezó a sofocarse. ¡El Passage se volvía consciente de su innoble asfixia!... Ya sólo se hablaba de campo, montes, valles y maravillas...

Edouard volvió a ofrecerse a sacarnos un domingo, pasearnos hasta Fontainebleau. Papá se dejó convencer, por fin. Preparó nuestra ropa y las provisiones.

El primer triciclo de Edouard era un monocilindro, rechoncho como un obús y con un semisimón delante.

Nos levantamos aquel domingo aún más temprano que de costumbre. Me limpiaron el culo a fondo. Esperamos una hora, en el lugar de la cita de la Rue Gaillon, a que el vehículo llegara. La salida para el paseo no era moco de pavo. Se habían puesto por lo menos seis a empujarlo desde el puente Bineau. Llenaron los depósitos. El carburador escupió en todas direcciones. Al volante le daban como eructos. Hubo explosiones horribles. Volvieron a probar con la correa... Se ponían a ello tres o seis... Por fin, ¡una gran detonación!... El motor empezó a girar. Aún se incendió dos veces... Lo apagaron rápido. Mi tío dijo: «¡Suban, señoras! ¡Me parece que ya está caliente! ¡Vamos a poder ponernos en marcha!...». Había que ser valiente para mantenerse encima. La multitud se apartaba en derredor. Nos apretujamos Caroline, mi madre y yo, tan atados al asiento, empaquetados de tal modo, tan azocados entre la ropa y los aparejos, que sólo sobresalía mi lengua. Antes de salir, me gané, de todos modos, un buen capón, para que no pensara que todo el monte es orégano.

El triciclo primero se encabritaba y después volvía a caer sobre sí mismo... Daba aún dos, tres sacudidas... Unos pedos espantosos y jipíos... La multitud retrocedía aterrada. Creíamos que ya había acabado todo... Pero el trasto trepaba a tirones por la Rue Réaumur... Mi padre había alquilado una bici... Aprovechaba la subida para echar una mano por detrás... Al menor alto, avería definitiva... Tenía que empujarnos a fondo... En el Square du Temple descansábamos. Volvíamos a salir disparados. Mi tío derramaba la grasa, en plena marcha, a borbotones, a través de las bielas, la cadena y el mecanismo. Debía chorrear como el de un paquebote. En el compartimento de delante había problemas... Mi madre tenía ya dolor de vientre. Si lo soltaba, si nos deteníamos, podía ser el fin del motor... Como se ahogara, ¡estábamos jodidos!... Mi madre se mantenía heroica... Mi tío, encaramado en su infierno, como buzo valiente, rodeado de mil pavesas, nos pedía desde el volante que nos agarráramos bien al trasto... Mi padre iba pisándonos los talones. Corría pedaleando a socorrernos. Recogía todos los trozos a medida que se desprendían, piezas de la transmisión y pernos, pequeñas clavijas y piezas grandes. Lo oíamos renegar, lanzar unos tacos más sonoros que todo su follón.

El desastre era consecuencia de los adoquines... Los de Clignancourt hicieron saltar las tres cadenas... Los de la barrera de Vanves eran la muerte de los muelles delanteros... Perdimos todos los faros y la bocina en forma de boca de serpiente en los pequeños badenes, a la altura de las obras de La Villette... Hacia Picpus y la carretera principal perdimos tantas cosas, que algunas se le escapaban a

mi padre...

Aún lo oigo renegar detrás, ¡que si era el acabóse! ¡Que si nos iba a sorprender la noche!

Tom precedía a nuestra expedición, gracias a su jebe nos orientábamos. Tenía tiempo de mear por todas partes. El tío Edouard no sólo era mañoso, se daba traza infinita también para toda clase de arreglos. Hacia el final de nuestras excursiones, él era quien sujetaba todo en sus manos, llevaba la mecánica en los dedos, hacía malabarismos entre los traqueteos con las juntas y las varillas, tocaba con los escapes y el pistón como con trompeta. Era maravilloso verlo hacer acrobacias. Sólo, que en determinado momento todo se iba, de todos modos, a tomar por culo en plena carretera... Entonces empezábamos a derivar, la dirección enloquecía, caíamos a la cuneta. Se escacharraba entre resoplidos y salpicando en pleno barro.

Mi padre llegaba gritando... El cacharro lanzaba un último BUUAH... ¡Y se acabó! ¡Se desplomaba, el muy cabrón!

Apestábamos el campo con un hedor espantoso a grasa. Salíamos a trancas y barrancas del catafalco... Lo empujábamos hasta Asnières. Allí tenía el garaje mi tío. A mi padre, corpulento él, le sobresalían en plena acción los músculos con las medias de lana acanalada... Las damas a los lados de la carretera se relamían con el espectáculo. Era el orgullo de mamá... Había que enfriar el motor, para eso llevábamos un cubito de tela extensible. Cogíamos agua en las fuentes. Nuestro triciclo era como una fábrica sobre un carro de vendedor ambulante. Al empujarlo, nos dejábamos la ropa hecha jirones, de tantos ganchos y chismes puntiagudos que sobresalían a su alrededor.

Al llegar a la barrera del consumero, mi tío y papá se metían en la tasca a marcarse una cerveza los primeros. Las damas y yo, deshechos y entre estertores, esperábamos, en un banco de enfrente, nuestra gaseosa. Todo el mundo estaba crispado. Al final, cobraba yo. La tormenta se cernía sobre la familia. Auguste no podía dejar de sulfurarse. Buscaba un pretexto nimio. Estaba hinchado, resoplaba como un bulldog. Sólo yo hacía al caso. Los otros lo habrían mandado a hacer puñetas... Se trincaba un pernod doble. No estaba acostumbrado, era una extravagancia... Con el pretexto de que me había roto el pantalón, me daba para el pelo bien. Mi tío intercedía un poco, conque él se ponía más furioso aún.

Al volver del campo, era cuando recibía yo los peores guantazos. En las barreras del consumero, siempre hay gente. Yo me ponía adrede a berrear con todas mis fuerzas, para fastidiarlo. Alborotaba, me metía bajo los veladores. Le hacía pasar unas vergüenzas espantosas. Él enrojecía de pies a cabeza. Detestaba llamar la atención. Me habría gustado que la palmara del disgusto. Nos marchábamos como unos caguetas, curvados sobre el instrumento feroz.

Había siempre tantas peleas al regreso de las excursiones, que mi tío acabó renunciando.

«Al niño», dijeron entonces, «el aire le sienta bien, ¡seguro!... Pero, ¡es que el automóvil lo pone nervioso!...»

La Srta. Méhon, de la tienda justo delante de la nuestra, era un bicho increíble. Nos provocaba, no cesaba de maquinar, tenía envidia. Y eso que vendía bien sus corsés. Era vieja y tenía una clientela aún muy fiel y de madres a hijas, desde hacía cuarenta años. Personas que no habrían enseñado así como así los pechos a cualquiera.

Por Tom se enconó la situación, porque le había dado de mearse en los escaparates. Y eso que no era el único. Todos los chuchos de los alrededores lo hacían y más. El Passage era su paseo.

Cruzó a propósito, la Méhon, para venir a provocar a mi madre, armarle un escándalo. Se puso a gritar que era una vergüenza, cómo ensuciaba todo su escaparate, nuestro chucho... Resonaban que daba gusto, sus palabras, a ambos lados de la tienda y hasta lo alto de la vidriera. Los transeúntes tomaban partido. Fue una discusión fatal. La abuela, pese a ser comedida de palabra, le respondió con acritud.

Papá, al enterarse a la vuelta de la oficina, cogió un cabreo, pero tan grande, ¡que daba miedo

verlo! Lanzaba unas miradas tan feroces hacia el escaparate de la tía esa, que temíamos que la estrangulara. Lo sujetamos todos, le tirábamos del abrigo... Ahora tenía la fuerza de un toro. Nos arrastraba a la tienda... Bramaba hasta el tercer piso que iba a hacer picadillo a esa corsetera infernal... «¡No debería habértelo contado!...», gemía mamá. El mal ya estaba hecho.

Durante las semanas que siguieron, estuve un poco más tranquilo. Mi padre estaba absorto. En cuanto tenía un instante libre, diquelaba hacia la tienda de la Méhon. Por su parte, ella hacía lo mismo. Tras los visillos, se espiaban, piso a piso. Nada más volver de la oficina, se preguntaba qué estaría haciendo ésa. Era justo enfrente... Cuando ella se encontraba en la cocina, en el primero, él se apalancaba en un rincón de la nuestra. Mascullaba amenazas terribles...

«¡Mira! ¿Por qué no se envenenará un día, esa asquerosa?... ¿Por qué no comerá setas?... ¿Por qué no se jalará la dentadura postiza? ¡Vamos, hombre! ¡no le va el vidrio en polvo!... ¡Será puta!...» No cesaba de mirarla fijamente. Ya no se ocupaba de mis inclinaciones... En cierto sentido, era muy cómodo.

Los vecinos no se atrevían a comprometerse demasiado. Los perros orinaban por todas partes y en sus escaparates también, no sólo en el de la Méhon. De nada servía que derramaran azufre, era como una cloaca igual, el Passage des Béréisnas. El meado atrae a la gente. Meaba quien quería sobre nosotros, hasta los adultos, sobre todo cuando llovía fuera, en la calle. Para eso entraban. En el callejón que daba a la Allée Primorgueil era corriente que hiciesen caca. No habría sido justo que nos quejáramos. Muchas veces se volvían clientes, los meones, con o sin perro.

Al cabo de un tiempo, a mi padre no le bastó con irritarse contra la Méhon, la tomaba con la abuela.

«¡Hombre! ¡Esa vieja asquerosa con su chucho apestoso! ¿Quieres que te lo diga yo, lo que ha maquinado?... ¿No lo sabes?... ¡Es muy astuta!... ¡Pérfida! ¡Es su cómplice! ¡Ya ves tú! ¡Una jugada artera están tramando, las dos!... ¡Y no es cosa de ahora! ¡Ah! ¡qué dos bichos!... ¿Que por qué? ¿Encima me lo preguntas? Pues, ¡para sacarme de quicio! ¡Ya ves! ¡Para eso!...»

«Que no, Auguste, vamos, ¡te lo aseguro!... ¡Qué ocurrencias! ¡De un grano de arena haces una montaña!...»

«¡Ocurrencias! Sí, anda, ¡di que estoy chalado!... ¡Anda! Ocurrencias, ¡eh! ¡Ah! ¡Clémence! ¡Mira! ¡Eres incorregible! ¡La vida pasa y no aprendes nada!... ¡Nos persiguen! ¡Nos pisotean! ¡Se burlan de nosotros! ¡Me deshonran! ¿Y tú qué respondes? ¡Que exagero!... ¡Es el colmo!»

De repente, se deshacía en sollozos... Alguna vez tenía que tocarle a él.

No éramos los únicos en el Passage que teníamos veladores, mesillas, silloncitos, acanalados Luis XVI. La competencia, los chapuceros, se pusieron de parte de la Méhon. Era de esperar. Papá ya es que no dormía. Su pesadilla era la limpieza del cuadrado delante de nuestra tienda, las baldosas que debía fregar todas las mañanas antes de salir para la oficina.

Salía con su cubo, su escoba, su trapo y, además, la paleta para recoger las ñordas, que provocaba unos resbalones, y colocarlas sobre el serrín. Era la peor afrenta para un hombre de su instrucción. Ñordas había cada vez más y muchas más delante de nuestra tienda que en las otras, a lo largo y a lo ancho. Seguro que era una confabulación.

La Méhon, desde su ventana del primero, se tronchaba contemplando a mi padre luchar con la palomina. Gozaba para toda una jornada. Los vecinos acudían a contar las ñordas.

Hacían apuestas, a que no iba a poder quitarlas todas.

Él se daba prisa, volvía a entrar en seguida para ponerse el cuello duro y la corbata. Debía llegar antes que los demás a la Coccinelle para abrir el correo.

El barón Méfaize, el director general, contaba con él a toda costa.

Fue entonces cuando se produjo la tragedia en casa de los Cortilène. Un drama pasional en el 147 del Passage. Salió en todos los periódicos; durante ocho días una densa multitud desfiló, masculló, rumió, escupió ante su tienda.

A la Sra. Cortilène yo la había visto muy a menudo, mamá le hacía sus blusas en «entredós» de guipur de Irlanda. Recuerdo sus largas pestañas, sus acáis cargados de dulzura y las miradas que me echaba, incluso a mí, un chavalín. Me la casqué con frecuencia por ella.

Durante las pruebas, se le veían los hombros, la piel... En cuanto se marchaba, no lo podía evitar, subía al retrete, en el tercero, a meneármela con ganas. Volvía a bajar con unas ojeras de aúpa.

En su casa también había escenas, pero por celos. Su marido no quería que saliese. Él era el que salía siempre. Era antiguo oficial, bajito, moreno y colérico. Vendían objetos de goma en el 147. Desatascadores, instrumentos, artículos...

Todo el mundo decía, en el Passage, que era demasiado hermosa para regentar semejante tienda...

Un día, volvió, el celoso, de improviso. Se la encontró, a la guapiña, de palabrita arriba con dos caballeros; fue tal su conmoción, que sacó el revólver y disparó primero a ella y después a sí mismo, una bala en plena boca. Murieron abrazados.

Hacía un cuarto de hora apenas que había salido.

El de mi padre era un modelo reglamentario, lo guardaba en su mesilla de noche. Era un revólver de calibre enorme. Lo había traído del servicio.

A mi padre, el drama de los Cortilène habría podido brindarle ocasión para trances y motivos para las peores broncas. Al contrario, lo volvió reservado. Ya casi no nos hablaba.

No es que faltaran ñordas en nuestro embaldosado y delante de la puerta. Con toda la gente que pasaba, había tantos lapos diseminados, que estaba resbaladizo. Él lo limpiaba todo. Y sin decir ni pío, además. Era tal la transformación en sus costumbres, que mamá se puso a espiarlo, cuando se encerraba en su cuarto. Se quedaba horas ahí. No se ocupaba de las entregas. Ya no dibujaba nada. Ella lo observaba por la cerradura. Cogía el revólver en la mano, hacía girar el tambor, se oían los «¡clic! ¡clic!»... Se entrenaba, parecía.

Un día que salió solo, volvió con balas, una caja entera, la abrió delante de nosotros, para que la viéramos bien. No dijo ni palabra, la dejó sobre la mesa junto a los macarrones. Entonces mi madre, horrorizada, se echó a sus rodillas, le suplicó que tirara todo eso a la basura. En vano. Era terco. Ni siquiera le respondía. La apartó brutal. Se bebió, él solito, un litro entero, de tinto. No quiso jalar. A mi madre, que lo acosaba, le dio un empujón y la mandó hasta el armario empotrado. Se escapó al sótano. Bajó la trampilla tras él.

Lo oímos disparar. ¡Peng! ¡Peng! ¡Peng!... Se lo tomaba con calma, unos chasquidos, un eco terrible. Debía de dar en los toneles vacíos. Mi madre le gritaba, se desgañitaba por las ranuras...

«¡Auguste! ¡Auguste! ¡Por el amor de Dios! ¡Piensa en el niño! ¡Piensa en mí! ¡Llama a tu padre, Ferdinand!...»

«¡Papá! ¡papá!», gritaba yo, a mi vez...

Yo me preguntaba a quién iría a matar. ¿A la Méhon? ¿A la abuela Caroline? ¿A las dos, como en el caso de los Cortilène? ¿Tendría que encontrarlas juntas?

¡Peng! ¡Peng! ¡Peng!... No cesaba de disparar... Acudieron los vecinos. Creían que era una hecatombe...

A fuerza de disparar, se quedó sin balas. Volvió a subir, por fin... Cuando levantó la trampilla, estaba lívido como un muerto. Lo rodeamos, lo sujetamos, lo instalamos en un sillón Luis XIV, en el centro de la tienda. Le hablábamos con mucha dulzura. Su revólver humeaba aún colgando.

La señora Méhon, al oír aquella metralla, se jiñó en las faldas... Cruzó a ver lo que pasaba. Entonces ahí, en medio de la gente, mi madre le gritó lo que pensaba. Y eso que no era nada atrevida.

«¡Entre! ¡Venga a ver! ¡Mire, mire usted! ¡A qué estado lo ha reducido! ¡A un hombre honrado! ¡A un padre de familia! ¿Es que no le da vergüenza? ¡Ah! ¡Es usted una malvada!...»

A la Méhon ya es que no le llegaba la camisa al cuerpo. Volvió corriendo a su casa. Los vecinos le lanzaban miradas severas. Consolaron a mi padre. «¡Yo tengo conciencia!», no dejaba de rumiar en voz baja. El Sr. Visios, el vendedor de pipas que había servido siete años en la Marina, consiguió hacerlo entrar en razón.

Mi madre envolvió el arma en capas y capas de periódicos y después en un chal de India.

Mi padre subió a acostarse. Ella le puso ventosas. Fue presa de temblores durante dos horas más por lo menos...

«¡Ven, hijo!... ¡Ven!», me dijo ella, cuando nos quedamos solos.

Era tarde, corrimos por la Rue des Pyramides hasta el Pont Royal... Miramos a derecha e izquierda, por si venía alguien. Tiramos el paquete a la pañí.

Volvimos aún más rápido. Dijimos a mi padre que habíamos ido a acompañar a Caroline.

La mañana siguiente tuvo unas agujetas terribles... un dolor atroz al erguirse. Durante ocho días fue mi madre quien fregó el enlosado.

La abuela desconfiaba de lo lindo de la Exposición que se anunciaba. La otra, la de 1882, sólo había servido para contrariar a los pequeños comerciantes, para hacer malgastar el dinero a los idiotas. De tanto alboroto, agitación y fantasmadas, sólo habían quedado dos o tres solares y cascotes tan repulsivos, que veinte años después nadie quería aún retirarlos... Sin contar dos epidemias, que los iroqueses, salvajes azules, amarillos y marrones, habían traído de su tierra.

Seguro que la nueva Exposición iba a ser mucho peor. Traería el cólera, seguro. La abuela estaba más que convencida.

Ya los clientes escatimaban, se guardaban sus dineritos, se defendían con mil cuentos, ¡esperaban a la «inauguración»! Un hatajo asqueroso de mierdas protestones. Los zarcillos de mi madre ya que no salían del Monte de Piedad.

«Si fuera para hacer salir a los campesinos de sus campos, ¡bastaba con ofrecerles bailes en Trocadero!... ¡Hay sitio de sobra para todos! ¡Para eso no valía la pena destripar la ciudad de punta a punta y tapar el Sena!... ¡Que la gente ya no sepa divertirse junta no es razón para derrochar! ¡Ya lo creo que no!»

Así razonaba mi abuela Caroline. En cuanto se marchaba, mi padre se devanaba los sesos, preguntándose qué querría decir con palabras tan amargas...

Descubría un sentido profundo... Alusiones personales... a modo de amenazas... Se ponía a la defensiva...

«¡Por lo menos os prohíbo que le habléis de mis asuntos!... ¿La Exposición? Clémence, ¿quieres que te diga lo que pienso? ¡Es un pretexto! ¿Sabes lo que quiere tu madre? ¿Quieres saberlo? Porque es que yo me lo he olido en seguida. ¡Nuestro divorcio!... Ya ves tú...»

Después, de lejos, en un rincón, me señalaba a mí, ¡el ingrato! El monicaco aprovechado e hipócrita... Que se atiborraba con los sacrificios ajenos... Yo... con mi mierda en el culo... Mis forúnculos... y mis zapatos insaciables... ¡Ahí estaba yo!... Las conclusiones me concernían, a mí, el chivo expiatorio de todos los sinsabores...

«¡Ah! ¡Me cago en Dios! ¡Me cago en la hostia puta! ¡Si ése no existiera! ¡Ah! ¿Me oyes? ¡Uf! ¡Ah! ¡Ya te lo aseguro que sería cosa hecha desde hace mucho!... ¡Pero mucho! ¡Ni una hora! ¿Me oyes? ¡Ahora mismo! ¡Coño, joder! ¡Si no existiera ese mocoso! No insistiría, ¡eh! ¡Ya puedes estar

segura! ¡El divorcio! ¡Ah! ¡EL DIVORCIO!...»

Se retorcía, crispado, presa de sacudidas. Se comportaba como el malo de las películas, pero, además, blasfemaba...

«¡Ah! ¡Me cago en la puta madre de Dios! ¡La libertad! ¿Abnegación? ¡Sí! ¿Renuncia? ¡Sí! ¿Privaciones? ¡Ah! ¡Ah! ¡Todo! ¡Y más! ¡Y cada vez más por este mequetrefe descastado! ¡Ah! ¡Ah! ¡La libertad! ¡Libertad!» Desaparecía entre bastidores. Se sacudía a base de bien en el pecho, con unos golpes secos, mientras subía.

Sólo de oír la palabra «divorcio», a mi madre le daban convulsiones...

«Pero, ¡si hago todo lo que puedo, Auguste! ¡De sobra lo sabes! ¡Si es que echo el bofe! ¡Si es que echo los higadillos! ¡Bien que lo ves! ¡Todo se arreglará! ¡Te lo juro! ¡Te lo suplico! ¡Un día seremos felices los tres!...»

«¡Yo también hago lo que puedo! ¡Huy! ¡Ay!», le replicaba él desde arriba. «¿Y de qué sirve?...»

Ella se abandonaba a la pena, un auténtico diluvio.

«¡Lo vamos a educar bien! ¡ya verás! ¡Te lo aseguro, Auguste! ¡No te pongas nervioso! ¡Más adelante comprenderá!... Hará todo lo posible él también... ¡Será como nosotros!... ¡Será como yo! ¡Ya lo verás! ¡Será como nosotros! ¿Verdad que sí, hijo?...»

Volvimos a empezar con las entregas. Vimos la construcción, en la esquina de la Concorde, de la gran puerta, la monumental. Era tan delicada, tan labrada, con tantos perifollos, tantos perendengues de arriba abajo, que parecía una montaña vestida de novia. Cada vez que pasábamos por su lado, veíamos nuevos trabajos.

Por fin, quitaron las tablas. Todo estaba listo para las visitas... Al principio, mi padre puso mala cara, pero después acabó yendo, de todos modos, él solo un sábado por la tarde...

Para sorpresa de todos, la prueba le encantó... Feliz, contento, como un chaval que hubiera ido a ver a las hadas...

Todos los vecinos del Passage, salvo la Méhon, claro está, acudieron a que les contara. A las diez de la noche aún seguía fascinándoles. En menos de una hora en el recinto, lo había visto todo, mi padre, lo había visitado todo, lo había comprendido todo y mucho más aún, desde el pabellón de las serpientes hasta la Galería de las Máquinas y desde el Polo Norte hasta los caníbales...

A Visios, el gaviero que había recorrido medio mundo, todo le parecía magnífico. ¡Nunca lo hubiera creído!... Y eso que entendía en la materia. Mi tío Rodolphe, que desde la apertura trabajaba en las atracciones y vestido de trovador, no figuraba en el relato. Estaba allí, él también, con los otros en la tienda, y ataviado con sus oropeles, se reía burlón y sin motivo, hacía pajaritas de papel, esperaba a que sirvieran el papeo.

La Sra. Méhon, tras los cristales de su ventana, estaba más preocupada que la leche de ver así a todos sus vecinos aglomerados en nuestra casa. Se preguntaba si no acabaría la cosa en conspiración. A mi abuela es que le repugnaba, el entusiasmo de mi padre. Se resistió ocho días sin ir. Y cada noche él volvía a empezar todo su discurso, con nuevas peripecias. Rodolphe recibió entradas, gratis. Conque nos lanzamos los tres entre la multitud un domingo.

En la plaza de la Concordia fuimos literalmente aspirados hacia dentro por el tropel. Acabamos atontados ante la Galería de las Máquinas, auténtico cataclismo colgante en una catedral transparente, en pequeñas vidrieras hasta el cielo. Había un bullicio inmenso, tan inmenso, que no podíamos oír a mi padre, y eso que se desgañitaba. El vapor rociaba, saltaba por todos lados. Había marmitas prodigiosas, como tres casas de altas, bielas resplandecientes que se abalanzaban a la carga sobre nosotros desde el fondo del infierno... Al final, no podíamos resistir más, nos entró miedo, salimos... Pasamos delante de la gran Rueda... Pero preferimos las orillas del Sena.

Era curiosa la instalación de la Explanada, mirífica... Dos filas de pasteles enormes, merengues

fantásticos, cubiertos de balcones, atestados de cíngaros envueltos en las banderas, en la música y millones de bombillitas encendidas aún en pleno día. Eso sí que era despilfarro. La abuela tenía toda la razón. Desfilamos, cada vez más apretujados. Yo me encontraba justo encima de los pies, el polvo era tan espeso, que ya no veía hacia dónde íbamos. Tragaba tales bocanadas, que lo escupía como si fuera cemento... Por fin, llegamos al «Polo Norte»... Un explorador muy amable explicaba todo lo que había, pero en voz tan baja, tan confidencial, arropado en sus pieles, que apenas oíamos nada. Mi padre nos lo contó. Entonces aparecieron las focas para comer. Gritaban tanto, ésas, que ya no se oía nada más. Volvimos a pirárnoslas.

En el gran Palacio de la Bebida, vimos en fila india y desde muy lejos las naranjadas, hermosas, gratuitas, a lo largo de un pequeño mostrador móvil... Entre ellas y nosotros había un tumulto... Una multitud en ebullición para llegar hasta las jarras. Es implacable, la sed. Si nos hubiéramos aventurado, no habría quedado ni rastro de nosotros. Escapamos por otra puerta. Fuimos a ver a los indígenas...

Sólo vimos a uno, detrás de una rejilla; estaba haciéndose un huevo pasado por agua. No nos miraba, nos daba la espalda. Ahí, como había silencio, mi padre se puso a charlar otra vez muy animado, quería ilustrarnos sobre las curiosas costumbres de los países tropicales. No pudo terminar, el negro estaba también hasta la coronilla. Se metió en su choza, escupió hacia nosotros... En realidad, yo ya no veía ni podía abrir la boca. Había aspirado tanto polvo, que tenía los conductos tapados. De torbellino en torbellino, bogamos hacia la salida. Hasta un poco después de los Inválidos recibí pisotones y achuchones. Ya es que no nos reconocíamos, de tan achuchados, molidos, deslucidos como estábamos por la fatiga y los sobresaltos. Nos metimos por el camino más corto... Hacia el mercado de Saint-Honoré. En casa, en el primer piso, bebimos toda el agua de la cocina.

Los vecinos, sobre todo Visios, nuestro gaviero, el vendedor de perfumes del 27, la vendedora de guantes Sra. de Gratat, Dorival el pastelero, el Sr. Pérouquière, acudieron todos en seguida en busca de noticias, pidiendo que les contáramos... Aún más... Si habíamos recorrido todo el recinto... Si me habían extraviado... Cuánto habíamos gastado... en cada molinete...

Mi padre contaba las cosas con gran lujo de detalles... unos exactos... y otros menos... Mi madre estaba contenta, se veía recompensada... Por una vez Auguste se lucía de verdad... Estaba muy orgullosa de él... Él fardaba. Faroleaba delante de todo el mundo... Puras trolas, bien lo veía ella... Pero eso formaba parte de la instrucción... No había sufrido en vano... Se había entregado a alguien de valía... A un talento... No se podía negar. Los otros panolis se quedaban con la boca abierta... Lo admiraban de lo lindo.

Mi padre les endiñaba espejismos poco a poco, a ritmo de respiración... Había magia en nuestra tienda... con el gas apagado. Él solito les brindaba un espectáculo mil veces asombroso, como cuatro docenas de Exposiciones... Pero, ¡sin la lámpara de gas!... ¡Velas sólo!... Nuestros amiguitos, los comerciantes, se traían sus candelas, de sus desvanes. Volvieron todas las noches a escuchar de nuevo a mi padre y no cesaban de pedir más...

Era un prestigio tremendo... No conocían nada mejor. Y la Méhon, al final, iba a caer enferma, en el fondo de su cuchitril, atormentada por los sentimientos... Le habían repetido todo, literalmente...

La decimoquinta noche, más o menos, no pudo resistir más... Bajó sola, cruzó el Passage... Parecía un fantasma... Iba en camisón. Llamó a nuestro escaparate... Entonces todo el mundo se volvió. No dijo ni palabra. Pegó un papel, corto y con grandes mayúsculas...: «MENTIROSO...»

Todo el mundo se echó a reír. Se había deshecho el hechizo para siempre... Todo el mundo volvió a su casa... Mi padre ya no tenía nada que decir...

El único motivo de orgullo de nuestra tienda era el velador del centro, un Luis XV, el único del que estábamos seguros de verdad. Con frecuencia intentaban regatear los clientes respecto a él, pero

no teníamos demasiados deseos de venderlo. No habríamos podido substituirlo.

Los Brétonté, nuestros clientes famosos del Faubourg, le habían echado el ojo desde hacía mucho... Pidieron que se lo prestáramos, para decorar un escenario teatral, una comedia que iban a representar, con otra gente de alcurnia, en su vivienda particular. Participaban los Pinaise y también los Courmanche, y los Dorange, cuyas hijas bizqueaban que daba miedo, y, además, muchos otros, clientes más o menos. Los Girondet, los Camadour y los de Lambiste, parientes de embajadores... ¡La flor y nata!... Iba a ser un domingo por la tarde. La Sra. Brétonté estaba segura de que obtendrían un gran éxito con su teatro.

Volvió más de diez veces a la tienda a darnos la lata. No podíamos negárselo, era para una obra de caridad.

Para que no le ocurriese nada a nuestro velador, lo transportamos nosotros mismos, por la mañana, envuelto en tres mantas, sobre un simón. Volvimos con el tiempo justo para ocupar nuestros sitios, tres taburetes cerca de la salida.

Aún no habían alzado el telón, pero ya era precioso, todas las damas de gran gala hacían mil melindres y se daban mucho pisto. Despedían un perfume como para desmayarse... Mi madre reconocía en ellas todos los encantos de su tienda. Sus boleros, sus finos alzacuellos, sus «Chantilly». Recordaba hasta los precios. Los «modales» la maravillaban... ¡Qué bien les sentaban, sus encajes!... ¡Cómo les favorecían!... Estaba embelesada.

Antes de salir de la tienda me habían advertido que, si soltaba malos olores, me echarían en el acto. A fondo me había yo limpiado, vamos, había dejado atrancado el retrete. Hasta los pies, limpios y enfundados en los calcos «de vestir»...

Por fin, la gente se sentó. Ordenaron silencio. El telón se replegó sobre sí mismo... Apareció nuestro velador... en el centro mismo del escenario... exactamente igual que en nuestra tienda... Eso nos tranquilizó a todos... Unos compases de piano... y nos llegaron los parlamentos... ¡Ah, qué dicción tan perfecta!... Todos los personajes iban, venían y se pavoneaban bajo las luces... Ya estaban maravillosos... Reñían... Se peleaban... se acaloraban hasta la cólera... Pero cada vez más seductores... Yo estaba completamente hechizado... Me habría gustado que hubieran vuelto a empezar. Me costaba entenderlo todo... Pero me habían conquistado en cuerpo y alma... Todo lo que tocaban... Sus menores gestos... las palabras más corrientes se volvían auténticos sortilegios... Sonaron aplausos a nuestro alrededor, mis padres y yo no nos atrevimos...

En el escenario reconocí a la Sra. Pinaise, estaba lo que se dice divina, volví a notar sus muslos, las palpitaciones de los chucháis... Enfundada en una bata vaporosa... sobre un diván de sedas profundas... No podía más, sollozaba... Dorange, otro cliente nuestro, era quien la hacía gemir... La estaba poniendo como un trapo, ella ya no sabía a qué santo encomendarse... Pero ese cruel fue y pasó por detrás, aprovechó que lloraba con la cabeza reclinada al borde de nuestro velador, que estaba destrozada de verdad, para robarle un beso... y luego mil zalamerías más... No era como en casa... Entonces, se dio por vencida... Se recostó, graciosa, contra el sofá... Se lo repitió, en plena boca... La dejó casi desvanecida... A punto de expirar... ¡Buen trabajo! Él, venga menear el pompis...

Comprendí el drama, de verdad... la cortesía ardiente... la sabrosa melodía profunda... Visiones y más visiones para «cascársela»...

Nuestro velador, de justicia es reconocerlo, ¡quedaba muy bien ahí!... ¡Todos! Manos, codos, panzas de la intriga... fueron a restregarse contra él... La Pinaise lo agarraba con tal fuerza, que se lo oía crujir de lejos, pero lo más duro fue cuando al propio guapo, Dorange, en un momento muy trágico se le ocurrió sentarse encima... A mi madre se le heló la sangre en las venas... Por fortuna, volvió a alzarse... Casi al instante... En el entreacto, temblaba por si volvía a ocurrírsele... Mi padre entendía todo de la obra... Pero estaba demasiado emocionado como para comentárnosla ya...

A mí también me impresionaba. No probé los jarabes ni las pastas siquiera que esa gente

distinguida pasaba de mano en mano... Son gente acostumbrada a mezclar la jalandria con las emociones mágicas... ¡Todo les viene bien, a esos cerdos! Con tal de tragar... No pueden interrumpir nunca. Comen todo en la misma sesión, la rosa y la mierda, al pie...

Volvimos al espectáculo... El segundo acto pasó como un sueño... Luego acabó el milagro... Volvimos a estar entre la gente y las cosas vulgares.

Esperábamos, los tres, en nuestros taburetes, no nos atrevíamos a decir ni pío... Esperábamos muy pacientes a que la muchedumbre desfilara para recuperar nuestro velador... Entonces entró una señora, nos pidió que esperáramos un momentito más ahí... No tuvimos inconveniente... Vimos alzarse el telón otra vez... Vimos a todos los actores, los de antes, que ahora estaban sentados en torno a nuestra mesa. Jugaban a las cartas todos juntos. Los Pinaise, los Couloumanche, los Brétonté, los Dorange y el viejo banquero Kroing... Unos frente a otros...

Kroing era un viejecito curioso, venía con frecuencia a la tienda de mi abuela, en la Rue Montorgueil, siempre extraordinariamente amable, perfectamente apergaminado, apestaba a perfume violeta, infestaba toda la tienda. Sólo coleccionaba una cosa, lo único que le interesaba, los tiradores de campanillas estilo Imperio.

La partida del velador empezó muy amable. Se daban corteses las cartas y después se agriaron un poco, se pusieron a hablar más secos, en nada recordaban ya al teatro... Ya no bromeaban. Se contestaban con cifras. Los triunfos chasqueaban como bofetadas. Detrás de su padre, las Dorange hijas miraban con una avaricia que daba miedo. Las madres, las esposas, todas entonces a lo suyo, muy crispadas, con las sillas contra la pared, no se atrevían a respirar siquiera. Los jugadores cambiaban de sitio al sonar una breve orden. Sobre el velador se acumulaba la pasta... Se formaban pilas... El viejo Kroing arañaba la mesita con las dos manos... Delante de los Pinaise la pila seguía aumentando, crecía más... como un animal... Se les ponía la cara encarnada... Los Brétonté, lo contrario... Perdían su parné... Estaban pálidos como cadáveres... Ya no les quedaba ni un céntimo delante... Mi padre palidecía también. ¡Yo me preguntaba qué iría a hacer! Ya hacía al menos dos horas que esperábamos a que acabaran... Nos habían olvidado...

Los Brétonté se irguieron de repente... Ofrecían un nuevo envite... ¡su castillo de Normandía! Así lo proclamaron... ¡A tres manos!... Y ganó el pequeño Kroing... No parecía contento... el Brétonté, el hombre, volvió a alzarse... Dijo con un hilo de voz: «¡Me juego la casa!... ¡La casa en que estamos!...»

Mi madre pareció alcanzada por un rayo... Saltó como un resorte. Mi padre no pudo sujetarla...

Cojea que te cojea, subió al escenario... Con voz aún emocionada dijo así a tamaños jugadores: «Señoras, señores, nosotros tenemos que irnos con nuestro niño... Ya debería estar acostado... Vamos a llevarnos nuestra mesa...». Nadie puso objeciones. Habían perdido el norte... Tenían la mirada perdida. Levantamos nuestro velador... Nos lo llevamos pitando... Temíamos que nos hicieran volver...

Al llegar al Puente Solferino, nos detuvimos un momento... Respiramos un instante...

Muchos años después, mi padre aún lo contaba... con mímica graciosísima... Mi madre no podía soportar ese relato... Le recordaba demasiadas emociones... Él siempre enseñaba el punto en pleno centro del velador, el punto exacto del que habíamos visto, nosotros, esfumarse en unos minutos millones y millones y todo el honor de una familia y todos los castillos.

Con la abuela Caroline, no se aprendía demasiado deprisa. De todos modos, un día supe contar hasta cien y hasta sabía leer mejor que ella. Estaba listo para las sumas. Era la vuelta a la escuela. Eligieron la municipal, Rue des Jeûneurs, a dos pasos de casa, después del cruce de Francs-Bourgeois, la puerta muy obscura.

Seguíamos un largo corredor, llegábamos a la clase. Daba a un patinillo y a una pared tan alta, tan elevada, que tras ella sólo había el azul del cielo. Para que no miráramos hacia arriba, había, además, un reborde de chapa en forma de cobertizo. Sólo debíamos interesarnos en los deberes y no molestar al

maestro. Apenas lo conocí, a ése, sólo recuerdo sus quevedos, su larga varilla, sus manguitos apoyados en el pupitre.

Fue la propia abuela quien me llevó durante ocho días, el noveno caí enfermo. A media tarde, la señora de la limpieza me llevó a casa...

Una vez en la tienda, no cesaba de vomitar. Me subieron por todo el cuerpo unos accesos de fiebre... una calentura tan densa, que me parecía haberme convertido en otra persona. Habría sido agradable incluso, si no hubiese vomitado tanto. Mi madre al principio recelaba, empezó diciendo que debía de haber comido turrón... La verdad es que no me gustaba... Me pedía que me contuviera, que hiciese esfuerzos para vomitar menos. La tienda estaba llena de gente. Al acompañarme hasta el retrete, temía que le afanasen encajes. Fui empeorando. Llené una palangana de vómito. La cabeza empezó a arderme. Ya no podía ocultar mi gozo... Por las distracciones, las extravagancias, que me asaltaban las sienes.

Siempre he tenido la chola grande, mucho mayor que la de los otros niños. Sus gorras nunca me entraban. Lo recordó de repente, mi madre, esa predisposición monstruosa... a medida que yo vomitaba... Se moría de preocupación.

«¡A ver si le va a dar una meningitis, Auguste! ¡Con esta perra suerte!... ¡Sólo nos faltaba una desgracia así!... ¡Ya es que sería el colmo, la verdad!...» Al final dejé de devolver... Estaba confitado en el calor... Me interesaba enormemente... Nunca habría imaginado que tuviera tantas cosas en el coco... Fantasías. Humores abracadabrantes. Primero lo vi todo de rojo... Como una nube hinchada de sangre... Y se quedó en el medio del cielo... Y después se descompuso... Adoptó la forma de una clienta... Y entonces, ¡de un tamaño prodigioso!... Unas proporciones colosales... Y se puso a darnos órdenes... Allá arriba... En el aire... Nos esperaba... Así, en suspenso... Ordenó que nos diéramos prisa... Hacía señas... ¡Que aligeráramos todos!... ¡Que nos largásemos del Passage!... ¡Y a escape!... ¡Y juntos todos!... ¡No había ni un segundo que perder!

Y después volvió a bajar, se acercó bajo la vidriera... Ocupaba todo nuestro Passage... Se pavoneaba en las alturas... No quiso que quedase un solo tendero en su tienda... uno solo de los vecinos en su queli... Hasta la Méhon venía con nosotros. Le habían crecido tres manos y, además, cuatro guantes enfundados... Yo veía que salíamos a divertirnos. Las palabras bailaban a nuestro alrededor como en torno a los de la farándula... Ritmos vivos, imprevistos, entonaciones magníficas... Irresistibles...

Se llenó las mangas con nuestros encajes, la gran clienta... Los mangaba en el propio escaparate, sin disimular, se cubrió de guipures, mantillas enteras, casullas como para cubrir a veinte curas... Crecía y crecía entre los frufrús y los calados...

Todos los golfillos del Passage... los revendedores de paraguas... Visios, el de las petacas... las chavalitas del pastelero... Esperaban... La Sra. Cortilène, la fatal, estaba ahí, a nuestro lado... Con el revólver en bandolera, cargado de perfumes... Vaporizaba en derredor... La Sra. Gounouyou, la de los velos, la que permanecía encerrada desde hacía tantos años a causa de sus ojos legañosos, y el guarda del bicornio, estaban concertados ahora, como antes de una fiesta, endomingados, y hasta el pequeño Gaston, uno de los chavales muertos del encuadernador, había vuelto a propósito tomaba el pecho de su madre precisamente. Muy modosito en sus rodillas, esperaba a que lo pasearan. Ella le guardaba el aro.

Desde el cementerio de Thiais, la anciana tía Armide se anunció, se presentaba en calesa por el extremo del Passage. Venía a dar una vuelta... Había envejecido tanto desde el invierno anterior, que ya no le quedaba cara, sólo una pasta blanda en su lugar... La reconocí, de todos modos, por el olor... Iba del brazo de mi madre. Auguste, mi padre, iba acicalado que daba gusto, un poco más adelante como siempre. El reloj le colgaba del cuello, enorme como un despertador. Llevaba ropa muy especial, levita, sombrero de paja, bicicleta de ebonita, e iba marcando paquete, con las medias bien

ajustadas en las pantorrillas. En plan fardón, con una flor en el ojal, me fastidiaba aún más. Mi pobre madre, muy cohibida, le devolvía los cumplidos... La Sra. Méhon, la tía bicho, llevaba a Tom en equilibrio entre las plumas del sombrero... Le hacía morder a todos los transeúntes.

A medida que avanzábamos, que seguíamos a la gran clienta, éramos cada vez más numerosos, nos achuchábamos tras ella... Y la señora no cesaba de crecer... Se veía obligada a inclinarse para no llevarse nuestra vidriera por delante... El impresor de tarjetas de visita salió pitando de su sótano en el preciso momento en que pasábamos, llevaba a sus dos mocosos, delante de él, en un cochecito, y tampoco demasiado vivos... arropados con billetes de banco... Todos de cien francos... Falsos todos... Era su rollo... El de la casa de música del 34, que poseía un gramófono, seis mandolinas, tres cornamusas y un piano, no quería dejar nada... Quiso que nos lleváramos todo. Nos apalancamos en su escaparate; con el esfuerzo se hundió... ¡Un estruendo tremendo!

De entre los bastidores del café-cantante «Le Grénier-Mondain», frente al 96, salió una orquesta de solistas brillantes... Se agruparon lejos de la giganta. Lanzaron tres acordes famosos... Violines, cornamusas y harpas... Trombones y bajos soplaron y rascaron tan bien, tan fuerte, que toda la panda aulló de placer...

Las acomodadoras, de gorros frágiles, brincaban, graciosas, menudas, en derredor... Revoloteaban entre las mandarinas... En el 48, las tres hermanas viejas encerradas desde hacía cincuenta y dos años, tan corteses, tan pacientes siempre con sus clientas, vaciaron su tienda en un instante, a garrotazos... Dos arpías la diñaron en su acera, destripadas... Entonces las tres viejas se ataron una estufilla al culo para correr más rápido... De la dama inmensa llovían objetos por todos lados... Chucherías robadas. Se le caían de todos los pliegues... Todo el surtido ahuecaba... No cesaba de recogerlos... Delante de César, el joyero, se remendó el vestido, se cubrió de largos collares y perlas totalmente falsas... Todo el mundo se rió... Y después una fuente cargada de amatistas que sembró a puñados por el tragaluz de arriba... Nos volvimos violetas todos. Con los topacios del otro recipiente, acribilló la gran vidriera... En el acto, todo el mundo quedó amarillo... Ya casi habíamos llegado al final del Passage... Había una multitud inmensa delante del cortejo y la tira hasta muy atrás... La de la papelería del 86, a la que yo había birlado tantos lápices, se aferraba a mi pantalón... Y la viuda, la de la tienda de armarios antiguos, donde tantas veces me había meado yo, ¡me buscaba con ganas la pililа!... No me hacía ninguna gracia... Me salvó el revendedor de paraguas, que me ocultó en su sombrilla. Si la tía Armide hubiera reparado en mí otra vez, habría tenido que besarla en plena plasta de su cara...

El tío Edouard con su triciclo era quien seguía a mi padre ahora, iba tan atento al asfalto, que la bicicleta casi se doblaba. Una gran china se le había alojado en una de las ventanas de la nariz. El motor arrullaba como una torcaz, pero los ojos arrastraban en los extremos de dos cordeles a ras del suelo para que no se le escapara nada... En el asiento de delante, abrigada entre los cojines, la tía Armide iba de palique con un señor vestido totalmente de negro. Éste iba abrazado a un termómetro, cuatro veces mayor que yo... Era el médico de las Hespérides, venía a su consulta... De su figura consternada saltaban ya mil partículas luminosas... Al verlo, los vecinos se descubrían hasta el suelo. Y después enseñaban el trasero. Les escupió... No tenía tiempo de detenerse. Nos precipitamos incluso hacia la salida todos juntos... Invadimos los Bulevares...

Al atravesar la plaza Vendôme, una gran borrasca dilató a la Clienta. En la Ópera, volvió a inflarse hasta un tamaño dos veces... ¡cien veces mayor!... Todos los vecinos, se precipitaban, como ratones bajo sus faldas... Apenas se habían acurrucado, cuando ya volvían a saltar enloquecidos... Volvían a apalancarse otra vez en las profundidades... Un pitote atroz.

Los perritos del Passage se ponían a salpicar por todos lados, hacer sus necesidades, saltar a los culos, mordisquear con ganas. La Sra. Juvienne, la de la perfumería del 72, expiró delante de nosotros, bajo un montículo de flores malvas, jazmines eran... Se asfixiaba... Tres elefantes que pasaban pisaron despacio a la agonizante, de ella rezumaron hasta el arroyo mil regueritos de perfume...

Cuatro mozos del pastelero Largenteuil transportaban corriendo la pipa, el rótulo tremendo, el de los Tabacos Mahometanos, que no se encendía hasta después de las seis... Le rompieron la tabaquera contra el mercado de Saint-Honoré para separar los pabellones... Arremetieron contra el de la derecha... Contra el de la «Pollería». Y después contra el de la izquierda, el del «Pescado».

Pero, ¡debíamos avanzar! ¡Sobre todo la giganta! ¡La nuestra! Que tenía dos planetas por chucháis... Ahí recibí una buena... En vano me sostenía mi padre... Se quedó enredado en los rayos de su bici... Mordió la cola a Tom. Éste trotaba, ladraba delante de nosotros, pero no se oía sonido alguno...

El guarda volvió a ponerme de pie, ya sólo llevaba la guerrera... Por abajo acababa en cola de morcilla... Con su larga horquilla para encender el gas, nos hizo reír con ganas... Se la metía por la nariz, y hasta bien dentro.

Al cruzar la Rue de Rivoli, la clienta dio un paso en falso chocó contra una marquesina de la calle, aplastó una casa entonces el ascensor voló, le saltó un ojo... Pasamos por encima de los escombros. En la Rue des Jeûneurs, salió de la escuela mi amiguito Emile Orgeat, el jorobado... Yo siempre lo había conocido así, y, además, verdusco, con una gran mancha vinosa que le salía de las orejas... Ya no estaba feo ni mucho menos. Estaba hermoso, lozano, molón, y yo me alegraba mucho por él.

Todos los que habíamos conocido corrían ahora juntos en las profundidades de la dama, en su pantalón, por calles y barrios, comprimidos bajo sus faldas... Iban a donde ella quería. Nos apretábamos aún más. Mi madre ya no me soltaba la mano... Y cada vez un poco más rápido... A la Concorde, comprendí que nos llevaba, a la Exposición... Era un detalle muy cariñoso de su parte... Quería que nos divirtiéramos...

La Dama, la clienta, la que llevaba todo el dinero encima todo el parné de los tenderos apalancado en sus bolsos... era la que debía pagar... Y cada vez hacía más calor, así pegados a la dama... Entre los volantes, lejos, hacia el forro, yo guipaba mil otros chismes colgados. Toda la siega del mundo entero... Al correr me cayó encima y me hizo un chichón el espejito «bizantino» el que tanto habíamos buscado durante meses en Montórgueil... Si hubiera podido, habría anunciado a gritos el descubrimiento... Pero no habría podido recogerlo, de tanto como nos apretujábamos ya... Era el momento, todo el mundo lo comprendió, de encogerse un poco más... Encajonados nos encontrábamos entonces entre los batientes de la puerta, la monumental, la arrogante, que se alzaba hacia el cielo como una peineta... Eso de no pagar la entrada nos daba un terror espantoso... Por fortuna, nos veíamos transportados por el torrente de los refajos... Nos aplastábamos, nos asfixiábamos, reptábamos cuerpo a tierra... Allá arriba, nuestra clienta se agachó un poco en el momento de pasar. ¿Habría llegado el fin?... ¿Estaríamos ya bajo el Sena? ¿Estarían al llegar los cancerberos para pedirnos unas perras?... ¿Eh? ¿Dónde se ha visto que se pueda entrar a un sitio sin pagar?... Entonces lancé un grito tan agudo, tan estridente, ¡que la giganta se espantó! De pronto se alzó todos los volantes de sus faldas... sus pololos... por encima de la cabeza... hasta las nubes... Una auténtica tormenta, un viento tan glacial, se coló por debajo, que aullamos de dolor... Quedamos petrificados a la orilla del río, abandonados, tiritando, a nuestra suerte. ¡Entre el terraplén y las tres barcazas se había esfumado la clienta!... Todos los vecinos del Passage habían quedado tan pálidos, que yo ya no reconocía a ninguno... ¡Había engañado a todos, la giganta, con sus geniales triquiñuelas!... ¡Ya no había Exposición!... ¡Hacía mucho que se había acabado!... Ya se oía aullar a los lobos en el Cours-la-Reine...

Era hora de que nos largáramos... Pero corríamos todos de través... Faltaban muchas piernas... Yo, tan minúsculo aplasté a la Méhon...

Mi madre se alzó las faldas... Pero corría cada vez menos... por culpa de las pantorrillas... que de repente se le habían vuelto más finas que hilos... y tan peludas al tiempo... que se enredaban una en la

otra... como una araña... La devanamos como un carrete delante de nosotros... La echamos a rodar... Pero aparecieron los ómnibus... Tenían aspecto infernal... Se lanzaron a una carga atroz por toda la Rue Royale... Verdes, azules y amarillos... Primero se rompieron las direcciones y después saltaron los arneses muy lejos por la explanada hasta los árboles de las Tullerías. En seguida comprendí la aventura... Arengué... Exhorté... Agrupé las tropas... Expuse el plan de ataque... Todos en sentido contrario, por la acera de la Orangerie... ¡Todo en vano! El pobre tío Edouard se estrelló casi al instante con su triciclo de petróleo, al pie de la estatua de Burdeos... Volvió a salir algo después, por la estación de Solferino con su asiento soldado, montado sobre el trasero como un caracol... Lo llevamos... Debía apresurarse aún, trepar cada vez más rápido, porque había centenares de automóviles... los Reines Serpollet[6] del Salón. Estaban bombardeando el Arco de Triunfo. Bajaban a tumba abierta hacia nuestra confusa reunión...

Apoyado en el pedestal de Juana de Arco, vislumbré, por espacio de un segundo, a Rodolphe sonriendo tan contento... Subastaba su traje de «trovador»... Quería comprarse uno de «general»... No era momento de molestarlo... El macadán estaba reventado... Por allí se abrió un abismo... Todo fue a hundirse en él... Yo pasé al ras del precipicio... Atrapé la cartera de Armide, justo antes de que desapareciese... Llevaba escrita con perlitas la inscripción: «Recuerdos»... Dentro estaba su ojo de vidrio. La sorpresa nos hizo troncharnos a todos... Pero de todos lados llegaba la gran avalancha de los catetos... Eran tantos esa vez, que habían abarrotado la Rue Thérèse, hasta el tercer piso... Escalamos esa colina de piltrafa apretujada... Zumbaba como el estiércol y hasta las estrellas...

Pero, para llegar hasta casa, había que doblar aún cuatro verjas atrancadas... Nos pusimos a centenares, a millares, a empujar la burda... Para entrar bajo los montantes... Era inútil... Las barras cedían y al instante se enderezaban, nos saltaban a la jeta como si fueran de goma... ¡Un fantasma ocultaba la llave!... ¡Quería una picha o nada!... ¡Lo mandamos a la mierda!... «Pues, ¡a tomar por culo!...», nos respondió... Volvimos a llamarlo. Éramos diez mil haciendo fuerza...

Por los ecos de la Rue Gomboust, nos llegaban ráfagas de los cien mil gritos de la catástrofe... Eran las multitudes aplastadas a la altura de la Place Gaillon... La furia de los ómnibus... la algarada que continuaba... El de Clichy-Odéon abría una brecha por entre la turbamulta de los exaltados... El de Panthéon-Courcelles arremetía por detrás... Desparramaba sus pedazos a millares... Chorreaban sobre nuestros escaparates. Mi padre gemía a mi lado: «¡Si al menos tuviera una trompeta!...». Presa de la desesperación, se puso en pelotas rápido, empezó a escalar el Banco de Francia, ahí lo teníamos ya encaramado al reloj... Arrancó la aguja de los minutos... Volvió a bajar con ella. Se la apalancó sobre las rodillas... Le fascinaba... Le daba alegría... Nos habría podido divertir a todos... Pero justo entonces un regimiento de «guardias» bajaba por la Rue Méhul... El autobús Madeleine-Bastille hizo carambola, fue a caer sobre nuestra verja... Por suerte, ¡se hundió todo! El eje se incendió, el enorme camión ardió y crepitó... el cobrador azotaba al conductor... Aceleraban como locos... Se llevaron por delante la Rue des Moulins, la escalaron, arrastraron el fuego en un huracán... La tromba chocó, rebotó y se estrelló contra la Comédie-Française... Entonces todo fue pasto de las llamas... el techo se soltó, se elevó, voló llameando hasta las nubes... La bella artista «la Méquilibre», en su camerino, se esforzaba con la poesía... Tenía el alma henchida de poesía antes de aparecer en escena. Se metía tales viajes al chichi, que tropezó... cayó rodando al fogón... Lanzó un grito prodigioso... El volcán lo consumió todo...

Sólo quedaba en el mundo nuestro fuego... Un tremendo resplandor rojo que me retumbaba en las sienes con una barra que todo lo removía... desgarraba la angustia... Me devoró el interior de la chola como una sopa ardiendo... la barra hacía de cuchara... Ya no me abandonaría nunca...

Tardé mucho en recuperarme. La convalecencia se alargó aún dos meses. Había sido grave de verdad... Acabó con un sarpullido... El médico volvió con frecuencia. Aconsejó otra vez con

insistencia que me enviaran al campo... Era muy fácil de decir, pero no había medios... Aprovechaban cualquier oportunidad para hacerme tomar el aire.

A finales de enero, la abuela Caroline se las piraba hasta Asnières para cobrar los alquileres. Aproveché esa circunstancia. Tenía allí dos casas, de ladrillo y adobe, en la Rue de Plaisance, una pequeña y otra mediana, alquiladas a obreros. Era su renta, su bien, su economía...

Nos pusimos en camino los dos. Por mi culpa teníamos que ir despacio. Seguí débil aún por mucho tiempo, sangraba de la nariz por menos de nada y, además, se me peló todo el cuerpo. Al bajar delante de la estación, era recto... la Avenue Faidherbe... la Place Carnot... En el Ayuntamiento, giramos a la izquierda y un poco después cruzamos el parque.

Jugando a los bolos, entre la verja y la cascada, estaba la banda de los viejos chochos y cachondos, los puretas con labia, los guasones y los jubilados cascarrabias... Cada vez que derribaban el juego entero de bolos, venía una auténtica andanada de ocurrencias... un estallido de quiproquos... Yo comprendía sus chascarrillos... y cada vez mejor... Lo más gracioso era cuando tenían que mear... corrían detrás de un árbol, por turno... Sufrían lo indecible... «¡Cuidado, Totó, que no se te escape!...», Así se hablaban... Los otros repetían a coro... A mí me parecían fabulosos. Me reía a carcajadas, y tan fuertes, que ponía violenta a mi abuela... Con semejante cierzo invernal, estar de pie tanto tiempo... escuchando los chascarrillos... era como para palmarla de una pulmonía doble...

Mi abuela no se reía demasiado, pero le parecía bien que yo me divirtiese... En casa no había diversión precisamente... Bien que se daba cuenta... Era un placer barato... Nos quedamos un poco más... Cuando por fin acabó el juego de bolos y nos separamos de los vejetes, ya era casi de noche...

Las casas de Caroline estaban más allá de Les Bourguignons... después de la llanura de los huertos... la que en aquella época se extendía hasta las orillas del río en Achères...

Para no meternos en los barrizales y quedarnos empantanados, avanzábamos uno tras otro, por una hilera de tablas... Había que tener cuidado para no tropezar con las cajoneras... sartas llenas de esquejes... Yo me reía aún tras ella... Al tiempo que procuraba mantener el equilibrio. Recordando ocurrencias tan graciosas... «¿Tanto te has divertido, entonces?», me preguntaba... «¿Eh, Ferdinand?»

A mí no me gustaban las preguntas. En seguida me enfurruñaba... Confesar atrae las desgracias.

Llegábamos a la Rue de Plaisance. Allí comenzaba nuestro currelo de verdad. El cobro del alquiler era un drama... y los inquilinos se rebelaban. Primero nos daban el coñazo y luego no conseguíamos cobrar el alquiler entero... Nunca... Se defendían con uñas y dientes... La bomba siempre estaba estropeada... Una palabrería infinita... Por cualquier cosa voceaban y mucho antes de que la abuela les hablara... Los retretes estaban atascados... Se quejaban con ganas... por todas las ventanas de la queli... Exigían que se los desatascáramos... ¡Y en el acto!... Temían que les metiéramos clavo... Aullaban para que no se hablara de sus recibos... No querían ni verlos siquiera... El depósito estaba tan atascado, que desbordaba hasta la calle... En invierno, blanqueado por los hielos, al menor esfuerzo de presión, se resquebrajaba y se salía el pastel... Todas las veces costaba 80 francos... ¡Todo lo estropeaban, esos cabrones!... Era su revancha de inquilinato... Y, además, venga hacer churumbeles... Todas las veces había alguno nuevo... Y con menos ropa... Desnudos incluso... Acostados en el fondo de un armario...

Los más borrachos, las más cochinas nos ponían a parir... Vigilaban todos nuestros esfuerzos para desatascar. Bajaban con nosotros al sótano... Cuando íbamos a buscar la cana... la que pasaba por el sifón... Se acababan las bromas... La abuela se alzaba bien arriba las faldas con imperdibles, se quedaba en blusa. Y comenzaba la maniobra... Necesitábamos mucha agua caliente. La traíamos en un jarro de la casa del zapatero de enfrente. Los inquilinos por nada del mundo nos la habrían dado. Entonces, en cierto momento Caroline hurgaba el fondo del depósito. Entraba con decisión, revolvía la plasta. Con la caña no bastaba. Metía los dos brazos, los inquilinos se acercaban todos, con la

chiquillería, para ver si evacuábamos su mierda, y, además, los papeles... y los trapos... Ponían tapones a propósito... Caroline no se desanimaba, era mujer que no tenía miedo a nada...

Los inquilinos, cuando lo había logrado, se daban cuenta... de que empezaba a correr de nuevo... Reconocían el esfuerzo... Para no debernos el favor... Acababan ayudándonos... Ofrecían un trago... La abuela pimplaba con ellos... No era rencorosa... Nos deseábamos feliz año... de todo corazón... como buenos amigos... No por ello apoquinaban... Eran gente sin escrúpulos... Si los hubiera echado, antes de soltar la queli, habrían tenido tiempo de vengarse... Habrían dejado todo destrozado... Las dos leoneras estaban ya acribilladas de agujeros... Cuando visitábamos las viviendas, intentábamos taparlos... No servía de nada... No cesaban de hacer más... Llevábamos masilla a propósito... Cañerías, sobradillos, paredes y entarimados, estaban hechos jirones, remiendos... Pero el que más recibía era el depósito de los retretes... Estaba todo rajado... A la abuela se le saltaban las lágrimas al verlo... La verja del jardín, ídem de ídem... La habían doblado sobre sí misma... Parecía regaliz... En una época habían tenido una portera anciana y muy amable... No había durado ni ocho días... Se había largado horrorizada... En menos de una semana, dos inquilinos habían subido a estrangularla... en la cama... por discusiones sobre los felpudos...

Las casas de que hablo, aún siguen allí. Sólo ha cambiado el nombre de la calle; de «Plaisance» ha pasado a ser «Marne»... Fue la moda en una época...

Muchos inquilinos pasaron, solitarios, familias enteras, generaciones... Siguieron haciendo agujeros, las ratas también, los ratones, los grillos y las cochinillas... No se volvieron a tapar nunca... El tío Edouard se hizo cargo de todo eso. Las viviendas, a fuerza de sufrir, quedaron hechas auténticos coladores... Ya nadie pagaba el alquiler... Los inquilinos habían envejecido, estaban hartos de discusiones... Mi tío también por fuerza... hasta de los retretes acabaron hartos... Ya no se podían descuajaringar más. Ya no les quedaba nada. Los convirtieron en cuartos de trastos. Guardaron en ellos las carretillas, las regaderas y el carbón... A estas alturas, ya no se sabe exactamente quién vive en esas casas... Están expropiadas... Las van a derribar... Al parecer, hay cuatro familias dentro... Tal vez sean muchas más... Portugueses, al parecer...

Ya nadie se preocupa de su conservación... La abuela se esforzó tanto, pero de nada sirvió... Fue incluso la causa de su muerte, en el fondo... Por haberse quedado en enero hasta más tarde de lo habitual trajinando con el agua fría primero y luego el agua hirviendo... Expuesta a la corriente, echando estopa en la bomba y descongelando los grifos.

A nuestro alrededor, los inquilinos acudían con velas a ponernos verdes y a ver si avanzaba el currelo. Tocante al alquiler, pedían otro aplazamiento. Debíamos volver a pasar la semana próxima... Nos pusimos en camino de vuelta a la estación...

Al llegar a la ventanilla, le dio un vahído a la abuela Caroline, se agarró a la barandilla... No era habitual en ella... Se estremeció presa de escalofríos... Volvimos a cruzar la plaza, entramos en un café... Mientras esperábamos la hora del tren tomamos un grog entre los dos... Al llegar a Saint-Lazare, fue en seguida a acostarse, directamente... No podía con su alma... Le dio fiebre, muy alta, como la que yo había tenido en el Passage, pero en su caso era de gripe y después neumonía... El médico venía mañana y tarde... Llegó a estar tan enferma, que en el Passage ya no sabíamos qué responder a los vecinos que nos preguntaban por ella.

El tío Edouard iba y venía entre la tienda y la casa de la abuela... Había empeorado aún más... Ya no quería ponerse el termómetro, ni siquiera quería que supiésemos cuánto tenía de fiebre... Conservó la entereza. Tom se escondía bajo los muebles, no se movía, apenas comía... Mi tío pasó por la tienda, traía oxígeno en una bombona.

Una noche mi madre no volvió siquiera a cenar... El día siguiente, aún era de noche cuando el tío Edouard me despertó en la piltra para que me vistiese aprisa. Me avisó... Era para dar un beso a la abuela... Yo aún no comprendía del todo... No estaba del todo despierto... Anduvimos a escape... A la

Rue du Rocher íbamos... al entresuelo... La portera no se había acostado... Llegaba con una lámpara para guiarnos por el pasillo... Arriba, en el primer cuarto, estaba mi madre de rodillas, llorando apoyada en una silla. Gemía muy bajito, murmuraba de dolor... Papá se había quedado de pie... Ya no decía nada... Iba hasta el descansillo, volvía otra vez... Miraba el reloj... Se manoseaba el bigote... Entonces vislumbré a la abuela en su cama, en el cuarto más lejano... Jadeaba, carraspeaba, se asfixiaba, armaba un jaleo de miedo... Justo entonces salió el médico... Dio la mano a todo el mundo... Entonces me hicieron entrar a mí... En la cama, vi los esfuerzos que hacía para respirar. Amarilla y roja tenía ahora toda la cara, empapada en sudor, como una máscara que estuviera derritiéndose... Me miró muy fijamente, pero aún más amable, la abuela... Me habían dicho que la besara... Ya estaba yo apoyándome en la cama. Me indicó que no con un gesto... Sonrió aún un poco... Quiso decirme algo... Le raspaba, la garganta, sin cesar... Aun así, lo consiguió... lo más bajito que pudo... «¡Aplícate mucho, Ferdinand, hijo!», susurró... Yo no tenía miedo de ella... Nos comprendíamos, en el fondo... Al fin y al cabo, así ha sido, me he aplicado... A nadie le importa...

A mi madre quería decirle algo también. «Clémence, hija mía... hazme caso... no te abandones... te lo ruego...», pudo decir aún... Se asfixiaba completamente... Pidió por señas que nos alejáramos... Que nos fuésemos al cuarto contiguo... Obedecimos... La oíamos... Retumbaba el piso... Permanecimos una hora por lo menos así, helados. El tío volvía a la puerta. Le habría gustado verla. No se atrevía a desobedecerla. Se limitaba a entreabrir el batiente, así la oíamos mejor... Le sobrevino una especie de hipo... Mi madre se puso en pie de un salto... Lanzó un «¡uc!» Como si le hubieran cortado el cuello. Volvió a caer como un saco, detrás del sofá, entre el sillón y mi tío... Con la mano tan crispada en la boca, que no podíamos apartársela...

Cuando volvió en sí: «¡Mamá ha muerto!...», no cesaba de gritar... Ya no sabía dónde estaba... Mi tío se quedó a velar... Nosotros nos marchamos, al Passage, en un simón...

Cerramos la tienda. Echamos todas las persianas... Teníamos como vergüenza... Como si fuéramos culpables... No nos atrevíamos a movernos, para guardar mejor nuestra pena... Llorábamos con mamá, con la cabeza reclinada en la mesa... No teníamos hambre... Ni ganas de nada ya... Ocupábamos ya muy poquito espacio y, aun así, nos habría gustado poder achicarnos aún más... Pedir perdón a alguien a todo el mundo... Nos perdonábamos unos a otros... Nos repetíamos que nos queríamos... Temíamos perdernos... para siempre... como Caroline...

Y llegó el entierro... El tío Edouard, él solo, había apechugado con todos los recados. Había hecho todos los trámites... También él tenía pena... No la demostraba... No era expresivo... Vino a recogernos en el Passage, en el momento preciso del levantamiento del cadáver...

Todo el mundo... vecinos... curiosos... acudieron a decirnos «¡Ánimo!». Hicimos un alto en Rue Deauville para comprar las flores... Elegimos las mejores que había... Rosas sólo... Eran sus flores preferidas...

No nos acostumbrábamos a su ausencia... Hasta mi padre quedó deshecho... Ya sólo me tenía a mí para las escenas... Y, pese a la convalecencia, yo me encontraba aún tan débil, que ya no resultaba tan interesante. Me veía tan deslucido que vacilaba a la hora de martirizarme...

Me arrastraba de silla en silla... Adelgacé tres kilos en dos meses. Vegetaba en la enfermedad... Devolvía todo el aceite de hígado de bacalao...

Mi madre no pensaba sino en su pena... La tienda zozobraba sin remedio... Ya no se vendían más cachivaches, ni siquiera a precios de risa... Había que expiar los gastos extravagantes causados por aquella Exposición... Los clientes es que estaban boqueras todos... Encargaban las menos reparaciones posibles. Se lo pensaban dos veces antes de gastarse tan sólo cinco francos...

Mamá se pasaba las horas muertas sin moverse, apoyada en la pierna que cojeaba, en postura irregular, alelada... Al levantarse, le dolía tanto, que no cesaba de cojear por toda la casa... Entonces

mi padre la recorría en sentido inverso. Ya sólo de oírla renquear, se habría vuelto majareta...

Yo fingía ir a hacer mis necesidades. Me encerraba en el retrete a entretenerme... Me tocaba un poco el glande. Pero ya no podía empalmarme...

Aparte de las dos casas, que habían correspondido a Edouard, quedaban tres mil francos de la abuela, en herencia... Pero era dinero sagrado... Así dijo mi madre en seguida... No había que desprenderse de él nunca... Pulimos los zarcillos, y con eso pagamos los préstamos, uno en Clichy, el otro en Asnières...

Pero nuestro baratillo, nuestro género en la tienda, estaba chungo, pobretón y lastimoso... Ya es que casi no se podía enseñar...

La abuela, al menos, se espabilaba, nos traía «depósitos»... trastos que los otros comerciantes accedían a prestarle... Pero con nosotros era otro cantar... Desconfiaban... Nos consideraban unos maletas... Cada día íbamos más de ala...

Mi padre volvía de la oficina y cavilaba soluciones... De lo más siniestras... Era el propio causante de nuestra privación... Mi madre era más hábil... Él mondaba las alubias... Se ponía a hablar ya de suicidarnos con el gas abierto... Mi madre ni siquiera reaccionaba... Él lo achacaba a los «masones»... ¡Que si Dreyfus!... ¡Que si los otros criminales que se ensañaban con nuestro destino!

Mi madre ya es que había perdido la brújula... Hasta sus gestos eran raros... Con lo torpe que ya era antes, ahora tiraba todo por el suelo. Rompía tres platos al día... No salía de su pasmo... Se movía como sonámbula... En la tienda le entraba miedo... No quería moverse, se quedaba todo el tiempo en el piso de arriba...

Una noche que no esperábamos a nadie, cuando iba a acostarse... vino la Sra. Héronde. A la puerta de la tienda, se puso a llamar, a dar voces... Ya no nos acordábamos de ella. Fui yo a abrir. Mi madre ya no quería saber nada con ella, se negaba incluso a hablarle... Daba vueltas cojeando por la cocina. Entonces va y le dice mi padre:

«¿Qué, Clémence? ¿Te decides?... Como baje yo, ¡es que la mando a paseo!...» Lo pensó un instante y después bajó. Intentó contar los encajes de guipur que la otra le traía... No lo lograba... Su pena la hacía ver todo borroso... Las ideas, las cifras... Mi padre y yo la ayudamos...

Luego subió a acostarse... Y después se levantó a propósito, volvió a bajar... Se pasó toda la noche ordenando, con rabia, con obstinación, todo el baratillo de la tienda.

Por la mañana todo estaba en un orden impecable... Se había vuelto otra persona... Habría sido imposible reconocerla... Le había dado vergüenza de repente...

Encontrarse ante la Sra. Héronde en estado tan lastimoso y que la otra la hubiera visto tan acabada, ¡había sido una vergüenza horrible!

«¡Cuando pienso en mi pobre Caroline!... ¡En la energía que demostró hasta el último minuto! ¡Ah! ¡si me viera así!...»

Se había armado de valor de repente. Había concebido incluso mil proyectos durante toda la noche... «Como las clientas ya no vienen, pues, mira, Ferdinand, ¡iremos a buscarlas!... ¡Y hasta su casa!... Pronto empezará a hacer bueno dejaremos la tienda un poco... Iremos a todos los mercados de los alrededores... ¡Chatou!... Vésinet!... ¡Bougival!... donde toda la gente de postín... están haciéndose hermosas quintas... ¡Mejor que enmohecernos!... ¡Que esperarlas aquí sentados!... Y, además, ¡que así tomarás el aire!»

A mi padre, lo de los mercados, maldita la gracia que le hacía... ¡Una aventura llena de riesgos!... Sólo de pensarlo, se ponía enfermo... Nos predecía las peores complicaciones... ¡Seguro que nos los guindaban, los últimos trastos!... Además los comerciantes del lugar nos iban a dar para el pelo... Mi madre le dejaba hablar... Estaba muy decidida.

Es que además, ¡no había otra opción! Ya sólo comíamos una vez al día... Hacía mucho que para

encender el horno usábamos trozos de papel en lugar de cerillas.

Una mañana, llegó la hora de la marcha y nos lanzamos hacia la estación. Mi padre llevaba el enorme petate, un gran paño cargado de mercancías... Lo menos chungo de lo que quedaba en existencia... Mi madre y yo cargábamos con los cartapacios... En el andén, en Saint-Lazare, volvió a repetirnos todos sus temores por la aventura. Y se largó pitando a la oficina.

Ir a Chatou, en la época de que hablo, era todo un viaje. Aún no era de día y ya nos encontrábamos al pie del cañón... Untamos al guarda... Le costó Dios y ayuda, pero al final nos colocó... Conseguimos un caballete... Teníamos un sitio bastante bueno... entre una carnicera y un hombre que vendía pajaritos. Ahora, que nos echaron unas miradas... en seguida... al llegar.

Detrás de nosotros, el de la mantequilla y los huevos no paraba de mover la chola. Le parecíamos chocantes, con nuestros torrentes de cachivaches. ¡Unas alusiones de lo más desagradables!...

El paseo en que nos encontrábamos no era el mejor sitio, pero cerca del parque, de todos modos... Y a la sombra de tilos espléndidos... Mediodía, la hora de las clientas... se acercaban todas melindres... ¡Dios no quisiera que soplase en esos momentos un poco de brisa! Al primer céfiro, un remolino, una tromba de frufrúes... cofias, pamelas, pañuelitos y medias por los aires... A la más mínima echan a volar, frágiles como nubes. Los sujetábamos con ayuda de pinzas y alfileres. Parecía un erizo, nuestro tenderete... Las clientas deambulaban caprichosas... Mariposas seguidas por una o dos cocineras... Volvían otra vez... Mi madre intentaba camelarlas... hacerlas fijarse en los bordados... las toreras a medida... los guipures «estilo Bruselas»... o los triunfos vaporosos de la Sra. Héronde...

«¡Qué gracia encontrarla por aquí!... ¡En un mercado al aire libre!... Pero, ¿tiene usted una tienda?... ¡Deme su tarjeta!... ¡Iremos a verla, sin falta!...»

Se marchaban con sus frufrúes a otra parte, no les endilgábamos gran cosa... ¡Pura propaganda!...

De vez en cuando, nuestros encajes, con un arranque de tornado, aterrizaban en el puesto contiguo, entre los escalopes... El tipo expresaba su desagrado...

Para defendernos mejor, deberíamos haber traído de París nuestro bonito maniquí con pedestal, de busto resistente, que habría resaltado muy bien los exquisitos hallazgos... las volutas de muselina y raso... los millares de bagatelas del «hada de Alfort»... Para conservar entre las legumbres, las tripas, un gusto Luis XV pese a todo, una atmósfera refinada, llevábamos al campo una auténtica pieza de museo, una minúscula y preciosa obra maestra, el estuche-muñeca «palo de rosa»... Dentro guardábamos los bocadillos.

Nuestro terror, mucho más que el viento acaso, ¡eran los chaparrones!... ¡Todos nuestros frufrúes quedaban como tortas!... el ocre les chorreaba por veinte regueros... y la acera se ponía pegajosa... Quedaban hechos esponjas... El regreso era espantoso. Delante de mi padre nunca nos quejábamos.

La semana siguiente, a Enghien y algunos jueves a Clignancourt... La Puerta... Nos encontrábamos junto al «Rastro»... A mí me gustaban mucho los mercados... Me permitían hacer novillos. El aire es que me volvía impetuoso... Cuando por la noche volvíamos a ver a mi padre, me causaba un efecto lamentable... Nunca estaba contento... Venía a buscarnos a la estación... Con gusto le habría tirado yo el estuche a los cataplines para verlo saltar un poco.

En Clignancourt, la clientela era muy distinta... Exponíamos nuestros bártulos, simples cachivaches, los peores, los que estaban apalancados en el sótano desde hacía años. Los pulíamos por una miseria...

En el «Rastro» precisamente fue donde conocí a un chaval llamado Popaul. Trabajaba para una vendedora, dos filas detrás de nosotros. Le vendía todos sus botones, por la avenida, cerca de la puerta; se paseaba por el mercadillo, con su cesta al pecho, colgada del cuello por un hilo. «¡Trece cartones por diez céntimos, señoras!...» Era más joven que yo, pero infinitamente más avispado... En seguida nos hicimos amigos... Lo que yo admiraba en Popaul era que no llevaba zapatos, sino simples

tablas con cordones... Así no le dolían los pinreles... Conque yo me quitaba los míos, cuando nos íbamos de excursión por los bastiones.

Liquidaba rápido su surtido, las docenas de trece, no daba tiempo a verlos, de hueso y de nácar... Después quedábamos libres.

Además, tenía un truco para conseguir cuartos. «Es fácil», me explicó... en cuanto nos hicimos compinches. En el terraplén del Bastión 18 y en los refugios del tranvía delante de La Villette, se encontraba con chorchis y carniceros cuyos gustos satisfacía. Se ofrecía a presentármelos... Era a una hora en que yo no podía ir... Podía sacarse cinco francos, a veces más.

Detrás de la caseta de la balanza, me enseñó, sin que yo se lo pidiera, cómo se la chupaban los mayores. Él, Popaul, tenía potra, le salía lefa, a mí aún no me salía. Una vez había hecho quince francos en una noche.

Para escaparme, tenía que mentir, decía que iba a buscar patatas fritas. Mi madre conocía bien a Popaul y no lo podía ver, ni siquiera de lejos, me prohibía que anduviera con él. Aun así, nos dábamos el piro juntos, íbamos callejeando hasta Gonasse. A mí me parecía irresistible... En cuanto tenía un poco de miedo, le daba un tic, se pasaba de repente la lengua por los labios, una mueca de la hostia. Al final yo lo imitaba, a fuerza de pasearme con él.

La mercera de Popaul, antes de que se marchara, le ponía una chaqueta curiosa, muy especial, como para un mono, completamente cubierta de botones, grandes, pequeños, a millares, delante, detrás, todo un terno hecho de muestrarios, nácar, acero, hueso...

Su sueño era el ajenjo; su mercera le servía una copa cada vez que volvía y había liquidado bien. Eso le daba valor. Fumaba tabaco de tropa, nos hacíamos los canutos con papel de periódico... No le daba asco, chuparla; era un golfo. Todos los hombres que encontrábamos en la calle, nos figurábamos lo gorda que debían de tenerla. Mi madre no podía alejarse del puesto, sobre todo en un barrio así. Yo me las piraba cada vez más a menudo... Y luego pasó esto:

Yo creía que Popaul era un tío legal, fiable y fiel. Me equivoqué con él. Se portó como un gallina. Las cosas como son. No paraba de hablarme de un arcabuz. Yo no entendía del todo a qué se refería. Un día lo trajo. Era una tira de goma muy larga, como un tirachinas, de horquilla doble, para matar pájaros. Me dijo: «¡Vamos a practicar! Después, ¡rompemos un escaparate!... Hay uno que está chupado en la Avenida... Después, ¡apuntamos a un guri!...». ¡Hombre! ¡Vale! ¡Buena idea! Nos fuimos hacia la escuela. Me dijo: «¡Vamos a empezar aquí!...». Acababan de salir de clase, muy cómodo para pirárselas. Me pasó el chisme... Yo lo cargué con un pedrusco. Tiré con fuerza del mango... Hasta que la goma no daba más de sí... Dije a Popaul: «¡Apunta ahí arriba!», ¡y clac! ¡Ping!... ¡Ratatrac!... ¡En pleno reloj!... Voló en pedazos... Me quedé petrificado como un gilipollas. No me podía imaginar que armaría tal estruendo... ¡al estallar en añicos la esfera! Llegó gente... Se me había caído el pelo bien... Me tiraron todos de las orejas. Grité: «¡Popaul!...». ¡Se había esfumado!... ¡Ni rastro!... Me llevaron arrastrando ante mi madre. Le armaron un escándalo tremendo. Tuvo que entregar toda la caja para que no me llevaran a la cárcel. Dio su nombre y dirección... En vano expliqué: «¡Popaul!»... Cayó sobre mí tal diluvio de bofetadas, que vi las estrellas...

En casa, vuelta a empezar, otra tromba... Un huracán... Mi padre me dio para el pelo, patadas a base de bien, en las costillas, me pisoteó, me bajó los pantalones. Además, ¡gritaba que yo iba a llevarlo a la tumba!... ¡Que debería estar en la cárcel! ¡Desde siempre!... Mi madre le suplicaba, lo abrazaba, se le ponía de rodillas, gritaba que «en la cárcel se vuelven aún más feroces». Yo era peor de lo que se podía imaginar... Estaba a un paso del patíbulo. ¡Así mismo!... Mucha culpa tenía Popaul, pero el aire también y el paseo... No intento justificarme.

Pasamos una buena semana así, en pleno frenesí. Mi padre estaba tan furioso, se congestionaba tanto, que temimos un «ataque». El tío Edouard volvió a propósito de Romainville para hacerlo entrar

en razón. El tío Arthur no tenía bastante influencia, no era bastante serio. Rodolphe, por su parte, estaba lejos, recorría las provincias con el Circo Capitol.

Los vecinos y los parientes, todo el mundo en el Passage, opinaron que debían purgarme y a mi padre también de paso, que nos sentaría bien a los dos. Buscando las razones de los sucesos, sacaron la conclusión de que seguramente las lombrices me habían vuelto tan malvado... Me dieron una substancia... Vi todo amarillo y después marrón. Me sentí bastante sosegado. Mi padre, por la reacción, permaneció al menos tres semanas absolutamente mudo. Se limitaba a lanzarme miradas, de lejos, de vez en cuando... prolongadas, recelosas... Yo seguía siendo su tormento, su cruz. Volvimos a purgarnos todos, cada cual con su medicamento. Él, agua de Janos; yo, ricino; ella, ruibarbo. Después, decidieron que no volveríamos nunca a los mercados, pues la calle iba a ser mi perdición. Es que ponía las cosas imposibles, con mis instintos criminales.

Mi madre volvió a llevarme a la escuela con mil recomendaciones. Al llegar a la Rue des Jeûneurs, estaba fuera de sí. Ya le habían advertido, que no me admitirían por más de ocho días. Sin embargo, estuve muy modosito y no me expulsaron. No aprendí nada, eso desde luego. Es que me desesperaba, la escuela; el profesor con perilla, no cesaba un momento de rumiar sus problemas. Sólo de verlo, me ponía enfermo. Es que ya sólo de haber probado, con Popaul, el pindongueo, me daba asco, vamos, permanecer después así, sentado la tira de horas, escuchando cuentos.

En el patio, los chavales intentaban desentumecerse un poco, pero era un esfuerzo penoso, la pared de delante subía tan arriba, que lo aplastaba todo, se les pasaban las ganas de divertirse. Volvían dentro a buscar buenas notas... ¡La leche!

En el patio sólo había un árbol y en su rama sólo se posó un pájaro. Lo liquidaron, los chavales, a base de piedras y tirachinas. El gato se lo jaló durante todo un recreo. Yo sacaba notas medianas. Temía que me obligaran a volver. Me apreciaban incluso por mi buen comportamiento. Teníamos todos el culo cubierto de mierda. Yo era quien les había enseñado a guardarse la orina en botellitas.

En la tienda, los lloriqueos cada vez se intensificaban más. Mi madre machacaba su pena. Buscaba todas las oportunidades para acordarse de su mamá, los menores detalles... Si entraba una persona a proponer un cachivache en el momento de cerrar, se deshacía en lágrimas al instante... «¡Si mi madre estuviera aún aquí!», se ponía a chillar, «¡ella que sabía comprar tan bien!...» Reflexiones desastrosas...

Teníamos una vieja amiga, que supo aprovechar muy bien las melancolías de mi madre... Se llamaba Sra. Divonne, era casi tan anciana como la tía Armide. Después de la guerra de 1870, había hecho una fortuna con su marido, en el comercio de guantes «de cordero», en el Passage des Panoramas. Era una tienda célebre y tenían otra, en el Passage du Saumon. En una época, daban trabajo a dieciocho dependientes. «No paraban de entrar y salir clientes.» La abuela lo contaba siempre. El marido, de manejar tanto parné, se había ofuscado. Había perdido de repente todo y más, en el Canal de Panamá. Los hombres es que no tienen nervio; en lugar de remontar la corriente, se largó muy lejos con una moza. Habían pulido todo a precio ruinoso. Ahora estaban en la miseria. Vivía, la Sra. Divonne, a salto de mata. Su refugio era la música. Le quedaban algunas perras, pero tan pocas, que tenía apenas para comer y ni siquiera todos los días. Aprovechaba las amistades. Se había casado por amor con el hombre de los guantes. No era de familia de comerciantes, su padre era prefecto del Imperio. Tocaba el piano de maravilla. No se quitaba los mitones, porque tenía las manos delicadas y en invierno manoplas espesas, pero de redecilla y adornadas con rosas de pitiminí. Coqueta hasta la sepultura.

Entró en la tienda, hacía mucho tiempo que no venía. La muerte de la abuela le había afectado mucho. ¡Aún no lo podía creer! «¡Tan joven!», repetía después de cada frase. Hablaba con ternura de Caroline, su pasado común, sus maridos, el «Saumon» y los Bulevares... Con muchos matices y precauciones exquisitas... Estaba pero que muy bien educada... Bien lo veía yo... A medida que

contaba, todo se volvía como un sueño frágil. No se quitaba el velo ni el sombrero... por el cutis, alegaba... Sobre todo por la peluca... Para cenar, nunca nos quedaba demasiado... Aun así, la invitamos... Pero en el momento de acabar la sopa, se alzaba el velo y el sombrero y toda la pesca... Se bebía el caldo... Así le parecía mucho más cómodo... Por la dentadura postiza seguramente. La oíamos repicar... Desconfiaba de las cucharas. Los puerros es que le encantaban, pero había que pelárselos, era un rollo. Cuando habíamos acabado de jalar, remoloneaba. Se ponía frívola. Se dirigía al piano, que una clienta había dejado en prenda y olvidado. Nunca estaba afinado, pero aún funcionaba.

A mi padre, como todo le irritaba, es que le crispaba los nervios, la vieja lila con sus mímicas. Y, sin embargo, se ablandaba, cuando acometía ciertas tonadas como Lucie de Lammermoor y sobre todo Clair de lune.

Empezó a venir más a menudo. Ya no esperaba a que la invitáramos... Se daba cuenta del desconcierto. Mientras ordenábamos la tienda, subía en un dos por tres, se instalaba en el taburete, iniciaba dos o tres valses y después Lucie y luego Werther. Tenía un repertorio, todo el Chalet y Fortunio. No nos quedaba más remedio que subir. No habría interrumpido nunca, si no nos hubiéramos sentado a la mesa. «¡Cu-cu!...», decía, al vernos aparecer. Durante la cena, lloraba muy bajito al tiempo que mi madre. Lo que no le quitaba el apetito. No hacía ascos a los macarrones. Siempre me espantaban las cantidades que se metía. Lo repetía en otras casas, el truco de los recuerdos, con muchos otros comerciantes, que estaban más o menos desconsolados, por aquí, por allá, en las tiendas. Había conocido más o menos a los difuntos de todo el barrio, Mail y Gaillon. Así acababa alimentándose.

Conocía las historias de todas las familias de los callejones. Además, cuando había piano, no tenía igual... Con más de setenta años, aún podía cantar Faust, pero tomaba precauciones... Se atracaba de pastillas de goma para no cascarse la voz... Hacía los coros ella sola, con las dos manos a modo de trompetilla. «¡Gloria inmortal!»... Marcaba el ritmo con el pie, sin separar las manos del teclado.

Al final, no podíamos contenernos, nos tronchábamos. La tía Divonne, una vez lanzada, no callaba así como así. Era artista de nacimiento. A mi madre le daba vergüenza, pero aun así se cachondeaba... Le sentaba bien...

Mi madre ya no podía prescindir de ella, pese a sus defectos, sus travesuras. Se la llevaba a todas partes. Por la noche la acompañábamos hasta la Puerta de Bicêtre. Volvía andando a su casa, en el Kremlin, junto al Asilo.

El domingo por la mañana, venía ella a buscarnos para que fuéramos juntos al cementerio. El nuestro era el Père-Lachaise, Sección 43ª. Mi padre nunca entraba. Las tumbas le horrorizaban. No pasaba de la Rotonda frente a la Roquette. Allí se quedaba leyendo el periódico y esperaba a que regresáramos.

El panteón de la abuela estaba muy bien conservado. Unas veces cambiábamos las lilas, otras los jazmines. Llevábamos siempre rosas. Era el único lujo de la familia. Cambiábamos las flores, sacábamos brillo a las baldosas. Dentro, parecía un teatro de guiñol con las estatuas de color y los paños de encaje de verdad. Mi madre no cesaba de llevar más y más, era su consuelo. Se esmeraba arreglando el interior.

Mientras hacíamos la limpieza, no cesaba de sollozar... Caroline no estaba lejos, allí debajo... Yo me acordaba siempre de Asnières... Del trajín que nos habíamos dado por los inquilinos. Volvía a verla, por decirlo así... Por muy reluciente y requetelavado que estuviera todos los domingos, no por ello dejaba de subir un olorcillo curiosito... penetrante, sutil, agridulce, muy insinuante... cuando lo has conocido una vez... después lo hueles por todas partes... pese a las flores... en el propio perfume... pegado a ti... Te marea... viene del hoyo... crees que no lo has notado. Y después, ¡ahí está!... Yo era el que iba hasta el extremo del sendero a llenar los jarros para los floreros... Una vez que habíamos acabado... yo ya no decía nada... Y después me volvía otro poquito a la garganta, el tufillo...

Cerrábamos la burda. Decíamos la oración... Volvíamos a ponernos en camino para París.

La Sra. Divonne no cesaba de charlar, mientras andaba... Haberse levantado tan temprano, haberse ocupado de las flores, haber sollozado tanto rato, le abría el apetito... Y, además, con su diabetes... El caso es que tenía hambre... En cuanto nos encontrábamos fuera del cementerio, quería que hiciéramos por la vida. No cesaba de hablar del asunto, se volvía una auténtica obsesión. «¿Sabes, Clémence, lo que me apetece, a mí? ¡Y eso que no soy glotona!... Pues mira, una lonchita de galantina en un panecillo fresquito... ¿Eh? ¿Qué me dices?»

Mi madre no respondía. Se sentía violenta. A mí de repente me entraban ganas de echar las tripas allí mismo... Ya no deseaba sino vomitar... Pensaba en la galantina... En la cabeza que debía de tener ahora, Caroline, allí debajo... en todos los gusanos... grandes... gordos y con patas... que debían de carcomer... pulular por dentro... La putrefacción... millones en todo ese pus inflado, la peste arrastrada por el viento...

Allí estaba mi padre... Tuvo el tiempo justo de sujetarme junto al árbol... Eché hasta las tripas en la rejilla... Mi padre dio un salto rápido... No consiguió esquivarlo del todo...

«¡Ah, guarro!», gritó... Lo había recibido en pleno pantalón... La gente nos miraba. Le daba mucha vergüenza. Se marchó a escape, solo, por el otro lado, hacia la Bastilla. No quería saber ya nada con nosotros. Las damas y yo entramos en un cafetín para que me tomara una tila, que era buena para el estómago. Era un local muy pequeño justo enfrente de la cárcel.

Más adelante, volví a pasar con frecuencia por allí. Y siempre miraba. Nunca veía a nadie dentro.

El tío Arthur estaba comido de deudas. De la Rue Cambronne a Grenelle, tenía tantos pufos, que su vida resultaba insoportable, un cesto agujereado. Una noche, se mudó de su casa a hurtadillas. Un amiguete fue a ayudarlo. Ataron sus bártulos en un carro tirado por un asno. Se iban a las afueras. Pasaron a avisarnos, cuando ya estábamos acostados.

Aprovechó para dar puerta a su compañera, la chacha... La tía se había puesto a hablar de vitriolo... ¡Ya era hora de darse el piro!

Habían reparado una choza, su amigo y él, donde nadie iría a darle el coñazo, en las laderas de Athis-Mons. El día siguiente mismo, cayeron sobre nosotros los acreedores. ¡Ya no levantaban el sitio del Passage, los cabrones!... Fueron incluso a acosar a mi padre en la oficina, en la Coccinelle. Una vergüenza. Al instante, se puso como una fiera... Volvía a armar gresca...

«¡Qué pandilla! ¡Qué jaez!... ¡Qué atajo de desaprensivos, toda esta familia! ¡Ni un minuto tranquilo nunca! ¡Me vienen a fastidiar hasta en el trabajo!... ¡Mis hermanos están hechos unos golfos! ¡Mi hermana comercia con su cuerpo en Rusia! ¡Mi hijo tiene ya todos los vicios! ¡Pues sí! ¡Ah! ¡Estoy apañado!...» A mi madre no se le ocurría nada... No intentaba siquiera discutir... Ya podía él soltar por la boca lo que quisiera.

Los acreedores se daban cuenta de que mi padre respetaba el honor... No cedían un ápice. Ya es que no salían de nuestra tienda... Nosotros, que apenas si teníamos ya para jalar... Si hubiéramos pagado las deudas, nos habríamos muerto de hambre de verdad...

«¡Iremos a verlo el domingo que viene!...», decidió entonces mi padre. «¡Se lo voy a decir yo, de hombre a hombre, todo lo que pienso!...»

Salimos al amanecer para encontrarlo en casa, antes de que se marchara de juerga... Al principio, nos equivocamos de camino... Por fin, lo encontramos... Yo pensaba que me lo vería, al tío Arthur, hecho polvo, arrepentido, cagadito de miedo, en un rincón de una caverna, acorralado por trescientos gendarmes... y jalando ratas estofadas... Así hacían enLes Belles Images los presidiarios evadidos... El tío Arthur era harina de otro costal... Nos lo encontramos sentado ya a una mesa de la taberna A la Belle Adèle. Nos recibió en plena jarana bajo el emparrado... ¡Pimplando de lo lindo y a crédito! ¡Y

nada de peleón!... Un muscadet rosé curiosito... Priva de primera... Tenía un aspecto excelente... Nunca se había encontrado mejor... Alegraba la vida a todo el vecindario... Lo consideraban irresistible... Acudían a escucharlo... Nunca había habido tantos clientes en A la Belle Adèle... Todas las sillas ocupadas, atestado de gente sentada en los escalones... Todos los pequeños propietarios que venían desde Juvisy... con jipijapas de imitación... Y todos los pescadores del canal, en zuecos, se llegaban hasta A la Belle Adèle para el aperitivo, a propósito para encontrarse al tío Arthur. Nunca se habían cachondeado tanto.

¡Había para todos los gustos! ¡Todos los juegos! ¡Todas las atracciones! Del chito a la raqueta... ¡Discursos!... ¡Adivinanzas!... ¡Entre los árboles!... Para las damas... El tío Arthur era el entusiasmo en persona... admirado por todos... Se movía, estaba en todo... Pero no se quitaba el sombrero, ¡jipijapa de artista! Aun entonces, en pleno verano, transpiraba a raudales... Nunca cambiaba de vestimenta... Sus calcos en punta, sus alares de pana con canalé... su enorme corbata, hoja de lechuga...

Con su gusto por las chachas, se había ligado a las tres... Felices de servir y amar... No quería oír hablar otra vez de sus miserias de Vaugirard... ¡Era algo olvidado, ya!... ¡Iba a rehacer su vida del todo!... No dejaba acabar a mi padre... Razonar sus chorradas... Nos besaba, uno tras otro... Estaba muy contento de volver a vernos...

«¡Arthur! ¿Vas a escucharnos un momento?... ¡Tus acreedores están pegados a nuestra puerta!... ¡de la mañana a la noche!... ¡Nos acosan!... ¿Me oyes?» Arthur barría con un gesto esas evocaciones lastimosas. Y a mi padre lo miraba como a un pobre memo cabezón... ¡Lo compadecía, en una palabra! «Vamos, ¡venid todos por aquí!... ¡Ven, Auguste! ¡Luego me lo cuentas! ¡Os voy a enseñar el panorama más hermoso de la región!... ¡Saint-Germain no existe!... Otro repechito de nada... El camino de la izquierda y después la bóveda de verdor... ¡Al final está mi taller!...»

Así llamaba su choza... Era chachi, exacto, por la situación. Se dominaba todo el valle desde allí... El Sena hasta Villeneuve-Saint-Georges y, por el otro lado, los bosques de Sénart. No se podía imaginar nada mejor. Tenía potra. No pagaba alquiler, ni un céntimo. En teoría, vigilaba el estanque de un propietario...

El estanque sólo se llenaba en invierno, en verano no había ni gota de agua. Las damas lo miraban bien... Había espabilado a las chachas. ¡En su casa había jalandria y en abundancia!... Muscadet, como abajo, salchichón, alcachofas y quesitos cremosos... ¡Para parar un tren, vamos! A los que tan aficionada era mi madre. Se daba buena vida... Nos habló de sus encargos... Rótulos para todas las tascas, tiendas de ultramarinos, panaderías... «¡Ellos hacen lo útil y yo lo agradable!» Así veía la vida... Las paredes estaban cubiertas de esbozos: El lucio relleno con un enorme pez azul, rojo y bermellón... La bella marinera para una lavandera amiga suya, con tetas luminosas, idea muy brillante... El futuro estaba asegurado. No había por qué preocuparse.

Antes de que volviéramos al pueblo, ocultó todo en tres o cuatro cántaros, toda la jalandria y la priva, como un tesoro en un surco... No quería dejar rastro. Recelaba de la gente que pasaba. Escribió con tiza en la puerta: No volveré nunca.

Bajamos hacia la esclusa, él conocía a los barqueros. Era una caminata por senderos cortados a pico, mi madre cojeaba detrás. Al llegar, le dolía, se quedó sentada en un mojón. Contemplamos los remolcadores, el movimiento de la cámara de las gabarras, que parecen tan sensibles, tan frágiles, como vidrio contra las murallas... No se atreven a atracar en ninguna parte.

El grueso guarda escupió tres veces el tabaco mascado, se quitó la chaqueta, carraspeó y se puso a echar pestes sobre el trasto... La puerta de los pivotes temblequeó, chirrió y se puso en movimiento poco a poco... Los remolinos la retenían... los batientes empezaron a rezumar y cedieron al fin... el Artemise lanzó un largo pitido... entró el convoy...

Más lejos, en Villeneuve-Saint Georges... La bovedilla gris del Ivette tras el collado... Abajo, el campo... la llanura... el viento que se levantaba... tropezaba con el río... sacudía el lavadero flotante...

Un chapoteo infinito... tresillos de las ramas en el agua... Del valle... De todas partes llegaba... Modulaba las brisas... Ni hablar ya de las deudas... La fuerza del aire nos embriagaba... Venga soltar gilipolleces, junto con el tío Arthur... Quería que cruzáramos. Mi madre se negaba a que embarcásemos... Subió él solo en una barquichuela. Iba a mostrarnos sus talentos. Remaba a contracorriente. Mi padre se animó y le prodigó mil consejos, lo exhortó para que diera muestras de la mayor prudencia. Hasta mi pobre madre se apasionó. Ya se temía lo peor. Cojeaba, nos acompañaba por toda la orilla...

El tío Arthur molestaba a los pescadores, desde su banqueta sembraban al viento sus gusanos... Lo enguirnaldaron de lo lindo... Se enredó en los nenúfares... Iba a ponerse en acción de nuevo... Transpiraba como tres atletas. Giró, cruzó el estrecho paso, debía torcer rápido hacia los arenales, escapar del «gran torbellino». De lejos se anunciaba La flor de las canteras, avanzaba con la fuerza de las cadenas, con un estruendo espantoso... Removía el fondo del río... Después hacía subir todo a la superficie... Todos los cienos, cadáveres y lucios... Salpicaba, arrollaba dos orillas a la vez... Sembraba el terror y el desastre por dondequiera que pasase... La flotilla de las riberas dio vueltas de campana, hizo carambolas en los postes... Tres tramos transtornados a la vez... ¡La catástrofe de los barcos! Por ahí salía, de debajo del puente, La Flor de las Canteras. Bamboleaba en el fondo de su casco y en sus balcones, toda la quincalla, las catapultas y la timonería de un infierno. Arrastraba tras sí al menos veinte chalanas cargadas de carbonilla... ¡No era momento de pavonearse!... Mi tío se enganchó con un cabo... No tuvo tiempo de tocar la orilla... Con el chapoteo, su barquichuela se elevó... su precioso sombrero cayó a la pañí... Se inclinó, intentó hacer un esfuerzo... Perdió el remo... Y la serenidad... Se resistió... Volcó... Cayó al agua igualito que en las «justas acuáticas», ¡de culo!... Por suerte, ¡sabía nadar!... Nos precipitamos, lo abrazamos, lo felicitamos... El Apocalipsis había pasado ya... andaba por Ris-Orangis sembrando otros terrores.

Nos volvimos a encontrar todos en La Perte du Goujon, cita de los escluseros, nos congratulamos... El momento de los chatos... Apenas se hubo secado, mi tío Arthur reunió a todos sus conocidos... ¡Tenía una idea!... Para un «Club de Amigos de la Vela». Los pescadores se mostraron menos entusiastas... Recogió las cotizaciones... Las amiguitas acudieron a besarlo... Nos quedamos también a papear... Bajo los farolillos, entre los mosquitos y la sopa, el tío se puso a entonar su romanza: «Un poeta me dijo...». No queríamos de ninguna manera que volviese al estanque, el tío Arthur... Lo acaparamos... No sabía cómo complacer a todo el mundo...

Volvimos a ponernos en camino hacia la estación... Nos fuimos a hurtadillas, mientras él arrullaba aún... Pero mi padre no estaba contento... Sobre todo al pensarlo... Rabiaba por dentro... Estaba furioso consigo mismo, por no haberle cantado las cuarenta... Le había faltado aplomo. Volvimos en otra ocasión. Tenía un bote nuevo con una vela de verdad, Arthur... y hasta un petifoque... Zigzagueaba cantando Sole mio. Su linda canción resonaba en Les Sablières... Estaba encantado... Mi padre ya es que no lo podía soportar... Aquello no podía continuar... Mucho antes del aperitivo, nos largamos como unos caguetas... No nos vieron marchar... Nunca más volvimos a verlo... No era posible seguir frecuentándolo... Nos corrompía...

Como hacía diez años justos que mi padre trabajaba en la Coccinelle, le concedieron unas vacaciones, quince días y pagados...

Que nos fuéramos así los tres no era sensato... Costaba una fortuna... Pero era un verano terrible y en el Passage nos achicharrábamos, sobre todo yo que era el más lívido, que padecía del crecimiento. Ya no me sostenía en el aire de anemia. Fuimos a ver al médico, mi estado le pareció inquietante... «¡Quince días, no! ¡Tres meses de aire puro necesitaría!...» Así dijo.

«Ese Passage», añadió, «es una auténtica leonera infecta... ¡Ni siquiera rábanos crecerían en él! Es un urinario sin desagüe... ¡Márchense de él!...»

Se mostró tan categórico, que mi madre regresó llorando... Había que encontrar una solución. No queríamos echar mano demasiado de los tres mil francos de la herencia. Conque decidieron probar de nuevo con los mercados: Mers... Onival... y sobre todo Dieppe... Tuve que prometer que iba a estarme quietito... que no volvería a bombardear relojes... que no seguiría a los golfos más... que no me separaría de mi madre ni un metro... Juré todo lo que quisieron... que sería bueno e incluso agradecido... que a la vuelta me aplicaría mucho para aprobar los exámenes...

Tranquilizados así sobre mí, dijeron que podíamos marcharnos. Cerramos la tienda. Primero iríamos a Dieppe, mi madre y yo, para hacer una exploración un mes antes... La Sra. Divonne iría de vez en cuando a ver si sucedía algo insólito durante nuestra ausencia... Papá se reuniría con nosotros más adelante, haría el trayecto en bicicleta... Pasaría dos semanas con nosotros...

En cuanto llegamos, nosotros dos, nos espabilamos en seguida, no tuvimos demasiados problemas, la verdad. Nos alojamos en Dieppe, encima de un café: Aux Mésanges. Dos colchones por el suelo, en casa de un empleado de Correos. Lo único malo era el fregadero, olía muy mal.

Cuando llegó el momento de desembalar en la Plaza Mayor las mercancías, a mi madre le entró miedo de repente. Habíamos llevado un surtido completo de perendengues, bordados y baratijas de lo más volubles. Era muy arriesgado instalar todo aquello al aire libre, en una ciudad que no conocíamos... Pensándolo bien, preferimos dirigirnos a las clientas en persona; era muy arduo, desde luego, pero había menos peligro de que nos mangaran... De un extremo a otro de la Explanada, frente al mar, nos marcamos puerta tras puerta... Era un currelo que para qué. Pesaba mucho, nuestro petate. Esperábamos delante de las quintas, en el banco de enfrente. Había momentos oportunos, cuando habían jalado bien... Había que oír el piano... ¡Ahí estaban! ¡Ya pasaban al salón!...

Mi madre daba un brinco entonces, se acercaba a saltitos al timbre... La recibían mal o bien... Conseguía vender, pese a todo...

Aire tomaba yo tanto y tan fuerte, en tal abundancia, que me embriagaba. Hasta de noche me despertaba. Yo ya no veía otra cosa que pichas, culos, barcos, velas... La ropa tendida flotando en las cuerdas me daba unas palizas terribles... Se inflaban... Provocaban... todos los pololos de las vecinas...

Del mar recelábamos al principio... Pasábamos, a ser posible, por las callejuelas resguardadas. La tormenta es que da delirio. Ya es que no paraba de cascármela...

En el cuarto contiguo al nuestro, vivía el hijo de un representante. Hacíamos todos nuestros deberes juntos. Me toqueteaba un poco la minga, se hacía aún más pajas que yo. Iba allí, todos los años, conque conocía todas las clases de barcos. Me enseñó todos los detalles y sus aparejos y sus trinquetes... Los buques de tres palos... Los buques de cruz... Las goletas de tres mástiles... Me interesaba con pasión, mientras mi madre se marcaba las quintas...

La conocían en la playa tan bien como al vendedor de cocos... de tanto verla trajinar con su impedimenta... Dentro llevaba sus bordados, «patrones», labores de señoras y hasta planchas... Habría vendido riñones, pieles de cordero, chucherías, para que pudiéramos resistir los dos meses.

Al hacer nuestras rondas, recelábamos también del puerto, procurábamos no pasar demasiado cerca, por los mojones y los cordajes, en los que te tropiezas con mucha facilidad. No hay sitio más traidor. Si caes en el cieno, te atrapa, te quedas en el fondo, te jalan los cangrejos, no te vuelven a encontrar...

Los acantilados también son peligrosos. Todos los años familias enteras quedan despanzurradas bajo las rocas. Una imprudencia, un paso en falso, una ocurrencia desgraciada... La montaña se te vuelca encima... Nos arriesgábamos lo menos posible, no salíamos demasiado de las calles. Por la noche, nada más cenar, llamábamos otra vez a los timbres. Volvíamos a marcarnos una ronda amplia... por un extremo y después por el otro... Toda la Avenida del Casino...

Yo esperaba, delante de las quintas, en un banco de fuera... Oía a mi madre dentro, que se desgañitaba... Se daba unas palizas de aúpa... Yo me sabía todos los argumentos... Conocía todos los

perros perdidos... Llegaban, husmeaban, salían pitando... Me conocía a todos los buhoneros también, era la hora en que regresaban con sus carricoches... Tiraban, empujaban, se extenuaban... Nadie los miraba... Conque no se recataban de dar voces... Resoplaban tirando de los varales... Otro empujón hasta la próxima esquina... El faro abría ojos como platos en la noche... El fogonazo iluminaba al buen hombre... En la playa el oleaje aspiraba los cantos... Se estrellaba... volvía a rodar... rompía... regresaba... estallaba...

En los carteles vimos que, después de la feria del 15 de agosto, iba a haber una carrera de automóviles. Debía de acudir mucha gente, sobre todo ingleses. Mi madre decidió que nos quedáramos un poco más. No habíamos tenido demasiada potra, había hecho tan mal tiempo durante el mes de julio, que las clientas se quedaban en casa, bordando... Así no vendíamos ni cofias ni «toreras» ni labores de ganchillo siquiera... ¡Si al menos hubieran comprado material!... Pero, ¡no cesaban de zurcir sus tapices!... A la orilla del mar cotilleaban más que en la ciudad... Como todas las de clase alta, sólo de chachas y cacas...

Se repantigaban en una auténtica galbana, se lo pensaban veinte veces... se pasaban las horas muertas mirando nuestros modelos...

Mi padre ya es que no tenía confianza. Se alarmaba en sus cartas. Ya nos veía jodidos. Habíamos quemado más de mil francos... Mi madre le respondió que metiese mano a la herencia. Eso era heroísmo de verdad, podía acabar muy mal. Yo ya veía toda la mala pata refluyéndome a la jeta. Contestó que llegaba. Lo esperamos delante de la iglesia. Apareció por fin con una bici cubierta de barro.

Yo creía que me iba a dar para el pelo, atribuirme desastres, ya estaba preparado para una corrida impetuosa... pero, ¡qué va!... Parecía, al contrario, feliz de estar en el mundo y de encontrarnos allí. Más bien me felicitó por mi comportamiento y mi buen aspecto. Yo estaba emocionado a más no poder. Él mismo propuso que fuéramos a dar un paseo hasta el puerto... Entendía de navíos. Recordaba toda su juventud. Era experto en maniobras. Mi madre se fue con sus petates y nosotros nos largamos hacia las dársenas. Recuerdo perfectamente el barco ruso de tres palos, todo él blanco. Se dirigió hacia el paso de entrada con la marea de la tarde.

Llevaba tres días faenando frente a las costas de Villers, luchando contra el oleaje... traía los foques cubiertos de espuma... Llevaba una carga tremenda de maderos inquietos, montículos en pleno desorden en todos sus puentes, en las bodegas sólo hielo, enormes cubos deslumbrantes, la superficie de un río que traía de Arkangel a propósito para venderlo en los cafés... Con el mal tiempo se había ladeado mucho y había cabreo a bordo... Fuimos a esperarlo, papá y yo, entre la multitud, desde el faro pequeño hasta su dársena. El oleaje lo había desviado tanto, que su gran verga cortaba el agua... El capitán, lo recuerdo como si lo estuviera viendo, un gigantón, gritaba en su embudo, ¡con potencia diez veces mayor que la de mi padre! Sus andobas trepaban por los obenques, subieron a enrollar allá arriba todas las velas, la lona, todos los cangrejos, las drizas justo por debajo del gran pabellón de San Andrés... Por la noche había parecido que iba a estrellarse contra las rocas. Los socorristas ya no querían hacerse a la mar, estaba dejado de la mano de Dios... Seis barcos de pesca se habían perdido. Hasta la baliza del arrecife de Trotot había encajado un golpe demasiado duro, habían echado el ancla... Eso da idea del temporal.

Delante del café La Mutine se hizo la maniobra con las escotas... sobre una boya de amarras con una deriva sin peligro... Pero la pandilla estaba tan borracha, la que halaba, que ya no sabía lo que hacía... Azocaron por el través... El estrave chocó con el muelle de la Aduana... La «dama» de la proa, escultura magnífica, se destrozó los dos chucháis... Hechos papilla... Saltaban chispas... El bauprés

rompió los cristales... Entró hasta la tasca... El foque barrió la tienda.

Se produjo un griterío como de motín... Idas y venidas por todos lados. Estallaron palabrotas... Al final, muy despacio... el hermoso navío atracó... Se pegó al cargadero, acribillado de cabos... Deshecha con tantos esfuerzos, la última vela se le cayó del trinquete... desplegada como una gaviota...

La amarra de popa gimió una vez más con estruendo... La tierra abrazó el navío. El cocinero salió de su cantina, lanzó una gran olla de comida a las chillonas aves. Los gigantes de la orilla gesticulaban a lo largo de la batayola, los borrachos del desembarque no se ponían de acuerdo para trepar por la pasarela... las escotillas colgaban...

El amanuense fue el primero en subir, con levita... La polea pasaba por encima con un madero... Comenzaron a provocarse otra vez... Seguía la murga... Los descargadores hormigueaban por las drizas... Saltaron los cuarteles de escotilla... ¡Allí estaba el iceberg en detalle!... ¡Tras el bosque!... ¡Látigo!... Avanzaron los carros... Se había acabado el espectáculo, la emoción estaba en otra parte.

Volvimos hasta el semáforo, indicaba la llegada de un barco carbonero. A la altura del «Roche-Guignol» y con bandera a media asta.

El práctico, alrededor, danzaba y saltaba de ola en ola con su lancha. Se debatía... Retrocedió... por fin dio con la escala... trepó al flanco. Llegaba a trancas y barrancas desde Cardiff, aquella tartana, luchando con el oleaje... Estaba cobrando de lo lindo sobre un monte de espuma... Se encorajinaba con la corriente... Lo deportaron hacia el malecón... Por fin la marea se deslizó un poco, lo entonó, lo rechazó al estuario... Temblaba al entrar, furioso, con todo su armazón, los golpes de mar seguían hostigándolo. Gruñía, bramaba con todo su vapor. Sus aparejos chirriaban con las ráfagas. El humo recaía sobre las crestas de las olas, el reflujo azotaba las escolleras.

Ahora distinguíamos los Casquets[7] en el paso de Emblemeuse, era el momento... Las rocas emergían ya con la marea baja...

Dos balandros en peligro de naufragio intentaban pasar... La tragedia era inminente, no había que perderse detalle... Todos los entusiastas se aglomeraron en el extremo del malecón, junto a la campana de peligro... Escudriñamos con gemelos... Uno de los vecinos nos prestó los suyos. Las borrascas se estaban volviendo tan densas, que nos impedían abrir la boca. Nos asfixiábamos... El viento avivaba la violencia del mar... Salpicaba a chorros por encima del faro... subía hasta el cielo.

Mi padre se caló la gorra... Cuando volviéramos, iba a ser de noche... Tres pesqueros regresaban desarbolados... En el fondo del canal resonaban sus voces... Se llamaban... Se enredaban los remos unos con otros...

Mi madre, allá, estaba preocupada, nos esperaba en La Petite Souris, el cafetucho de los marisqueros... No había vendido gran cosa... A nosotros ya sólo nos interesaban los viajes por alta mar.

Papá sabía nadar bien, era muy aficionado a los baños. A mí no me decían gran cosa. La playa de Dieppe no era demasiado agradable. Pero, en fin, ¡eran las vacaciones! Y, además, yo no había vuelto aún más sucio que en el Passage.

En la Mésange sólo teníamos una pequeña jofaina para los tres. Yo me escaqueaba de todos los lavados de pies. Empezaba a apestar, casi tanto como el sumidero.

Para los baños de mar había que tener valor. La cresta humeante, erizada, reforzada con cien mil guijarros, rugiente, se estrellaba y me derribaba.

Transido, arrastrado, el niño vacilaba, sucumbía... Un universo de guijarros me cascaba todos los huesos entre los vellones, la espuma. La cabeza era la que volcaba primero, arrastraba, machacaba contra el fondo de la grava... Cada segundo era el último... Mi padre, en bañador a rayas, se desgañitaba entre dos valles mugientes. Aparecía ante mí... Eructaba... se consumía, venga decir gilipolleces. Otra oleada lo derribaba, le daba la vuelta, ahí iba con los pinreles por el aire... Pataleaba

como una rana... Ya no podía ponerse en pie, estaba jodido... Entonces una terrible ráfaga de guijarros arremetió contra mi pecho... Me acribilló... Me ahogaba... Guapo estaba yo... Un diluvio me aplastó. Después me devolvió proyectado hasta los pies de mi madre... Ella intentó asirme, sacarme... La succión me desprendió... me alejó... Ella lanzó un grito horrible. Afluyó la playa entera... Pero cualquier esfuerzo era en vano ya... Los bañistas se aglomeraban, se agitaban... Cuando la furia me tiraba contra el fondo, salía de nuevo a flote a lanzar un estertor... Vi en un abrir y cerrar de ojos que comentaban mi agonía... Eran de todos los colores: verdes... azules, sombrillas, amarillas... limón... Yo giraba hecho pedazos... Y después ya no vi nada... Una boya me estrangulaba... Me jalaron hasta las rocas... como un cachalote... El vulnerario me quemó la boca, me rociaron todo el cuerpo con árnica... Ardía bajo los paños calientes... Las terribles fricciones. Me agarrotaron bajo tres albornoces...

A mi alrededor daban explicaciones... ¡Que el mar estaba demasiado fuerte para mí! ¡Exacto! ¡A ver si se enteraban!... ¡Yo no pedía tanto!... Era el sacrificio... Para el lavado a base de bien...

Ya habían pasado diez días. La semana siguiente, acababan las vacaciones. Mi padre volvía a la oficina. Sólo de pensarlo, se nos ponía la carne de gallina. Ni un minuto que perder.

Tocante a ventas, se habían vuelto tan flojas, que hizo falta un auténtico pánico para que nos decidiéramos a la excursión... Nos embarcáramos todos para Inglaterra... Lo que nos hacía perder la cabeza... nos incitaba a los excesos... era la proximidad del regreso...

Salimos al amanecer, con apenas tiempo de tomar un café con leche... El peculio de la abuela... ¡zas!... ¡lo habíamos malgastado a medias!...

Embarcamos con antelación... Teníamos asientos baratos, justo encima del estrave, pero estaban bien... Se veía todo el horizonte admirablemente... Yo quería ser el primero en señalar la costa extranjera... El tiempo no era malo, pero, aun así, en cuanto nos alejamos un poco, en cuanto perdimos de vista los faros, empezamos a mojarnos... Se estaba volviendo un columpio, empezaba la navegación de verdad... Entonces mi madre se abrigó en el cubículo de los salvavidas... Fue ella la primera que vomitó sobre el puente y los viajeros de tercera... Se produjo el vacío por un instante...

«¡Ocúpate del niño, Auguste!», tuvo el tiempo justo de chillar... Nada mejor para ponerlo a él fuera de sí...

Otras personas se pusieron entonces a hacer esfuerzos inauditos... por sobre la borda... Con los balanceos, contra el movimiento, echabas las tripas a base de bien, sin remilgos a la buena de Dios... Sólo había un retrete en el rincón de la cubierta... Ya estaba ocupado por cuatro vomitones ávidos, apretujados y abrazados... El mar se embravecía cada vez más... A cada oleada, en el ascenso, una vomitona curiosita... En el descenso, al menos doce mucho más opulentas, compactas... A mi madre una ráfaga le arrancó el velo, empapado... fue a pegarse a la boca de una dama en el otro extremo... que agonizaba de tanto devolver... ¡Sin resistencia ya! En el horizonte, mermeladas... la ensalada... la pepitoria... el café con leche... y toda la pesca... ¡todo se vertía!...

De rodillas en cubierta, mi madre hacía esfuerzos y sonreía sublime, con la baba colgando...

«¿Ves?», observó, en pleno cabeceo... horrible... «¿Ves? ¡a ti también, Ferdinand, se te ha quedado en el estómago el atún!...» Volvimos a hacer esfuerzos juntos. ¡Buah!... ¡y buah!... ¡Se había equivocado! ¡Eran las tortas!... Creo que habría podido echar patatas fritas yo... haciendo aún más esfuerzo... retorciéndome todas las tripas y echando el bofe ahí, sobre el puente... Lo intenté... Forcejeé... Redoblé los esfuerzos... Un embate feroz de las olas embistió la batayola, retumbó, se elevó, salpicó, volvió a caer, barrió el entrepuente... La espuma arrastró, batió, revolvió entre nosotros todas las basuras... Las tragamos otra vez... Y vuelta a empezar... A cada inmersión se nos escapaba el alma... la recuperábamos a la subida en un reflujo de flemas y olores... Rezumaban aún por la nariz, saladas. ¡El colmo!... Un pasajero imploraba perdón... ¡Gritaba al cielo que estaba vacío!... ¡Forcejeó!... ¡Y le salió también una frambuesa!... La diqueló espantado... Bizqueó... ¡Ya es que no le quedaba nada, la verdad!... Le habría gustado vomitar los dos ojos... Hizo esfuerzos... Se apoyó en la arboladura... Intentaba sacárselos de las cuencas... Mi madre se desplomó sobre la barandilla... Echó lo que le quedaba de tripas... Con una zanahoria... un bocado de chicha... y la cola entera de un salmonete...

Allí arriba, cerca del capitán, los de primera y segunda se inclinaban para soltar su carga, caía en cascada sobre nosotros... A cada vergajazo de las duchas recibíamos comidas enteras... nos azotaban los detritos, bazofias deshilachadas... Las borrascas se lo llevaban para arriba... se quedaba decorando los obenques... En torno bramaba el mar, la batalla de las espumas... Mi padre, con gorra y barboquejo, supervisaba nuestros desvanecimientos... se lo estaba pasando bomba, él, ¡tenía corazón de marino!... Nos daba consejos útiles, quería que nos prosternáramos más... que reptásemos un poco más aún... Una pasajera chorreaba... Se acercó a mamá... se volvió para vomitar mejor... Un chucho chiquitín acudió también, tan descompuesto, que les jiñó en las faldas... Se volvió, nos mostró el vientre... Del retrete salían unos gritos horribles... Eran las cuatro personas encerradas, que ya es que no podían vomitar ni mear... ni jiñar tampoco... Ahora se esforzaban sobre la taza... Imploraban que las asesinaran... Y la tartana se encabritaba aún más... cada vez más tensa, volvía a hundirse... volvía a

lanzarse al abismo... verde obscuro... Volvía a caer... Nos sublevaba, la asquerosa, otra vez el vacío de la barriga...

Delante un rechoncho, un auténtico insolente, ayudaba a su esposa a echar las tripas en una cubeta... Le daba ánimos...

«¡Duro, Léonie!... ¡Suéltalo!... ¡Que aquí estoy yo!... Yo te sujeto.» Ella giró la cabeza de pronto en el sentido del viento... Todo el estofado que le hacía gluglú en la mui me lo endilgó en plena chola... Me untó todos los dientes con judías, tomate... ¡yo que ya nada tenía que vomitar!... Vuelta a empezar... Probé un poco... las tripas para arriba otra vez. ¡Ánimo ahí!... ¡Se desbloqueaba!... Menudo viaje me vino a la lengua... Le iba a devolver, yo, todas mis tripas a la boca... Me acerqué a tientas... Reptamos despacito los dos... Nos aferramos... Nos prosternamos... Nos estrechamos... luego nos vomitamos uno en el otro. Mi querido papá y su marido intentaban separarnos... Tiraban cada uno por un lado... Nunca comprenderían...

¡A olvidar los feos resentimientos! ¡Buah!... ¡Aquel marido era un cernícalo, un cabezón!... ¡Hombre, mira, a vomitar juntos el monín!... Volví a enviar a su cielito todo un ovillo perfecto de tallarines... con el jugo de tomate... Una sidra de tres días... Ella me pasó su gruyère... Chupé sus filamentos... Mi madre, enredada en las cuerdas... reptaba tras sus lapos... Arrastraba el chucho en sus faldas... Nos retorcimos todos juntos con la mujer del cachas... Me daban unos tirones feroces... Para alejarme de su apretón, me atizaba en el culo unas patadas que para qué... Era el tipo «campeón de boxeo»... Mi padre intentó ablandarlo... Apenas había dicho dos palabras, el otro le arreó tal cabezazo en pleno estómago, que fue a dar contra el cabrestante... ¡Y no acabó ahí la cosa!... El cachas le saltó encima de la rabadilla... Le destrozó la mui... Se puso en cuclillas para liquidarlo... Sangraba, mi padre, por toda la cabeza... Chorreaba hasta el vómito... Vaciló junto al mástil... Acabó desplomándose... Al marido no le pareció bastante... Aprovechó que el balanceo me arrastraba... Me embistió... Yo resbalé... Me catapultó al retrete... Un auténtico empellón de carnero... Choqué... Derribé toda la burda... Caí sobre los andobas hechos polvo... Me revolví en el montón... Quedé encajonado en el medio... ¡Habían perdido los pantalones todos!... Tiré de la cadena. ¡La tromba nos inundó! ¡Nos estrellamos contra el depósito!... Pero no acababan de roncar... Yo ya no sabía siquiera si estaba muerto.

La sirena despertó a todo el mundo. Nos apalancamos en los «wáteres» y nos asomamos a los ojos de buey... Los espigones en el extremo del puerto formaban un gran encaje de pilotes... Contemplamos Inglaterra como quien desembarca en el Más Allá...

Había acantilados también y luego hierba... Pero mucho más obscuros y escarpados, además, que enfrente... El agua estaba muy tranquila ahora... Era fácil para vomitar... Pero habían pasado las ganas.

Pero lo que es tiritera, ¡menudo! Como para rompernos todos los dientes... Mi madre lloraba convulsiva de tanto arrojar... Yo tenía chichones en todo el cuerpo... Se hizo un gran silencio en las filas, la timidez, las inquietudes del atraque. Unos cadáveres no habrían estado más tímidos.

El buque azocó con el ancla, dio dos o tres tirones y después nos detuvimos de verdad. Nos hurgamos los bolsillos en busca de los billetes... Una vez cruzada la aduana, intentamos arreglarnos la ropa. Mi madre tenía que retorcerse la falda y le salían torrentes de agua. Mi padre había cobrado tanto, que le faltaba un trozo de bigote. Yo fingía no mirar, pero bien que tenía un ojo a la funerala. Se lo cubría con el pañuelo... Nos íbamos recuperando poco a poco todos. El suelo se tambaleaba de lo lindo aún. Caminamos ante las tiendas, minúsculas como son allá, con postigos abigarrados y las escaleritas blanqueadas con albayalde.

Mi madre se esforzaba todo lo posible, no quería ser un obstáculo, pero se quedaba muy atrás cojeando... Se nos ocurrió entrar en un hotel, tomar una habitación en seguida para que descansara... un instante... No íbamos a llegar nunca a Londres, ya estábamos demasiado empapados... Caeríamos

enfermos, seguro, si nos arriesgábamos más... Y, además, es que los calcos no iban a resistir. Bebían en pleno barro, sonaban como un rebaño...

Descubrimos un hotel... Así estaba escrito en la fachada, con letras de oro... Al llegar ante él, nos asustamos... Cruzamos al otro lado... Cada vez llovía más. Intentábamos imaginar el precio hasta de la cosa más mínima... Teníamos miedo a la moneda... Entramos en un salón de té... Ésos nos entendían... Tras sentarnos, miramos la maleta... ¡No era la misma!... Con la confusión, ¡en la aduana nos habíamos equivocado!... Volvimos a escape, en seguida... ¡La nuestra ya no estaba!... La que no era nuestra, la devolvimos al jefe de estación... ¡Y así nos habíamos quedado sin nada!... ¡El colmo de la desventura!... ¡Eso sólo nos ocurría a nosotros!... Era bien cierto, en un sentido... Mi padre lo comprobaba una vez más... Ya no teníamos con qué cambiarnos... ¡ni una camisa! Pero habíamos de pasear, de todos modos... Empezábamos a llamar la atención en el pueblo, los tres, ateridos bajo la pañí. ¡Lo que se dice auténticos «calorrós»! Era más prudente irnos por la carretera... Elegimos una al azar... Después de la última casa...

«¡Brighton!»... Estaba escrito en el mojón, a catorce millas delante de nosotros... Como éramos buenos caminantes, no debía asustarnos. Pero nunca íbamos al mismo paso. Mi padre siempre por delante... No estaba orgulloso de nosotros precisamente... Aun así, calado, enlodado, baldado, se alejaba lo más posible... No podía soportar que nos pegáramos a él... Se distanciaba.

Mi madre, con la lengua fuera, apenas podía arrastrar la peana. Jadeaba como una perra vieja.

La carretera serpenteaba al borde de los acantilados. Avanzamos contra el aguacero. Abajo, el océano bramaba, al fondo del abismo atestado de nubes y escombros.

A mi padre, la gorra náutica le caía hasta la boca. El impermeable se le pegaba tanto a las formas, que el culo parecía una cebolla.

Mi madre andaba renqueando, había renunciado al sombrero, el que tenía golondrinas y cerecitas de adorno. Lo tiramos a un zarzal... Las gaviotas que huían de la tormenta venían a graznar en derredor. Debía de sorprenderlas vernos pasar también a nosotros entre los nubarrones... Batidos bajo las ráfagas, nos aferrábamos a lo que podíamos... Al declive de los acantilados, a las cuestas como olas, y luego a otra... infinitas... A mi padre las nubes lo tapaban... Iba a fundirse en los aguaceros... Volvíamos a verlo cada vez más lejos, bien firme, cada vez más minúsculo, en la otra ladera.

«¡Vamos a subir también ésta, Ferdinand!... ¡Y después voy a descansar! ¿Crees que lo verá él, el “Brijton” ese? ¿Crees que será muy lejos?...» Ya es que no podía con su alma. Sentarse era imposible. Todos los terraplenes se habían disuelto... Los pingos le habían encogido tanto, que los brazos se le alzaban hacia el cielo... Los calcos hinchados como odres... Entonces va mi madre y se le dobla la pierna... Cedió bajo su peso... Fue a caer al vacío del talud. La cabeza se le quedó enganchada, atascada... Ya no podía moverse... Hacía burbujas como un sapo... La lluvia de Inglaterra es un océano suspendido en el aire... Te ahogas poco a poco...

Pedí socorro a mi padre y con todas mis fuerzas. ¡Mi madre sucumbía cabeza abajo! Yo tiraba hacia arriba con todas mis fuerzas. Hacía tracciones. ¡En vano!... Pero ya llegaba nuestro explorador. Venía aturdido por las nubes. Hicimos esfuerzos juntos... Izamos con ganas. La agitamos. La sacamos del espeso fango... Pero no había perdido la sonrisa. Le daba un gusto sublime volver a ver a su Auguste. Le preguntaba qué había sido de él... Si no lo había pasado demasiado mal... Qué había visto desde el acantilado. Él no respondía nada... Sólo que había que largarse a escape... Volver corriendo al puerto... Cien subidas más, cien bajadas... sin aliento. Ya no reconocíamos la carretera, de tan descompuesta que la habían dejado las tormentas... Vislumbramos las luces... el puerto y los faros... Era noche cerrada... Arrastrándonos, tambaleándonos, volvimos a pasar ante el mismo hotel... No habíamos gastado nada... No habíamos encontrado a nadie... Ya no nos quedaba ni un solo traje intacto... jirones deshilachados... Parecíamos tan exhaustos, que en el barco nos hicieron un favor... Nos permitieron pasar de tercera a segunda... nos dijeron que nos tumbáramos... En la estación de

Dieppe nos acostamos en los bancos... Íbamos a regresar directamente... En el tren hubo otra escena por el estreñimiento de mi madre...

«¡Hace ocho días que no obras!... ¿Es que no vas a obrar nunca más?»

«Que sí, hombre, en casa...»

Era una auténtica fobia, que ella no obrara con regularidad le obsesionaba. Las travesías estriñen. Ya sólo pensaba en su caca, mi padre. En el Passage pudimos secarnos por fin. Estábamos constipados los tres. Habíamos salido bien librados. Mi padre tenía un cardenal curiosito. Dijimos que había sido un caballo, uno que había pasado detrás de él justo cuando se produjo una detonación...

La Sra. Divonne era curiosa, quería que le contáramos todo. Todos los detalles de la aventura... También ella había estado, en Inglaterra, en viaje de novios. Para oír mejor el relato, dejó de tocar el piano... En pleno Clair de Lune.

El Sr. Visios era muy aficionado también a los relatos y los descubrimientos... Edouard pasó a vernos con Tom para que le contáramos... Mi madre y yo también teníamos nuestras impresiones... Pero mi padre no quería que habláramos... Hablaba por los codos, él solo... La de cosas prodigiosas que había visto... y fantásticas... insólitas... perfectamente imprevistas... al final de la carretera... allá lejos, después del acantilado... Cuando estaba entre las nubes... entre «Brijton» y el huracán... Papá a solas, ¡absolutamente aislado!... Perdido entre las borrascas... entre cielo y tierra...

Ahora, ya no se andaba con chiquitas, les soltaba maravillas... ¡Cascaba a más no poder!... Mi madre no le contradecía... Siempre se alegraba, cuando él triunfaba... «¿Verdad, Clémence?», le preguntaba, cuando la trola no acababa de colar... Ella aprobaba, sancionaba todo... Sabía que exageraba, pero, ¡como le hacía feliz!...

«Pero, a Londres, ¿no fueron?», preguntó el Sr. Lérosite, el vendedor de gafas del 37, totalmente pueril, que recibía los cristales de allá...

«¡Sí! Pero sólo a los alrededores... ¡Vimos lo principal!... ¡El puerto! En el fondo, ¡es lo único que cuenta! Y después los arrabales... ¡Sólo disponíamos de unas horas!...» Aun así, mi madre no se inmutó... Pronto corrió el rumor de que habíamos naufragado... Que habían desembarcado a las mujeres en los acantilados mediante un cabrestante... Iba inventando a medida que hablaba... Y que si nos habíamos paseado por Londres con las familias supervivientes... ¡Extranjeros la mayoría! ¡Estaba lanzado, mi papá!... Imitaba sus acentos.

Todas las noches, después de cenar, había nuevas sesiones... Ilusiones... ¡y más ilusiones!... La Sra. Méhon empezó a fermentar en su cabeza otra vez... Desde allí enfrente, no cruzaba... Estábamos reñidos hasta la muerte... Ponía a cantar su gramófono para interrumpir a mi padre... Para que se viera obligado a callar... Para estar tranquilos de verdad mi madre había cerrado la tienda. Las persianas echadas hasta abajo... Entonces vino, la Méhon, a llamar a nuestros cristales, a provocar a mi padre para que saliera y se explicase, a ver... Mi madre se interpuso... Todos los vecinos estaban indignados... De nuestra parte todos... Estaban cogiendo gusto a los viajes... Una noche, al volver de los recados, ya no se oía a la Méhon ni su gramófono... Los asiduos de la sesión llegaban uno a uno... Nos instalamos en la trastienda... Mi padre estaba iniciando su relato... y de forma muy diferente... Cuando, mira por dónde, de la casa de la pureta salió... ¡patatrac!... ¡un ruido tremendo!... ¡Y cohetes a cuál más estridente!... ¡Un haz inmenso de luz que nos cegó! ¡Explotó contra la tienda!... ¡La puerta saltó! La vimos entonces, a la puta, gesticulando en el centro, con una antorcha y petardos... ¡Pegó fuego a las mechas!... ¡Empezaron a saltar, a girar! ¡Lo que se le había ocurrido para cortar las fantasías! ¡Se agitaba como el diablo! Se prendió las faldas. ¡Se abrasaba ella también! ¡Nos precipitamos! La asfixiamos con las cortinas. Lo sofocamos. Pero, ¡su tienda ardía con sus corsés! ¡Llegaron los bomberos a la carga! ¡No la volvimos a ver, a aquella asquerosa!... ¡Se la llevaron a Charenton! ¡Allí se quedó para siempre! ¡Nadie quiso que volviese! Firmaron una petición de un extremo a otro del Passage, que si estaba loca, que si era inaguantable.

Volvió el mal tiempo. No se habló más de vacaciones, ni de mercados, ni de Inglaterra... Nuestra vidriera retumbó bajo los aguaceros, nuestra galería volvió a cerrarse sobre el acre color de los transeúntes, de los perritos callejeros.

Era el otoño...

Volví a cobrar por querer jugar en vez de aprender. En clase no comprendía gran cosa. Mi padre volvió a descubrir que yo era de verdad un cretino. El mar me había hecho crecer, pero me había vuelto aún más apático. Me perdía en distracciones... Volvieron a darle ataques terribles a mi padre. Me acusaba de gandulería. Mamá empezó a gemir de nuevo.

Su comercio resultaba imposible, las modas no cesaban de cambiar. Volvieron los «batistas», sacaron otra vez las cazuelas de sostenes. Las clientas se las enrollaban como toallas por todas las tetas, por el pelo. La Sra. Héronde, en plena batalla, apechugaba con las transformaciones. Construyó boleros en «Irlanda fuerte» que estaban hechos para durar veinte años. ¡Meros caprichos, por desgracia! Después del Grand Prix, los montaron sobre alambres, pasaron a ser pantallas de lámpara... A veces, la Sra. Héronde, ya es que sentía tal cansancio, que confundía todos los encargos; así, nos entregó «baberitos» bordados que debían ser edredones... Se armaban unos dramas de la leche, entonces... la clienta echaba sapos por la boca, ¡y amenazaba con los tribunales! La desesperación era increíble; había que pagar por el perjuicio, y en eso se iban dos meses de macarrones... La víspera de mi examen, hubo un volcán en la tienda. La Sra. Héronde acababa de teñir en amarillo narciso un «salto de cama», ¡que debía ser, claro está, como «vestido de novia»! ¡Un golpe como para morirse!... ¡Menuda metedura de pata! ¡La clienta nos iba a matar!... ¡Y eso que estaba escrito y bien claro en la libreta!... Sollozaba, la Sra. Héronde, hundida, abajo, abrazada a mi madre. ¡Mi padre, en el primero, rugía!

«¡Ah! ¡nunca aprenderás! ¡Siempre demasiado buena! ¿Es que no te he avisado bastante? ¿Que nos van a llevar a la ruina? ¡Todas tus costureras!... ¡Ah! Mira, ¡imagínate que yo cometiese sólo la cuarta parte de un error así en laCoccinelle!... ¡Ah! ¡la que me esperaba en la oficina!» La hipótesis era tan horrible, ¡que ya se sentía perdido!... ¡Empalidecía!... Lo hacíamos sentar... ¡Listo!... Yo reanudaba mis deberes de aritmética... Me hacían repasar con él... Entonces yo no podía abrir la boca, me hacía ver visiones, con lo que se embarullaba en sus propias explicaciones. Me ponía a hacerlo al revés... Yo que apenas entendía nada de antemano... Me daba por vencido... Él la tomaba con mis fallos... Me consideraba incorregible... Y yo a él lo más gilipollas que ha parido madre... Se ponía a berrear otra vez por mis «divisiones». Se liaba hasta la raíz... Me daba otra zurra... Me arrancaba las orejas... Decía que me reía... Que me burlaba de su jeta...

Mi madre asomaba un momento... Él se ponía aún más furioso... ¡Gritaba que quería morir!

La mañana del examen, mi madre cerró la tienda para poder animarme mejor. Era en la Escuela Municipal cerca de Saint-Germain-l’Auxerrois, en el propio cobertizo. Por el camino me recomendaba que tuviese confianza en mí mismo. Era un momento solemne, se acordaba de Caroline, eso la hacía lloriquear otra vez...

Mientras rodeábamos el Palais-Royal, me hizo recitar las «Fábulas» y la lista de los departamentos... A las ocho en punto, delante de la verja, ahí estábamos, listos para que nos inscribiesen. Endomingados, todos los chavales, y requetelimpios, pero de lo más nerviosos y las madres también.

Primero fue el dictado, luego problemas. No era demasiado difícil, lo recuerdo, bastaba con copiar. Formábamos parte, nosotros, de los suspendidos de otoño, de la convocatoria anterior. Para casi todos era una tragedia... Los que querían entrar de aprendices... En el oral tuve mucha suerte, me tocó un buen señor muy corpulento, con la nariz cubierta de verrugas. Llevaba una gran chalina, un

poco al estilo del tío Arthur, pero no era un artista... Farmacéutico había sido, en la Rue Gomboust. Algunos lo conocían. Me hizo dos preguntas sobre plantas... De eso yo no tenía ni idea... Se respondió a sí mismo. Yo estaba muy confuso. Después me preguntó la distancia entre el Sol y la Luna y luego la Tierra y el otro lado... Yo no me atrevía a comprometerme... Tuvo que repescarme. Sobre la cuestión de las estaciones yo sabía un poquito más. Mascullé vaguedades... La verdad es que no era exigente... Acababa todo por mí.

Entonces me preguntó qué iba a hacer en el futuro, si aprobaba.

«Voy a entrar», dije sin fuerzas, «en el comercio.»

«¡El comercio es duro, hijo!»... me respondió. «¿No podría esperar un poco quizás?... ¿Un año más acaso?...»

No debí de parecerle fuerte... De repente creí que me cateaba... Pensé en el regreso a casa, en el drama que iba a provocar... Sentí que me subía un vértigo... Creí que me iba a desmayar... el corazón me latía como loco... Me agarré a la mesa... El viejo me vio palidecer...

«¡No, hijo, no!», fue y me dijo. «¡Tranquilo, hombre! ¡Esto no tiene importancia! ¡Lo voy a aprobar! ¡Va usted a entrar en la vida! ¡Ya que tanto le interesa!»

Fui a sentarme de nuevo en el banco, ¡a distancia, frente a la pared!... Pese a todo, estaba muy preocupado. Me preguntaba si no sería una mentira cómoda... Para librarse de mí. Mi madre estaba delante de la iglesia, en la placita, esperando los resultados...

No habían acabado todos... Quedaban algunos chavales... Ahora los veía yo, a los otros. Farfullaban las confidencias, por encima del tapete... el mapa de Francia, los continentes...

Desde que me había dicho lo de entrar en la vida, yo los miraba, a mis compañeros, como si nunca los hubiera visto... El terror a suspender los mantenía clavados a la mesa, se retorcían como en una trampa.

¿Eso era entrar en la vida? Intentaban en ese momento mismo dejar de ser simples chavales... Se esforzaban por hacer buen papel, para aparentar ser ya hombres...

Nos parecíamos todos bastante, así vestidos, con delantal; eran niños como yo, hijos de pequeños comerciantes del centro, artesanos, «verbeneros»... Estaban todos bastante escuchimizados... Desorbitaban los acáis, jadeaban como perritos, con el esfuerzo por responder al viejo...

Los padres, pegados a la pared, contemplaban la ceremonia... Lanzaban unas miradas a sus churumbeles que para qué, como puñales, unas ondas como para cortarles la respiración.

Los chavales no acertaban ni una... se encogían aún más... El viejo era incansable... Respondía por todo el mundo... Era la convocatoria de los cretinos... Las madres enrojecían cada vez más... Anunciaban unas zurras... Olía a escabechina en la sala... Por fin habían pasado todos los chavales... Ya sólo faltaba el palmarés... No podía ser más hermoso, ¡puro milagro!... Al final, ¡todo el mundo aprobado! El inspector escolar lo proclamó desde el estrado... Llevaba una cadena sobre la panza, un gran dije que saltaba entre frase y frase. Farfullaba un poquito, se equivocó con todos los nombres... No tenía la menor importancia...

Aprovechó la ocasión para pronunciar unas palabras de lo más amables... y muy cordiales... muy estimulantes... Nos aseguró que, si nos comportábamos más adelante en la vida, en la existencia, con tanto valor, podíamos estar tranquilos, seguro que recibiríamos nuestra recompensa.

Yo me había meado en los calzoncillos y me había hecho caca con ganas. Me costaba trabajo moverme. No era el único. Todos los niños andaban torcidos. Pero a mi madre no se le había escapado el olor al abrazarme... Echaba tal peste, que tuvimos que apresurarnos. No pudimos decir adiós a los amiguitos... Los estudios habían acabado... Para volver más deprisa tomamos un simón...

Dejamos circular el aire... Eran unos cristales curiosos que no cesaron de bambolearse todo el trayecto. Ella volvió a hablar de Caroline. «¡Qué feliz habría sido al verte triunfar!... ¡Ah! ¡Espero que

pueda ver desde allá!...»

Mi padre esperaba en el primer piso, con las luces apagadas, los resultados... Había entrado él solo las cosas del escaparate, de tan nervioso que estaba...

«¡Auguste! ¡Ha aprobado!... ¿Me oyes?... ¡Ha aprobado!... ¡Ha pasado sin problemas!...»

Me recibió con los brazos abiertos... Volvió a encender las luces para verme. Me miraba con afecto. Estaba de lo más emocionado... Todo el bigote le temblequeaba...

«¡Muy bien, hijo! ¡Nos has dado muchos disgustos!... Pero, ¡ahora te felicito!... Vas a entrar en la vida... ¡El futuro es tuyo!... ¡Si sabes seguir el buen ejemplo!... Internarte por el camino recto... ¡Trabajar!... ¡Perseverar!...»

Le pedí perdón por haber sido siempre tan malo. Lo besé con todo mi corazón... Sólo, que apestaba tan fuerte, que se puso a olfatear.

«¡Ah! ¿Qué es esto?», dijo y me echó hacia atrás... «¡Ah! ¡será guarro!... ¡será cochino!... Pero, ¡si está todo cubierto de mierda!... ¡Ah! ¡Clémence! ¡Clémence!... ¡Llévatelo ahí arriba, hazme el favor!... ¡Otra vez me va a hacer montar en cólera! ¡Es repugnante!...» Fue el fin de las efusiones...

Me lavaron de lo lindo, me untaron agua de colonia.

El día siguiente, salimos en busca de una casa seria de verdad para que me iniciara en el comercio. Un sitio un poco severo incluso, donde no me dejaran pasar ni una.

Para aprender, ¡tiene que haber hostias! Era la opinión de Edouard. Tenía veinte años de referencias. Todo el mundo era de su parecer.

En el comercio, la buena presencia es absolutamente esencial. Un empleado que no la cuida es una vergüenza para sus patronos... ¡Por los zapatos, te juzgan!... ¡No parecer pobre por los pinreles!...

Prince Régent, delante de Les Halles, era una casa centenaria... ¡No se podía desear nada mejor! Tenía fama desde siempre por las formas feroces y en punta... «pico de pato», de vestir. Las uñas se te meten todas en la carne, ¡es el muñón de los elegantes! Mi madre me compró dos pares prácticamente eternos. Después pasamos enfrente a la Casa de Confecciones Classes Méritantes. Aprovechamos los saldos, había que acabar de pertrecharme.

Me compró tres pantalones, tan impecables, tan sólidos, que elegimos una talla un poco mayor, con dobladillo, para diez años. Aún debía crecer mucho. La chaqueta era de las más obscuras; además, llevaba el brazal, el luto por la abuela. Tenía que parecer lo más serio del mundo. En los cuellos tampoco hay que equivocarse... Por la anchura te salvas, mientras eres joven y delgaducho. La única coquetería permitida era la corbata ligera, de pajarita, con el nudo ya hecho. Un reloj con cadena, evidentemente, pero de tono obscuro también por el luto. Con todo eso, estaba presentable. Hasta el último detalle. Mi padre también llevaba un reloj, pero de oro, él, un cronómetro... En él contó todos los segundos hasta el fin... La aguja grande le fascinaba, por lo deprisa que corría. Se pasaba las horas muertas mirándola...

Mi madre me llevó en persona a casa del Sr. Berlope, Rubans Garnitures, Rue de la Michodière, justo después del Bulevar, para presentarme.

Como era muy escrupulosa, le informó por adelantado... Que si le iba a costar hacer carrera de mí, que si yo iba a dar mucha guerra, que si era bastante holgazán, desobediente por naturaleza y algo atolondrado. Eran ideas suyas... Yo hacía siempre lo que podía. Además, les avisó de que me hurgaba la nariz sin cesar, de que era una auténtica pasión. Recomendó que me avergonzaran. Que desde siempre había intentado corregirme, sin conseguir gran cosa... El Sr. Berlope, mientras escuchaba esos detalles, se limpiaba las uñas despacio... Con expresión seria y preocupada. Llevaba un chaleco impresionante salpicado con abejas de oro... Recuerdo también su barba en abanico y su gorra redonda y bordada, que no se quitó a nuestra llegada.

Por fin respondió... Intentaría meterme en cintura... Seguía sin mirarme... Si daba muestras de

buena voluntad, inteligencia y celo... Pues ya vería... Tras unos meses en una sección, tal vez me enviasen afuera... Con un corredor... Para llevar los muestrarios... Así conocería a los clientes... Pero antes de aventurarme, tendría que ver primero para qué servía yo... ¡Si tenía sentido comercial!... La vocación de empleado... La competencia... La abnegación...

Por lo que había dicho mi madre, no parecía probable...

Mientras hablaba, el Sr. Berlope, se pasaba el peine, por el pelo, se lo atusaba, se miraba de perfil; tenía espejos por todos lados... Era un honor que nos atendiera... Más adelante, mi madre lo repitió con frecuencia, que el patrón nos había hecho el honor de entrevistarnos en persona.

«Berlope e hijo» no tomaban a cualquiera, ni siquiera a prueba, ¡ni gratis siquiera!

La mañana siguiente, a las siete en punto, ya me encontraba en la Rue Michodière, delante de su cierre... Me apresuré a ayudar al recadero... Di vueltas a la manivela... Quería dar prueba de celo al instante...

Por supuesto, no fue Berlope en persona quien se ocupó de mis primeras armas, sino el Sr. Lavelongue... Ése, era evidente... era la mala hostia en persona. Te seguía el rastro todo el día, siempre en plan traidor, y desde el primer instante... No te dejaba ni un momento, siempre de puntillas, tras tus talones... Sinuoso, tras ti, de un pasillo a otro... Con los brazos caídos, listo para abalanzarse, derribarte... Al acecho del pitillo... de la más minúscula colilla... del pobre tío reventado que se sienta...

Me estaba quitando el abrigo y ya se puso a chamullarme.

«¡Soy su jefe de personal!... Y usted, ¿cómo se llama?»

«Ferdinand, señor...»

«Bien, pues voy a hacerle una advertencia... ¡Nada de payasadas en esta casa! Si de aquí a un mes no responde usted totalmente a nuestras esperanzas... Yo me encargo, ¿me oye usted? ¡me encargo de ponerlo de patitas en la calle! ¡Así mismo! ¿Está claro? ¿Entendido?»

Una vez que quedó bien claro, se escabulló como un fantasma entre las pilas de cajas... Seguía refunfuñando... Cuando creías que aún estaba lejos, lo tenías a un milímetro... Era jorobado. Se escondía tras las clientas... Los horterillas temblaban de canguelo de la mañana a la noche. Él nunca perdía la sonrisa, pero qué sonrisa... Lo que se dice de cabrón.

El follón, la confusión de los horterillas, es mayor con la sedería que con ningún otro tejido. Todos los anchos, los largos, las muestras, los retales que se desparraman, se enredan, se enroscan hasta el infinito... A la noche, un espectáculo desesperante. Unos revoltijos prodigiosos, enmarañados como zarzales.

Durante toda la jornada, las recaderas de la costura, piándolas siempre, venían a cacarear en los mostradores. Revolvían, protestaban, ensuciaban. Todo un delirio a base de cursilerías. Acababa culebreando bajo los taburetes...

Después de las siete, para volver a liarlo, ¡no veas! Muchas no hacían sino aumentar el pitote... Nos asfixiábamos entre tanto perendengue. Una orgía de «descabalados». Miles y miles de colores... Moarés, rasos, tules... Por dondequiera que pasasen, las chicharras, manoseando el material, no dejaban títere con cabeza. Ya no quedaba ni una caja disponible. Todos los modelos descabalados. Nos ponían verdes... ¡Y dale! ¡Todos los cabrones de la sección! Los dependientes gruesos y de cabellos lisos o de tupé como Mayol.[8]

Para enrollar estaban los machacas. Para devanar servían. Prender las cintas al palo. Dar vueltas a la cadeneta. Todos los aprendices con la pasamanería, la pana de Bérgamo... El baile de los tafetanes, los tornasolados... Todo el remanente, toda la avalancha fláccida de los «restos» en sus narices. En cuanto lo habían puesto todo en orden, se presentaban otras liantas... ¡volvían a desbaratarlo todo!... A deshacer de nuevo el trabajo de los cojones...

Con sus jetas, sus enredos, sus revuelos desagradables, sus muestras en la mano, siempre en busca de otro tono, el que no teníamos...

Además, yo tenía mis tareas, un trajín agotador... Las idas y venidas al almacén. Unas cincuenta veces al día. Estaba en el séptimo. Me chupaba todas las cajas. Cargamentos de artículos desechados, fardos para acá y para allá, o basura. Todas las devoluciones me tocaban a mí. Las marquisettes, los retales largos, todas las modas de una temporada muy mona me los transportaba siete pisos. Un trajín de la hostia, vamos. Como para reventar a un borrico. El cuello y la pajarita, con el ejercicio y el esfuerzo se me empalmaban hasta las orejas. Y eso que me lo almidonaban al máximo.

El Sr. Lavelongue me trató con dureza y mala fe. En cuanto llegaba una clienta, me hacía una seña para que me largara. Nunca debía andar por allí. Estaba impresentable... Lógicamente, a causa del polvo tan espeso del almacén y de la abundante transpiración, quedaba embadurnado hasta la coronilla. Pero, en cuanto había salido, empezaba a ponerme verde otra vez por haberme ido. No había modo de obedecer...

Los mierdas de las otras secciones, ya es que se tronchaban al verme trajinar así, al ver con qué rapidez pasaba de un piso a otro. Lavelongue no quería que yo descansara.

«¡Olé ahí la juventud, el deporte!...» Así mismo. Apenas había bajado, ¡ya me estaban endosando otro paquetón!... «¡Andando, monín! ¡Que a mí no me la das!»

No se llevaba bata en aquella época en los almacenes del Sentier, no estaba bien visto. Con currelos así, pronto se le empezó a ver la trama a mi preciosa chaqueta.

«¡Vas a costar más de lo que ganas!», se inquietaba ya mi madre. Era lo más fácil, ya que no cobraba nada de nada. Bien es verdad que en ciertos oficios los machacas pagaban por aprender. En una palabra, que me hacían un favor... No era el momento de ponerme a piarlas. La «ardilla» me llamaban los colegas, por el entusiasmo con que subía al almacén. Pero no por eso dejaba Lavelongue de darme el coñazo. No podía perdonarme que hubiera entrado gracias al Sr. Berlope. Sólo de verme, ya es que le daba un ataque. No soportaba mi jeta. Quería desanimarme.

Tampoco le hacían gracia mis calcos, que hacían demasiado ruido por las escaleras. Taconeaba un poco, claro, la punta me hacía un daño terrible, sobre todo al llegar la noche, parecían auténticos tizones.

«¡Ferdinand!», me interpelaba, «¡es que es usted el colmo! ¡arma usted solo más escándalo que una línea de autobús!...» Cómo exageraba.

Mi chaqueta cedía por todos los ángulos. Era un pozo sin fondo para los trajes. Hubo que hacerme otro, con uno viejo del tío Edouard. Mi padre no ganaba para disgustos; es que además, tenía problemas, y cada vez más fastidiosos, en la oficina. Durante sus vacaciones, los otros cabrones, los redactores, se habían aprovechado. Lo habían calumniado con ganas...

El Sr. Lempreinte, su superior, se lo creía todo a pie juntillas. Tenía ataques gástricos, ése. Cuando le dolía de verdad, veía tigres en el techo... Eso no favorecía la situación, precisamente.

Yo ya es que no sabía qué hacer para complacer en donde Berlope. Cuanto más trajinaba por la escalera, más tirria me tenía el Lavelongue. Ya es que no me podía ver ni en pintura.

Hacia las cinco, cuando iba a marcarse un cafelito, yo aprovechaba en el almacén para quitarme un rato los calcos; también lo hacía en el retrete, cuando no había nadie. En seguida, los otros maricones iban a chivarse al baranda. Lavelongue acudía a cien por hora, me tenía una manía... Al instante lo tenía encima.

«¿Va usted a salir o no, señor holgazán? ¿Eh? ¿A esto le llama usted trabajar?... ¡A cascársela por todos los rincones!... ¿Así quiere usted aprender? ¿Verdad? ¿Tumbado a la bartola y dándole al asunto?... ¡El ideal de esta juventud!...»

Yo me las piraba a otro escondite, para dejar respirar a los tachines. Me los pasaba por el grifo. A

causa de los calcorros recibía caña de todos lados, mi madre, que había hecho el sacrificio, nunca había reconocido que los había comprado demasiado estrechos. ¡La culpa era de mi vaguería! ¡Mi mala voluntad! Yo nunca tenía razón.

Allí arriba, en el almacén, donde trajinaba con mis cargamentos, trabajaba otro chaval, André, allí arreglaba las cajas, marcaba números con cera y brocha. Había entrado el año anterior, André. Vivía lejos, él, en las afueras, tenía que andar la tira... Sus andurriales quedaban más allá de Vanves, los «Cocoteros» se llamaba.

Tenía que levantarse a las cinco para no gastar demasiado en tranvías. Se traía su cestita, con toda la jalandria, cerrada con una varilla y, además, un candado.

En invierno no se movía, comía en su almacén, pero en verano iba a jalar a un banco del Palais-Royal. Se largaba un poco antes de la hora para llegar a mediodía en punto, no quería perderse la explosión de cañón. Le interesaba.

Tampoco se dejaba ver demasiado; tenía un catarro continuo, no cesaba de sonarse, incluso en pleno mes de agosto.

Sus pingos eran aún peores que los míos, meros jirones. Los otros machacas de abajo, como era un canijo, llevaba siempre las velas colgando de las napias y tartamudeaba para no decir nada, lo pinchaban; lo que querían era zumbarlo... Él prefería quedarse allí arriba, nadie iba a provocarlo allí.

Su tía, además, lo caneaba pero bien, sobre todo porque se meaba en la piltra, unas zurras de miedo, me las contaba con pelos y señales, las mías no eran nada a su lado. Se empeñaba en que fuera con él al Palais-Royal, quería enseñarme a las gachís, decía que hablaba con ellas. E incluso los gorriones comían las migas en su mano. Pero yo no podía ir. No podía retrasarme ni un minuto. Mi padre es que me había jurado que me encerraría en La Roquette, si me encontraban callejeando.

Además, es que, en punto a mujeres, era terrible mi padre; si sospechaba que tenía ganas de ir a probar un poco, se ponía como una fiera. Con cascármela tenía bastante. Me lo recordaba todos los días con el menor pretexto. Desconfiaba de André... Que si tenía las inclinaciones de la chusma... Que si era retoño de un golfo... Yo era distinto, tenía padres respetables, no debía olvidarlo; además, me lo recordaban todas las noches, al volver de donde Berlope, rendido, atónito. Como contestara, ¡me ganaba otra somanta!... ¡Para que no me echara a perder! Ya tenía demasiados malos instintos, ¡que a saber de dónde me vendrían!... Si hacía caso a André, seguro que me volvería un asesino. Mi padre estaba más que seguro de eso. Es que, además, mis sucios vicios le daban una de disgustos, de desdichas de las peores que le reservaba el destino...

De lo más horrorosos, mis vicios, así de cierto era y atroz. Ya no sabía él cómo salvarme... Ni yo cómo expiar... Hay niños intocables.

André olía mal, un olor más acre que el mío, lo que se dice olor a pobre. En su almacén apestaba. Su tía le cortaba el pelo bien corto, con sus propias tijeras; parecía hierba con una mata delante.

A fuerza de aspirar tanto polvo, los fideos de la nariz se le volvían masilla. No se despegaban nunca... Su mayor distracción era arrancárselos y después jalárselos tan ricamente. Como nos sonábamos con los dedos, entre el betún, los mocos y la tinta, nos poníamos perfectamente negros.

Tenía que despachar, André, al menos unas trescientas cajas al día... Ponía unos acáis como platos para ver en su sobradillo. Los alares ya sólo se le ajustaban con cordeles e imperdibles.

Desde que yo hacía de montacargas, él ya no tenía que pasar por las secciones; era mucho más cómodo para él. Se libraba de las hostias. Llegaba por el patio, se escabullía por la portería, la escalera de las criadas... Si había demasiados «números», yo me quedaba un poco para ayudarlo. En esos momentos me quitaba los calcos.

Para hablar, en su rincón, lo teníamos bastante fácil. Nos colocábamos entre dos vigas, al abrigo de las corrientes de aire, por lo de su nariz siempre.

En punto a pinreles, tenía potra, ya no crecía, André. Dos hermanos suyos vivían aún en casa de

una tía en Les Lilas. Sus hermanas, en cambio, seguían en Aubervilliers en casa de su viejo. Su viejo hacía la lectura de los contadores de gas de la región... Casi nunca lo veía, no tenía tiempo.

A veces, los dos, nos enseñábamos la picha. Además, yo le daba noticias de lo que se tramaba en las secciones, los andobas que iban a despedir, porque siempre había alguno que iba de cráneo... Sólo pensaban en eso, entre ellos, los machacas, en ponerse la zancadilla unos a otros... a base de chismes muy perniciosos... y, además, hablábamos también de las treinta y seis formas de ver el culo a las clientas, en cuanto se sentaban.

Algunas de las recaderas eran golfas de verdad... A veces levantaban a propósito el pie al aire sobre un taburete para que les viéramos el tesoro que tenían entre las piernas. Luego se largaban riendo... Una, al pasar yo, me enseñó las ligas... Me hacía ruidos con la boca, como si chupara... Subí arriba para decírselo a André... Nos preguntábamos los dos... cómo sería su coño, si soltaría mucho jugo, amarillo o rojo, si estaría ardiendo... y cómo serían sus piernas. Hacíamos ruidos también nosotros con la lengua y la saliva, imitábamos el besuqueo... Pero despachábamos, de todos modos, de veinticinco a treinta piezas por hora. Me enseñó a usar la aguja, André, que es lo esencial cuando se arreglan las piezas por el extremo... Después la punta al bies... el enfaldo del raso. Ahí se colocan a cada lado, como espinas... para cada una un golpecito seco... Hay que saber tratar las vueltas lisas sin ensuciarlas... Hay que lavarse los bastes primero. Auténtica técnica.

En casa, se daban cuenta de que yo no iba a durar demasiado donde Berlope, había empezado con mal pie... Lavelongue, al encontrarse a mi madre, aquí, allá, por el barrio, cuando hacía la compra, siempre se le quejaba. «¡Ay, señora! Su hijo no es malo, ¡eso desde luego! Pero, ¡menudo atolondrado está hecho!... ¡Ah, qué razón tenía usted!... ¡Una cabeza sin seso!... ¡No sé, la verdad, si vamos a poder hacer carrera de él!... ¡No puede tocar nada!... ¡Todo lo tira!... ¡Ay!, ¡Huy, huy!...»

Eran mentiras, una injusticia repugnante... Yo lo veía claro. Pues, ¡ya no me chupaba el dedo! ¡Esos cuentos asquerosos eran para que currelara de balde!... Se aprovechaba de mis padres... De que aún podían mantenerme... Despreciaba mi currelo para hacerme apencar gratis. De nada habría servido lo que yo dijera, lo que hiciese; si las hubiera piado, mis viejos no me habrían creído... Simplemente me habrían echado una bronca peor...

André, aunque era un pobre tío, cobraba, de todos modos, 35 francos al mes. Más no lo podían explotar... Mi padre se descuartizaba la imaginación a propósito de mi porvenir, ¿dónde iba a poder colocarme? Lo veía muy negro... Para una oficina no valía... ¡Menos aún que él, seguramente!... No tenía la menor instrucción... Si racaneaba en el comercio, ¡entonces iba a ser la ruina! Se hundía en seguida en la desesperación... Imploraba socorro... Y eso que yo me esforzaba... Me imponía entusiasmo a mí mismo... Llegaba al almacén con horas de adelanto... Para hacer méritos... Me marchaba el último... Y, aun así, no me miraban bien... No hacía sino gilipolleces... Estaba aterrado... Siempre me equivocaba...

Hay que haber pasado por eso para saber lo que es el canguelo obsesivo... Para que te pase por las tripas, hasta el corazón...

A menudo me cruzo, ahora, con indignados que las pían... Son unos pobres chorras tarados... unos maletas, vividores fracasados... Rebelión de sarasa... regalada, gratuita... Unos mantas, vamos...

¿De dónde la sacan?... del instituto de bachillerato, tal vez... Es de boquilla, palabras que se lleva el viento. El odio de verdad viene del fondo, de la juventud, perdida en el currelo sin defensa. Ése es el que liquida. Pero quedará aún, tan profundo, por todos lados. Chorreará por la tierra como para envenenarla, que no le crezcan sino cabronadas, entre muertos, entre los hombres.

Cada noche, al volver a casa, mi vieja me preguntaba si no me habían despedido... Siempre se esperaba lo peor. Durante la cena se volvía a hablar del asunto. Era el tema inagotable. Si me ganaría alguna vez la vida...

A fuerza de hablar de eso, el pan sobre la mesa me impresionaba. Ya casi no me atrevía a pedir más. Me apresuraba a acabar. Mi madre también comía rápido, pero aun así yo la irritaba:

«¡Ferdinand! ¡Otra vez! ¡Ni siquiera ves lo que comes! ¡Lo tragas todo sin masticar! ¡Lo engulles todo como un perro! ¡Mira la cara que tienes! ¡Estás transparente! ¡Verdoso!... ¿Cómo quieres que te aproveche? ¡Hacemos todo lo que podemos por ti! pero, ¡tú desperdicias el alimento!»

En el almacén, André gozaba de cierta calma. Lavelongue casi nunca subía. Con tal de que le diera al asunto de los números, no le hacían la puñeta demasiado.

A André le gustaban las flores, suele ser propio de impedidos, se las traía del campo, las conservaba en botellas... Decoraba todas las vigas del cuarto con ellas... Una mañana trajo incluso un enorme manojo de magnolias. Los otros lo vieron llegar... Les pareció el acabóse. Lo comentaron tanto delante de Lavelongue, que éste acabó subiendo allí arriba para comprobarlo. Menuda se ganó André, tuvo que tirar todo el manojo al patio...

Abajo, en las secciones grandes, eran todos unos chivatos, sobre todo los «expedidores»; en mi vida he conocido mierdas más cotillas, más hipócritas... Su única tarea era hacer paquetes.

Había un hortera, el gran Magadur, de la sección «Envíos-París», que era chivato con avaricia. Él fue quien calentó la cabeza a André, quien malmetió para que me retirara su aprecio... Con frecuencia hacían el camino juntos desde la Porte des Lilas... Lo engatusó para volverlo contra mi menda... Cosa fácil, era muy influenciable. Solo en su rincón, pasando las horas muertas en su almacén, se atormentaba fácilmente. Bastaba camelarlo, ponerlo a la defensiva un poco. Y ya no había quien lo parara... Cualquier trola se creía... Llego y me lo encuentro trastornado...

«¿Es verdad, Ferdinand?», va y me pregunta. «¿Es verdad? ¿Que quieres quitarme el puesto?»

Me pilló desprevenido la agresión... Me quedé alelado de la sorpresa... incapaz de reaccionar... Y él continuó...

«¡Anda, anda! ¡No te molestes! ¡Todo el mundo lo sabe en la tienda! ¡Sólo yo no lo sospechaba!... ¡Yo soy el gilipollas! ¡Y ya está!...»

Él, que ya era de color bastante pálido, se puso amarillo; él, que ya era horroroso con sus dientes mellados, sus mocos, ya es que había que apartar la vista, cuando se emocionaba... La cabeza tiñosa, además, los cabellos enredados, el olor. Ya es que no se le podía hablar... Me daba demasiada vergüenza...

Antes de que sospechara que yo quería guindarle el curro... habría preferido cien veces que me pusieran en la puta calle en el acto... Pero, ¿adónde ir después? Era una resolución transcendental... Muy superior a mis medios... Debía, al contrario, empeñarme, afanarme, para demostrarle mi inocencia... Intenté sacarlo de su error... Ya no me creía. El otro cabrón, el Magadur, le había comido el coco bien...

A partir de aquel momento, desconfiaba de lo lindo de mis menores intenciones. Ya no me enseñaba más la polla. Temía que fuera a contarlo. Se iba solo al retrete, a propósito, para fumar más tranquilo. Ya no hablaba más del Palais-Royal...

Entre dos garbeos al séptimo, para marcarme todos los cargamentos, caía hecho una braga bajo el artesonado, me quitaba los calcos, la chupa, esperaba a que se me pasara...

André hacía como que no me veía, se llevaba allá arriba a propósito Les Belles Aventures Illustrées. Se las leía solito. Las extendía por el suelo... Si le hablaba, aun a voz en grito... hacía como que no me oía. Seguía frotando las cifras con la brocha. Todo lo que yo dijera o hiciese le parecía sospechoso. Me consideraba un traidor. Si llegaba a perder su puesto, me lo había contado muchas veces, su tía le daría tal zurra, que acabaría en el hospital... ¡Así mismo! Estaba convencido desde siempre... Aun así, yo es que no podía resistir que me considerara un cabrón.

«Oye, André», fui y le dije, cuando ya no se me ocurría otra cosa, «¡deberías darte cuenta, joder,

de que no soy yo quien te quiere echar!...»

No me respondía nada aún, seguía mascullando ante sus imágenes... Leía en alto... Me acerqué... Miré yo también lo que contaba... Era la historia del Rey Krogold... Bien que la conocía, yo, esa historia... Desde siempre... Desde que la abuela Caroline... me enseñaba a leer con ella... Sólo tenía un número viejo, un solo ejemplar...

«Mira, André», fui y le propuse. «¡Yo sé cómo continúa esa historia! ¡Me la sé de memoria!...» Seguía sin responder. Pero, aun así, le estaba haciendo mella... Estaba interesado... No tenía el otro número...

«Mira», proseguí... Aproveché la circunstancia. «Toda la ciudad de Cristiania se había refugiado en la iglesia... En la catedral, bajo las bóvedas, cuatro veces mayores que las de Notre-Dame... Se arrodillaron todos... dentro... ¿Oyes?... Temían al Rey Krogold... ¡Pedían perdón al cielo por haberse metido en la guerra!... ¡Por haber defendido a Gwendor!... ¡El príncipe felón!... Ya no sabían dónde meterse... ¡Eran cien mil bajo la bóveda!... ¡Ya nadie se atrevía a salir!... Estaban tan paralizados por el miedo, ¡que ya ni siquiera recordaban sus oraciones!... ¡Farfullaban con ganas! viejos comerciantes, jóvenes, madres, curas, caguetas, niños, chavalas guapas, arzobispos, alguaciles, se jiñaban todos en los alares... Se prosternaban unos sobre otros... Una amalgama terrible... Gruñían, gemían... Ni siquiera se atrevían a respirar, ante la gravedad de la situación... Suplicaban... Imploraban... Que no lo quemara todo el Rey Krogold... Sino sólo un poco los arrabales... ¡Que no lo quemara todo para castigarlos!... ¡Necesitaban los mercados! ¡los graneros, la balanza, el presbiterio, el Palacio de Justicia y la Catedral!... La Santa Cristiania... ¡La más magnífica de todas! ¡Ya es que nadie sabía dónde meterse! De apretados que estaban... Ya no sabían cómo desaparecer...

»Se oyó entonces, desde abajo, desde el otro lado de las murallas el estruendo que subía... Era la vanguardia del Rey Krogold... la ráfaga de los rudos herrajes sobre el puente levadizo... ¡Ah! ¡sí, desde luego! ¡Ya la caballería de escolta!... El Rey Krogold estaba ante la puerta... Se alzó sobre los estribos... Se oyeron restallar mil armaduras... Los caballeros que cruzaban todo el arrabal Stanislas... La inmensa ciudad parecía desierta... Ya no había nadie ante el Rey... A continuación el tropel de los lacayos... La puerta nunca era bastante ancha... Los carros quedaron atrancados... Destriparon las altas murallas a cada lado... ¡Todo se desplomó!... Los furgones, las legiones, los bárbaros se precipitaron, las catapultas, los elefantes, trompa en alto, irrumpieron por la brecha... En la ciudad todo estaba mudo, transido... Atalayas... Conventos... Viviendas... Tenderetes... Nada se movía...

»El Rey Krogold se detuvo en los primeros peldaños del atrio... A su alrededor, los 23 dogos ladraron, se abalanzaron, treparon... Su jauría era famosa por los combates con osos y uros... Habían descuartizado, esos molosos, bosques enteros... del Elba a los Cárpatos... Krogold, pese al estruendo, oyó el rumor de los cánticos... de esa multitud amontonada, escondida, acorralada bajo la bóveda... Esa triste oración... Los enormes batientes giraron... Entonces vio, Krogold, que ante él había un hormiguear... En el fondo de aquellas sombras... ¿Todo un pueblo refugiado?... Temía una traición... No quería entrar... Los órganos retumbaron... Su fragor se desencadenó por los tres pórticos... ¡Desconfianza!... ¡Aquella ciudad era felona!... ¡Siempre lo sería!... Lanzó al preboste la orden de que vaciaran al instante las tres bóvedas... Tres mil lacayos se abalanzaron, aporrearon, machacaron... rompieron huesos... La muchedumbre cedía, volvía a formarse en torno a ellos... se estrellaba contra las puertas... se aglomeraba en los contornos... Los espadachines se veían desbordados... En vano cargaban y cargaban... El Rey, aún en la silla, esperaba... Su percherón, enorme y peludo, piafaba... El Rey devoró una enorme tajada de carne, una pierna de cordero; le asestó un mordisco, con los colmillos... Despedazó, rabioso... Y ahí abajo, ¿qué? ¿Es que no avanzaban?... El Rey se irguió otra vez sobre sus estribos... Era el más fuerte de la horda... Silbó... Llamó... Reunió la jauría a su alrededor... Blandió la pierna de cordero por encima de su corona... La lanzó al vuelo... a lo lejos, a las sombras... Cayó en el centro de la iglesia... En medio de los acurrucados... Toda la jauría arrancó

aullando, saltando por todos lados... Los dogos desgarraron, a diestro y siniestro... desollaron... arrancaron... Un pánico atroz. Se intensificaron los alaridos... Toda la riada presa del terror se lanzó hacia los pórticos... Un torrente... una avalancha hasta los puentes levadizos... Contra las murallas, fueron a aplastarse... Entre las picas y los carros... Ahora el Rey tenía ante sí el camino expedito... Toda la catedral era suya... Arreó su caballo... Entró... Ordenó silencio absoluto... A la jauría... a la gente... al órgano... al ejército... Avanzó dos cuerpos más... Pasó los tres pórticos... Desenvainó despacio... su inmensa espada... Hizo con ella una gran señal de la cruz... Y después la lanzó a lo lejos... muy lejos, volando... ¡Hasta el centro mismo del altar!... ¡La guerra había terminado!... Su hermano, el obispo, se acercó... Se arrodilló... Iba a cantar su "credo"...»

¡Ajá! Digan lo que digan, un cuento así causa su efecto. A André, en el fondo, le habría gustado que continuara... que añadiese más detalles... Le gustaban mucho las historias bonitas... Pero temía que lo influyera... Andaba hurgando en el fondo de su caja... Revolvía sus hierritos... sus brochas... No quería que lo hechizara... Que volviéramos a ser amigos como antes...

Aquella misma tarde, volví a subir con otra carga... Seguía sin hablarme... Yo estaba cansadísimo, me senté. Quería a toda costa que me hablara. Dije: «Oye, André, también me sé todo el capítulo siguiente, cuando se van todos los comerciantes a Palestina... Con Teobaldo a la Cruzada... Y dejan para guardar el castillo... al trovador, con Wanda, la princesa... ¿No sabes nada de todo eso, tú? ¡Es apasionante! la venganza de Wanda, sobre todo, cómo lava su injuria con sangre... cómo va a humillar a su padre.».

André era todo oídos. No quería interrumpirme, pero yo los oí, los pasos sigilosos en el pasillo... No quería deshacer el encantamiento. ¡De repente vi en el cristal de la ventanita la jeta de Lavelongue!... Di un salto... Debía de haber subido al instante para atraparme... Seguro de que se habían chivado... Me sobresalté... Me volví a poner los calcos... Él sólo me hizo una señita...

«¡Muy bien! ¡muy bien, Ferdinand! ¡Luego ajustaremos cuentas! ¡No se mueva, muchacho!...»

No se hizo de esperar. El día siguiente llegué a mediodía y mi madre me informó...

«Ferdinand», empezó en seguida... ya totalmente resignada, absolutamente convencida... «El Sr. Lavelongue acaba de salir de aquí... ¡en persona!... ¡él mismo! ¿Y sabes lo que me ha dicho?... ¡No quiere volver a verte por el almacén! ¡Ya está! ¡Buena la has hecho! Ya estaba descontento, pero es que ahora, ¡es el colmo! Según me ha dicho, ¡te pasas las horas muertas escondido en el desván!... ¡En lugar de avanzar con tu trabajo!... ¡Y corrompes a André!... ¡Te ha sorprendido! ¡No lo niegues!... ¡Contándole historias! ¡y asquerosas, encima!... ¡No te atreverás a negarlo! ¡Con un chico del arroyo! ¡Un hijo abandonado! El Sr. Lavelongue nos conoce desde hace diez años, ¡por suerte, Dios mío! ¡Sabe que no tenemos nada que ver! ¡Sabe lo que trajinamos! Los dos, tu padre y yo, ¡para darte lo necesario!... ¡Sabe de sobra lo que valemos! ¡Nos aprecia! Nos tiene consideración. Me ha pedido que te traiga a casa... Por consideración hacia nosotros, no te despedirá... ¡Nos evitará esa afrenta!... ¡Ah! ¡cuando se lo diga a tu padre!... ¡Se va a poner enfermo!...»

Conque llegó él, justo entonces volvía de la oficina. Cuando abrió la puerta, ella se puso a contarle... Al oír el caso, él se sujetaba a la mesa. No daba crédito a sus oídos... Me miraba de arriba abajo, alzaba los hombros... Se le volvían a bajar de pesadumbre... ¡Semejante monstruo superaba su entendimiento! No bramaba... Ya ni siquiera me pegaba... No sabía cómo afrontarlo... Se rendía. Se balanceaba en su silla... «¡Huy!... ¡Huy!... ¡Huy!...», decía sólo a cada vaivén... De todos modos, al final dijo:

«Entonces, ¿eres aún más desnaturalizado, más hipócrita, más abyecto de lo que yo me imaginaba, Ferdinand?»

Después miró a mi madre, la ponía por testigo de que no había que probar más... Que yo no tenía remedio...

Yo mismo estaba abrumado, me buscaba dentro, a ver de qué vicios inmensos, qué depravaciones

inauditas, podía ser culpable... No los descubría... Estaba indeciso... Encontraba multitudes, no estaba seguro de nada...

Mi padre levantó la sesión, se subió al dormitorio, quería pensar a solas... Yo dormía en plena pesadilla... Veía todo el rato a André, contando horrores al Sr. Berlope...

La tarde siguiente, fuimos, mi madre y yo, a buscar el certificado... El Sr. Lavelongue nos lo entregó en persona... Además, quiso hablarme...

«¡Ferdinand!», dijo. «Por consideración hacia sus padres, no lo despediré... ¡Ellos se lo llevan a usted!... ¡Por su propia voluntad! ¿Comprende la diferencia?... Siento pena, créame, al verlo marchar de nuestra casa. Pero es que, en fin, ¡con su mala conducta ha sembrado usted mucha indisciplina por todas las secciones!... ¡Yo, verdad, soy responsable!... ¡Castigo! ¡Es justo!... Pero, ¡que este fracaso le haga reflexionar seriamente! ¡Lo poco que ha aprendido le servirá, seguro, en otro sitio! ¡Ninguna experiencia es inútil! Conocerá usted a otros patronos, ¡tal vez menos indulgentes aún!... Necesitaba usted esta lección... Bueno, pues, ¡ya la ha aprendido usted! ¡Ferdinand! ¡Y que le sea de provecho!... ¡A su edad todo se corrige!...» Me estrechaba la mano con mucha convicción. Mi madre estaba emocionada lo indecible... Se secaba los ojos con el pañuelo.

«¡Discúlpate, Ferdinand!», me ordenó, cuando nos levantamos para marcharnos... «¡Es joven, señor, es joven!... Agradece al Sr. Lavelongue que te haya dado, pese a todo, un certificado excelente... ¡Anda, que no te lo mereces!»

«No tiene importancia, querida señora, ni la menor importancia, se lo aseguro. ¡Es lo más normal! ¡Ferdinand no es el primer joven que comienza con mal pie! ¡Ah, no, no! Mire, dentro de diez años, será él mismo, estoy seguro, quien venga a decirme... aquí... ¡A mí! en persona:

»“Señor Lavelongue, ¡hizo usted bien! ¡Es usted un hombre bueno! ¡Gracias a usted comprendí!”... ¡Hoy no me lo perdona! Pero, ¡es lo más normal!...» Mi madre protestaba... Él me daba palmaditas en el hombro. Nos mostraba la salida.

Al día siguiente, para el almacén, enviaron a otro muchacho... Me enteré... No duró tres meses... Se derrumbaba contra todas las barandillas... El trabajo lo mataba.

Pero yo nada ganaba con ser culpable o inocente... Estaba convirtiéndome en un auténtico problema para toda la familia. El tío Edouard se puso a buscar otra colocación para mí, de recadero, para que volviera a empezar. Ya no le resultaba tan fácil... Tenía que cambiar de «ramo»...

Ya tenía yo un pasado... Más valía no hablar del asunto. Así se decidió, por cierto.

Una vez pasada la sorpresa, mi padre se puso a machacar otra vez... Reanudó el inventario de todos mis defectos uno por uno... Buscaba los vicios emboscados en el fondo de mi carácter como si fueran fenómenos... Lanzaba gritos diabólicos... Volvían a darle ataques... Se veía perseguido por un carnaval de monstruos... Para todos los gustos... Judíos... intrigantes... arribistas... Y sobre todo masones... No sé qué tendrían que ver con eso... Siempre con sus manías a vueltas... Se debatía tanto en el diluvio, que acababa olvidándome...

La tomaba con Lempreinte, el monstruo de las gastritis... con el Barón Méfaize, su director general... con quienquiera y cualquier cosa, con tal de poder irritarse y sulfurarse... Armaba un follón terrible, todos los vecinos se tronchaban.

Mi madre se arrastraba a sus pies... Él no cesaba de bramar... Volvía a ocuparse de mi suerte... Me veía las peores inclinaciones... ¡Una desvergüenza increíble! A la postre, ¡se lavaba las manos!... ¡como Poncio Pilatos!... decía... Se descargaba la conciencia...

Mi madre me miraba... «su cruz»... Se resignaba con tristeza... Ya no quería abandonarme... Pues era evidente que acabaría en el patíbulo, me acompañaría hasta el final...

Sólo teníamos una cosa en común, en la familia, en el Passage, la angustia del papeo. Pero con

ganas. Desde los primeros suspiros, la sentí... Me la endosaron en seguida... Estábamos todos obsesionados con eso, todos, en casa.

Para nosotros el alma era el canguelo. En cada cuarto, el miedo a fracasar rezumaba de las paredes... Por él nos costaba trabajo tragar, nos saltábamos todas las comidas, perdíamos el culo en los recados, zigzagueábamos como pulgas por los barrios de París, de la Place Maubert a Etoile, con pánico de las denuncias, de los vencimientos, del cobrador del gas, la obsesión por las contribuciones... Nunca tuve tiempo de limpiarme el culo, con tantas prisas.

Desde que me despidieron de la casa Berlope, tuve, además, yo solito, la angustia de no levantar cabeza nunca más... He conocido miserables, parados, y a centenares, aquí y en todos los rincones del mundo, hombres que estaban, todos, al borde de acabar lampando... ¡No habían sabido salir adelante!

Yo, mi placer en la existencia, el único, a decir verdad, es el de ser más rápido que «los barandas» en lo del despido... Me huelo el golpe bajo de antemano... Me lo veo venir a mucha distancia... Me lo noto, en cuanto se changa un currelo... Ya tengo otro pequeñito que empuja en el otro bolsillo. El baranda es lo más cerdo que existe, sólo piensa en ponerte en la calle... El espanto de verdad es el de verse un día «boqueras», sin empleo... Yo siempre he tenido uno en el bote, como quien se vacuna... Me la trae floja cuál sea... A base de garbeos por las calles, montañas y leoneras. Algunos eran tan extraños, que ya ni tenían forma, ni contorno, ni gusto... Me es igual... No tienen la menor importancia. Cuanto más asco me dan, más tranquilo me quedo...

Me horrorizan, los currelos. ¿Por qué habría de hacer distinciones?... No seré yo quien los ensalce... Con qué ganas me cagaría en ellos, si me dejaran... Sólo se merecen eso...

Al tío Edouard le iba cada vez mejor en la mecánica. Vendía sobre todo en provincias, linternas y accesorios para el automóvil. Por desgracia, yo era demasiado joven para acompañarlo. Debía esperar aún... Tenían que vigilarme, además, con lo que acababa de ocurrir...

El tío Edouard no era tan pesimista sobre mi caso, ¡no lo consideraba tan irremediable! Decía que si no valía para un currelo sedentario, tal vez pudiera ser, en cambio, un empleado de buten, un hacha como representante.

Se podía probar... Pero con buena presencia, sobre todo ropa excelente... Para estar aún más a tono, me hicieron parecer dos años mayor, con cuello extraduro, de celuloide, pues había hecho trizas todos los demás. También me pusieron polainas, bien grises, sobre los calcos, para que los pies no parecieran tan grandes, reducirme un poco los pinreles, no hacer tanto bulto sobre los felpudos. A mi padre todo aquello lo dejaba escéptico, ya es que no creía en mi porvenir. Los vecinos, en cambio, se preocupaban por mí, me colmaban de consejos... No daban ni un céntimo por mi carrera... Hasta el guarda del Passage me era contrario... Entraba en todas las tiendas, al hacer la ronda del alumbrado. Divulgaba los cotilleos. Repetía a todo el mundo que yo iba a acabar de macarra, bastante parecido a mi padre, en su opinión, quien sólo servía para incordiar a la gente... Por suerte, estaba Visios, el gaviero, que era, en cambio, más indulgente, comprendía mis esfuerzos, sostenía la opinión contraria, que yo no era mal muchacho. Todo eso era motivo de mucho comentario... pero yo seguía parado... Tenían que encontrarme un patrón.

Se preguntaron, entonces, qué papel iba a representar yo... Mi madre lo que más deseaba era que fuese joyero... Le parecía muy decoroso. Dependientes atildados, bien vestidos, de punta en blanco incluso... Y, además, que manejaban tesoros tras mostradores deslumbrantes. Pero un joyero es de lo más exigente en punto a confianza. ¡No para de temblar por sus joyas! ¡No duerme por miedo a que le roben! ¡a que lo estrangulen e incendien!... ¡Ah!

Cosa indispensable, ¡la probidad escrupulosa! Por ese lado, ¡no teníamos nada que temer! Con padres como los míos, tan meticulosos, tan maniáticos de la honradez en los negocios, ¡yo tenía unas referencias de la hostia!... ¡Podía ir a presentarme ante cualquier patrón!... El más obsesionado... el

más receloso... ¡conmigo podía estar tranquilo! Nunca, por lejos que se remontaran, habían conocido, en toda la familia, un ladrón, ¡ni uno!

Una vez decidido, preparamos el terreno. Mi madre salió a la caza, entre los que conocíamos... No necesitaban a nadie... Pese a mis excelentes aptitudes, me resultó difícil de verdad, que me tomaran, ni siquiera a prueba.

Me equiparon de nuevo, para volverme más seductor. Estaba resultando tan caro como un enfermo. Había desgastado todo el traje... Había agujereado los calcos... Además de polainas variadas, me compraron un nuevo par de calcos, de la marca inglesa Broomfield, de suelas rebosantes, a prueba de agua de verdad. Los elegimos varios números mayores, para que me duraran por lo menos dos años... Yo resistía muy resuelto la estrechez y el empeine. Parecía un buzo por los bulevares...

Una vez maqueado así, pusimos rumbo a las direcciones de que disponíamos, mi madre y yo, el día siguiente mismo. El tío Edouard nos las pasaba, todas las que conseguía por los amigos; las demás las buscábamos en la guía. La Sra. Divonne era quien guardaba la tienda todas las mañanas hasta el mediodía, mientras nosotros perdíamos el culo por ahí en busca de una colocación. No podíamos perder ni un minuto, la verdad. Nos marcamos todo el Marais, puerta tras puerta, e incluso las transversales, la Rue Quincampoix, la Rue Galante, la Rue aux Ours, la Vieille-du-Temple... Todo ese barrio nos lo peinamos, como lo cuento, piso tras piso...

Mi madre cojeaba detrás... ¡Ta! ¡ga! ¡dac! ¡Ta! ¡ga! ¡dac!... Me proponía a las familias, a los pequeños comerciantes de los cuchitriles, en cuclillas tras sus tarros... Me ofrecía con mucha habilidad... Como un utensilio sobrante... Un peón muy valioso... nada exigente... lleno de astucia, celo, energía... Y, sobre todo, ¡que menudo si corría! Muy ventajoso, en una palabra... Bien vestido ya, lo más obediente... Ante nuestro tímido timbrazo, entreabrían la burda... desconfiados al principio... pitillo en ristre... me diquelaban por encima de las gafas... Me guipaban un buen rato... No les hacía gracia... Ante sus batas hinchadas en pliegues, mi madre entonaba la cantilena:

«¿No necesitaría usted por casualidad un joven representante?... Yo soy su mamá. He venido a acompañarlo... Está deseoso de cumplir... Es un joven muy decente. Además, no le cuesta nada, puede usted informarse... Tenemos una tienda desde hace diez años, en el Passage aux Bérésinas... ¡Un muchacho criado en el comercio!... Su padre trabaja en una oficina de la Coccinelle-Incendie... Supongo que la conocerá usted... No somos ricos, ninguno de los dos, pero no tenemos ni un céntimo de deudas... Cumplimos con nuestros compromisos... Su padre trabaja en el ramo de seguros...»

Cada mañana nos marcábamos, por lo general, quince, de todos los gustos y colores... Engastadores, lapidarios, pequeños fabricantes de cadenas, timbaleros e incluso tipos que han desaparecido, como los orfebres de la cortadera y cinceladores de ágatas.

Se ponían a diquelarnos otra vez... Dejaban de lado las lupas para ver mejor... si no seríamos unos bandidos... ¡escapados del trullo!... Cuando se tranquilizaban, ¡se volvían amables e incluso complacientes!... Pero es que no necesitaban a nadie... ¡De momento! No tenían presupuesto para gastos generales... Hacían las visitas por la ciudad personalmente... Se defendían en familia, todos juntos, en sus minúsculos cuchitriles... En los siete pisos que daban al patio, estaban como excavados, sus bujíos, parecían covachuelas, alvéolos de talleres en hermosas casas antiguas... Ya no podían guardar las apariencias. Se amontonaban todos allí. La esposa, los churumbeles, la abuela, todo el mundo apalancado al negocio... Como máximo, un aprendiz para las fiestas de Navidad...

Cuando mi madre, tras agotar todos sus argumentos, para seducirlos pese a todo, les ofrecía que me tomaran gratis... ¡les daba un sobresalto que para qué! Se rajaban con ganas. ¡Nos daban con la puerta en las narices! ¡Desconfiaban de los sacrificios! Era un indicio de lo más chungo. ¡Y había que volver a empezar! Mi madre insistía en la confianza, no parecía dar resultado. ¿Proponerme sencillamente para aprendiz de engastador o para la fresa de metales nobles?... Era ya demasiado tarde... Nunca iba a adquirir la habilidad en los dedos... Ya sólo podía ser un pobre diablo, un

representante externo, un simple «mocito»... Tenía malogrado el futuro en todos los sentidos...

Cuando volvíamos a casa, mi padre me preguntaba cómo había ido... A fuerza de fracasos, se iba a volver majareta. Se debatía toda la noche entre los espejismos atroces... Tenía, en la chola, material como para amueblar veinte manicomios...

Mi madre, a fuerza de escaladas, tenía las piernas torcidas... le parecía tan extraño, que no podía estarse quieta... Daba vueltas en torno a la mesa y ponía unas muecas... Sentía tirones en los muslos... Los calambres la torturaban...

Aun así, el día siguiente temprano, nos lanzábamos a escape hacia otras direcciones... la Rue Réaumur, la Rue Greneta... La Bastille y Jeûneurs... Vosges, sobre todo... Tras varios meses de mendigar así, de escaleras, contactos y sofocos, sin nada que rascar, mi madre se preguntaba, de todos modos, si no se me vería en la nariz que era un pequeño rebelde, un granuja inútil... A mi padre ya es que no le cabía duda... Hacía mucho que estaba seguro... Su convicción se reafirmaba todas las noches, cuando regresábamos con las manos vacías... Desconcertados, jadeantes, deshechos, empapados de tanto patearnos las calles al galope, mojados por encima, debajo, del sudor y la lluvia...

«¡Es más difícil colocarlo que liquidar toda la tienda!... ¡y eso que, bien lo sabes tú, Clémence, es un quebradero de cabeza infernal!»

Para algo era instruido él, sabía comparar, sacar conclusiones.

Ya mi treno anterior estaba deforme por todos lados, en las rodillas tenía bolsas enormes; las escaleras son mortales. Por suerte, llevaba un sombrero de mi padre. Teníamos la misma talla. Como no era nuevo precisamente, lo llevaba todo el tiempo en la mano. Lo desgasté por el borde... Era espantoso, en aquella época, lo educados que éramos...

Ya era hora de que el tío Edouard me encontrara por fin una buena dirección. Se estaba volviendo insoportable, nuestra mala pata. Ya no sabíamos a quién acudir. ¡Un día, de todos modos, se resolvió!... Apareció a mediodía, de lo más radiante, exultante. Estaba seguro del asunto. Había ido a verlo personalmente, al tipo, un patrón cincelador. ¡Seguro que me daba trabajo, ése! ¡Estaba hecho!

Gorloge, se llamaba; vivía en la Rue Elzévir, en un piso, en el quinto. Se dedicaba sobre todo a las sortijas, los broches y las pulseras labradas y, además, las reparaciones de poca monta. Aceptaba cualquier chapuza. Vivía a salto de mata. No era hombre difícil. No se le caían los anillos...

Edouard nos infundió confianza. Estábamos impacientes por verlo. Ni siquiera acabamos el queso, fuimos perdiendo el culo, mi madre y yo... El autobús, los Bulevares, la Rue Elzévir... Cinco pisos... Aún estaban en la mesa, cuando llamamos al timbre. Comían sopa de pan también, tazones enteros y, además, macarrones gratinados y para acabar nueces. Esperaban nuestra visita. Mi tío me había elogiado. Llegábamos en el mejor momento... No doraron la píldora... No intentaron aparentar... Estaban pasando por una crisis de la hostia, con sus joyas cinceladas... Lo confirmaron en seguida... Mala racha desde hacía doce años... Aún seguían esperando la recuperación... Revolvían cielo y tierra... pero la resurrección no llegaba... Los clientes tenían otras cosas en que pensar. Era la ruina...

El Sr. Gorloge aguantaba, de todos modos, resistía... Aún tenía esperanzas... Se maqueaba igual que el tío Arthur... como artista arrogante exactamente, con perilla, chalina, calcos en punta y, además, una blusa vaporosa cubierta de lamparones de morapio... Estaba arrellanado a gusto. Fumaba, ya es que no se lo veía tras las volutas... Las dispersaba con la mano.

La Sra. Gorloge estaba sentada en el taburete, frente a él, con los chucháis aplastados contra la mesa. Estaba regordeta, un tetamen espléndido... se le salían del delantal. Estaba cascando nueces a puñados... desde muy arriba, con un golpe tremendo, como para rajar todo el mueble a lo largo. Estremecía el taller... Una señora mujer... Antigua modelo... Más adelante me enteré... Tipo que me gustaba mucho.

De sueldo ni siquiera hablamos. Temíamos ser indiscretos. Ya se vería... Yo creía que no

ofrecería nada. De todos modos, se decidió, justo cuando nos íbamos. Dijo como si tal cosa que podía contar con un sueldo fijo... treinta y cinco francos al mes... desplazamientos incluidos... Además, podía tener esperanzas... una prima curiosita, si con mis esfuerzos levantaba la artesanía del cincelado. Le parecía demasiado joven... pero no tenía importancia, puesto que tenía el fuego sagrado... era hijo de gente del gremio... ¡Había nacido en una tienda!... El trato se estaba poniendo interesante... cháchara agradable por un tubo...

Volvimos al Passage completamente entusiasmados... con el cielo abierto. Terminamos la comida. Vaciamos los tarros de mermeladas. Mi padre se tomó tres vasos de vino. Se tiró un pedo con ganas... Llevaba mucho sin hacerlo... Abrazamos al tío Edouard... El viento volvía a hinchar las velas, tras la terrible penuria.

La mañana siguiente temprano, ya me encontraba en la Rue Elzévir, para recoger mi colección.

El Sr. Gorloge, arrellanado como lo sorprendí, creí que me había olvidado... Estaba ahí, ante la ventana, abierta de par en par, contemplando los tejados... Tenía entre las rodillas un gran tazón de café con leche... No daba ni golpe, era evidente. Le divertía, la perspectiva... los millares de patios del Petit Marais... Ponía expresión soñadora... Se le extraviaba como en un sueño... Es que puede fascinar, hay que comprenderlo. El hermoso encaje de las pizarras... Todos los reflejos que desprende... Los colores enmarañados. Los canalones retorcidos. Y los pajaritos brincando... Todas las columnas de humo culebreando por encima de los abismos de sombra...

Me hacía señas para que cerrara el pico, escuchase también las cosas... Contemplara ese decorado... No le gustaba que lo molestasen... Debí de parecerle un poco bruto. Ponía mala cara.

De arriba abajo un guiñol, alrededor del patio, en todas las ventanas... las jetas asomadas al acecho... pálidos, calvos, grandullones... Chillando, refunfuñando, silbando... Y otros clamores, además... Una regadera que se volcaba, saltaba, caía hasta los adoquines... El tiesto de geranios que resbalaba... Como una bomba sobre la portería. Estallaba hecho añicos. La portera salía de su caverna... Se ponía a berrear. ¡Asesinos! ¡Canallas asesinos!... La marimorena en toda la queli... Todos los andobas asomados a los tragaluces... Se ponían verdes... Se lanzaban lapos... Se provocaban por encima del vacío... Todo el mundo vociferando... Ya no se sabía quién tenía razón...

El Sr. Gorloge se colgó de la ventana... No quería perderse ni una palabra... El espectáculo le resultaba apasionante... Cuando volvió la calma, se quedó desconsolado... Lanzó un suspiro... otro... Volvió a sus rebanadas de pan con mantequilla... Se sirvió otro tazón... Me ofreció también a mí...

«Ferdinand», dijo por fin al cabo de un momento, «¡tengo que repetírselo! ¡que no va a ser una sinecura vender mis artículos!... Ya he tenido diez representantes... ¡Eran muchachos muy formales! ¡Y bien valientes!... De hecho, usted hace el número doce, porque también yo, verdad, he intentado colocarlos por ahí... ¡En fin! ¡Vuelva mañana, pues!... Hoy no me siento en forma... ¡Ah! pero, ¡no, hombre! ¡Quédese un poquito más!... El Sr. Antoine está a punto de llegar... ¿Tal vez sería mejor que se lo presentara?... Pues no, mire, ¡váyase, váyase!... ¡Yo le diré que lo he contratado a usted!... ¡Menuda sorpresa se va a llevar!... ¡No le hacen gracia, los representantes! Es mi oficial de primera... ¡El encargado del taller, de hecho!... ¡Tiene un carácter difícil! ¡Ah! ¡ya lo creo! ¡Ya verá usted! ¡Me es muy útil! ¡Ah! ¡eso desde luego!... ¡Ya se dará en cuenta en seguida! ¡Me presta buenos servicios! ¡Ah! ¡hay que reconocerlo!... También le presentaré a Robert, nuestro aprendiz... ¡Es muy majo! Se entenderán en seguida, ¡estoy seguro! Él le entregará la colección... Está en el armario... Un conjunto único... Compréndalo... Pesa lo suyo, la verdad... Unos catorce, quince kilos... ¡Sólo modelos!... Cobre, plomo... ¡Las primeras piezas datan de la época de mi padre!... ¡La de cosas bonitas que tenía! ¡Únicas! ¡Únicas! ¡En su casa vi el Trocadero!... ¡Enteramente cincelado a mano! ¡montado como una diadema! ¿Se da usted cuenta? Lo han llevado ya dos veces... Aún conservo la fotografía. Un día se la enseñaré...»

Estaba harto, Gorloge, de darme explicaciones... Volvía a ser presa del hastío... Hizo otro esfuerzo... Puso los calcos sobre la mesa... Lanzó un largo suspiro... Llevaba zapatillas bordadas, es como si las volviera a ver... Gatitos corriendo a su alrededor...

«Bueno, pues, ¡márchese, Ferdinand!... Salude a su madre... ¡De mi parte!... Al pasar ante la portera, dígale que telefonee desde el café del 26... Que pregunte de mi parte en el Hôtel des Trois Amiraux... A ver si Antoine está enfermo... Es un chico lunático... A ver si le ha ocurrido algo... Lleva dos días sin venir... Que me lo grite por el patio... Dígale que busque en la guía... ¡El Hôtel des Trois Amiraux!... ¡Dígale que encargue que me suban leche!... ¡La patrona no se encuentra muy católica!... ¡Que encargue que me suban el periódico!... ¡Uno cualquiera!... ¡Mejor Les Sports!»

El día siguiente no, el otro, vi, por fin, la colección... Gorloge no exageraba... ¡Quince kilos!... Pesaba al menos el doble... Me había indicado vagamente algunos modos de «presentación»... Sin embargo, no se pronunciaba... No tenía preferencias. Yo tenía libertad para actuar... Se fiaba de mi buen gusto... Yo me esperaba chismes horribles, pero confieso que casi me caigo de culo al ver de cerca aquellos trastos... Era increíble... Nunca había visto tantos horrores y adefesios juntos... Era disparatado... Un infierno de bolsillo...

Todo lo que abrían era espantoso... Puros mamarrachos y ludiones... en plomos alambicados, torturados, requetetrabajados, como para revolver el estómago... Toda la crisis del simbolismo... Jirones de pesadillas... Una «Samotracia» de masilla... Otras «Victorias» con pendulillos... Collares de medusas enredadas como serpientes... ¡Y más quimeras!... Cien alegorías para anillos, a cuál más plasta... Me esperaba una buena... Todo aquello para los dedos, la cintura, la corbata. ¿Colgar eso de las orejas?... ¡Imposible de creer!... ¿Y comprarlo? ¿Quién? ¡Huy, la Virgen! ¿Quién? Había toda clase de dragones, diablos, duendes, vampiros... Toda la formación horrible de los esperpentos... El insomnio de un mundo entero... Toda la furia de un manicomio en baratijas... Pasaba de la cursilería a la atrocidad... Hasta en la tienda de mi abuela en la Rue Montorgueil, los cascajos más charros eran rosas a su lado...

No iba a poder salir adelante nunca con cachivaches tan chungos. Empezaba a comprenderlos, a los otros diez capullos que me habían precedido. Debían de haber sudado la gota gorda... Artículos así de espantosos ya no se encontraban en las tiendas. Desde los últimos románticos, los escondían con espanto... Tal vez se los pasaran dentro de la familia... en las herencias, pero con muchas precauciones... Ya es que era arriesgado incluso, exhibir tales ingredientes ante gente desprevenida... Nuestra colección furibunda... ¡Podían creerse insultados!... Ni siquiera Gorloge se atrevía ya... Es decir, ¡en persona! ¡Ya no desafiaba la corriente de las modas!... El heroísmo, ¡para un chorra como yo!... ¡Yo era el representante supremo!... Nadie había resistido más de tres semanitas...

Él se reservaba la ronda de las reparaciones sencillas... Para mantener el taller en marcha en espera de que volviese la moda... Conservaba conocidos aquí y allá, en las tiendas... Amigos de épocas mejores que no querían dejarlo palmar. Le pasaban encargos de engastes... Las chapuzas cargantes. Pero él no daba golpe... Se lo endiñaba todo a nuestro Antoine. Lo suyo era el cincelado... No quería deshacerse la mano en tareas inferiores, perder así, por una cosa de nada, su clase y su reputación. Ni hablar. En eso no daba su brazo a torcer.

Yo, a las nueve, ya había subido a su casa, no esperaba a que bajase... En seguida me lanzaba hacia París, armado de mi celo y «kilos» de muestrarios... Como estaba destinado al «exterior», ¡me cargaron con avaricia!... Pero me iba el asunto. De la Bastille a la Madeleine... Grandes distancias por salvar... Todos los bulevares... Todas las joyerías, una por una... Sin contar las callejuelas transversales... Desanimarme habría sido ya imposible... Para hacer que los clientes volvieran a gustar los cincelados, habría hecho trizas la Luna. Me habría jalado mis «dragones». Acabé haciendo yo mismo todas las muecas al caminar... Escrupulosamente empedernido, esperaba mi turno en la

banqueta de los representantes, ante el pasillo de los compradores.

¡Había acabado creyéndome el renacimiento del cincelado! ¡Tenía una fe a prueba de bombas! Ya es que no veía siquiera a los demás colegas. Ésos se tronchaban sólo de oír mi nombre. Cuando llegaba mi turno ante la ventanilla, me acercaba muy afable, muy meloso. De detrás de la espalda, a la chita callando, sacaba mi estuche, el menos atroz... Lo colocaba sobre el mostrador... El bestia ni siquiera se molestaba en darme explicaciones... Me indicaba con un gesto que me largara... Que daba asco, vamos...

Conque me lancé mucho más lejos. La pasión no permite el cálculo. Chorreando en mi concha o consumido por la sed según el tiempo y la estación, me marqué hasta las tiendas más pequeñas, los relojeros más insignificantes y deprimentes, acurrucados en sus arrabales, entre el tarro y el quinqué...

De La Chapelle a Les Moulineaux, los recorrí todos. Encontré interés por mis productos en un chamarilero de Pierrefitte, en un trapero de Saint-Maur. Volví a visitar a los que dormitan en torno al Palais-Royal, los que están allí desde los tiempos de Desmoulins, bajo los soportales de Montpensier... los escaparates del Pas-Perdu... los comerciantes que han perdido la esperanza, tiesos y lívidos en su mostrador... Ya no quieren vivir ni morir. Najé hacia el Odéon, en los alrededores del teatro, los últimos joyeros parnasianos. Ni siquiera la diñaban de hambre, digerían el polvo. Tenían también sus modelos, de plomo, casi idénticos, suficientes para fabricarse mil ataúdes y otros collares mitológicos... Y tal montón de amuletos, una masa tan espesa, que se hundían en la tierra con sus locales... Hasta los hombros... Desaparecían, se volvían egipcios ya. Ya ni me respondían. Ésos me dieron miedo, la verdad...

Volví a lanzarme hacia los suburbios... Cuando en la caza al entusiasmo me había internado demasiado lejos, me había sorprendido la noche, me sentía un poco perdido, en seguida me marcaba un autobús, para no volver demasiado tarde, de todos modos. De los treinta y cinco francos mensuales, mis padres me dejaban quince... Se me iban en transportes. Sin proponérmelo, por necesidad, me volvía bastante gastador... En principio, claro está, debería haber ido a pie... pero, ¡es que entonces se gastaban los zapatos!...

El Sr. Gorloge pasaba también por la Rue de la Paix, siempre para las chapuzas. Habría podido gustar mucho a los patronos; lo malo era que no acababa de agradar porque no iba demasiado limpio, por la barba. Iba siempre cubierto de costras... Su «sicosis», como él decía...

Muchas veces lo vi, al abrigo de una puerta cochera, rascándose... con avaricia. Reanudaba la marcha tan contento... Siempre llevaba en los bolsillos sortijas por modificar, cambiar de talla. Un broche por soldar... de los que nunca cerraban. Una cadena por reducir... un chirimbolo... otro... Suficiente para dar que hacer en la queli... No era avaricioso.

Antoine, el único compañero, era quien se marcaba todos esos trabajillos. Gorloge no daba golpe. Cuando yo subía por los bulevares, me lo cruzaba, lo veía de muy lejos... No caminaba como todo el mundo... Le interesaba la multitud... Diquelaba en todas direcciones... Yo veía girar su sombrero. También era de notar su chaleco de lunares... tipo mosquetero...

«¿Qué tal, Ferdinand?... ¿Al ataque? ¿Eh? ¿En la brecha? ¿Y qué? ¿Cómo va?...»

«¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Señor Gorloge!...»

Me erguía para responderle, pese a la terrible carga de mis bultos... El entusiasmo no decaía. Sólo que, de no ganar nada, de no vender nada, de caminar siempre con una colección tan pesada, adelgazaba cada vez más... Salvo en los bíceps, claro está. Seguían creciéndome los pies. Y el alma... y todo... Me volvía sublime...

Cuando volvía de mi representación, me marcaba, además, algunos recados, encargos para el taller. A un artesano, a otro. Al almacén, a buscar estuches. Todo estaba en la misma calle.

Robert, el aprendiz, estaba mucho más ocupado remachando engastes, perfilando «calados» o

incluso barriendo el local. Nunca había armonía precisamente, en casa de los Gorloge. Se tiraban los trastos a la cabeza con ganas, más aún que en mi casa. Sobre todo entre Antoine y el patrón, continuamente se armaba una que para qué. Ya no quedaba ni sombra de respeto, sobre todo el sábado por la tarde, cuando hacían cuentas. Antoine nunca estaba contento... Ya fuera a destajo, por horas o por semanas o por el sistema que fuese, nunca dejaba de piarlas. Y eso que no dependía de nadie, no había otros obreros. «¡Ya se lo puede usted meter en el culo, el taller de los cojones! Ya se lo he dicho mil veces...»

Así se hablaban. El otro ponía una cara que daba risa. Después se rascaba la barba... Estaba tan nervioso, que se comía las escamas.

Algunas noches Antoine se ponía tan furioso por los cuartos, que lo amenazaba con tirarle el tarro a la jeta... Yo siempre pensaba que se iría... Pero, ¡qué va!... Se estaba volviendo una auténtica costumbre, como en nuestra casa...

Pero la Sra. Gorloge no se preocupaba como mi madre... no dejaba de hacer punto por los alborotos y berridos. Pero Robert, en cuanto se mascaba la tragedia, se apalancaba rápido bajo el banco... No se perdía ni un detalle de la corrida. Y sin recibir ni un capón. Contemplaba el espectáculo, mientras se comía una rebanada de pan con mantequilla...

Cuando no quedaba ni un chavo para Antoine el sábado, en el último momento se encontraban, de todos modos, unos cuartos en el fondo de un cajoncito para completar la suma... Un expediente u otro. Quedaba incluso una «providencia» en la gran alacena de la cocina... El cargamento de los camafeos... ¡La reserva abracadabrante!... ¡Nuestro último recurso!... ¡El tesoro de las mitologías!... No había que vacilar.

En las semanas de graves carestías, yo iba a pulirlos al peso en cualquier sitio... ¡a cualquiera!... al Village Suisse... al Temple, enfrente... Al montón, en la Porte Kremlin... Siempre se sacaban unos cinco francos...

Desde que el cincelado había pasado de moda, ni un gramo de oro había permanecido más de tres días en casa de los Gorloge. Las pocas piezas para reparar que se conseguían, se devolvían en seguida, en la misma semana. Nadie tenía demasiada confianza... Los sábados me marcaba tres y cuatro entregas, a la Place des Vosges, a la Rue Royale, ¡a paso ligero una vez más! En aquella época no se tenía en cuenta la dureza del trabajo. Hasta mucho más adelante no se empezó a comprender, en una palabra, que ser obrero es un coñazo. Sólo había algunos indicios. Hacia las siete de la tarde en pleno verano no hacía fresco en el Bulevar Poissonnière, cuando volvía de mis odiseas. Recuerdo que en la fuente Wallace, bajo los árboles del Ambigu, te metías dos o tres tragos de agua, había cola incluso... Echabas un descansito por un rato, sentado en las escaleras del teatro. Había rezagados venidos de todas partes, tomando aliento... Era un punto de reunión perfecto para recogecolillas, hombres-anuncio, carteristas al acecho, corredores de apuestas, representantes modestos y los «boqueras», los desempleados de todas clases, en cantidad, a docenas... Se hablaba de las dificultades, de las apuestillas que se podían hacer... de los caballos por los que apostar y de las noticias del velódromo... La Patriepasaba de mano en mano, con las carreras y los anuncios...

Ya se cantaba la «Matchiche», la canción de moda... Todo el mundo la silbaba contoneándose en torno al quiosco... Esperando su turno para mear... Y después otra vez al cruce. El polvo más denso salía de las obras del Temple... Estaban cavando para el metro... Después los jardincillos, los callejones, Greneta, Beaubourg... La Rue Elzévir se hacía muy cuesta arriba... así, ¡hacia las siete! En la otra punta del barrio.

Robert, el aprendiz, enviaba toda la paga, doce francos a la semana, a su madre, que vivía en Epernon; además, recibía la manutención y dormía bajo el mostrador, en un colchón que él mismo plegaba por la mañana. ¡Con el chaval me anduve con ojo! Fui muy prudente, no conté historias, no

quería meter la pata...

Antoine, el único obrero, era de lo más hueso, le daba un tortazo por menos de nada. Pero le gustaba el sitio, de todos modos, porque a partir de las siete estaba tranquilo. Se lo pasaba bomba por la escalera. En el patio había la tira de mininos y les llevaba los restos. Al subir por los pisos, diquelaba por todas las cerraduras... Era su mayor distracción.

Cuando nos conocimos mejor, fue él quien me lo contó todo. Me enseñó su sistema para mirar dentro de los retretes y ver mear a las gachís, en nuestro propio descansillo, dos agujeros en el montante de la puerta. Luego volvía a colocar unos taponcitos. Así las había visto a todas, y también a la Sra. Gorloge, que incluso era la más guarra, según había visto, por la forma de alzarse las faldas...

Era mirón por instinto. Al parecer, la Sra. Gorloge tenía muslos como monumentos, unos pilares enormes, y, además, una pelambrera en el chocho que subía hasta taparle todo el ombligo... La había visto, Robert, con el mes y todo... Tenía manchas rojas por todos lados y sangraba tanto, que salpicaba por todo el retrete, todo el chumino le chorreaba... Nunca se hubiera podido imaginar un bul tan tremendo... Prometió enseñármelo y otra cosa aún más fuerte, otro agujero que había hecho, algo ya cojonudo, en la propia pared de la alcoba, junto a la cama. Y, además, otra posición... Subiendo por encima del horno... en el rincón de la cocina, te descolgabas por el tragaluz y es que veías la piltra entera.

Robert se levantaba a propósito para eso. Los había contemplado muchas veces, a los Gorloge, mientras follaban. El día siguiente, me lo contaba todo, sólo que no se tenía en pie... Se le cerraban los ojos, de tanto cascársela...

El currelo de Robert era sobre todo las filigranas... Pasaba por los «calados» más minúsculos con una lima del tamaño de un cabello... Además, daba la pátina a todos los acabados... No eran rejillas siquiera... auténticas telas de araña... A fuerza de fijarse en las piezas, le dolían los acáis... Entonces interrumpía para regar el taller.

Antoine no le pasaba ni una, le tenía fila. A mí tampoco me tragaba. Nos habría gustado sorprenderlo cepillándose a la patrona. Al parecer, ya había ocurrido... Robert lo afirmaba siempre, pero no estaba seguro... Tal vez fuese un simple cuento. En la mesa era insoportable, Antoine; nadie podía contradecirlo. Al menor comentario que no le gustara, se cabreaba y ya estaba recogiendo sus herramientas. Le prometían un aumento... Diez francos... cinco incluso... «¡Vete a la mierda!», respondía en la cara al pobre Gorloge... «¡Me tienes contento!... ¿Qué andas prometiendo, si no tienes ni para comprarte unos calcos?... ¡Anda, déjate de cuentos!»

«¡No se enfade, Antoine! ¡Le aseguro que nos recuperaremos!... ¡Un día!... ¡Estoy convencido!... ¡Pronto!... ¡Antes de lo que usted cree!...»

«Sí, sí! ¡Por mis cojones nos vamos a recuperar!... ¡Cuando yo sea obispo!...»

Así mismo se respondían. Ya no había límites. El patrón lo toleraba todo. Tenía demasiado miedo de que se fuera. No quería dar ni puto golpe él... No quería estropearse las manos. En espera de la reactivación... Su placer era el café con leche y, además, mirar por la ventana mientras se fumaba su pipa... El Panorama del Marais... Sobre todo si llovía un poco... Le molestaba que le habláramos... Podíamos hacer lo que quisiéramos. Siempre que no le pidiésemos nada. Nos lo decía con toda franqueza: «¡Hagan como si yo no estuviera!».

Yo seguía sin encontrar compradores, ni al «mayor» ni al «menor»... No había modo de quitarse de encima mis chucherías ni mis quimeras... Pese a haberlo intentado todo... De la Madeleine a la Bastille... Recorrido todo... probado todo... Ni a una puerta había dejado de llamar, antes o después, de la Bastille a Saint-Cloud... Todas las chamarilerías... las relojerías... desde la Rue de Rivoli hasta el cementerio de Bagneux... Hasta los judíos más insignificantes me conocían... Todos los orfebres... Siempre me daban calabazas... No querían nada... Aquello no podía seguir así... Hasta la mala racha

acaba cansándose...

Un día, por fin, me estrené. El milagro sobrevino en la esquina de la Rue Saint-Lazare... ¡Y eso que había pasado todos los días por allí!... Nunca me había detenido. Una tienda de objetos chinos... A cien metros de la Trinité. ¡Debería haber notado que les gustaban también las cursiladas! ¡Y de marca mayor! ¡Tenían vitrinas llenas! En serio, ¡auténticos horrores! Del estilo de las mías, en el fondo... Tan feas en una palabra... Pero ellos más que nada estilo salamandras... dragones volantes... budas sobre panzas enormes... completamente dorados alrededor... de ojos furibundos... Que humeaban por detrás del pedestal... Tipo «ensueño de opio»... Y filas de arcabuces y alabardas hasta el techo... con flecos y abalorios de luces intermitentes. Como para mondarse. Por ellos bajaban la tira de reptiles, que escupían fuego... Hacia el suelo... Enroscados a las columnas... Y cien quitasoles en las paredes flameando con incendios chillones y un diablo junto a la puerta, de tamaño natural, envuelto en sapos, y con acáis desorbitados por diez mil farolillos...

Puesto que vendían cosas semejantes, se me ocurrió... astuto de mí... que podrían gustarles también mis articulillos personales.

Me armé de audacia y entré... con mis bultos, desembalé, farfullé al principio, lógicamente... por último, saqué mi camelo.

Era un andoba bajito con ojos rasgados y voz de vejestorio, muy cuco, menudito, llevaba también una túnica de seda rameada y chinelas sobre tablillas, chino de pies a cabeza, en una palabra, salvo el gorro... Al principio, no naqueró apenas... Pero, de todos modos, noté que le hacía tilín un poquito con mi gran surtido de sortilegios... mis mandrágoras... todas mis medusas en espiral... mis broches en pieles de Samotracia... ¡De rechupete para un chino!... Había que venir de tan lejos para apreciar mi surtido...

Por último, abandonó su reserva... Se mostró sinceramente emocionado incluso... Entusiasmado... Exultante... Tartamudeó de impaciencia... Me dijo así, de buenas a primeras... «Mire, joven, creo que voy a poder hacer algo por usted...» Y siguió canturreando...

Conocía a un aficionado cerca del Luxembourg... Un señor extraordinariamente distinguido... Un auténtico sabio... que se pirraba por las joyas de gran estilo y arte... mi tipo exactamente... Era manchú, el andoba, y estaba de vacaciones... me informó sobre sus gustos... No debía hablar demasiado alto... Detestaba cualquier clase de ruidos... Me dio su dirección. No era un hotel estupendo, estaba en la Rue Soufflot... El chino de la Rue Saint-Lazare sólo pedía para sí una «propinilla»... Si obtenía el pedido... Sólo un cinco por ciento... No era exagerado... Firmé su papelina... No perdí un segundo... Subí al autobús incluso, en la Rue des Martyrs.

Fui a ver al aficionado. Le enseñé mis cartapacios, me presenté. Abrí mis muestrarios. Tenía ojos más rasgados aún que el otro... También llevaba túnica. Le encantó lo que traía... Se puso muy elocuente, al descubrir cosas tan bellas...

Entonces me enseñó en el mapa, de dónde venía... De la otra punta del mundo y de un poco más lejos incluso, en el margen izquierdo... Era un mandarín de vacaciones... Deseaba llevarse una joya, pero quería que se la cincelaran... Conocía incluso el modelo, el único que le gustaba... Debía hacerlo yo... ¡Un pedido de verdad!... Me explicó dónde podía ir a copiarlo... Estaba en el Museo Galliera, segundo piso, vitrina del centro... No podía equivocarme, me hizo un dibujito. Me escribió el nombre con mayúsculas: «SAKYA-MUNI» se llamaba... ¡El dios de la felicidad!... Quería que fuera muy exacto, para el alfiler de la corbata, porque allí, según me dijo: «Me visto a la europea. ¡Soy el encargado de hacer justicia!»

Tenía una idea muy clara... Confianza total. Me puso doscientos francos en la mano, para que comprara el metal precioso... Era más cómodo. Así no perderíamos tiempo...

Debí de poner, seguro, cara de buda yo mismo, al coger las dos sábanas... Me dejaron turulato sus extraños modales... Subí el bulevar tambaleándome; iba tan alucinado, que casi me atropella un

coche...

Por fin llegué a la Rue Elzévir... Conté toda mi aventura... ¡La suerte inesperada!... ¡El renacimiento del cincelado! ¡Gorloge había acertado con su previsión!... ¡Pimplarnos todos juntos! ¡Me abrazaron! ¡Todo el mundo reconciliado!... ¡A cambiar los doscientos pavos! Ya sólo quedaban ciento cincuenta...

Gorloge y yo fuimos juntos al museo a dibujar el famoso monigote. Estaba muy interesante en su vitrinita, absolutamente solo y tan campante, en una sillita plegable, desternillándose él solito, con un báculo al lado...

Nos lo tomamos con toda la calma, copiamos, redujimos el esbozo a escala 100/1... Preparamos una maqueta pequeña... Todo salió perfecto. Me las guillé con Robert al Banco Judío-Suizo, en la Rue Francoeur, a buscar cien francos en oro «de dieciocho» y cincuenta francos de soldadura... Lo guardamos bien, el lingote, bajo cerradura doble en la caja fuerte... Hacía cuatro años que no se guardaba metal para pasar la noche en la Rue Elzévir... Cuando hubo concluido el modelado, lo enviamos a moldear... ¡Tres veces seguidas se equivocaron!... Tuvieron que volver a empezar... ¡Es que no entienden nunca, los fundidores!... Pasaba el tiempo... Acabábamos irritándonos... Y por fin chanelaron. No quedó mal, en conjunto... Empezaba a adquirir forma, el dios... Ya sólo faltaba el acabado, pulir, burilar la pieza...

Y, mira por dónde, en ese preciso momento, se produjo un contratiempo... Los gendarmes vinieron a buscar a Gorloge... Toda la casa conmocionada... Era para que fuese inmediatamente a cumplir sus veintiocho días... Ya no tenía derecho a prórroga ninguna... Ya las había disfrutado todas... No podía interrumpir las grandes maniobras... Tenía que abandonar el «dios de la felicidad» a medias... No se podía hacer aprisa y corriendo... Había que esmerarse...

Puesto que no podía retrasarlo más, Gorloge decidió lo siguiente... Que lo concluyera Antoine... Que lo acabase poquito a poco... Y que yo lo entregara... Ya sólo quedaban cien francos por cobrar... ¡Para eso iría Gorloge en persona!... ¡Lo especificó claramente!... Cuando volviera del servicio... Conservaba una desconfianza de la leche.

Si gustaba al chino, haríamos otros, ya está, ¡Sakya-Munis de oro! No nos dejaríamos detener por tan poca cosa. Nos prepararíamos un porvenir color de rosa... El renacimiento del cincelado tal vez viniese de Extremo Oriente... ¡Ah!, toda la escalera, la nuestra, la B, retumbaba con nuestra historia, estaban que trinaban todos los chapuceros de los pisos, no se lo creían, ¡que tuviéramos tanta suerte! ¡Una potra semejante! Ya andaban diciendo por ahí que recibíamos cheques de Pekín.

Gorloge remoloneaba hasta el último segundo. Iba a tener problemas. Antoine y él se turnaban en la tarea. Había detalles insensatos, tan diminutos, tan ínfimos, que ni siquiera con lupa se veían del todo. En la sillita... el báculo... y, además, en la boquita sobre todo... Una sonrisa minúscula... ¡eso era difícil de lograr! Seguían rebajando el grano con una herramienta aguda, afinada como una uña... Ya no le faltaba casi nada... ¡Era la copia chachi! Pero, aun así, era preferible que Antoine reflexionara un poco más... Continuase cuatro o cinco días después... El resultado sería un currelo refinado...

Gorloge se decidió por fin, tenía que largarse. Los gendarmes volvieron otra vez...

La mañana siguiente, lo vi, cuando llegué, estaba vestido de soldado de pies a cabeza... Se había puesto el capote enorme, que le venía grande, con dos botones, con las hombreras altas como cucuruchos de patatas fritas... Quepis, borla verde y alares rojos haciendo juego... Así bajó... Robert llevaba su morral... Iba cargadísimo, con tres camembertsen primer lugar, y de los cargaditos de gusanos, que todo el mundo lo comentaba... Y dos litros de blanco, dos botellines de cerveza y un surtido de calcetines... y el camisón de lana para dormir al sereno...

Los vecinos bajaron todos en tropel de los pisos, en mono y chanclas... Escupieron con ganas y

empaparon las esteras... Le dieron ánimos. Yo lo acompañé, a Gorloge, hasta la Gare de l'Est, después del cruce del Bulevar Magenta. Le preocupaba mucho marcharse, justo cuando había ese pedido. Me repetía las instrucciones. Le angustiaba infinitamente no poder acabarlo él... Por fin, me dijo «adiós»... Me recomendó que me portara bien... Siguió el cartel... Ya estaba todo atestado de chorchis... Algunos andobas las piaban porque no dejábamos pasar con tanto paripé... Tuve que largarme...

Al llegar a la Rue Elzévir, cuando volví a pasar ante el cuchitril, la portera me llamó:

«¡Eh, oye!», me dijo. «¡Ven aquí un momento, Ferdinand!... Entonces, ¿qué? ¿Se ha marchado?... ¡Por fin se ha decidido! ¡Bien que se lo ha pensado!... ¡No va a pasar frío allí! ¡Menudas calorinas se va a chupar! Menos mal que se ha llevado algo de beber. ¡Las va a pasar canutas en las maniobras! ¡Anda y que le den por el culo, al muy cerdo! ¡Va a sudar la gota gorda, ese cornudo de tu patrón!...»

Me lo decía para tirarme de la lengua. Yo no respondí nada. Estaba hasta los huevos de cotilleos. ¡Sí, joder! Me estaba volviendo muy desconfiado... Razón tenía... ¡Y más que me habría de volver!... Los acontecimientos posteriores me lo demostrarían.

Desde que el patrón se las piró, Robert estaba que no podía contenerse. Quería a toda costa verlos, a Antoine y la patrona, quilando. Decía que habría de suceder, que era fatal... Era mirón por naturaleza.

Durante toda la primera semana no notamos nada... Para hacer funcionar el taller, ahora era yo quien pasaba por la Rue de Provence y por el Bulevar a la caza de reparaciones... Me traía lo que encontraba. Apenas era suficiente. Ya no paseaba mi colección de acá para allá. Sólo habría conseguido que me pusieran de patitas en la calle.

Antoine continuaba con el bonzo, lo perfilaba a maravilla. Era un hacha. Hacia la segunda semana, sin más ni más, la patrona cambió de repente de actitud. Ella, que era bastante distante, que casi nunca me hablaba, cuando Gorloge estaba presente, se volvió de pronto muy amable, encantadora y abierta. Al principio, me pareció muy misterioso. Pero, en fin, no dije nada. Pensé que tal vez fuera porque me estaba volviendo más útil... Porque traía algunos trabajillos... Y eso que no aportaban pasta alguna... No nos pagaban ni una factura...

Gorloge, siempre desconfiado... había especificado claramente que no cobráramos ninguna factura... Que iría él en persona a cobrar, en cuanto regresara. Ya había avisado a los clientes.

Una mañana que llegué temprano, me encontré a la Sra. Gorloge ya levantada, paseándose por el cuarto... Aparentaba buscar algo por el banco... Vestía un camisón muy sedoso... Me pareció muy curiosa, singular... Se me acercó... Me dijo así:

«¡Ferdinand! Cuando vuelva esta tarde de los recados, ¿sería tan amable de traerme un ramito, por favor? Alegraría la casa...» También lanzó un suspiro... «Desde que mi marido se marchó, no he tenido ánimos para salir.»

Se paseaba, contoneando el bul. Quería seducirme. Era evidente. La burda estaba abierta de par en par, la de su alcoba... Yo veía su piltra... No chisté... No me moví... Subieron los otros de la tasca, Antoine y Robert... No les conté nada...

Por la noche subí tres peonías. Era lo único que podía comprar. Ya no nos quedaba nada en la caja. Por mi parte era más que suficiente. Sabía que no me las iban a pagar.

Y después fue Antoine, a su vez, quien se volvió muy cortés e incluso de lo más amistoso... Él, que no cesaba de darnos la polcata, una semana antes... Se estaba volviendo encantador... Ya no quería siquiera que yo bajase, que me marchara a mi currelo... Me decía así:

«¡Descanse!... ¡Quédese un poco en el taller! ¡Fíjese en las reparaciones!... ¡ya continuará la ronda más tarde!...»

Pese a habérnoslo tomado con calma, el alfiler quedó acabado... Volvió del pulidor. Me correspondía a mí entregarlo... Justo entonces, la patrona recibió una carta de Gorloge... Nos

recomendaba no apresurarnos... que guardáramos la joya en casa... Que esperásemos a su regreso. Que iría él en persona a llevársela al chino... Que, entretanto, si no me importaba, podía enseñar esa joya tan bella a algunos clientes aficionados...

De repente, ¡se acabó mi tranquilidad! Todo el mundo lo admiraba, cierto es, ese monigote... Estaba muy logrado, sobre su pavés, ¡el «Sakya-Muni» de oro macizo!... La tira de metal la verdad, ¡de dieciocho quilates!... ¡Sobre todo en la época de que hablo! ¡No se podía imaginar nada mejor!... Todos los vecinos, buenos conocedores, vinieron a darnos sus parabienes... ¡Honraba a la casa!... ¡El cliente no iba a poder quejarse!... Ya sólo faltaban diez días para que regresara Gorloge... Aún me quedaba bastante tiempo para pasearlo por las tiendas...

«¡Ferdinand!», me aconsejó la patrona, «¡déjelo aquí por la noche, ande, en el cajón!... Mire, ¡nadie lo tocará! ¡Ya lo recogerá mañana por la mañana!»

Yo prefería guardármelo en el maco, llevármelo a casa. Me parecía mucho más escrupuloso... Incluso lo sujetaba con un imperdible grande y dos pequeños a cada lado... Todo el mundo se cachondeaba... «¡No lo va a perder!», decían.

Por la situación de nuestro taller, justo bajo la pizarra, hacía un calor terrible; incluso a finales del mes de septiembre era tan agobiante aún, que no parábamos de privar.

Una tarde, por fuerza, Antoine ya es que no se tenía en pie. Gritaba tan fuerte, sus canciones, que se le oía en todo el patio y hasta en la portería... Había traído más ajenjo y la tira de galletas. Nos pusimos a jalar juntos. Nosotros dos, Robert y yo, éramos quienes poníamos a refrescar, bajo los grifos del descansillo, todo el cargamento de botellas. Las comprábamos a crédito, por cajas. Sólo que había problemas... los tenderos las piaban... Era una locura, en cierto modo... Todo el mundo había perdido la chaveta, por el calor y la libertad.

La patrona vino con nosotros. Antoine se sentó a su lado. Nos cachondeábamos al verlos magrearse. Él le buscaba las ligas. Le alzaba las faldas. Ella se reía como una pureta. Era tan irritante, que daban ganas de darle para el pelo... Él le sacó un chuchái. Ella se quedó como si tal cosa, encantada. Antoine nos sirvió lo que le quedaba en la botella. Robert y yo nos lo acabamos. Lamimos los vasos. Estaba más rico que el de Banyuls... Al final, todos estábamos borrachos. Fue el frenesí de los sentidos... Entonces Antoine le levantó las faldas del todo, a la patrona, ¡zas!, de un tirón. ¡Por encima de la cabeza!... Él se puso de pie también y después, tal como estaba, tapada así, la empujó hasta su alcoba. Ella seguía cachondeándose... Se reía como una loca... Cerraron la burda tras de sí... Ella no dejaba de troncharse.

Nosotros dos, Robert y yo, era el momento de que trepáramos al horno de la jalancia para presenciar el espectáculo... Era una alcándara perfecta... Se dominaba toda la piltra... No nos perdíamos ripio. Antoine, en seguida, la hizo caer de rodillas, a la chavalota... Estaba muy bestia... Ella tenía el culo al aire... Él le toqueteaba la raja... No encontraba el chumino... Rasgaba los volantes... Lo rasgaba todo... Y después la enganchó. Sacó el chuzo... Empezó a lanzarle viajes... Y no era en broma... Nunca me lo habría imaginado tan cachas... Yo no salía de mi asombro... Gruñía como un cerdo... Ella lanzaba estertores también... Y mucho más agudos, cada vez que él empujaba... Era cierto, lo que me había dicho Robert de su culamen... Ahora se le veían bien... los dos carrillos... rojos... enormes, ¡escarlatas!...

Los pololos, de finos volantes, estaban hechos jirones... los tenía empapados alrededor... Antoine se lanzaba con fuerza contra su popa... Se oía un castañeteo... Se agitaban como salvajes... La iba a liquidar con semejantes viajes... Él tenía el pantalón en las pantorrillas y arrastrando por el suelo... La blusa le molestaba y se la quitó de un tirón... Cayó a nuestro lado... Ahora estaba en pelotas... Solo le quedaban las zapatillas... las del patrón... los mininos bordados...

En su ardor por ventilársela, resbaló en la alfombra y fue a dar con la chola en la barra de la

cama... Echaba chispas como un ladrón... Se acariciaba el coco... Tenía chichones, se apartó... Volvió al asunto furioso. «¡Será puta!», saltó otra vez. «¡Será bicho!» ¡Le metió un rodillazo en todas las costillas!... Ella quería largarse, se andaba con melindres...

«¡Antoine! ¡Antoine! ¡que no puedo más!... te lo suplico, ¡déjame, amor!... ¡Ten cuidado! ¡No me vayas a hacer un churumbel! ¡Estoy empapada!...» Pero era puro paripé, ¡quería más!...

«¡Vale! ¡Vale! ¡guarra! ¡cierra el pico! ¡y abre el chocho!...» Él no la escuchaba, la puso en su sitio a cipotazos, con tres viajes tremendos en el vientre... Resonaba con fuerza... Se asfixiaba, la tía bicho... Sonaba como una fragua... Yo me preguntaba si iría a matarla... dejarla en el sitio... Le estaba dando caña con ganas, mientras la colocaba en su sitio. Bramaban como fieras... Ella se estaba corriendo... Robert ya no daba para más. Nosotros bajamos de nuestro trampolín. Volvimos al taller. Nos consideramos potrudos... Habíamos deseado espectáculo... Pues, ¡íbamos bien servidos!... Sólo que era peligroso... Ellos continuaban la corrida. Bajamos al patio... a buscar el cubo y las escobas, como para hacer la limpieza... Nos metimos en casa de la portera; preferíamos no estar presentes, en caso de que la estrangulara...

No hubo drama ni cadáver... Volvieron a salir tan contentos... ¡A acostumbrarse tocaban!...

Los días siguientes, encargamos provisiones por todos lados, a tres tenderos, Rue des Ecouffes, Rue Beaubourg, que aún no nos conocían... Nos montamos todo un almacén de jalandria y, al mismo tiempo, una auténtica bodega, con cerveza a crédito y espumoso «malvasía». Nos estábamos volviendo unos golfos...

Yo encontraba pretextos para no volver a jalar con mis viejos. En la Rue Elzéxir había unas juergas de miedo, no parábamos de colocarnos. Ya no dábamos golpe. Por la tarde, hacia las cuatro, esperábamos, nosotros dos, Robert y yo, el comienzo de la corrida... Ahora ya no teníamos canguis... Así nos hacía menos efecto.

Aparte de que Antoine se desinflaba, ya no le daba al asunto con tantas ganas, se le iba toda la fuerza por la boca... Lo intentaba diez veces... Se resbalaba entre los carrillos... Todas las veces la hacía caer de rodillas... Ahora le colocaba bajo el vientre el edredón. Le alzaba la cabeza sobre los almohadones... Era una posición curiosa... Le agarraba los cabellos... Ella lanzaba unos suspiros de la hostia...

Sin embargo, no bastaba... Quiso desvirgarle el bul... Ella se defendía... Se debatía. Entonces volvió a ponerse furioso. Era un cachondeo tremendo... ¡Ella berreaba más que un asno!... Él resbalaba, a todos los intentos... Ya no lo lograba... Entonces fue y saltó de la piltra, se fue derecho a la cocina... Por suerte, como nosotros estábamos sobre el horno, con lo agitado que estaba no nos vió... Pasó al lado, se puso a revolver en la alacena, así, en pelotas, en calcetines... Buscaba el tarro de la mantequilla... Se daba con la picha por todos lados:

«¡Oh! ¡Ay, ay! ¡Oh, oh! ¡Ay! ¡Ay!...», no cesaba de chillar... Nosotros nos meábamos de risa... reventábamos...

«¡La mantequilla! ¡me cago en Dios! ¡La mantequilla!...»

Por fin, encontró el tarro... Metió la mano... Se la llevó casi toda... Volvió corriendo a la piltra... Ella seguía con sus melindres... no cesaba de culebrear... Él le metió la mantequilla por todo el culo, el jebe, los bordes, lenta, cuidadosamente y a fondo, como un artesano del asunto... ¡Relucía ya, la tía!... No le costó demasiado... Se la metió a fondo con decisión... Entró sola... Se corrieron con ganas... Lanzaban gritos estridentes. Se desplomaron de costado. Luego boca arriba... Se pusieron a roncar...

Dejaron de interesarnos...

Los tenderos de la Rue Berce fueron los primeros en armar escándalo... No querían fiarnos más la jalandria... Venían a traer las facturas... Los oíamos subir... No respondíamos...

Volvían a bajar a la portería... Lanzaban unos clamores espantosos... La vida se volvía insoportable. De repente, Antoine y la patrona se pusieron a salir a cada momento, iban a jalar fuera, dejaban pufos de miedo en todos los tascucios del barrio... Yo no contaba nada de eso en casa... Me habría recaído sobre la jeta... ¡Se habrían imaginado que era yo quien hacía las gilipolleces!

¡Lo principal era el estuche!... El «Sakya-Muni» de oro macizo... ése no lo soltaba yo, ¡salía muy poco de casa! Lo guardaba con devoción apalancado en el fondo de mi maco, y prendido, además, con los tres imperdibles. Ya no se lo enseñaba a nadie, no me fiaba... Esperaba al regreso del patrón.

En el taller, Robert y yo nos lo teníamos bien montado. Antoine apenas currelaba ya. Cuando se había divertido bien con la gachí, volvían a cachondearse con nosotros. Revolvíamos todo el taller. Entretanto, se pasaban toda la tarde sobando... ¡Éramos la familia pervertida!...

Sólo, ¡que un día sobrevino el drama! No habíamos echado el cerrojo... Era la hora de la cena... Había en todos los pisos muchas idas y venidas... Uno de nuestros taberneros furiosos, el más atravesado, en realidad, fue y subió allá arriba, ¡de cuatro en cuatro!... Nos dimos cuenta demasiado tarde. Empujó la puerta, entró... ¡Se los encontró a los dos en el sobre! ¡Antoine y la chavalota!... Conque, ¡armó un cristo de la hostia!... Tenía los ojos inyectados en sangre... Quería canear a Antoine,

¡y al instante! Blandía su enorme martillo... Yo pensaba que le iba a abrir la cabeza...

Cierto es que le debíamos la tira... Por lo menos veinticinco litros... blanco... rosado... aguardiente e incluso vinagre... Se entabló una auténtica batalla... Tuvimos que intervenir ocho para reducir al gorila... Llamamos a todos los tronquis... Antoine recibió una buena. Dos cardenales enormes... uno azul y otro amarillo...

Desde abajo, desde el patio, seguía amenazándonos. Nos llamaba de todo, el delirante: «¡Granujas!... ¡Guarros!... ¡Maricones!...».

«¡Esperad un momento, holgazanes! ¡Y veréis!... ¡y dentro de muy poquito, so cerdos!... ¡Cuando venga el comisario!...»

¡Empezaba a oler a chamusquina!...

El día siguiente, por la tarde, dije a Robert: «¡Oye, chaval! Voy a tener que bajar. Esta mañana han venido también los de Tracard a buscar su broche, ¡hace lo menos ocho días que deberíamos haberlo entregado!...»

«Bueno», me respondió, «¡yo también tengo que salir!... Tengo una cita con un colega en la esquina de Le Matin...»

Bajamos los dos... Ni Antoine ni la patrona habían vuelto de comer...

Cuando llegábamos al segundo, la oí subir... Pero completamente sofocada, congestionada, incandescente... Seguro que habían trapiñado más de la cuenta...

«¿Adónde va, Ferdinand?»

«A un recado... Al bulevar... ¡a ver a una clienta!»

«¡Ah! ¡no se vaya así!...», me dijo contrariada... «¡Venga un momento arriba!... Tengo que decirle una cosa.»

Vale... La acompañé... Robert se largó a su cita.

Nada más entrar, cerró la burda, las ventanas, todo, y después echó los dos pestillos... Pasó delante de mí a la alcoba... Me indicó por señas que la siguiera... Me acerqué... Yo me preguntaba qué sucedía... Se puso a hacerme caricias... Me soplaba en la nariz... «¡Ah! ¡Ah!», me decía. Se ponía cachonda... Yo la magreé un poco también...

«¡Ah, cabrito! Parece ser que miras por los agujeros, ¿eh?... a ver, ¡dime que no es verdad!...»

Con una sola mano, abajo, me magreaba la bragueta... «Se lo voy a decir a tu madre. ¡Huy, huy, huy! ¡Qué sinvergüenza!... ¡Qué sinvergonzón tan majo!...»

Le rechinaban los dientes... Se retorcía... Me cogió por banda... Me pasó la lengua con ganas, un morreo de golfa... Vi las estrellas... Me obligó a sentarme a su lado en la piltra... Se echó hacia atrás... Se levantó las faldas de un tirón...

«¡Toca! ¡Toca ahí!», me dijo...

Yo le metí la mano entre los muslos...

«¡Anda!», insistió... «¡Anda! ¡cielo!... ¡Duro ahí!... ¡Llámame Louison!... ¡Tu Louison! ¡Cabrito! Anda, ¡dilo!...»

«Sí, Louison», dije...

Se alzó, volvió a besarme. Se quitó todo... Blusa... corsé... Entonces la vi desnuda... La pelambrera tan voluminosa... se extendía por todos lados... Algo increíble... Me dio asco, de todos modos... Me agarró de las orejas... me obligó a inclinarme, a bajar hasta su coño... Con toda su fuerza... Me metió la nariz dentro... Estaba rojo, babeante, soltaba jugo, que me entró hasta los ojos... Me hizo mamárselo... Se meneaba bajo la lengua... Chorreaba... Parecía un hocico de perro...

«¡Anda, amor!... ¡Hasta el fondo!...»

Me maltrataba, me molestaba... Me escurría en la mermelada... No me atrevía a resoplar demasiado... Temía hacerle daño... Ella se agitaba como un ciruelo...

«¡Muerde un poco, cachorro bonito!... ¡Muerde dentro! ¡Anda!», me animaba... ¡Le daban calambres de tanto menearse! Lanzaba grititos... Jumeaba a mierda y huevos podridos ahí, al fondo... El cuello duro me estaba estrangulando... El celuloide... Me sacó la cabeza del foso... Salí a la luz... Tenía como un barniz sobre los acáis, estaba viscoso hasta las cejas... «¡Anda! ¡desvístete!», me ordenó, «¡quítate todo esto! ¡Que quiero ver tu cuerpo bonito!... ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Vas a ver tú, chavalín!... ¿Conque eres virgen? ¿Eh, cielo? Vas a ver qué favor más rico te voy a hacer... Ay, este cabrito... ¡no va a mirar más por los agujeros!...»

¡Meneaba el espinazo esperando a que yo estuviera listo!... Agitaba toda la piltra en zigzag... Era un vampiro... Yo no me atrevía a quitarme demasiada ropa. Sólo el puto cuello, lo que más me molestaba... y después la chaqueta y el chaleco... Los colgó junto a la cama, en el respaldo de la silla... Yo no quería quitarme todo el terno... como Antoine... Sabía que tenía mierda en el culo y los pies muy negros... Me olía yo mismo... Para evitar que insistiera, me puse a darle al asunto otra vez y a toda leche, como un enamorado, me lancé, la abracé, gruñí... Entré en acción, como Antoine, pero, eso sí, mucho más despacio... Notaba que mi churro se paseaba alrededor... Yo farfullaba entre la espuma... El glande se me extraviaba... No me atrevía a usar los dedos... Y eso que era necesario... Se me escapaba su chocho... Por fin resbalé hasta dentro... Sin esfuerzo... ¡Me estaba aplastando entre sus chucháis! Quilaba con ganas, la tía... Nos sofocábamos, era como un horno... Quería que acelerara... No me imploraba compasión, como al otro andoba... Al contrario, no me eximía ni de un solo cipotazo...

«¡Entra bien, cariño! ¡Métela, anda! ¡Hasta el fondo! ¿Eh? Oye, ¡qué polla más grande tienes!... ¡Ah! ¡Ah! ¡Zúmbame bien! ¡Zúmbame! ¿Te vas a comer mi mierda? ¡Dime que sí! ¡Oh! ¡Oh!... ¡Ah! ¡Qué bien la clavas!... ¡Cabrito!... ¡Maricón!... ¡Qué rico! ¿verdad?» ¡Y dale! Le tiraba un viaje... ¡Ya no podía más!... Resoplaba... Ella me mamaba la cara... Tenía las napias inundadas, además de sus morreos... de ajo... roquefort... Habían jalado salchichas...

«¡Córrete bien, cielito! ¡Ah! Córrete... ¡Vamos a irnos al mismo tiempo!... ¿Eh? ¡No salgas, cariño!... ¡Deja que entre todo!... ¡Anda! no te preocupes...» Se desvanecía, se ladeaba... Se revolvía hasta quedar casi sobre mí... Yo notaba que me subía la lefa... Me dije para mis adentros... «¡Largo, chaval!» Aunque estaba desmayado... como una exhalación... Me retiré... Derramé todo fuera... La salpiqué... en plena panza... Intenté retenerlo... Me llené las dos manos... «¡Ah, bandido! ¡golfo!», exclamó. «¡Oh! ¡qué golfo y sinvergüenza! ¡Ven aquí, que te limpio!...» Vuelta a empezar... Me saltó sobre el glande con avaricia... Se lo trincó todo... Le supo a gloria... Le gustaba, la lefa... «¡Oh, qué rica está, tu leche!...», exclamó, además. Buscó más alrededor de mis huevos... Registró los pliegues... Se esmeraba... Iba a correrse otra vez... Se me pegó a los muslos, de rodillas, se crispaba, se relajaba, era ágil como un gato, pese a su enorme culamen. Me obligó a echarme sobre ella otra vez...

«¡Te voy a dar por culo, cochino!...», me dijo picarona. Me metió dos dedos en el jebe... Me forzó, ¡vamos ya!... Se había puesto tan cachonda, ¡que no iba a haber modo de hartarla!...

«¡Oh, tengo que irrigarme!...» Lo recordó de repente. De un salto, ¡ya estaba fuera!... La oí mear en la cocina... Hurgaba debajo, en el sumidero... Me gritó: «¡Espérame, cariño!»... Yo me di el piro sin decir ni pío... Me lancé por mi terno... Agarré el batiente, empujé, ¡y en el rellano!... Bajé de cuatro en cuatro... Respiré con fuerza... Ya estaba en la calle... Era hora de reflexionar. Resoplé... Caminé despacio hacia los bulevares.

Llegué ante el Ambigu... ¡allí me senté por fin! Recogí un periódico del suelo. Iba a ponerme a leer... No sé por qué... Me palpé el bolsillo... Fue un gesto inconsciente... Una inspiración... Volví a tocar... No encontraba la protuberancia... Palpé el otro... ¡Lo mismo! ¡No lo tenía!... Mi estuche, ¡perdido! Me busqué cada vez con más afán... Me toqueteé todos los dobladillos... El calzón... Derecho... Revés... ¡No había duda!... Entré en el retrete... Me desvestí totalmente... Di la vuelta a todo... ¡Nada!... ¡No eran figuraciones mías!... Se me heló la sangre en las venas... Me senté en los

escalones... ¡Estaba listo!... ¡Pero bien! ¡Más perdido que Carracuca!... Volví a sacarme los macos... ¡Volví a empezar otra vez!... Pero sin convencimiento ya... Recordaba todo con precisión. Lo había prendido bien, el estuche... En el fondo del maco interior. Antes de bajar con Robert, ¡lo había palpado una vez más!... ¡Habían desaparecido, los imperdibles!... ¡No se podían haber soltado solos!... Recordé al instante la forma extraña como me sujetaba ella todo el rato la cabeza... ¿Y por el otro lado de la silla?... Trajinaba con una mano... Iba comprendiendo todo a ráfagas... Me abogaba el espanto, el horror... Me subía del corazón... Me repiqueteaba más fuerte que treinta y seis caballos de ómnibus... La chola me daba vueltas... Era inútil... Me ponía a buscar otra vez... ¡No era posible que se hubiese caído, mi estuche!... que se hubiera soltado, ¡con lo bien que lo había prendido!... ¡Qué va!... Y, además, ¡que un imperdible no se abre así como así!... ¡Tres había!... ¡No se sueltan solos! Para cerciorarme de que no estaba soñando, volví corriendo hacia la Republique... Al llegar a Rue Elzévir, ¡ya no había nadie allá arriba!... Ya se habían pirado todos... Esperé en los escalones... Hasta las siete, a ver si venían... Ninguno volvió...

Intentaba repasar y ordenar palabras, retazos... e incidentes. Iba recordando todo poco a poco... ¿Sería Antoine el autor? ¿y entonces Robert?... ¿Lo habrían tramado todo?... Y también la guarra esa... Al ponerme en pie, ya no sentía las piernas... Iba como borracho por la calle... Los transeúntes se me quedaban mirando... Me quedé un buen rato bajo el pequeño túnel de la Porte Saint-Denis. Ya no me atrevía a salir del agujero... Veía los autobuses a lo lejos, ondulaban en el calor... Me daban vahídos... Volví muy tarde al Passage... Dije que me dolía el vientre... Así, evité las preguntas... No pude dormir por la noche, del miedo que tenía... El día siguiente estaba tan ansioso por saber lo que habría pasado, que me marché al amanecer...

En el taller, al llegar, los miré fijamente a los tres... No parecían cavilar... ¡ni la puta... ni Antoine... ni el chaval!... Cuando se lo anuncié, que se había perdido la joya... ¡Me miraron pasmados!... Turulatos se quedaron...

«¡Cómo, Ferdinand! ¿Está seguro? ¿Ha mirado bien en su casa?... ¡Dése la vuelta a los bolsillos!... ¡Aquí no hemos encontrado nada!... ¿Verdad, Robert? ¿Tú no has visto nada? ¡El chaval es quien ha barrido!... ¡Vuelve a mirar!...»

Hablándome así, me parecían tan feroces, que me eché a llorar... Los veía en el espejo haciéndose señas... Antoine, ése prefería no mirarme... Me volvía la espalda, hacía como que lustraba la piedra de amolar... Ella seguía con su cháchara a base de camelos... Intentaba cogerme en un renuncio, contradiciéndome.

«¿Y en la casa de los Tracard?... ¿No dijo que iba allí?... ¿No habrá sido en esa casa? ¿Está seguro?...»

Yo las estaba pasando putas... Menuda faena... No me quedaba ningún recurso... Estaba guapo... No habría sido precisamente a mí al que habrían creído, si hubiera contado lo sucedido... ¿De qué habría servido?...

«El patrón vuelve pasado mañana... De aquí a entonces, ¡intente encontrarla!... ¡Robert lo ayudará!...» Eso me proponía... ¡No me quedaba escapatoria! Si hubiera explicado las circunstancias, me habrían tachado de impostor, monstruo espantoso, abyecto... que si intentaba disculparme cubriendo de mierda a una persona excelente como mi patrona... que si ya es que había perdido la vergüenza... que si tenía un rostro que para qué... una calumnia extravagante... Una guarrada monumental... Ni siquiera intenté abrir la boca... Además, es que no me quedaban ganas... Ya no podía jalar... Tenía la cabeza agarrotada... las ideas, la boca, la chola...

Mi madre me veía raro, al contemplar mi aspecto, se preguntaba qué enfermedad estaría incubando... Yo tenía el miedo metido hasta las tripas... Me habría gustado desaparecer... adelgazar hasta que no me quedara nada...

Mi padre hacía comentarios cáusticos... «¿No estarás enamorado por casualidad?... ¿No será tal vez la primavera?... ¿No tendrás un sarpullido en el trasero?...» En un rincón me preguntó: «¿No habrás pillado purgaciones?...» Yo ya no sabía qué hacer, cómo ponerme...

Gorloge, que siempre se retrasaba, había venido por otra ruta, se había entretenido un poco de una ciudad a otra... Se presentó un miércoles, lo esperábamos desde el domingo... La mañana siguiente, cuando subí al currelo, estaba en la cocina, afilando las limas. Me quedé así, detrás de él, plantado un buen rato... Ya no me atrevía a moverme en el pasillo... Esperaba a que me hablara. Tenía la sangre en los talones. Ya no sabía ni lo que quería decir. Él debía de haberse enterado ya de todo. Le tendí la mano, de todos modos. Me diqueló un poco de reojo... Ni siquiera se volvió... Siguió con su herramienta... Yo ya no existía... Entonces me fui al taller. Tenía tal canguelo, que dejé en el fondo del armario la mitad de la colección para pirármelas más rápido... Nadie me llamó... Estaban todos ahí, en el cuarto, absortos en sus manivelas... Volví a salir sin decir palabra... Ya ni siquiera sabía adónde iba... Menos mal que tenía costumbre... Caminaba como en sueños... Por la Rue Réaumur me salía sudor frío a borbotones... En el gran parterre iba de banco en banco... Intenté, de todos modos, entrar en una tienda... Pero no pude... de tanto que temblequeaba al empuñar el picaporte... Ya es que no podía abrirlo... Creía que todo el mundo me seguía...

Me quedé horas así... Toda la mañana. Y después la tarde también, siempre de un banco a otro, hasta la plaza Louvois... y apoyado en los escaparates... Ya no podía andar. No quería volver más a casa de Gorloge... Prefería hasta a mis padres... Algo espantoso también... pero al menos quedaba más cerca... Justo al lado de la plaza Louvois... Es curioso de todas formas, cuando ya sólo te quedan para respirar lugares muy horribles todos...

Di otra vez, dos veces, despacito la vuelta al Banco de Francia con mis asquerosos bártulos... Me armé de valor y volví al Passage... Mi padre estaba en la puerta... Esperándome, evidentemente... Por su forma de decirme que subiera, no me cupo la menor duda... Arreciaba la tormenta... Desde el primer intento se puso a tartamudear de tal modo, tan fuerte, que en lugar de palabras le salía como vapor... Ya no se le entendía... Sólo, que exhalaba cohetes... La gorra se le escapaba arrebatada... Por todos lados... Se la sujetaba a capones, primero una mano y luego la otra... Se iba a aplastar el coco... Se le hinchaba la jeta... completamente carmesí... con surcos lívidos... Cambiaba de color. Se volvía violeta...

Me fascinaba que se volviera azul... o amarillo después. Lanzaba tal furia sobre mí, que yo ya no oía nada... Pegaba una hostia sobre el mueble con un trasto... Lo blandía para romperlo... Yo pensaba que iba a tirar todo por el aire... Hasta la lengua se mordía dentro, tan fuerte, con tanta rabia, que se le volvía como un tapón, hinchada, encajonada, carne tensa a punto de estallar... Volvía a dejar el plato... Se ahogaba sencillamente... Ya no podía más...

Se marchó de repente, se lanzó a la calle, corrió al Passage. Igual podría haber salido volando, superhinchado como estaba... irresistible... espantoso...

Mi madre se quedó conmigo... Repetía machacona todas las tonterías, los detalles de la catástrofe... Sus ideas... sus arraigadas certidumbres...

Había estado allí el Sr. Gorloge dos horas hablando con ellos... Lo sabía todo... había explicado todo con detalle... había enumerado todo el porvenir. «¡Ese hijo será su perdición!... ¡Tan joven y ya corrompido!... Es un desgraciado... ¡Yo había puesto mi confianza en él!... Estaba empezando a espabilarse...»

¡Tales habían sido sus últimas palabras!... Mi madre había canguelado que fuera a denunciarme a la Justicia... que me detuviesen en seguida... No se había atrevido a responder nada... A ella no le cabía la menor duda... Que me habían hecho una pirula... Más valía que confesara al instante... Que lo había perdido al menos... Antes que discutir... Indisponer a mi patrón... ¡Era la hipótesis menos indecente!... Lo devolverían poco a poco... y en todo caso, mis padres... ¡Eso desde luego!...

«¿Dónde has aprendido eso?»... me preguntaba entre lágrimas. «¿Qué has hecho con esa joya?... ¡Dilo, a ver! ¡hijo! ¡No te vamos a comer por eso!... ¡No se lo diré a tu padre!... ¡Te lo juro!... ¿Eh? ¿Me crees? Iremos a verla juntos... ¡Si se la has dado a una mujer! ¡Dímelo rápido, antes de que vuelva! ¡Tal vez acepte devolverla por un poco de dinero!... ¿La conoces bien? ¿No te parece?... ¡Así todo se arreglará, al final! ¡No diremos nada a nadie!...»

Yo esperaba a que se le pasara un poco, para poder explicarle tal vez... Justo entonces volvió mi padre... No se había enfriado lo más mínimo... Se puso a aporrear la mesa, ¡y los tabiques con todas sus fuerzas!... ¡Con los dos puños cerrados! Y sin dejar de exhalar vapores... Si se detenía un segundo, ¡entonces coceaba por detrás! La cólera lo levantaba, ¡planeaba con el culo como un penco! Daba patadas a las paredes... Sacudía toda la queli... Una sacudida tremenda, el aparador se venía abajo... De ráfagas en derrumbes, la escena duró toda la noche... ¡Se encabritaba de indignación y volvía a caer a cuatro patas!... Ladraba como un dogo... Estuvieron dando alaridos, que si sí, que si no, entre ataques y furias... Yo no me iba a poner a hablarles, ¿no?...

Cuando se quedó sin argumentos, mi madre subió a emprenderla conmigo... Quería que confesara... Yo no respondía nada... Lloraba de rodillas junto a mi cama, como si ya me hubiera muerto... Mascullaba oraciones... Seguía implorándome... Quería que confesara al instante... ¡que le dijese si se trataba de una mujer!... Que iríamos todos juntos a verla...

«Pero, ¡si es la patrona!...», le solté por fin. ¡Estaba harto! ¡Joder!

«¡Ah! ¡Calla, desgraciado!... ¡No sabes el daño que nos haces!...»

No valía la pena insistir... ¿Para qué hablar a semejantes gilipuertas?... ¡Eran aún más insensibles que todos los retretes de Asnières juntos! Ésa era mi opinión.

Aun así, fue un golpe terrible. Me quedé mucho tiempo en mi cuarto, cinco o seis días sin salir. Me obligaban a bajar para comer... Mi madre me llamaba diez veces. Al final subía a buscarme. Yo ya no quería nada de nada y menos que nada hablar. Mi padre hablaba solo. Se perdía en monólogos. Vituperaba sin cesar... Todo el repertorio de maleficios... El destino... Los judíos... La mala pata... La Exposición... La Providencia... Los masones...

En cuanto volvía de las entregas, subía allá arriba, al granero... Se ponía otra vez con las acuarelas, era muy urgente... Teníamos necesidades apremiantes, había que devolver el importe a Gorloge... Pero ya no podía aplicarse. La cabeza se le escapaba... En cuanto tocaba el pincel, se irritaba enormemente, la varilla le explotaba en las manos. Se sentía tan nervioso, que hasta hizo añicos la plumilla para tinta china... los cubiletes también... los colores se derramaban por todos lados... No había forma... Con sólo sentirme cerca, habría tirado de un puntapié todo el tinglado... En cuanto se encontraba con mi madre, volvía a armar la tremolina, sentía aún mayor zozobra.

«Si le vuelves a dejar que se pase todo el santo día callejeando, con el pretexto de aprender comercio, ¡ya te puedes ir preparando, chica! ¡Ya lo creo! ¡Ni que lo jures! ¡Esto no va a ser sino el principio! ¡No va a acabar ladrón! ¡Sino asesino! ¿me oyes? ¡Asesino! ¡No me extrañaría que en menos de seis meses estrangulara a una anciana rica! ¡Oh! ¡pues no va cuesta abajo ni nada!... ¡Menudo! ¡No es que resbale! ¡Es que vuela! ¡Galopa desenfrenado! ¡Ya lo creo! ¿No lo ves, tú? ¡Tú no crees en nada! ¡Estás ciega! Pero, ¡yo no! ¡No! ¡Ah, no! ¡Yo no!...»

Entonces una aspiración profunda... La fascinaba...

«¿Me vas a escuchar de una vez? ¿Quieres que te explique la que se está preparando?... ¿No? ¿No te interesa?...»

«¡No, Auguste, por favor!...»

«¡Ah! ¡Ah! Conque, ¡tienes miedo a escucharme!... Pues, ¡mira!...»

La agarraba de las muñecas, para que no se escapara... Para que oyese bien todo.

«A nosotros, ¿me oyes?, ¡es a quien se cargará! ¡Un día! ¡Nos ajustará las cuentas, muchacha!...

¡Así te agradecerá tus desvelos!... ¡Ah! luego no digas que no te he avisado... ¡que no te lo he anunciado, hostias!... ¡Yo tengo la conciencia tranquila!... ¡Ah! ¡Me cago en la leche puta! ¡No me canso de repetírtelo! ¡Desde siempre! ¡En fin! Alea jacta!...»

A mi madre le metía un canguelo, ¡que es que la hacía chochear! Babeaba, temblequeaba, echaba burbujas por la boca... La estaba apañando, volviéndola completamente turulata.

«¡No me importa acabar estrangulado! ¡De acuerdo! Pero, ¡yo no me dejo engañar, coño, joder!... ¡Te pongas como te pongas!... ¡Tú serás la responsable!...»

Ella ya es que no sabía qué hacer, ni qué decir, con predicciones tan crueles. Con las convulsiones de la pena, se mordisqueaba el borde de los labios, sangraba en abundancia. Yo estaba perdido, no cabía duda. Volvía a empezar él, Poncio Pilatos, salpicaba todo el piso, se lavaba las manos de mi basura, bajo el chorro, con toda la presión. Hacía frases latinas enteras. Se le ocurrían en los momentos transcendentales. Así, en la minúscula cocina, de pie, me lanzaba el anatema, declamaba a la antigua. Hacía pausas, para explicarme, pues yo carecía de instrucción, el sentido de las «humanidades»...

Él es que lo sabía todo. Yo en el fondo entendía sólo una cosa, que no había quien se me acercara, que no se me podía coger ni con pinzas. Yo era despreciable desde cualquier punto de vista, hasta para la moral de los romanos, Cicerón, para todo el Imperio y el mundo antiguo... Él lo sabía todo eso, mi papá... Ya no le cabía la menor duda... Gritaba a pleno pulmón... Mi madre no cesaba de llorar... A fuerza de comenzar una y mil veces su escena, la representaba como una función... Cogía el jabón de Marsella, la pesada pastilla, y venga agitarla para acá y para allá... Gesticulaba con ganas... Volvía a dejarla mil veces... sin cesar de perorar... Iba a cogerla otra vez... La blandía... Por fuerza, se le escapaba de las manos... Iba a rebotar bajo el piano... Nos agachábamos todos a recogerla... Hurgábamos con la escoba... metíamos el mango... ¡Coño!... ¡Joder!... ¡Hostias!... ¡Nos dábamos unas leches con las esquinas!... Unas colisiones bárbaras... Nos metíamos la escoba en los ojos... La cosa acababa en batallas. Ellos se ponían verdes. Él la hacía saltar a pata coja alrededor de la mesa.

Me olvidaban por un momento.

Mi madre, a fuerza de temblar, había perdido todo pudor... Se iba por todo el Passage y los alrededores a repetir machacona mis avatares... Solicitaba los consejos de los otros padres... de los que también tenían cirios con sus chavales... que habían dado un mal paso en su aprendizaje... A ver cómo habían salido del atolladero...

«¡Estoy más que dispuesta», añadía, «a hacer más sacrificios!... ¡Paciencia! ¡Seguiremos hasta el final!...»

Muy elocuente, todo eso, pero no me libraba de la mala pata. Yo seguía sin currelo.

El tío Edouard, tan ingenioso, hombre de tantos recursos, empezaba a poner mala cara, me consideraba un poco molesto... Ya había dado la lata a casi todos sus amigos, con mis melindres, mis sinsabores... Ya estaba un poco harto... Yo tropezaba en todos los obstáculos... Había en mí algo insólito... Empezaba a jorobarlo incluso.

Los vecinos se apasionaban por mi drama... Los clientes de la tienda también. En cuanto me conocían un poco, mi madre los ponía por testigos... Así no se resolvían las cosas... Hasta el Sr. Lempreinte, en la Coccinelle, empezó a meter baza... Cierto es que mi padre ya no podía dormir, estaba adquiriendo aspecto agónico. Llegaba tan agotado, que se tambaleaba en todos los pasillos al transportar el correo de un piso a otro... Además, estaba afónico, tenía voz aguardentosa, de tanto gritar sus gilipolleces...

«Su vida privada, amigo mío, no me interesa, ¡me importa un comino! Pero es que quiero que cumpla usted con sus tareas... ¡Mire qué cara tiene usted!... Ya no se sostiene en pie, muchacho. ¡Va a tener que cuidarse! Pero, ¿qué es lo que hace usted, al salir del trabajo? ¿Es que no descansa?» Así le

daba para el pelo.

Entonces él, que era presa del canguis, le confesó todo al instante... ¡Todas las desgracias de la familia!...

«¡Ay, amigo! ¿Eso es todo? ¡Si yo tuviera su estómago! ¡Menudo! Cómo me la iban a traer floja... ¡Todos los parientes y relaciones!... ¡Todos mis hijos y primos! ¡mi mujer! ¡mis hijas! ¡y mis dieciocho padres! Ay, ¡yo que usted! ¡es que me mearía en el mundo! ¡En el mundo entero! ¡Me oye usted bien! ¡Es usted blando, amigo mío! ¡eso es lo único que veo!»

Así veía las cosas, él, Lempreinte, por culpa de la úlcera siempre, situada a dos dedos del píloro, bien terebrante, bien atroz... El universo, para él, no era ya sino un ácido inmenso... Ya sólo le quedaba intentar volverse puro «bicarbonato»... Se afanaba toda la jornada, se chupaba carretillas enteras... ¡No conseguía apagar el fuego! Tenía como un atizador en la parte baja del esófago, que le calcinaba las tripas... Pronto iba a estar hecho de puros agujeros... Las estrellas pasarían a través con los eructos. Su vida era irresistible... Mi padre, que estaba al corriente, y él se proponían intercambios...

«Mire, ¡yo aceptaría encantado su úlcera! ¡cualquier cosa, con tal de que me libraran de mi hijo! ¿Le hace?»

Mi padre era así. Siempre había colocado los tormentos morales por encima de los físicos... ¡Mucho más respetables!... ¡Esenciales! Así era entre los romanos, y así entendía él, todas las adversidades de la existencia... De acuerdo con su conciencia... ¡Contra viento y marea! ¡En medio de peores calamidades! ¡Sin componendas! ¡Sin evasivas! ¡Ésa era su norma!... ¡Su razón de ser! «¡Es que yo tengo conciencia! ¡Mi conciencia!» Lo gritaba en todos los tonos... cuando yo me metía los dedos en la nariz... si derribaba el salero. Abría la ventana a propósito, para que todo el Passage disfrutara...

El tío Edouard, de tanto verme en la estacada, víctima de toda clase de camelos, acabó compadeciéndose de mí; es que era un tipo muy bueno. Yo estaba de mierda hasta el cuello... Volvió a dar toques a sus relaciones, encontró otro expediente... Aunque, en realidad, era un subterfugio para que me diesen el piro... el cuento de las lenguas extranjeras...

Aseguró que convendría que yo supiese al menos una... Para encontrar un empleo en el comercio... Que así se hacía ahora... Que era una necesidad... Lo más difícil de conseguir fue el consentimiento de mis viejos... No salían de su asombro ante semejante propuesta... Y eso que las razones de Edouard eran de lo más sensatas... En nuestra queli se había perdido la costumbre de escuchar los dictados del sentido común... Fue una sorpresa de la hostia...

Mi tío no era partidario de la disciplina rigurosa... Era bastante conciliador, no creía en la fuerza... No pensaba que fuera a dar resultado... Se lo dijo con todas las letras...

«A mí no me parece que sean voluntarios sus fracasos... No tiene mala intención, yo nunca he dejado de observarlo... pero es más que nada duro de mollera... No comprende bien lo que se le pide... Debe de tener “vegetaciones”... Debería tomar aire puro y durante una buena temporada... Por lo demás, vuestro médico ya lo dijo... Yo lo enviaría a Inglaterra... Buscaríamos una pensión decorosa... no demasiado cara... ni muy lejos, sobre todo... tal vez en régimen de trabajo, incluso, a cambio del alojamiento y la manutención... ¿Qué os parece?... A la vuelta, hablaría la lengua... Sería fácil colocarlo... Yo le encontraría algo en un comercio minorista... Una librería... Una camisería... Un ramo en el que no lo conozcan... Lo de Gorloge ya estaría olvidado... ¡Ya no se hablaría más de ese asunto!...»

Se quedaron patidifusos, mis viejos, al oír aquello... Cavilaban las ventajas e inconvenientes... Los había cogido desprevenidos... Es que había muchos riesgos y, además, y sobre todo, gastos... De lo de Caroline apenas quedaba nada ya, sólo unos mil francos de la herencia... Y era la parte de Edouard... Él se apresuró a ofrecérselos. Los puso sobre la mesa... Se los devolverían cuando pudieran. Que se dejasen de historias... Ni siquiera quería que le firmaran un papel... «¡Decidíos!», dijo al final...

«Volveré a veros mañana. De aquí a entonces tendré noticias...»

¡Una conmoción que para qué!... Mi padre no quería dar su brazo a torcer... Se empeñaba en que sería derrochar todo ese dinero, que era un despilfarro y una aventura absurda... Que, si yo escapaba una semana a su vigilancia atenta, me convertiría en el peor de los golfos... ¡Estaba seguro! No había modo de convencerlo... Asesinaría en Inglaterra tan rápido como en París. ¡Eso estaba cantado!... ¡Bastaría con que me dejaran suelto por un mes! ¡Ah! ¡Ah! ¿Queríamos catástrofes? ¡Pues las íbamos a tener! ¡con creces! ¡Iban a quedar aplastados! ¡Acribillados de deudas! ¡Un hijo en la cárcel!... ¡La extravagancia a más no poder!... ¿Las consecuencias?... ¡Espantosas!... ¡Por muy atenta que estuviera, la gente de allá, por viva que fuese! ¡La pobre! ¡Las iba a pasar moradas! ¿Y las mujeres? ¡Las violaría a todas! ¡Sencillamente!... «¡Atrévete, anda, a decirme que son gilipolleces!»...

No había quien le quitara la cárcel de la cabeza... Nadie podía contradecirle. Sólo veía ese medio, ese paliativo... La única cosa para pararme los pies... ¿Y las experiencias, entonces?... ¿Es que no bastaban? ¿Berlope? ¿Gorloge? ¿El reloj?... ¿Es que no había demostrado ya que era una auténtica calamidad? ¿Una catástrofe en ciernes?... Los iba a arrastrar a la ruina... ¡Hacía mucho que se lo esperaba! Alea!... ¡Que se hiciera la voluntad!... Volvió a endiñarme un pasaje de César... Defendía las Galias él solo... Tapaba la entrada de la cocina con todos sus gestos, todos sus berridos... Evocaba, trastornaba todo...

Se lanzaba al grifo... Bebía la pañí en el chorro... Empapado, seguía berreando... No se secaba, chorreaba, ¡con la prisa que tenía por que comprendiéramos las innumerables emboscadas!... Todos los detalles... ¡Inconcebibles! ¡Espantosos! ¡Inauditos! ¡Los imprevistos inefables de semejante expedición! ¡La temeridad diabólica! ¡Y ya está!...

El tío Edouard volvió a pasar dos días después por el Passage con noticias de primera. ¡Había encontrado un colegio! No podíamos desear nada mejor. Desde cualquier punto de vista... a propósito para mi tipo, mi carácter, mis inclinaciones incorregibles... En una colina... Con aire puro, un jardín, un río abajo... Alimentación excelente... Precios bastante razonables... ¡Sin suplementos ni sorpresas!... Por último, y sobre todo, una disciplina de lo más estricta... Vigilancia garantizada... No era demasiado lejos de la costa, en Rochester exactamente... A una hora, pues, de Folkestone...

Pese a tantas ventajas, mi padre aún refunfuñaba... Se reservaba... Ponía pegas al programa... Conservaba sus sospechas... Leyó doscientas veces por lo menos el anuncio... ¡No quería dar su brazo a torcer! ¡la catástrofe era inevitable!... ¡No le cabía la menor duda! En primer lugar, era una locura contraer deudas... ¡Aunque fuese con mi tío Edouard!... ¡Que devolver el importe a Gorloge ya iba a ser un trabajo de Hércules!... ¡Además del alquiler! ¡las contribuciones! ¡la costurera!... ¡Se morirían, seguro, con tan tremendas economías! Tenía que pellizcarse para creerlo... que quisiéramos añadir aún más... ¡Se quedaba estupefacto al ver a mi madre descarriada, a su vez!... ¡El colmo de la extravagancia!... Entonces, ¿qué? ¿No quería pensarlo más?... «¿Cómo dices? ¿Que no colaboro?... ¿Y te extraña? ¡Huy, la Virgen! Pero entonces mi función, ¿qué? ¿Es que debo decir que sí? ¿A todo?... ¿Así como así?... ¿A cualquier chorrada? ¡Venga, hombre! ¡Yo soy consciente! ¡Responsable! ¿Soy yo el padre?... ¿Sí o no? ¡A Edouard le importa un pimiento, claro está! Más adelante, ¡estará lejos! ¡Se lavará las manos! Y yo, ¡yo seguiré aquí!... ¡Con un bandido a la espalda! ¡Pues claro! ¡Claro que sí! ¿Que exagero? ¡Huy!... ¡Dilo, anda! ¡Dilo, que estoy celoso! ¡Pues claro! ¡Claro que sí! ¡Vamos, hombre! ¡Anda, anda!...»

«¡Que no, querido! ¡Qué cosas tienes!...»

«¡Cállate! ¡Ah, calla, imbécil! ¡Déjame seguir con lo que te estoy intentando demostrar! ¡Ya es que no puedo decir nada aquí! ¡No dejáis de hablar ni un instante! ¡Cómo! ¡Este golfo! ¡Este sinvergüenza! ¡Este canalla aún no se ha arrepentido de esa fechoría repugnante! ¡De esa guarrada

infame! ¡Ahí lo tienes! ¡Regodeándose!... ¡Desafiándonos a los dos!... Pero, ¡si es que es bochornoso, de verdad! ¡Es como para caerse de culo!... Pero, ¡si es que es espantoso!... ¡Porque lo haya dicho Edouard! ¡Ese pelele absurdo! ¡Ya sólo sabéis hablar de viajes! ¡Liberalidades! ¡Pues claro que sí! ¡Y venga! ¡Más gastos! ¡Puras pamplinas!... ¡Extravagancias!... ¡Las peores demencias!... Pero, ¡no te das cuenta, chica, de que aún no hemos entregado ni un céntimo de su rescate!... ¿Me oyes?... ¡Su rescate!... Pero, ¡es que es increíble!... Pero, ¡si es que es atroz!... ¿Adónde vamos a ir a parar? Y yo desvarío, ¿no? ¡Es asqueroso!... ¡Chapoteamos en el absurdo! ¡Ya no puedo más! ¡La voy a diñar!...»

El tío Edouard se había largado al empezar la sesión. Había visto venir la tormenta... Había dejado sus papeles.

«¡Volveré a pasar mañana por la tarde!... ¡Tal vez hayáis decidido!...»

Se espabilaba lo mejor que podía, pero no había nada que hacer... Mi padre estaba en plena erupción. Con aquel plan de enviarme fuera, trastornaban su tragedia... Se aferraba a las condiciones... Se ponía como una fiera corrupia... Recorría el cuarto como un animal. Mi madre iba renqueando detrás... Repetía machacona las ventajas... Los precios más razonables... Una vigilancia muy seria... Una alimentación perfecta... ¡Aire!... ¡mucho aire!...

«¡Ya sabes que Edouard es la seriedad en persona!... Tú no lo aprecias demasiado... Pero, en fin, ya ves, de todos modos, que no es un cabeza de chorlito... No es un muchacho impulsivo... No se lanza a la buena de Dios... Si él lo dice... Es que es exactamente así... ¡Bien lo sabes, anda! ¡Jolines!... ¡Auguste querido, por favor!...»

«¡No quiero deber nada a nadie!...»

«Pero, ¡él no es un cualquiera!...»

«¡Mejor me lo pones! ¡Hostia puta!»

«Entonces le firmamos un papel... ¡Como si no lo conociéramos!...»

«¡Me tocan los huevos los papeles! ¡Me cago en la hostia puta y en la madre de Dios!»

«Pero, ¡si nunca nos ha engañado!...»

«¡Estoy hasta los cojones de tu hermano! ¿me oyes?... ¿Me oyes, me cago en la leche? ¡Pero es que hasta los mismos cojones! ¡Eso que quede bien claro! ¡Es aún más gilipollas que los demás!... ¡Y de vosotros aún más!... ¿Me oís? ¡De todos!»

Se congestionaba tanto al pronunciar esas palabras, que se le hinchaba toda la cabeza, exhalaba chorros de vapor, las palabras explotaban al final. Entonces ella se agarraba a él, no cedía ni un milímetro. Era terca... Se le aferraba en todos los rincones... Arrastraba de tal modo la pierna, que se enganchaba en todas las sillas. Se sujetaba a las paredes...

«¡Auguste! ¡Oh! ¡qué cruel eres! ¡Qué bruto! ¡Oh! ¡mi tobillo! ¡Ya está! ¡Ya me lo he torcido!»

Conque había gritos durante una hora...

Entonces él volvía a la carga. Rompía las sillas a patadas. ¡Le entraba la locura furiosa! Aun así, ella lo perseguía, adondequiera que fuese... a todas partes... adondequiera que subiese por la escalera. Lo crispaba cada vez más... ¡Ta! ¡ga! ¡dam! ¡Ta! ¡ga! ¡dam! oírla golpear los escalones... Habría sido capaz de tirarla por el hueco de la escalera... O meterse en un agujero de ratón... Ella me hacía señas al pasar... de que empezaba a flaquear... Él iba perdiendo la gorra por todos lados... Se dejaba alcanzar... No podía sostener la marcha... Huía de ella como de un hedor... «¡Déjame! ¡Déjame, joder, Clémence!... ¡Por favor! ¡Déjame, hostias! ¡Que me voy a cagar hasta en la leche que te han dado! ¿Es que no vais a dejar nunca de perseguirme, los dos? ¡Estoy hasta aquí de vuestra cháchara! ¡La leche puta! ¡La hostia puta! ¡Me vais a oír, al final!...»

Le importaba tres cojones, a mi mamá, estaba reventada... No quería soltar su presa. Se le colgaba del cuello, lo besaba en el bigote, le cerraba los párpados a besos... Se marcaba auténticas convulsiones. Le soltaba en pleno oído otros sermones... Al final, él se asfixiaba. Tenía la jeta empapada con las ráfagas y las caricias... Ya no se tenía en pie. Se desplomó sobre los peldaños.

Entonces ella se puso a hablarle sólo de su salud, de su inquietante estado... «Que todo el mundo lo había notado... lo pálido que estaba...» Entonces sí que escuchaba...

«Vas a caer enfermo, pobrecito mío, ¡por ponerte en esos estados! Cuando hayas caído, ¿qué ganaremos con eso nosotros? ¿Qué será de nosotros?... Es mejor, te lo aseguro, que se aleje... ¡Te hace daño estando aquí!... Edouard lo ha notado perfectamente... Me lo ha dicho antes de salir...»

«¿Qué es lo que te ha dicho Edouard?»

«"¡Tu marido no va a durar demasiado! Si sigue poniéndose tan violento... Cada día adelgaza un poco más... Todo el mundo lo está notando en el Passage... Todo el mundo lo comenta..."»

«¿Eso te ha dicho?...»

«Sí, mi amor. ¡Sí, te lo aseguro!... No quería que te lo contara... Ya ves lo delicado que es... Ya ves, te aseguro que no puedes seguir así... Entonces, ¿qué? ¿Quieres, eh?...»

«¿Qué?...»

«¡Pues que se vaya el chico!... ¡Que nos deje respirar un poco!... Que nos quedemos solos... ¿No quieres?...»

«¡Ah, eso sí que no! ¡Ah, no! ¡Aún no! ¡Hostias! ¡No! ¡Aún no!...»

«¡Pero bueno, Auguste! ¡Piénsalo! Si te mueres de un disgusto, ¿qué ganaremos con eso?...»

«¿Morir, yo? ¡Huy, huy! ¿La muerte? Pero, ¡si es lo que más deseo! ¡Morir! ¡Rápido! ¡Huy, huy, huy! ¡No veas cómo me la trae floja! Pero, ¡si es lo que deseo yo, la muerte!... ¡Ah! ¡Me cago en la hostia!...»

Se desasió, se escabulló de repente, derribó a mi madre, Clémence. Ya estaba en pie otra vez, berreando aún más fuerte... No había pensado en eso... ¡La muerte! La hostia... ¡Su muerte!... Ya lo teníamos en trance otra vez... ¡Se entregaba con ganas! ¡Recuperó las fuerzas!... Volvió a lanzarse hacia el fregadero... Quería echar un trago. ¡Ta ra! ¡Blac!... ¡Resbaló!... ¡Dio una carambola!... Se escurrió con las cuatro herraduras... Fue a dar contra el aparador... Resbaló contra la alacena... Berreó a pleno pulmón... Se dio una leche en el coco... Intentó agarrarse... Todos los trastos nos cayeron en la jeta... Toda la vajilla, los instrumentos, la lámpara de pie... Una cascada... una avalancha... Quedamos aplastados debajo... Ya no nos veíamos unos a otros... Mi madre gritó desde los escombros... «¡Papá! ¡Papá! ¿Dónde estás?... ¡Respóndeme, papá!...» Estaba tendido cuan largo era, boca arriba... Yo veía sus calcos que sobresalían sobre los baldosines de la cocina, ¡los rojos «secantes»!...

«¡Papá! ¡Respóndeme! ¡Anda! ¡Responde! ¡anda, querido!...»

«¡Me cago en la leche! ¡No voy a poder estar tranquilo nunca!... ¡Yo no os pido nada, coño, joder, hostias!...»

Al final, se cansó... Acabó diciendo que sí... Mi madre se salió con la suya... Él ya no podía competir. Decía que daba igual. Volvía a hablar del suicidio... Regreso a su oficina. Ya sólo pensaba en sí mismo. Abandonaba la partida. Salía para no encontrarse conmigo. Me dejaba solo con mi madre... Entonces ella reanudó las andanadas... las quejas... las letanías... De repente se le ocurrían ideas... Tenía que exponerlas, darles rienda suelta, para que yo las aprovechara, me atiborrase antes de marcharme... ¡No porque mi padre se desinflara debía creer que todo me estaba permitido!...

«¡Escúchame, Ferdinand!... Ya es hora de que te hable: no quiero molestarte, amenazarte con esto o lo otro, ¡no es mi función! ¡No es mi estilo! Pero, en fin, ¡hay ciertas cosas que una madre nota!... Yo parezco estar en la luna la mayoría de las veces, ¡pero noto las cosas, de todos modos!... No digo nada, ¡pero pienso!... Es un gran riesgo el que corremos... ¡Por fuerza! ¡Imagínate!... ¡Enviarte a Inglaterra!... Tu padre no dice ninguna tontería... Es un hombre que piensa... ¡Ah! ¡No es ningún imbécil!... Para gente de pocos medios como nosotros, ¡es una auténtica locura!... ¿Enviarte al extranjero?... Pero, ¡si ya tenemos deudas!... ¡Y la joya que hemos de pagar!... ¡Y, además, dos mil francos a tu tío! Tu padre lo decía esta mañana... ¡Es una auténtica aberración! ¡Y es verdad!... ¡Yo no

he querido insistir! pero, ¡tu padre está en lo cierto!... ¡No está ciego! ¡Me pregunto de dónde vamos a sacar una suma así! ¡Dos mil francos!... ¡Ya podemos remover cielo y tierra!... ¡No llueve del cielo!... Tu padre, bien lo ves, ¡está en las últimas!... Y yo estoy rendida, extenuada, no digo nada delante de él, pero estoy a punto de desplomarme... ¿Ves esta pierna?... Ahora todas las noches se me hincha... ¡Esto ya no es vida!... ¡No nos lo merecíamos!... Me oyes, ¿verdad? ¿Hijo? No te hago reproches... Es para que te des cuenta... Que no te hagas falsas ilusiones, que comprendas bien todo lo que sufrimos... Ya que te vas a ir durante varios meses. Mira, ¡nos has complicado las cosas, Ferdinand! ¡Puedo decírtelo, confesártelo!... Soy muy indulgente contigo... ¡Al fin y al cabo, soy tu madre!... Me resulta difícil juzgarte... Pero los extraños, los patronos, que te han tenido en casa todos los días... No tienen las mismas debilidades... ¡Hombre, Gorloge! ¡ayer mismo! aún lo oigo... ¡No le dije nada a tu padre!... Al marcharse... Ya llevaba una hora aquí... "Señora", me dijo, "ya veo a quien hablo... Lo de su hijo, para mí, es muy sencillo... Es usted como tantas otras madres... ¡Lo ha mimado usted! ¡Lo ha echado a perder! ¡Eso es todo! Creemos hacer lo mejor, ¡nos desvivimos! ¡Y hacemos unos desgraciados a esos muchachos!" Te lo repito palabra por palabra, lo que me dijo... "Sin pretenderlo lo más mínimo, ¡hará usted de él un golfo! ¡un vago! ¡un egoísta!..." ¡Me quedé patidifusa! ¡Lo confieso! ¡No dije ni "uf"! ¡No chisté! ¡No era lo más apropiado que me pusiera a darle la razón!... Pero, ¡lo pensaba, verdad!... También él estaba en lo cierto... En nuestro caso no es lo mismo, Ferdinand. ¡Sobre todo en mi caso!... Si no eres más afectuoso, más razonable, más trabajador y sobre todo más agradecido... Si no comprendes las cosas mejor... Si no intentas aliviarnos más... En la existencia... En la vida tan difícil... Hay una razón, Ferdinand, y yo te la voy a decir en seguida, yo, tu madre... La comprendo, como mujer... Es que no tienes corazón, la verdad... Es eso, en el fondo... Muchas veces me pregunto a quién puedes haber salido. Ahora me pregunto de dónde te viene. De tu padre seguro que no, ni de mí... Él tiene corazón, tu padre... Y demasiado incluso, ¡el pobre!... Y creo que me viste cómo era yo con mi madre... Nunca me faltó corazón precisamente... Hemos sido demasiado tolerantes contigo... Estábamos demasiado ocupados, no quisimos ver la realidad... Creímos que la cosa se arreglaría... ¡Has acabado faltando incluso a la probidad!... ¡Qué atroz!... ¡Nosotros somos un poco culpables!... Eso es cierto... ¡Ya ves adónde nos conduce todo eso!... "¡Va a ser su desgracia!..." ¡Ah! ¡no hacía falta que me lo dijera! ¡Lavelongue ya me había avisado!... ¡Ya ves que no fue el único que se dio cuenta, Ferdinand!... Todos los que viven contigo acaban dándose cuenta... Bueno, pues, no insisto más, no quiero hacerte peor de lo que eres... Ya que vas a encontrarte allí en un ambiente muy distinto... ¡Intenta olvidar el mal genio!... ¡Las malas compañías!... ¡No te juntes con los golfillos!... Y, sobre todo, ¡no los imites!... ¡Acuérdate de nosotros!... ¡Acuérdate de tus padres!... Intenta corregirte allí... Diviértete en los recreos... pero no te distraigas en el estudio... Intenta aprender rápido en esa lengua y después volverás... Aprende los buenos modales... Intenta formarte el carácter... Haz esfuerzos... ¡Los ingleses parecen siempre tan decentes!... ¡Tan limpios! ¡Tan correctamente vestidos!... No sé qué decirte, hijo, para que te portes un poco mejor... Es el último intento... Tu padre ya te ha explicado todo... La vida a tu edad es cosa seria... ¡Debes hacerte un hombre de provecho!... No te puedo decir más...» En su género, estaba claro, yo ya había oído casi todo... Nada me afectaba ya... Lo que quería era marcharme y lo más pronto posible y no oír hablar a nadie más. Lo esencial no es saber si tienes o no razón. Eso no tiene importancia, en realidad... Lo que hace falta es conseguir que el mundo deje de ocuparse de uno... El resto es vicio.

La pena surgió, de todos modos, peor de lo que habría creído, en el momento de partir. Es difícil de evitar. Cuando nos encontramos los tres en el andén de la Estación del Norte, no nos llegaba la camisa al cuerpo... Nos cogíamos de la ropa, procurábamos permanecer juntos... En cuanto nos encontrábamos dentro de la multitud, nos volvíamos tímidos, sigilosos... Hasta mi padre, que tanto berreaba en el Passage, fuera perdía todas sus agallas... Se achicaba. Sólo en casa removía rayos y

truenos. Fuera, enrojecía cuando llamaba la atención... Miraba a hurtadillas...

Era una audacia singular, que me enviaran tan lejos... Solo... Así... De repente teníamos canguelo... Mi madre, que era la más heroica, buscó a personas que fueran adonde yo... Nadie conocía Rochester. Subí a guardar mi sitio... Me recomendaron una vez más las cosas indispensables... La prudencia más extrema... no bajar antes de mi estación... No cruzar la vía en ningún momento... Mirar a todos lados... No jugar con la portezuela... Tener cuidado con las corrientes de aire... No meterme nada en los ojos... estar atento a la red del equipaje... que en los choques te cae encima y te mata... Yo llevaba una maleta abarrotada y, además, una manta, una especie de alfombrilla enorme, un tapiz de Oriente de cuadros multicolores, un plaid de viaje verde y azul... Lo habíamos heredado de la abuela Caroline. Nadie lo había podido vender nunca. Yo lo devolvía a su país. ¡Iba a ser perfecto para el clima! Eso pensábamos...

Tuve que recitar una vez más, con todo el jaleo, todo lo que me habían obligado a aprender, todo lo que me machacaban desde hacía ocho días... «Cepíllate los dientes todas las mañanas... Lávate los pies todos los sábados... Pide que te dejen tomar baños de asiento... Llevas doce pares de calcetines... Tres camisones... Límpiate bien después de ir al retrete... Come y sobre todo mastica despacio... Si no, se te estropeará el estómago... Tómate el jarabe contra las lombrices... Abandona la costumbre de tocarte...»

Disponía de otros muchos preceptos para mi edificación moral, para mi rehabilitación. Me lo ofrecían todo antes de que me marchara. Me lo llevaba todo a Inglaterra, los buenos principios... Excelentes... y la gran vergüenza de mis instintos. No me iba a faltar de nada. El precio estaba convenido. Dos meses enteros pagados por adelantado. Prometí ser ejemplar, obediente, valiente, atento, sincero, agradecido, escrupuloso, no mentir nunca y sobre todo no robar, no volver a meterme los dedos en la nariz, volverme irreconocible, un auténtico modelo, engordar, aprender el inglés, no olvidar el francés, escribir al menos todos los domingos. Prometí todo lo que quisieran, con tal de que me dejaran marcharme en seguida... Que no volviera a empezar una tragedia. Después de haber hablado tanto, ya no nos quedaba cháchara... Era el momento de partir. Tenía presentimientos chungos, me venían sensaciones preocupantes, me preguntaba si los ingleses serían tal vez más cabrones, más hijoputas, y mucho peores que los de aquí...

Miraba a mis padres, estremecidos, temblequeando con toda la chola... Ya no podían retener los lagrimones... De repente me eché a llorar. Tenía vergüenza también, mucha, me deshacía en lágrimas como una niña, me veía repugnante. Mi madre me abrazó... Era el momento de cerrar las puertas... Estaban dando la orden: «¡Viajeros al tren!»... Me abrazaba con tal fuerza, en un acceso tan violento, que me tambaleé... La fuerza de un caballo en ternura, que le subía en esos casos del fondo de su deforme cuerpo... La empapaban por adelantado, las separaciones. La volvía del revés completamente, un tornado terrible, como si el alma se le hubiera salido por el trasero, por los ojos, por el vientre, por el pecho, me inundara completamente, iluminase la estación... No lo podía evitar... Hacía un efecto insoportable...

«¡Cálmate, jolines, mamá!... La gente se está riendo...»

Yo le suplicaba que se contuviera, le imploraba entre los besos, los pitidos, el jaleo... Pero era más fuerte que ella... Escapé de su abrazo, salté al estribo, no quería que volviera a empezar... No me atrevía a reconocerlo, pero, de todos modos, aún sentía, en el fondo, como curiosidad... Me habría gustado saber hasta dónde podría llegar en las efusiones... A qué fondo de guarrerías iba a buscar todo eso...

Mi padre, al menos, era sencillo, era un chorra repugnante, no le quedaba dentro del pecho sino rollos, simulacros y más berridos... Todo un mogollón de gilipolleces... Pero ella era distinta... conservaba toda su solvencia, su canción... Incluso en plena miseria infecta... por poco que la acariciaran, volvía a marcarse la emoción... Era como un chisme descuajaringado, el piano de la

desgracia de verdad, que sólo hubiera conservado notas atroces... Aun después de haber subido al vagón, temía que me volviera a agarrar... Yo iba y venía, hacía como que buscaba cosas... Me subí al banco... Buscaba mi manta... La pisaba... Me alegré de que nos pusiéramos en movimiento... Partimos con un estruendo atronador... Hasta que hubimos pasado Asnières, no me volví a poner como todo el mundo... Aún no las tenía todas conmigo...

Al llegar a Folkestone, me enseñaron al jefe del tren, era quien debía vigilarme, avisarme cuándo debía bajar. Llevaba un talabarte rojo con una bolsita colgada en el centro de la espalda. No podía perderlo de vista. En Chatham, me hizo señas. Agarré mi maleta. El tren llevaba dos horas de retraso; los de mi pensión, el «Meanwell College», se habían marchado a casa, ya no me esperaban. Me venía bien, en cierto modo. Fui el único que bajó, los demás continuaban hasta Londres.

Ya era de noche, no estaba demasiado bien iluminado. Era una estación vertical, como montada sobre zancos, sobre pilotes... Estirada, enmarañada, toda de madera, entre el vaho, el abigarramiento de carteles... Cuando andabas sobre la plataforma, resonaba con mil tablones...

No quise que me ayudaran más, estaba harto. Me largué por un pórtico lateral y después por una pasarela... No me preguntaron nada... Yo ya no veía al buen señor, otro con un como uniforme, azul y rojo, que najaba tras mí. Me volví delante de la estación, en una plaza que estaba muy obscura. La ciudad comenzaba allí mismo. Bajaba abrupta con sus callejuelas, de un farol a otro... Era una atmósfera pringosa, pegajosa, que bailaba en torno a los faroles de gas... una sensación pavorosa. De lejos, de más abajo, llegaban ráfagas de música... El viento debía de traer... ritornelos... Como una noria rota en la noche...

Llegué un sábado, conque había una de gente en las calles. Se aborregaba ante las tiendas. El tranvía, una especie de jirafa obesa, sobresalía entre las casuchas, laminaba el tropel, con estruendo de cristales... La muchedumbre era densa, marrón y ondulante, con un olor a cieno, tabaco y antracita, y también a pan tostado y un poco de azufre por los ojos; se volvía cada vez más tenaz, más envolvente, más sofocante, conforme bajábamos, volvía a formarse tras el tranvía, como los peces tras la esclusa...

En los remolinos, eran más viscosos, más adherentes que la gente de mi tierra. Yo me pegué también a los grupos con mi maleta, pasé de una panza a otra. Diquelaba con ganas la jalandria de los escaparates, toda colgada. Montañas de jamón... Barrancos de salazones... Tenía una gusa que para qué, pero no me atreví a entrar. Llevaba una «libra» en un bolsillo y algo de calderilla en el otro.

Después de tanto paseo y tantos achuchones, desembocamos en una ribera... La niebla era muy compacta... Te acostumbras a tropezar... No hay que caerse en el río... En toda su extensión se había asentado como una feria, con canastillos y también auténticas tarimas... La tira de faroles y todo el tropel... Había charlatanes pescando en el montón... se desgañitaban en su lengua... Había barracas a manta dispuestas por la explanada en todas las direcciones, para todos los gustos... Boquerones, patatas fritas... la mandolina, la lucha libre, los pesos, el tragasables, el velódromo, los pajaritos... un canario que sacaba con el pico «el futuro» de una caja, un batiburrillo tremendo... Tentaciones de todo tipo... turrón... barriles de grosella chorreando por el paseo... Bajó del cielo una nube muy cargada... cayó sobre la feria... ocultó todo en un instante... Algodonó el espacio... Aún se oía muy bien, pero se desdibujó, ya no se veía... Ni el andoba ni el acetileno... ¡Ah! ¡un ataque de borrasca! ¡Reapareció!... un auténtico caballero, con levita... Enseñaba la Luna por dos peniques... Por tres te ofrecía Saturno... Lo decía su cartel... Llegaron vaharadas otra vez, se arrojaron sobre la multitud... se extendieron... ¡Todo empañado otra vez! El tipo se volvió a poner el «clac», plegó el telescopio, gruñó, se largó... La muchedumbre se tronchaba. Ya no había modo de avanzar... se perdían, se reunían ante los escaparates, deslumbrantes de verdad. La música llovía de todos lados... como si la tuvieses dentro... Como un espejismo... Estábamos como inundados por el sonido... Era un banjo... Un negro sobre una alfombra a mi lado, lloriqueaba a ras de la acera... imitaba una locomotora... Iba a aplastar a todo el

mundo. ¡Qué divertido! ¡Ya no nos veíamos!...

Las vaharadas se alejaron volando... Yo ya no tenía ninguna prisa... No sentía urgencia por llegar al «Meanwell»... Me gustaba mucho aquel sitio, de la ribera... aquella como feria y la gente difuminada... Es muy agradable una lengua de la que no comprendes nada... Es como una niebla también, que fluctúa por las ideas... Está muy bien, no hay nada mejor, la verdad... Mientras las palabras no salen del sueño, son admirables... Me senté un rato, tan tranquilo, sobre la manta, contra un mojón, tras las cadenas... Muy a gusto, apoyado... Iba a ver pasar todo el espectáculo... Toda una hilera de marineros con farolillos encendidos en la punta de altas varas... ¡Muy graciosos! ¡Jaleo! ¡girándulas!... ¡Ya estaban muy borrachos, muy alegres!... Llegaban en tropel, empujando, armando gresca. Chillaban como gatos... Alborotaban al populacho. Ya no podían avanzar, su farándula quedó atascada ante un farol... Se enroscaba se desenrollaba... Uno se quedó rezagado en el arroyo. Habían derribado a un negro... Se interpelaban... Se retaban... ¡Sonaron insultos!... De repente, se pusieron rabiosos... ¡Querían colgarlo, al negro, del portillo del tranvía!... ¡Se armó un cristo espantoso!... Una pelea con mala leche... Rayos... y truenos... ¡Sonaban golpes como redobles de tambor! ¡zas! y ¡pum! terribles... ¡Y luego pitos!... ¡Otra oleada de cómicos!... ¡Un nubarrón estridente!... Toda una escuadra de policías, azules, con casco en punta entonces, ¡con gorras negras en la chola!... Venían corriendo también. Llegaron al galope de las calles, de las sombras, de todas partes... Se precipitaron a la carrera... Todos los militares que se pavoneaban, con sus varas centelleantes, a lo largo de las barracas, acudieron a toda leche... Se lanzaron también a la pelea... ¡Vamos ya!... ¡Menudo jaleo armaban! ¡Se bamboleaban!... ¡Había de todos los colores! ¡Una batalla de muestras!... ¡Amarillas!... verdes más allá... violetas... ¡Una auténtica refriega! Un pitote... Las chavalas se refugiaron en los rincones con los acetilenos, las antorchas en fusión entre la niebla. Lanzaban todas gritos horribles, estridentes, desolladas vivas de miedo... Entonces llegaron refuerzos de guardias, cacatúas de colores... Entraron majestuosos en el baile... Salieron rechazados, desollados. Era una batalla en una jaula de pájaros... Las varas... los penachos de plumas saltaban, volaban... Un charabán de cuatro caballos salió en tromba de un callejón... Se paró en seco en plena barahúnda... Saltaron otros cachas... Se arrojaron al montón como fardos, como colosos, lo zarandearon bien... Agarraron a los más truculentos, los más aulladores, los más curdelas... Los tiraron al furgón, patas arriba... Se amontonaban, se aglomeraban... La contienda se desmoronaba... El tumulto se disolvió en la noche... El coche volvió a partir al galope... ¡Y se acabaron las violencias!... La muchedumbre retrocedió hacia las cantinas, a lo largo de los mostradores de caoba... pimplaron aún más... El parterre estaba despejado, ahora desfilaban carricoches... Patatas fritas... morcillas... bígaros... Vuelta a privar... A cortar salchichas... La puerta del bar ya no cesaba de abrirse y cerrarse. Un borracho tropezó, se desplomó en el arroyo... La procesión lo rodeaba, los transeúntes callejeaban... Eran chavalas, una auténtica banda, puros cacareos... esperando a los marineros que las atrapaban en las puertecitas contiguas... Se hablaban... Eructaban... Se veían aspirados por el bar... los escoceses entraban de cabeza... Les habría gustado pelearse aún más, pero es que ya no podían más, la verdad...

Yo los seguí con mi maleta... No me preguntaron nada... Primero me sirvieron... Todo un jarro de jarabe, bien espeso, espumoso y negro... estaba amargo... ¡era cerveza! Humo en compota... Me devolvieron dos perras con la «reina», la que acababa de morir precisamente, con la jeta impresa en un culo...[9] la bella Victoria... No pude acabar aquel brebaje, me daba asco, ¡y mucha vergüenza! Volví a la procesión. Pasamos de nuevo ante los coches, los pequeños que llevaban un farol entre los varales... Oí una auténtica orquesta... Busqué y me orienté... Era muy cerca del embarcadero... Zumbaba, fulminaba, tronaba bajo un toldo... Cantaban en coro... desentonando a más no poder... Era asombroso cómo conseguían desfigurarse la boca, dilatarla, ensancharla como un auténtico trombón... Y recuperarla intacta... Estaban agonizando... La palmaban presas de convulsiones... ¡La oración, los cánticos!... Una tía enorme, con un solo ojo, se le iba a salir... peor para ella, ¡que las friera!... Se

meneaba tanto, que el moho le caía despacio sobre las napias con el sombrero de cintas... No le parecía aún bastante ruido, arrancó el trombón a su chorbo, sopló a su vez, echó todo un pulmón... Pero era una tonada de polka, un auténtico rigodón... Se acabó la tristeza... El público se puso a mover el esqueleto, se abrazaban, se emulsionaban, se meneaban... El otro andoba, el que la miraba, debía de ser su plas; se le parecía, sólo que con barba; además, llevaba gafas y una bonita gorra con una inscripción. Tenía cara de pocos amigos, ése... Estaba absorto en un libro... De pronto, ¡va y se lanza en trance él también! ¡Quitó el trombón a su hermana!... Se subió a la banqueta, lanzó un buen lapo primero... Se puso a cascar... Por su forma de gesticular, de golpearse el pecho, de arrebatarse, comprendí que debía de ser un sermón... Hacía gemir las palabras, las torturaba de un modo, que resultaba difícil de soportar... Los mendas de al lado se tronchaban. Él los retaba, los interpelaba, nada lo detenía... ni siquiera las sirenas, las de los barcos que luchaban contra la corriente... Nada le impedía fulminar... A mí me agotaba... Se me cerraban los clisos... Me senté en la manta... Me tapé, nadie me veía, estaba oculto por las cocheras... El de la «Salvation» seguía berreando, se desgañitaba, me atontaba... Hacía frío, pero me tapó bien... Ya estaba un poco más calentito... El vaho era blanco y después azul. Yo estaba junto a una garita... Obscurecía, poco a poco... Me iba a quedar sobando... De allí llegaba la música... Era una noria... un organillo... Del otro lado del río... el viento... el chapoteo...

¡Un terrible estertor de caldera me despertó sobresaltado!... Un barco costeaba la ribera... Luchaba contra la corriente... Los «Salvation» de antes se habían largado... Los negros saltaban en el estrado... Daban volteretas vestidos de chaqué... Rebotaban sobre la calzada... los faldones color malva se agitaban por detrás, en el barro y el acetileno. «Ministrels»[10] llevaban escrito en el tambor... No cesaban... Redobles... Escapes... ¡Piruetas!... Una sirena potentísima desgarró todos los ecos... Entonces la muchedumbre quedó paralizada... Nos acercamos a la orilla, para ver la maniobra de abordaje... Yo me apalanqué en la escalera, al ladito de las olas...

La chiquillería de los botes se agitaba en los torbellinos en busca del cabo... La chalupa, la grande con el hervidor en medio, de cobre y enorme, giraba como una peonza... Traía los papeles. Resistía con fuerza la corriente, el «cargo» de las Indias... Resistía, sin moverse del centro, en la obscuridad... No quería acercarse... Con un ojo verde y otro rojo... Por fin, se lanzó de todos modos, solapado, contra un enorme haz de leña que colgaba de la orilla... Y crujía como una pila de huesos... Tenía el morro en la corriente, bramaba con la fuerza del agua... Luchaba con la boya... Era un monstruo encadenado... Aulló otro poquito... Estaba vencido, se quedó ahí solo en los pesados remolinos relucientes... volvimos hacia la noria, la de los organillos y las montañas... La fiesta no había terminado... Yo me sentía mejor, por haber echado una cabezadita... Es que me estaba pareciendo mágico... Un mundo muy distinto... ¡Inaudito!... Como una imagen irreal... De repente me pareció que no me iban a atrapar nunca más... que me había vuelto un recuerdo, irreconocible, que nada tenía ya que temer, que nadie volvería a encontrarme jamás... Pagué por el tiovivo, presenté mi monedita. Di tres vueltas completas con chavalas desgarbadas y soldados... Estaban apetitosas, tenían cara de muñeca, acáis como caramelos azules... La cabeza me daba vueltas... Me apetecía montar otra vez... Me daba miedo enseñar el parné... Me metí en lo obscuro... Rasgué el forro, quería sacar la lechuga, la «libra» entera. Y después el olor a aceite frito me llevó hacia el lugar, junto a una esclusa... Eran buñuelos... los olía perfectamente desde lejos, en un carricoche de ruedas pequeñas.

La chavalita que revolvía la salsa, no es que fuera guapa... Le faltaban dos dientes... No cesaba de reír... Llevaba un sombrero con caireles que estaba a punto de caérsele por el peso de las flores... Era un jardín colgante... y velos, largas muselinas que se le metían en la marmita y se las sacaba con delicadeza... Parecía jovencísima para ponerse semejante adefesio, aun a aquella hora... en aquella situación especial... me sorprendía el sombrerito... No podía quitarle ojo. Ella no dejaba de sonreírme... Tenía menos de veinte castañas, la chavala, y unos chucháis pequeños e insolentes... y

cintura de avispa... y un bul como a mí me gustan, apretado, musculoso, bien dibujado... Di la vuelta para observarlo bien. Ella seguía absorta en la fritura... No era altanera ni arisca... Le enseñé el dinero... Me sirvió como para atiborrar a una familia. Sólo tomó una perra chica... Simpatizábamos... Comprendió, por mi maleta, que acababa de bajar del tren... Intentó hacerse entender... Tenía que explicarme... Me hablaba muy despacio... Detallaba las palabras... Ah, pero entonces, ¡me eché para atrás!... Me retraje... Me entró la mala leche... En cuanto me hablaban, ¡me ponía como un basilisco!... ¡Ya no quería más cháchara!... ¡Alto! ¡Ya tenía bastante!... ¡Sabía adónde conducía! ¡no estaba ya de humor para eso! Ella se volvió más cortés, más atenta, más encantadora... ¡Es que, para empezar, la boquita abierta con la sonrisa me desagradaba!... Le indiqué que iba a dar una vuelta por los bares... ¡A divertirme!... Le dejé la maleta a cambio, la manta... Las dejé junto a su silla de tijera... Le indiqué por señas que me las guardara... Y volví a irme de garbeo...

Libre ya, volví hacia las tiendas... me di un voltio por los puestos de vituallas... Pero me había puesto como el Quico, no podía más. Entonces dieron las once... Llegaron ráfagas de borrachos... desfilaron por toda la explanada... Iban y venían, se estrellaban contra la muralla de la aduana, volvían a caer, berreaban, se tendían, se dispersaban... Los que estaban curdas, pero se sostenían, entraban en el cafetín muy tiesos y a compás, con los botones abrochados al revés, se iban derechos a la barra... Se quedaban ahí sin decir palabra, transidos, soldados con el estruendo mecánico, el «vals del amor»... A mí me quedaban aún muchos cuartos... Me bebí otras dos sopas de cerveza, la que se sube a la azotea...

Salí con un golfo y otro que no cesaba de eructar y que llevaba un gatito en brazos. Iba maullando entre los dos... Ya apenas podía avanzar... Conque me metí en el bar contiguo... me caí sobre la puerta giratoria... Esperé en el banco... junto a la pared a que se pasara... con todos los demás curdelas... Había la tira de chorbas vestidas con chambras, plumas y boinas, sombreros de paja de borde duro... Todos hablaban como animales... con ladridos y eructos terribles... Eran perros, tigres, lobos, ladillas... Picaban.

Fuera, a través de la ventana, pasaban peces ahora por la acera... Se veían perfectamente... Avanzaban despacio... ondulaban por el escaparate... Venían a la luz... Abrían la boca, les salían neblinas... eran caballas, carpas... Olían también a fango, miel, humo, bien acre... todo... Otro traguito de cerveza... No iba a poder levantarme nunca... Mejor para mí entonces... Venga rajar... Venga reír entre dientes, todos los holgazanes... Toda la fila caneándose, dándose unas hostias como para molerse los muslos... ¡Qué cabrones!...

Pero por fin cesó de sonar el piano, ¡el patrón en delantal nos echó a todos!... ¡Otra vez en la puta calle! ¡Me desabroché el cuello!... Me sentía francamente mal... Me arrastré por las sombras. Aún veía un poco los dos faroles... ¡no demasiado!... Veía el agua... Volví a ver el chapoteo... ¡Ah! Vi también la escalera. Bajé los peldaños uno por uno... Me agarré, muy prudente... Toqué la pañí... de rodillas... le vomité encima... hice esfuerzos violentos... Estaba muy satisfecho... De más arriba me llegó una ráfaga... enorme... Toda una comida... Vi al tipo inclinado... Una vomitera... una bocanada viscosa... ¡Intenté levantarme! ¡Me cago en la leche! No podía... Volví a sentarme... ¡Me lo chupé todo! ¡Mala suerte! Me chorreaba por los ojos... Otra arcada... ¡Huah! Veía bailar el agua... en blanco... en negro... Hacía un frío que pelaba. Tiritaba, me rasgaba los alares... Ya no podía arrojar más... Volví a echarme en un rincón... Un bauprés de velero me pasó por encima... Me rozó la jeta... ¡Salían, los gachós! ¡Una auténtica escuadra!... ¡Ah, sí! Salían de la niebla... Avanzaban remando... Abordaron la ribera... Con las velas enrolladas hasta medio mástil... Oí llegar a la basca... Pateando a lo largo de los embarcaderos, llegaban los currelantes...

No me separé del nivel de la pañí... Tenía un poco menos de frío... Y la cabeza vacía... Estaba tranquilo... Como Dios manda. No molestaba a nadie... Eran como «tartanas»... Me los conocía yo, los barcos... Llegaban otros más... Se aglomeraban... Se apretujaban en las olas... Hasta la cintura se hundían en el agua... cargados de alimentos. Traían legumbres para un regimiento... Lombardas,

cebollas, rábanos negros, nabos en montículos, en catedrales, ¡flotaban a contracorriente y remolcados a vela!... Se pavoneaban a la luz de los reflectores... Surgían de pronto de las tinieblas... Los peones prepararon la escala... Se tragaron todos de una vez el tabaco de mascar... Después se pusieron los adefesios de sombreros, tras las chaquetas de alpaca... Parecían contables... Llevaban hasta lustrinas... Así eran los descargadores de antes... Apilaban cestos, montones increíbles, unos equilibrios, se perdían allí arriba, en la tiniebla... Volvían con tomates, cavaban túneles profundos en pleno terraplén... coliflores... Volvían a desaparecer en las bodegas... Regresaban bajo los faroles... Volvían a pasar cargados de alcachofas... El barquichuelo no podía erguirse... se hundía bajo las pasarelas... no cesaban de llegar otros, para llevarse las mercancías, de los transbordadores de chicha y nabo.

Me quedé atónito, me castañeteaban los dientes... La estaba palmando, sí, literalmente. Dejé de divagar... Tuve un sobresalto de la memoria... ¿Dónde había dejado la manta? Recordé a la chavala de los buñuelos... Fui de barraca en barraca... Por fin, la encontré, a la monina. Me estaba esperando precisamente. Ya lo había cerrado todo, todas las marmitas, su enorme tenedor, había recogido todos los bártulos... Ya podía marcharse... Se alegró de verme. Había vendido todas las frituras. Me enseñó incluso todas las fuentes vacías... patatas fritas... patatas en ensalada... sólo le quedaba un poco de cabeza de jabalí... Se lo extendió con el cuchillo sobre una rebanada de pan, una buena loncha, nos lo repartimos... Yo tenía hambre otra vez. Se subió el velo para verme mejor. Me echó una regañina por señas, que había tardado demasiado. ¡Ya estaba celosa! No quiso que la ayudara a tirar de los varales... En la ciudad estaba, la cochera donde aparcaba el carricoche... Yo llevaba el farol... No había visto el sombrero completo... Aún había detalles por descubrir, le caían perifollos de adorno hasta la cintura. Llevaba una pluma de pavo real, inmensa, anudada bajo la barbilla con un pañuelo espléndido de verdad, adornado con ramas malvas y doradas.

En la cochera apilamos las cacerolas... Cerramos la burda y nos marchamos de paseo. Entonces se me acercó... Quería hablarme en serio... Tampoco esa vez cedí... Me hice el sueco. Le enseñé la dirección... el «Meanwell College». A propósito me detuve bajo un farol de gas... Pero es que ella no sabía leer... No cesaba de gritar... Sólo me repetía su nombre. Se golpeaba el pecho... ¡Gwendoline! ¡Gwendoline!... Yo oía perfectamente, le sobaba los achucháis, pero no entendía las palabras... ¡Basta de ternuras! ¡de confesiones! ¡Igual que las familias! No se nota a primera vista, pero es mierda y compañía, un hormigueo de infección... No iba a ser esa chica de las fritangas quien me hiciera pronunciar palabra. ¡De eso nasti, monina! ¡Anda, nena! ¡Podía llevar mi maleta! ¡Como gustes, chica! ¡No vamos a discutir por eso! ¡Estaba mucho más cachas que yo!... Aprovechaba los rincones obscuros para acapararme a base de ternuras. Me abrazaba como en la lucha libre... Yo no podía resistirme... Las calles estaban casi desiertas... Quería que la magreara... que la estrujase... que le estrechara con fuerza la cintura... Era de temperamento fuerte... una exigente, una curiosa... Nos escondíamos tras las neblinas... Tenía que besarla otra vez; si no, no me habría devuelto mis bártulos... Estaba yo guapo retorciéndome... Estábamos bajo un farol, le entró la cara dura, me sacó la pilila al aire... Yo ya no estaba empalmado... Me la puso tiesa otra vez... Me corrí... Se puso como loca... Daba saltos en la niebla. Se levantaba las faldas, se ponía a bailar como una salvaje... No pude por menos de reírme... ¡A esas horas! ¡Quería toda la pesca! ¡Joder! Salía corriendo tras de mí... ¡Se ponía hecha una fiera! Me atrapó... ¡Quería comérseme! ¡unos chupetones feroces! Le gustaba el extranjero, a esa chavala...

La explanada estaba vacía, los saltimbanquis, en el otro extremo, estaban plegando sus tiendas... los carricoches de los cómicos, los caramelos, las mermeladas... cruzaban todo el espacio vacío bamboleándose con los hoyos, los baches... Les costaba mucho empujar... Llegamos ante un estrado, allí estaba la última tía, una purí, descolgando sus telas teñidas... iba vestida de hurí... Apagaba todas las luces... Enrollaba sus alfombras de Oriente... Su puesto estaba rodeado de cristales... con líneas de la mano... Bostezaba con ganas, como para desencajarse la mandíbula... Sus gruñidos, ¡huah! ¡huah!,

resonaban en la noche. Nos acercamos mi gachí y yo. La interrumpimos en sus quehaceres. Se reconocieron, las chorbas... Se pusieron a hablar... Debían de ser amigas... Chamullaban en su algarabía. Yo les interesaba a las dos... La tía esa me indicó por señas que me acercara, que subiese a su queli. No podía negarme, la otra seguía teniendo mis bártulos... Me cogió de la mano, la chorba, me la volvió, miró las palmas... De muy cerca, bajo la lámpara. Me iba a decir la suerte... ¡Presté atención! ¡Sentían curiosidad por mi futuro!... ¡Quieren saberlo todo, las chorbas! ¡En cuanto les niegas la palabra!... Me daba igual, estaba muy cómodo, sobre una pila de cojines... Hacía mucho menos frío que fuera... Estaba descansando... Ellas seguían con sus manejos... Se interesaban por mi caso... Se animaba, la oriental... se estaba esmerando con mi horóscopo... La mía fruncía el entrecejo. Debía de ser triste mi destino... Yo las dejaba hacer, manipularme... No era desagradable. ¡Es que, además, otras cosas me interesaban! Contemplaba todo lo que me rodeaba, cómo estaba hecha la tienda... toda cubierta de estrellas, y en el techo cometas y lunas bordadas... Era demasiado tarde para apasionarse, ¡qué leche! No comprendía ni papa de sus comadreos... ¡Ya eran por lo menos las dos!... No cesaban, dale que dale... Ahora comentaban los surcos pequeños... Eran escrupulosas... Yo siempre llevaba las manos sucias, así debía de ser más fácil. Y las uñas también... Con gusto me habría quedado dormido... Por fin terminaron... Estaban de acuerdo. Mi chorba pagó a la pureta con su parné, dos monedas, vi... Le había echado las cartas también a ella... Y después se acabó el porvenir... Volvimos a pasar bajo las cortinas. La tía esa volvió a subirse a su mostrador y siguió con sus telas.

Mi conquista, mi Gwendoline, a partir de ese momento, me miró de otro modo... Yo ya no era el mismo... Yo notaba que ella tenía presagios, me veía transfigurado... Ya no me acariciaba igual... Debía de ser asqueroso, mi destino... Tanto en las cartas como en los surcos, ¡ni la menor potra!...

Sentía tal sueño, que me habría dejado caer redondo allí mismo, pero aún hacía fresquito. Tuvimos que deambular por la ribera... Ya es que no quedaba ni un alma, sólo un perrito que nos siguió un momento. Iba hacia las cocheras. Nos metimos en un refugio, a ras del agua, se oía, se veía la marea contra la muralla... como lenguas, venía a cuchichear... y después los remos... y el jaleo de los tipos que se ponían en marcha.

Mi chorba me arrastraba, quería, creo, que fuera a su casa... Con gusto me habría tumbado en los sacos, había pilas enormes que subían hasta las vigas... Protegían del viento... Ella me hacía señas, que tenía una queli de verdad con cama de verdad... Eso no me atraía más... Eran intimidades... Aun así, con tanta fatiga, me daba canguelo. Dije por señas que no... Tenía la dirección donde debía presentarme... en el «Meanwell College»... Prefería pasar por la escuela antes que cepillarme a la Gwendoline. No es que fuera un aborto, en su género no le faltaba encanto, tenía cierta elegancia... Un culamen curiosito, piernas musculosas y chucháis muy ricos... La cara como un feto, pero estaba obscuro. Podríamos haber hecho esas porquerías, seguro que nos lo habríamos pasado chachi... Pero, ¡después de haber dormido!... ¡Es que estaba demasiado cansado!... Y, además, ¡que no era posible!... ¡Se me revolvían las tripas! Se me ponía penduleante, sólo de pensar... ¡En toda la perfidia de las cosas! ¡En cuanto te dejas enredar!... ¡Las cabronadas! ¡la mala hostia! ¿Y en mi madre? ¡Ah, pobre mujer! ¡Y en Gorloge! ¡la Méhon! ¡las citas! ¡el grifo de la cocina! ¡en Lavelongue! ¡en el pequeño André! ¡en toda la puta mierda! ¡Sí! ¡Hostias!... ¡Me había tocado en suerte la tira! ¡bien hedionda! ¡Enorme! ¡me había caído humeante sobre la chola!... ¡Menudo! ¡Un buen marrón!

La chavala Bigudí, tan inocente, tan preocupada, menuda zurra le habría endiñado yo, ¡para el pelo bien! ¡se habría enterado de lo que valía un peine! ¡Si me hubiese sentido cachas!... Para que aprendiera... Pero, ¡seguro que me habría caneado! Estaba cuadrada, un pecho de atleta, ¡me habría espabilado con el meñique, si hubiera sacado los pies del plato!... Yo no pensaba en otra cosa, por las callejuelas, cuando ella me abría la bragueta... Tenía baes de obrera, desenvueltas, rudas. A mí me ha sacudido todo el mundo. En fin...

Por fin, volví a sacar la dirección. Al fin y al cabo, había que encontrarla. Como ella no sabía

leer, buscamos unpoliceman... Nos equivocamos dos, tres veces. Eran simples fuentes muy graciosas, en los cruces, entre las brumas... Nos costó Dios y ayuda encontrarlo... Buscamos de un muelle a otro. Fuimos dando tumbos por todos lados en los toneles y pasarelas... Nos cachondeábamos, pese al agotamiento... Ella me sostenía también a mi, además de la maleta... Tenía buen humor de verdad. Iba perdiendo el moño... Además, yo le tiraba de los pelos. Eso la hacía reír. El perro callejero se nos unió otra vez... Por fin en la ranura de un quiosco vimos luz de verdad... El guripa estaba en cuclillas, se sobresaltó al vernos. Llevaba por lo menos tres hopalandas, una encima de otra: Carraspeó un buen rato... Salió a la niebla, se sacudía, chapoteaba como un pato. Encendió la pipa... Era muy amable. Leyó mi dirección. Nos indicó allá, muy arriba, con el dedo, al final de la noche, dónde se encontraba el «Meanwell College», por encima de la colina, tras todo un rosario de faroles que subía en zigzag... Volvió a su chabola. Se apretujó en la puerta con todas sus capas.

Ahora que ya sabíamos el camino, no teníamos tanta prisa... Faltaba aún una subida, una pendiente muy larga... ¡No había acabado la aventura!... Subimos muy despacito. Ella no quería que yo reventara... Se deshacía en atenciones. Ya no se atrevía a importunarme... Me besaba sólo un poco, en cuanto parábamos a descansar. Me indicaba por señas bajo los faroles que yo le iba... Que le gustaba mucho... Hacia la mitad de la pendiente, nos sentamos sobre una roca; desde allí veíamos muy lejos, a través del río, pasar nubes de niebla, se precipitaban en el vacío, ocultaban los barquitos sobre la suave corriente. Ya no se veían los faroles... luego había un claro de luna y después las nubes ocultaban todo otra vez... La chavala volvía a hablar por señas... ¿Quería jalar algo más? Se ofrecía a ir a buscármelo, debía de tener buen corazón... Pese a estar tan rilado, aún me preguntaba, de todos modos, si tendría resuello para tirarla al barranco de un patadón en los achucháis. ¿Eh?...

Debajo estaba el acantilado... A pico sobre la pañí.

De pronto oímos voces, eran hombres, una retahíla, los reconocí con sus linternas, eran «ministrels», falsos negros, los pintarrajeados... Subían del puerto también ellos... Arrastraban su carricoche en la niebla. Les costaba mucho. Pesaban la tira todos sus bártulos, desmontados... Sus instrumentos, las estacas, se bamboleaban, sonaban... Nos vieron, hablaron a la chavala... Hicieron un alto, se sentaron, discutieron, apilaron todos sus cuartos en el extremo del banco. No lograban contarlos... Estaban ya muy agotados... Uno por uno, fueron a enjuagarse la cara en la cascada, un poco más allá. Volvieron después tan lívidos, a la luz del amanecer... que parecían muertos ya... Alzaban la cabeza un momento, flaqueaban de nuevo, volvían a sentarse en la grava... Gastaban otras bromas a mi chorbita... Por último, nos agrupamos todos. Partimos juntos... Empujamos su trasto, los ayudamos a tirar del cacharro para que llegaran allá arriba. ¡A mí me faltaba un trecho! No quisieron que nos separáramos... Estaba tras los árboles, el «Meanwell College», una curva más y después un rodeo y luego una cuesta y un jardín...

Ahora todo era pena. Al llegar a la puerta, ya éramos todos bastante amiguetes. El número exacto, no fue fácil encontrarlo. Encendimos cerillas, dos, tres veces, primero... Por fin, ¡ahí estaba!... La chavala se echó a llorar. ¡Teníamos que separarnos!... Le hice manifestaciones, señas, que no se quedara ahí... que siguiese, pues, su camino, que se fuera con los coleguillas... Que yo iría, seguro, a verla... abajo... al puerto... más adelante... un día... Le hice gestos afectuosos... Es que lo decía en serio, en una palabra. Le di la manta para que tuviera confianza... que iría a recogerla... Le costaba mucho comprender... Yo ya no sabía qué hacer... Ella me daba besos y más besos... Los «ministrels» se tronchaban al ver nuestras mímicas... Imitaban los besos...

Por la callejuela muy angosta corría un céfiro glacial... Estando como estábamos tan rilados... Yo ya no me tenía en pie... De todos modos, eran demasiado divertidos, nuestros cariñitos... Nos desternillábamos todos al final, con aquellas chorradas... ¡a esas horas!... Por fin se decidió... Como no quería marcharse sola, siguió a los saltimbanquis... Partieron todos al unísono tras el carricoche, los instrumentos, el gran tambor... todos de paseo... La chavala me hacía aún las últimas llamadas de lejos

con la linterna... Por fin desaparecieron... a la vuelta de la alameda...

Entonces miré la placa, allí delante, ¡donde debía entrar!... Estaba escrito bien claro: «Meanwell College», y encima otras letras más rojas: Director J. P. Merrywin. Eran las indicaciones, no me había equivocado. Levanté la aldaba: ¡Plac! ¡Plac! Al principio, no se oyó nada... entonces llamé a la otra puerta. Tampoco respondió nadie... Un buen rato... Por fin, alguien se movió en la queli... Vi una luz pasando por la escalera... Tras los visillos... Me hizo una impresión horrible... Por poco no me las piré... Habría corrido tras la chavala... Habría alcanzado a los cómicos... No habría vuelto nunca al College... Ya estaba dando media vuelta... ¡Tac! me tropecé con un menda... bajito y encorvado, en bata... Se irguió. Me miró a la cara... Farfulló explicaciones... Debía de ser el propietario... Estaba emocionado... Llevaba patillas... pelirrojo... y algunos cabellos blancos... Un pequeño tupé sobre los ojos. Repetía mi nombre una y otra vez. Había venido por el jardín... ¡La sorpresa! Vaya un recibimiento... Debía de recelar de los ladrones... Protegía la vela con la mano... Se quedó ante mí balbuceando. No hacía calor para charlar. No encontraba las palabras, el viento le apagó la vela:

«¡Ferdinand!... Bue... nos... dí... as... Me... alegro... de tenerlo aquí... pero... llega usted... con mucho retraso... ¿qué le ha sucedido?...»

«No sé», respondí.

No insistió... Entonces me precedió. Andaba a pasitos cortos... Por fin abrió la burda... Le temblequeaba la mano en la cerradura. Ya no podía sacar la llave, con tanto temblor... Una vez dentro, me indicó que lo esperara. Que me sentase sobre el cofre... que iba arriba a preparar las cosas. A media escalera, se detuvo otra vez, se inclinó por encima de la lámpara, me señaló con el dedo:

«¡Mañana, Ferdinand! Mañana... ¡Sólo le hablaré inglés! ¿Eh? What?...» Eso le hacía reír incluso por adelantado...

«¡Espéreme un momento! Wait! Moment! ¡Ah! ¡Ve usted! ¡Ya! ¡Ferdinand! ¡Ya!...»

Se hacía el gracioso...

No paraba de revolver allá arriba, en los cajones, cerrar puertas y más puertas, trasladar baúles. Yo me decía: «¡Está exagerando!... ¡Me voy a acostar ahora mismo!...» Seguía esperando. Al final del pasillo, a media luz, veía revolotear una mariposa...

Cuando los ojos se me habituaron poco a poco, distinguí el gran reloj... uno de pared, fetén... espléndido de verdad... y en la esfera, toda de cobre, no cesaba de bailar una fragata minúscula marcando los segundos... ¡tic! ¡tac!... ¡tic! ¡tac!... Bogaba así... Acababa aturdiéndome con el cansancio...

El viejo seguía hurgando por allí... Se debatía entre los objetos... Abría grifos... Hablaba con una mujer... Por fin volvió a bajar... ¡Se había esmerado!... Completamente lavado, afeitado, maqueado como para salir... ¡y elegante, además!... Tipo abogado... una capa negra con vuelo... desde los hombros... pliegues... acordeones... y en la punta de la chola un lindo casquete con una gran borla... Supuse que sería para hacer los honores. Querían impresionarme... Me hizo una señita... Me levanté... Me moví... Ya no me tenía en pie, la verdad... El buscaba otras frases... apropiadas, a propósito de mi viaje... ¿Me había resultado fácil encontrarlo? Yo no respondía nada... Lo seguía... Primero por el salón... en torno a un piano... Después por la lavandería... los lavabos... la cocina... Y fue y abrió otra puerta... ¿Qué vi? ¡Una piltra!... Ni corto ni perezoso... ¡Antes de que me invitara!... ¡Me lancé!... ¡Me eché encima!... Entonces saltó de pronto, el cabrito, se puso furioso... No le hacía ninguna gracia. ¡Armó una buena!... ¡Se puso a dar saltos otra vez!... ¡Iba y venía en torno a la piltra!... ¡No se esperaba eso!... Me cogió de los calcorros... Intentaba tirarme al suelo...

«¡Los zapatos! ¡Los zapatos! Boots! Boots!...» Así, ¡cada vez más furioso!... ¡Se estaba volviendo horrible! Es que había cubierto de barro su hermosa cama... ¡los dibujos floreados!... Eso era lo que lo irritaba, ¡lo ponía frenético! «¡Vete a la mierda! ¡Anda y jódete, mamón!», decía yo... Él intentaba

forcejear... Najaba por los pasillos... Buscaba por todos lados, ¡refuerzos!... Como me tocasen siquiera, ¡me iba a poner hecho una fiera!... Me levantaría sin vacilar y le daría una zurra que para qué, ¡a ese payaso! ¡Así mismo!... ¡estaba dispuesto!... ¡Decidido!... ¡No tenía ni media hostia! ¡Harto me tenía con sus cuentos!... ¡Le iba a dar para el pelo bien! ¡Ya es que estaba hasta los huevos!... Aunque él seguía chillando, no me costó dormirme.

No se podía pedir más en cuanto a aire, vista, que el «Meanwell College». Era un paraje magnífico... Desde los jardines, e incluso desde las ventanas del estudio, se dominaba todo el paisaje. En los momentos de cielo claro se podía ver todo el panorama del río, las tres ciudades, el puerto, los muelles achaparrados justo al borde del agua... Las líneas de ferrocarril... todos los barcos que se alejaban... volvían a aparecer un poco más lejos... tras las colinas, las praderas... hacia el mar, tras Chatham... Una impresión única... Sólo que hacía un frío terrible, cuando llegué, pues estaba completamente al descubierto en lo alto del acantilado... no había forma de mantenerlo caliente. El viento azotaba implacable la queli... Todo el rocío del mar, todas las ráfagas acababan rebotando contra la colina... Rugían en las habitaciones, bamboleaban las puertas día y noche. Vivíamos en un auténtico tornado. En cuanto bramaba la tormenta, los chavales berreaban como sordos, ya no se oían... ¡No había dios que resistiera! Tenía que reventar o ceder. Los árboles se arqueaban, quedaban curvados, el césped estaba hecho unos zorros, con placas arrancadas. Con eso está dicho todo...

En climas tan devastadores, tan rigurosos, te entra un apetito feroz... ¡Los chavales se ponen fuertes, auténticos cachas! ¡Con papeo suficiente! Pero es que en el «Meanwell College» no sobraba precisamente la jalandria... justita como de ordinario. El prospecto era pura farolada. A la mesa, contándome a mí, ¡éramos catorce! Además del patrón, la patrona... ¡Sobraban ocho por lo menos! en mi opinión, ¡en vista de lo que había para jalar! ¡Entre seis nos lo habríamos acabado todo! Los días de viento fuerte... ¡Era raquítico, el pienso!

Del grupo yo era el más alto y famélico. Estaba acabando a escape el crecimiento. Al cabo de un mes, me había duplicado. La violencia de los elementos es que me armaba una revolución en los pulmones, en la estatura. A fuerza de zamparme y limpiar todos los platos mucho antes que los otros me invitaran, me estaba volviendo un azote en la mesa. Los chavales diquelaban mi escudilla, me lanzaban miradas como puñales, había lucha, claro está... A mí me la traía floja, no hablaba con nadie... Me habría comido hasta unos macarrones, además, si me hubieran incitado, de tan hambriento como seguía... Un colegio donde se comiera suficiente se arruinaría... ¡Hay que comprenderlo! Me resarcía con elporridge, en eso sin piedad... Abusaba incluso de mi fuerza, peor aún con la «mermelada»... El platillo para los cuatro chavales que éramos me lo limpiaba yo solo de un lametón... me la soplaba, vista y no vista... Los otros ya podían gruñir, yo nunca respondía, lógicamente... Té había a discreción; es que hace entrar en calor, llena, es agua perfumada agradable, pero más que nada te abre el apetito. Cuando la tormenta duraba mucho y toda la colina bramaba días y días, me lanzaba al tarro del azúcar, con el cazo y a puñados incluso; me consolaba, el amarillo, el cande.

En las comidas, el Sr. Merrywin se colocaba justo ante la gran fuente, repartía todo él mismo... Intentaba hacerme hablar. ¡Qué ilusiones!... ¡Charlar, yo!... En cuanto lo intentaban, ¡me ponía furioso!... No era dócil... sólo su hermosa mujer me hechizaba un poquito, habría podido tal vez suavizarme... Estaba situado a su lado... Era una mujer adorable de verdad. Eso sí, ¡de cara! ¡sonrisa! ¡brazos! todos los movimientos, todo. A cada instante se dedicaba a dar de comer al pequeño Jonkind, un niño especial, un «retrasado». Después de cada bocado, o casi, tenía que intervenir, ayudarlo, limpiarlo, secarle las babas. Un currelo de aúpa.

Sus padres, del cretino, seguían allá, en las Indias, ni siquiera venían a verlo. Era mucha sujeción, un nene furioso así, sobre todo en las comidas; se tragaba todo lo que había en la mesa, las cucharillas,

los aros de servilletas, la pimienta, las aceiteras y hasta los cuchillos... Era su pasión, engullir... Llegaba con la boca totalmente dilatada, distendida, como una auténtica serpiente, aspiraba los menores objetos, los cubría de baba enteramente, hasta el suelo. Roncaba, echaba espumarajos al comer. Ella se lo impedía, todas las veces, lo apartaba, la Sra. Merrywin, siempre muy amable, incansable. Nunca brusca, ni una sola vez...

Aparte de la voracidad, el chaval no era terrible. Era incluso bastante manejable. No era feo tampoco, sólo los ojos eran extraños. Se hostiaba con todo sin gafas, era de una miopía innoble, habría dado sopas con ondas a los topos, necesitaba cristales gruesos, del calibre de auténticos cabujones... Lo que le desorbitaba los acáis, más que el resto de la cara. Se espantaba por nada, la Sra. Merrywin lo tranquilizaba con dos palabras, siempre las mismas: «No trouble! Jonkind! No trouble!>...».

Lo repetía, él también, días enteros por cualquier motivo, como un loro. Al cabo de varios meses en Chatham, eso era lo único que yo había aprendido... «No trouble, Jonkind!>».

Pasaron dos, tres semanas... Me dejaban muy tranquilo. Procuraban no tratarme bruscamente. Les habría gustado mucho que hablara... que aprendiese un poco de inglés. Era evidente. Mi padre preguntaba en sus cartas si me aplicaba... Si ponía interés en los estudios...

Yo no me dejaba engatusar... No era apto para la cháchara... ¡Me bastaba recurrir a los recuerdos!... ¡el chamulleo de mi casa!... ¡los líos de mi madre!... ¡Todas las pullas que te pueden soltar con palabras! ¡Joder! A mí, ¡no más! ¡Estaba hasta la coronilla!... ¡Había oído confidencias y cuentos para siempre!... ¡Venga, hombre! Tenía para parar un tren... Se me revolvía el estómago, sólo de intentarlo... No me iban a coger otra vez... ¡Era «la clase»! Tenía buena razón para callarme, una ocasión única de verdad, la iba a aprovechar al máximo... ¡Sin sentimiento! ¡Ni jugarretas! Me daban ganas de vomitar, con su palique... Más aún tal vez que los macarrones... Y eso que me repetían, sólo de pensar en casa...

Ya no sabían qué hacer, el Sr. y la Sra. Merrywin, se preguntaban a qué podía deberse mutismo semejante, enfurruñamiento tan obstinado... Era sobre todo él quien daba los primeros pasos, nada más sentarse a la mesa, a propósito de cualquier cosa... mientras desplegaba su servilleta... Se empeñaba en que yo aprendiese... «Hello! Ferdinand!», me decía... No era muy tentador... «Hello! Hello!», respondía yo, y se acabó. Ahí quedaba la cosa... Nos poníamos a jalar... Tras sus binóculos, me miraba apenado... Tenía melancolías, debía de decir: «¡Este muchacho no nos va a durar mucho!... ¡Si se aburre, se marchará!...». Pero no se atrevía a insistir más... Entornaba los ojillos, como agujeritos de pilila, su barbilla saliente, alzaba las cejas, cada una por su lado y de color distinto. Conservaba su estilo antiguo, con patillas aún y bigotito cosmético, de extremos muy puntiagudos... Tenía aspecto bastante jovial. Andaba por todos lados, haciendo deporte e incluso en triciclo...

Ella, su mujer, era diferente, no tenía nada que envidiar a nadie en cuanto a encanto, reconozco que era hechizadora... Me causaba una impresión profunda.

El comedor, en la planta baja, era penoso por el decorado. Las paredes casi hasta el techo pintarrajeadas de color marrón. Daba a un callejón sin salida. La primera vez que entró con Jonkind en el cuarto... Resultaba increíble lo hermosa que me parecía... Una turbación poco común... Volvía a mirarla... Guiñaba los dos ojos... Alucinaba... Volvía a enterrar la nariz en el papeo... Nora se llamaba... Nora Merrywin... Antes y después de las comidas, nos prosternábamos todos de rodillas para que el viejo recitara las oraciones... Comentaba la Biblia por extenso. Los chavales se hurgaban la nariz, se retorcían en todos los sentidos...

Jonkind no quería quedarse, quería jalarse el pomo de la puerta que tenía delante, a su altura. El pureta se abandonaba a la oración, le gustaba, mascullar así... se pasaba su buen cuarto de hora farfullando, así concluía el papeo... Por fin nos alzábamos, ¡con el ever and ever!...

Las paredes estaban pintadas de marrón sólo hasta la mitad, el resto encalado. Además, había grabados de la Historia Sagrada... Se veía a Job con su báculo, harapiento, atravesando un desierto...

¡Y también el Arca de Noé! completamente cercada por la lluvia, que rebotaba en las olas, en las furias espumeantes... Así estábamos, nosotros también, en la colina, en Rochester. A nuestro techo le ocurría lo mismo. Había, estoy seguro, ráfagas mucho más violentas aún... Las ventanas dobles se descuajaringaban... Luego venía la calma, el gran reino de las nieblas... Entonces se volvía todo mágico... Parecía otro mundo... Ya no se veía a dos pasos a la redonda, en el jardín... Era todo una nube, penetraba despacito en los cuartos, ocultaba todo, entraba poco a poco por todos lados, en la clase, entre los chavales...

Los ruidos de la ciudad, del puerto, subían, resonaban... Sobre todo los del río de abajo... Parecía que el remolcador llegara justo al jardín... Se lo oía incluso resoplar detrás de la casa... Volvía otra vez... Se alejaba por el valle... Todos los pitidos del ferrocarril se enrollaban como serpentinas por entre los vahos del cielo... Era un reino de fantasmas... Hasta teníamos que meternos en casa... Podríamos habernos caído por el acantilado...

Mientras decían la oración, yo tenía sensaciones peligrosas... Como estábamos arrodillados, casi la tocaba, yo, a Nora. Le soplaba en el cuello, en los mechones. Sentía fuertes tentaciones... Era un momento crítico, me contenía para no hacer un disparate... Me pregunto qué habría dicho ella, si me hubiera atrevido... Me la cascaba pensando en ella, por la noche en el dormitorio, muy tarde, mucho después que los otros, y por la mañana aún sentía el gustito...

Sus manos eran una maravilla, delgadas, rosas, claras, tiernas, la misma dulzura del rostro, ya sólo mirarlas era un pequeño hechizo. Lo que más me trastornaba, lo que me hacía perder la chola, era esa clase de encanto que le aparecía ahí, en el rostro, cuando hablaba... su nariz vibraba un poquito, la curva de las mejillas, los labios que se arqueaban... Me atormentaba de verdad... Era un auténtico sortilegio... Me intimidaba... Veía estrellas, no podía moverme... Ondas, magias, a la menor sonrisa... Ya no me atrevía a mirarla. No apartaba los ojos del plato. Los cabellos también, cuando pasaba ante la chimenea, ¡se volvían puro juego de luces!... ¡Joder! ¡Se volvía un hada! era evidente. A mí, en la comisura del labio es donde más me habría gustado jalármela.

Era tan amable conmigo como con el cretino, me traducía todas las palabras, todo lo que se decía en la mesa, todas las historias de los mocosos... Me daba explicaciones, en francés primero, pronunciaba todo, despacio... Se daba doble trabajo... El viejo no cesaba de guiñar los ojos tras los lentes... Ya no hacía nada, el andoba, se contentaba con asentir... «Yes, Ferdinand! Yes!», aprobaba... Amable... Y después se divertía solo, se limpiaba los piños muy despacio, y después las orejas, jugaba con su dentadura postiza, se la sacaba, se la volvía a colocar. Esperaba a que los chavales acabaran, entonces volvía a darle a las oraciones.

Una vez alzados de la mesa, la Sra. Merrywin intentaba un poquito más, antes de que volviéramos a clase, interesarme por los objetos... «The table, la mesa, ¡hale, Ferdinand!...» Yo me resistía a todos los hechizos. No respondía nada. La dejaba pasar delante... Su culamen también me fascinaba. Tenía un bul admirable, no sólo un rostro hermoso... Una grupa firme, compacta, ni grande ni pequeña, bien apretada en la falda, una fiesta muscular... Es divino algo así, me lo decía el instinto... Qué tía, me la habría comido entera, la habría devorado, yo, proclamo... Me guardaba todas las tentaciones. De los otros chaveas de la queli desconfiaba como de la peste. Eran una pandilla de mocosines guerreros, muy cotillas, muy rabiosos, muy gilipollas. Ya no me interesaban las chorradas, me parecían asquerosos incluso... todos aquellos chavales con sus posturitas... Ya no tenía edad, ni paciencia. Ya es que me parecía insoportable, la escuela... Todos esos cuentos, esas historias... es que no hay quien se las trague, vamos... con todo lo que te espera... con lo que te endiñan, en cuanto sales... Si hubiera querido cascar, en tres palabras, tres gestos, me los habría ventilado, a todos esos mendas tan chungos. Se habrían caído de culo. Sólo de verlos brincar en torno a los crickets me entraba una rabia... Al principio, me esperaban en los rincones para meterme en cintura, decían... Habían decidido

que yo iba a hablar, de todos modos. Eran una docena. Se tragaban los cigarrillos... Yo hacía como que no veía. Esperaba a tenerlos muy cerca. Entonces, me lanzaba y les daba un buen meneo, a base de leches en los acáis, toñas en las tibias... ¡Un repaso que para qué! ¡puro jarabe de palo! ¡Como canicas hacían carambola!... Se tentaban los huesos un buen rato... Después, se mostraban más legales... Se volvían suaves, respetuosos... Volvían a husmear un poco... Yo dejaba otra vez para el arrastre a dos o tres... Así aprendían lo que valía un peine.

Yo era el más fuerte, de verdad, y tal vez el más atravesado... Franceses o ingleses, los chavales son tal para cual, como la chusma... Hay que ponerlos a raya desde el principio... No hay que andarse con chiquitas, ¡o los corriges al instante o nunca! ¡A base de palizas! ¡con ganas! Si no, ¡te comen ellos a ti!... Todo jodido, chungo, de pena. Como no aproveches la ocasión, ¡no veas el canguelo! Si me hubiera puesto a hablar, ¡les habría contado, claro está, cómo son los «business» de verdad!... las cosas exactas de la existencia, los aprendizajes... ¡Los habría espabilado rápido, yo, a esos pobres tíos! No sabían nada, esos chavalines... No sospechaban... No entendían que el fútbol no basta... ni mirarse la picha...

No había demasiadas horas de clase, sólo por la mañana...

En punto a instrucción, religión, deportes diversos, el Sr. Merrywin era quien decidía, se encargaba de todo él solo, no tenía otros profesores.

Al amanecer, él en persona, en sandalias y bata, venía a despertarnos. Venía fumando ya su pipa, pequeña, de barro. Agitaba en torno a las camas su larga varilla, fustigaba aquí y allá, pero nunca demasiado fuerte. «Hello boys! Hello boys!», con su voz de pureta. Lo seguíamos a los lavabos... Había una fila de grifos, los usábamos lo menos posible. Hacía demasiado frío para enjabonarse. Y la lluvia no cesaba. A partir del mes de diciembre, ya es que fue un auténtico diluvio. No se distinguía la ciudad, ni el puerto, ni el río a lo lejos... siempre la niebla, un algodón espeso... Las lluvias lo ablandaban también, se distinguían luces, volvían a desaparecer... Se oían todas las sirenas, todas las llamadas de los barcos, a partir del amanecer la algarabía... Chirriar de tornos, jadear y piar del trenecito... que costeaba los muelles...

Al llegar, subía el quemador de gas, Merrywin, para que pudiéramos encontrar los calcetines. Después del lavabo, corríamos, húmedos aún, al escaso papeo, en el sótano. ¡Un rezo y el desayuno! Ése era el único lugar en que quemaban un poco de carbón, tan graso, tan suelto, que hacía erupción, detonaba, olía a asfalto. Olor agradable, pero, ¡su tufo a azufre apesta, de todos modos, bastante!

En la mesa, había salchichas con pan tostado, pero, ¡demasiado pequeñas, joder! ¡Buenas, desde luego! una golosina, pero nunca había suficientes. Yo me las habría comido todas. Por entre el humo, las llamas jugaban con sus reflejos sobre la pared, Job y el Arca... unos espejismos fantásticos.

Como no hablaba inglés, yo tenía mucho tiempo para divertirme con la vista... El viejo masticaba despacio, la Sra. Merrywin llegaba después de todo el mundo. Había vestido a Jonkind, lo instalaba en su silla, apartaba los utensilios, sobre todo los cuchillos; era asombroso de verdad que no se hubiera saltado ya un ojo... Y al verlo tan glotón, que no se hubiese jalado ya una cafetera pequeña, que no la hubiese palmado ya... A Nora, la patrona, yo la miraba a hurtadillas, la oía como una canción... Su voz era como lo demás, un sortilegio de dulzura... Lo que me interesaba de su inglés era la música, cómo venía a bailar en derredor, en medio de las llamas. Yo vivía envuelto también, más o menos como Jonkind, vamos, en el pasmo. Vivía chocho, me dejaba hechizar. No tenía nada que hacer. ¡Debía de darse cuenta muy bien, la muy puta! Es que dan asco, las mujeres. Era una calentorra, como las demás. «Pero, bueno», me decía yo, «¡chico! ¿Qué mosca te ha picado? ¿Estás chiflado? ¿Eh, acaso? ¡Estás perdiendo la cabeza, chaval! ¡Para el carro, muchacho! ¡Despierta! ¡Antes de que sea demasiado tarde!» Era automático, me achantaba al instante... Me encogía como un erizo. ¡Listo! ¡se acabó! ¡Tenía la mui cosida!

Debía estar en guardia, la imaginación me arrebataba, el lugar era de lo más sugerente con sus ráfagas opacas y sus nubes por todos lados. Había que contenerse, acorazarse sin cesar. Una pregunta me hacía a menudo: ¿cómo es que se había casado con ese tipejo? ¿el ratón de la varita? ¡parecía imposible! ¡Semejante vejestorio! ¡menudo asunto! ¡qué jeta! ¡en una pipa habría dado miedo! ¡no valía un pimiento! En fin, ¡era asunto suyo!...

Era siempre ella quien me incitaba, quien quería que charlara: «Good morning Ferdinand! Hello! Good morning!»... Yo era presa de la confusión. Ella hacía gestitos tan monos... Estuve a punto de caer muchas veces. Pero me contenía al instante... Me venían de súbito multitud de cosas a la chola... ¡Volvía a ver la cara de Lavelongue, de Gorloge, en revoltillo!... ¡Tenía surtido para echar pestes! ¡la tía Méhon!... ¡Sakya-Muni!... Bastaba con que husmeara, ¡siempre tenía la nariz en la mierda! Me respondía para mis adentros... «¡Ya puedes hablar, anda, habla, monina! No serás tú quien me haga cascar... Ya te puedes rajar la boca de tanto reír... ¡Poner sonrisas como doce ranas! ¡No cederé!... Estoy bien curtido, te lo aseguro, para dar y tomar»... Me acordaba de mi papi... de sus jugarretas, sus follones... de todas las trolas que me esperaban, los currelos pendientes, los cabrones de los clientes, todas las mesillas, los macarrones, las entregas... ¡de todos los patronos! ¡de las zurras que me había ganado! ¡En el Passage!... Todas las ganas de cachondeo se me largaban al instante... ¡Ya es que me daban convulsiones, los recuerdos! ¡Me despellejaban el jebe!... Me arrancaban la piel a tiras, de furioso que me ponían... Tenía el borde hecho papilla. ¡No me iba a engatusar, la ricura! Ya podía ser maravillosa... Aunque hubiese sido cien mil veces más radiante y espléndida, ¡yo no iba a tirarle ni un tejo! ¡ni el menor morreo! ¡ni un suspiro! Ya se podía cortar en rajas el coño, o en tiras, para gustarme, envolverse el cuello con ellas, como serpentinas frágiles, ya podía cortarse tres dedos de la mano para metérmelos en el bul ¡comprarse un chichi de oro puro! ¡yo no hablaría! ¡nunca jamás!... Ni un besito... ¡Y listo! Prefería aún más contemplar al pureta de su maromo, diquelarlo más... ¡eso me impedía divagar!... Hacía comparaciones... Recordaba al nabo su carne... Sangre verde y adulterada... Y también a la zanahoria por los pelos en espiral que le salían de las orejas y de la parte baja de las mejillas... ¿Qué le habría dado para ligársela, a la bella?... Riqueza seguro que no... ¿un error, entonces?... Ahora también, no hay que olvidarlo, las mujeres siempre tienen prisa. Crecen sobre cualquier cosa... Cualquier basura les va... Idénticas a las flores... ¡Cuanto más bellas, más hediondo el estiércol!... ¡La temporada no dura demasiado! ¡Claro! Y, además, ¡cómo mienten siempre! ¡Yo tenía ejemplos terribles! ¡Es que no paran nunca! ¡Es su perfume! ¡La vida!...

¿Debería haber hablado? ¡Y una leche! ¿Me habría comido el coco ella? ¡Eso seguro!... Aún habría entendido menos yo. Cerrar el pico al menos me daba carácter.

El Sr. Merrywin, en clase, intentaba convencerme, se esforzaba a propósito, ponía a todos los alumnos a currelar para hacerme hablar. Escribía frases enteras en la pizarra, en mayúsculas... Muy fáciles de descifrar... y luego debajo la traducción... Los chavales machacaban todos juntos, cantidades de veces... en coro... a compás... Entonces yo abría la boca de par en par, hacía como que venía... Esperaba a que saliera... Nada salía... Ni una sílaba... Volvía a cerrarla a cal y canto... Intento concluido... Ya podía estar tranquilo por veinticuatro horas... «Hello, Hello Ferdinand!», volvía a soltarme, el mequetrefe, sin ocurrencias ya, desolado... Entonces es que me ponía negro de verdad... Le habría hecho tragarse toda su larga varilla... Como un asador... Lo habría colgado del culo a la ventana... ¡Ah! al final lo presintió... No volvió a insistir. Adivinaba mis instintos... Yo fruncía las cejas... Gruñía cuando me llamaban por mi nombre... Yo ya no me quitaba el abrigo, ni siquiera en clase y me acostaba con él...

Merrywin contaba conmigo, no tenía una clase demasiado numerosa, no quería que me las pirara, que volviese a mi casa antes de seis meses. Recelaba de mis inclinaciones. Se mantenía a la defensiva...

En el dormitorio estábamos en casa, quiero decir entre chavales, tras recitar la oración... Lo

hacíamos de rodillas y en camisa de noche sobre el suelo, al pie de la piltra... Merrywin pronunciaba como un sermón, formábamos un círculo en derredor... y después se las piraba a su habitación... No volvíamos a verlo... Tras las respuestas apresuradas, nos metíamos en el sobre pitando, estábamos ansiosos por cascárnosla. Hace entrar en calor... Al idiota, Nora Merrywin lo encerraba en una cama especial con una rejilla de tapa. Se moría por escapar... A veces, volcaba la piltra, de tan sonámbulo como se ponía...

Yo había conocido a un chavalín curioso que me la chupaba casi todas las noches, se tragaba toda la sopa; es que yo tenía lefa, más que los otros... Era goloso, hacía cachondearse a todo el dormitorio con sus gracias... Se la chupaba a otros dos chavalines... Hacía el perro... «Wuf! Wuf!», ladraba, corría como un chuquel, le silbábamos, venía, le gustaba que le mandáramos... Las noches en que la tormenta arreciaba, en que un viento terrible se precipitaba, en el callejón, bajo nuestras ventanas, hacíamos apuestas sobre el farol, si lo apagaría el viento. El que rechinaba tan fuerte, colgado junto al postigo... Yo era el encargado de las apuestas, el ginger, los chocolates, las imágenes, las colillas... hasta terrones de azúcar... tres cerillas... Me tenían confianza... Me lo ponían todo sobre la cama... El del wuf-wuf ganaba con frecuencia... Tenía el instinto de las borrascas... La víspera de Navidad, se produjo tal ciclón, que el farol del callejón estalló. Aún lo recuerdo... Yo y el del wuf-wuf nos jalamos todo lo apostado.

La moda y la tradición era que a partir de mediodía nos vistiéramos de deportistas, una levita de uniforme a rayas verdes y amarillas, la gorra ad hoc, todo ello adornado de escudos con las armas del colegio... A mí no me hacía demasiada gracia disfrazarme de mamarracho, y, además, es que debía de ser muy caro, un uniforme así... Sobre todo los calcos con tacones... No tenía humor para jugar... No veía juegos en mi porvenir... Otra chorrada muy indicada para aquellos pardillos...

El propio Merrywin viejo, nada más comer, se quitaba su semisotana, se ponía la chaqueta de colores, ¡y ea!... ya estaba lanzado... Al instante se ponía muy animado, absolutamente irreconocible... Brincaba como un cabrito de un extremo al otro del terreno... Los chaparrones y las ráfagas le hacían más mella que a nadie... Bastaba con que se pusiera su traje de arlequín para que vibrara con efectos mágicos. ¡Estaba gracioso, en tono plateado!

Los ingleses, hay que ver, de todos modos, la facha que tienen, mezcla de cura y niñato... Nunca deshacen el equívoco... Prefieren darse por culo... Tenía enorme interés por que me compraran a mí también una librea completa, ¡que me trajearan al fin de campeón del «Meanwell College»! Que dejara de desentonar en las filas, el paseo, el fútbol... Hasta me enseñó una carta que estaba escribiendo a mi padre a propósito de ese aderezo... ¿Se ganaría tal vez una comisión? ¿esperaría su «gratificación»? Era una insistencia sospechosa... No chisté ante la misiva. Por dentro me reía... «Anda, envíala, hombre, ¡no conoces tú a mis padres!... Pues no se la trae floja el deporte ni nada...» ¡Seguro que no se daba cuenta!... Seguro que le iban a dar calabazas... Se iba a enterar... ¡Doble contra sencillo!... ¡Iba a estar listo!...

Conque, después del almuerzo, no había borrascas que valieran... Teníamos que ponernos todos... Escalábamos, de dos en dos, otra colina, detrás de la nuestra, absolutamente empapada, torrencial, un caos, hoyos... Yo iba en la retaguardia con la Sra. Merrywin y el idiota entre los dos... Llevábamos su cubo y su pala para que pudiera hacer flanes de arena, grandes, blanditos, de barro, con eso se estaba tranquilo un poco... Ya no había paraguas ni impermeables que valieran... Nada resistía a los tornados... Si no hubiese sido por el barro, más espeso que el plomo, habríamos salido volando...

Yo tenía el puesto ideal en el fútbol, de portero... eso me permitía pensar... No me gustaba que me molestaran, dejaba pasar casi todo... Al toque de silbato, los chavales se lanzaban a la pelea, removían el terreno hasta retorcerse los pinreles, cargaban contra el balón, a toda leche en el barro, se enyesaban, se cegaban los dos acáis, la jeta, con todo el fango del terreno... Al final de la sesión,

estaban hechos, nuestros muchachitos, auténticos moldes de basura, arcillas chorreantes... y, además, mechones de palomina que aún les colgaban después. Cuanto más cochambrosos, herméticos, acolchados por la mierda habían quedado, más felices y contentos se ponían... Deliraban de felicidad por entre sus costras de hielo, con la gorra bien encajada.

El único problema que teníamos era la falta de competidores... Escaseaban los equipos rivales, sobre todo en las proximidades. El único, a decir verdad, que se nos enfrentaba, puntualmente, todos los jueves, era el de los chavales de enfrente... de la «Pitwitt Academy», institución de beneficencia al otro lado del puente, en Stroude, un grupo de niños abandonados, lastimosos, cubiertos de granos... Ésos habían quedado reducidos a una delgadez extrema, mucho más ligeros que los nuestros... Apenas pesaban, a decir verdad; a la primera carga violenta, con la ayuda del viento, volaban, salían disparados con el balón... Había que sujetarlos, sobre todo, aplanarlos... Les ganábamos por 12 goles a 4... Infaliblemente. Era la costumbre... Si las piaban un poco, si oíamos murmullos, no vacilábamos un segundo, se ganaban un palizón, un meneo curiosito... Estaba previsto así. Si metían aunque sólo fuera un gol más de lo habitual, nuestros chavales es que se ponían feroces... Se quejaban de la traición... se ponían a husmear en busca de los culpables... Pasaban a la corrida... al volver, por la noche, pasaban revista a ese asunto... tras la oración, luego que el viejo hubiese cerrado la puerta... Se armaba un pitote de la hostia, por cinco minutos... Jonkind era el responsable... Era siempre él, con sus gilipolleces, el culpable de nuestras penas... Recibía para el pelo... Algo memorable... Quitaban su rejilla de un golpe, lo sacaban de la piltra... Primero, lo estiraban como a un cangrejo, en el suelo mismo, se ponían a azotarlo diez a la vez con mala leche, a correazos... hasta con las hebillas... Cuando las piaba un poco más de la cuenta, lo amarraban bajo un jergón y entonces todo el mundo se ponía a pisotear, pasar, patalear por encima... Después venía la paja, a fondo, a base de bien... para que aprendiera a comportarse... hasta que no pudiese soltar más lefa... ni una sola gota...

La mañana siguiente, ya es que no podía tenerse en pie... La señora Merrywin estaba muy intrigada, ya es que no comprendía a su mocoso... Éste ya no repetía No trouble... Se desplomaba en la mesa, en la clase... tres días más hecho una braga... Pero seguía siendo incorregible, habría habido que atarlo para que se estuviera quietito... No debía acercarse a las porterías... En cuanto veía entrar el balón, se ponía fuera de sí, se precipitaba a las porterías, arrebatado por su locura, se abalanzaba sobre la pelota, se la arrebataba al portero... Antes de que pudiesen sujetarlo, ya se había largado con ella... En esos momentos era un auténtico energúmeno... Corría más que nadie... «Hurray! Hurray! Hurray!...», no cesaba de gritar, así, hasta el pie de la colina, no veas lo que costaba alcanzarlo. Bajaba corriendo hasta la ciudad. Muchas veces lo atrapábamos en las tiendas... Disparaba a los escaparates. Rompía los rótulos... Tenía la fiebre del deporte. Había que tener cuidado con sus chifladuras.

Durante tres meses no abrí el pico; no dije ni ¡hip! ni ¡yep! ni ¡yuf!... No dije ni yes... Ni no... No dije nada... Algo heroico. No hablaba con nadie. Me encontraba en la gloria así...

En el dormitorio, continuaba la pajillería de lo lindo... el chupeteo... Nora me intrigaba, desde luego,... Pero siempre a base de suposiciones...

Entre enero y febrero, hizo un frío terrible y tanta niebla, además, que casi nos resultaba imposible encontrar el camino, cuando bajábamos del entrenamiento... Nos orientábamos a tientas...

El viejo me dejaba en paz en la clase y en la colina, ya no intentaba convencerme. Comprendía el carácter... Creía que me lo estaba pensando... ¡Que más adelante me lanzaría! si no me atosigaban... No era eso lo que me interesaba. Lo que me daba la depre era mi regreso al Passage. Tenía ya canguelo tres meses antes. ¡Deliraba sólo de pensarlo!... ¡Joder! ¡iba a tener que ponerme a hablar otra vez!...

En fin, por el lado material no tenía motivos para quejarme, progresaba. Me encontraba mucho más cachas... Me sentaban de maravilla, a mi, los rigores del clima, aquella mierda de temperatura...

cada vez me fortalecía más; si hubiéramos jalado mejor, me habría convertido en atleta sólido... Los habría dejado para el arrastre a todos...

Así pasaron dos semanas más... Cuatro meses ya, que no abría la boca. Entonces a Merrywin le dio de pronto como miedo... Una tarde, así, de repente, al volver del deporte, lo vi coger el papel. Se puso a escribir a mi padre, convulsivamente... tonterías... ¡Ah! ¡qué lamentable iniciativa!... A vuelta de correo, recibí entonces yo mismo tres cartas bien compactas, que puedo calificar de repugnantes... cargadas de mala hostia, abarrotadas, rebosantes de mil amenazas, tacos horribles, insultos griegos y latinos también, requerimientos conminatorios... represalias, anatemas diversos, penas infinitas... ¡calificaba mi conducta de infernal! ¡Apocalíptica!... ¡Ya me teníais desanimado otra vez!... Me enviaba un ultimátum, que me entregara al instante al estudio de la lengua inglesa, en nombre de los principios terribles, de todos los sacrificios extremos... de las doscientas mil privaciones, de los sufrimientos horribles pasados, ¡exclusivamente por mi bien! Estaba muy desconcertado, muy conmovido, venga farfullar, el gilipollas y mamón de Merrywin, por haber provocado ese delirio... ¡Ya no había nada que hacer! Se habían roto los diques... Ahora a salvarse como fuera, ¡y se acabó!... Yo sentía un asco indescriptible de verdad, al encontrarme sobre la mesa todas las gilipolleces de mi viejo, expuestas ahí, con todas las letras... Por escrito era aún más triste.

¡Menudo gilipuertas estaba hecho, el maricón del Merrywin! ¡Mucho más mierda aún que todos los chavales juntos! Y mucho más lelo, más cabezón... Yo estaba seguro de que iba a ser mi perdición con sus cuatro ojos y todo.

Si no hubiera metido la pata, si se hubiese quedado quietito, como estaba convenido, aún habría podido yo resistir seis meses... Ahora que la había pifiado, ya sólo era cosa de semanas... Yo me encerraba en mi silencio... Tenía un cabreo terrible con él... Si me las piraba, peor para él... ¡Un desastre para su queli! ¡Él lo había querido, lo había provocado! El negocio del «Meanwell College» ya no era floreciente... Si también yo dejaba el equipo, iba a ir de culo en deportes. No iba a poder acabar la temporada.

Después de las vacaciones de Navidad, había habido cuatro abandonos... chavales que no habían vuelto... El colegio iba a estar impresentable, con su football, aun cuando dejaran jugar a Jonkind... No podía ser... Con ocho mocosos sólo, no valía la pena alinearse... nos darían un palizón, seguro... Los «Pitwitt» meterían todos los que quisieran... aun siendo más ligeros que plumas y estando dos veces peor alimentados... Para empezar, todo el mundo se las piraría... No esperarían a la derrota... El colegio no lo resistiría... Sin fútbol, ¡la quiebra!... ¡Tenía un canguelo, el viejo!... Hacía esfuerzos aún. Me preguntaba en francés... si tenía reclamaciones que hacerle, quejas que presentarle... Si los chavales me hacían de rabiar... ¡Faltaría más! Si tenía los pinreles demasiado húmedos... Si quería un plato especial... No valía la pena dar explicaciones, me daba vergüenza delante de Nora, parecer un quejica y un chorra... pero el amor propio es accesorio... Si estás decidido, lo primero es mantener las promesas... Yo me volvía más indispensable, a medida que perdían alumnos... Se me insinuaban mil veces... me dedicaban sonrisas... me hacían favores... Los chavales, ya es que se partían el pecho... Jack, el chavalín que hacía el perro por la noche, me traía más caramelos... y hasta berro de allá, minúsculo... con gusto a mostaza... el que crece en cajas, tieso como barba, en cajas a propósito, muy mohosas, en los alféizares...

El viejo les había dicho que debían mostrarse amables todos... Para conservarme hasta Pascua... que era un asunto deportivo, el honor del colegio... que, si me marchaba antes, el equipo iba a ir de ala... que no podría volver a jugar con el «Pitwitt»...

Para hacerme la vida mucho más grata aún, me eximieron de los estudios... Yo distraía a todo el mundo en la clase... No cesaba de atronar con la tapa del pupitre... Me iba a mirar por la ventana, las nieblas y el movimiento del puerto... Hacía trabajos personales con castañas y nueces, grandes

combates navales... grandes veleros con cerillas... No dejaba aprender a los demás...

El idiota se portaba bastante bien, pero es que se metía el palillero por la nariz... Muchas veces se metía dos, a veces hasta cuatro por una sola ventana de la nariz... Se endiñaba todo, berreaba... Se bebía los tinteros... Era mejor también que paseara... Al crecer, resultaba más difícil de vigilar... Nos sacaron juntos... Añoré un poco la clase... No aprendía, pero me encontraba bien, no detestaba la entonación inglesa. Es agradable, elegante, flexible... Es como una música, viene como de otro planeta... Yo no tenía dotes para aprender... No me costaba trabajo resistir... Papá siempre repetía que yo era estúpido y opaco... No era, pues, una sorpresa... Me venía bien, mi aislamiento, cada vez mejor... Lo mío, mi fuerte, es la cabezonería... Tuvieron que rendirse, cesar de importunarme... Halagaron mis instintos, mi inclinación a los garbeos... Me pasearon de lo lindo por los alrededores, por montes y aldeas, con el idiota, su carretilla y todos sus juguetes...

En cuanto empezaban las clases, nos lanzábamos al campo Jonkind, la patrona y yo... Muchas veces volvíamos por Chatham, dependía de los recados. Al idiota lo sujetábamos con una cuerda, de la cintura, para que no se escapara por las calles... Se daba a la fuga... Bajábamos hacia la ciudad, pasábamos por delante de todos los escaparates, íbamos con mucha prudencia, por los coches, él tenía mucho miedo a los caballos, daba saltos al pasar junto a las ruedas...

Mientras hacíamos las compras, la Sra. Merrywin intentaba hacerme comprender los rótulos de las tiendas... para que me iniciara sin querer... así, sin cansarme mucho... Yo la dejaba hablar... Me limitaba a mirarle la cara, justo el punto que me intrigaba... la sonrisa... esa cosita picarona... Me habría gustado besarla, ahí mismo... me consumía el deseo... Pasaba por detrás... Me fascinaba su talle, los movimientos, las ondulaciones... El día de mercado nos llevábamos la gran cesta... como una cuna era... cada uno de un asa y Jonkind también. Subíamos toda la jalandria para la semana entera... Pasábamos toda la mañana con las diversas compras.

De lejos, vi a Gwendoline, como siempre cubierta de grasa. Seguía con su freiduría, llevaba otro sombrero, aún más grande, más floreado... No quise pasar por allí... No habría habido modo de acabar con las explicaciones... los arrebatos... Cuando nos quedábamos en el colegio, porque Jonkind tenía gripe, se tumbaba, Nora, en el sofá del salón, se ponía a leer, había libros por todos lados... Era mujer delicada, imaginativa de verdad, nuestro ángel delicado... No se ensuciaba las manos, no hacía el papeo, ni las piltras, ni barría... Había dos criadas, cuando llegué: Flossie y Gertrude, parecían bastante obesas... ¿Cómo se las arreglaban? Debían de quedarse con todo o, si no, sería una enfermedad... Ya no eran jóvenes, ni una ni otra... Yo las oía piarlas todo el rato, andaban husmeando por las escaleras, se amenazaban con la escoba... Y eso que no se mataban... Los rincones estaban muy sucios...

Flossie fumaba a escondidas, un día la pillé en el jardín... Nada se lavaba en casa, bajábamos toda la ropa a la ciudad, a una lavandería especial, en el quinto coño, más allá de los cuarteles. Esos días Jonkind y yo no íbamos pisando huevos, subíamos, bajábamos la cuesta la tira de veces con bultos enormes... A ver quién llevaba más y más rápido, hasta arriba... Ese deporte sí que lo entendía yo... me recordaba los días de los bulevares... Cuando la pañí se volvía tan pesada, tan torrencial, que el cielo se desplomaba sobre los tejados, en cascadas, regueros furiosos, se convertían en excursiones fantásticas, nuestras salidas. Nos apretábamos los tres para resistir la tormenta... Nora, sus formas, sus chucháis, sus muslos, parecían agua sólida, de tan intenso que era el aguacero, se quedaba todo pegado... Ya es que no podíamos avanzar... No podíamos subir por la escalera, la nuestra, la que subía nuestro acantilado... Nos veíamos obligados a dirigirnos hacia los jardines... dar un rodeo por la iglesia. Nos quedábamos ante la capilla... bajo el porche... y esperábamos a que pasara.

Al idiota la lluvia lo hacía gozar... Salía a propósito de su refugio... Giraba la jeta, a huevo bajo la pañí... Con la mui abierta de par en par... Se tragaba el agua de los canalones, se lo pasaba pipa... culebreaba, se ponía de lo más frenético... bailaba la jiga en los charcos, saltaba como un duende...

Quería que bailáramos nosotros también... Era su acceso, su ataque... Yo empezaba a entenderlo, costaba calmarlo... Había que tirarle de la cuerda... amarrarlo a la pata del banco.

Me los conocía yo, a mis padres, la historia del traje de colores no podía dar el pego en absoluto, me lo temía de antemano... Respondieron, con retraso, aún no salían de su asombro, ponían el grito en el cielo, creían que me estaba quedando con ellos, que me valía de un subterfugio para encubrir gastos excesivos... Aprovechaban para deducir que, si perdía el tiempo dando patadas a un balón, no era de extrañar que no aprendiese ni pizca de gramática... ¡Era su último aviso!... ¡El plazo final!... ¡Que no me empeñara con el acento!... ¡Que cogiese uno cualquiera!... con tal de que pudiesen entenderme, bastaba y sobraba... Volvimos a leer la carta con Nora y su maromo... Seguía ahí, abierta sobre la mesa... Ciertos pasajes no los chanelaban... Les parecía muy obscuro, muy extraordinario... Yo no les expliqué nada... Ya hacía cuatro meses que estaba allí, no me iba a poner a decir chorradas por una chaqueta... Sin embargo, les preocupaba el asunto... Hasta Nora parecía preocupada... porque yo no quisiera vestirme para el deporte, con el uniforme y la gorra de colores... Seguramente para pasear por la ciudad, era el anuncio del «Meanwell», sobre todo yo que era el más alto, el más desgarbado del grupo... mi pinta en el campo avergonzaba al colegio. Por fin, tanto se lamentaron... que me ablandé un poco... acepté un trato, probar una chapuza... que Nora había hecho con dos gabanes viejos de su maromo... Un arreglo mixto... estaba muy mono maqueado así... aún más grotesco, ya no tenía forma ni equilibrio, pero con eso me libraba de los suspiros... Por la misma razón heredé una gorra, bicolor y blasonada, un casquete minúsculo, de naranja... Sobre mi enorme jeta, resultaba curiosa... Pero todo aquello les parecía útil para el prestigio de la casa... Así quedó restablecido el honor. Me pasearon a propósito, ya no necesitaban excusas...

Con tal de que fuéramos de garbeo y no me obligaran a hacer confidencias... me iba de perilla, mejor imposible... Hasta me habría apalancado una chistera, si hubiesen insistido... para darles una gran satisfacción... Ellos se ponían una, el domingo, para ir a entonar cánticos en su misa protestante... Funcionaba con matraca: ¡Sentados! ¡De pie! en su templo... No me pedían mi opinión... me llevaban a los dos servicios... temían que me aburriera solo en casa... Allí, entre las sillas, había que vigilar otra vez a Jonkind, era un mal trago... Entre los dos, Nora y yo, se estaba bastante quietito.

En la iglesia, Nora me daba la impresión de estar aún más bella que fuera, así me parecía a mí al menos. Con los órganos y los medios tonos de las vidrieras, su perfil me deslumbraba... Aún la veo ahora... Y eso que han pasado muchos años, pero es como si la tuviera delante, siempre que la recuerdo. En los hombros la blusa de seda formaba líneas, curvas, aciertos de la carne, imágenes atroces, delicias que te dejaban para el arrastre... Sí, me habría desvanecido de placer, mientras ellos berreaban, nuestros mocosos, los salmos de Saúl...

La tarde del domingo, vuelta a empezar con la historia del cántico y yo me arrodillaba a su lado... El viejo leía un texto muy largo, yo me sujetaba el nabo con las dos manos, me lo agarraba por el bolsillo. Al atardecer, al final de las meditaciones, me devoraba el deseo... El chavalín que venía a mamármela, iba bien servido, el domingo por la noche, se daba un atracón... Pero no me bastaba, de todos modos, ella es la que me hubiese gustado, ¡toda entera por fin!... La belleza te asalta de noche... viene a rebelarse... te ataca, te arrebata... No hay quien la soporte... A fuerza de cascármela con visiones, tenía la cabeza hecha una braga... Cuanto menos jalábamos en el comedor, más pajas me hacía yo... Hacía tanto frío en la queli, que, en cuanto se largaba el viejo, volvíamos a vestirnos...

El farol, bajo nuestra ventana, el de las ráfagas, no cesaba de chirriar... Para perder menos calor aún, nos acostábamos por parejas... Nos la cascábamos con avaricia... Yo era implacable, estaba como frenético, sobre todo porque tenía que apañarme a base de fantasías... Me la comía, a Nora, en toda su belleza, las rajas... Me subía por las paredes. Le habría arrancado el coño, si hubiera mordido de verdad, las tripas, el jugo del fondo, me lo habría bebido entero... me la habría chupado toda entera, no

habría dejado nada, toda la sangre, ni una gota... Prefería destrozar la piltra, lamer enteramente las sábanas... a que la Nora me mandara a paseo, ¡y luego otra! Había comprendido, yo, ya lo creo, los cuentos de las jas, ¡el folleque es un tango! ¡La caravana de los pupas! Un abismo, un agujero, ¡y se acabó!... Me lo estrangulaba, el canario... Babeaba como un caracol, pero no salpicaba fuera... ¡Ah! ¡eso sí que no! ¡El pobre tío que moja va de culo!... ¡A la mierda las confesiones de los cojones!... ¡Huah! ¡Huah! ¡Te amo! ¡Te adoro! ¡Sí, sí! ¡A quien te come el coco!... No hay que preocuparse, ¡un día es un día! ¡Trincas! ¡Está chupado! ¡Es algo inocente!... ¡De pequeño es que no había comprendido nada, yo! ¡de los sentimientos! ¡Pollas en vinagre! ¡Anda ya, cabrón!... Yo me aferraba a mis cataplines, ¡tenía la bragueta hecha una braga! ¡Ding, ding, dong! ¡No quería palmarla como un pardillo! ¡Con un poema en los labios! ¡Amos, anda!

Además del asunto de las oraciones, sufrí otros asaltos... Recorría todos los senderos, se ocultaba tras cada matorral, el espíritu maligno de la jodienda... Como nos marcábamos recorridos enormes, el idiota, la bellísima y yo, crucé todo el campo de Rochester y con toda clase de climas... Conocimos todos los vallecitos, todas las carreteras y los caminos. Yo contemplaba mucho el cielo también, para distraerme la atención. Con las mareas, cambiaba de color... En los momentos de calma, llegaban nubes rosadas, por la tierra y en el horizonte... y luego los campos se ponían azules...

Por la disposición de la ciudad, los tejados de las casas bajaban en pendiente hacia el río, parecía una avalancha, animales y más animales... un enorme rebaño todo él negro y apretado en las brumas que bajaba del campo... Entre vaharadas amarillas y malvas.

Ya podía ella dar rodeos y hacer largos descansos propicios, no por ello me predisponían a las confidencias... ni siquiera cuando tardábamos horas, cuando pasábamos por callejuelas para volver a casa... Ni siquiera una tarde, que ya estaba obscuro por el puente que conduce a Stroude... Estuvimos contemplando el río... Durante un buen rato, el remolino en los ojos... oíamos todas las campanas de lejos... de muy lejos... de las aldeas... Entonces me cogió la mano y me la besó de pronto... Yo estaba muy emocionado, no opuse resistencia... No me moví... Nadie podía vernos... No dije nada, no abrí el pico... Ella no pudo sospechar nada... Yo tenía mérito, por resistir así... Cuanto más me costaba más fuerte me volvía... ¡No me iba a ablandar, la vampiro! aunque hubiera sido mil veces más molona. Para empezar, se acostaba con el otro, ¡el aborto escuchimizado! Dan asco, mientras eres joven, los viejos que se ventilan las tías... Si yo hubiese hablado, habría intentado saber por qué él, por qué semejante aborto... ¡Era desproporcionado!... ¿No estaría yo un poco celoso?... ¡Seguramente! Pero es que era horrible de verdad, a la vista y al oído... con sus bracitos minúsculos... agitados como muñones... sin razón... sin cesar... Parecía que tuviera diez, de tanto como los agitaba... Sólo de mirarlo, te daban ganas de rascarte... Tampoco cesaba de dar papirotazos con los dedos, palmadas, y venga molinetes, venga cruzar los brazos... un segundo... ¡Zas! Vuelta a empezar más allá... un auténtico pelele... de pena... histérico... lunático... memo...

Ella, en cambio, emanaba armonía, todos sus movimientos eran exquisitos... Un encanto, un espejismo... Cuando pasaba de un cuarto a otro, te dejaba como un vacío en el alma, bajabas con tristeza a un piso inferior... Podía haber estado preocupada, haber dado más a menudo muestras de pesadumbre. Los primeros meses siempre la veía yo contenta, paciente, incansable, con el chichirivainas y el idiota... No es que fuesen siempre divertidos precisamente... No era digna de envidia... Con una belleza como la suya, había de ser bastante fácil casarse con un buen partido... Tenía que estar hechizada... debía de haber hecho una promesa. Y él no era rico, ¡eso seguro! Era algo que yo no podía tragar, me apasionaba incluso al final...

Para Nora, el idiota era un tute terrible, podía haber estado agotada al anochecer... Sólo de limpiarle los mocos, ponerlo a mear, impedir a cada instante que se metiese bajo los coches, que se tragara, deglutiese cualquier cosa, era una paliza de aúpa...

Nora nunca tenía prisa. En cuanto empezó a mejorar un poco el tiempo, volvíamos aún más tarde, callejeando por la aldea y al borde del río... Babeaba mucho menos, Jonkind, de paseo, que en casa; sólo, que arramblaba con los objetos, birlaba las cerillas... Si lo dejabas solo un poquito, prendía fuego a las cortinas... No por maldad, ni mucho menos, venía corriendo a avisarnos... Nos enseñaba lo bonitas que eran las llamas.

Los tenderos de la zona, de tanto vernos pasar, nos conocían muy bien todos... Eran grocers... así se llaman las tiendas de ultramarinos... Al menos aprendí ese nombre... Equilibraban en los escaparates auténticas montañas de manzanas, de remolachas, y en sus infinitos mostradores verdaderos valles de espinacas... Trepaban en vertical hasta el techo... bajaban de una tienda a otra... a base de coliflores, margarina, alcachofas... Jonkind se ponía contento al ver cosas así. Se abalanzaba sobre una alcachofa, le daba un mordisco de caballo...

A mí también me creían chalado los proveedores... Le preguntaban por mí... hacían señas a Nora, cuando estaba de espaldas... con el dedo, así, en la cabeza... «Better? Better?», susurraban. «No! No!», respondía ella con tristeza... ¡No iba better, la Virgen! ¡Nunca iría better!... Me entraba un cabreo ante esa actitud... Comprensiva... Preocupada...

Durante la ronda de los recados, me había fijado en una cosita siempre... y muy intrigante, además... La historia de las botellas de whisky... Subíamos al menos una y a menudo dos a la semana... y a veces brandy, además... ¡Y nunca las volvía a ver en la mesa!... ¡ni en el salón!... ¡ni en los vasos!... ¡ni una gota!... Bebíamos pañí, nosotros, y bien clara y estrictamente... Conque, ¿adónde iba a parar, la priva? ¿Había tanguelos en la queli? ¡Ah! ¡me lo temía! Me lo repetía a cada rato, ¡aquí hay alguien que sopla!... ¡Un potrudo que no pasa frío!... Con lo que pimpla, aun en invierno, ¡no debe de tener reumatismos!... ¡Toma ya!

Empezaba a mejorar el tiempo, acabó el invierno... Entre paseos, deportes y cross-country, aguaceros y manuelas, había pasado...

Para aumentar el rancho, metí mano un poco a los abastecedores... Me creían tan inocente, que no recelaban de mis subterfugios... Hacía travesuras, desaparecía... Jugaba a «cucu, trastras» con Jonkind tras las hileras, los mostradores. Birlaba un poco de salchicha, un huevito, por aquí, por allá, unas galletas, plátanos... en fin, pamplinas... Nunca me molestaron...

En el mes de marzo, volvieron las lluvias, el cielo estaba encapotado con ganas, te acaba atacando a los nervios, después de machacarte durante meses... Oprime todo, las casas, los árboles, se desploma a ras del suelo, lo pisas empapado, caminas sobre las nubes, las vaharadas que se derriten en el barro, en el puré, viejos cascos de botella... ¡Un asco!...

Lo más lejos que llegamos durante los paseos fue pasado Stroude, por los senderos, tras los bosques y las colinas, una propiedad inmensa, donde criaban faisanes. No eran salvajes, se paseaban por docenas. Picoteaban como gallinas en un gran césped, en torno a un como monumento, un enorme bloque de carbón, erguido, tremendo, casi tan alto como una casa... Dominaba el paisaje... Nunca llegamos más lejos... El camino no continuaba...

Un lugar que yo añoraba, pero no podía visitar por la noche, eran los muelles de la parte baja de la ciudad, sobre todo el sábado... A Nora le habría encantado, para complacerme, pasar por allí más a menudo... Pero era un rodeo peligroso, siempre por culpa de Jonkind; tropezaba con los cordajes, diez veces estuvo a punto de ahogarse... Era preferible, en una palabra, limitarnos a las alturas y más que nada en pleno campo, donde se ven de lejos los peligros, los perros grandes, las bicicletas...

Una tarde, así, al azar, cuando buscábamos algo nuevo, escalamos otra colina, la que subía hacia el bastión 15... al otro lado de los cementerios... aquel en que los escoceses hacían ejercicio todos los jueves, el 18º Regimiento... Los contemplamos forcejear y no era cosa de cachondeo... Menuda la que armaban tras gaitas y trompetas. Hundían tanto el terreno, y que se empantanaban cada vez más.

Desfilaban cada vez con más brío... Ya les llegaba a los hombros... Seguro que iban a quedar enterrados todos...

Nuestro paseo no había concluido, continuamos por la hondonada... En el centro de las praderas, vimos unas obras, nos acercamos... ¡La tira de obreros! Estaban construyendo una gran casa... Miramos en las vallas... había un letrero enorme... era fácil de descifrar... También para un colegio... Un terreno espléndido de verdad... una situación magnífica entre el fuerte y las quintas... Y, además, un claro para deportes al menos cuatro veces mayor que el nuestro... Ya estaban trazadas las pistas, cubiertas de cenizas... los banderines plantados en las cuatro esquinas... las porterías marcadas... Todo estaba listo, en una palabra... La construcción no debía de ir para largo, debía de concluir pronto... Había ya dos pisos... Parecía atestada de obreros... El nombre estaba escrito en letras rojas «The Hopeful Academy paraboys de todas las edades...». ¡Menuda sorpresa!...

Nora Merrywin no daba crédito a sus ojos... Seguía ahí petrificada... Por fin nos fuimos a escape. Tenía una prisa extraordinaria por contárselo al mequetrefe... A mí me la traían floja sus historias, pero, de todos modos, ¡comprendía que era una tragedia de verdad!... ¡Un golpe terrible para la charanga!... No los vimos, ni a uno ni a otra, en todo el día... Yo fui quien dio de jalar a Jonkind, en la mesa, tras los otros chavales...

La mañana siguiente, Nora aún estaba pálida, había perdido todo el aplomo, ella por lo general tan amable, tan jovial, discreta, hacía gestos parecidos a los de él, papirotazos a cada momento, no debía de haber sobado, no se estaba quieta un instante, se levantaba, subía de nuevo las escaleras... volvía a bajar para hablar con él... Se marchaba otra vez...

El viejo parecía inmóvil, ni siquiera pestañeaba, estaba quieto parado, como alelado. Miraba el espacio delante de él. Ya no comía, sólo bebía el café... Repetía, taza tras taza, llenas, sin cesar... Entre los sorbos, se golpeaba en la palma, la derecha, con el puño izquierdo bien cerrado, así, con fuerza... ¡Ptaf! ¡Ptaf! y se acabó...

Dos días después, más o menos, subió con nosotros, hasta donde los «escoceses»... Quería verlo personalmente... Seguían avanzando las instalaciones del «Hopeful». Habían reanudado las pistas... habían cortado el césped del cricket... Además, tenía dos canchas de tenis y hasta un minigolf... Seguro que estaría abierto para Pascua...

El niño grande se paseó entonces en torno a la barrera... Quería mirar por encima... Era un retaco... No veía bien... Diquelaba por las grietas... Encontramos una escala... Nos indicó por señas que continuáramos... que nos alcanzaría por el camino... Volvió, en efecto... Ya no brincaba ni mucho menos. Se sentó junto a su mujer, se quedó muy postrado... Venía deslumbrado con las maravillas del «Hopeful College».

Yo comprendía, ¡la competencia! ¡Ya se piraban los chavales!... El Meanwell les parecía lamentable... Y ahora, ¿qué?... ¿Quién iba a retenerlos?... ¡Era una crisis sin solución!... Yo no comprendía lo que se contaban, Nora y su maromo, pero el tono era siniestro... Volvimos todos los días a contemplar los andamios... Estaban construyendo dos frontones para el entrenamiento del shooting... Era un derroche de lujo... El viejo, al observar aquellos esplendores, se metía los dedos en la nariz, los tres a la vez, pensativo, de la confusión... En la mesa se quedaba siempre como alucinado. No debía de verse futuro... Dejaba enfriar la gravy... Apretaba la dentadura postiza con tal fuerza, que una vez se le saltó... La dejó sobre la mesa, junto a su plato... Ya es que no sabía lo que hacía... Seguía rumiando retazos de oraciones, ideas... Primero dijo: «Amen! Amen!». Después se levantó de súbito... Se precipitó hacia la puerta. Subió arriba de cuatro en cuatro... Entonces los chavales se tronchaban... El aparato seguía sobre la mesa. Nora ya no se atrevía a mirar a nadie... Jonkind se acercaba ya, se agachaba, babeando con avaricia, se tragaba la dentadura del pureta... Nunca se habían reído tanto. Tuvo que escupirla otra vez.

La disciplina estaba chunga. Los chavales hacían ya lo que se les antojaba... El viejo ya no se atrevía a decirles nada... Ni Nora tampoco, ni en casa, ni fuera... Para jugar a cosas violentas ya sólo éramos una docena y para formar un equipo los jueves reclutábamos al azar chavales por el camino, pirillas, desconocidos... Teníamos que resistir hasta Pascua...

Los días se alargaron un poco... Para que mis padres no se impacientaran, escribí tarjetas postales, inventé cuentos, que si ya empezaba a hablar... Todo el mundo me felicitaba... La primavera estaba al caer... Jonkind pescó un catarro... se tiró quince días tosiendo... Ya no nos atrevíamos a llevárnoslo tan lejos. Pasábamos tardes enteras en la explanada de la fortaleza, una ruina enorme llena de ecos, cavernas y mazmorras... Al menor chaparrón, nos refugiábamos bajo las bóvedas con los palomos... era su terreno, había centenares, bien familiares, bien tranquilos... venían a arrullar en la mano, son listillos, esos animalitos, se contonean, te hacen guiños, te reconocen inmediatamente... Él, Jonkind, lo que preferían eran los corderos, se lo pasaba bomba, corría tras los jóvenes, los que tropiezan, dan volteretas. Caía rodando con ellos en el suelo mojado, balaba al tiempo que ellos... Disfrutaba, se volvía loco... se convertía en un auténtico animal... Volvía empapado, calado. Y se pasaba ocho días más tosiendo...

Las mejorías del tiempo se hacían más frecuentes, soplaban nuevas brisas, olores gratos y encantadores. Los junquillos, las margaritas temblaban en todos los prados... El cielo volvió a su sitio, guardaba sus nubes como todo el mundo. Desapareció esa especie de puré que chorrea sin cesar, que vomita en pleno paisaje... La Pascua caía en el mes de mayo, los chavales no podían más de impaciencia... Iban a ver de nuevo a sus familias. Era el momento de mi partida también... Mi estancia tocaba a su fin. Me iba preparando despacio... cuando recibimos un sobre especial, una carta de mi tío con parné y unas letras... Me decía que me quedara, que tuviese paciencia tres meses más... que era mucho mejor... ¡Qué bueno era, el tío Edouard! ¡Menuda sorpresa!... Lo había hecho por su cuenta... Con su buen corazón... Se conocía bien a mi padre... Se imaginaba las tragedias que iba a haber, seguro, si volvía una vez más como un lelo, sin haber aprendido nada de inglés... Estaría pero que muy feo, lógicamente...

En una palabra, que era yo muy rebelde, ingrato, cargante... Podía haberme aplicado un poco... no me habría herniado... para complacerlo... Pero en el momento en que cedía, sentía que volvía a subirme la bilis a la garganta... toda la mala hostia me volvía a invadir... flemas abyectas... ¡Seguro, joder, que no aprendería nada!... ¡Volvería más atravesado que antes! ¡Lo fastidiaría aún más!... ¡Meses llevaba ya sin abrir la mui!... ¡Ah! ¡Eso es! ¡no hablar a nadie! ¡Ni a estos de aquí! ¡ni a los de allá!... Cuando eres frágil, debes hacer acopio de fuerzas... Abres toda la mui y te la invaden. ¡Ésa es la tarea, a mi modo de ver!... ¡No eres fuerte! ¡Te vuelves duro! ¡Podía callarme dos años más! ¡Ya lo creo! ¡Bastaba con que pensara en Gorloge, en el pequeño André, en Berlope e incluso en Divonne y sus pianos! ¡sus corcheas! y sus nocturnos... ¡Joder! ¡El tiempo no cambiaba nada!... Cada vez se me aparecían con mayor claridad, y cada vez más atravesados, incluso... ¡Ah!... Se me quedaban en la chola con todo, las mil tundas, los sopapos, las patadas de campeonato. ¡Hostias! Y, además, toda su podredumbre, completa, y los coleguillas, los caguetas, ¡todas las aberraciones y sus sortilegios!... ¡Cómo! ¿De qué? ¿Ponerme a pensar en chorradas? Ever and ever! ¿como el otro mierda?... Amen! Amen!... ¡Tururú! Volvía a hacer muecas, ¡me las imitaba solito! Ponía la jeta de Antoine, mientras cagaba en el retrete... Era yo quien le cagaba en la jeta... ¡Lenguaje! ¡Lenguaje! ¿Hablar? ¿Hablar? ¿Hablar de qué?...

Yo no había visto nunca a Nora con vestido claro, blusa ceñida, satén rosa... se le marcaban las puntas de los achucháis... El movimiento de las caderas es brutal también... La ondulación, el secreto del culamen...

Era hacia finales de abril... Ella volvió a hacer un esfuerzo para animarme, convencerme... Una

tarde, vi que bajó con un libro al paseo... Uno grueso, enorme, tipo Biblia por el peso, el tamaño... Nos dirigimos al sitio habitual... nos instalamos... Abrió el libraco sobre sus rodillas... No pude por menos de mirar... Al chaval, Jonkind, le hizo un efecto mágico... Metía la nariz dentro... Ya no podía apartarse... Los colores le fascinaban... Estaba lleno de imágenes, aquel libro, de ilustraciones magníficas... Yo no necesitaba entender, sabía al instante de qué se trataba... Veía a los príncipes, las altas lanzas, los caballeros... la púrpura, los verdes, los granates, todas las armaduras color rubí... ¡Y toda la pesca!... Menudo currelo... Bien hecho... Yo entendía de eso, estaba logrado... Ella pasaba las páginas despacito... Empezaba a contar. Quería leernos palabra por palabra... Estaban irresistibles, sus dedos... eran como rayos de luz, sobre cada hoja que pasaban... Me habría gustado lamerlos... chuparlos... Estaba preso en el hechizo... Aun así, no abrí el pico... Miraba el libro por mi cuenta... No hice ni una pregunta... No repetí ni una palabra... A Jonkind lo que le parecía más prodigioso era el bello dorado de los cantos... eso lo embelesaba, iba a coger margaritas, volvía a sembrárnoslas encima, llenaba los márgenes con ellas... Las dos páginas más admirables estaban en el centro del libro... Toda una batalla desplegada... representaba una barahúnda extraordinaria... ¡Dromedarios, elefantes, la carga de los templarios!... ¡Una hecatombe de caballería!... ¡Todos los bárbaros derrotados!... Era maravilloso de verdad... Yo no me cansaba de admirar... Casi iba a hablar... Iba a preguntar por detalles... ¡Huy!... Me reanimé, ¡di marcha atrás!... ¡Suerte puta! ¡Un segundo más y...! Pero, ¡no dije ni mu!... Me aferré a la hierba... ¡No quería más historias, joder!... ¡estaba vacunado!... ¿Y el pequeño André, entonces? ¿Es que no era el más maricón?... ¿No me la había pegado? ¿Acaso?... ¡Menudo cabrito fino! ¿Cómo no me iba a acordar de las leyendas?... ¿Y de mi gilipollez? ¿A propósito? ¿No? Una vez iniciado en los hábitos, ¿adonde irás a parar?... Conque, ¡que no me tocaran los cojones más! ¡Que me dejasen tranquilo, pues!... Prefería joderme, ¡antes que las historias!... Le mostré incluso que era un hombre, me las piré con Jonkind, la dejé sola leyendo su libro... Plantada en la hierba...

Corrimos, el idiota y yo, hasta la orilla... Volvimos por donde los palomos... Al regreso contemplé su expresión... Se llevaba sus imágenes... Desde luego, me consideraba tozudo... Seguramente estaba apenada... No tenía prisa por regresar a casa... Nos fuimos despacito... Nos quedamos junto al puente... Ya habían dado las seis... Ella contemplaba el agua... Es un río caudaloso, el Medway... Con las mareas fuertes, se vuelve incluso intrépido... Llegaba formando volutas. El puente vibra en los remolinos... Brama, el agua, hacía ruidos sordos... se ahoga, en grandes nudos amarillos...

Nora se asomaba justo encima y volvía a alzar la cabeza al instante... Miraba allí, muy lejos, la luz que se ocultaba tras las casas de la costa... Le daba un reflejo en la cara... Una tristeza que hacía temblar todas sus facciones... Ascendía, ya no podía resistir más, se volvía muy frágil... Se veía obligada a cerrar los ojos...

En cuanto quedó concluido, el «Hopeful Academy», se produjeron abandonos... Los que tenían ganas de pirárselas, no esperaron siquiera a Pascua... Seis externos se abrieron ya a fines de abril, y cuatro pensionistas, sus viejos vinieron a recogerlos... Les parecía que el «Meanwell College» ya no era suficiente... Comparaban con la otra queli deslumbrante...

Causaba, el «Hopeful», hay que reconocerlo, una impresión tremenda sobre sus grounds... Ya sólo la obra era digna de visita... Todo cubierto de ladrillos rojos, dominaba Rochester, sólo se veía eso en la ladera... Además, habían plantado un mástil, inmenso, en medio del césped, con grandes paveses, todos los pabellones del Código, vergas, obenques, drizas, la tira de cosas, para quienes querían aprender las maniobras y los aparejos, prepararse para el Borda...[11]

Así perdí a Jack, el chavea que me la cascaba... Tuvo que transbordar, su padre quería que se hiciera marino... Los del «Hopeful» hacían brillante propaganda de la preparación para la «Navy»...

Tras perder tantos pensionistas, quedamos sólo cinco en el «Meanwell College», incluido Jonkind... No se divertían, los supervivientes, más bien ponían mala cara... Debían de estar atrasados en las cuentas, ya no podían pagar los recibos, por eso no se movían... El equipo de football se deshizo en ocho días... Los chavales de los granos, los del «Pitwitt», los macilentos del asilo, volvieron dos veces más a pedir que les diéramos una paliza. De nada servía que les explicáramos, les dijimos que se había acabado, no comprendían... Añoraban sus «doce a cero». Su vida perdía sentido... Se quedaban sin rivales... Eso los deprimía horriblemente... Se marcharon a su casa taciturnos...

Los Hopeful boys, los fanfarrones de la nueva queli, no querían jugar con ellos, los rechazaban como a leprosos... Se consideraban de categoría superior... Los «Pitwitt» quedaban a la altura del betún... Jugaban entre ellos...

En nuestra mesa, en el «Meanwell», teníamos dramas serios, la situación se volvía penosa y sin cuartel... Nora Merrywin hacía prodigios para garantizarnos aún la comida. Vimos a las criadas darse el piro... Primero Gertrude, la mayor, y luego, cuatro días después, Flossie... Vino una asistenta... Nora ya casi no tocaba los platos... Nos dejaba la mermelada, no la probaba, ya no se ponía azúcar en el té, se jalaba el porridge sin leche... para nosotros sobraba... Pero, aun así, me daba mucha vergüenza... Cuando el domingo pasaban el pudding, había una rebatiña como para retorcer las cucharas... Desportillábamos todos los platos... Merrywin se impacientaba, no decía nada, pero se agitaba por todos lados, se rebullía constantemente en la silla, daba golpecitos en la mesa, abreviaba las oraciones para que nos largáramos antes... Se estaba volviendo un lugar demasiado sensible el comedor...

En clase, volvía a hacer lo mismo... Se subía al estrado... Se ponía su capa, la plisada, la toga magistral... Se quedaba tras su pupitre, apalancado en su silla, miraba fijamente a la clase que tenía delante... Se ponía de nuevo a pestañear, se retorcía los dedos esperando que diese la hora... Ya no hablaba a los alumnos... los chavales podían hacer lo que quisieran...

Adelgazaba, Merrywin, él que ya tenía orejas inmensas, despegadas, ahora eran como alerones... Los cuatro chavales que quedaban armaban jaleo como treinta y seis... y luego se aburrían... entonces cogían y se daban el piro... a otro sitio... al jardín... a la calle... Dejaban a Merrywin solo, venían a reunirse con nosotros en el paseo. Después, nos lo encontrábamos, a él, por el camino... nos lo cruzábamos en pleno campo... lo veíamos llegar de lejos... venía hacia nosotros veloz, encaramado en un triciclo enorme...

«Hello Nora! Hello boys!», nos gritaba al pasar... Reducía la velocidad un segundo... «Hello Peter!», le respondía ella, encantadora... Se sonreían muy atentos... «Good day, mister Merrywin», repetían todos los chavales a coro... Reanudaba su marcha. Lo contemplábamos alejarse, pedalear hasta perderse de vista. Había regresado antes que nosotros...

Por el cariz que cobraban los acontecimientos, yo sentía que mi partida estaba muy próxima... Volví a dejar de escribir... Ya no sabía qué decir, inventar... No se me ocurría nada más... Estaba harto de cuentos... Ya no valía la pena... Prefería disfrutar lo que me quedaba, sin la molestia de las cartas. Pero, desde que el Jack se había marchado, ya no había tanta diversión en el dormitorio... el cochino, chupaba con ganas y a la perfección...

Yo me la cascaba demasiado pensando en la Nora, me dejaba la picha como muy seca... en el silencio, ideaba otras fantasías nuevas... y mucho más ingeniosas, pirillas y turbadoras, tiernas por fuerza... Antes de abandonar el Meanwell, me habría gustado verla, a la chavalita, cuando quilaba con su viejo... Me carcomían... me consumían las ganas frecuentes de admirarlos juntos... me volvía a poner cachondo sólo de pensarlo. Pero, ¿qué le haría?

Yo ya era un hacha en el vicio... Ahora, que, como espectáculo, ése no era de los más fáciles... Tenían alcobas separadas... La de él estaba a la derecha, en el pasillo, justo detrás del quemador... Ahí estaba chupado... Pero, para diquelar en la de Nora, tendría que salir por el otro lado del dormitorio y después meterme por la escalera... estaba después de los lavabos... Era difícil... complicado...

¿Cómo quilarían? ¿Qué sucedería en el cuarto de él? ¿en el de ella? Me decidí... Es que quería darme ese gustazo... Había esperado demasiado.

Como ya sólo éramos cinco pensionistas, podíamos circular mucho mejor... Además, es que ya no venía, el pureta, a pronunciar la oración... Los chavales se dormían muy deprisa, una vez que se habían calentado meneándosela... Esperé a que sobaran, oí los ronquidos y después me volví a poner el pantalón, hice como que iba al retrete... y, además, de puntillas...

Al pasar ante la puerta del pureta, me agaché de pronto. Miré así, muy de prisa, por el ojo de la cerradura... ¡Estaba de un salido!... La llave estaba puesta... Continué mi garbeo... Hice como que iba a mear... Volví a escape... me acosté otra vez... ¡No acabó ahí la cosa! Me dije: «¡ahora o nunca!». No se oía ni una mosca en la queli... Hice como que sobaba... Me quedé unos minutos más... palpitante, pero silencioso... ¡No estaba loco!... Bien que había visto la luz por la ventanilla... justo encima de la puerta... Era la misma historia que en la Rue Elzévir... Me dije: «Anda, chico, ¡que, como te pillen te van a sonar los oídos la tira!». Adopté las máximas precauciones... Llevé una silla al pasillo... Si me trincaban, me ponía, me haría el sonámbulo... Apoyé el respaldo de la silla contra la puerta. Esperé, me apalanqué... Me pegué bien a la pared... Entonces oí dentro como un choque... Como el ruido de una tabla... contra otra... ¿Vendría de la cama?... Volví a equilibrar el respaldo... trepé al milímetro... De pie... aún más despacio... Llegué justo al ras del cristal... ¡Ah! ¡Entonces! ¡Chachi! ¡veía perfecto! ¡Todo!... Vi al andoba... Estaba repantigado... tendido ahí en un sillón... Pero, ¡completamente solo! ¡No la veía, a la chavala!... ¡Ah! estaba desnudo ¡fíjate!... Tumbado muy a gusto ante el fuego... ¡Colorado incluso! Resoplaba, de tanto calor... Estaba en pelotas hasta el vientre... Se había quedado sólo con los calzoncillos y la hopalanda, la plisada, la forense, le arrastraba por el suelo detrás...

El fuego era vivo e intenso... ¡Crepitaba en todo el cuarto!... ¡Estaba inundado por los resplandores, el viejo chorra! completamente iluminado... No parecía aburrido... se había dejado la gorra puesta... la de la borla... ¡Ah! ¡qué cabrón! Se ladeaba, se caía... La volvía a coger, se la apretaba... Ya no estaba triste como en clase... Se divertía solo... ¡Agitaba, meneaba un boliche! ¡Grande! ¡colosal! Intentaba meter la bola. Falló, se cachondeó... No se enfadó... Volvió a caérsele la gorrita... la capa también... Las recogió como pudo... Eructó... suspiró... Dejó el paquete un momento... Se sirvió un lingotazo... Se lo bebió despacito..., además, ¡Ahí estaba el whisky!... Hasta tenía dos frascos a su lado, en el suelo... Y, además, dos sifones junto a la mano... y ¡Ah, claro! un tarro de mermelada... ¡entero!... Metió un cucharón... lo volvió a sacar... dejó caer goterones por todos lados... ¡estaba atracándose!... Volvió a ocuparse del boliche... vació otro vaso... El cordón se enganchó, se lió en la ruedecilla del sillón... Tiró, se embrolló... gruñó... se echó a reír... Ya no sabía dónde tenía las manos... Estaba maniatado... Se cachondeaba, el muy mamón... ¡Basta!... Bajé de mi andamio... Levanté muy despacito la silla... Volví a largarme de puntillas por el pasillo... Nadie se había movido aún... ¡Me metí en el sobre otra vez!...

Llegamos a trancas y barrancas a las vacaciones de Pascua... Las pasábamos putas... con la jalandria... las velas... la calefacción... Durante las últimas semanas, los chavales, los cinco que

quedaban, ya no escuchaban a nadie. Hacían lo que les daba la gana... El viejo ya ni siquiera daba clase... Se quedaba en su cuarto todo el día... o se iba solo, en el triciclo... en largas excursiones.

Llegó una criada nueva... No resistió ni ocho días... Los chavales ya es que estaban inaguantables, ponían la cocina patas arriba... Una asistenta substituyó a la marmota, pero sólo por las mañanas. Nora la ayudaba a arreglar las habitaciones y también los platos... Para eso se ponía guantes... Protegía sus hermosos cabellos con un pañuelo bordado, a modo de turbante...

Por la tarde, yo llevaba a pasear al idiota, yo solo me encargaba de él. Nora ya no podía venir, tenía que cocinar... No nos decía adónde ir... Decidía yo solo... Nos tirábamos todo el tiempo que queríamos... Volvíamos a pasar por todas las calles, los muelles, las aceras. Yo buscaba por todos lados a la chavala de las freidurías, me habría gustado verla. No aparecía por ningún lado, con su carricoche... Ni por el puerto ni por el mercado... ni por los cuarteles nuevos... Nada...

Había momentos agradables en el paseo. Jonkind se portaba bien... Pero no había que excitarlo... En cuanto nos cruzábamos, por ejemplo, con los militares, las charangas, la música estridente, no había quien pudiera con él... Había muchos por Chatham... y de la «flota» también... Cuando volvían del ejercicio, tocaban sones malabares, rigodones triunfales, enloquecían a Jonkind... Se lanzaba al montón como una flecha... No lo podía evitar... Le hacía el mismo efecto que el fútbol... ¡El tachíntachín lo arrastraba!

Es algo muy animado, un regimiento, en color y compás, destaca sobre el clima... Iban de granate, los músicos... resultaban con fuerza frente al cielo... frente a las paredes obscuras... Tocan con ganas, con fuerza, son cachas, los escoceses... Tocan con gracia la gaita, con alegría, pero de machotes...

Los seguíamos hasta el barracks, el campamento... Descubríamos otros campos, siempre tras los soldados... más allá de Stroude, más lejos aún... pasado otro río. Volvíamos siempre por la escuela, la de chicas, detrás de la estación, esperábamos a que salieran... No decíamos nada, diquelábamos, nos dábamos un atracón de visiones... Bajábamos por el «Arsenal», el terreno especial de «cagafierro», el de los «profesionales», los «duros» de verdad, los que se entrenaban a compás, para la copa Nelson. Rompían todas las pelotas con la fuerza de sus chutes...

Regresábamos a casa lo más tarde posible... Yo esperaba a que fuera noche cerrada, a ver todas las calles alumbradas, entonces me metía por la High Street, la que acababa ante nuestros escalones... Muchas veces después de las ocho... El viejo nos esperaba en el pasillo, no decía nada, leía el periódico...

En cuanto llegábamos, nos sentábamos a la mesa... Nora se encargaba de servir... Merrywin ya no hablaba... Ya no decía nada a nadie... se estaba volviendo una vida tranquila de verdad... Jonkind, en cuanto tenía la sopa delante, se ponía a babear. Ahora nadie se lo impedía. Ya no lo limpiaban hasta el final.

Ninguno de los mocosos volvió de las vacaciones de Pascua. Ya sólo quedábamos en el «Meanwell College» Jonkind y yo. Era un desierto, nuestra queli.

Para tener menos gastos, cerraron todo un piso. Se pulieron todo el mobiliario, pieza por pieza, primero las sillas y después las mesas, los dos armarios y hasta las camas. Solo quedaban nuestras dos piltras. La liquidación... Eso sí, comíamos mejor, ¡dónde iba a parar!... ¡La tira de mermelada! Tarros a voluntad... podíamos repetir pudding... Papeo abundante, una metamorfosis... lo nunca visto... Nora apechugaba con un currelo tremendo, pero se ponía guapa igual. En la mesa, la volvía a ver encantadora, y hasta casi, casi jovial.

El viejo se quedaba muy poco, jalaba muy rápido y volvía a marcharse en su triciclo. Jonkind era quien animaba todas las chácharas, ¡él solito! «No trouble!>». ¡Había aprendido otras palabras! «No

fear!>». Estaba orgulloso y alegre. ¡No paraba!... «¡Ferdinand! No fear!>», me lanzaba sin cesar, entre bocado y bocado...

Fuera, no me gustaba llamar la atención... Le daba algunas patadas en el bul... Me comprendía perfectamente, me dejaba en paz... Para premiarlo, yo le daba pepinillos. Me traía una provisión, siempre llevaba los bolsillos llenos... Era su golosina exquisita, con eso me obedecía... Se moría por los pickles.

Nuestro salón se desplumaba... Primero fueron los cachivaches de adorno... después el diván acolchado color rosa, luego los jarrones y, por último, las cortinas... En medio del cuarto, los últimos quince días, sólo quedaba el Pleyel, enorme, monumental...

No me apetecía demasiado regresar, porque ya no teníamos hambre... Tomábamos precauciones, dábamos un toque al rancho al salir. Yo ya no tenía la menor prisa... Aun cansado, me encontraba mejor fuera, callejeando, por aquí, por allá... Descansábamos en cualquier parte... Nos marcábamos una última parada, en los escalones o en las rocas, a la puerta de nuestro jardín... Por donde pasaba la gran escalera, la que subía del puerto, casi bajo nuestras ventanas... Nos quedábamos, Jonkind y yo, lo más tarde posible, apalancados, callados.

Se distinguían bien los navíos, desde aquel sitio, que llegaban, se cruzaban en el puerto... Era como un auténtico juego de magia... todos los reflejos en el agua en movimiento... todas las ventanillas que pasaban, llegaban, centelleaban... El ferrocarril que ardía, vibraba, incendiaba los minúsculos arcos al pasar... Nora siempre tocaba el piano, mientras nos esperaba... Dejaba la ventana abierta... La oíamos perfectamente desde nuestro escondite... Cantaba incluso un poquito... a media voz... Se acompañaba... No cantaba fuerte... Un murmullo, en una palabra... una romanza... Aún recuerdo la música... Nunca supe la letra... La voz se alzaba muy despacio, ondeaba en el valle... Volvía hasta nosotros... La atmósfera sobre el río resonaba, se amplificaba... Era como de ave su voz, batía alas, inundaba la noche con sus leves ecos...

Toda la gente había pasado, todos los que volvían del currelo, las escaleras estaban vacías... Estábamos solos, no feary yo... Esperábamos a que se interrumpiera, dejara de cantar, cerrase el teclado... Entonces volvíamos a casa.

El piano de cola no duró mucho. Vinieron a buscarlo los mozos de mudanzas un lunes por la mañana... Tuvieron que desmontarlo pieza por pieza... Jonkind y yo participamos en la maniobra... Primero colocaron todo un torno por encima de la ventana... No pasaba bien por el hueco... Estuvieron toda la mañana, en el salón, manipulando cuerdas, poleas... Bajaron la gran caja por la veranda del jardín... Aún lo veo, aquel gran armario negro elevándose por el aire... por encima del panorama...

Nora, en cuanto empezaron a trabajar, bajó a la ciudad, estuvo todo el tiempo fuera... ¿Tendría tal vez que hacer una visita?... ¡Se había puesto su vestido más bonito!... Regresó bastante tarde... Muy pálida...

El viejo volvió a las ocho, justo para cenar... Llevaba varios días haciéndolo así. Después subía a su cuarto... Iba sin afeitar, sin lavarse siquiera, más sucio que el palo de un gallinero... Olía a tigre... Se sentó a mi lado... Empezó a comer, pero no terminó... Se puso a hurgarse los alares, los pliegues, todas las vueltas... Se levantó la bata... Tenía tembleque... Lanzaba pequeños eructos... Bostezaba... Gruñía... ¡Encontró por fin la papela! Era otra misiva, certificada esa vez... Ya era la décima lo menos que recibíamos de mi padre desde Navidad... Yo nunca respondía... Merrywin tampoco... Estábamos paralizados... Me la abrió, me la mostró... Yo miré por quedar bien... Recorrí página tras página... Era copioso, documentado... Volví a empezar. ¡Una auténtica conminación para que volviese!... No era la primera vez que me daban la polcata... ¡No! Pero, ¡esa vez tenía el billete!... ¡el regreso por Folkestone!

Mi padre, ¡estaba lo que se dice indignado! ¡Ya habíamos recibido otras! Casi semejantes, cartas

desesperadas, gruñonas, chochas... amenazadoras... El viejo las amontonaba después de leerlas en una cajita de cartón a propósito... Las archivaba cuidadosamente por orden y por fecha... Se las subía todas a su queli... Movía la cabeza un poco, pestañeando... No valía la pena que comentara... ¡Bastante hacía con clasificarlas!... ¡Bastantes pesares nos manda el Señor cada día! Y gilipolleces... Sólo que era un ultimátum diferente, de todos modos... Esta vez venía acompañado de un billete... ¡Ya podía hacer las maletas rápido!... ¡En marcha, chico!... Iba a ser la semana siguiente... que acababa el mes... ¡La liquidación!...

Nora no parecía darse cuenta... seguía como absorta... Estaba en la luna... El viejo quería que se enterara... Le gritó bastante fuerte, para que despertara. Volvió de su ensueño... Jonkind lloraba... Se alzó de repente, buscó en la caja, tuvo que releerla... La descifraba en voz alta...

¡Ya no me hago ilusiones sobre el porvenir que nos tienes reservado! Hemos padecido, por desgracia, en numerosas ocasiones toda la maldad, la bajeza, de tus instintos, tu espantoso egoísmo... Conocemos tu pereza, tu gusto por la disipación, tus deseos casi monstruosos de lujo y placer... Sabemos lo que nos espera... Está visto que ningunaindulgencia, ninguna consideración inspirada por el afecto, puede limitar, atenuar el carácter desenfrenado, implacable de tus inclinaciones... ¡Hemos hecho todo al respecto, me parece, hemos probado todo! De forma, que, actualmente, nos encontramos sin fuerzas, ¡nada más que podamos hacer! ¡Ya no podemos dedicar parte de nuestros escasos recursos para salvarte de tu destino!... ¡Sea lo que Dios quiera!...

Mediante esta última carta he querido advertirte, como padre, como amigo, antes de tu regreso definitivo, por última vez, a fin de prevenirte, cuando aún estás a tiempo, ¡contra toda amargura inútil, toda sorpresa, toda rebelión superflua, Ferdinand! ¡Únicamente con tus fuerzas! ¡No cuentes con nosotros más! ¡te lo ruego! ¡Para garantizarte la manutención, la subsistencia! ¡Ya no podemos más, tu madre y yo! ¡Nada más podemos hacer por ti!...

Sucumbimos literalmente bajo el peso de nuestras cargas antiguas y recientes... A las puertas de la vejez, nuestra salud, minada ya por las angustias continuas, los trabajos agotadores, los reveses, las inquietudes perpetuas, las privaciones de toda índole, se tambalea, se desploma... ¡Estamos in extremis, hijo mío!... Materialmente, ¡ya no poseemos nada!... De la pequeña propiedad que heredamos de tu abuela, ¡no nos queda nada!... ¡absolutamente nada! ¡ni un céntimo! ¡Muy al contrario! ¡Nos hemos endeudado! Y bien sabes en qué circunstancias... ¡Las dos fincas de Asnières están gravadas con hipotecas!... En el Passage, tu madre, en su tienda, se enfrenta a nuevas dificultades, que yo presumo insuperables. Una variación, un salto brutal, absolutamente inesperado, en el rumbo de la moda, ¡acaba de reducir a la nada nuestras perspectivas para una temporada relativamente prometedora!... Todas nuestras previsiones han quedado desbaratadas... Por una vez en nuestra vida, ¡nos habíamos permitido una audacia!... Habíamos constituido, con grandes gastos, escatimando en todo lo demás e incluso en la alimentación, durante este último invierno, una auténtica reserva, una provisión de boleros de «Irlanda». Pero, de repente, sin indicio premonitorio alguno, el favor de la clientela se ha desviado sin vacilación, ha huido literalmente de esos artículos para lanzarse por otras bogas, otros caprichos... ¡No hay quien lo entienda! ¡Una auténtica fatalidad se ensaña con nuestra pobre barca!... ¡Es de prever que tu madre no pueda deshacerse ni de uno solo de esos boleros! ¡Ni siquiera a cualquier precio! ¡Actualmente estáintentando convertirlos en pantallas para lámparas! ¡para los nuevos dispositivos eléctricos!... ¡Fútiles esfuerzos!... ¿Cuánto durará? ¿Adónde iremos a parar? Por mi parte, en la Coccinelle, debo sufrir diariamente los ataques solapados, pérfidos, refinados, me atrevo a decir, de una camarilla de jóvenes redactores que han entrado en funciones recientemente... Provistos de títulos universitarios (algunos de ellos son licenciados), amparándose en el apoyo del Director General, en sus alianzas sociales y familiares, en su formación muy «moderna» (ausencia casi total de escrúpulos), esos jóvenes ambiciosos disponen, respecto de los

simples empleados del montón como yo, de ventajas abrumadoras... ¡No cabe duda de que conseguirán (y muy pronto, me parece) no sólo suplantarnos, sino también excluirnos radicalmente de nuestros modestos puestos!... Sin pretender en absoluto ensombrecer el panorama, ¡es cuestión de meses! ¡No hay que hacerse la menor ilusión al respecto!

Por mi parte, yo me esfuerzo por resistir el mayor tiempo posible... sin perder la compostura ni la dignidad... Reduzco al mínimo las posibilidades y los riesgos de un incidente brutal cuyas consecuencias me espantan... ¡Todas las consecuencias! ¡Me contengo!... ¡me reprimo!... ¡me domino para eludir cualquier ocasión de tropiezo, de escaramuza! Por desgracia, no siempre lo consigo... En su celo, ¡esos jóvenes «arribistas» me infligen auténticas provocaciones!... ¡Me convierto en blanco, en objeto de su malignidad!... Me siento perseguido por sus maniobras, sus sarcasmos y sus incesantes agudezas... Practican a mis expensas... ¿Por qué? Me pierdo en conjeturas... ¿Será sólo por mi presencia? Esa vecindad, esa hostilidad persistente, me resultan, como puedes imaginar, atrozmente dolorosas. ¡Además, me siento, en resumidas cuentas, vencido de antemano en esta prueba de mundología, astucia y perfidia!... ¿Con qué armas podría competir? Yo, que carezco de relaciones personales o políticas, que casi he llegado al fin de mis días, que no tengo ni fortuna ni parientes ni cuento con otra baza que los servicios prestados honrada y escrupulosamente, durante veintidós años consecutivos, a la Coccinelle, mi conciencia irreprochable, mi perfecta probidad, la noción precisa, indefectible, de mis deberes... ¿Qué puedo esperar? ¡Lo peor, evidentemente!... Ese pesado bagaje de virtudes sinceras, ¡se me sumará, me temo, al debe más que al haber, el día del ajuste de cuentas!... ¡Lo presiento con la mayor seguridad, querido hijo mío!...

¿Y si mi posición se vuelve insostenible? (poco falta ya para eso) ¿si me destituyen de una vez por todas? (¡Bastará un pretexto! Cada vez hablan más de reorganización total de nuestros servicios.) ¿Qué será de nosotros? ¡Tu madre y yo no podemos pensar en esa posibilidad sin experimentar terribles y justificadas angustias! ¡un verdadero espanto!...

Por si acaso, en un último coletazo defensivo, me he dedicado (¡último intento!) a aprender a escribir a máquina, fuera de la oficina, por supuesto, durante las pocas horas que puedo aún hurtar a las entregas y compras para nuestra tienda. Hemos alquilado ese instrumento (americano) por unos meses (otros gastos más). Pero, ¡por ese lado tampoco me hago ilusiones!... A mi edad, como comprenderás, ¡no se asimila tan fácilmente una técnica tan nueva! ¡otros métodos! ¡otras formas! ¡otras ideas! ¡Sobre todo estando como estamos abrumados por continuas vicisitudes! ¡atormentados sin cesar!... ¡Todo eso nos hace ver nuestro futuro, querido hijo mío, con el mayor pesimismo! ¡y ya no podemos cometer el menor error, sin duda alguna, sin exageración alguna! ni la menor imprudencia!... ¡Si no queremos acabar nuestros días, tu madre y yo, en la más completa indigencia!

¡Recibe un abrazo de los dos, querido hijo! Tu madre me acompaña, ¡una vez más!, para exhortarte, ¡suplicarte!, rogarte antes de tu regreso de Inglaterra (ya que no por nuestro interés, ni por afecto a nosotros, al menos por tu interés personal) que adoptes una determinación valerosa y sobre todo la resolución de aplicarte en adelante en cuerpo y alma para lograr salir airoso de tus empeños.

Tu padre afectuoso: Auguste

P.S. Tu madre me encarga anunciarte la defunción de la Sra. Divonne, que acaeció el lunes pasado, en su asilo, en Kremlin-Bicêtre.

Llevaba varios meses en cama. Padecía enfisema y una afección cardíaca. Sufrió poco. Durante los últimos días estuvo transpuesta constantemente... No sintió venir la muerte. Nosotros habíamos ido a verla la víspera, por la tarde.

El día siguiente, hacia mediodía, estábamos los dos en el jardín, Jonkind y yo, esperando el

almuerzo... Hacía un tiempo magnífico... Apareció un tipo en bicicleta... Se detuvo, llamó a nuestra verja... Era otro telegrama... Me precipité, era de mi padre... «Vuelve inmediatamente, mamá inquieta. Auguste.»

Subí al instante al primero, encontré a Nora en el rellano, le entregué el papel, lo leyó, bajó de nuevo al comedor, nos sirvió el papeo, empezamos a comer... ¡Uf! De pronto se deshizo en lágrimas... Lloraba, no se podía contener, se levantó, se largó, escapó a la cocina. La oí sollozar en el pasillo... ¡me desconcertó su actitud! No era su estilo en absoluto... nunca le sucedía... Aun así, no dije ni pío... Me quedé en mi sitio con el idiota, acabé de darle de jalar... Era el momento del paseo... Ya es que no tenía ganas... Me había dejado cortado, aquel triste incidente...

Además, es que pensaba en el Passage, me obsesionaba de repente, mi llegada allá... todos los vecinos... la búsqueda del currelo curiosito... ¡Se había acabado, la independencia! A la mierda el silencio... ¡Ni por éstas más garbeos! Tendría que volver a la infancia; ¡volver a ser modosito! ¡Diligente! ¡Ah! ¡qué perra suerte! ¡qué horror!... ¡qué abyecta condición! ¡El muchacho meritorio! ¡Cien mil veces bonzo! ¡Y requetebonzo! ¡no quería ni recordarlo!... ¡Se me caía el alma a los pies sólo de imaginarme a mis padres! Ahí, mi madre, con su piernecita de zancuda; mi padre, con sus bacantes y su bacanal, todas sus gilipolleces meningíticas...

El chaval Jonkind me tiraba de la manga. No comprendía lo que pasaba. Quería que nos marcháramos. Yo lo miraba, alNo trouble. Al final nos íbamos a separar... Tal vez me echase de menos en su mundo, el pobre aborto, tragón, chiflado... ¿Cómo me vería, él, en el fondo? ¿Como un buey? ¿Una langosta?... Se había acostumbrado a que yo lo paseara, con sus ojazos de pez, su perpetua alegría... Tenía como potra... Era bastante afectuoso, si procurabas no contrariarlo... Verme pensativo no le hacía gracia... Fui a mirar un poco por la ventana... Antes de que me volviera, saltó, el juguetón, entre los cubiertos... Se calmó, ¡orinó! ¡Salpicó en la sopa! ¡Ya estaba hecho! Me precipité, lo saqué de ahí, lo hice bajar... Justo entonces se entreabrió la puerta... Entró Merrywin... Avanzó maquinal, sin chistar, con facciones como de estatua... Caminaba como un autómata... Circuló en torno a la mesa, primero... dos, tres veces... Y vuelta a empezar... Se había puesto de nuevo su hermosa toga, la negra de abogado... pero, debajo, todo un atuendo deportivo, calzones de golf, gemelos... una hermosa cantimplora toda ella niquelada y, además, una blusa verde de su mujer... Continuó su garbeo igual, como un sonámbulo... bajó la escalinata a saltos... Se paseó un poco por el jardín... intentó incluso abrir la verja... vaciló... Dio media vuelta, volvió hacia nosotros, hacia la casa... igual de ensimismado... Pasó de nuevo ante Jonkind... Nos saludó majestuoso, con un gesto muy teatral... Alzó el brazo y lo bajó... Se inclinó un poco cada vez... Se dirigía a una multitud a lo lejos, muy lejos... Parecía responder a una nutrida ovación... Y, por último, volvió a subir a su queli... muy despacio... con perfecta dignidad... Lo oí cerrar la puerta...

A Jonkind le habían dado miedo, esos modales extraños... aquel andoba articulado... Ya es que no podía estarse quieto. Quería largarse a toda costa, era presa del pánico. Yo chasqueaba la lengua y le decía, ¡sooo! ¡sooo!, así... igualito que a un caballo, con eso solía entrar en razón... Al final, tuve que ceder... Volvimos a marcharnos por el campo...

Cerca del campamento escocés, nos cruzamos con los mocosos del «Hopeful College» de paseo. Iban al cricket, al otro extremo del valle. Llevaban sus palas, wickets y aros... Reconocimos a todos los «antiguos» de nuestro colegio... Nos hacían señas amistosas... Habían engordado y crecido, claro está... Iban contentísimos... Parecían alegrarse de vernos. Con chaquetas naranjas y azules iban maqueados ahora... destacaba vivamente sobre el horizonte, su caravana.

Los vimos alejarse... Volvimos muy temprano... Jonkind aún temblaba.

Estábamos, Jonkind y yo, en la cima del camino, el Willow Walk, el que conducía al colegio, cuando nos cruzamos con el coche, la gran jardinera de tres caballos... Eran otros de mudanzas...

Eludían la pronunciada pendiente, daban todo un rodeo por los jardines, se llevaban más cosas... esa vez era la gran limpieza, los residuos, el último barrido... Miramos dentro, llevaba las cortinas levantadas... Estaban las dos camas de las criadas, uno de los armarios de la cocina, el aparadorcito de la vajilla y también el triciclo del pureta... y, además, un montón de cascos... ¡Debían de haber vaciado el desván! ¡La queli entera! ¡No iba a quedar nada!... Se llevaban hasta las botellas, las oíamos rodar en el fondo de la caja... A ese paso, no debía de quedar gran cosa ya...

¡Empezaba a temer, yo, por mis cuatro pingos y mis calcos! Si continuaban los estragos, ¡ya no había límites, joder!... ¡Era una auténtica «subasta»! Conque me apresuré, de cuatro en cuatro, ¡quería ver en seguida el desguace! Y, además, que era la hora de jalar... La mesa estaba puesta suntuosamente... Con los cubiertos más lujosos... los platos floreados, ¡toda la cristalería!... En el cuarto desnudo, ¡destacaba admirable!...

Patatas en ensalada había de comida, alcachofas en vinagreta, cerezas en aguardiente, un pastel jugoso, un jamón entero... Auténtica abundancia, en una palabra, y, además, ¡un semillero de junquillos por el mantel, entre las tazas! ¡Ah! ¡Menudo! ¡No me lo esperaba!

¡Me quedé con la boca abierta!... Estuve contemplando con Jonkind tanta maravilla... ni él ni ella bajaban... Teníamos hambre los dos. Probamos primero un poco de todo... y después nos decidimos, tocamos... trincamos, tragamos... metimos los dedos en el montón... el comer y el rascar... ¡Y estaba buenísimo! Jonkind es que se revolcaba de placer, más alegre que unas pascuas... No dejamos gran cosa... Seguían sin bajar ninguno...

Una vez que nos hartamos, volvimos a salir al jardín... Tenía que hacer sus necesidades... Miré un poco en derredor... La noche sola... ni un alma... ¡Era extraño, de todos modos!... Arriba, veía una sola luz en toda la fachada... en el cuarto del viejo... Debía de haberse encerrado otra vez... Me dije: «No voy a perder tiempo, estoy hasta los huevos de los tejemanejes... Como ya tengo el billete, voy a hacer mi maleta, mientras tanto... Mañana por la mañana, me las piro en el primer "rengue", a las siete y media. ¡Sí! ¡Listo! ¡Y a otra cosa, mariposa! No me molan las despedidas».

Sin embargo, me habría gustado encontrar un poco de parné, un chelín o dos tal vez, para comprarme ginger beer, va bien para el viaje... Primero acosté al idiota para que me dejara en paz de una puta vez... Se la meneé un poquitín, así se tranquilizaba... se dormía fácilmente... Pero aquella noche, estaba estremecido por todos los canguelos de la jornada, no quería pegar ojo... De nada servían mis ¡sooo! ¡sooo!... Seguía moviéndose igual, daba saltos, las piaba en su jaula, ¡gemía! ¡gruñía como una fiera de verdad! Aunque estaba chiflado sospechaba que algo raro pasaba... Temía que lo dejara plantado en plena noche... ¡No le hacía gracia! Solo, se moría de miedo... joder.

Cierto es que el dormitorio era grande... Resultaba un espacio inmenso... Ya sólo quedábamos nosotros dos, de doce, e incluso catorce, que habíamos sido...

Recogí mis cuatro calcetines, los pañuelos, junté mi cochambrosa ropa interior, meros jirones y tomates... ¡Tendrían que volver a equiparme de nuevo! ¡La que se iba a armar otra vez!... ¡Me esperaba una buena! No acababan ahí mis penas... El futuro no es ninguna broma... Sólo de pensar en el Passage otra vez, tan próximo ya, ¡me entraba un canguelo de la hostia!...

¡Ocho meses hacía que me había marchado!... ¿Qué sería de ellos, bajo aquella vidriera?... ¡Aún más gilipollas!... ¡Más cargantes!... ¡Seguro!... A los chaveas de Rochester ¡seguramente no volvería a verlos nunca más! Eché un último vistazo a la perspectiva por el ventanal, de guillotina... Hacía un tiempo claro, ideal... Se veían perfectamente todas las pendientes, las dársenas iluminadas... las luces de los navíos que cruzaban... el juego de colores... como puntos buscándose en el fondo de la negrura... Ya había visto partir muchos, yo, barcos y pasajeros... a vela... vapores... Estarían en el quinto infierno ahora... al otro lado... en el Canadá... y otros en Australia... con todas las velas desplegadas... Cazando ballenas... Nunca iba a poder ver yo todo eso... Iba a ir al Passage... a la Rue Richelieu, a la Rue Méhul... A ver a mi padre haciendo crujir el cuello de pajarita... A mi madre... arrastrando la pierna...

A buscar currelos... Iba a tener que ponerme a hablar otra vez... ¡a explicar que si esto, que si lo otro! Me iban a pillar como a una rata... Me esperaban para acribillarme a preguntas... No me quedaba más remedio que picar... El corazón se me encogía ante la perspectiva...

Había apagado la vela y la queli estaba a obscuras... Entonces me eché en el sobre, vestido, a descansar... Me iba a dormir así... Me decía: «Chico, no te quites la farda... así podrás pirarte con el primer albor...». No tenía que descubrir nada más... tenía todo preparado. Había cogido hasta unas toallas... Por fin se durmió Jonkind... Lo oí roncar... ¡No iba a decir adiós a nadie! ¡Si te he visto no me acuerdo!... ¡No quería efusiones!... ¡Estaba empezando a dormitar!... Me la estaba cascando despacito... Cuando oí abrirse la puerta... ¡Se me heló la sangre en las venas!... Me dije: «¡Ya la hemos jodido chico! ¿Qué te apuestas a que es la despedida?... ¡Huy, la leche! ¡Otra vez en el bote!».

Oí pasitos ligeros... que se deslizaban... ¡era ella! ¡un hálito! ¡Estaba yo listo!... ¡Ya no podía najarme!... ¡No esperó! Me pilló como una tromba, ¡de un salto en la piltra! ¡Así mismo!... ¡Recibí todo el golpe en las costillas!... ¡Me vi estrechado!... congestionado, aplastado bajo las caricias... Triturado, sin vida... Me cayó con todo su peso sobre la jeta... se me pegó como una lapa... Me asfixiaba... Protesté... imploré... No me atrevía a piarlas demasiado fuerte... ¡Podía oírlo el viejo!... ¡Me trastornaba! ¡Intenté soltarme por debajo!... Me encogí... ¡me sostuve! Repté bajo mis propios restos... Volvió a pillarme, me tumbó, me dejó para el arrastre otra vez... Era una avalancha de ternuras... Me desplomé bajo los besos locos, los chupendis, los achuchones... Me dejó la cara molida... Ya no encontraba los huecos para respirar... «¡Ferdinand! ¡Ferdinand!», me suplicaba... Me sollozaba en los conductos... Estaba enloquecida... Le metí en la mui toda la lengua que pude, para que no berreara tanto... ¡Seguro que el viejo iba a sobresaltarse en su queli!... Tengo terror a los cornudos... Los hay terribles...

Intenté arrullarla, calmar su dolor, que se contuviera un poco... ¡Calafateé a la buena de Dios!... me desviví... desplegué todos los ardides finos... Aun así, me vi desbordado... me lanzaba unos viajes desenfrenados... ¡Sacudía toda la piltra! Se debatía, la furiosa... Me ensañé... Se me hinchaban las manos, ¡de tanto aferrarle el bul! ¡Quería amarrarla! ¡que no se moviera más! ¡Listo! ¡Ya estaba! ¡Así no hablaba más! ¡La hostia puta! ¡Me lancé! ¡Penetré como un soplo! ¡Me petrifiqué de amor!... ¡Ahora estaba sumergido en su belleza!... Extasiado, culebreaba... ¡La mordí en pleno chuchái! Ella gruñó... gimió... Chupé todo... Le busqué en el rostro el punto preciso de las napias, el que me traía a mal traer con la magia de su sonrisa... Le iba a morder ahí también... sobre todo... Le metí una mano por el jebe, la retorcí a propósito... la hundí... me revolqué en la luz y la carne... Gocé como un toro... En plena salsa... Ella dio un bandazo brutal... Se soltó de mi abrazo, ¡se las piró, la muy zorra!... dio un salto hacia atrás... ¡Me cago en la leche! ¡Ya estaba de pie!... ¡En el centro del cuarto!... ¡Lanzándome un discurso!... ¡La vi en el blanco del farol!... en camisón... ¡erguida!... con los cabellos ondeando... Me quedé ahí, hecho un lío, con la picha tiesa...

Le dije: «¡Vuelve!...». Intenté engatusarla así. ¡Parecía furiosa de repente! Gritaba, se agitaba... Volvió a recular hacia la puerta... ¡Me hablaba enfáticamente, la zorra!... «Good-bye, Ferdinand!», gritó, «Good-bye! Live well, Ferdinand! Live well!...» No era razonable...

¡Otro escándalo! ¡Putaleche! Entonces salté del sobre... ¡La iba a cepillar yo, a ésa! ¡Iba a ser la última! ¡Me cago en la hostia puta! ¡No me esperó, la asquerosa! ¡Ya había bajado la escalera!... ¡Oí la puerta de abajo abrirse y cerrarse con un portazo!... ¡Me precipité! Alcé la ventana... Tuve justo tiempo de verla bajar corriendo... bajo los faroles de gas... Vi sus movimientos, su camisón agitado por el viento... Bajaba las escaleras... ¡La muy loca! ¿Adónde se las piraba?

Se me ocurrió de pronto que iba a ser una desgracia de verdad... Me dije: «¡Ya está! ¡por mi menda! ¡La catástrofe rataplán! ¡Me juego el cuello! ¡Huy, la hostia! ¡Ahora se va a tirar a la pañí!...» ¡Yo lo sentía! ¡Estaba mal de la azotea! ¡Huy, la leche!... ¿Podría atraparla?... Pero, ¡allá películas!... ¡Nada podía hacer!... No chanelaba yo nasti en aquel mejunje... Escuché... Miré por la burda del

vestíbulo... a ver si la veía por los muelles... Ya debía de haber llegado abajo... ¡Otra vez! ¡más gritos!... ¡y «Ferdinand»! más... clamores que llegaban al cielo... Era ella otra vez, la muy puta, ¡que chillaba desde el fondo!... ¡Qué jeta!... ¡La puta madre que la parió! ¡La oí en el fondo del puerto! ¡me entró pánico!... ¡Iban a decir que yo sabía algo!... ¡Seguro que me trincaban!... ¡No iba a librarme!... ¡De las esposas! Me entró una congoja terrible... Fui a despertar al idiota en su piltra... Si lo dejaba solo un instante y le entraba pánico otra vez... haría más gilipolleces... metería fuego a toda la queli... ¡La leche! Lo desperté... Lo saqué de su jaula... me lo llevé así, en kimono... lo arrastré como un fardo por la escalera...

Una vez fuera, en el callejón, me asomé por encima de los grutescos, intenté llegar con la vista hasta el puente, bajo las luces... ¿Por dónde andaría? ¡Ah, sí! la vi bien... era una mancha... Vacilaba por entre las sombras... Un remolino blanco... Era la chavala, seguro, ¡mi loca! Iba de farol en farol... ¡Mariposeando, la muy puta!... Gritaba aún de vez en cuando, el viento traía los ecos... Y después, un instante, un grito increíble, después otro, atroz, que subió por todo el valle... «¡Aligera, chaval!», dije al mocoso, «¡que se ha tirado, la tía ésa! ¡No vamos a llegar! ¡Pues sí que estamos buenos para el remojón! ¡Vas a ver, chico! ¡Vas a ver!»

Me lancé, bajé de naja las escaleras, los espacios... ¡Zas! ¡Así! ¡De pronto paré el carro!... ¡En medio de la escalera! ¡Se me heló la sangre en las venas!... ¡Lo pensé mejor! ¡Paré! ¡Temblequeando! ¡Alto! ¡Basta! ¡No di un paso más!... ¡Nanay! ¡Cambié de opinión! ¡Prudencia!... ¡Volví a asomarme a la barandilla! Vi... Ya estaba cerca el punto del muelle de donde venía... ¡Ahora era un hervidero de gente!... ¡Acudía de todos lados...!

¡La explanada estaba atestada de salvadores! Llegaban otros más. Discutían... Se agitaban por todos lados con varas, cinturones y canoas... Todos los silbatos, las sirenas se pusieron a bramar al unísono... ¡Un estrépito! ¡una trifulca!... Pero, ¡forcejeaban! se desvivían... ¡No atrapaban nada!... El cuadradito blanco entre las olas... se alejaba cada vez más...

Yo la veía aún, desde donde estaba, muy bien en medio de las aguas... pasaba ante los pontones... Oía incluso cómo se asfixiaba... Oía perfectamente su gorgoteo... Oía aún las sirenas... La oía trincar... La marea la había atrapado... Se la llevaba en los remolinos... ¡El puntito blanco pasó la escollera! ¡Huy, la hostia! ¡La leche puta! ¡Debía de haberse trincado toda ya!... «¡Acelera!», dije al chavea, ¡le di una patada en el bul! «¡Que no nos encuentren fuera!... Que estemos apalancados, cuando vuelvan... ¡Huy, la Virgen!»

No podía correr más... Lo empujé, lo arrastré... No veía nada sin las gafas... Ni siquiera los faroles. Tropezaba a cada paso... Las piaba como un chuquel... Lo cogí y lo levanté, lo transporté escaleras arriba... Lo dejé caer en su cama... ¡Corrí de nuevo hacia la puerta del viejo!... ¡Llamé con un porrazo! ¡Ni una palabra de respuesta!... ¡Vale! ¡Otro porrazo!... ¡Entonces derribé la puerta! ¡de un empujón!... ¡Ya está! ¡Ahí estaba igual!... Como yo lo había visto... Arrellanado ante el fuego, tendido, rubicundo... Acariciándose la barriga, tan campante... Me miró, porque lo interrumpía... Guiñó, un poco, pestañeó... No se daba cuenta... «¡Se está ahogando! ¡Se está ahogando!...», le grité... ¡Y se lo repetí aún más fuerte!... Me desgañitaba... Le indiqué con gestos incluso... Imité el gluglú... ¡Le señalé abajo!... En el valle... ¡por la ventana! ¡Abajo! ¡El Medway! «River! River! ¡Abajo! Water!...» Intentó erguirse un poquito... se congestionaba con el esfuerzo... Perdió el equilibrio, volvió a caer sobre un taburete... «¡Oh! ¡Qué buen muchacho, Ferdinand!», me dijo... «¡Qué buen muchacho!» Hasta me tendió la mano... Pero se le enredó el boliche... estaba encajado en el sillón... Tiraba, no podía... Derribó todas las botellas... Todo el whisky chorreando... La mermelada, el frasco se volcó... Se derramó todo... en cascada, le hizo mucha gracia... Le dieron convulsiones... Intentó atrapar las cosas... La salsa... cayó todo al suelo... el plato también cayó dando tumbos... Se escurrió con los trozos rotos... Aterrizó bajo la banqueta. Ya no se movió más... Se quedó pegado a la chimenea... Me enseñó

cómo se hacía... Estuvo rumiando... gruñó... Se dio masajes en círculo por la barriga... Se toqueteaba los michelines con ganas... Se los apretaba por dentro despacio... Se los acariciaba... se los apartaba... Volvía a pasar por los pliegues...

Yo ya es que no sabía qué decir... Preferí no insistir. Volví a cerrar la puerta, regresé al dormitorio... Me dije así: «Te vas a dar el piro en cuantito amanezca...» ¡Tenía el equipaje ahí preparado!... Me eché un poco sobre la piltra... pero me levanté casi al instante... Volví a ser presa del pánico... No sabía por qué exactamente. Me puse a pensar en la chavala otra vez... Miré por la ventana de nuevo... Escuché... Ya no se oían los ruidos... nada... Ya no quedaba nadie en el muelle... ¿Se habrían marchado todos?

Entonces me entró angustia de repente, pese al terror, la fatiga... No pude resistir... Tenía que ir a ver si la habían sacado de la pañí... Me puse los alares otra vez, la chaqueta, el abrigo... El chaval sobaba con ganas... Lo encerré en el dormitorio con llave... Quería volver en seguida... Salí de naja... Llegué al pie de las escaleras... Vi a un guripa que hacía la ronda... Vi a un marinero que me llamó... Aquello me enfrió... Me espantó... Me quedé ahí, en mi escondrijo... ¡Qué leche! ¡No me iba a mover más! ¡Era demasiado complicado para mi menda! Además, ¡es que ya no podía más! Me quedé aún un buen rato... No pasó nadie más. El punto desde el que se había tirado, estaba allá... Yo veía las luces, rojas, una larga sarta, temblequeaban con los reflejos de la pañí... Me dije: «Me voy para arriba otra vez... ¡Ya falta poco!... ¡Tal vez ya estén ahí, los guripas, ahora!...». Pensaba... Imaginaba... Estaba agotado... hecho una braga... ¡Sin fuerzas, vamos!... Sin un coche, ya no podía andar... No podía volver a subir hasta el Meanwell... No quería intentarlo siquiera... Me recosté... ¡Yo no podía hacer nada!... ¡no tenía nada que ver con aquella historia! ¡Pero es que nada!... Me las iba a guillar así, solito... Me las piré despacito hacia la estación... Me abroché bien el abrigo... No quería que me reconocieran... Fui bordeando las paredes poco a poco... No me encontré con nadie... La sala de espera estaba abierta... ¡Ah, perfecto!... Me eché un poco en el banco... Había una estufa cerca... La mar de bien... A obscuras... El primer tren era el de «las cinco» para Folkestone... No había cogido ni una sola de mis cosas. ¡Mala suerte! no me las llevaría... No quería volver... Ya no era posible... Largarse era lo que había que hacer a toda marcha... Se habían quedado allí arriba, sobre la cama... Me erguí para no quedarme dormido... No quería perderme el de «las cinco»... Me quedé ahí, justo bajo el cartel... Me recosté justo debajo... me extendí. 5 o’clock. Folkestone via Canterbury.

Al volver así, sin equipaje, sin ninguno de mis trastos, me esperaba que me recibieran con el mango de la escoba... ¡Qué va!... Parecían contentos, mis viejos, se alegraron bastante de verme llegar... Aunque les sorprendió que no trajera ni una sola camisa ni un solo calcetín, pero no insistieron... No hicieron una escena... Estaban demasiado preocupados con sus cuitas personales...

Desde que yo me había marchado, ocho meses atrás, habían cambiado mucho de facha y actitud, me los encontré arrugados, con la cara toda acartonada, andares vacilantes... En los pantalones, en el punto de las rodillas, mi padre flotaba, le caían en grandes pliegues, como un elefante, en derredor. La jeta la tenía lívida, había perdido todo el pelo de delante, bajo la gorra, la de marino, desaparecía... Los ojos ya casi no tenían color, ya ni siquiera eran azules, sino grises, muy pálidos, como el resto de la cara... Ya sólo las arrugas tenían color, obscuro, en surcos de la nariz a la boca... Se deterioraba... No me habló demasiado... Me preguntó un poco sólo cómo era que ya no respondíamos desde Inglaterra... Si estaban descontentos conmigo en el «Meanwell College»... Si había progresado... Si había cogido el acento... Si comprendía a los ingleses, cuando me hablaban de prisa... Farfullé razones vagas... Él no pedía más...

Además, es que ya no me escuchaba... Tenía demasiado pánico para interesarse, además, por cosas liquidadas. Ya no quería discutir. En sus cartas, bien extensas por cierto, ¡no me había contado todo!... ¡Ni mucho menos!... ¡Quedaba la tira! ¡Una de calamidades! ¡más recientes, inéditas!

Entonces, me lo tragué todo, en detalle... Era de verdad horrible el esfuerzo que habían hecho para enviarme la pensión durante los seis primeros meses... ¡Un esfuerzo extenuante!... La catástrofe de los boleros los había dejado para el arrastre... ¡Pero es que literalmente!... ¡El cronómetro de mi padre ya no salía del Monte de Piedad!... La sortija de mi madre tampoco... En cuanto a Asnières, habían tenido que hipotecar aún más... aquellas ruinas...

Estar sin cronómetro, a mi padre ya es que lo volvía completamente loco... No llevar la hora encima... contribuía a su derrota... Él, tan puntual, tan organizado, se veía obligado a mirar a cada instante el reloj del Passage... Para eso salía a la puerta de la calle... La tía Ussel, la de las «labores» lo esperaba en el momento preciso... Entonces le decía: «¡toc! ¡tic! ¡toc! ¡toc!»... para hacerlo de rabiar... le sacaba la lengua...

Sobrevenían otras dificultades... Se trababan unas con otras, una auténtica ristra de morcillas... Demasiadas para sus fuerzas... Se apergaminaban con la desgracia, se descomponían, se mutilaban de desesperación, se encogían ferozmente para presentar menos superficie... Intentaban colarse por debajo de las catástrofes... ¡Era inútil! Los pillaban igual, les untaban bien, una de hostias.

La Sra. Héronde, la costurera, ya no podía trabajar, ya no salía del hospital... La había substituido la Sra. Jasmin, otra, ¡muy poco seria ella!... Un cesto agujereado, la verdad, ¡terrible para las deudas! Era propensa a la bebida. Vivía en Clichy. Mi madre se pasaba la vida en el ómnibus, no la dejaba en paz ni un minuto... Siempre se la encontraba en las tascas... Estaba casada con un militar de las colonias y cogía unas curdas de ajenjo, que para qué... ¡Las clientas que le encargaban arreglos se tiraban meses esperando sus perendengues!... Les daban ataques terribles de impaciencia e indignación... Peor aún que antes... ¡Estaban todo el tiempo hartas por los retrasos y las prórrogas!... Y después, a la hora de apoquinar, ¡siempre los mismos camelos, jugarretas y chorradas!... ¡Zas! ¡La señora desaparecía! De repente ya no había nadie... O bien si apoquinaban un poco, las piaban, lloraban tanto, cercenaban tanto las facturas minúsculas, con tales alharacas... que mi madre, al final, ya no sabía cómo ni qué decir... Sólo había transpirado, cojeado, escupido sangre y agua tras la Jasmin, tras las otras, para que al final la pusieran verde, la tratasen de asquerosa... ¡Ya es que no valía la pena!

Para empezar, mi madre se daba perfecta cuenta, lo reconocía entre las lágrimas, se estaba perdiendo el gusto por las cosas bellas... era una corriente que no se podía remontar... Aun luchar era de tontos, era atormentarse en vano... Ya no había refinamiento entre los ricos... Ni delicadeza... Ni estima por los trabajos finos, por las labores enteramente a mano... Ya sólo entusiasmo depravado por porquerías mecánicas, los bordados que se deshilachan, se deshacen y se pelan con el lavado... ¿Para qué hacerse trozos por la belleza? ¡Eso pedían las damas! ¡Camelos ahora! ¡Fideos! ¡Montones de horrores! ¡Auténticas basuras de leonera! ¡El encaje fino había muerto!... ¿Para qué empeñarse? ¡Tampoco mi madre había podido dejar de seguir esa infección! Había metido por todos lados esas nuevas chapucerías inmundas... auténticos pingos en menos de un mes... ¡Garantizado!... ¡El escaparate estaba abarrotado de ellas!... Sólo de ver colgar ahora en su casa, de todas las varillas y los entrepaños, esos kilómetros de material tan chungo, le daba una pena, ¡ya es que se le partía el corazón!... Pero no había nada que rascar... Los judíos, a cuatro pasos de casa, en la esquina de la Rue des Jeûneurs, apilaban montañas de lo mismo, con la tienda abierta, los mostradores sumergidos como en la feria, ¡por bobinas! ¡decámetros! ¡kilos!...

Era una decadencia de verdad para quien había conocido lo «auténtico»... ¡le daba una vergüenza a mi madre! ¡ponerse a competir con semejante hez!... Pero es que no le quedaba otra opción... Habría preferido con mucho condenar simplemente el artículo y defenderse en adelante con sus otras colecciones, sus muebles menudos, por ejemplo, marqueterías, mesas de tocador, mesillas, bargueños, e incluso artículos de escaparate, baratijas, lozas menudas y hasta arañas holandesas que apenas dejan beneficios y tanto cuesta transportar... Pero es que estaba demasiado débil, le dolía demasiado la

pierna coja... no habría podido correr, y cargada además, a los cuatro confines de París... ¡Imposible! Pero era lo que se había de hacer para dar con las ocasiones y quedarse horas, además, esperando en las «subastas»... Y entonces, la tienda, ¿qué?... No se podía conciliar todo aquello... Nuestro médico, el doctor Capron, de Marché Saint-Honoré, había vuelto dos veces, siempre por la pierna... Se había puesto muy serio... ¡Le había ordenado reposo absoluto! ¡Que dejara de trotar de un piso a otro, cargada como treinta y seis mulas! Debía abandonar los quehaceres domésticos y hasta la cocina... No le había dorado la píldora... Le había declarado bien clarito, ¡de lo más categórico! Si seguía extenuándose, se lo había predicho con todo detalle... le saldría un absceso de verdad... dentro de la rodilla, le había enseñado el punto incluso... El muslo y la pantorrilla, a fuerza de sufrir, estaban tiesos y soldados, ya era un solo hueso con la articulación, parecía un bastón, como con michelines a lo largo... Ya es que no eran músculos... Cuando ponía en movimiento el pie, le tiraban como cuerdas... Se los veía tensarse a lo largo de toda la pierna... ¡Le hacía un daño atroz! ¡un color infernal! sobre todo por la noche, al acabar, cuando volvía de trotar... Me la enseñó a mí solo... Se ponía compresas de agua caliente... Procuraba que mi padre no la viera... Al final, había notado, de todos modos, que le entraban unos furores terribles, cuando ella cojeaba tras él...

Como estábamos aún solos... pues yo esperaba en la tienda... aprovechó la ocasión, volvió a repetirme, con mucha dulzura, mucho afecto, pero bien convencida, eso sí, que era culpa mía de verdad que las cosas fueran tan mal, además de todas las dificultades, la tienda y la oficina... Mi conducta, todas mis fechorías en casa Gorloge y en casa Berlope los habían afectado tanto, que no iban a levantar cabeza nunca más... Seguían alborotados... ¡No me lo tenían en cuenta! ¡Era cosa del pasado!... pero en fin, lo menos que podía hacer era comprender a qué estado los había reducido... Mi padre, tan desquiciado él, que ya no podía contener los nervios... Se sobresaltaba en pleno sueño... Se despertaba con pesadillas... Iba y venía durante horas...

Y ella, ¡ya veía yo la pierna!... ¡La peor calamidad!... Peor que una enfermedad grave, ¡una tifoidea, una erisipela! Volvía a hacerme, ya lo creo, todas las recomendaciones con el tono más afectuoso... que intentara ser muy formal en los otros empleos, ponderado, valiente, tenaz, agradecido, escrupuloso, servicial... que no volviera a hacer extravagancias nunca, ni a ser dejado, haragán... que procurara tener corazón... ¡Eso sobre todo! ¡Corazón!... recordar una vez más, y siempre, que ellos se habían privado de todo, que se habían quemado la sangre bien los dos desde mi nacimiento... y hacía poco incluso, ¡para enviarme a Inglaterra!... Que si por desgracia volvía a hacer más fechorías... ¡que, vamos, que sería la ruina definitiva!... seguro que mi padre ya no lo resistiría... ¡ya no podría más, el desdichado! Caería en la neurastenia... tendría que dejar la oficina... Por su parte, si ella pasaba más angustias... con mi conducta... repercutiría en su pierna... y después, de absceso en absceso, acabarían cortándosela... Eso le había dicho Capron.

En cuanto a papá, todo se volvía más trágico aún, por su temperamento, su sensibilidad... Debería haber reposado, durante varios meses y en seguida, haberse tomado unas largas vacaciones, en un lugar de lo más tranquilo, apartado, en el campo... ¡Capron se lo había recomendado con mucha insistencia! Lo había auscultado un buen rato... El corazón le fallaba... Tenía arritmias incluso... Los dos, Capron y papá, tenían la misma edad exactamente, cuarenta y dos años y seis meses... Había añadido incluso que un hombre es aún más frágil que una mujer en el momento de la «menopausia»... que debe tomar mil precauciones... ¡No podía haber un consejo más inoportuno! ¡Precisamente entonces estaba partiéndose el pecho como nunca!... Se le oía en el tercero dándole a la máquina, un aparato enorme, un teclado tan grande como una fábrica... Cuando había pasado mucho rato escribiendo, le zumbaba en los oídos el tableteo de las teclas, durante buena parte de la noche... No le dejaba dormir. Se daba baños de mostaza en los pies. Así se le bajaba un poco la sangre.

Siempre iba a parecer un hijo sin entrañas, empezaba a darme perfecta cuenta, a mi madre, un

monstruo egoísta, caprichoso, un bruto atolondrado... Por mucho que intentaran... hicieran ellos, no había solución, la verdad... Sobre mis funestas inclinaciones, innatas, incorregibles, nada que rascar... Reconocía que mi padre tenía toda la razón... Además, es que durante mi ausencia se habían acartonado aún más en su quejiquería... Estaban tan preocupados, ¡que les horrorizaba oír mis pasos! Cada vez que yo subía por la escalera, mi padre torcía el gesto.

La faena de los boleros de los cojones había sido la gota que había desbordado el vaso... y, además, la máquina es que ya era el colmo de la mala leche, ¡no iba a poder aprender nunca!... Se pasaba horas delante ensayando «copias»... La zumbaba como un loco... Se cargaba páginas enteras... O le daba demasiado fuerte, o no suficiente, la campanilla no cesaba de sonar. Yo, en mi cama, estaba al lado... Veía perfectamente el tute que se daba... Cómo toqueteaba las teclas, cómo se le enredaban las varillas... No iba con su temperamento... Se levantaba bañado en sudor... Blasfemaba a los cuatro vientos... El Sr. Lempreinte, en la oficina, le daba la polcata padre, lo hostigaba sin cesar. ¡Estaba claro que buscaba un pretexto!... «¡No va usted a acabar nunca con sus palotes! ¡sus perfiles! ¡Ah! ¡Hombre de Dios! ¡Miré a sus colegas! ¡Hace mucho que han acabado! ¡Usted es un calígrafo! ¡Señor mío! ¡Debería poner empresa propia!...» Desagradaba profundamente... Buscaba un poco por otros lados... Preveía el costalazo, se dirigía a antiguos colegas... Conocía a un «subcajero» en una compañía de la competencia... La Connivence-Incendie. Le habían casi prometido una prueba para el mes de enero... Pero allí también tendría que darle a la máquina... Todas las noches, nada más volver de las entregas, se sentaba ante ella otra vez.

Era un instrumento antiguo, absolutamente irrompible, especial para alquilar, sonaba con cada coma. Mi padre se entrenaba frenético ante el tragaluz, desde la cena hasta medianoche.

Mi madre subía un momento tras acabar con los platos, colocaba la pierna sobre una silla, se ponía compresas... Ya no podía charlar, porque molestaba a mi padre... Ahora nos moríamos de calor... El comienzo del verano fue tórrido.

Era mal momento para buscar empleo... Estaba bastante muerto, el comercio, en vísperas de la temporada baja. Hicimos algunos intentos a tientas... indagamos a derecha e izquierda... a corredores que conocíamos... No tenían nada en perspectiva. No había nada que hacer hasta después de las vacaciones... ni siquiera en las tiendas extranjeras.

En cierto sentido, no venía mal, ese período de inactividad, pues ya no me quedaba farda... y había que volver a maquearme bien antes de iniciar de nuevo las gestiones... Pero, ¡menuda la que se armó a propósito de ese vestuario!... ¡Faltaban fondos!... ¡Esperaría, y se acabó, al mes de septiembre para los zapatos y el abrigo!... No me quejaba de la suspensión de la sentencia... ¡Podría respirar aún, antes de enseñarles mi inglés!... Iba a haber sus más y sus menos otra vez, cuando se dieran cuenta... En fin ¡había tiempo por delante!... Ya sólo me quedaba una camisa... Me puse una de papá... Iban a encargarme una americana y dos pantalones de una vez... Pero el mes próximo... En el momento no había con qué... Justo para jalar y aun así con apuros... El recibo del alquiler llegaba el ocho, ¡y el del gas se había retrasado! ¡y las contribuciones, además! ¡y la máquina de mi padre!... ¡Con el agua al cuello, de verdad!... ¡Siempre había «avisos» atrasados! Los encontrábamos sobre todos los muebles, ¡violetas, rojos y azules!...

Conque, ¡aún tenía una tregua! No podía volver a acosar a los patronos en terno retocado, remendado con flecos y mangas por el antebrazo... ¡No era posible! Sobre todo en los establecimientos de novedades y en los de ventas al por menor, donde todos iban como figurines.

Mi padre estaba tan absorto en sus ejercicios dactilográficos y tan angustiado por que en la Coccinelle lo pusieran de patitas en la calle, ¡que hasta en la cena seguía sumido en sus reflexiones! Yo ya no le interesaba demasiado. Ya se había hecho su idea clara, bien arraigada en el fondo de la

chola, indeleble, sobre mí, ¡que era lo que se dice la bajeza en persona! ¡cernícalo, cretino sin remedio! ¡Y se acabó!... Que no chanelaba las ansiedades, las preocupaciones de los seres elevados... ¡A mí no se me ocurriría en la vida llevar todo mi horror clavado en la carne como un cuchillo! ¿Y revolverlo a cada minuto, además? ¡Ah, no! ¡Eso sí que no! ¿Retorcer, hincar el mango? ¿Mejor? ¿Más profundo? ¡Ah! ¡más sensiblemente aún!... ¿Gritar los progresos del sufrimiento? ¡Ah, no! ¿Volverme faquir allí, en el Passage? ¿junto a ellos? ¿para siempre?... ¡Pero bueno! ¿Volverme algo nunca visto? ¡Sí! ¡milagroso! ¿Adorable? ¿Mucho más perfecto aún?... ¡Ah, sí! ¡Y mucho más atormentado, preocupado, jodido diez mil veces!... ¡Un santo, producto de la economía y del empeño familiar!... ¡Muy bien! ¡Más inútil! ¡Ah, sí, sí! ¡Cien mil veces más ahorrativo! ¡Vamos ya! ¡Lo nunca visto! ¡ni en el Passage ni en otra parte! ¡Ni en el mundo entero!... ¡La madre de Dios! ¡El milagro de todos los niños! ¡De los barrios y las provincias! ¡El hijo exquisito! ¡Fenomenal! Pero, ¡No se me podía pedir nada! Tenía un carácter infecto... ¡No había explicación!... No tenía ni pizca ni rastro de honor... ¡Purulento de pies a cabeza! ¡Repulsivo descastado! No tenía ni ternura ni futuro... ¡Seco como treinta y seis mil estacas! ¡Era un perdido tenaz! Naturaleza de boñiga... Un cuervo de rencores sombríos... ¡La decepción de la vida! La tristeza en persona. Y comía y cenaba allí y, además, el café con leche... ¡Habían cumplido con su deber! ¡Yo era su cruz en la tierra! ¡Nunca tendría conciencia!... Era un manojo de instintos y un pozo sin fondo por donde se colaba todo, la humilde pitanza y los sacrificios de una familia. Un vampiro, en cierto modo... No valía la pena ni mirar.

En el Passage des Bérésinas, en los escaparates, por todos lados, había muchos cambios a mi vuelta... Hacía furor elModern Style, los colores lila y naranja... Estaban de moda precisamente las enredaderas de campanillas, los lirios... Trepaban por los escaparates... en molduras, en madera cincelada... Abrieron dos perfumerías y una tienda de gramófonos... Los mismos fotógrafos de siempre a la puerta de nuestro teatro, el «Desván Mundano»... los mismos carteles en los bastidores. Seguían representando la Miss Helyett, con el mismo tenor de siempre: Pitaluga... Era una voz hechicera, ¡renovaba su triunfo cada domingo en la Elevación! en Notre-Dame-des-Victoires para todos sus admiradores... En todas las tiendas del Passage, ¡no se hablaba todo el año sino del Minuit, chrétiens que lanzaba en Saint-Eustache, ese Pitaluga, por Navidad!... Cada año aún más asombroso, redondo, sobrenatural...

¡Estaban estudiando un proyecto para llevar la electricidad a todas las tiendas del Passage! Así se suprimiría el gas, que desde las cuatro de la tarde pitaba, por los trescientos veinte pitorros, y apestaba tanto en toda nuestra atmósfera confinada, que ciertas damas, hacia las siete, llegaban a sentirse mal... (además del olor a orines, de los perros cada vez más numerosos...). ¡Hasta se hablaba, y mucho más, de demolernos completamente! ¡de desmontar toda la galería! ¡Hacer saltar nuestra gran vidriera! ¡sí! Y abrir una calle de veinticinco metros en el sitio mismo en que habitábamos... ¡Ah! Pero no eran rumores serios, eran cuchufletas, chismes de presos. ¡Unos chorras!... ¡Bajo campana de vidrio vivíamos! ¡y viviríamos! ¡Siempre y pese a todo! ¡Y se acabó!... ¡Era la ley del más fuerte!...

De vez en cuando, hay que comprenderlo, venían a fermentar un poco, en la charla de los pobres diablos, mentiras extravagantes, así, a las puertas de las tiendas, sobre todo los días de canícula... venían como burbujas a estallarles en el coco... antes de las tormentas de septiembre... Entonces se imaginaban patrañas, faenas monumentales, soñaban todos con éxitos golpes tremendos... Se veían expropiados, ¡eran pesadillas! ¡perseguidos por el Estado! Se tiraban unos faroles, se comían el coco a base de bien, con sus paridas... ellos, que solían estar paliduchos, se ponían rojos como tomates...

Antes de irse a sobar, se comunicaban presupuestos miríficos, ¡memorias imaginarias!, sumas aplastantes, absolutamente capitales exigirían de una vez, ¡en cuanto se hablara de mudarse! ¡Huy, huy, huy! ¡La madre de Dios! ¡las iban a pasar putas! los supremos poderes públicos ¡para desalojarlos de allí!... ¡No se lo imaginaban aún, los Consejos de Estado!... ¡Cómo era la resistencia! ¡Menudo!

¡Toda la charanga y la cancillería!... ¡Ah, chamullarían del asunto cinco minutos! ¡Tendrían con quién charlar! ¡Toma ya! ¡Y de las cuentas y requerimientos del consorcio!... ¡Eso y cosas mucho peores! ¡Por los clavos de Cristo! ¡Iba a haber hostias! ¡No se dejarían dar por culo!... Tendrían que pasar por encima de sus cadáveres... ¡correrían a refugiarse en su queli! ¡Al final habrían de destripar todo el Banco de Francia para hacerles una tienda de verdad! ¡la misma exactamente! ¡Al miligramo! ¡A dos décimas! ¡Igualita! ¡Eso mismo! O, si no, ¡nada! ¡Basta! ¡Hecho! ¡Se cerrarían en banda!... Aunque en el peor de los casos aceptarían una señora renta... No dirían que no... Accederían tal vez... ¡Ah! pero, ¡la definitiva! ¡La renta de por vida, coño, joder! Una jugosa, del Banco de Francia, garantizada, ¡que gastarían según su voluntad! ¡Irían a pescar con caña! ¡Noventa años tal vez! Y, además, ¡juergas noche y día! ¡Y no acabaría ahí la cosa! Tendrían, además, «derechos» y «títulos» inviolables y casas en el campo y otras dietas, además... ¡imposibles de calcular!

Entonces, ¿qué? ¡Era pura cuestión de carácter! ¡Sencillo, irrefutable! ¡No había que ceder nunca! Así lo veían todos... Era el efecto de los calores, la terrible atmósfera, los efluvios de electricidad... una forma de no darse la polcata mutuamente... Entendiéndose perfectamente sobre los «títulos»... Todo el mundo estaba de acuerdo... Todos fascinados por el porvenir... Todo quisqui quería que lo expropiaran...

Todos los vecinos del Passage se quedaron turulatos, al ver cómo había crecido yo... Me estaba poniendo hecho un cachas. Casi me había duplicado en volumen... Iba a haber que hacer nuevos gastos, cuando volviéramos a las Classes Méritantes para maquearme otra vez... Me probaba, para ver, los pingos de mi padre. Se los rajaba por los hombros, ni siquiera con los pantalones había modo ya. Necesitaba algo enteramente nuevo. Conque había de tener paciencia...

La Sra. Béruse, la vendedora de guantes, al volver de las compras, entró a propósito en nuestra casa para contemplar mi facha: «¡Su mamá puede estar bien orgullosa!», concluyó al final. «¡El extranjero le ha sentado bien!». Lo repitió por todos lados. Acudieron también los otros para sacar sus conclusiones. El viejo guarda del Passage, Gaston, el Jorobado, que recogía todos los chismes, me encontró transformado, pero, ¡algo más flaco! No coincidían las opiniones, cada cual se aferraba a la suya, sentían curiosidad, además, por las cosas de Inglaterra. Venían a preguntarme detalles sobre cómo vivían los ingleses allá... Yo seguía en la tienda en espera de que me vistiesen. Visios, el gaviero de las pipas, Charonne, el dorador, la tía Isard de los tintes, querían saber lo que comíamos en mi pensión de Rochester. Y sobre todo, en punto a legumbres, si de verdad las comían crudas o apenas cocidas. ¿Y la priva y la pañí? Y si había bebido whisky. Si las mujeres tenían los dientes largos, parecidos un poco a los de los caballos. ¿Y los pies? ¡menudo cachondeo! ¿Y chucháis? ¿Tenían? Todo ello entre alusiones y mil remilgos ofuscados.

Pero lo que más les habría gustado es que les dijera frases inglesas... Eso les preocupaba más que nada, no les importaba no comprender... Era sólo por el efecto... Por oírme hablar un poco... Mi madre no insistía demasiado, pero, de todos modos, la habría halagado profundamente, que exhibiera un poco mis talentos... Que confundiese a todos esos malpensados...

En total sabía: «River... Water... No trouble... No fear» y dos o tres chorradas más... No tenía nada de particular... Pero yo oponía la inercia... No me sentía inspirado... A mi madre la apenaba verme aún tan terco. ¡No justificaba los sacrificios! Los propios vecinos se molestaban, ponían ya malas caras, les parecía muy borde... «¡No ha cambiado nada!», comentaba Gaston, el jorobado. «¡Es que nunca cambiará!... ¡Sigue como cuando se me meaba en la verja! ¡Nunca se lo pude impedir!»

Nunca me había podido tragar... «¡Menos mal que no está su padre!», se consolaba mi madre. «¡Ah! ¡se calentaría la cabeza! ¡Se trastornaría, el pobre! ¡De verte aún tan poco tratable! ¡tan poco afable! ¡tan negado contra viento y marea! ¡tan desagradable como siempre! ¡tan incómodo con la gente! ¿Cómo quieres llegar a algo? ¿Sobre todo ahora en el comercio? ¡con la competencia que hay!

¡No eres el único que busca colocación! Él, que me decía ayer mismo: "¡Con tal de que se espabile, Dios mío! ¡Estamos al borde del desastre!"...»

Justo entonces apareció el tío Edouard, él fue quien me salvó la partida... Estaba de excelente humor... Saludó a todo el mundo, a la galería... Acababa de estrenar su hermoso traje a cuadros, la moda del verano, inglesa precisamente, con bombín malva, como se estilaba, sujeto al ojal por un cordón fino. Me cogió las dos manos, me las sacudió con fuerza, ¡un auténtico shake-hands con ganas! Él sí que tragaba a Inglaterra... Tenía unas ganas de ir allá... Lo aplazaba siempre porque primero quería aprender los nombres de los objetos de su negocio... bomba, etc. Contaba conmigo para iniciarlo en la lengua... Mi madre seguía lloriqueando por mi actitud, mis modales repulsivos, hostiles... Lejos de compartir su opinión, se puso de mi parte al instante... ¡Explicó en dos palabras a todos aquellos chorras que no chanelaban absolutamente nada! imbéciles de verdad en punto a influencias extranjeras... Que Inglaterra, muy en especial, ¡transformaba de pies a cabeza a todos los que volvían de allí! Los volvía más lacónicos, más reservados, les daba cierta distancia, distinción, en una palabra... ¡Y era mucho mejor así!... ¡Ah! ¡sí, sí! En el comercio elegante, y sobre todo los dependientes, ¡iba a haber que callarse en adelante! ¡Era pero que lo más fino! ¡La prueba suprema de los viajantes de comercio!... ¡sí!... ¡Ah! ¡terminada! ¡Abolida! ¡la antigua labia! ¡Obsequiosa! ¡Voluble! ¡Ya no gustaba en absoluto! Era el estilo de los horteras, ¡de los circos de provincias! En París, ¡ya no tenía pase! ¡en el Sentier daría náuseas! ¡Resultaba servil y lastimoso! A tiempos nuevos, ¡modales nuevos!... Me daba toda la razón... Así se expresó...

Mi madre respiraba al oírlo... la tranquilizaba, de todos modos... Lanzaba profundos suspiros... auténtico alivio... Pero los otros, los mierdas acusicas, seguían hostiles... No se fiaban... No daban marcha atrás... Las piaban como contrabajos... ¡Estaban absolutamente seguros de que con semejantes modales no saldría adelante nunca! ¡Ni pensarlo, vamos!

Ya podía afanarse el tío Edouard, desgañitarse... No daban su brazo a torcer... Eran más tercos que mulas, repetían que en cualquier parte, para ganarse las habichuelas honradamente, había que ser más amable lo primero.

Como pasaban días y días, ya apenas veíamos clientas, era pleno verano y estaban todas en el campo, mi madre decidió por fin que, pese a los dolores de la pierna y a los consejos del médico, iría de todos modos a Chatou, a intentar vender algunas baratijas. Yo guardaría la tienda durante su ausencia... No teníamos otra opción... ¡Había que conseguir cuartos! Primero para pagar el traje nuevo y también dos pares de calcos y, además, mandar pintar todo nuestro escaparate en colores agradables antes de que volviera a empezar la temporada.

Quedaban muy tristones nuestros escaparates en medio de los otros... Eran gris perla y verdosos, mientras que, justo a nuestro lado, estaba la tintorería Vertune, absolutamente pimpante, nueva, fantasía amarilla y azul cielo, y a nuestra derecha la papelería Gomeuse, blanca inmaculada, realzada con filigranas y borlas y motivos encantadores, pajaritos posados en ramas... Todo eso suponía grandes gastos... Había que ponerse manos a la obra.

No dijo nada a mi padre, se fue a coger el «rengue» con un petate enorme, que pesaba por lo menos veinte kilos.

En Chatou, allí, en el sitio, se espabiló en seguida... Birló un caballete detrás de la alcaldía, se apalancó junto a la estación, buen lugar. Distribuyó todas las tarjetas para dar a conocer la tienda. Por la tarde, se puso a trajinar, sobrecargada como una mula, por toda la zona, en busca de quintas donde pudieran esconderse clientas... Al volver por la noche, al Passage, ya es que no podía con su alma, sufría como para dar alaridos, tanto que tenía la pierna endurecida por los calambres y, además, la rodilla tumefacta y el tobillo sobre todo totalmente dislocado por los esguinces... Se echó en mi cuarto en espera de que volviese mi padre... Se aplicaba agua sedante... compresas bien frías.

Así, en esos garbeos por los arrabales, saldaba, de estranjis, su género a los parroquianos para conseguir liquidez... Estábamos tan necesitados... «¡Para no tener que cargarlo otra vez!», decía... En todo el tiempo que estuvo fuera, entraron en la tienda apenas dos, tres personas... Conque era aún más cómodo cerrar de una vez la burda y que yo la acompañara a los arrabales, cargase con los paquetes pesados... Ya no teníamos a la Sra. Divonne para que respondiera en nuestras ausencias, con que colgamos en la puerta el letrero: «Vuelvo en seguida». Nos llevamos el picaporte.

El tío Edouard quería de verdad a su hermana, no es trola, le daba una pena inmensa verla sufrir así, decaer y padecer cada vez más de tanto trabajar y pasar penas... Su salud le preocupaba mucho, su ánimo también... Pensaba en ella todo el tiempo. Después de las expediciones a Chatou, el día siguiente, no podía tenerse en pie, se le arrugaba toda la cara por el dolor de la pierna. Gemía como un perro, retorciéndose en pleno linóleo... Se tendía en el suelo cuan larga era, cuando mi padre se había marchado. Le parecía más fresco que la piltra. Si, al volver de la oficina, él la sorprendía así, deshecha, extenuada, frotándose la pierna en el agua del barreño, con las faldas alzadas hasta la barbilla, subía a escape al tercero, hacía como que no la había visto, pasaba como una flecha, una exhalación. Se lanzaba sobre la máquina o sus acuarelas... Siempre se vendían algunas, sobre todo los «veleros», gran colección, y los «concilios de cardenales»... ¡Colores de lo más vivos!... Infinitamente tornasolados... Siempre quedan bien en una habitación. Ya podía descornarse... El fin de mes estaba al caer... Para compensar los cierres durante la jornada, con nuestros garbeos por Chatou, cerrábamos bastante tarde... La gente venía a pasear después de la cena... Sobre todo cuando había tormenta... Si aparecía un cliente, mi madre escondía en seguida la palangana, todos sus trapos, de un tirón rápido, bajo el diván del centro... Se alzaba sonriente... Iniciaba la cháchara... En torno al cuello, lo recuerdo bien, se ponía un lazo de muselina... Estaba considerado elegante en aquella época... Le hacía una chola enorme, la verdad.

El tío Edouard también, a su modo, se daba un tute tremendo, pero no debía de lamentarlo, obtenía resultados... Cada vez le iba mejor en su terreno, la chapuza... los accesorios de bicicleta... Estaba haciendo buenos negocios, excelentes incluso. Pronto iba a poder comprarse parte de un garaje, a la salida de Levallois, con amigos serios.

Era muy emprendedor y se pirraba por los inventos... todos los descubrimientos técnicos, le chiflaban... Los cuatro mil francos de su herencia los había invertido en seguida en una patente de bomba de bici, un sistema de lo más reciente, que se plegaba hasta poder guardarla en el bolsillo... Siempre llevaba encima dos o tres así por lo menos, listas para la demostración. Soplaba con ellas en la nariz a la gente... Estuvo a punto de perderlos, sus cuatro mil francos, en la aventura. Los vendedores eran unos tunelas... Había salido bien librado, de todos modos, gracias a su espíritu sagaz, y, además, por un telefonazo... ¡una conversación por sorpresa en el último momento!... ¡Una bendición increíble!... ¡Por un pelo! ¡Se había librado!...

Mi madre lo admiraba, a mi tío. Le hubiera gustado que yo me pareciera a él... ¡Es que necesitaba un modelo!... Mi tío, ya que no mi padre, aún era un ideal... No me lo decía a las claras, sólo por alusiones... Mi padre no era de esa opinión, que Edouard fuese un ideal, le parecía un idiota, completamente insoportable, mercantil, profundamente vulgar, siempre entusiasmado con gilipolleces... Con sus trastos mecánicos, su rollo automovilístico, sus triciclos, sus estrafalarias bombas, ¡le crispaba los nervios!... Le irritaba terriblemente... ¡Y ya sólo de oírlo hablar!...

Cuando a mi madre se le ocurría elogiar a su hermano, contar ante todo el mundo sus empresas, éxitos, astucias, iba y la interrumpía... ¡No lo toleraba! ¡No! Era terco al respecto... ¡Todo lo atribuía a la suerte!... «¡Tiene una potra increíble y se acabó!» Ése era el veredicto de mi padre. No decía más... Más no podía criticarlo, aún le debíamos préstamos y agradecimiento... Pero se contenía para no abrumarlo... Edouard debía de darse perfecta cuenta... Era evidente, claro está... Soportaba la antipatía,

no quería envenenar la situación, pensaba sobre todo en su hermana.

Se comportaba con gran discreción, pasaba justo un instante para ver cómo nos iba... Si mi madre se encontraba un poco mejor. Le preocupaba mucho su mala cara, y los bultos, los monumentos, que cargaba «de estranjis»... Después se pasaba jornadas enteras baldada y gimiendo... Eso le preocupaba a él cada vez más... Como su estado empeoraba, al final se decidió, se lo dijo a mi padre... A fuerza de hablarlo, de discutirlo los tres, quedaron de acuerdo, de todos modos, en que ya era más que hora de que descansara... que no podía seguir así... Pero descansar, ¿cómo? Descubrieron un medio... que tomarían una asistenta, por ejemplo, dos, tres horas al día... sería ya un alivio... Así subiría mucho menos las escaleras... Ya no barrería bajo los muebles... No iría a la compra más. Pero en nuestras condiciones, ¡era un gasto imposible!... ¡Una locura, una utopía! Sólo si yo encontraba currelo, sería viable... Entonces con lo que yo ganase, que entraría de todos modos en la caja, se podría tal vez, tras pagar el alquiler, pensar en la chacha... Sería un respiro para mi madre... No se daría tantos tutes, no tendría que najar tanto... Lo habían descubierto solos... Les gustaba la decisión... ¡Requería de mi buen corazón! Me iban a poner a prueba. Se había acabado lo de ser un egoísta, perverso, insólito... ¡Iba a tener también mi papel, mi meta en la vida! ¡Aliviar a mi madre!... ¡Rápido!... ¡Lanzarme sobre un business! ¡Ah! ¡Ah! En cuanto hubiera apoquinado para el terno ad hoc... ¡Pescar presto un empleo! ¡Y adelante con la hazaña! ¡Nada de errores! ¡Ni vacilaciones! ¡Música! ¡Nada de preguntas! ¡Valor individual! ¡Perseverancia! ¡No me faltarían, qué hostia! ¡Era una meta admirable! ¡Ya me parecía verla realizada!...

¡Primero necesitaba unos calcos! Volvimos a Le Prince Consort... Los «Broomfield», de todos modos, eran demasiado caros... ¡sobre todo para dos pares con botones!... Ahora que, puestos a comprar, ¡harían falta tres o cuatro pares!

Para el traje, los pantalones, fui a que me tomaran medidas en Les Classes Méritantes, cerca de Les Halles, era la casa de garantía, de reputación centenaria, sobre todo para todos los «cheviots» e incluso los tejidos «de vestir», ropa prácticamente para toda la vida... «El ajuar del trabajador», se llamaba... Sólo, ¡que el precio era disparatado! ¡Representaba un sacrificio tremendo!...

Estábamos aún en el mes de agosto y ya quedé equipado para el invierno... ¡No dura mucho el calor!... No obstante, en aquel momento, ¡era extraordinariamente tórrido! ¡Un momentito que pasa pronto! El frío, en cambio, ¡es interminable! ¡El mal tiempo!... En mis gestiones, mientras tanto, ¡no veas cómo me sofocaba!... Bueno, pues, llevaría la chaqueta bajo el brazo, ¡ya está! Me la pondría cuando fuera a llamar... ¡y listo!...

Mi madre me había dicho lo que costaría al presupuesto familiar equiparme... de pies a cabeza... Una suma fabulosa para nuestros medios... Se rascaron los bolsillos... Ya podía darse tutes, retorcerse la chola bien, pirárselas a Vésinet, volver en el próximo tren, perder el culo hacia Neuilly, hacia Chatou, los días de mercado, llevarse todo su cargamento, sus baratijas menos cursis... y los saldos más negociables. No lo conseguía... No alcanzaba la suma... ¡Era un lío, un quebradero de cabeza! Siempre faltaban veinte francos, veinticinco o treinta y cinco. Además de las contribuciones que no cesaban de llover y las semanas de la costurera y el alquiler vencido hacía dos meses... ¡Una avalancha desalentadora!... No reveló nada a mi padre... Recurrió a un tejemaneje... Llevó a la Rue d'Aboukir, a casa de la tía Heurgon Gustave (un baratillo de lo más tirado), cinco buenas acuarelas de mi padre... las tres mejores, a decir verdad, y a menos de la cuarta parte del precio habitual. «En depósito», por decirlo así... En fin, expedientes siniestros para alcanzar el total... No quería tomar nada a crédito... Tras semanas enconadas, otras astucias y más complots, me vistieron de nuevo, absolutamente flamante, sofocado pero sólido... Cuando me vi maqueado, nuevecito, ¡perdí un poco la confianza! ¡Leche! ¡Me hacía una impresión muy rara! Aún tenía voluntad, pero volvían a presentárseme dudas terribles... ¿No transpiraría demasiado con el terno de invierno? Era como un horno ambulante...

Era la pura verdad, que ya no me sentía nada intrépido ni seguro de los resultados... La perspectiva ahí, inmediata, de ir a afrontar a los patronos... ¡soltar mi rollo! encerrarme en sus quelis, me descorazonaba hasta los ventrículos. En esa puta Inglaterra, había perdido la costumbre de respirar confinado... ¡Iba a tener que habituarme de nuevo! ¡No era moco de pavo! Sólo de pensar en los posibles patronos, ¡se me caían los cojones al suelo! Me quedaba sin habla... Sólo de buscar el itinerario en la calle, ya es que me ponía a morir... Era un horno tal, que los rótulos de los nombres en las puertas se derretían tras los clavos... ¡Hizo 39,2!

Lo que me decían mis viejos, en una palabra, era bastante razonable... que yo estaba en la edad decisiva para realizar el esfuerzo supremo... forzar la suerte y el destino... Que ahora o nunca era el momento de orientar mi carrera... Todo eso era excelente... Era muy bonito... Ya podía quitarme el terno, el cuello, los calcos, cada vez transpiraba más... Me corrían regueros de sudor... Seguía los caminos que conocía. Volví a pasar ante la casa de Gorloge... Me volvía el canguelo al ver la queli y la puerta cochera... Sólo de pensar en el incidente me daba un ataque en el jebe... ¡Joder! ¡Qué recuerdo!...

Ante la enormidad de la tarea... al pensarlo, me desanimaba, prefería sentarme... Cuartos ya no me quedaban muchos para tomarme una cerveza... ni siquiera un corto... Me quedaba bajo las bóvedas de los inmuebles... Siempre había mucha sombra y corrientes de aire traidoras... Estornudaba con ganas... Se volvía un vicio, mientras meditaba... Al final, después de tantas cavilaciones, casi daba la razón a mi padre... Me daba cuenta por la experiencia... de que no valía un pimiento... Sólo tenía inclinaciones desastrosas... Era un chorra y un vago... No me merecía su bondad... los terribles sacrificios... Me sentía muy indigno, purulento, indecente... Comprendía lo que había que hacer y luchaba desesperadamente, pero cada vez me resultaba más difícil... No mejoraba con la edad... Y cada vez tenía más sed... El calor también es un drama... Buscar una colocación en el mes de agosto da una sed de muerte, por las escaleras en primer lugar y, además, por las aprensiones, que te secan la mui a cada intento... mientras esperas de plantón... Pensaba en mi madre... en su pierna rilada y también en la asistenta que tal vez pudiéramos contratar, si conseguía colocarme... Eso no me avivaba el entusiasmo... Ya podía fustigarme, esforzarme en el campo del ideal a fuerza de energías supremas, no lograba alcanzar la excelsitud... ¡Lo había perdido desde la época de Gorloge, todo mi fervor en el currelo! ¡Era lastimoso! Y me sentía, pese a todo, pese a los sermones, mucho más desdichado aún que cualquiera de los otros mendas, ¡que todos los demás juntos!... ¡Era un egoísmo repugnante! Sólo me interesaban mis fracasos y me parecían horribles todos, y apestaban más que un queso viejo y chocho... Me pudría con el calor, me derrumbaba de sudor y vergüenza, arrastrándome escaleras arriba, chorreando sobre los timbres, me deshacía totalmente, sin vergüenza ni moral.

Recorrí, casi sin saber ya nada, salvo un poco de dolor de vientre, las otras calles antiguas, por desidia, la Rue Paradis, la Rue d’Hauteville, la Rue des Jêuneurs, el Sentier; cuando había acabado, me quitaba no sólo la pesada chaqueta, sino también el celuloide, ultrarresistente, auténtico collar canino que me cubría de granos. En el descansillo me vestía otra vez. Vuelta a buscar direcciones, las sacaba del «Bottin». En la oficina de correos confeccionaba las listas. No tenía ni chavo para ir a beber. Mi madre dejaba su bolso, el pequeño de plata, encima de los muebles... Yo le echaba el ojo con avidez... Tanto calor, ¡ya es que desmoralizaba! Un poco más y esa vez se lo pisparía, francamente... Tantas veces con esa sed junto a la fuente... Mi madre lo notó, yo creo, me dio dos francos más...

Cuando regresaba de mis largos periplos, siempre infructuosos, inútiles, por pisos y barrios, tenía que acicalarme otra vez antes de entrar en el Passage, para no parecer demasiado desconsolado, demasiado deshecho durante las comidas. No habría colado ni mucho menos. Es que esos viejos no lo habrían podido tragar nunca, no lo habrían podido comprender nunca, que me faltara, a mí, la esperanza y un ánimo espléndido... No lo habrían tolerado nunca... No tenía derecho, por mi parte, a las lamentaciones, ¡jamás!... Se las tenían reservadas para ellos, las lamentaciones y los dramas. Sólo

para mis padres... Los hijos eran unos golfos chulitos, ingratos, ¡unos mierdicas despreocupados!... Se cabreaban como monas los dos, en cuanto me quejaba, ni siquiera el más mínimo inicio... Entonces, ¡el anatema!... ¡Un blasfemo atroz!... ¡Perjuro abominable!

«¿Qué? ¿Cómo? ¿tú, guarro? ¿Esa cara dura infernal?» ¿Contaba con la juventud y se me iba la fuerza en melindres? ¡Ah, qué extravagancia espantosa! ¡Ah! ¡qué impertinencia diabólica! ¡Ah! ¡qué descaro! ¡La hostia puta! ¡Tenía por delante los mejores años! ¡Todos los tesoros de la existencia! ¡Y las iba a piar por mi suerte! ¡Por mis pobres reveses miserables! ¡Ah, Juan Lanas! ¡Una insolencia asesina! ¡Una desvergüenza total! ¡Una corrupción inconcebible! Para hacerme tragar mi blasfemia, ¡me habrían zurrado hasta sangrar! ¡Ya no había pierna ni absceso ni atroces sufrimientos que valieran!... ¡Mi madre se alzaba de un brinco! «¡Desgraciado! ¡Ahora mismo! ¡Golfo sin entrañas! ¡Vas a retirar esas injurias!...»

Yo obedecía. No discernía demasiado bien las bienaventuranzas de la juventud, pero ellos parecían saber... Me habrían liquidado sin más ni más, si no me hubiera retractado... Si expresaba la menor duda y parecía hacer ascos, ya es que no razonaban... Habrían preferido verme muerto a oírme profanar una vez más, despreciar los dones del cielo. ¡Los ojos se les descomponían de rabia y espanto cuando yo cedía a la tentación! Me habrían estampado en el coco todo lo que hubieran encontrado a mano... sólo para que no insistiera más... ¡Yo sólo tenía derecho a alegrarme! ¡y a entonar alabanzas! ¡Había nacido con buena estrella! ¡yo, el calamidad! Tenía padres que se desvivían por mí y así bastaba y sobraba, ¡absolutamente exclusivos, sí, pese a las angustias y las fatalidades trágicas!... ¡Yo no era sino el bestia y se acabó! ¡Silencio! ¡La carga increíble de la familia!... Debía obedecer y listo... ¡y corregirme pero que muy bien! ¡Lograr que se olvidaran todas mis faltas y mis repugnantes inclinaciones!... Todas las penas, ¡para ellos! todas las lamentaciones, ¡para ellos!... ¡Sólo ellos entendían la vida! ¡sólo ellos tenían alma sensible! ¿Y quién sufría horriblemente? ¿en las circunstancias más atroces? ¿las abominaciones de la suerte?... ¡Ellos! ¡Ellos siempre! ¡y sólo ellos! No querían que yo me inmiscuyera, que hiciese siquiera ademán de ayudarlos... que probara un poco... ¡Era su absoluto coto vedado! A mí me parecía extraordinariamente injusto. No podíamos entendernos en modo alguno.

Ya podían decir y blasfemar, yo conservaba todas mis convicciones... ¡Me sentía víctima también en todos los sentidos! En los peldaños del Ambigu,[12] ahí, justo en el rincón de la «Wallace»,[13] volvía a mis conjeturas... ¡Era evidente!

Si había acabado de pinrelear, jornada perdida, me ventilaba bien los calcos... Fumaba una colilla mínima... Me informaba un poquito por los otros coleguillas, los otros machacas, del lugar, siempre con soplos y belenes falsos... Conocían todos los anuncios, cualquier «cartelito», las diversas comparsas... Había entre ellos un tatuador, que, además, esquilaba perros... Todos los currelos chungos... Les Halles, La Villette, Bercy... Estaban piojosos como una estación, mugrientos, zarrapastrosos, se intercambiaban las ladillas... Exageraban que no veas, ¡auténticos delirios! No cesaban de fardar, se desgañitaban a base de faroles, se desternillaban contando sus relaciones... Sus victorias... Sus éxitos... Todos los fantasmas de sus destinos... La chulería no tenía límites... Hasta echaban mano del cuchillo y se iban hasta el Canal Saint-Martin para zanjar las diferencias... que si tenía un primo famoso, que era diputado... ¡Unas ínfulas, que no veas! Hasta los hombres-anuncio más tirados... contaban ciertos episodios de los que no había que cachondearse... La novela incita al crimen mucho más aún que el alcohol... Ya no les quedaban piños para jalar, de tan carcomidos, se habían pulido las gafas... ¡Y aún se hacían los listillos! Unas trolas increíbles... Yo me veía poco a poco acabando como ellos...

Hacia las cinco de la tarde suspendía los intentos... Para un día, ¡iba que chutaba!... El lugar se prestaba para las convalecencias, como una playa... Los pinreles se reponían pero bien... Era la playa

del Ambigu, todos los boqueras, los desarrapados, algunos que no eran viejos pero preferían trincar la suerte a arrastrarse bajo el calor. Era fácil de entender... Toda la amplitud del teatro, bajo los castaños... La verja para colgar las diferentes cosas... Se instalaban como Pedro por su casa, se pasaban cervezas... La butifarra blanca «de moda», el ajo, el alpiste, los quesos camembert... En la pendiente y los escalones se formaba una auténtica Academia... Había toda clase de costumbres... Me encontraba casi a los mismos de siempre... desde que hacía de corredor para Gorloge... Había algunos mocosos y también guripas sin prisa... y magdalenos de todas las edades... que no ganaban demasiado en los servicios de información de la Jefatura de Policía. Se eternizaban en partidas de cartas... Había siempre dos o tres corredores de apuestas que intentaban provocar la suerte... Corredores comerciales demasiado viejos que colgaban el maletín... a los que ningún comercio contrataba... Julandrillas aún demasiado jóvenes para ir ya al Bois... Uno incluso que volvía todos los días, se lo montaba en los urinarios y sobre todo con las migas de pan caídas en las rejillas... Contaba sus aventuras... Conocía a un viejo judío que era aficionado, un salchichero de la Rue des Archives... Iban a marcárselo juntos... Un día los trincaron... No se le volvió a ver durante dos meses... Cuando reapareció, estaba irreconocible... Los guripas lo habían caneado tanto, que acababa de salir del hospital... Lo había hecho cambiar totalmente, la zurra... Se había transformado, entretanto... Había adquirido voz como de bajo. Se estaba dejando crecer la barba... No quería comer más mierda.

También había, tocante a seducción, una proxeneta por la zona. Paseaba a su hija, la chavalita de largas medias rojas, delante de Folies Dramatiques... Según decían, costaba veinte pavos... No le habría hecho ascos yo... Era una fortuna en aquella época... Ni siquiera miraban para nuestro lado, unos mierdicas como nosotros... Ya podíamos llamarlas...

Traíamos periódicos y chistes de nuestras giras... Lo jodido eran las ladillas... Las pillé yo también, lógicamente... Tuve que ponerme ungüento... Eran una auténtica calamidad los churráis de delante del Ambigu... Los colilleros, sobre todo, los que andorreaban por las terrazas eran quienes estaban cargados... Iban en coro a Saint-Louis[14] a buscar la pomada... Se iban a untarse juntos...

Vuelvo a ver mi sombrero de paja, el canotier reforzado, lo llevaba siempre en la mano, pesaba sus buenas dos libras... Tenía que durarme dos años, tres, de ser posible... Lo llevé hasta la mili, es decir, la quinta del 12. Me quitaba el cuello una vez más, me dejaba una marca terrible, toda roja... Es que en aquella época todos los hombres lo conservaban hasta la muerte, el surco rojo en torno al cuello. Era como un signo mágico.

Tras acabar de comentar los anuncios, los curreles seductores, ya ves tú, nos lanzábamos por la sección deportiva, con las pruebas del «Buffalo»[15] y los seis días en perspectiva y Morin y el magnífico Faber favorito... Los que preferían «Longchamp», se apalancaban en la esquina opuesta... A las chavalas de la vida que pasaban y volvían a pasar... no les interesábamos, continuaban su carrera... Nosotros sólo servíamos para la cháchara, una banda de chorras mirones...

Los primeros autobuses, los maravillosos «Madeleine-Bastille» que llevaban la alta «imperial», echaban el resto, a todo gas, en aquel punto, para subir la pendiente... Era todo un espectáculo, ¡un tiberio terrible! Escupían agua hirviendo contra la puerta Saint-Martin. Los viajeros en el piso de arriba participaban en la hazaña... Era auténtica temeridad. Podían volcar el vehículo al asomarse todos a la vez por el mismo lado, en el antepecho, con la emoción y el trance... Se aferraban a los flecos, las barras, los festones, la balaustrada... Lanzaban gritos de triunfo... Los caballos habían perdido la batalla, ahí se veía claramente... Ya sólo podían aspirar a las carreteras malas... El tío Edouard lo decía siempre... En fin, delante del Ambigu, así, entre las cinco y las siete, vi llegar al progreso... pero seguía sin encontrar una colocación... Volvía todas las veces a casa, tras un viaje para el que no hubiera necesitado alforjas... Seguía sin encontrar un patrón con el que hacer mis primeras armas... Para aprendiz me rechazaban, ya no tenía edad... Para empleado aún era demasiado joven... No iba a salir nunca de la edad ingrata... y aunque hablara bien inglés, ¡daba exactamente igual!... ¡No

les era de la menor utilidad! Sólo servían para las tiendas importantes, las lenguas extranjeras. ¡Y en ésas no admitían principiantes!... ¡En todos lados me veía bien chungo!... ¡Ya podía darle vueltas!... Siempre la misma hostia...

Conque poquito a poco a pequeñas dosis, iba poniendo al corriente a mi madre, las reflexiones que me inspiraba, que mis perspectivas no me parecían demasiado brillantes... No había modo de desanimarla... Ya estaba concibiendo otros proyectos, para ella, entonces, una empresa nueva, mucho más laboriosa. Hacía mucho que le preocupaba, ¡y ahora se había decidido!... «Mira, hijo, no se lo voy a decir aún a tu padre, conque chitón... ¡Tendría otra decepción terrible, el pobre!... Ya sufre lo suyo, de vernos tan desdichados... Pero, quede esto entre nosotros, creo que nuestra pobre tienda... ¡Chis! ¡Chis! ¡Chis!... No va a poder recuperarse... ¡Hum! ¡Hum! Mira, ¡me temo lo peor!... ¡Está visto!... ¡La competencia en el encaje se ha puesto imposible!... Tu padre no puede darse cuenta. No ve los negocios de tan cerca como yo, cada día... ¡Y por suerte, gracias a Dios! Ya no son unos centenares, sino miles y miles de francos de mercancía lo que necesitaríamos, ¡para poder ofrecer un surtido de verdad moderno! ¿Dónde encontrar semejante fortuna? ¿Con qué crédito, Dios mío? ¡Sólo las grandes empresas pueden! ¡Los almacenes colosales!... Nuestras tiendecitas, ya ves, ¡están condenadas a desaparecer!... Ya es sólo cosa de años... ¡de meses quizá!... Una lucha encarnizada para nada... Los grandes almacenes nos aplastan... Hace mucho que lo veo venir... Ya desde la época de Caroline... nos costaba cada vez más... ¡no es cosa de ayer!... Las temporadas bajas se eternizaban... ¡y cada año más!... Cada vez duraban más... Conque, mira, hijo... a mí, ¡energía no me falta!... ¡Tenemos que salir del bache!... Conque mira, lo voy a probar... en cuanto mejore mi pierna... en cuanto pueda salir un poco... Pues iré a pedir un “cartón”... a una gran empresa... ¡No me resultará difícil!... ¡Me conocen de toda la vida!... ¡Saben cómo me espabilo! Que no es valor lo que me falta... Saben que tu padre y yo somos personas irreprochables... que se nos puede confiar todo... ¡cualquier cosa!... bien que puedo decirlo... ¡Marescal!... ¡Bataille!... ¡Roubique!... ¡Me conocen desde la época de la abuela!... No soy una novata... Me conocen desde hace treinta años, de toda la vida, como vendedora y comerciante... No me resultará difícil encontrarlo... No necesito otras referencias... No me gusta trabajar para otros... Pero ahora no hay otro remedio... Tu padre no se lo imaginará... en absoluto. Diré que voy a ver a una clienta... ¡No caerá en la cuenta!... Me iré como de costumbre, siempre regresaré a tiempo... Le daría vergüenza, al desdichado, verme trabajar para otros... Se sentiría humillado, el pobre... ¡Quiero evitarle todo eso!... ¡A cualquier precio!... ¡No se recuperaría!... ¡No habría forma de sacarlo adelante!... ¡Su mujer empleada en empresa ajena!... ¡Dios mío!... Ya con Caroline, estaba hecho polvo... En fin, ¡no se va a dar cuenta de nada!... Haré mis rondas regularmente... Un día una calle, otro día otra... Será mucho menos complicado... ¡que este perpetuo equilibrio!... ¡Esta maldita cuerda floja que nos mata!... ¡Siempre! ¡Siempre esfuerzos sobrehumanos!... ¡Pagando deudas por doquier! ¡al final es un infierno! ¡Vamos a dejarnos la piel! ¡Así tendremos menos temores! ¡Pagar esto! ¡Pagar lo otro! ¿Lo conseguiremos? ¡Qué horror! Qué tortura inacabable... Tendremos ingresos modestos, pero absolutamente regulares... ¡Ya no habrá más suspiros! ¡Ni pesadillas! ¡Eso es lo que nos ha faltado!... ¡Siempre!... ¡Algo fijo! ¡Ya no será como desde hace veinte años! ¡Una perpetua carrera contra el reloj! ¡Dios mío! ¡Siempre a la caza de “cinco francos”! ¡Y las clientas que nunca pagan! Apenas saldas una deuda, ¡te encuentras con otra!... ¡Ah! ¡la independencia es hermosa! ¡Siempre me ha gustado, y a mi madre también! pero no puedo más... Lograremos salir adelante, ya verás, ¡colaborando todos!... ¡Tendremos la asistenta! ¡Ya que tanta ilusión le hace!... ¡Y es que a mí me hace mucha falta también! ¡No va a ser un lujo!»

Para mi madre era algo siempre chupado, una nueva empresa atroz, un esfuerzo sobrehumano... ¡Nunca era demasiado riguroso, demasiado difícil! Le habría encantado en el fondo currelar por todo el mundo. Sacar adelante la tienda ella sola... y toda la familia, mantener aún a la costurera... Nunca intentaba comparar por su cuenta, comprender... Puesto que era una tarea, una angustia, de la hostia, se

identificaba con ella sin más... Era su estilo, su carácter... Que yo me rompiera los cuernos o nasti no cambiaría la marcha de las cosas... Estaba seguro de que con una criada trabajaría cincuenta veces más... Se aferraba con ganas a su terrible condición... En mi caso, era otra historia... Tenía como un gusanillo en la mocha. Era aprovechado en comparación... ¿Se debería sobre todo a mi estancia en Rochester, a no haber dado golpe en casa de Merrywin?... ¿Me habría vuelto zángano a las claras?... ¿Me ponía a pensar en vez de echar a andar?... En el fondo no hacía bastantes esfuerzos para encontrar esa colocación... Me entraba como flojera ante cada timbre... No tenía madera de mártir... ¡Qué leche!... ¡No tenía el vicio de los pobres diablos!... Dejaba siempre las cosas para mañana... Probé en otro barrio, menos tórrido, con más brisa... más umbroso, para dedicarme un poco a la caza del empleo... Inspeccioné las tiendas en torno a las Tullerías... Bajo las bellas arcadas... en las grandes avenidas... Iba a preguntar a los joyeros si necesitaban a un joven... Me asaba con la chaqueta... No necesitaban a nadie... Al final me quedaba en las Tullerías... Hablaba con las chavalas de la vida... Pasaba horas en los bosquecillos... sin dar golpe, al estilo inglés de verdad, bebiendo una caña y echando a los «barquillos», los disquitos sobre los cilindros... Había también un vendedor de agua de regaliz y una orquestina en torno al tiovivo...

Todo eso pertenece al pasado... Una tarde vi a mi padre... Costeando las verjas. Iba a las entregas... Conque, para no correr riesgo, me quedaba en el Carroussel... Me apalancaba entre las estatuas... Una vez entré en el Museo. En aquella época era gratis... Los cuadros no los comprendía, pero al subir al tercero encontré el de la Marina. Entonces me aficioné perdidamente. Iba con mucha frecuencia. Pasé semanas enteras en él... Me conocía todos los modelos... Me quedaba solo ante las vitrinas... Olvidaba todas las desgracias, los lugares, los patronos, el papeo... No pensaba sino en los barcos... Los veleros, incluso los simples modelos, a mí es que me chiflan sencillamente... Me habría gustado mucho ser marino... A mi padre también en tiempos... ¡No nos había ido bien a ninguno de los dos!... Me daba cuenta más o menos...

Al volver a la hora del papeo, mi padre me preguntaba qué había hecho... Por qué llegaba con retraso... «¡He estado buscando!», respondía yo... Mi madre se había resignado. Mi padre las piaba ante el plato... No insistía más.

Le habían dicho, a mi madre, que podía probar suerte en seguida en el mercado del Pecq e incluso en el de Saint-Germain, o entonces o nunca, por la moda reciente, que los ricos se estaban instalando en quintas por toda la ladera... que les gustarían, seguro, sus encajes para las cortinas de las alcobas, las colchas, los visillos tan monos... Era la época oportuna.

Al instante se lanzó. Durante toda una semana recorrió todos los itinerarios, con su petate, atiborrado con quinientas baratijas... Desde la estación de Chatou hasta casi Meulan... Siempre a pinrel y cojeando... Por suerte, ¡hacía muy bueno! ¡La lluvia era una catástrofe! Ya estaba contenta, había logrado vender una buena parte de la mercancía rancia, encajes de guipur con caireles y los pesados chales de Castilla ¡estancados desde el Imperio! ¡Cogían gusto en las quintas a nuestras curiosidades! Tenían que amueblar rápido... Se dejaban encandilar un poco... Era por el optimismo, el entusiasmo ante la vista de París. Mi madre avivaba el consumo, aprovechaba bien la oportunidad. Pero una mañana la pierna se negó a andar más. Se había acabado la extravagancia, las duras caminatas... Incluso la otra rodilla le ardía... se le hinchó también hasta el doble...

Capron acudió a escape... No pudo sino observarlo por sí mismo... Alzó los dos brazos al cielo... Estaba formándose el absceso claramente... La articulación estaba afectada, tumefacta ya... ¡Ya de nada servía el valor! Ya no podía menear el trasero, cambiarse de lado, alzarse un centímetro siquiera... Lanzaba unos gritos atroces... Ya es que no cesaba de gemir, no tanto por el sufrimiento, era dura como Caroline, cuanto por verse vencida por el dolor.

Era una derrota terrible.

¡Hubo, lógicamente, que llamar a la asistenta!... Adoptamos otros hábitos... La vida desorganizada... Mi madre se quedaba en la cama, mi padre y yo hacíamos lo más duro, barrer las alfombras, la puerta de la calle, la tienda, antes de marcharnos por la mañana... En un instante se habían acabado de una vez por todas los garbeos, la vacilación, los subterfugios... Tenía que espabilarme, encontrar en seguida un currelo. ¡En un dos por tres!...

La asistenta, Hortense, sólo venía una hora por la tarde y dos después de cenar. Trabajaba toda la jornada en una tienda de ultramarinos, en la Rue Vivienne, junto a Correos. Era persona de confianza... en casa se ganaba un complemento... Había tenido mala suerte, debía currar doble, su marido lo había perdido todo al establecerse por su cuenta de fontanero. Además, tenía dos churumbeles y una tía a cargo... No podía descansar un momento... Se lo contaba todo a mi madre, clavada a la piltra. Una mañana mi padre y yo la bajamos así. La instalamos en una silla. Había que tener mucho cuidado para no chocar con los peldaños, no dejarla caer. La colocamos, encajonada, con cojines, en un rincón de la tienda... para que pudiese responder a los clientes... Era difícil... Y, además, hacerse curas sin cesar... Con sus compresas «vulnerarias».

Tocante a encantos, Hortense, pese a trabajar más que la hostia, como una mula, en una palabra, se conservaba bastante apetitosa... Decía siempre ella misma que no se privaba de nada, sobre todo de comida, pero, ¡dormir no podía! no tenía tiempo de acostarse... La comida era lo que la sostenía y sobre todo los cafés con leche... Se ventilaba por lo menos diez en una sola jornada... En la frutería comía por cuatro. Era una tía curiosa, Hortense, hasta hacía reír a mi madre en su lecho de dolor con sus cuentos. A mi padre le irritaba mucho encontrarme en la misma habitación... Temía que me la cepillara... Yo me la cascaba de lo lindo pensando en ella, como se la casca uno siempre, pero ya no con avaricia, como en Inglaterra... Faltaba el frenesí, no tenía el mismo sabor; bastantes miserias nos agobiaban para hacer proezas, además... ¡Adiós, muy buenas! ¡Qué leche! ¡Ya no había entusiasmo!... De verme así, como un pato mareado y con la familia a remolque, me había entrado terror... Tenía la chola rellena de preocupaciones... Era aún más jodido encontrar una colocación ahora que antes de marcharme al extranjero. Al ver de nuevo a mi madre presa de la angustia, me lancé a la caza otra vez, ¡a buscar nuevas direcciones!... Volví a patearme de punta a punta los bulevares, la cuba del Sentier, los confines de la Bolsa... Hacia finales de agosto, ese rincón, es el peor seguramente... No lo hay más chungo, más sofocante... Volví a la carga en todos los pisos con el cuello, la corbata, la pajarita con resorte, el canotier blindado... No olvidé ni una sola placa... a la ida... en sentido inverso... Jimmy Blackwell y Careston, exportadores... Porogoff, transacciones... Tokima con Caracas y el Congo... Hérito y Kupelprunn, proveedores para todas las Indias...

Una vez más, me encontraba listo, apañado y decidido. Me pasaba el peine un instante al meterme bajo las bóvedas. Acometía la escalera. Llamaba a la primera burda y después a otra... Ahora, que la cosa dejaba de carburar en el momento de responder a las preguntas... ¿Referencias?... ¿qué tarea deseaba desempeñar?... ¿mis aptitudes auténticas?... ¿mis aspiraciones?... Me desinflaba al instante... farfullaba, me salían burbujas... Musitaba pretextos nimios y me abría en retirada... Era presa del pánico repentino... La jeta de los inquisidores me inspiraba de nuevo todo el canguelo del mundo. Me había vuelto como sensible... Se me escapaba la cara dura... ¡La perdición!... Me las guillaba junto con la cagalera... Aun así, volvía a la carga por el currelo... Llamaba otra vez a la puerta de enfrente... Siempre los mismos andobas «chungalíes»... Me marcaba así unas veinte antes del almuerzo... Ya ni siquiera volvía para el papeo. Estaba demasiado preocupado, la verdad... ¡Ya de antemano no tenía hambre! tenía una sed demasiado horrible... Pronto no iba a regresar para nada. Sentía las escenas que me esperaban. ¡Mi madre y su dolor! Mi padre y su mecánica, con más cóleras, sus pitotes, sus alaridos descompuestos... ¡Bonita perspectiva!... ¡Me iba a tocar el gordo!... ¡Iba de culo y contra el viento!... Me quedaba a orillas del Sena, esperaba a que dieran las dos... Miraba los perros bañarse... Ya no seguía un plan siquiera... Prospectaba a la buena de Dios... Me recorrí toda la

Rive Gauche... Por la esquina de la Rue du Bac me lancé a la aventura otra vez... la Rue Jacob, la Rue Tournon... Me encontré con empresas casi abandonadas... Distribuidores de muestrarios por las mercerías difuntas... en las provincias por recuperar... Proveedores de objetos tan tristes, que te quedabas sin habla... Aun así, procuré gustarles... Intenté que me examinaran en casa de un revendedor para canónigos... Probé todo lo imposible... Me mostré intrépido en casa de un mayorista de casullas... Creí que me aceptarían en una fábrica de candelabros... Se me hacía la boca agua... Hasta me parecían hermosos... Pero en su momento, ¡todo se desplomaba! Al final, las inmediaciones de Saint-Sulpice me defraudaron profundamente... Tenían también su crisis... Por todas partes me pusieron en la puta calle...

A fuerza de patearme el asfalto, tenía los tachines como tizones... Me descalzaba a cada paso. Me los remojaba rápido en las pilas de los lavabos... Me descalzaba en un segundo... Así conocí a un camarero que sufría de los pinreles aún más que yo. Servía mañana y tarde e incluso más tarde, pasada la medianoche, en la enorme terraza del patio de la Croix-Nivert, la Cervecería Alemana. Los pinreles le hacían tanto daño y tan a menudo, que se metía trozos de hielo por los calcos... Yo también lo probé, su truco... De momento alivia, sólo que después es aún peor.

Mi madre se quedó así, con la pierna estirada, más de tres semanas, al fondo de la tienda. Ya no venían demasiados clientes... Una razón más para amargarse con ganas... Ya no podía salir...

Sólo entraban los vecinos de vez en cuando a charlar, hacerle compañía... Le traían todos los chismes... Le calentaban la chola bien... A propósito de mi caso, sobre todo, había unos cotilleos de la peor mala leche... Les exasperaba, a aquellos cerdos, verme parado. ¿Por qué no encontraba un trabajo?... ¿Eh? No cesaban de preguntarse... Que no me cogieran en ninguna parte pese a tantos esfuerzos, sacrificios extraordinarios, ¡era inconcebible!... ¡Superaba el entendimiento!... ¡Ah! ¿Eh? ¡Era un enigma!... Al verme así, boqueras, escarmentaban en piel ajena... ¡Ah, eso sí que no! ¡Ah, desde luego! ¡No iban a ser unos gilipollas, ellos, como mis viejos!... No iban a meter el cazo así... ¡Lo proclamaban a las claras!... ¡Ah, no, qué hostia! ¡No se iban a hacer trozos! Por unos chaveas descastados... ¡No se entramparían por sus chinorris! ¡Ah, no! ¡claro que no! Además, ¿de qué servía?... ¡Y menos para que aprendieran idiomas! ¡Ah! ¡qué farsa de mil pares de cojones! ¡Ah! ¡para mearse! Para que se volvieran unos golfos, ¡y se acabó! ¡La hostia puta! ¡no servía de nada!... ¿La prueba? ¡bien visible estaba! Bastaba con mirarme... ¿Un patrón? ¡No lo iba a encontrar nunca!... A todos inspiraría desconfianza... No tenía traza, ¡y se acabó!... Ellos que me conocían desde niño, ¡estaban bien convencidos todos!... Sí.

A mi madre, al oír semejantes cosas, ya es que se le caía el alma a los pies, sobre todo por su estado, su absceso tan doloroso y que cada vez la punzaba más. Ahora la tumefacción le llegaba ya a todo el costado del muslo... Por lo general, se contenía, de todos modos, un poquito para no repetir todas esas gilipolleces... Pero con un dolor así, de tal agudeza, ya no controlaba sus reflejos... Repitió todo a mi padre, se lo chamulló casi palabra por palabra... Ya hacía mucho que a él no le daba un ataque... Se abalanzó sobre la ocasión... Se puso a decir a alaridos que yo lo desollaba vivo y a mi madre también, que era la única causa de su deshonor, su oprobio irremediable, ¡que era el responsable de todo! ¡De los peores maleficios! ¡Pasados y futuros! ¡Que lo abocaba al suicidio! ¡Que era un asesino de un género absolutamente inaudito!... No explicaba por qué... Pitaba, soplaba y lanzaba tal vapor, que formaba una nube entre nosotros... Se arrancaba el cuero cabelludo... Se laceraba el cráneo hasta hacerse sangre... Se arrancaba todas las uñas... Al gesticular presa de la furia, se daba hostias contra los muebles... Se llevaba la cómoda por delante... Resultaba minúscula, la tienda... No había sitio para un furioso... Chocó contra el paragüero... Tiró al suelo los dos jarrones. Mi madre intentó recogerlos, ¡le dio un dolor terrible en la pierna! Lanzó un grito tan agudo... tan absolutamente atroz... ¡que los vecinos acudieron en tromba!

Estuvo a punto de desmayarse... Le dieron a respirar sales... Poco a poco se fue recuperando... Empezó a respirar de nuevo, se volvió a instalar en sus sillas... «¡Ah!», nos dijo... «¡Ha reventado!» ¡El absceso!... Estaba feliz, el propio Visios le sacó el pus. Estaba muy acostumbrado. Lo había hecho muchas veces en los barcos.

Ya podía ir vestido con la mayor corrección, el cuello argolla perfecta, calcos relucientes, que mi madre, cavilando en la trastienda, opinaba que aún no era el ideal... Que aún me faltaba seriedad, pese al reloj, la cadena bruñida... Seguía teniendo pinta de golfo, pese a las amonestaciones... Se veía en la forma de llevar el dinero, ¡sonando en el bolsillo!... ¡Cosa de chulos! ¡De golfos! ¡Algo espantoso!

Al instante se le ocurrió el remedio... Envió a Hortense al Bazar Vivienne... Para que nos trajera, a la vuelta de la compra, un monedero perfecto... Uno fuerte, cosido a mano y con múltiples compartimentos, artículo eterno... Además, me regaló cuatro monedas de cincuenta céntimos... Pero, ¡no debía gastarlas!... ¡Nunca!... Era una economía... ¡Para que cogiera gusto al ahorro!... Me puso también la dirección, por si tenía un accidente en la vía pública... Le gustaba así. Yo no puse objeción.

Me lo pulí rápido, ese poco parné, en cañas de diez céntimos... Hizo un calor infame durante el verano de 1910. Por fortuna, por Temple era fácil darle a la priva... No era caro en los quioscos, por toda la calle, la gaseosa corría por las aceras, en tabernas ambulantes...

Reanudé mis intentos entre los engastadores de joyas. Es un auténtico oficio, en una palabra, que yo conocía un poco de todos modos... Volví hacia el Marais... En el Bulevar, ¡no se podía parar! ¡Atestados como en una procesión delante del Café du Nègre y de la Porte Saint-Denis! Como aplastados en un horno... En el Square des Arts, con todos los de la farándula, ¡era aún peor!... Ya es que no valía la pena sentarse, era un puro remolino de polvo... sólo de respirar, ¡echabas el bofe!... Estaban allí, apalancados, todos los representantes de los alrededores con sus cajas y maletines... y los golfos de sus machacas, los que tiraban del carricoche... Se quedaban todos en el borde, repantigados, esperando la hora de subir a afrontar a su baranda... ¡Estaban guapos!... Era una temporada tan mala, que ya es que no podían defenderse... ¡Ni siquiera a noventa días, les encargaba nadie, en queli alguna, ejemplares!... Tenían la mirada perdida... Se ahogaban en la bruma de arena... ¡No iban a conseguir un solo pedido antes del 15 de octubre! Como para animarse, vamos... ¡Ya podían cerrar sus libretas! Su desamparo me fascinaba...

Yo, a fuerza de preguntar si sabían de un currelo, había importunado a todo el mundo, había mirado todos los rótulos, había analizado todos los Bottin y los anuarios, además. Volví a pasar por la Rue Vieille-du-Temple... Me paseé ocho días por lo menos a lo largo del Canal Saint-Martin para contemplar todas las gabarras... el suave movimiento de las esclusas... Volví a la Rue Elzévir. Con la preocupación, me despertaba sobresaltado en plena noche... Tal era mi obsesión, me dominaba cada vez más... Me atenazaba toda la jeta... Quería volver a donde Gorloge... Sentía, de repente, un remordimiento tremendo, una vergüenza irresistible, la maldición... Se me ocurrían ideas de pobre hombre, manías de cabrón... Quería subir a donde Gorloge, entregarme sin vacilación, acusarme... ante todo el mundo... «¡Yo fui quien lo robó!», diría... «¡Yo cogí ese precioso alfiler! ¡El Sakya-Muni de oro macizo! ¡Yo! ¡Y nadie más que yo!...» ¡Me inflamaba solo! ¡Joder! Después, me decía, se irá la mala pata... La suerte chunga me dominaba... ¡por todas las fibras de la chola! Me horrorizaba tanto, que no cesaba de tiritar... Se estaba volviendo irresistible... ¡La hostia puta! Al final volví de verdad ante la casa... pese al calor sofocante, me entraban escalofríos por las costillas... ¡Ya era presa del pánico! Y entonces vi a la portera... Me miró, me reconoció de lejos... Conque intenté cerciorarme, comprobar hasta qué punto era culpable... Me acerqué a su chiscón... ¡Se lo diría primero a ella!... ¡Joder!... Pero entonces no pude... Me entró desconcierto... De súbito di media vuelta... Me di el piro a toda leche... Salí najando otra vez hacia los bulevares... ¡Huy, qué mal!... ¡Me estaba portando como

un auténtico «paleto»! Estaba obsesionado... me venían extravagancias de cagueta... Ya no volvía a casa a almorzar... Me llevaba pan, queso... Me entraba sueño por la tarde, por haber dormido tan mal de noche... Porque los sueños me despertaban constantemente... Tenía que andar sin parar o, si no, me quedaba adormilado en los bancos... Seguía preocupado por saber de qué podía ser culpable... Debía de haber motivos... Poco corrientes... No tenía bastante instrucción para reflexionar sobre las causas... Había encontrado otro sitio, al deambular a la fuerza, donde reposar por la tarde. En Notre-Dame-des-Victoires, en el perímetro de las capillitas, a la izquierda según se entra... Un sitio de lo más fresco... Me sentía muy acosado por la puta mala pata... Se está mejor en la obscuridad... Las baldosas son buenas para los pinreles... Refrescan mejor que nada... Me descalzaba a la chita callando... Me quedaba así, bien apalancado... Los propios cirios son bonitos, forman matorrales frágiles... sin cesar de agitarse en el gran terciopelo sombrío de las bóvedas... Me alucinaba... Poco a poco me quedaba dormido... Me despertaba con las campanillas. No cierran nunca, lógicamente... Es el mejor sitio.

Siempre encontraba disculpas para volver a casa aún más tarde... Una vez, cerca de las nueve... Había ido a presentarme hasta Antony... a una fábrica de papeles pintados. Solicitaban recaderos para el centro... Iba bien para mis aptitudes... Volví dos o tres veces... ¡No estaba lista, la fábrica esa!... No la habían terminado aún... ¡Cuentos, en una palabra!

Sentía un pavor espantoso en el momento de entrar en el Passage... Todos los cuartos para tranvías me los gastaba en cañas de cerveza... Conque cada vez andaba más... ¡Hacía, además, un verano absolutamente extraordinario! ¡No había llovido en dos meses!...

Mi padre le daba a la máquina como un animal... Yo, al lado, en mi piltra, no había modo de que me durmiera, con sus blasfemias sobre el teclado... A principios de septiembre, le salieron cantidad de forúnculos, primero en los brazos y después detrás del cuello, uno enorme, la verdad, que en seguida se volvió un ántrax. Para él eran graves los forúnculos, lo desmoralizaban completamente... Aun así, se iba a la oficina... Pero en la calle lo miraban, envuelto en guatas. La gente se volvía... Ya podía ingeniárselas y tomar mucha levadura de cerveza, que no mejoraba pero es que nada.

Mi madre estaba muy preocupada al verlo así, en erupción... Por su parte, a fuerza de ponerse compresas y luego quedarse inmóvil, su absceso iba mejorando un poco. Supuraba en abundancia, pero se había desinflado mucho. Se vació un poco más... Entonces volvió a ponerse en pie, no quiso esperar a que la herida se cerrara, se puso en seguida a agitarse otra vez por la queli a cojear de nuevo en torno a objetos y sillas... Quería vigilar a Hortense, subía todas las escaleras, no quería que la transportásemos más. Se aferraba a la barandilla para subir las escaleras sola, llegaba hasta el extremo de izarse de un piso a otro, mientras estábamos ocupados... Quería hacer la limpieza de nuevo, ordenar la tienda, los chirimbolos...

Mi padre, arropado de apósitos, ya no podía girar la chola, se asfixiaba con los forúnculos pero bien que la oía, de todos modos, a mi madre, por los pisos, revolviendo cuarto tras cuarto, con la zanca a rastras... Eso le horripilaba más que nada... Desfondaba toda la máquina... Se hacía tal daño en los puños, que le daba un berrinche. Le gritaba que tuviera cuidado...

«¡Ah, me cago en la leche puta, Clémence! ¿Me oyes o qué? ¡Coño! ¡Joder! ¿Quieres echarte, cojones? ¿Es que no hemos tenido ya bastante mala pata? ¿Te parece poco? ¡La puta hostia consagrada!...»

«¡Vamos, Auguste! Déjame, te lo ruego... ¡No te ocupes de mis asuntos!... ¡no te preocupes por mí!... ¡Me encuentro muy bien!»

Así le decía, con voz de ángel...

«¡Se dice fácil!», vociferaba él... «¡Se dice fácil! ¡Ya es que me voy a cagar hasta en la puta madre de Dios! ¡Huy, la leche! Pero, ¿te vas a sentar de una puñetera vez?»

Por la mañana avisé a mi madre...

«Oye, mamá, hoy no vendré a comer... Me voy otra vez a Lilas... A preguntar por la fábrica...»

«Entonces, mira, Ferdinand», me respondió... «He pensado una cosa... Esta tarde me gustaría que Hortense me limpiara la cocina a fondo... Va a hacer por lo menos dos meses que está que da asco, las cacerolas, la pila, los cacharros... Desde que caí enferma, no he podido ocuparme de eso... Huele a grasa hasta el tercero... Si la mando a la compra volverá a racanear, se tirará varias horas fuera, ¡habla más que una cotorra!... Se planta en la frutería... Y no se acaba nunca. Como tú vas por allí, por Republique... pasa un momento por Carquois y tráeme, para tu padre, 70 céntimos de jamón, que lo tienen muy bueno... de primera calidad... ¿sabes a cual me refiero?... Ese muy fresco y sin apenas gordo... Míralo bien primero... A nosotros nos quedan macarrones, los pondremos a hervir otro poco... y tráeme también tres petits suisses y, si te acuerdas, una lechuga no demasiado abierta... Así no tendré que hacer cena... ¿Te acordarás? Cerveza tenemos... Hortense va a traer levadura... Para tu padre, con sus forúnculos, una ensalada, que es lo mejor para la sangre... Antes de marcharte, coge una moneda de cinco francos de mi bolso que está sobre la chimenea de mi alcoba. ¡Cuenta bien la vuelta, sobre todo!... ¡Y vuelve antes de la hora de cenar!... ¿Quieres que te lo escriba? Por el calor no me atrevo a dar huevos a tu padre... Tiene enteritis... Ni fresas tampoco, claro... A mí misma me dan urticaria... conque, ¡a él con sus nervios!... Más vale tener cuidado...»

Entendido, ya podía irme... Cogí los cinco francos... Salí del Passage... Me quedé un momentito junto al estanque del Square Louvois... Así, en un banco, pensando... ¡Ni «Lilas» ni leches! En cambio, me habían hablado de un artesano, que trabajaba en su casa con accesorios de escaparates, terciopelos, placas. Era en la Rue Greneta, n.º 8... ¡Para que no me remordiera la conciencia!... Debían de ser las nueve... Aún no hacía demasiado calor... Conque me dirigí despacito... Llegué a la puerta... Subí al quinto... Llamé, me abrieron... ¡El puesto estaba ocupado! ¡Vale! No había que insistir... ¡Con eso quedaba libre! Volví a bajar dos pisos tal vez... Ahí, en el rellano del tercero, me senté un momento, me quité el cuello... Me puse otra vez a pensar... Piensa que te piensa, resulta que tenía otra dirección, un marroquinero de lujo, al final de la Rue Meslay... No corría prisa tampoco... Miré el decorado en derredor. Era un sitio muy majestuoso... suelos desvencijados y una peste a humedad, a retrete... pero, de todos modos, era de grandes proporciones, grandioso... antigua morada de peces gordos del siglo XVII, seguro... Se veía en la decoración, las molduras, las barandillas enteramente labradas, los peldaños de mármol y pórfiro... ¡Nada ful!... ¡Todo trabajado a mano!... ¡Yo conocía las cosas de estilo! ¡Qué leche! ¡Era magnífico de verdad!... ¡Ni un alzapaño falso!... Era como un inmenso salón, donde ya nadie se detenía... Entraban corriendo a sus quelis en busca de sus currelos asquerosos. Se acabó el contemplar... ¡Yo era el recuerdo!... Y el olor que apestaba...

Ahí, junto a la fuente, veía todo el rellano, estaba bien sentado... No pedía nada más... Aún tenía hasta los cristales de época... minúsculos, cuadrados de colores, violetas, verde botella, rosas... Conque estaba allí, muy tranquilo, y la gente no se fijaba en mí... Iban a sus currelos... Yo pensaba en la jornada que me esperaba... ¡Hombre! ¡vi a un conocido! alto, dos metros, con perilla, que subía... Jadeaba cogido a la barandilla... Era un representante, buena gente, por cierto... guasón de verdad. No lo había vuelto a ver desde la época de Gorloge... Se iba defendiendo con las pulseras... Me reconoció ahí en el rellano... Me llamó de una barandilla a otra... Me contó sus historias y después me preguntó qué había sido de mí desde hacía un año... Le enumeré todos los detalles... No tenía tiempo de escucharme, justo entonces se iba de vacaciones... Después de comer... Estaba de lo más contento con esa perspectiva... Conque se marchó en seguida... Subió de cuatro en cuatro... Corría a casa de su patrón para dejar el muestrario... Después tenía el tiempo justo para correr a la estación de Orsay y tomar el tren para Dordoña... Se iba por ocho días. Me deseó mucha suerte... Yo le deseé que se divirtiera mucho...

Pero me había dejado bien jodido, aquel capullo, con su historia del campo... Era presa del

desconcierto de pronto. ¡Ah! ¡No iba a dar pie con bola ese día! ¡Estaba absolutamente seguro!... ¡Sólo pensaba ya en retozar, en espacios abiertos, en el campiri! ¡Joder! Me había desmoralizado... De repente me asaltaba el deseo de ver la hierba, los árboles, los arriates... Ya es que no podía contenerme... ¡Me ponía frenético! ¡La puta de oros!... Me dije: «¡Voy a hacer la compra ahora mismo!...». Ya está... «¡Después iría a Buttes-Chaumont!... ¡Lo primero, ahuecar el ala! Volveré justo a las siete... ¡Estaré listo toda la tarde!» ¡Perfecto!...

Corrí a la tienda más próxima... Donde Ramponneau... Pitando... en la esquina de la Rue Etienne-Marcel... una salchichería ejemplar... aún mejor que Carquois... Modelo de lujo y limpieza entonces... Compré los 70 céntimos de jamón... La clase que mi padre prefería, desprovisto, por decirlo así, de gordo... La lechuga la compré en Les Halles, al lado... Los petits suisses también... Hasta me prestaron un recipiente.

Conque me fui pasito a paso hacia el Bulevar Sébastopol, la Rue Rivoli... Ya no podía pensar apenas... Hacía un calor tan asfixiante, que casi no se podía avanzar... Te arrastrabas bajo los soportales... ante los escaparates... Me dije: «Pues, ¡vete al Bois de Boulogne!...». Anduve aún un buen rato... Pero se volvía imposible... En las verjas de las Tullerías torcí... Crucé, entré en los jardines... había ya un gentío que para qué... No era nada fácil encontrar un sitio en la hierba... y sobre todo a la sombra... Estaba de bote en bote...

Me dejé empujar un poco, caí en un declive, al salir de un terraplén, cerca del gran estanque... Estaba fresquito, muy agradable... Pero justo entonces apareció toda una multitud congestionada, una masa compacta, estentórea, sebácea, que chorreaba desde los catorce barrios de los alrededores... Inmuebles enteros que vomitaban toda la pesca sobre los vastos céspedes, todos los inquilinos, las porteras, acosados por la canícula, las chinches y la urticaria... Un tropel de rechifla y chirigota restallantes... Otras hordas se anunciaban, espantosas, chillonas, por los Inválidos...

Intentaron cerrar las verjas, defender los rododendros, el parterre de las margaritas... La caterva todo lo arrasó, todo lo reventó, retorció, descuartizó toda la muralla... Fue un derrumbamiento, una cabalgada sobre los escombros... ¡Lanzaban clamores repugnantes para que la tormenta estallara, por fin, sobre la Concordia!... Como no caía ni una gota, se arrojaron a los estanques, se revolcaron, en oleadas, en pelotas, en paños menores... Los desbordaron, se tragaron hasta la última gota de pañí...

Yo estaba derrengado en el fondo del terraplén herboso, tan ricamente, la verdad... Protegido, en una palabra... Tenía las provisiones, a la izquierda, ahí, a mano... Oí las hordas que machacaban, que afluían contra los parterres... Surgieron otros más y de otros lados... La inmensa cohorte de los sedientos... Ahora una batalla para soplarse el fondo de la charca... Chupaban todos en el lodo, el limo, los gusanos, el fango... Habían excavado, despanzurrado todo alrededor, habían dejado grietas profundas por todos lados. Ya no quedaba ni una brizna de hierba en toda la extensión de las Tullerías... Puro delirio, un cráter despedazado de cuatro kilómetros de radio, rebosante de abismos y borrachos...

En lo más hondo, todas las familias, en busca de sus tajadas en el infierno y en la hoguera de los calores... Salpicaban pedazos de carne, trozos de nalgas, riñones, lejos, por encima de la Rue Royal y hasta las nubes... Un olor despiadado, tripas en orina y tufos de cadáveres, foie-gras bien descompuesto... Se mascaba en la atmósfera... No había modo de escapar... Tres terraplenes inexpugnables a lo largo de las terrazas impedían el paso... Coches de niños apilados hasta un sexto piso...

De todos modos, las cantinelas se confundían en la hermosa noche que caía, por entre los pútridos céfiros... El monstruo de cien mil braguetas, desplomado sobre los mártires, avivaba la música en su vientre... Bebí dos cañas, de gorra... y dos más... y otras dos... total, doce... ¡Listo!... Había gastado los cinco francos... Ya no quedaba ni chavo... Me soplé un litro de blanco... ¡Qué leche!... Y toda una botella de espumoso... ¡Fui a hacer intercambios con la familia del banco!... ¡Ah!... Les troqué por un

camembert... vivito y coleando... ¡mi petit suisse!... ¡Atentos!... ¡Cambié la loncha de jamón por un litro de tinto del país!... Mejor no se puede decir... ¡En ese preciso momento aparecieron violentos refuerzos de los agentes de guardia!... ¡Ah!... qué rostro... ¡Qué ocurrencia más necia!... ¡No consiguieron mover a nadie!... Al instante se vieron desarmados, avergonzados... sacudidos... disminuidos... En un instante los habían mandado a hacer puñetas... Se evadieron... ¡Se esfumaron tras las estatuas!... ¡La masa entró en insurrección! Por la tormenta seguían conspirando... El cráter rugía, zumbaba, atronaba... ¡Proyectaba hasta L'Etoile toda una borrasca de botellas de vino vacías!...

Yo partí en dos y compartí mi lechuga, nos la jalamos así, cruda... Nos hacíamos de rabiar, con las chavalas... Bebí todo lo que se presentaba ahí, en el extremo del banco. ¡Basta de priva!... no quita la sed... calienta la boca incluso... Todo ardía, el aire, los chucháis... Nos habría hecho vomitar, si nos hubiéramos movido, si nos hubiésemos alzado... pero, ¡no había peligro! No podíamos mover ni un dedo... Los párpados me pesaban... la vista se me nublaba... En aquel momento se dejó oír un tierno estribillo... «Sé que eres linda...»

¡Bing! ¡Ca! ¡ra! ¡cla! ¡clac! ¡El farol, el gran globo blanco estalló en pedazos! ¡Una pedrada terrible! ¡drea a las claras! ¡Las chavalas se sobresaltaron! ¡Lanzaron gritos increíbles! Eran los golfos, unos graciosos, cabrones, desde el otro lado de la zanja... ¡Querían noche cerrada!... ¡Ah, qué cabritos, qué infames!... Me tendí contra el menda de al lado... ¡Estaba gordo, el gachó!... ¡Roncaba! ¡Muy chungo!... ¡Ahora!... ¡Ya estaba en mi posición favorita!... ¡Me adormilaba con su música!... ¡Me acunaba!... Creía tener camembert... Eran petits suisses... ¡los vi!... Aún llevaba algunos... ¡No debería haberlos dejado en la caja!... en la caja... Allí estábamos... ¡Y nos quedábamos!... Parecía que se levantaba brisa... Dormía, el petit suisse... ¡Debía de ser tarde!... ¡Y mucho más aún!... ¡Como el queso!... Exacto.

Estaba roncando con ganas... No molestaba a nadie... Me había desplomado en la zanja aún más profunda... Estaba encajonado en la muralla... Y un gilipollas que deambulaba en las tinieblas... fue a tropezar en el vecino. Cayó sobre mí, me aplastó... Me hizo un daño... Entreabrí los acáis... Lancé un alarido feroz... Miré allá abajo, al horizonte... lo más lejos... Vi el reloj... Precisamente el de la Gare d'Orsay... inmenso... ¡Era la una de la mañana! ¡Ah! ¡La madre de Dios! ¡Qué putada! Conque ¡salí de naja! Me di el piro... Tenía dos gachís, una a cada lado, que me despachurraban... Las empujé... Todos sobaban y roncaban en el fondo... Tenía que erguirme... forcejear para volver a casa... Recogí mi bonito terno... Pero ya no encontraba el cuello duro... ¡Mala suerte! ¡Debería haber vuelto a la hora de cenar! ¡Me cago en la leche! Mi puta mala pata, ¡estaba visto! ¡Y también el calor! y, además, es que estaba demasiado atontado, ¡no estaba normal ni mucho menos! ¡Tenía miedo y estaba borracho!... ¡Muy aturdido aún!... ¡Una curda! ¡Qué bruto!

¡Ah! Recordaba el camino, de todos modos... Cogí la Rue Saint-Honoré... la Rue Saint-Roch, a la izquierda... la Rue Gomboust... y entonces recto. Llegué a la verja del Passage... Aún no la habían cerrado, por la temperatura... Estaban ahí todos... en mangas de camisa, despechugados, los vecinos, ante sus tiendas... Se habían quedado en las corrientes de aire... Rajando de una silla a otra... a horcajadas, en el umbral de las puertas... Iba aún ebrio... Dando tumbos, bien se veía... Aquella gente estaba asombrada. Pero, ¡si nunca me había emborrachado!... Nunca me habían visto así... ¡Me increpaban por la sorpresa!... «¿Qué, Ferdinand? ¿Has encontrado una colocación?... ¿Se han orinado los angelitos?... ¿Has visto un ciclón, chaval?...» En fin, boberías... Visios, que estaba enrollando la persiana, me increpó con toda intención... Me dijo así al pasar: «Oye, Ferdinand, tu madre ha bajado por lo menos veinte veces desde las siete a preguntar si te habíamos visto. ¡Te lo juro! ¡No veas cómo está!... ¿Dónde te habías escondido?...».

Conque arreé hacia la tienda. No estaba cerrada... Hortense me esperaba en el pasillito... Debía de

haberse quedado a propósito...

«¡Ah! ¡tendría que ver a su mamá! ¡en qué estado se encuentra! ¡Da pena! ¡Algo espantoso! ¡Desde las seis está que se muere!... ¡Al parecer, ha habido trifulcas en los jardines de las Tullerías! ¡Está segura de que usted estaba allí!... Ha salido esta tarde por primera vez al oír los rumores... ¡Ha visto en la Rue Vivienne un caballo desbocado! ¡Ha vuelto descompuesta! ¡Se le ha helado la sangre en las venas!... ¡Nunca la había yo visto tan nerviosa!...» También Hortense era presa de la zozobra al contármelo... Se secaba la cara empapada en sudor con su gran delantal sucio. Se le quedaba embadurnada de verde, amarillo y negro... Subí los peldaños de cuatro en cuatro... Llegué arriba, a mi cuarto... Mi madre estaba en la piltra, desplomada, completamente fuera de sí, con la blusa desabrochada... las faldas alzadas hasta las caderas... Estaba remojándose otra vez toda la pierna con las toallas-esponja. Formaba con ellas grandes muñequillas, chorreaba por el suelo... «¡Ah!, dijo sobresaltada... «¡Vuelves con vida!» Me creía hecho picadillo...

«¡Tu padre esta hecho una furia! ¡Ah, pobre hombre! ¡Estaba a punto de irse a la comisaría! ¿Dónde has estado?...»

En ese preciso momento, lo vi, a mi padre, salir del retrete. Subió despacio la escalera, iba ajustándose la correa... Arreglándose el apósito en torno a los forúnculos... Primero, no me dijo nada... Hizo incluso como que no me veía... Volvió a su máquina... Tecleaba con un solo dedo... Soplaba como una foca, se enjugaba... Estaba que la palmaba, vamos... Se asfixiaba pero bien... Se levantó... Descolgó de la percha la toalla-esponja... Se remojó toda la jeta con el agua del grifo... ¡No podía más!... ¡Volvió!... Me diqueló otro poco... de reojo... Miró también a mi madre, despatarrada en la cama... «¡Tápate, joder, Clémence!...», le dijo furioso... Una vez más por la pierna... ¡Iba a empezar la sesión otra vez!... ¡Le hacía señas! Creía que yo la miraba así, con las faldas alzadas... Ella no entendía su agitación... Ella era inocente, no tenía pudor... Él alzó ambos brazos hacia el cielo... ¡Estaba indignado, crispado! Ella estaba destapada hasta la barriga... Se bajó por fin las faldas... Cambió un poco de posición... Se dio la vuelta sobre el colchón... Me habría gustado hablar... decir algo para que se disipara el embarazo... Iba a hablar del calor... Se oía a los gatos dándole al asunto... Allá, muy lejos, sobre la vidriera... Persiguiéndose... Saltando por sobre los abismos entre las altas chimeneas...

Nos llegó un soplo de aire... ¡Un auténtico céfiro!... ¡Hosanna!... «¡Ahora refresca!...», observó en seguida mi madre... «¡Huy, Dios mío! ¡ya era hora!... ¿Ves, Auguste?, ¡con la pierna sé con seguridad que va a llover!... ¡No puedo equivocarme!... Siempre es el mismo dolor... Me da tirones detrás del pompis... Es la señal clarísima, absolutamente infalible... ¿Oyes, Auguste? ¡Va a llover!...»

«¡Ah! ¡Cállate ya, leche! ¡Déjame trabajar! ¡Joder! ¿Es que no puedes dejar de cascar continuamente?»

«Pero, ¡si no he hablado, Auguste! ¡Van a dar las dos! ¡Vamos, hijo! ¡y aún sin acostar!»

«¡De sobra lo sé! ¡Cojones! ¡Hostia puta! ¡De sobra lo sé que van a dar las dos! ¿Es culpa mía acaso?... ¡Y darán las tres! ¡Me cago en Dios! ¡Y después las cuatro! ¡Y después las treinta y seis! ¡Y después las doce! ¡No te jode!... ¡Estoy hasta las narices de que me toquen los cojones día y noche!... ¡ya es que no hay derecho!...» Entonces asestó un golpe terrorífico en la máquina, como para aplastar todas las teclas, hundir todo el teclado... Se volvió, muy violento... Entonces se lanzó contra mí... Me atacó con toda decisión: «¡Ah!», me dijo muy alto... Gritaba con ganas, declamaba: «¡Me estáis fastidiando todos! ¿Me oís?... ¡Eso que quede claro! ¡Y tú, cabrito! ¡golfo desvergonzado! ¿Dónde has andado esta vez? ¿Desde las ocho de la mañana? ¿Eh? ¿Me lo quieres decir? ¡A ver! ¡Di, hostias!...».

Al principio no respondí nada... De repente recordé lo que había hecho con la compra... cierto, ¡no traía nada! ¡Huy, la Virgen! ¡Qué pitote!

¡Se me había olvidado el jamón!... Se me había olvidado todo... ¡Entonces comprendí la canción! ¡Huy, la Virgen! «¿Y el dinero que te ha dado tu madre?... ¿Y la compra?... ¿Eh? ¡Ah! ¡Ah!» ¡Estaba exultante!... «¿Ves, Clémence?... ¡Los resultados!... Ya ves lo que has conseguido... ¡Con tu incuria

demente! tu imbécil ceguera... ¡Das armas a ese golfo! ¡Con tu confianza imperdonable!... ¡Tu credulidad idiota!... ¡Le entregas dinero!... ¿Vas a confiarle el bolso?... ¡Dale todo!... ¡Dale la casa!... ¿Por qué no?... ¡Ah! ¡Ah! ¡y eso que te lo había avisado!... ¡Te escupirá en la mano! ¡Ah! ¡Ah! ¡se nos lo ha bebido todo! ¡Se nos lo ha zampado todo!... ¡Apesta a alcohol! ¡Está borracho! ¡Ha pescado la sífilis! ¡Purgaciones! ¡Nos traerá el cólera! ¡Hasta entonces no descansarás tú!... ¡Ah! Bueno, pues, ¡ya recogerás los frutos! Tú misma, ¿me oyes?... ¡Tú lo has querido! ¡El degenerado de tu hijo!... Pues ¡quédatelo! ¡Para ti solita!... ¡Qué suerte la mía, la puta madre de Dios!...»

¡Se sulfuró otra vez!... ¡Se superó! ¡Se hinchó como un gallo!... Se desabrochó toda la delantera de la camisa... Se despechugó...

«¡Me voy a cagar hasta en los clavos de una tabla vieja! ¡Será canalla redomado! ¡No se va a detener ante nada!... ¡De sobra deberías saberlo!... ¡No confiarle nada!... ¡Ni un céntimo! ¡Ni una perra chica!... ¡Me lo habías jurado quince! ¡veinte! ¡cien mil veces!... Pero, ¡tienes que volver a empezar! ¡Ah! ¡eres incorregible!»

Saltó de su taburete... Vino a propósito para insultarme a la cara... Volvió a atravesar toda la habitación. Me escupió sus perdigones en la jeta, estalló con ganas... en mis narices... ¡Era el número del huracán!... Le vi los ojos pegados a mis napias... Hacían visajes muy raros... Le temblequeaban en las órbitas... Una tempestad entre nosotros dos. Farfullaba tan fuerte de rabia, que me inundaba... ¡con sus perdigones! Me nublaba la vista, me dejaba pasmado... Se agitaba con tal energía, que se arrancaba los apósitos del cuello. Pataleaba y volvía a patalear... Cogió carrerilla para ponerme verde... Me echó el guante... Yo le repelí y en el mismo instante hice un quite brutal... Yo también estaba decidido... No quería que me tocara, ese mierda... Eso lo desconcertó un instante...

«¡Ah! ¿conque sí?», me dijo... «¡Huy, huy, huy! ¡Si no fuera porque me contengo!...»

«¡Atrévete!», le dije yo... Notaba que me subía la mala hostia...

«¡Ah! ¡mierdica! ¿Me desafías? ¡Chulito! ¡Asqueroso! ¡Habrase visto insolente! ¡Qué ignominia! ¿Quieres enviarnos al otro barrio? ¿Eh? ¿Es eso lo que quieres? ¡Dilo, anda!... ¡Cobardica! ¡Golfo!...» Me lo escupió así en la cara... Y vuelta a empezar con los exorcismos...

«¡La leche puta! ¡La hostia puta! ¿Qué hemos hecho, hija mía, para engendrar semejante bicho? ¡pervertido como tres docenas de presidiarios!... ¡Canalla sin principios! ¡Vago! ¡La peor calamidad! ¡Inútil! ¡Sólo sirve para saquearnos! ¡Robarnos! ¡El asqueroso! ¡Sangrarnos sin piedad!... ¡Ésa es su gratitud! ¡Por toda una vida de sacrificios! ¡Dos vidas marcadas por la angustia! ¡Nosotros los viejos idiotas! ¡los imbéciles siempre! ¡Siempre nosotros!... ¿Eh? ¡Dilo otra vez! ¡di, inútil apestoso! ¡dilo, anda! ¡Dilo en seguida, que quieres liquidarnos!... ¡Liquidarnos a base de disgustos! ¡de sufrimiento! ¡que te oiga al menos antes de que me remates! ¡Di, granuja asqueroso!»

Entonces se levantó mi madre, se acercó a la pata coja, intentó ponerse en medio...

«¡Auguste! ¡Auguste! ¡Escúchame, hombre! ¡Escúchame! ¡Te lo suplico! ¡Anda, Auguste! ¡Que te va a dar algo! ¡Piensa en mí, Auguste! ¡Piensa en nosotros! ¡Te vas a poner gravemente enfermo! ¡Ferdinand! ¡Tú vete, hijo! ¡sal afuera! ¡No te quedes aquí!...»

No me moví un centímetro. Fue él quien volvió a sentarse...

Se enjugó la frente, ¡refunfuñó!... Tecleó una, dos veces en la máquina... Y luego se puso a berrear otra vez... Se volvió hacia mí, me apuntó con el dedo, me designó... Se puso solemne...

«¡Ah! ¡Sí! ¡Ahora puedo reconocerlo! ¡Cuánto lo lamento! ¡No haber sido bastante enérgico! ¡Lo culpable que soy por no haberte metido en cintura por las malas! ¡La Virgen puta! ¡En cintura! ¡Cuando aún estaba a tiempo! A los doce años, ¿me oyes? ¡A los doce años, no más tarde, habría que haberte encerrado entre cuatro paredes! ¡Ah, sí! ¡No más tarde! Pero, ¡no fui bastante enérgico!... Haberte encerrado en un correccional... ¡Eso es! ¡Allí te habrían hecho entrar en vereda!... ¡No estaríamos así!... Ahora, ¡ya no tiene remedio!... ¡Estamos en manos de la fatalidad! ¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde! ¿Me oyes, Clémence? ¡Pero que demasiado tarde! ¡Este sinvergüenza ya es

incorregible!... ¡Tu madre me lo impidió! ¡Ahora lo vas a pagar, chica!»

Me la señaló... cojeando ahí, entre gemidos, por toda la queli... «¡Tu madre! ¡Sí, tu madre! No estarías aquí hoy, si me hubiera escuchado... ¡Ah! ¡La leche puta, no! ¡Ah! ¡La hostia puta!...»

Volvió a aplastar el teclado... a porrazos con los dos puños... Iba a destruirlo todo, seguro.

«¿Me oyes, Clémence? ¿Me oyes? ¿Es que no te lo dije?... ¿No te lo avisé de sobra? ¡Sabía lo que iba a pasar!»

Iba a estallar otra vez... Volvía a ser presa de la ira... Reventaba... por la jeta y los acáis... Se le quedaban en blanco... Ella ya no se sostenía en pie, a fuerza de tropezar por todos lados. Tuvo que volver a la piltra... Se desplomó... Se levantó todas las faldas... Volvió a enseñar los muslos, el bajo vientre, la raja y el mondongo... Se retorcía de dolor... Se frotaba despacito... estaba encogida...

«¡Ah! ¡pero bueno! ¡tápate! Pero, ¡tápate! ¡qué asco!...»

«¡Ah! ¡por favor! ¡Por favor! ¡Te lo suplico, Auguste! ¡Nos vas a hacer caer enfermos a todos!...» Ya es que no podía más... Ya no sabía lo que decía...

«¿Enfermos? ¿Enfermos?...» ¡Eso lo traspasó como un cohete! ¡Era palabra mágica!... ¡Huy!, pero, ¡la leche! ¡era el colmo! Se echó a reír a carcajadas... ¡Eso sí que era una revelación!... Volvía a armarse la tremolina... «Pero, ¡si es él! ¿Es que no lo ves, inocente?... Pero, si es él, ese chulito... Pero me cago en la leche, ¿cuándo vas a comprender que es él, este golfante de cuidado, quien nos hace caer enfermos a todos? ¡Esa víbora abyecta! Pero, ¡si es él quien nos quiere liquidar! ¡Desde siempre nos acecha! ¡Nos quiere enviar al cementerio! ¡Eso es lo que quiere!... ¡Le estorbamos! ¡Ni siquiera disimula!... ¡Quiere que la palmemos, los viejos!... ¡Es evidente! Pero ¡si es que está claro! ¡y lo más rápido posible! ¡Es increíble! Pero, ¡si es que tiene prisa! ¡Por nuestros cuatro cochinos cuartos! ¡Nuestro humilde pastel es lo que codicia! ¿Es que no lo ves? ¡Pues sí! ¡Pues sí! ¡Sabe lo que hace, ese bribón! ¡Bien que lo sabe, ese cochino! ¡sacamantecas! ¡chulito! ¡Tiene los ojos bien abiertos! ¡Bien que nos ha visto hundirnos! ¡Es tan vicioso como malvado! ¡Puedes creerme! ¡Si tú no lo conoces, yo sí! ¡Aunque sea mi hijo!...»

Volvieron a darle los temblores, se sacudía toda la osamenta, estaba fuera de sí... Crispaba los puños... Su taburete crujía y danzaba... Se concentró, iba a saltar de nuevo. Volvió a soplarme en las narices otras injurias... y muchas otras... Yo también sentía que se me revolvía la bilis... Y, encima, el calor... Me pasé dos manos por la jeró... Entonces, ¡vi todo muy raro de pronto!... Se me nubló la vista... Di un salto... ¡Encima de él! Levanté su máquina, la pesada... La alcé por los aires. ¡Y plac!... de un golpe, ahí, ¡zas!... ¡se la plantifiqué en la cara! ¡No tuvo tiempo de pararla!... La ráfaga lo derribó, ¡todo el tinglado para arriba!... La mesa, el andoba, la silla y toda la pesca a tomar por culo... Cayó al suelo... se desparramó... Yo también me vi envuelto en el baile... Tropecé, me lancé... Ya no podía contenerme... ¡Tenía que rematar, ahí mismo, al cacho capullo ése! ¡Puah! Volvió a caer sobre el montón... ¡Le iba a aplastar el morro!... ¡Para que no volviera a hablar!... Le iba a romper la boca... Lo arrastré por el suelo... Rugía... Berreaba... ¡Vale ya! Le acaricié la carne del cuello... Estaba de rodillas sobre él... Me enredé en los vendajes, se me quedaron las dos manos cogidas. Tiré. Apreté. Seguía piándolas... Pataleaba... Me dejé caer con todo mi peso... Estaba asqueroso... Soltaba gallos... Yo lo machacaba... Lo estrangulaba... Estaba en cuclillas... Me hundí de lleno en la piltrafa... Babeaba... Tiré... Arranqué un buen pedazo de bigote... ¡Me mordió, el guarro!... Le hurgué en los agujeros... Todo pringado... mis manos resbalaban... Se retorció... Se me deslizó de los dedos... Me aferró con ganas en torno al cuello... Me atacó la glotis... Yo apreté más. Le casqué la chola contra las baldosas... Se soltó... Volvió a quedar fláccido... Fláccido bajo mis piernas... Me chupó el pulgar... Siguió chupando... ¡Joder! Alcé la cabeza justo entonces... Vi la cara de mi madre precisamente ahí a la altura de la mía... Me miraba, con ojos desorbitados... Se le dilataban los acáis tanto, que yo ya no sabía ni dónde estaba... Lo solté... ¡Otra cabeza surgió de la escalera!... por encima del hueco... ¡Era Hortense! ¡Seguro! ¡Exacto! ¡era ella! Lanzó un grito prodigioso... «¡Socorro! ¡Socorro!», se

desgañitaba... Me fascinó también ella entonces... Solté a mi viejo... Di un salto... ¡Ya estaba encima de Hortense!... ¡Iba a estrangularla! ¡A ver cómo pataleaba ella! Se desasió... Le pintarrajeé la cara... Le cerré la boca con las palmas... El pus de los forúnculos, la sangre compacta, reventó, le chorreó... Las piaba más fuerte que mi papá... La agarré... Se retorció... Estaba cachas... Yo quería estrangularla también... La sorpresa... Como un mundo oculto que se agita en tus manos... ¡La vida!... Hay que sentirla... Le zurré el cogote a base de golpes tercos contra la barandilla... Retumbaba... Le sangraban los cabellos... ¡Aullaba! ¡Se le había abierto! ¡Le metí un dedo en el ojo!... No la tenía bien cogida... Se zafó... Dio un brinco... Salió de naja... Tenía fuerza... Cayó rodando por las escaleras... La oí vociferar desde fuera... Alborotaba la calle... Sus gritos se oían hasta arriba... «¡Al asesino! ¡Al asesino!...» Oí los ecos, los rumores. De pronto irrumpió una avalancha... jalando por la tienda, bullía abajo en los escalones... Se empujaban en cada piso... Invadían... Oí mi nombre... ¡Ahí estaban! Confabulaban en el segundo... Miré... Ya aparecían. ¡Visios! El primero que asomó... Dio un salto desde la escalera... Ahí estaba, plantado, firme, feroz, resuelto... Me clavó un revólver... En el pecho... Los otros mendas pasaron por detrás, me rodearon, me insultaron, las piaban... Me soltaban amenazas, injurias... El viejo seguía en pleno patatús... Se había quedado desplomado... Un hilillo de sangre le salía de la cabeza... Yo ya no sentía la menor cólera... Estaba indiferente... Se agachó, el Visios, tocó el fardo, mi papá refunfuñó, las pió un poco...

Los otros cabrones me empujaron, me zarandearon, eran los más fuertes... Sumamente brutales... Me proyectaron a la escalera... Ni a mi madre escuchaban... Me metieron a la fuerza en el cuarto de abajo... Recibí todos los golpes, como venían... Ya no me resistía... De todo el mundo, sobre todo en los huevos... Ya no podía responder nada... ¡El más feroz, Visios!... Me dio un patadón en pleno vientre... Tropecé... No me hundí... Seguí ahí, pegado a la pared... Se fueron... Me escupieron otra vez en la cara... Cerraron con llave.

Al cabo de un instante, solo ahí, me entraron temblores. En las manos... las piernas... el rostro... y por dentro... Un telele infame... Auténtico pánico de los riñones... Parecía que todo se despegaba, se piraba en jirones... temblequeaba como en una tormenta, se bamboleaba la osamenta, los dientes castañeteaban... ¡No podía más!... Tenía convulsiones en el jebe... Me cagué en los alares... El corazón najaba por el pecho tan veloz, que yo ya no oía ningún otro ruido... lo que ocurría... Las rodillas se me chocaban... Me tumbé en el suelo cuan largo era... Ya no sabía lo que pasaba... Tenía canguelo... Sentía deseos de gritar... ¿No me lo habría cargado, de todos modos? ¡Qué leche! Me era igual, pero el bul se me cerraba y abría... La contracción... Algo horrible...

Volví a pensar en papá... Chorreaba sudor y del frío, del que se te queda ahí... Me lo tragaba por la nariz... Estaba sangrando... ¡Me había arañado, el maricón!... Yo no había apretado fuerte... No pensaba que fuera tan débil, tan flojo... Vaya sorpresa... estaba asombrado... Era fácil de estrujar... Recordaba cómo me había quedado con las manos atrapadas delante, los dedos... la baba... y cómo me mamaba él... Ya no podía detener el tembleque... Me vibraba toda la carne... ¡Estrujar y ya está! Me tiritaba la mui... ¡Gemía con ganas! Ahora sentía todos los golpes, los porrazos de los otros cabrones... ¡Era insoportable el pavor!... El jebe era el que más me dolía... No cesaba de retorcerse y contraerse... Un dolor atroz.

En el cuarto así cerrado, tendido sobre las baldosas, seguí temblando aún un buen rato, me daba hostias por todos lados... Chocaba contra el armario... Sonaba como castañuelas... Nunca habría imaginado que pudiera tener dentro semejante tormenta... Unos lirones increíbles... Daba saltos como una langosta... Venía del fondo... «¡Me lo he cargado!», me decía... Estaba cada vez más seguro y después en un momento oí como pasos... gente que hablaba del asunto... Y que después empujaban la cama arriba...

«¡Ya está! Lo están transportando...» En otro momento oí su voz... ¡La suya!... ¡Sólo estaba

baldado! «¡He debido aplastarle la chola! ¡No tardará en diñarla!...», me puse a pensar... ¡Iba a ser mucho peor aún!... Seguía en mi cama... Yo oía los muelles... En fin, yo ya no sabía nada. Y después se me revolvió el estómago... Empecé a vomitar... Me apretaba incluso para hacerme devolver... Me aliviaba mucho... Eché hasta las tripas... Me volvió la tiritona... Pataleaba con tal fuerza, que no me reconocía... Me sorprendía a mí mismo... Vomité los macarrones... Volví a empezar, me sentaba mejor que la leche. Como si todo fuera a salir... Eché todo lo que pude por el embaldosado... Hacía esfuerzos para facilitar las contracciones... Me partía en dos para hacerme vomitar aún más y después las flemas y luego espuma... Corría... se extendía hasta por debajo de la puerta... Devolví la jalandria de ocho días antes por lo menos y, además, diarrea... No quería llamar para que me dejaran salir... Me arrastré hasta el jarro que había ante la chimenea... Cagué dentro... Y después no podía mantener el equilibrio... La cabeza me daba vueltas vertiginosas... Volví a desplomarme, solté todo sobre las baldosas... Jiñé otra vez... El derrumbe en plan mermelada...

Debieron de oírme revolver... Vinieron a abrir... Echaron un vistazo al cuarto... Volvieron a cerrar con llave... Diez minutos después tal vez, entró el tío Edouard... Estaba totalmente solo... Yo no me había vuelto a poner los pantalones... Estaba en plena cagalera... Él no tenía miedo de mí... «¡Ahora vuelve a vestirte!», me dijo... «Baja delante, que te vienes conmigo...» Tuvo que darme la mano... Ya no podía abrocharme, con el temblor generalizado... En fin, hice lo que me decía... Pasé ante él para bajar... Ya no había nadie en la escalera, ni en la tienda tampoco. Todo el mundo se había pirado... Debían de haber vuelto a sus casas... Tenían cosas que contar...

En el reloj, allá arriba, bajo la vidriera, eran las cuatro y cuarto... Amanecía ya...

En el extremo del Passage, hicimos levantar al guarda para que abriera la verja. «¿Se lo lleva, entonces?», preguntó a mi tío...

«¡Sí! ¡va a dormir en mi casa!...»

«Bueno, pues, ¡suerte! ¡Que le aproveche, señor mío! ¡Se lleva usted un buena pieza!...», respondió.

Volvió a cerrar tras nosotros y con doble vuelta. Regresó a su queli. Se lo oía de lejos: «¡Pues sí! ¡Está listo ése!»

Fuimos, mi tío y yo, por toda la Rue des Pyramides... Cruzamos las Tullerías... Al llegar al Pont Royal, yo seguía con el tembleque... El viento del río no era cálido precisamente... Conque, mientras avanzábamos, me contó el tío Edouard cómo habían venido a buscarlo... Hortense, al parecer... Estaba ya dormido... No era ahí al lado, su barrio... Más allá de los Inválidos, cerca de la Academia Militar... Rue de la Convention, antes de la Rue de Vaugirard... Yo no me atrevía a preguntarle por otros detalles... Íbamos muy de prisa... Y, además, es que no entraba en calor... Me seguían castañeteando los dientes...

«¡Tu padre ya está mejor!», me dijo en cierto momento... «Pero tendrá que guardar cama dos o tres días más... No va a ir a la oficina... Ha venido el doctor Capron...» Eso es lo único que me dijo.

Cogimos la Rue du Bac y después, a la derecha, hasta el Champ-de-Mars... Estaba en el quinto coño, su queli... Por fin llegamos... ¡Ahí era!... Me enseñó su domicilio, una casita al fondo de un jardín... En el segundo, su queli... Yo no me atrevía a quejarme del cansancio... pero, de todos modos ya es que no me sostenía en pie... Me agarraba a la barandilla. Ahora ya era del todo de día... En el piso volvió a darme un ataque, ¡una náusea terrible! Me llevó él mismo al retrete... Vomité otro buen rato... Volvía otra vez... Sacó una cama-mueble del armario... Quitó un colchón de su cama... Me instaló en otro cuarto... Me dio también una manta... Me desplomé sobre ella... Él me desnudó... Aún escupí un torrente de flemas... Por fin me dormí a trompicones... Me pilló una pesadilla... Dormité con sobresaltos...

Cómo se las arregló el tío Edouard para que mi padre no insistiera más... Me dejara en paz de una

puta vez... Nunca lo supe exactamente... Creo que debió de hacerle comprender que el rollo disciplinario, eso de enviarme a la Roquette, no era tan fetén... ¡Que tal vez no me quedase allí para siempre!... Que quizá me escapara en seguida... a propósito para venir a cepillármelo... y que esa vez sí que le iba a dar el pasaporte de verdad... En fin, ¡se espabiló!... No me hizo confidencias... Ni yo se las pedía.

La casa de mi tío, su vivienda, estaba pero que muy bien situada, era alegre, agradable... Dominaba los jardines de la Rue Vaugirard, la Rue Maublanc... Había hileras de bosquecillos, huertos, delante y detrás... Subía, la madreselva, en torno a las ventanas de las fachadas... Todo el mundo tenía su cuadrito entre las casas, rábanos, lechugas e incluso tomates... ¡y viñas! Me recordaba, todo aquello, mi lechuga... ¡No me había dado suerte! Me sentía muy débil, como si acabara de salir de una enfermedad. Pero en cierto sentido me encontraba mejor. ¡Ya no me sentía acosado, en casa del tío Edouard! ¡Empezaba a respirar otra vez!...

En su alcoba había, de adorno, series enteras de cartulinas, clavadas a la pared en forma de abanico, frescos, guirnaldas... Los Ases del volante... Los Ases del pedal y los Héroes de la aviación... Se los iba comprando todos... Su proyecto final era que formaran un tapiz, cubriesen las paredes enteramente... Ya faltaba poco... Paulhan y su gorrita de piel... Rougier, el de la gran napia torcida... Petit-Breton, Pantorrilla de acero, ¡maillot cebra!... Farman, el Barbas... Santos-Dumont, ¡feto intrépido!... El vizconde Lambert, ¡especialista de la Torre Eiffel!... ¡Latham, el gran desengañado!... La Pantera Negra Mac Namara... ¡Sam Langford, todo muslo!... Y un centenar de otras glorias... ¡también del boxeo, claro está!...

No vivíamos mal... Nos lo montábamos bastante bien... Mi tío, al volver de su business y de las mil gestiones para su bomba, me hablaba de los «sucesos» deportivos... Calculaba todos los riesgos... Conocía todas las debilidades, los tics, las astucias de los campeones... Almorzábamos, cenábamos sobre el hule, preparábamos el papeo juntos... Comentábamos los casos en detalle, las posibilidades de todos los favoritos...

Los domingos nos lo pasábamos bomba... Hacia las diez de la mañana, en la gran Galerie des Machines,[16] era una vista fantástica... Llegábamos muy temprano... Nos apalancábamos allá arriba, en la curva... No nos aburríamos ni un segundo... Le daba a la alpargata la tira, el tío Edouard, toda la semana... Como una ardilla... No iba ni mucho menos como él quería, la historia de la bomba... Tenía incluso muchos problemas con las patentes... No entendía del todo las dificultades... Procedían sobre todo de América... Pero, de buen o mal humor, nunca me echaba sermones... Nunca hablaba de sentimientos... Eso era lo que yo apreciaba mucho en él... Mientras tanto, me alojaba. Seguía instalado en su segundo cuarto. Mi suerte estaba en suspenso. Mi padre no quería volver a verme... Seguía con su farfullar... Lo que le habría gustado, por ejemplo, habría sido que me fuera al ejército... Pero aún no tenía edad... Me enteraba a retazos... Al tío no le gustaba hablar de eso... Prefería hablar de deportes, su bomba, boxeo, utensilios... de cualquier cosa... Los temas candentes le hacían daño... y a mí también...

No obstante, a propósito de mi madre, se volvía un poco más charlatán... Me traía noticias... Ya no podía andar... Yo no tenía demasiadas ganas de volver a verla... ¿De qué habría servido?... Seguía diciendo las mismas cosas... En fin, paso el tiempo... Una semana, después dos, luego tres... No podía eternizarse la cosa... No podía echar raíces... Era amable, mi tío, pero es que... Y, además, ¿cómo vivir? ¿Seguir siempre a su cargo?... No era serio... Hice una pequeña alusión... «¡Ya veremos más adelante!», respondió... No había prisa... Que ya se estaba ocupando él...

Me enseñó a afeitarme... Tenía un aparato especial, sutil y moderno, con el que se podía avanzar en todos los sentidos e incluso al revés... Sólo, que tan delicado, que cambiar la hoja era currelo de ingeniero... Esa maquinilla tan sensible era otro nido de patentes, veinte en total, según me explicó.

Yo preparaba la mesa, iba a buscar las provisiones... Seguí así, en plan de esperar y hacer el vago,

casi mes y medio... dándome la gran vida como una chavala... Nunca había conocido cosa igual... También lavaba los platos. ¡Sin excesos!... Después me iba a pasear donde quería... ¡Así mismo!... ¡Un chollo!... No tenía meta fija... Simples garbeos... Me lo repetía todos los días, antes de salir, el tío Edouard. «¡Vete a pasear!... ¡Anda, Ferdinand! ¡No te ocupes de nada más!... ¡Vete donde te apetezca!... Si te gusta un sitio en particular, ¡ve! ¡Ve, pues! ¡Hasta el Luxembourg, si quieres!... ¡Ah! Si yo no estuviera tan ocupado... Iría a ver jugar al frontón... Me gusta, el frontón... Aprovecha, pues, un poco el sol... Nunca miras nada, ¡eres como tu padre!...» Se quedaba aún un instante. Sin moverse, pensando... Añadió... «Y después vuelves despacito... Esta noche regresaré un poco más tarde...» Me daba, además, unos pocos cuartos, un franco cincuenta, dos francos... «Métete en un cine... si pasas por los bulevares... Deben de gustarte a ti, esas historias...»

Viéndolo tan generoso... y yo, encima, de gorra, empezaba a parecerme feo... Pero no me atrevía a decírselo. Temía demasiado que se molestara... Después de toda la comedia, me andaba con mucho ojo por las consecuencias... Conque esperaría un poco a que llegara la calma por sí sola... Para no ocasionar gastos, me lavaba los calcetines mientras él estaba fuera... En su casa, los cuartos no estaban en hilera, sino bastante alejados unos de otros. El tercero, cerca de la escalera, era curioso, formaba como un saloncito... pero casi sin nada dentro... una mesa en el centro, dos sillas y un solo cuadro en la pared... Una reproducción, pero inmensa, de El ángelus de Millet.» ¡Nunca he visto una mayor!... Ocupaba todo el entrepaño... «Es bonito, ¿eh, Ferdinand?», me preguntaba el tío Edouard, cada vez que pasábamos ante él para ir a la cocina. A veces nos quedábamos un instante contemplándolo en silencio... No hablábamos ante El ángelus... ¡No era los Ases del volante!... ¡No era materia de charla!

Creo que, en el fondo, el tío debía de pensar que me sentaría muy bien admirar semejante obra... Que para una mala hostia como la mía era como una especie de tratamiento... Que tal vez me suavizaría... Pero nunca insistió... Comprendía perfectamente las cosas delicadas... Pero no las comentaba y listo... No era hombre dotado exclusivamente para la mecánica, el tío Edouard... No hay que confundir... Era extraordinariamente sensible, no se puede negar... Por eso incluso estaba cada vez más violento yo... Me preocupaba cada vez más seguir ahí, como un chorra, zampando su papeo... Un chupón con mucho rostro, la verdad... ¡Joder!... Ya bastaba...

Le pregunté una vez más, me arriesgué, si no habría inconveniente para que me pusiera en marcha otra vez... repasara un poco los «anuncios»... «Pero, ¡quédate aquí, hombre!», me dijo... «¿No estás bien? ¿Te preocupa algo, chaval? ¡Vete a pasear! ¡Te sentará mejor!... ¡No te preocupes por nada!... ¡Te meterías en tus líos otra vez!... ¡Yo te encontraré un currelo! ¡Ya me ocupo de sobra! ¡Déjame hacerlo tranquilo! ¡No metas las napias en ese asunto! ¡Aún te acompaña la mala pata! Sólo conseguirías armar un pitote... ¡Aún estás demasiado nervioso! Y, además, es que ya he quedado de acuerdo con tu padre y tu madre... Date más paseos... ¡No va a seguir la cosa siempre así! ¡Vete por las riberas hasta Suresnes! Hombre, mira, ¡monta en el barco! ¡Cambia de aires! ¡No hay nada mejor que ese barco! ¡Bájate hasta Meudon, si quieres! ¡Cambia de ideas!... Dentro de unos días te diré algo... ¡Tendré algo bueno!... ¡Lo presiento! ¡Estoy seguro!... Pero, ¡no hay que forzar las cosas!... ¡Y espero que no me hagas quedar mal!...»

«¡No, tío!...»

Hombres como Roger-Marin Courtial des Pereires no se encuentran así como así... Yo era, lo confieso, demasiado joven aún en aquella época para apreciarlo como debía. En el Génitron, el periódico favorito (veinticinco páginas) de los pequeños inventores-artesanos de la región de París, tuvo mi tío la fortuna de conocerlo un día... En relación, como siempre, con su sistema para la obtención de una patente, la mejor, la más hermética, para toda clase de bombas de bicicleta... Plegables, flexibles o reversibles.

Courtial des Pereires, conviene observarlo en seguida, se distinguía absolutamente del resto de

los humildes inventores... Dominaba desde muy arriba toda la región farfullera de los subscriptores del periódico... Ese magma hormigueante de fracasados... ¡Ah, no! Él, Courtial Roger-Marin, ¡no era ni mucho menos igual! ¡Era un auténtico maestro!... No sólo iban a consultarle los vecinos... Gente de todas partes: de Seine, Seine-et-Oise, subscriptores de provincias, de las colonias... ¡del extranjero incluso!...

Pero, cosa notable, Courtial, en la intimidad, no sentía sino desprecio, asco, apenas disimulable... hacia todos esos chapuceros minúsculos, esos mil pesos muertos de la ciencia, todos esos horteras descarriados, esos mil sastres oníricos, buhoneros de artilugios... Todos esos recaderos atolondrados, siempre expulsados, acosados, caquécticos, empeñados en la perpetua cuadratura de los mundos... locos por el «grifo magnético»... Toda la ínfima pululación de los farfulleros obsesivos... ¡de los descubridores del Mediterráneo!...

Lo hartaban en seguida, sólo de mirarlos un poco, oírlos sobre todo... Se veía obligado a poner buena cara en interés del asunto... Era su rutina, sus habichuelas... Pero era desagradable y penoso... ¡Y si aún hubiera podido callarse!... Pero, ¡tenía que alentarlos! ¡halagarlos! Librarse de ellos con delicadezas... según el caso y la manía... ¡y, sobre todo, sacarles un óbolo!... Se disputaban, todos esos chalados, esos chichirivainas espantosos, para ver cuál saldría antes... ¡Cinco minutos!... Desde su queli... su tenderete... el ómnibus, el sobradillo, justo el tiempo de mear... para lanzarse aún más rápido hacia el Génitron... desplomarse ahí, ante el despacho de Pereires como escapados de prisión... Jadeantes... extraviados... crispados de espanto, a darle de nuevo a la manía... meter a Courtial rollos infinitos... siempre y de todos modos sobre «molinos solares»... la reunión de las «radiaciones bajas»... el retroceso de la cordillera... la traslación de los cometas... mientras quedase un poco de aliento en el fondo de la gaita fantástica... hasta el último coletazo de la infecta osamenta... Courtial des Pereires, secretario, precursor, propietario, animador del Génitron, ¡siempre tenía respuesta para todo y nunca se mostraba apurado, desconcertado ni dilatorio!... Su aplomo, su competencia absoluta, su irresistible optimismo lo volvían invulnerable a los peores asaltos de las peores gilipolleces... Por lo demás, nunca soportaba las controversias largas... Al instante, ponía coto, tomaba en persona el mando de los debates... Lo dicho, juzgado, entendido... ¡lo era por fin y de una puta vez por todas!... No había que volver sobre el asunto... o, si no, se ponía rojo de cólera... Se toqueteaba el cuello duro... Explotaba con perdigones... Por cierto, que le faltaban dientes, tres a un lado... Sus veredictos en todos los casos, los más sutiles, los más dudosos, los más discutibles, se volvían verdades contundentes, galvánicas, irrefutables, instantáneas... Bastaba con que interviniera... Triunfaba con autoridad... ¡Acabado el enredo!

Al menor suspiro divergente, daba rienda suelta a su humor, ¡y el consultante mártir quedaba a la altura del betún!... ¡Chasqueado al instante, despachurrado, descompuesto, sajado, evaporado sin apelación!... Simple fantasía de jinetes árabes, ¡acrobacia sobre volcán!... ¡Veía las estrellas, el pobre descarado!... Courtial era tan imperioso, en un caso así, cuando montaba en cólera, que habría hecho encogerse en su bolsillo al más insaciable maníaco, lo habría hecho disolverse al momento en un agujero de ratón.

No era grueso Courtial, sino vivaz y breve, bajito pero cachas. Anunciaba su edad varias veces al día... Tenía cincuenta castañas cumplidas... Se mantenía en forma gracias a los ejercicios físicos, las pesas, mazas, barras fijas, trampolines... que practicaba con regularidad y sobre todo antes de almorzar, en la trastienda del periódico. Se había habilitado allí un auténtico gimnasio entre dos tabiques. Era angosto, lógicamente... No obstante, evolucionaba en los aparatos tal cual... En las barras... con facilidad asombrosa... Era la ventaja de su talla, que giraba de maravilla... Cuando chocaba, por ejemplo, e incluso con fuerza, era cuando se lanzaba en las anillas... ¡Conmovía el cuchitril como un badajo de campana! ¡Baúm! ¡Baúm! ¡Se oía, su acrobacia! Nunca lo vi, cuando más arreciaba el calor, quitarse una sola vez los alares ni la levita ni el cuello duro... Sólo los manguitos y

la corbata con el nudo ya hecho.

Tenía, Courtial des Pereires, una razón importante para mantenerse en perfecta forma. Debía conservar cuidadosamente el físico y la agilidad. Lo necesitaba profundamente... Además de ser inventor, autor, periodista, montaba con frecuencia en globo... Hacía exhibiciones... Los domingos sobre todo, en las fiestas... Casi siempre salía bien, pero a veces había follón, emociones poco comunes... ¡Y no era eso todo!... De cien formas distintas, su existencia tan peligrosa, cuajada de imprevistos, le reservaba sorpresas... ¡Siempre había sido así! ¡Era su carácter!... Me explicó lo que quería...

«¡Los músculos, Ferdinand, sin la inteligencia no están ni al nivel del caballo! ¡Y la inteligencia, cuando ya no quedan músculos, es como electricidad sin pila! ¡Ya es que no sabes dónde meterla! ¡Se va haciendo pipí por todos lados! Un despilfarro... ¡La diarrea!...». Ésa era su opinión. Por lo demás, había escrito sobre ese mismo tema algunas obras muy convincentes: La pila humana y su conservación. Era de lo más «culturista» y mucho antes de que existiera esa palabra. Quería una vida diferente... «¡No quiero acabar como papel mojado!» Así me hablaba.

Le gustaban los globos a él, era aeronauta casi de nacimiento, desde su primerísima juventud con Surcouf[17] y Barbizet... ascensiones muy instructivas... ¡Hazañas, no! ¡ni pruebas de resistencia! ¡ni marchas extenuantes! ¡No! ¡nada llamativo, asombroso! ¡insólito! ¡Le horrorizaban las payasadas en la atmósfera!... ¡Simples vuelos ilustrativos! ¡ascensiones instructivas!... ¡Siempre científicas!... Era su fórmula absoluta. Venía bien para su periódico, completaba su acción. Cada vez que ascendía, traía nuevos subscriptores. Tenía un uniforme para subir a la barquilla, tenía derecho innegable como capitán de tres galones, aeronauta «federativo, titulado, registrado». Sus medallas eran incontables. Sobre el terno, los domingos, formaban como un caparazón... A él se la traían floja, no era dado a la ostentación, pero para la asistencia contaban, se requería decoro.

Hasta el final siguió defendiéndolos resuelto, Courtial des Pereires, los «mucho más ligeros que el aire». ¡Ya estaba pensando en los helios! ¡Llevaba treinta y cinco años de adelanto! ¡No es moco de pavo! El Animoso, su veterano, su gran globo personal, descansaba entre salidas en el propio sótano de la oficina, en el 18 de la Galerie Montpensier. Por lo general, sólo lo sacaba los viernes antes de la cena para preparar los aparejos, remendar toda la trama con infinitas precauciones, los pliegues, las cubiertas, los bramantes llenaban el gimnasio en miniatura, la seda se hinchaba con las corrientes de aire.

Él tampoco cesaba nunca, Courtial des Pereires, de producir, imaginar, concebir, resolver, pretender... Su genio le dilataba con ganas la chola de la mañana a la noche... Y, además, es que ni siquiera de noche hacía un alto... Tenía que aferrarse con fuerza para resistir el torrente de ideas... Mantenerse en guardia... Era su tormento sin par... En lugar de adormecerse como todo el mundo, las quimeras lo perseguían, ¡acariciaba otras chifladuras, nuevas manías!... ¡Zas!... ¡La idea de dormir se desvanecía!... ya es que resultaba imposible de verdad... Habría perdido el sueño por completo si no se hubiera rebelado contra toda la afluencia de hallazgos, contra sus propios ardores... ¡Esa doma de su genio le había costado más esfuerzos, esfuerzos de verdad sobrehumanos, que todo el resto de su obra!... ¡Me lo repitió muchas veces!...

Cuando resultaba, pese a todo, vencido, tras mucho resistir, cuando se sentía como desbordado por sus propios entusiasmos y empezaba a ver doble, triple... a oír voces extrañas... ya no había sino un medio de reprimir esas virulencias, recuperar el compás, el buen humor, ¡hacer una ascensión curiosita! ¡Se marcaba una vuelta por las nubes! Si hubiera tenido más tiempo libre, habría subido mucho más a menudo, casi todos los días, en una palabra, pero era incompatible con la marcha de su periódico... Sólo podía subir los domingos... Y ya entonces era complicado... ElGénitron lo acaparaba, ¡tenía que hacer guardia! No había que andarse con bromas... Los inventores no son guasones...

¡Siempre disponible! Se entregaba a ello con valor, nada le hacía perder el celo, ni desconcertaba su picardía... ni el problema abracadabrante, ni el colosal, ni el ínfimo... Hacía muecas, pero lo digería todo... Desde el «queso en polvo», el «azul sintético», la «valva con báscula», los «pulmones de ázoe», el «navío flexible», el «café con leche comprimido», hasta el «muelle kilométrico», para substituir los combustibles... Ninguno de los progresos esenciales, en esferas tan diversas, entró en la vía práctica, sin que Courtial tuviera ocasión, en numerosos casos, a decir verdad, de demostrar sus mecanismos, subrayar sus imperfecciones y también revelar, implacable siempre, sus debilidades vergonzosas y sus taras, riesgos y lagunas.

Todo ello le granjeó, naturalmente, envidias muy terribles, odios sin cuartel, rencores tenaces... Pero se mostraba insensible a esas contingencias insubstanciales.

Mientras él sostuvo la pluma en el periódico, no se declaró válida, ni viable siquiera, revolución tecnológica alguna antes de que él la hubiera reconocido como tal, la hubiese avalado ampliamente en las columnas del Génitron. Eso da una ligera idea de su autoridad real. En una palabra, tenía que dotar cada invento capital con su comentario decisivo... ¡Les daba, mejor dicho, la «autorización»! Asunto de tomar o dejar. ¡Si Courtial declaraba en la portada que la idea no era válida! ¡Huy, huy! ¡funambulesca! ¡heteróclita! ¡que dejaba mucho que desear!... ¡la causa estaba vista para sentencia! ¡El trasto ese no se recuperaba!... El proyecto se hundía. En cambio, si se declaraba absolutamente favorable... el furor no se hacía esperar... Todos los subscriptores acudían pitando...

En su almacén-oficina, que daba a los jardines, al abrigo de las arcadas, Courtial des Pereires, gracias a sus doscientos veinte manuales totalmente originales, difundidos por todo el mundo, gracias al Génitron periódico, participaba, así, de forma perentoria e incomparable, en el movimiento de las ciencias aplicadas. Ordenaba, encauzaba, decuplicaba las innovaciones nacionales, europeas, universales, ¡toda la gran fermentación de los humildes inventores «registrados»!...

Por supuesto, aquello no funcionaba por sí solo, tenía él que atacar, defenderse, precaverse contra las guarradas. Magnificaba, machacaba, imprevisiblemente por cierto, mediante la palabra, la pluma, el manifiesto, la confidencia. Un día, entre otros, en Toulon, hacia 1891, había provocado un amago de motín con una serie de charlas sobre «la orientación telúrica y la memoria de las golondrinas»... Destacaba, desde luego, en el resumen, el artículo, la conferencia, en prosa, en verso y a veces, para intrigar, en retruécanos... «Todo por la instrucción de las familias y la educación de las masas», tal era la gran divisa de todas sus actividades.

Génitron, polémicas, invenciones, aerostatos, era la gama de sus móviles, inscritos, por lo demás, en su casa, por todos lados, en todas las paredes de sus despachos... en el frontispicio, en el escaparate... ¡no había error posible! Las más recientes, las más complejas, liosas controversias, las más arduas, más sutilmente ingeniosas teorías, físicas, químicas, electrotérmicas o de higiene agrícola, se rendían, se apergaminaban como orugas a la orden de Courtial sin retorcerse más... Se las cargaba, las desinflaba en un dos por tres... Se les veía de inmediato el esqueleto, la trama... Era una inteligencia tipo rayos X... Le bastaba una hora de esfuerzos y furiosa aplicación para reducir de una vez por todas las peores paridas, las más pretenciosas cuadraturas, al nivel del Génitron, de la mollera más hostil de los capullos más calamitosos, del más confuso de los subscriptores. Era un currelo mágico que bordaba magistralmente, la síntesis explicativa, perentoria, irrecusable, de las peores hipótesis descabelladas, las más ergotizantes, alambicadas, insubstanciales... Habría hecho pasar con convicción todo un rayo por el ojo de una aguja, lo habría hecho jugar en un mechero, todo un trueno en una flauta. Tal era su destino, su preparación, su cadencia, meter el universo en una botella, cerrarla con un tapón y después contárselo todo a las multitudes... ¡Por qué! ¡y cómo!... Yo mismo me espantaba, más adelante, cuando vivía con él, ante lo que llegaba a captar en una jornada de veinticuatro horas... mediante simples retazos y alusiones... Para Courtial nada era obscuro, por un lado estaba la materia, siempre holgazana y berberisca, y, por el otro, la inteligencia para comprender

entre líneas... ¡El Génitron: invención, hallazgo, fecundidad, luz!... Ése era el subtítulo del periódico. Con Courtial se trabajaba bajo la égida del gran Flammarion, su retrato con dedicatoria ocupaba el centro del escaparate, se lo invocaba como a Dios, a la menor impugnación, ¡por un sí o un no! Era el recurso supremo, la providencia, el sursuncorda, se juraba sólo en su nombre y también un poco en el de Raspail. Courtial había dedicado doce manuales sólo a las síntesis explícitas de los descubrimientos astronómicos y cuatro manuales sólo al genial Raspail, a las curaciones «naturalistas».

Fue una idea excelente la que tuvo, en una palabra, el tío Edouard un día, de acudir en persona al Génitron para tantear un poco el terreno a propósito de un empleíllo. Tenía otro motivo, iba a consultarle sobre su bomba de bici... Conocía a des Pereides desde hacía mucho, desde la publicación de su septuagésimo segundo manual, el más leído de todos, el más difundido en el mundo, el que más gloria, celebridad magnífica, le había granjeado: La bicicleta y sus accesorios, sus níqueles, para todos los climas de la Tierra, por la suma total de diecisiete francos noventa y cinco céntimos. El opúsculo iba, en la época de que hablo, ¡por la tricentésima edición de Berdouillon y Mallarmé, en el Quai des Augustins, editores especializados!... El favor, el entusiasmo universales suscitados desde la aparición de esa obrita trivial difícilmente pueden imaginarse en nuestros días... No obstante, La bicicleta y sus accesorios de Courtial des Pereires representó hacia 1900, para el ciclista neófito, como un catecismo, un libro «de cabecera», la «Suma»... Por lo demás, Courtial sabía hacer, y de modo muy pertinente, su propia crítica personal. ¡No se embriagaba por tan poco! Su celebridad en aumento le valió, evidentemente, un correo cada vez más masivo, otras visitas, importunos más tenaces, nuevos incordios, polémicas más ácidas... ¡Muy pocas alegrías!... Acudían a consultarlo de Greenwich y de Valparaíso, de Colombo, de Blankenberghe, sobre los diversos problemas del sillín «oblicuo» o «flexible», sobre el agotamiento de las bolas... la grasa para los ejes... la mejor dosificación hídrica para hacer inoxidables los manillares... Gloria por gloria, no podía hacer ascos a la que debía a la bicicleta. Desde hacía treinta años, diseminando así por el mundo la simiente de sus opúsculos, había redactado muchos otros manuales, y de los más felices, y síntesis explicativas de gran valor y envergadura... En una palabra, a lo largo de su carrera había explicado virtualmente todo... Las más altivas, las más complejas teorías, las peores imaginaciones de la física, química, de las «radiopolaridades» nacientes... La fotografía sideral... Todo lo había tratado más o menos, a fuerza de escribir. Sentía, por eso mismo, una gran desilusión, auténtica melancolía, una sorpresa muy deprimente, por verse así preferido, lisonjeado, glorificado, ¡por charlas sobre cámaras de aire y astucias de «piñones dobles»!... Personalmente, y para empezar, detestaba la bici... Nunca había aprendido a montar, nunca había montado... Y, en punto a mecánica, mucho peor aún... Nunca había podido desmontar una rueda, ¡ni la cadena siquiera!... No sabía hacer nada con las manos, aparte de la barra fija y el trapecio... Era de lo más torpe, como treinta y seis hipopótamos, la verdad... Para clavar torcido un clavo se desbarataba al menos dos uñas, se hacía papilla todo el pulgar; en cuanto tocaba un martillo se hacía una carnicería. Por no hablar de tenazas, claro está, habría arrancado el lienzo de pared... el techo... la queli entera... No habría quedado nada a su alrededor... No tenía ni pizca de paciencia, su inteligencia iba demasiado rápida, demasiado lejos, era demasiado intensa y profunda... En cuanto se le resistía la materia, se marcaba una epilepsia... Acababa en papilla... Sólo mediante la teoría solucionaba bien los problemas... Tocante a práctica, personalmente sólo sabía levantar pesas y sólo en la trastienda... y, además, trepar a la barquilla los domingos y lanzar su «suelten amarras»... y después caer rodando como una bola... Como se pusiera a hacer una chapuza con sus propios dedos, acababa en desastre. En cuanto movía un objeto, al instante lo mandaba al suelo, lo volcaba o lo torcía, o se lo metía en el ojo... ¡No se puede ser experto en todo! Por fuerza hay que conformarse... Pero entre el inmenso surtido de sus obras, había una muy especial, de la que estaba muy orgulloso... Era su punto sensible de verdad... Bastaba mencionarlo para que se estremeciera al instante... Había que

recordarlo con frecuencia para que te tratara como amiguete. En punto a «síntesis», era una joya sin par, se puede decir bien en serio... un éxito extraordinario... «¡La obra completa de Auguste Comte reducida al formato estricto de una "oración positiva" en veintidós versículos acrósticos!...»

Por esa obra prodigiosa, lo habían festejado, en seguida, por toda América... la latina... como renovador inmenso. La Academia Uruguaya, reunida en sesión plenaria unos meses después, lo había elegido por aclamación Bolversatore Savantissima con el título correspondiente de «Miembro vitalicio»... Montevideo, la ciudad, no le fue a la zaga y lo nombró, el mes siguiente, Citadinis Eternatis Amicissimus. Courtial había esperado que con semejante sobrenombre y en vista de ese triunfo, conocería otra gloria, de tipo un poco más excelso... podría lanzarse a altos vuelos... Asumir la dirección de un movimiento filosófico ilustre... «Los Amigos de la Razón Pura»... ¡Y resulta que no! ¡De eso, nasti! ¡Por primera vez en su vida se había metido el dedo en el ojo! Había patinado por completo... El gran renombre de Auguste Comte se exportaba bien a los antípodas, pero, ¡no volvía a cruzar el mar! Se adhería a la Plata, indeleble, indespegable. No volvía más al redil. Seguía siendo «para americanos» y eso que durante meses, y más meses, había intentado lo imposible... Había hecho todos los esfuerzos en el Génitron, había llenado columnas y más columnas, para infundir en su «oración» un gustillo irresistible y muy francés, la había reducido a «jeroglíficos», la había vuelto del revés como una blusa, la había salpicado de modestos halagos... la había hecho revanchista... corneilliana... agresiva y, además, afectada... ¡Esfuerzo inútil!

El propio busto de Auguste Comte, por mucho tiempo situado en posición elevada, no gustaba a los clientes, a la izquierda del gran Flammarion, hubo que suprimirlo. Era perjudicial. Los subscriptores refunfuñaban. No les gustaba Auguste Comte. Al contrario que Flammarion, que les parecía popular de verdad, Auguste no molaba. Daba mala pata al escaparate... ¡Así era! ¡Estaba visto!

Courtial, algunas tardes, mucho después, cuando lo castigaba la murria un poco, pronunciaba palabras extrañas...

«Un día, Ferdinand, me iré... Me iré al cuerno, ¡ya verás! Muy lejos... Solo... ¡Por mis propios medios!... ¡Ya verás!...»

Y después se quedaba como pensativo... Yo no quería interrumpirlo. Volvía a venirle de vez en cuando... Me intrigaba mucho, de todos modos...

Antes de entrar en casa de des Pereires, mi tío Edouard, para colocarme, había intentado lo imposible, había removido Cielo y Tierra, no se había detenido ante nada, había movido ya con todos los hilos... Por cada casa en que pasaba hablaba de mí en términos muy elogiosos... pero no daba resultado... Desde luego, me conservaba de muy buen grado en su casa de la Convention, pero, en fin, no era rico... ¡no podía seguir así siempre! No era justo que yo le gorroneara... Además, ocupaba sitio en su domicilio... no era demasiado grande su queli... aunque fingiese dormir, cuando se traía a una chati... de puntillas... seguro que lo estorbaba, de todos modos.

En primer lugar, era muy púdico por temperamento. Y, además, en ciertos casos, nadie lo hubiera dicho, de lo más tímido... Por ejemplo, con Courtial, aun después de meses de relaciones, todavía no se mostraba desenvuelto. Lo admiraba sinceramente y no se atrevía a pedirle nada... Había esperado antes de hablarle de mi historia... y, sin embargo, se moría de ganas... Se sentía como responsable... de que yo siguiera así, colgado... sin la menor colocación...

Un día, por fin, se atrevió... Bromeando, como quien no quiere la cosa, hizo la preguntita... Si no necesitaría por casualidad, para su oficina de inventos, o para su aeronáutica, un secretario principiante... El tío Edouard no se engañaba sobre mis aptitudes. Se había dado perfecta cuenta de que en los currelos normales me defendía francamente mal. Veía la situación con bastante claridad. Que para mi estilo y mi equilibrio lo más indicado sería algo «fuera», especie de astucias caprichosas, trapicheos. Con Courtial y sus chismes problemáticos, sus tejemanejes a distancia, tenía posibilidades

de arreglarme... Así le parecía.

Courtial se teñía los cabellos de negro ébano y el bigote y la perilla se los dejaba grises... Eran rebeldes como los de un gato y las cejas pobladas, más agresivas aún, claramente diabólicas, sobre todo la izquierda. Tenía pupilas ágiles en el fondo de las cuencas, ojillos siempre inquietos, que se quedaban fijos de pronto, cuando se le ocurría una travesura. Entonces se cachondeaba con ganas, sacudiendo fuerte toda la tripa, se golpeaba los muslos con fuerza y después se quedaba como paralizado por la reflexión, un segundo, como admirando la ocurrencia...

Había sido él, Courtial des Pereires, quien había obtenido en Francia el segundo permiso de conducir para automóviles de carreras. Su diploma en marco de oro y su foto «de joven», al volante del monstruo con la fecha y los sellos, los teníamos por encima del escritorio. Había acabado trágicamente... Me lo contó con frecuencia:

«¡Tuve potra!», reconocía. «¡Te lo aseguro! Estábamos llegando al Bois-le-Duc... ¡una carburación espléndida!... No quería siquiera aminorar la marcha... Vi a la institutriz... en lo alto del terraplén... Me hacía señas... Había leído todas mis obras... Agitaba la sombrilla... No quise ser maleducado... Frené a la altura de la escuela... ¡Al instante me vi rodeado, festejado!... Trinqué... No debía parar antes de Chartres... dieciocho kilómetros más... El último control... Invité a aquella joven... Le dije: “Suba, señorita... ¡suba a mi lado! ¡Siéntese!”. Vaciló, titubeó, la chati, coqueteó un poco... Yo insistí... Fue y se instaló... Arrancamos... Desde la mañana, a cada control, sobre todo por Bretaña, venga sidra y más sidra... Mi mecánica vibraba muy fuerte, carburaba perfectamente... Ya no me atrevía a reducir la velocidad... Y, sin embargo, ¡tenía unas ganas!... Al final, ¡tuve que ceder!... Conque frené de nuevo... Paré, me levanté, salté, divisé un matorral... ¡Dejé a la bella al volante! Le grité de lejos: “¡Espéreme! ¡Un minuto y vuelvo!...”. Apenas me había rozado la bragueta, ¡cuando me vi, miré usted, sacudido! ¡Arrancado! ¡Propulsado espantosamente! ¡como una paja por la borrasca! ¡Baúm! ¡Tremendo! ¡una detonación increíble!... Los árboles, el follaje cercanos quedaron arrancados, segados, ¡aspirados por la tromba! ¡El aire se inflamó! Acabé en el fondo de un cráter y casi desvanecido... ¡Me palpé!... ¡Me erguí!... ¡Trepé hasta la carretera!... ¡Vacío absoluto! ¿El coche? ¡Vacuum, amigo mío! ¡Vacuum! ¡Ni rastro! ¡Evaporado!... ¡Fulminado! ¡Literalmente! Las ruedas, el chasis... ¡Roble!... ¡pino! ¡calcinados!... Todo el armazón... ¡Como se puede usted imaginar! Recorrí los alrededores, ¡fui de un montículo a otro! ¡Cavé! ¡Hurgué! ¡Rastros por aquí, por allá! unas ramitas... ¡Un trocito de abanico, una hebilla de cinturón! Uno de los tapones del depósito... ¡Una horquilla! ¡Y nada más!... ¡Un diente del que nunca había estado seguro!... ¡La investigación oficial no resolvió nada!... ¡Nada elucidó!... Era de prever... Las causas del tremendo incendio seguirán siendo misteriosas por siempre jamás... Casi dos semanas después, a seiscientos metros del sitio, se encontró en el estanque, y tras muchos rastreos por cierto, un pie desnudo de aquella señorita medio roído por las ratas.

»A mí, por mi parte, sin que esté absolutamente seguro, una de las numerosas hipótesis que se lanzaron entonces para explicar aquella ignición, la detonación tan terrible, tal vez podría satisfacerme en último caso... El avance imperceptible de uno de nuestros “fusibles alargados”... Pensándolo bien, ¡bastaba que, por efecto de los baches, las sacudidas sucesivas, esa varillita de minio vibrara por azar aunque sólo fuese por espacio de un segundo! ¡Una décima de segundo! contra las boquillas de la gasolina... ¡Explosión instantánea!... ¡una melinita prodigiosa! ¡El obús vivo!... Tal era, amigo mío, la precariedad del sistema. Volví a aquel lugar, mucho después de la catástrofe... ¡Aún olía a quemado!... Por lo demás, en aquella fase crítica del progreso de los automóviles, ¡se observaron en muchas ocasiones explosiones tan fantásticas casi tan destructivas! ¡en pulverizaciones totales! ¡Diseminaciones atroces! ¡Propulsiones gigantescas!... Sólo podría compararlas en ultimísima instancia con las súbitas deflagraciones de ciertas hogueras de aire líquido... ¡Y aun así!... ¡Tendría mis reservas!... En efecto, ¡éstas son triviales! Totalmente explicables... ¡De cabo a rabo! ¡Ni la menor

duda! ¡Ningún enigma! ¡Mientras que sigue existiendo casi el mismo misterio respecto a las causas de mi tragedia!... ¡Hay que reconocerlo con toda modestia! Pero, ¿qué importa hoy? ¡Nada!... ¡Hace muchísimo tiempo que ya no se utilizan los “fusibles” alargados! ¡No nos rezaguemos a propósito!... Otros problemas nos requieren... ¡Mil veces más originales! ¡Qué lejos está todo eso, amigo mío! ¡Ya no se trabaja con “minio”! ¡Nadie!...»

Courtial no había adoptado, como yo, en su vestimenta el cuello de celuloide... Tenía su sistema propio para volver indesgastables, inensuciables, impermeables, los cuellos de palomita en tela normal... Era una especie de barniz del que se daban dos o tres manos... Resistía durante seis meses por lo menos... protegido de las manchas del aire y los dedos, de las transpiraciones. Era un barniz muy bonito a base de celulosa pura. Él conservaba su cuello de palomita, el mismo, desde hacía dos años. ¡Por pura y simple coquetería volvía a pintarlo todos los meses! ¡otro enlucido! Le daba la pátina, el tono, el propio oriente, de los marfiles antiguos. Lo mismo la pechera. Ahora, que, muy al contrario de lo que aseguraba el folleto, los dedos se marcaban con toda claridad en el cuello enlucido... ¡Dejaban grandes manchas superpuestas unas sobres otras! Formaban un Bertillon[18] total, aún no estaba perfeccionado. Lo reconocía él mismo de vez en cuando. También le faltaba un nombre para titular aquella maravilla. Ya lo pensaría, llegado el momento.

¡Altura no le sobraba precisamente, a Courtial des Pereires, lo que se dice nada! Ni un centímetro... Se ponía tacones muy altos, era delicado, por lo demás, tocante a zapatos... Siempre empeines de paño beige y botoncitos de nácar... Sólo, que era como yo, le rugían con ganas los pinreles... Llegado el sábado por la tarde, no había quien lo jumeara... El domingo por la mañana se lavaba, ya me había avisado. Durante la semana, no tenía tiempo. Yo lo sabía... A su mujer yo no la había visto yo nunca, él me contaba sus hechos y gestas. Residían en Montretout... Tocante a pies, no era el único... Era el terror en la época... Cuando llegaban inventores, sudando a mares, casi siempre de muy lejos, resultaba difícil, la verdad, escucharlos hasta el final, aun con la puerta abierta de par en par al gran jardín del Palais... Lo que llegabas a jumear en ciertos momentos era increíble... Ya es que me asqueaban mis propios pinreles.

Las oficinas del Génitron, tocante a desorden espantoso, absoluta leonera, follón total, es que no había nada peor... Desde el umbral de la tienda hasta el techo del primero, todos los escalones, las rugosidades, los muebles, las sillas, los armarios, patas arriba, enterrados bajo los papeluchos, los folletos, todos los invendidos al retortero, un revoltillo trágico, todo agrietado, descascarillado, toda la obra de Courtial estaba allí, en desorden, en pirámides, barbecho... Ya no se veía el diccionario, los mapas de los tratados, las memorias oleográficas, en el túmulo repugnante. Entrabas a la buena de Dios, buscando a tientas el camino... te hundías en el basural, una sentina con escapes... en el acantilado tembloroso... ¡Todo se desplomaba de pronto! ¡Toda una catarata de repente!... ¡Los planos, los diseños delirantes! ¡los diez mil kilos garrapateados te caían en la jeta!... Aquello desencadenaba otras avalanchas, un desplome espantoso de toda la papelería borboteante sobre un huracán de polvo... un volcán hediondo de inmundicias... Cada vez que se vendía por valor de cinco francos, ¡el dique amenazaba con quebrarse!...

Él, sin embargo, no se alarmaba... Ni siquiera le parecía terrible, no sentía el menor deseo de cambiar el estado de cosas, modificar su método... ¡Ni mucho menos! Se encontraba a las mil maravillas en aquel caos vertiginoso... Nunca tardaba demasiado en buscar el libro que quería coger... Metía mano ahí dentro con toda seguridad... A saco en cualquier montón... Salían volando todos los detritos, cuando hurgaba con vigor en pleno montículo, pillaba con precisión el lugar exacto del libro... Todas las veces era un milagro... En muy raras ocasiones se equivocaba... Tenía sentido del desorden... Compadecía a todos los que no lo tenían... ¡El orden está en las ideas! En la materia, ¡ni rastro!... Cuando yo le señalaba modestamente que me resultaba pero que imposible orientarme en aquel follón y vértigo, entonces era él quien se volvía como una fiera y me ponía verde... No me

dejaba respirar siquiera... Se lanzaba a la ofensiva... «Evidentemente, Ferdinand, ¡no te pido lo imposible! Tú nunca has tenido instinto, curiosidad esencial, deseo de aprender... ¡Aquí! ¡la verdad! ¡no te faltan libros precisamente!... ¿No te has preguntado nunca, amigo mío, cómo es el cerebro?... ¿El aparato que te hace pensar? ¿Eh? ¡No, padre! ¡Claro! ¡eso no te interesa lo más mínimo! ¿Prefieres mirar a las chicas? Conque, ¡no puedes saber! ¡Convencerte con toda facilidad y al primer vistazo sincero de que el desorden es, amigo mío, la esencia misma de tu propia vida! ¡de todo tu ser físico y metafísico! Pero, ¡es tu alma, Ferdinand! millones, trillones de pliegues... intrincados en las profundidades, en materia gris, alambicados, sumergidos, subyacentes, evasivos... ¡Ilimitados! ¡Ésa es la armonía, Ferdinand! ¡Toda la naturaleza! ¡una huida a lo imponderable! ¡Y nada más! ¡Pon en orden, Ferdinand, tus modestos pensamientos! ¡Comienza por ahí! No por substituciones hipócritas, materiales, negativas, obscenas, ¡me refiero a lo esencial! ¿Te vas a precipitar, por ese motivo, a corregir el cerebro, limpiarlo, mutilarlo, constreñirlo con reglas obtusas? ¿con cuchillo geométrico? ¿recomponerlo con las reglas de tu mortificante necedad?... ¿Organizarlo todo en rajas? ¿como un roscón de Reyes? ¡con una sorpresa en el medio! ¿Eh? Te lo pregunto. ¡Con toda franqueza! ¿Serviría de algo? ¿tendría sentido? ¡El colmo! ¡En ti, Ferdinand, claro está! ¡el error colma el alma! Hace de ti lo que de tantos otros: ¡un "cero a la izquierda" unánime! ¡A costa del mayor desorden instintivo, Ferdinand! ¡Ideas prósperas!... ¡Todo a ese precio, Ferdinand! Pasado el momento, ¡no hay salvación!... ¡Te quedas, me temo, para siempre en tu basura de la razón! ¡Peor para ti! ¡Tú eres el gilipollas, Ferdinand! ¡miope! ¡ciego! ¡absurdo! ¡sordo! ¡manco! ¡zoquete!... Tú eres quien manchas mi desorden con tus reflexiones, tan perversas... ¡En la armonía, Ferdinand, radica la última alegría del mundo! ¡La única liberación! ¡La única verdad!... ¡La armonía! ¡Encontrar la armonía! ¡Eso es!... ¡Esta tienda está en ar-mo-ní-a!... ¿Me oyes? ¿Ferdinand? como un cerebro, ¡no más! ¡En orden! ¡Puah! ¡En orden! ¡Olvida esa palabra! ¡esa cosa! ¡Acostúmbrate a la armonía! ¡y la armonía será contigo! Y encontrarás todo lo que buscas desde hace tanto en los caminos del mundo... ¡Y mucho más aún! ¡Muchas otras cosas! ¡Ferdinand! ¡Un cerebro, Ferdinand! ¡encontraréis todos! ¡Sí! ¡El Génitron! ¡Es un cerebro! ¿Está bastante claro? ¿No es lo que tú deseas? ¿Tú y los tuyos?... ¡Una vana emboscada de casilleros! ¡Una barricada de folletos! ¡Una vasta empresa mortificante! ¡Una necrópolis de paleógrafos! ¡Ah, eso nunca! ¡Aquí todo está en movimiento! ¡bulle! ¿Te lamentas? ¡Patalea, se mueve! ¡Tocas un poquito! ¡Aventuras un dedito! ¡Todo se conmueve! ¡Se estremece al instante! ¡Está deseando alzar el vuelo! ¡florecer! ¡resplandecer! ¡Yo no destruyo para vivir! ¡Tomo la vida tal como se presenta! ¿Caníbal, Ferdinand? ¡Jamás!... ¿Para reducirla a la fuerza a mi concepción de investigador? ¡Puah! ¿Que todo se bambolea? ¿Todo se desploma? ¡Pues mejor! ¡Ya no quiero contar las estrellas! ¡1! ¡2! ¡3! ¡4! ¡5! ¡No creo que todo esto me esté permitido! ¡Y el derecho a limitar! ¡corregir! ¡corromper! ¡cortar! ¡recoser!... ¡Eh! ¿De dónde lo sacaría? ¿Del infinito? ¿De la vida de las cosas? ¡No es natural, hijo mío! ¡No es natural! ¡Tejemanejes infames!... ¡Me llevo bien con el universo! ¡Lo dejo tal como me lo encuentro!... ¡Nunca lo rectificaré! ¡No!... ¡El Universo está en su casa! ¡Lo comprendo! ¡Me comprende! ¡Me obedece, cuando se lo pido! Cuando ya no lo necesito, ¡lo dejo! ¡Así están las cosas!... ¡Es asunto cosmogónico! ¡No tengo por qué dar órdenes! ¡Tú tampoco! ¡Él tampoco!... ¡Buah! ¡Buah! ¡Buah!...»

Se encolerizaba de verdad, como quien se encuentra a gusto en el error...

Las obritas de Courtial estaban traducidas a muchas lenguas, se vendían hasta en África. Uno de sus corresponsales era absolutamente negro, jefe de un sultanato del Alto Ubangui-Chari-Tchad. Le apasionaban, al muchacho, los ascensores de toda clase. ¡Era su sueño, su manía!... Le habían enviado toda la documentación... Nunca los había visto, en realidad. Courtial había publicado hacia 1893 un auténtico tratado De la tracción vertical. Conocía todos los detalles, las múltiples aplicaciones, hidráulicas, balísticas, la «eléctrico-recuperativa»... Era una obra de valor, absolutamente irrefutable, pese a que en el conjunto de su obra constituía una aportación modesta y endeble. Su saber,

sencillamente, abarcaba todas las esferas.

La ciencia oficial lo daba de lado, lo trataba con desprecio, pero hasta al más rancio de sus sabihondos le resultaba muy difícil prescindir de sus manuales. En numerosas escuelas figuraban en el programa. No se podía imaginar nada más cómodo, sencillo, asimilable, ¡estaba chupado! Se recordaba, se olvidaba sin el menor esfuerzo. Se calculaba grosso modo, por citar sólo a Francia, que al menos una familia de cada cuatro poseía en su armario una Astronomía para la familia, una Economía sin usura y La fabricación de los iones... Al menos una de cada doce, su Poesía en color, suJardinería en el tejado y La cría de gallinas en el hogar. Por no citar sino las aplicaciones prácticas... Pero tenía en su haber toda una serie de otras obras (por entregas), ¡auténticos clásicos! La revelación indostana, Historia de los viajes polares de Maupertius a Charcot. ¡Volúmenes considerables, vamos! Con los cuales leer varios inviernos, varios kilos de relatos...

¡Todo el mundo había comentado, escudriñado, copiado, plagiado, fusilado, ridiculizado y saqueado su famoso El médico en casa y el Lenguaje real de las hierbas y La electricidad sin bombilla!... Popularizaciones brillantes, amenas, definitivas, todas ellas, de ciencias bastante arduas por cierto, complejas, peligrosas, que, sin Courtial, habrían seguido alejadas del gran público, es decir, afectadas, herméticas y, digámoslo para concluir, sin halago exagerado, prácticamente inutilizables...

Poco a poco, después de vivir con Courtial en la mayor intimidad, acabé comprendiendo su carácter... En el fondo, no era tan brillante. Era bastante chungo, incluso, mezquino, envidioso e hipócrita... Ahora, para ser justos, ¡hay que reconocer que era un currelo terrible el que se marcaba! defenderse como un loco, todo el año, exacto, contra la banda de los maníacos graves, los abonados del Génitron...

Pasaba horas terribles, absolutamente devastadoras... en pleno diluvio de gilipolleces... Había de resistir, de todos modos, defenderse, devolver los golpes, vencer todas las resistencias, causarles buena impresión, para que se fueran bastante contentos, con deseos de volver...

Al principio refunfuñó, Courtial, ante la idea de tomarme a su servicio. No le hacía gracia... le parecía demasiado alto, demasiado ancho, un poco cachas para su tienda. Era tal desbarajuste, que no podía uno moverse... Y eso que no salía caro. Me ofrecían sólo por el alojamiento, la manutención... Mis padres estaban completamente de acuerdo. ¡No necesitaba dinero!, repetían a mi tío... Seguro que lo emplearía mal... Mucho más esencial era que no volviese más a su casa... Era la opinión unánime de toda la familia, los vecinos también y todos los conocidos... ¡Que me pusieran a hacer cualquier cosa! ¡que me colocasen a cualquier precio! ¡en cualquier sitio y de cualquier modo! Pero, ¡que no me dejaran sin hacer nada! y que permaneciese a distancia, a mucha distancia. De un día para otro, a juzgar por mi debut, ¡podía meter fuego al «Passage»! Era la opinión general...

La mili habría estado bien... A mi padre le parecía que ni pintada... Sólo, que seguía sin tener la edad... Me faltaban por lo menos dieciocho meses... Conque la oportunidad de des Pereires y su animoso Génitron venía de perilla, ¡un auténtico chollo!...

Pero vaciló, titubeó mucho, el Courtial... Preguntó a su mujer qué le parecía. Ella no puso objeción... En el fondo, le traía sin cuidado, nunca venía a las Galeries, se quedaba en Montretout, en su hotelito. Antes de que se decidiera, volví solo a verlo al menos diez veces... Hablaba con avaricia... siempre y sin cesar... Yo sabía muy bien escuchar... ¡Mi padre!... ¡Inglaterra!... Había escuchado en todas partes... Conque, ¡estaba acostumbrado!... ¡No me molestaba lo más mínimo! No necesitaba responder. Así lo seduje... Cerrando el pico... Una tarde me dijo por fin:

«¡Mira, muchacho! Te he hecho esperar mucho, pero ahora ya lo he meditado, ¡te vas a quedar en mi casa! Creo que podemos entendernos... Sólo, que no me vayas a pedir nada... ¡Ah, no! ¡ni un céntimo! ¡Ni una perra chica! ¡Ah! ¡no puedo! ¡Ah, eso no! ¡No cuentes con ello! ¡Nunca! ¡Me cuesta ya un trabajo increíble, en este caprichoso estado de cosas, llegar a fin de mes! ¡cubrir los gastos del

“periódico”, tranquilizar al impresor! ¡estoy acosado! ¡copado! ¡rendido! ¡Como lo oyes! ¡Me mendigan noche y día! ¿Y los gastos imprevistos para clichés? ¿Nuevas cargas? ¿Ahora? ¡Ni pensarlo!... ¡No es una industria! ¡Un negocio! ¡Un monopolio lucrativo! ¡Ah, claro que no! ¡Es un endeble esquife al viento de la inteligencia!... ¡Y cuántas tempestades, amigo, cuántas tempestades!... ¿Quieres embarcar? Bien está. ¡Te recibo! ¡Te tomo! ¡De acuerdo! ¡Sube a bordo! Pero, ¡ya te aviso con tiempo! ¡Ni un doblón en las bodegas! ¡Nada en las manos! ¡Poco en los bolsillos! ¡Mi amargura! ¡Ni rencor!... ¡Prepararás la comida! Dormirás en el entresuelo, donde yo mismo dormía antes... en el despacho tunecino... Te prepararás el sofá... Se vive muy bien ahí... ¡Estarás de lo más tranquilo! ¡Ah, qué potra!... ¡Ya verás a la tarde! ¡qué a gusto! ¡Qué calma! A partir de las nueve, ¡el Palais-Royal entero para ti solito!... ¡Serás feliz, Ferdinand!... Ahora, ¡mira! ¡yo! ¡ya llueva, retumbe, truene! ¡Tengo que marcarme Montretout! ¡Es una sujeción horrible! ¡Me esperan! ¡Ah! ¡te aseguro que muchas veces me resulta abominable! ¡Estoy tan harto, que me dan ganas de tirarme bajo las ruedas, cuando miro la locomotora!... ¡Ah! ¡me contengo! ¡Por mi mujer! ¡Un poco también por mis ensayos! ¡Mi huerto radiotelúrico! ¡En fin! ¡de todos modos! ¡No tengo razón para hablar! ¡Ella ha soportado mucho! ¡Y, aun así, es encantadora! ¡Ya la conocerás un día de éstos! ¡El huerto la hace tan feliz!... ¡Lo es todo para ella! ¡No tiene demasiados alicientes en la vida! ¡Eso y su hotelito! ¡Y un poquito a mí, de todos modos! ¡Me olvidaba! ¡Ah! ¡tiene gracia! ¡Bueno, basta de guasa! ¡Está decidido! ¡Lo dicho, Ferdinand! ¡Chócala! ¿Conforme? ¡De hombre a hombre! ¡Bien! De día harás los recados. ¡Para parar un tren! Pero no temas, Ferdinand, también disertaré, te guiaré, te armaré, te elevaré el conocimiento... ¡Salario, no! ¡Cierto! ¡Sea! ¡Nominal, quiero decir! Pero, ¡espiritual, sí! ¡Ah!, no sabes tú bien, Ferdinand, lo que vas a ganar. ¡No! ¡no! ¡no! Un día me abandonarás, Ferdinand... lógicamente...» Se le ponía voz triste. «Me abandonarás... ¡Serás rico! ¡Sí! ¡rico! ¡Te lo digo yo!...»

Me dejaba con la boca abierta.

«Entiéndeme, ¡no todo está en un monedero!... ¡Ferdinand! ¡No! ¡En un monedero no hay nada! ¡Nada!...»

Lo mismo pensaba yo...

«En primer lugar, ¡vamos a ver! ¡Te voy a dar un título! ¡Una razón de ser! ¡Es fundamental en nuestro ramo! ¡Una presentación legítima!... ¡Te voy a poner en los papeles, en todos los papeles! “Secretario del material”. ¿Eh? Me parece de lo más decente... ¿Te va? ¿No es pretencioso?... ¿Impreciso?... ¿Vale?»

Me iba perfectamente... Todo me iba... Pero el currelo del material no era ningún honor... ¡Era real y bien real!... Me informó en seguida... Tenía que marcármelo todo el trajín de las entregas con el carro de mano... Todo el vaivén de la imprenta... Y, además, estaba encargado de arreglar los desgarrones del gran globo... debía buscarle todos sus instrumentos al retortero, barómetros, brandales, todas las fruslerías, toda la quincalla... Yo era quien remendaba los rotos y la gran cámara... con un cabo y pegamento. Yo quien arreglaba todos los nudos con los cables, las cuerdecillas... los aparejos que reventaban en ruta... El Animoso era un globo infinitamente venerable, que había resistido la tira de años, aun así, en el fondo del sótano, salpicado de naftalina... gusanos a miríadas acudían a darse un atracón con sus pliegues... Y suerte que las ratas se hartaban del caucho... sólo los ratoncitos se jalaban la trama. Busqué todos los desgarrones alAnimoso, las menores lagunas, lo reparé «como fondillo de pantalón», «a punto», «a dobladillo», «plisado», dependía de las grietas... Estaba chungo por todos lados, me pasaba horas enteras zurciéndolo, acababa apasionándome...

En el cuchitril del gimnasio, había un poco más de sitio, de todos modos... Y, además, no debían verme... los visitantes de la tienda...

Un día u otro, estaba previsto en nuestro acuerdo solemne, debía subir también al chisme, a la altitud de trescientos metros... Algún domingo... Sería el «segundo» en las ascensiones... Entonces cambiaría de título... Me lo decía, supongo, para que zurciese con mayor cuidado... ¡Era

extraordinariamente astuto bajo sus cejas de niñato grandullón!... Me diquelaba con sus ojillos tunelas... Lo veía venir, yo también... ¡A sibilino no lo ganaba nadie!... ¡Me hacía «subir» por adelantado!... En fin, se jalaba bastante bien en la trastienda... No me sentía tan desgraciado... ¡Él tenía que dominarme! Si no, ¡no habría sido el baranda!

Mientras trajinaba así, entre las costuras, venía a darme instrucciones, generalmente hacia las cuatro.

«¡Ferdinand! Voy a cerrar la tienda... Si viene alguien... Si preguntan por mí... contesta que me he marchado hace cinco minutos, ¡me voy pitando! ¡Vuelvo en seguida!»

Descubrí, por fuerza, adónde iba. Corría a Aux Émeutes, la tasca del Passage Villedo, esquina a la Rue Radziwill, a preguntar los «resultados de las carreras»... Era la hora exacta... No me decía nada claro... Pero yo sabía, de todos modos... Si había ganado, silbaba una canción de «Matchiche»[19]... Cosa poco frecuente... Si había perdido... mascaba tabaco, escupía por todos lados... Lo comprobaba en Le Turf. La dejaba tirada por los rincones, la revista de los pronósticos. Señalaba sus «jamelgos» con un trazo azul... Fue el primer vicio que le descubrí.

Si las había piado un poco para aceptarme en su tinglado, había sido sobre todo por lo de los «jamelgos»... Temía que rajara... que repitiese por ahí que jugaba en Vicennes... que llegara a oídos de sus subscriptores. Me lo dijo un poco más adelante... Perdía mucho, no tenía demasiada potra, ya fuera con martingala o a ojos cerrados, no le dejaban nada sus apuestas... En Maisons, Saint-Cloud, Chantilly... Siempre la misma historia... Un auténtico abismo... ¡Todas las subscripciones se iban en las carreras!... Y el parné del globo también iba a morir en Auteuil... ¡Se ponía las botas La race chevaline![20] ¡Longchamp! ¡La Porte! ¡Arcueil-Cachan! ¡Y yop! ¡Y yup! ¡Y yup! ¡míralo! ¡cómo jala! ¡Visto y no visto! Yo veía disminuir la caja, el misterio no estaba lejos... ¡Los cuartos siempre corriendo con los caballos! ¡al trote! ¡cojeando! ¡colocado! ¡cuarto! ¡ganador! ¡de cualquier forma sutil!... ¡Nunca volvía de las pruebas! Jalábamos judías para poder apoquinar, de todos modos, al impresor... Mi ternera duraba toda la semana y comíamos sobre las rodillas con una servilleta, en un rincón de la oficina... ¡No me hacía ninguna gracia!... Cuando palmaba, no explicaba nada, no lo reconocía nunca... Sólo, que se volvía rencoroso, chinche, agresivo conmigo... Abusaba de su fuerza.

Tras dos meses de prueba comprendió perfectamente que yo nunca podría estar a gusto en ningún otro sitio... Que el currelo del Génitron estaba hecho para mi menda, que me venía como anillo al dedo, que en otro trajín no daría pie con bola nunca... Estaba escrito en mi destino... Cuando por casualidad ganaba, no devolvía nada a la caja, se volvía aún más sórdido, parecía como si se vengara. Habría sido capaz de pegarse por una perra chica... Hipócrita y mentiroso como siempre, como una docena de sostenes... Me contaba tales trolas, que por la noche me repetían... Me las volvía a contar yo mismo, ¡eran tan chungas! ¡Asquerosas! ¡Y pesadas!... Me despertaban sobresaltado. A veces eran demasiado tunelas, imaginadas de cualquier modo, cualquier cosa... para no apoquinar... Pero cuando volvía de provincias y había causado sensación, había ascendido bien... lo habían felicitado... el Animoso, por ejemplo, no se había roto demasiado la tela... entonces le daban arranques pródigos... Se lanzaba a gastar... Traía montones de papeo por la puerta de la trastienda... cestos llenos... Durante ocho días jalábamos hasta no poder masticar más, hasta reventar los tirantes... Tenía que aprovecharme, ¡después vendría la escasez!... ¡vuelta a empezar con los huevos duros en vinagreta!... la lista de pepitorias se hacía interminable... con pepinillos... sardinas... cebolletas... y después, a punto de vencer el alquiler, simples sopas de pan con o sin patatas... Al menos él tenía suerte, ¡volvía a comer en Montretout, con su chorba! No adelgazaba... pero, ¡para mí, nasti!

Yo también, a fuerza de apretarme el cinturón, me espabilé... siempre con las «subscripciones»... En punto a finanzas no había entradas regulares... Sólo «salidas»... Courtial las pasaba canutas con la contabilidad... Tenía que enseñársela a su mujer. Ese control le exasperaba... Le entraba una rabia muy chunga... Se pasaba horas transpirando... Colas y ceros...

En fin, en un capítulo nunca hizo trampa, la verdad, nunca me defraudó, nunca faroleó, nunca traicionó, ¡ni una sola vez! El de mi educación, mi enseñanza científica. En eso nunca falló, ¡nunca las pió ni un segundo!... ¡Siempre estuvo al quite! Con tal de que yo lo escuchara, siempre estaba contento, encantado, colmado, satisfecho... Siempre lo vi dispuesto a sacrificarse una hora, dos y más, a veces jornadas enteras para explicarme cualquier cosa... Todo lo comprensible, resoluble, asimilable, respecto a la orientación de los vientos, la trayectoria de la Luna, la fuerza de los caloríferos, la maduración de los pepinos y los reflejos del arco iris... ¡Sí! Era, en verdad, presa de la

pasión didáctica. Le habría gustado enseñarme toda la totalidad de las cosas y, además, ¡jugarme una buena cerdada de vez en cuando! ¡No lo podía remediar! ¡ni en un caso ni en el otro! Yo pensaba todo aquello, en la trastienda, mientras reparaba su chisme... Era su carácter congénito, era un hombre que se desvivía... Tenía que lanzarse a tope en un sentido o en el otro, pero, eso sí, hasta el fondo. ¡No era aburrido! ¡Ah, eso desde luego que no! Lo que me picaba la curiosidad era ir un día a su casa... Me hablaba a menudo de su chorba pureta, pero nunca me la enseñaba. Ella nunca venía a la oficina, no le gustaba elGénitron. Sus motivos tendría.

Cuando mi madre estuvo bien segura de que yo estaba bien colocado, que no me marcharía en seguida, que tenía un empleo estable en casa de des Pereires, vino a propósito, en persona, al Palais-Royal, a traerme ropa limpia... En el fondo, era un pretexto... para observarme un poco... el tipo y aspecto de la casa... Era curiosa como una lechuza, todo lo quería ver, conocer... Cómo era el Génitron... Mi alojamiento... ¡Si comía suficiente!

Aunque de su tienda a donde estábamos no era demasiado lejos... Apenas un cuarto de hora a pie... Aun así, llegó con la lengua fuera... Estaba chiflada de atar... La vi desde muy lejos... desde el extremo de la Galerie. Estaba yo hablando con un subscriptor. Se apoyaba en los escaparates, se paraba para disimular... descansaba cada veinte metros... Ya hacía más de tres meses que no nos veíamos... La encontré delgadísima y, además, estaba como curtida, amarillecida con párpados y mejillas fruncidos, cubierta de arrugas en torno a los ojos. Parecía muy enferma, la verdad... Una vez que me hubo dado mis calcetines, calzoncillos y pañuelos, en seguida me habló de papá, sin que yo le preguntara nada... Se iba a resentir para toda la vida, me dijo entre sollozos, de las consecuencias de mi ataque. Ya lo habían tenido que traer en coche dos veces de la oficina... No se tenía en pie... Le daban constantes mareos... Me dijo de su parte que me perdonaba de buen grado, pero que no quería hablar conmigo... hasta que no pasara mucho tiempo... hasta que me fuera a la mili... hasta que hubiera cambiado de facha y mentalidad... hasta que volviese del servicio...

Courtial des Pereires volvía justo entonces de dar su paseo y probablemente de Aux Émeutes. Tal vez hubiera palmado un poco menos que de costumbre... El caso es que se volvió, de buenas a primeras, extraordinariamente amable, acogedor, agradable a más no poder... «Encantado de conocerla»... ¿Y respecto a mí? ¡Tranquilizador! Al instante se mostró solícito para seducir a mi madre, quiso que subiera arriba para charlar un poco con él... en su despacho personal... en el entresuelo «tunecino»... A ella le costaba seguirlo... Era un sacacorchos terrible, sobre todo alfombrado como estaba con montones de basura y papeluchos que resbalaban. Él estaba muy orgulloso de su «despacho tunecino». Quería enseñárselo a todo el mundo... Era un conjunto aterrador, de estilo hiperheteróclito, con aparadores «Alcázar»... No se podía imaginar nada más cursi... Y, además, cafetera morisca... taburetes marroquíes, tapiz con franja de «cadeneta», tan crespo, que almacenaba él solito una buena tonelada de polvo... Nunca habían intentado limpiarlo... Ni un ademán... Por lo demás, los montones de impresos, las cascadas, los amasijos de pruebas, plomos, compaginadas al retortero, volvían cualquier esfuerzo ridículo... E incluso, conviene aclararlo, podía ser muy peligroso... Constituía un riesgo, la verdad, trastornar el equilibrio... Todo aquello debía permanecer tranquilo, moverse lo menos posible... Lo mejor, se veía claro, era esparcir al azar, poco a poco, otros papeles para hacer una cama como de cuadra. Así se conseguía un poco de frescor en la superficie... y como una coquetería.

Yo los oía hablar... Courtial declaraba categórico que había discernido en mí aptitudes muy propias para el tipo de periodismo que privaba en el Génitron... ¡El reportaje!... ¡La investigación técnica!... La puntualización científica... La crítica desinteresada... que yo llegaría sin lugar a dudas... que podía volverse a casa tranquila y dormir a pierna suelta... que el porvenir me sonreía ya... que sería mío en cuanto hubiera adquirido todos los conocimientos esenciales. Era cuestión de simple

rutina y paciencia... Me iba a inculcar poco a poco todo lo que necesitase... Pero todo ello, ¡poco a poco!... ¡Ah! ¡Oh! ¡era enemigo de la precipitación! ¡el apresuramiento absurdo!... ¡No había que atropellar! ¡Pretender acelerar! ¡Chapuza idiota! Por lo demás, yo manifestaba, según sus cuentos, ¡un deseo muy vivo de instruirme!... Además, me estaba volviendo diestro. Estaba cumpliendo perfectamente con las tareas que me incumbían... Cumplía con todos los honores... ¡Iba a volverme astuto como un mono! ¡Diligente! ¡Sagaz! ¡Laborioso! ¡Discreto! ¡Divino, vamos! Parecía que le hubiesen dado cuerda... Era la primera vez en su vida que mi pobre madre oía hablar de su hijo en términos tan elogiosos... No salía de su asombro... Al final de la charla, en el momento de separarse, Courtial se empeñó en que se llevara toda una libreta de «subscripciones» que podría colocar, seguro, entre sus relaciones... y conocidos... Ella prometió todo lo que él quería... Lo miraba atónita... Courtial no llevaba camisa, sólo la pechera barnizada sobre el chaleco de franela, pero éste cubría siempre el cuello de palomita, se lo compraba de talla mayor, formaba, en una palabra, una gorguera y, por supuesto, totalmente mugrienta... En invierno se ponía dos, una encima de la otra... En verano, incluso durante los calores, no se quitaba la gran levita, el cuello lacado un poco más bajo, sin calcetines, y sacaba su canotier. Lo trataba con sumo cuidado... Era un ejemplar único, auténtica obra maestra, tipo sombrero de ala ancha, regalo de América del Sur, ¡una trama rarísima! Imposible de conseguir... Sencillamente, ¡no tenía precio!... Del primero de junio al quince de septiembre, no se lo quitaba de la cabeza. Prácticamente nunca. Habría hecho falta un pretexto terrible, ¡estaba seguro de que se lo robarían!... Los domingos también, en el momento de las ascensiones era su inquietud más viva... No le quedaba más remedio que cambiárselo por la gorra, la alta con galones... Formaba parte del uniforme... Me lo confiaba a mí, su tesoro... Pero en cuanto volvía a tocar tierra, en cuanto había rodado, como un conejo, en plena plasta, había rebotado sobre los surcos, su primer grito era: «¡Eh, mi panamá! ¡Mi panamá! ¡Joder!...»

Mi madre notó en seguida el espesor del chaleco de franela y la figura del hermoso sombrero... Él la hizo tocar la trenza, para que lo viera bien... Se quedó admirándolo un buen rato y diciendo: «¡Oh! ¡Ttt! ¡Oh! ¡Ttt!...» «¡Ah, señor! ¡bien lo veo! Es una paja de la que ya no se hace»... ¡cómo se extasió!...

Todo aquello hacía recuperar la confianza a mi mamá... le parecía de excelente augurio... Le gustaban en particular los chalecos de franela. Era una prueba de seriedad que nunca la había defraudado. Tras los «adioses» conmovidos, se puso en camino poco a poco... Creo que por primera vez en su vida y la mía se encontraba un poco menos inquieta por mi futuro y mi suerte.

¡Era perfectamente cierto que yo me entregaba al currelo!... No tenía tiempo de hacer el vago... de la mañana a la noche... Además de los cargamentos de impresos, tenía el Animoso en el sótano, los infinitos remiendos y, además, los palomos, de los que tenía que ocuparme dos, tres veces al día... Permanecían, esos animalitos, toda la semana, en el cuarto del servicio, en el sexto, bajo el artesonado... Arrullaban como locos... No cesaban ni un segundo. Trabajaban los domingos, en las ascensiones, los llevábamos en un cesto...

Courtial levantaba la tapa a doscientos o trescientos metros... Era la famosa «suelta»... ¡con «mensajes»!... Volvían todos perdiendo el culo... Dirección: ¡el Palais-Royal!... Les dejábamos la ventana abierta... No se entretenían nunca en el camino, no les gustaba el campo, ni los garbeos largos... Volvían pitando... Les gustaba mucho su granero y «¡Ru!... ¡ru!... ¡ruu!... ¡ruu!...» No deseaban otra cosa. No cesaban nunca... Siempre regresaban mucho antes que nosotros. Nunca he conocido palomos con tan poco fervor por los viajes, tan amantes de la tranquilidad... Y eso que les dejaba todo abierto... Nunca se les habría ocurrido ir a dar una vuelta por el jardín... ir un ratito a ver los otros pájaros... los otros tordos gruesos y arrulladores que retozaban sobre el césped... en torno a los estanques... ¡las estatuas! ¡sobre Desmoulins!... ¡sobre el Totor!... ¡que lo cubrían con un

maquillaje precioso!... ¡Qué va! Sólo congeniaban entre ellos... Se encontraban a gusto en su sobradillo, se movían a la fuerza, comprimidos en desorden en su jaula... Costaban bastante caros, la verdad, por el grano... Hace falta una gran cantidad, consumen mucho los palomos... ¡Son voraces! ¡no lo parecen! Por su temperatura muy elevada normalmente, cuarenta y dos grados y unas décimas... Yo recogía con cuidado las cagarrutas... Hacía varios montoncitos a lo largo de la pared y los dejaba secar... Eso nos compensaba, de todos modos, por su alimentación... Era un abono excelente... Cuando tenía un saco lleno, más o menos dos veces al mes, Courtial se lo llevaba, le servía para sus cultivos... en Montretout, en la colina. Allí tenía su hermosa casa y su gran jardín experimental... no había fermento mejor...

Yo me entendía muy bien con los palomos, me recordaban un poco a Jonkind... Les enseñé a dar vueltas... Así, a fuerza de conocerme... Por supuesto, me comían en la mano... Pero conseguía algo mucho más difícil, que se quedaran los doce juntos posados en el mango de la escoba... Conseguía así, sin que se movieran, sin que a uno solo se le ocurriese alzar el vuelo, bajarlos... y volverlos a subir de la tienda... Eran sedentarios de verdad. En el momento de meterlos en el cesto, cuando teníamos que marcharnos sin falta, se ponían horriblemente tristes. Ya no arrullaban. Se metían la cabeza entre las plumas. Les parecía abominable.

Pasaron dos meses más... Poco a poco Courtial me fue cogiendo mucha confianza. Ahora estaba convencido de que estábamos hechos para entendernos... Yo presentaba muchas ventajas, no era delicado con la comida ni la retribución ni las horas de currelo... ¡No recriminaba nasti!... Con tal de quedar libre por la tarde, de que me dejaran en paz a partir de las siete, me consideraba bien servido...

A partir del momento en que él se largaba a coger su tren, yo me convertía en el único patrón de la queli y el periódico... Liquidaba a los inventores... Les daba buenas palabras y después me ponía en marcha, muchas veces hacia la Rue Rambuteau, con la carretilla al culo, para la salida de los distribuidores, una carretilla llena de periódicos. A comienzos de semana tenía que recoger las compaginadas, los tipos, los clichés, los grabados. Entre eso y los palomos, elAnimoso y tantos otros curros, era un trajín incesante... Él se marchaba a su pueblo. Tenía allí según me decía, trabajo urgente. ¡Hum! ¡La neoagricultura!... me lo contaba muy serio... pero yo estaba convencido de que era trola... A veces se olvidaba de regresar, se quedaba dos, tres días fuera... Yo no me inquietaba... Me relajaba un poco, lo necesitaba... Daba de jalar a los pájaros, allá arriba, en el desván, y después colgaba el cartel: «Cerrado hasta mañana» en medio del escaparate... Iba a instalarme a gustito en un banco bajo los árboles, cerca... Desde allí vigilaba la queli, las idas y venidas... Veía venir a la gente, siempre la misma banda de boqueras, los mismos maníacos, las mismas jetas extraviadas, la horda de los piantes, los subscriptores obstinados... Se daban de bruces contra el cartel. Sacudían el picaporte, se las piraban, y yo contento.

Cuando volvía de su juerga, el muy vivales, traía una jeta muy extraña... Me lanzaba miradas curiosas para ver si me lo creía...

«Me han retenido, verdad, el experimento no estaba a punto... ¡Creía que no me iban a dejar salir nunca!...»

«¡Ah, qué pena!», decía yo... «Estará usted contento...»

Poco a poco, burla burlando, me contó más, cada día un poco más, todos los detalles sobre los comienzos de subusiness... ¡De lo más estrafalarios! Cosas como para catearlo bien. Cómo se había apañado el asunto, y todos los azares, los currelos más peligrosos, los trapicheos a fondo... Por fin, me lo contó todo, cosa muy rara, dado su carácter cabrón, sus desconfianzas innumerables, sus sinsabores calamitosos... No era hombre que gustara de quejarse... ¡Pues no había tenido fracasos y contravenciones ni nada! ¡No se podía ni creer, la verdad!... ¡No siempre eran suaves, amistosos, los

trapicheos con los inventores!... ¡No hay que confundir! ¡Chacales!... ¡y bobos!... ¡Ah, no! Había algunos, de vez en cuando, que eran auténticos salvajes, absolutamente diabólicos, que saltaban como melinitas, en cuanto se sentían cercados... Evidentemente, ¡no se puede contentar a todo el mundo! ¡Al diablo y a su séquito! ¡Sería demasiado cómodo! ¡Algo sabía yo de eso!... Me dio a propósito un ejemplo de maldad, ¡verdaderamente terrorífico! Hasta dónde podía llegar...

En 1884 había recibido el encargo por los editores de L'Époque, Beaupoil y Brandon, Quai des Ursulines, de un manual de instrucción pública destinado al segundo programa de las Escuelas Preliminares... Trabajo lógicamente sucinto, pero esmerado, elemental, pero, desde luego, compacto. Específicamente condensado... La astronomía doméstica se titulaba aquel opúsculo y el subtítulo Gravitación. Gravedad. Explicación para la familia. Conque se precipitó al currelo... Se puso manos a la obra acto seguido... Podría haberse contentado con entregar en la fecha convenida una obrita breve, ¡despachada a lo «corre-que-te-pillo»! a base de fusilar sin fortuna las revistas extranjeras... Citas descuidadas... ¡mutiladas! ¡alteradas! ¡Apresuradas! y construir en un dos por tres una nueva cosmogonía mil veces más lastimosa aún que todas las demás miniaturas, enteramente falsa y sin fundamento... ¡Completamente inutilizable!... Courtial, ya se sabía, no era amigo de esos chanchullos. ¡Tenía conciencia! Su mayor preocupación, ante todo, antes de ponerse a trabajar, eran los resultados tangibles... Quería que su lector, en persona, llegara a la convicción, mediante sus propias experiencias... respecto de las cosas más relativas, los astros y la gravedad... Que descubriera por sí mismo las leyes... Quería obligar, así, al lector, siempre holgazán, a realizar empresas muy prácticas y no sólo contentarlo con un ritornelo de halagos... Había añadido al libro una pequeña guía de construcción para el «Telescopio familiar»... Unos cuadrados de cartón constituían la cámara obscura... un juego de espejos de pacotilla... un objetivo ordinario... unos hilos de plomo... un tubo de embalaje... Por diecisiete francos con setenta y dos (aquilatados al céntimo)... carburaba siguiendo las instrucciones... Por ese precio (además del montaje apasionante e instructivo) se podía obtener en la propia casa no sólo una vista directa de las principales constelaciones, sino también fotografías de la mayoría de los astros grandes de nuestro cenit... «Todas las observaciones siderales al alcance de las familias»... Ésa era la fórmula... Más de veinticinco mil lectores, desde la aparición del manual, se pusieron a construir diligentes el objeto, el maravilloso aparato fotosideral en miniatura...

Aún lo oigo, a des Pereires, contarme con detalle todas las desgracias resultantes... El espantoso error de las autoridades competentes... su abyecta parcialidad... Lo penoso, repugnante, repulsivo que fue todo aquello... Los libelos que había recibido. Amenazas... Desafíos... Mil misivas conminatorias... Mandamientos judiciales... ¡Cómo había tenido que encerrarse, refugiarse en su queli!... Vivía entonces en la Rue Monge... Y después, acosado cada vez más, escapar hasta Montretout, ante tantos mirones, rabiosos, viciosos, insaciables, decepcionados por la telescopía... el drama había durado seis meses... ¡y aún no había concluido!... Algunos aficionados rencorosos, aún más lapas que los otros, aprovechaban el domingo... Llegaban a Montretout escoltados por toda su familia para dar un puntapié en las nalgas al patrón... No había podido recibir a nadie durante casi un año... ¡El asunto «fotosideral» no era sino un pequeño ejemplo entre muchos otros! de lo que podía brotar de lo más profundo de las masas, en cuanto se intentaba educarlas, instruirlas, liberarlas...

«Yo, mira, Ferdinand, puedo decirlo, que he sufrido por la ciencia... Más que Flammarion, ¡eso seguro! ¡más que Raspail! ¡más aún que Mongolfier! ¡Yo en pequeño evidentemente! ¡Lo he hecho todo! ¡He hecho más!» Me lo repetía con mucha frecuencia... Yo no respondía nada... Él me lanzaba una mirada de soslayo... equívoca... Quería ver la impresión... Entonces metía mano en pleno montón del batiburrillo... en busca de su carpeta... La sacaba al buen tuntún de debajo del enorme túmulo... La desempolvaba a golpecitos... Cambiaba de idea... La abría prudente ante mí...

«¡Pensándolo bien!... Me arrepiento... ¡Estoy, a mi vez, un poquito marcado por la amargura! ¡me dejo llevar por los recuerdos!... Tal vez sea un poco injusto... ¡La Virgen! ¡Mis razones tengo!... ¿No

te parece? Por el camino he olvidado, y eso está muy mal, la verdad... ¡no a propósito, desde luego! ¡no! los testimonios más conmovedores, tal vez los más sinceros, en una palabra, los más exquisitos... ¡Ah! ¡No todos dejaron de apreciarme!... ¡La monstruosidad del género humano no es absolutamente total! ¡No! Algunas almas elevadas, aquí, allá, por el mundo... ¡supieron reconocer mi total buena fe! ¡Mira! ¡Mira! ¡Y otra!» Sacaba al azar cartas, memorias, repertorios de observaciones... «¡Te voy a leer una, entre muchas!»

¡Querido Courtial, querido maestro y venerado precursor! Gracias a usted, a su admirable y escrupuloso telescopio (para la familia) pude ver ayer, a las dos, y en mi propio balcón, toda la Luna, en su totalidad completa y las montañas y los ríos e incluso un bosque, me parece... ¡Tal vez un lago también! Espero ver también Saturno, con mis hijos, la semana que viene, como indica (en itálicas) su «calendario sideral» y también Bellegofor un poco más adelante, los últimos días de otoño, como dice usted en la página 242... Le saluda, de todo corazón, en cuerpo y alma, querido, gentil y generoso maestro, aquí abajo y en las estrellas.

Un transformado.

Guardaba así siempre, en su carpeta malva y lila, todas las cartas admirativas. Las otras, las desfavorables, amenazadoras, draconianas, pustulosas, las quemaba al instante. En eso al menos conservaba cierto orden... «¡Veneno en humo!», me anunciaba siempre que quemaba esos horrores... «¡Cuánto mal se podría destruir, si todo el mundo hiciera lo mismo!» Yo creo que las favorables se las escribía él mismo... Las enseñaba a sus visitantes... Nunca me lo reconoció claramente... Algunos sonreían... Yo no aprobaba del todo. Se daba cuenta un poquito de que, en mi opinión, había tomate. Conque me ponía mala cara... Yo subía a dar de comer a los palomos o bajaba al Animoso...

También iba ahora a «colocar» sus apuestas a Aux Émeutes, esquina al Passage Radziwill. Prefería que lo hiciese yo, por los clientes, es que podía perjudicarlo... A «Cartouche» y «Lysistrata» en Vincennes, «primera al galope»... ¡Y yup! ¡duro ahí!...

«¡No dejes de decir que la pasta es tuya!»... Debía dinero a todos los bookmakers. No quería que lo vieran... El tipo que tomaba más apuestas, entre los platillos, tenía un nombre curioso, se llamaba Naguère... Tenía el truco de tartamudear, farfullar a todos los ganadores... Lo hacía a propósito, me parece, para equivocar un poquitín... Después lo discutía todo... Suprimía el número... Yo se lo hacía escribir siempre... De todos modos, perdíamos.

Me traía Les Echos des turfs o La Chance... Si había perdido mucho, le echaba teatro, el muy cara... Dejaba de recibir a los inventores... Los enviaba a tomar por saco a todos con sus maquetas, sus gráficos... «¡Idos a la mierda, todos! ¡No están pulidos estos diseños!... ¡Os habéis quedado calvos!... ¡Huelen a rancio, a margarina! ¿Ideas, eso? ¿nuevas? pero, si yo las meo así, ¡tres tarros al día!... ¿Es que no os da vergüenza? ¿No sabéis lo que es un desastre? ¿Y os atrevéis a venir a presentarme eso? ¿A mí? ¡Que estoy inundado de inepcias! ¡Fuera de aquí! ¡Vive Dios! ¡Dilapidadores! ¡Vagos de alma! ¡y de cuerpo!...»

Echaba al andoba, que rebotaba en la puerta, volaba con su rollo. ¡Courtial estaba hasta los huevos! Quería pensar en otra cosa... Yo era la diversión, me armaba follón por cualquier cosa... «¡Tú, verdad, no dudas de nada! ¡Eres capaz de aceptar cualquier cosa! En el fondo, no tienes nada que hacer... Pero en mi caso, como comprenderás, amigo mío, es harina de otro costal... ¡Y tampoco el mismo punto de vista, ni mucho menos!... Yo tengo preocupación... ¡Preocupación metafísica! ¡Permanente! ¡Irrecusable! ¡Sí! ¡Y no me deja tranquilo! ¡Nunca! ¡Ni siquiera cuando no lo parece! ¡Cuando te hablo de esto o lo otro! ¡Me inquietan!... ¡persiguen!... ¡atormentan los enigmas!... ¡Ah, claro! ¡No lo sospechabas! ¿Te sorprende? ¿No tienes la menor idea?»

Volvía a mirarme fijamente, como si aún no me conociera de verdad... Se retorcía el bigote, se desempolvaba la caspa... Iba a buscar un trapo para pasárselo por los calcos... Mientras tanto, seguía evaluándome...

«A ti, ¿qué te puede importar? ¡Si te da igual ocho que ochenta! ¡Te la traen floja las consecuencias universales que pueden tener nuestros actos más nimios, nuestros pensamientos más imprevistos!... ¡Te trae sin cuidado!... ¡Tú sigues hermético, verdad! ¡Calafateado!... Bien arropado en tu substancia... No comunicas con nada... ¿Nada, verdad? ¡Comer! ¡Beber! ¡Dormir! Allá arriba, bien tranquilito... ¡arropado en mi sofá!... Y ya estás satisfecho... Abotargado de bienestar... La Tierra prosigue... ¿Cómo? ¿Por qué? ¡Milagro pavoroso! su periplo... extraordinariamente misterioso... hacia una meta inmensamente imprevisible... en un cielo deslumbrante de cometas... todos desconocidos... de un giro a otro... y del cual cada segundo es el fin y, de hecho, también el preludio de una eternidad de otros milagros... de prodigios impenetrables, ¡a millares!... ¡Ferdinand! ¡millones! ¡miles de millones de trillones de años!... ¿Y tú? ¿qué haces ahí, dentro de esa acrobacia cosmologónica? ¿del gran pasmo sideral? ¿Eh? ¡Tragas! ¡Engulles! ¡Roncas! ¡Te cachondeas!... ¡Sí! ¡Ensalada! ¡Gruyère! ¡Sapiencia! ¡Nabos! ¡Todo! ¡Chapoteas en tu propio fango! ¡Revolcado! ¡Enlodado! ¡Rechoncho! ¡Satisfecho! ¡No pides nada! Pasas por entre las estrellas... ¡como entre las gotas de mayo!... Conque, ¡eres admirable, Ferdinand! ¿Crees de verdad que puedes seguir así siempre?...»

Yo no respondía nada... No tenía opinión fija sobre las estrellas, ni sobre la Luna, pero sobre él, ¡el mierda de él!... menudo si tenía. ¡Y bien que lo sabía él el maricón!...

«Búscalas, en algún momento, allá arriba, en la cómoda pequeña. Ponlas todas juntas. He recibido por lo menos un centenar de cartas del mismo tipo. ¡No quisiera que me las cogiesen, la verdad!... ¡Hombre, mira, clasifícalas!... ¡A ti te gusta el orden!... ¡Te lo pasarás bien!...» Bien sabía yo lo que quería... ¡Tirarse más faroles!... «La llave está encima del contador... ¡Yo me ausento un instante! Cierra la tienda... No, quédate para contestar...» Cambiaba de idea... «¡Di que me he marchado! ¡lejos!... ¡muy lejos!... ¡de expedición!... ¡que me he marchado a Senegal!... ¡a Pernambuco! ¡a México!... ¡adonde quieras!... ¡La Virgen!... ¡por hoy basta y sobra!... Me da auténticas náuseas verlos aparecer por el jardín... Sólo de verlos, ¡me pongo enfermo!... ¡Me es igual!... Diles lo que quieras... ¡Diles que estoy en la Luna!... que no vale la pena que me esperen... ¡Ahora ábreme el sótano! ¡Sujeta bien la tapa! ¡No me la dejes caer en las narices como la última vez!... ¡Fue intencionado, seguro!...»

Yo no respondía a esas palabras... Él se metía en el agujero. Bajaba dos, tres escalones... Esperaba un instante, me decía, además...:

«No eres malo, Ferdinand... tu padre se ha equivocado contigo. No eres malo... ¡Eres informe! ¡informe! ¡eso es!... ¡protoplásmico! ¿De qué mes eres, Ferdinand? ¡En qué mes naciste, quiero decir!... ¿Febrero? ¿Septiembre? ¿Marzo?»

«¡Febrero, maestro!...»

«¡Me habría apostado cinco francos! ¡Febrero! ¡Saturno! ¡Adónde quieres llegar! ¡Pobre bobo! Pero, ¡si es que es insensato! En fin, ¡echa la trampilla! ¡Cuando haya bajado del todo! Abajo del todo, ¿me oyes? ¡Antes, no! ¡No me vaya a romper las dos piernas! ¡Esta escala está hecha un asco! ¡cede por el medio!... ¡Siempre tengo que repararla! ¡Suelta!...» Seguía gritando desde el subsuelo del sótano... «¡Y sobre todo nada de importunos! ¡Ni cargantes! ¡Ni borrachos! ¿Me oyes? ¡No estoy para nadie! ¡Me aíslo! ¡Me aíslo absolutamente!... Estaré fuera tal vez dos horas... ¡tal vez dos días!... Pero, ¡no quiero que me molesten! ¡No te inquietes! ¡Tal vez no vuelva a subir nunca! ¡Tú no sabes nada! ¡si te preguntan!... ¡En meditación completa!... ¿Comprendes?...»

«¡Sí, maestro!»

«¡Total! ¡Exhaustivo! ¡Ferdinand! ¡Retiro exhaustivo!...»

«Sí, maestro...»

Yo soltaba el chisme con todas mis fuerzas, ¡y una explosión de polvo! Atronaba como un cañón... Colocaba los periódicos sobre la trampilla, estaba enteramente camuflada... ya no se veía el agujero... Subía a dar de comer a los palomos... Me quedaba allí un buen rato... Cuando volvía a bajar, si aún seguía él en el agujero, ¡siempre me preguntaba, la verdad, si le habría ocurrido algo!... Esperaba un poco más... Media hora... tres cuartos de hora... y, después, me parecía que ya estaba bien de comedia... Entonces alzaba un poco el batiente y miraba adentro... Si no lo veía, ¡armaba jaleo!... Hacía sonar el batiente contra las tablas... No le quedaba más remedio que responder... Con eso volvía a salir de la nada... Casi siempre estaba sobando, al abrigo del montante, en los pliegues del Animoso, entre la seda, los bullones... Yo tenía que apencar también... Lo hacía salir... Subía al nivel del suelo otra vez... Reaparecía... Frotándose los acáis... Se arreglaba la levita... Volvía a encontrarse en la tienda, muy atontado...

«¡Estoy deslumbrado, Ferdinand! Es hermoso... Hermoso... ¡Mágico!»

Tenía la boca pastosa, estaba menos charlatán, calmado... Hacía así con la lengua: «¡Bdia! ¡Bdia! ¡Bdia!...» Salía de la tienda... Se tambaleaba de haber dormido. Se iba como un cangrejo en diagonal... Rumbo: ¡el Pavillon de la Régence!... El café, tipo pajarera de loza, con hermosos entrepaños, que aún estaba entonces en medio del arriate cubierto de moho... Se dejaba caer sobre el velador más cercano... junto a la puerta... Yo desde la tienda lo veía bien... Primero se trincaba el ajenjo... Era fácil diquelarlo... Siempre teníamos en el escaparate el bonito telescopio... El ejemplar del gran concurso... No se vería Saturno, pero a des Pereires azucarando su ajenjo, sí, perfectamente. Después el anís con Seltz y luego un vermut... Se distinguían bien los colores... Y justo antes de tomar el rengue, un ponche, el «penúltimo».

Después de su terrible accidente, Courtial había prometido solemnemente no volver a coger el volante, por nada del mundo, en una carrera... ¡Se había acabado! ¡Para siempre! Había cumplido su promesa... E incluso veinte años después casi había que suplicarle para que se decidiera a conducir en paseos inofensivos... o en ciertas circunstancias para demostraciones anodinas. Estaba mucho más tranquilo en su globo al viento...

Toda su obra sobre la «mecánica» se hallaba en los libros... Por lo demás, publicaba siempre, un año con otro, dos tratados (con figuras) sobre la evolución de los motores y dos manuales con láminas.

¡Uno de esos opúsculos había provocado controversias muy violentas e incluso cierto escándalo! ¡No por culpa suya, por lo demás! ¡Obra notoria de algunos estafadores turbios que habían tergiversado su pensamiento con fines de lucro imbécil! ¡En modo alguno era su estilo! El título en todos los casos era éste:

«EL AUTOMÓVIL A MEDIDA POR 322 FRANCOS CON 25. Guía de construcción íntegra. Manufactura total en casa. Cuatro plazas, dos trasportines, carrocería de mimbre, 22 kilómetros por hora, 7 velocidades y 2 marchas traseras.» ¡Todo en piezas sueltas! ¡adquiribles en cualquier sitio! ¡ensambladas al gusto del cliente! ¡según su personalidad! ¡según la moda y la temporada! Ese tratadillo hizo furor... entre los años 1902 y 1905... Ese manual contenía, gran progreso, no sólo los planos, ¡sino también todos los diseños a escala 1/250 000! Fotos, referencias, secciones... todas impecables y garantizadas.

Su idea era luchar, sin perder un segundo, contra el peligro naciente de las fabricaciones «en serie». Des Pereires, pese a su culto al progreso real, detestaba desde siempre toda la producción standard... Desde el principio se mostró como su adversario irreductible... Presagiaba el empequeñecimiento ineluctable de las personalidades humanas por la muerte de la artesanía...

En la época de esa batalla por el automóvil a medida, Courtial era ya casi célebre en el medio de los innovadores por sus investigaciones originales, extraordinariamente audaces, sobre el «Chalet Polivalente», ¡la vivienda flexible, extensible, adaptable a todas las familias! ¡en todos los climas!...

«La casa propia» absolutamente desmontable, basculante (transportable, evidentemente), encogible, abreviable instantáneamente en uno o dos cuartos a voluntad, según las necesidades permanentes, pasajeras, hijos, invitados, vacaciones, modificable en un minuto... según todas las exigencias, los gustos de cada cual... «¡Una casa vieja es la que ya no se mueve!... ¡Compre algo joven! ¡Ágil! ¡No construya! ¡Monte! ¡Construir es la muerte! ¡Sólo se construyen tumbas! ¡Compre algo vivo! ¡Siga vivo! ¡El "Chalet Polivalente" marcha con la vida!...»

Tal era el tono del manifiesto redactado íntegro por él, en vísperas de la Exposición: El porvenir de la arquitectura, el mes de junio de 1898, en la Galerie des Machines. Su opúsculo sobre la construcción doméstica había provocado casi inmediatamente extraordinaria emoción entre los futuros jubilados, los padres de familia con ingresos mínimos, los novios sin hogar y los funcionarios coloniales. Lo acosaban a base de peticiones, de toda Francia, el extranjero, las colonias... Su chalet, tal cual, enteramente erecto, techo móvil, 2.492 clavos, 3 puertas, 24 bovedillas, 5 ventanas, 42 bisagras, tabiques de madera o tarlatana, según la temporada, fue premiado «fuera de serie», imbatible... Se erigía en la dimensión deseada con ayuda de dos compañeros y en cualquier terreno, ¡en 17 minutos y 4 segundos!... El deterioro era insignificante... ¡la duración ilimitada, por tanto!... «¡La única ruinosa es la resistencia! ¡Una casa entera debe actuar, astuta, como un auténtico organismo! ¡flotar! ¡eclipsarse incluso en los remolinos del viento! ¡en la tempestad y la borrasca, en los paroxismos tormentosos! En cuanto se la opone, ¡tontería incalificable!, al desenfreno natural, ¡la consecuencia es el desastre!... ¿Qué exigir a la estructura? ¿más maciza? ¿más galvánica? ¿mejor cimentada? ¿Que desafíe a los elementos? ¡Locura suprema! Un día u otro, fatalmente, ¡quedará reducida a ruinas! ¡totalmente aniquilada! ¡Basta para convencerse recorrer una de nuestras hermosas y fértiles campiñas! ¡Nuestro magnífico territorio! ¿acaso no está jalonado, de norte a sur, de ruinas melancólicas? ¡de moradas en tiempos soberbias! ¡Mansiones altivas! ¿Qué ha sido de vosotras, adorno de nuestros surcos? ¡Polvo!

»En cambio, el "Chalet Polivalente", ¡flexible, él!, ¡se acomoda, se dilata, se arruga, según las necesidades, las leyes, las fuerzas vivas de la naturaleza!

»Se pliega mucho, pero no se rompe...»

El propio día en que se inauguraba su caseta, tras la visita del Presidente Félix Faure, la cháchara y los parabienes, ¡la multitud rompió todas las barreras! ¡barrió el servicio de guardia! Se precipitó con tal desenfreno entre las paredes del chalet, ¡que aquella maravilla resultó al instante desgarrada, pelada, deglutida completamente! El tropel llegó a ser tan febril, tan ávido, ¡que producía la combustión de la materia!... El ejemplar único no resultó destruido propiamente, sino aspirado, absorbido, digerido enteramente en el sitio... La noche de la clausura, no quedaba ni rastro de él, ni una pizca, ni un clavo, ni una fibra de tarlatana... ¡El asombroso edificio se había reabsorbido como un falso forúnculo! Courtial seguía desconcertado, al contármelo, a quince años de distancia...

«Desde luego, habría podido reanudar aquella tarea... Era un terreno en que, me parece, entendía de maravilla, sin jactancia. No tenía rival a la hora de confeccionar un presupuesto "al céntimo" para el montaje sobre el terreno... Pero otros proyectos más grandiosos me distrajeron, me acapararon... Nunca encontré el tiempo necesario para reanudar los cálculos sobre los "índices de resistencia"... Y, en resumidas cuentas y pese al desastre final, ¡ya había hecho la demostración!... ¡Con mi audacia, había permitido a ciertas escuelas, a ciertos jóvenes entusiastas darse a conocer!... ¡manifestarse ruidosos! encontrar así su camino... ¡Ése era mi papel precisamente! ¡No deseaba otra cosa! ¡El honor estaba salvado! ¡Nada pedí, Ferdinand! ¡Nada codicié! ¡Nada exigí a los poderes! Reanudé mis estudios... ¡Sin intrigas! ¡Sin cautelas! Ahora bien, ¡escucha esto!... pasaron unos meses... ¡Y adivina lo que recibí! ¡Casi sucesivamente! ¡El Nicham, por un lado, y, ocho días después, las "palmas académicas"! ¡Ahí me sentí insultado, la verdad! ¿Por quién me tomaban de repente? ¿Y por qué no un estanco? ¡Quería devolver todas esas falsificaciones al Ministerio! Avisé a Flammarion: "¡No lo

haga! ¡No se le ocurra! ¡Acepte! ¡Acepte!” me respondió... “¡Yo también las tengo!” En ese caso, ¡estaba cubierto! Pero, aun así, ¡me habían hecho la pirula todos!... ¡Ah! ¡cacho asquerosos! Plagiaron todos mis planos, los copiaron, fusilaron, ¡me oyes! ¡de mil formas muy odiosas! Y absolutamente torpes... muchos arquitectos oficiales, engreídos, caraduras, sinvergüenzas, conque volví a escribir a Flammarion... Si querían compensarme, ¡me debían al menos la Legión de Honor!... ¡Si es que querían concederme honores!... ¡Tú me entiendes, Ferdinand! Él era de mi opinión pero me aconsejó que me quedase tranquilito, que no provocara más escándalos... que lo perjudicaría a él mismo... Que tuviese un poco de paciencia... que no había llegado el momento... En una palabra, era su discípulo... no debía olvidarlo... ¡Ah! no siento amargura, ¡créeme! ¡Desde luego! ¡los detalles aún me entristecen! Pero, ¡nada más! ¡Absolutamente nada más!... Una lección melancólica... Nada más... De vez en cuando lo recuerdo...»

Yo sabía cuándo le venía, esa murria de las arquitecturas, era sobre todo en el campo... Y en el momento de las ascensiones... cuando iba a pasar la pierna para trepar a la barquilla... Lo asaltaban los recuerdos... Tal vez fuera también el canguelo un poquito lo que lo hiciera hablar... Miraba a lo lejos, el paisaje... Así, en el arrabal, ¡sobre todo ante las parcelas, las chabolas, las chozas de hojalata! Se enternecía... Le venía la emoción... Las casuchas, las más estrafalarias, las bizcas, las agrietadas, las patituertas todas las que se pudren en el fango, se desploman en el estiércol, al borde de los cultivos... pasada la carretera... «¿Ves todo esto, Ferdinand?», y me las señalaba, «¿ves toda esta peste?» Describía un gesto aparatoso... Abrazaba el horizonte... Toda la fea batahola de las casuchas, la iglesia y las jaulas de gallinas, el lavadero y las escuelas... Todas las chozas desvencijadas, las ruinosas, las grises, las malvas, las resedas... Los bizcochos de cascotes...

«¿Qué te parece? ¿Eh? ¿Bien abyecto, verdad?... Bueno, pues, ¡yo tengo mucho que ver? ¡Yo! ¡Yo soy el responsable! Ya puedes estar seguro, ¡que es culpa mía, Ferdinand! ¿Me oyes bien? ¡Culpa mía!...»

«¡Ah!», decía yo, como pasmado. Sabía que era su sesión de teatro... Él pasaba la pierna por encima de la barquilla. Saltaba al cesto de mimbre... Si el viento no soplaba demasiado... Se quedaba con su panamá... Lo prefería así... pero se lo ataba bajo la barbilla con una cinta ancha... Yo me ponía la gorra... «¡Suelten!» Se alzaba al milímetro... primero con la mayor lentitud... y después un poquito más deprisa... Tenía que arreglárselas para pasar por encima de los tejados... Nunca soltaba la arena... Y eso que tenía que subir... Nunca lo hinchábamos a tope... Costaba trece francos, la bombona...

Algún tiempo después del avatar del «Chalet hecho en casa», el enloquecido desmembramiento por la multitud, Courtial des Pereires decidió de repente revisar su táctica... a ¡Los fondos, primero!» ¡así decía!... Tal era su nueva máxima. «¡Se acabaron los riesgos! ¡Solidez y nada más!»... Había concebido un programa, de acuerdo enteramente con esos datos... ¡Y reformas fundamentales!... Todas absolutamente juiciosas, pertinentes...

Se trataba, en primer lugar, de mejorar, contra viento y marea, la condición de los inventores... ¡Ah! partía del principio de que en el mundo de la invención, ¡nunca faltarían las ideas! ¡Siempre sobrarían incluso! Pero, ¡que el capital, en cambio, es tremendamente huidizo! ¡pusilánime! ¡y muy esquivo!... Que todas las desgracias de la especie y las suyas en particular se debían siempre a la falta de fondos... a la desconfianza del disponible... ¡a la terrible escasez de crédito!... Pero, ¡todo eso se podía arreglar!... Bastaba con intervenir, remediar esa situación mediante alguna iniciativa feliz... A eso se debió la fundación inmediata en las Galeries Montpensier, detrás del despacho tunecino entre la cocina y el pasillo, de un «Rincón del comanditario»... Un pequeño enclave, muy especial, amueblado con extraordinaria sencillez: una mesa, un armario, un casillero, dos sillas y, para presidir los debates, «de Lesseps», busto muy bonito sobre el estante superior, entre ficheros, ficheros y más ficheros... En virtud de los nuevos estatutos cualquier inventor, mediante cincuenta y dos francos (totalidad pagada por adelantado) tenía derecho en nuestro periódico a tres inserciones sucesivas de todos sus proyectos,

absolutamente ab libitum, hasta las chorradas más inauditas, los fantasmas más vertiginosos, las imposturas más descabelladas... Todo ello aportaba, de todos modos, dos hermosas columnas del Génitron, más diez minutos de conversación particular, técnica y consultiva, con el Director Courtial... Por último, para volverlo aún más halagüeño, ¡un diploma oleográfico de «miembro depositario del Centro de Investigaciones Eureka para financiación, estudio, equilibrio y aprovechamiento de los hallazgos más útiles al progreso de todas las ciencias y la industria»!...

Para que apoquinaran los cincuenta pavos, ¡no era nada cómodo nunca!... Siempre había problemas... Aun recitando la cantinela... deshaciéndose en camelos... Refunfuñaban siempre en el momento de poquinelar, hasta a los más absolutos chiflados, les entraba inquietud... Incluso así, en su delirio, olían, pese a todo, a chamusquina... ¡Que si era una pastita que no iban a ver más!... «Constitución de fichero»... así se titulaba nuestra astucia...

Desde ese momento, Courtial se encargaba, así estaba previsto, de todas las gestiones esenciales, contactos más o menos importantes, entrevistas... búsqueda de argumentos... reuniones... discusiones premonitorias, defensa de móviles, todo lo que hacía falta, en una palabra, para atraer, engatusar, convencer, entusiasmar, tranquilizar a un consorcio... Todo ello, claro está, ¡en el momento oportuno!... ¡Nada de cachondeo al respecto!... ¡Nada de precipitarse!... ¡Nada de farfulleos!... ¡De brutalidad!... La temíamos... ¡La precipitación todo lo estropea! ¡Es la que arruina todos los pronósticos!... ¡Las empresas más fructíferas son las que maduran muy despacio!... Éramos enemigos al máximo, implacablemente hostiles a cualquier chapuza precoz... ¡cualquier histeria!... «Un socio comanditario es un auténtico pájaro para escapar, pero una tortuga respecto al parné.»

El inventor, para obstaculizar lo menos posible las conversaciones, siempre tan delicadas, debía despejar el terreno... volver de inmediato a su casa... fumar la pipa mientras esperaba... no ocuparse más del asunto... En cuanto su historia se encarrilara, se le avisaría debidamente, se le convocaría e informaría en detalle... No obstante, era muy raro, ¡que se quedara así, tranquilo, en su queli!... En cuanto había pasado una semana, ya volvía a la carga... a preguntar si había noticias... Traernos otras maquetas... Los complementos de los proyectos... Diseños suplementarios... Piezas sueltas... Volvía una y otra vez, ya podíamos piarlas con ganas, se presentaba cada vez más... obsesivo, inquieto, desconsolado... De pronto se ponía a berrear, en cuanto se daba un poco de cuenta... Le daba un ataque más o menos grave... Y después no lo volvíamos a ver... Otros no eran tan gilipollas... pero eran muy poquitos... hablaban de ir a la comisaría, por las vías legales, poner una denuncia, si no se les devolvía su parné... Courtial los conocía a todos. En cuanto se acercaban, se las piraba. Los veía llegar de lejos, desde el otro lado de las arcadas... Era increíble el ojo que tenía para localizar a los energúmenos... Raras veces se dejaba trincar... Se najaba a la trastienda a agitar un pelín las pesas, pero mejor al fondo del sótano... Ahí estaba aún más seguro... Se negaba a hablar... El andoba que quería su parte ya podía sulfurarse...

«¡Retenlo! ¡Ferdinand! ¡Retenlo bien!», me recomendaba el maricón. «¡Retenlo! ¡Mientras yo medito!... ¡Me lo conozco demasiado bien, a ese prolijo! ¡Ese mierdero de la mui! cada vez que viene a consultarme, ¡tengo para dos horas por lo menos!... ¡Ya me ha hecho perder el hilo de mis deducciones diez veces! ¡Es una vergüenza! ¡Un escándalo! ¡Mátamelo, que es un azote! ¡Mátamelo! ¡te lo ruego, Ferdinand! ¡No lo dejes correr más por el mundo!... ¡Quema! ¡Aplasta! ¡Esparce sus cenizas! ¡A mí me la trae floja! Pero, por favor, ¡por nada del mundo, ¿me oyes?, lo dejes pasar! ¡Di que estoy en Singapur! ¡en Colombo! ¡en las Hespérides! Que estoy haciendo orillas elásticas en el istmo de Suez y Panamá. ¡Por ejemplo!... ¡Cualquier cosa! Todo vale, ¡con tal de no volver a verlo!... ¡Por favor, Ferdinand! ¡Por favor!...»

Era yo, pues, sin falta, quien recibía todo el chaparrón... Tenía un sistema, desde luego... Era como el «Chalet hecho en casa», lo abordaba con flexibilidad... No ofrecía resistencia... Me plegaba en el sentido de la furia... Iba mucho más lejos incluso... Sorprendía, al majareta, por la virulencia de mi

odio hacia el asqueroso de des Pereires... siempre le daba por culo pirando... ¡a propósito de las injurias atroces!... ¡Ahí me mostraba perfectamente magistral!... ¡Lo vilipendiaba! ¡Estigmatizaba! ¡cubría de mierda! ¡de sanies!... ¡A ese cabrón abyecto! ¡ese prodigioso mierda! ¡veinte veces peor! ¡cien veces! ¡mil veces peor aún de lo que él había pensado nunca por sí solo!...

Convertía a ese Courtial, para su regocijo íntimo, vociferando a voz en cuello, en una banasta de moñigos plásticos, fusibles, tremendamente repugnantes... ¡Una inmundicia increíble!... ¡Lo nunca visto! Echaba el resto... Iba a patalear sobre la trampilla, justo encima del sótano, a coro con el majara... ¡superaba a todos, con mucho, en punto a virulencia por la intensidad de mi rebelión, la sinceridad, el entusiasmo destructor! mi tetanismo implacable... el trance... la hipérbole... el pataleo anatómico... Era inconcebible, la verdad, el grado de paroxismo que lograba alcanzar en la cólera absoluta... Todo eso me venía de mi papá... y de los cachondeos vividos... ¡A inflamación no me ganaba nadie!... Los peores insensatos, delirantes, majaretas interpretativos, quedaban a la altura del betún, cuando tenía ganas de ponerme, de esforzarme... por muy joven que fuera... Se iban de allí, vencidos todos... absolutamente estupefactos por la intensidad de mi odio... mi virulencia incoercible, la eternidad de venganza que encerraba en mis entrañas... Me cedían deshechos en lágrimas la misión de aplastar a ese mierda, a ese Courtial aborrecido... ese cenagal de vicios... cubrirlo de ñordas imprevisibles, ¡aún más viscosas que el fondo de un retrete! ¡Un amasijo de purulencia nunca vista! hacer con él una tarta, la más fétida que pudiera jamás imaginarse... recortarlo en bolitas... aplastarlo en laminillas, enlucir con ellas todo el fondo de las letrinas, entre la taza y la fosa... Encajonarlo ahí, de una vez por todas... ¡para que lo cagaran hasta el infinito!...

En cuanto se había largado, el amigo, se había alejado bastante... Courtial venía a la trampilla... Alzaba un poco el batiente... Aventuraba primero un ojo... Subía otra vez a la superficie...

«¡Ferdinand! Acabas de salvarme la vida... ¡Ah! ¡Sí! ¡La vida!... ¡Es la verdad! ¡Lo he oído todo! ¡Ah! ¡Exactamente lo que me temía! ¡Ese gorila me habría dislocado! ¡Ahí, en el sitio! ¡Ya lo has visto!...» Entonces cambiaba de idea un poco. Le entraba inquietud por lo que me había oído aullar... La sesión con el andoba...

«Pero, al menos, ¿no habré disminuido, Ferdinand, ¡dímelo en seguida!, nada en tu estima? ¿Me lo dirías? No me ocultarías nada, ¿verdad? Me explicaré, si quieres... ¡Anda!... ¿Estas comedias, así lo quiero creer, no afectan en nada a tus sentimientos? ¡Sería demasiado odioso! ¿Conservas todo tu afecto por mí? ¡Puedes, ya sabes, contar enteramente conmigo! ¡Sólo tengo una palabra! ¡Me comprendes! Empiezas a comprenderme, ¿verdad? ¡Dime si empiezas!»

«¡Sí! ¡Sí! Exacto... Creo... Creo que estoy empezando...»

«Entonces, ¡escúchame un poco más, mi querido Ferdinand!... Mientras oía los despropósitos de ese loco... pensaba en cien mil cosas... mientras nos asqueaba... atronando con sus delirios... Me decía: "¡mi pobre Courtial! ¡Todos esos rumores! esos trajines, esos estrépitos infames, esas chirigotas mutilan atrozmente tu destino... ¡Sin añadir nada a tu causa!". ¡Cuando digo causa! ¡Entiéndeme! ¡No se trata de dinero! ¡Invoco un frágil tesoro! ¡La gran riqueza inmaterial! ¡La gran resolución! ¡El patrimonio del tema infinito! El que debe transportarnos... ¡Entiéndeme más aprisa, Ferdinand! ¡Más aprisa! ¡El tiempo pasa! ¡Un minuto! ¡Una hora! ¿A mi edad? pero, ¡si es que ya es la eternidad! ¡Ya verás! ¡Son una misma cosa, Ferdinand! ¡Una misma cosa exactamente!» Los ojos se le humedecían... «¡Escucha también esto, Ferdinand! Espero que un día me comprendas del todo... ¡Sí!... ¡Me aprecies de verdad! ¡Cuando ya no esté aquí para defenderme!... ¡Serás tú, Ferdinand! ¡quien posea la verdad!... ¡Serás tú quien refute la injuria!... ¡Tú! ¡Cuento con ello, Ferdinand! ¡Cuento contigo!... Si entonces vienen a decirte... de muy diversas procedencias: "Courtial no era sino un cabronazo, ¡el peor de los hijoputas! ¡Un falsario! No había dos mierdas como él..." ¿Qué responderás tú, Ferdinand?... Sólo esto... ¿Me oyes? "¡Courtial cometió un solo error! Pero, ¡fundamental! Pensaba que el mundo esperaba al espíritu para cambiar... El mundo ha cambiado... ¡Es indudable! Pero, ¡el espíritu no ha

venido!...” ¡Eso sólo dirás! ¡Eso sólo! ¡Nunca otra cosa! ¡No añadirás nada!... ¡El orden de las magnitudes, Ferdinand! ¡El orden de las magnitudes! Tal vez se pueda hacer entrar lo minúsculo en lo inmenso... Pero entonces, ¿cómo reducir lo enorme a lo ínfimo? ¡Ah! ¡De ahí vienen todas las desgracias! ¡Ferdinand! ¡De ahí sólo! ¡Todas nuestras desgracias!...»

Cuando, como aquella tarde, había experimentado un canguelo terrible, le entraba de repente un afecto muy conmovedor hacia mí. No quería verme enfurruñado...

«¡Anda, Ferdinand! ¡Vete de paseo!», me decía entonces... ¡Vete hasta el Louvre, anda! ¡Te sentará muy bien! ¡Anda, vete a los Bulevares! ¡A ti te gusta, Max Linder! ¡Nuestra queli apesta aún a ese mamut! ¡Vámonos! ¡Rápido! ¡Ciérrame la queli! ¡Cuelga el cartel! ¡Te espero en Les Trois Mousquetons...! ¡Yo invito! Coge el dinero del cajón de la izquierda... ¡No voy a salir al tiempo que tú!... Me largo por el pasillo... ¡Vuelve a pasar por Aux Émeutes!... ¡Ve a ver al Naguère!... Pregúntale si hay novedades... Apostaste por “Shérazade”, ¿verdad? ¿y las ganancias por “Violoncelle”? ¿Eh? Para ti solo, ¿eh? ¡Ni siquiera sabes dónde estoy!... ¿Me oyes?»

Cada vez me hacía con más frecuencia la escena de la «gran resolución»... Se largaba al subsuelo, para meditar, según decía, horas enteras así... Se llevaba un libro voluminoso y su gran vela... Debía de tener pufos en todos los «bookmakers» del barrio, no sólo en Aux Grandes Émeutes, al Naguère, sino también en Mousquetons e incluso en la Cervecería Vigogne, en la Rue del Blancs-Manteaux... Aquél sí que era un antro... Prohibía que lo molestaran... A mí no siempre me hacía gracia... Me obligaba, con su fantasía, a ir a responder en persona a todos los chiflados cotidianos... los subscriptores malhablados, los curiosillos, los maníacos graves... Me llegaban a montones... Yo cargaba con todos... los recriminadores de toda clase... la banda inmunda de los lumbreras... los iluminados de la chapuza... No cesaban de surgir... de entrar y salir... Para la campanilla era un frenesí... No cesaba de sonar... A mí todas aquellas distracciones me impedían ir a reparar mi Animoso... Ocupaba todo el sótano, Courtial, con sus gilipolleces... Pero, ¡es que ése era mi currelo de verdad!... Yo era el responsable y reprensible en caso de que se rompiera la crisma... ¡Poco faltaba siempre!... Conque su conducta era de chorra... Al final, se lo dije, entre tantas otras cosas, que no se podía seguir así... ¡que yo no continuaba!... que en adelante me la traía floja... ¡que íbamos camino del desastre!... Sencillamente... Pero, ¡no me escuchaba siquiera! Le daba igual ocho que ochenta... Cada vez desaparecía más a menudo. Cuando estaba en el subsuelo, ¡no quería hablar con nadie!... Hasta su candela lo molestaba... A veces la apagaba para meditar mejor.

Acabé diciéndole... me había provocado tanto, que ya no podía contenerme... ¡que debería irse a una alcantarilla! ¡Que estaría aún más tranquilo para buscar su resolución!... ¡entonces me puso verde de repente!...

«¡Ferdinand!», me interpelaba. «¿Cómo? ¿Tú me hablas así? ¿A mí? ¿Tú, Ferdinand? ¡Alto! ¡Cielo santo, por favor! ¡Piedad! ¡Llámame como quieras! ¡Mentiroso! ¡Boa! ¡Vampiro! ¡Puñetero! ¡Si las palabras que pronuncio no son expresión estricta de la verdad inefable! ¿Quisiste, verdad, Ferdinand, suprimir a tu padre? ¿Ya? ¡Sí! ¡Claro que sí! ¿No es trola? ¿Una fantasmagoría? ¡Es la realidad tal cual! ¡extraordinariamente deplorable!... ¡Una hazaña cuya vergüenza no podrían borrar varios siglos! ¡Desde luego! ¡Sí! ¡Exactísimo! ¿No irás a negarlo ahora? ¡No me invento nada! ¿Entonces? ¿Ahora? ¿Qué quieres? ¡Dime! ¿Suprimirme a mí también? Pero, ¡si es evidente! ¡Ya lo creo! ¡Sencillo! ¡Esperar!... ¡Aprovechar el momento oportuno!... Calma... Confianza... ¡Y matarme!... ¡Eliminarme!... ¡Aniquilarme!... ¡Ése es tu programa!... ¿En qué estaría yo pensando? ¡Ah! ¡La verdad, Ferdinand! ¡Tu carácter! ¡Tu destino son más sombríos que el sombrío Erebo!... ¡Oh, eres fúnebre, Ferdinand! ¡sin parecerlo! ¡Tus aguas están revueltas! ¡Cuántos monstruos, Ferdinand! ¡en los pliegues de tu alma! ¡Se ocultan sinuosos! ¡No los conozco todos!... ¡Pasan! ¡Se llevan todo por

delante!... ¡La muerte!... ¡Sí! ¡A mí! ¡A quien debes diez veces más que la vida! ¡Más que el pan! ¡Más que el aire! ¡Que el propio sol! ¡El pensamiento! ¡Ah! ¡Es la meta que persigues, reptil! ¿Verdad? ¡Incansable! Reptabas... Versátil... ¡Tornadizo! ¡Siempre imprevisto!... Violencias... Ternura... Pasión... Fuerza... ¡Te oí el otro día!... ¡Para ti todo es posible, Ferdinand! ¡Todo! ¡Sólo la apariencia es humana! ¡Pero veo el monstruo! ¡En fin! ¿Sabes adónde vas? ¿Me habían prevenido? ¡Ah, eso sí! No faltaron avisos... ¡Cautela!... ¡Solicitud!... y después, de pronto, en una sílaba equívoca... ¡todos los frenesíes asesinos! ¡Frenesíes!... ¡La acometida de los instintos! ¡Ah! ¡Ah! Pero, ¡si es la marca, amigo! ¡El sello absoluto! ¡El rayo del criminal!... ¡El congénito! ¡El perverso innato!... ¡Ése eres tú! ¡Aquí lo tengo! ¡Sea! ¡amigo mío!... ¡Sea! ¡No tienes delante a un cobarde! ¿El pobre diablo al que tal vez pensaras aterrar? ¡Ah, pues no! ¡No, no! ¡Claro que no! ¡Yo afronto todo mi destino! ¡Yo lo he querido! ¡Iré hasta el final! ¡Remátame, si puedes!... ¡Anda! ¡Te espero! ¡Con pie firme! ¡Atrévete! ¿Me ves bien? ¡Te desafío, Ferdinand! ¡Me excitas! ¿Me oyes? ¡Me exasperas! ¡No me dejo engañar! ¡Soy perfectamente consciente! ¡Mira al hombre en el blanco de los ojos! ¡Yo había evaluado todos los riesgos!... ¡El día que te acogí aquí! ¡Que ésa sea mi suprema audacia! ¡Vamos! ¡Golpea! ¡Me enfrento al crimen! ¡Date prisa!...»

Le dejé cascar aún más... miraba para otro lado... los árboles... A lo lejos en el jardín... el césped... las nodrizas... la bandada de pájaros que brincaban entre los bancos... el surtidor que caracoleaba... con las bocanadas de brisas... ¡Era mejor que responderle!... Que volverme siquiera a mirarlo... No sabía él bien cuánta razón tenía... Por un pelo no le plantificaba el sujetapapeles en la jeta... el gran mazacote, el Hipócrates... me hacía cosquillas en la palma de la mano... Pesaba al menos tres kilos... Me costaba... contenerme... Tenía mérito... ¡Seguía aún, el gilipuertas!...

«¡A los jóvenes de hoy les gusta el asesinato! ¡Todo eso, Ferdinand! yo te lo puedo decir, ¡conduce al Bulevar Arago![21] ¡Con el capirote! ¡Ay de mí! ¡Cielo santo! ¡Yo habré sido el responsable!...»

Yo también tenía labia... Se me estaban hinchando las narices... ¡Ya es que estaba hasta los huevos!... «¡Maestro! ¡Maestro! ¡váyase a la mierda ya!», iba y le decía al instante. «¡Váyase a la mierda ahora mismo! ¡Muy lejos! ¡Yo no lo mato! ¡Le bajo los pantalones! ¡Le voy a hacer un tatuaje en las nalgas! ¡Yo! como treinta y seis kilos de tomates... ¡le voy a atrancar el jebe! ¡Y con el olor, además! ¡Ah! ¡Mire lo que le va a suceder! ¡Como diga una sola gilipollez más!»

Iba a echarle el guante de veras... Era vivo, el jodío... Se apalancaba en la trastienda... ¡Comprendía que iba en serio! que no lo soportaba más... Se quedaba en su leonera... Le daba a las barras fijas... Me dejaba en paz un momento... Había ido demasiado lejos... Un poco después volvía a pasar... Volvía a cruzar la tienda... Se metía por el pasillo a la izquierda, se largaba a la calle... No volvía a subir a su despacho... Por fin podía yo currar tranquilo.

No era moco de pavo coser, zurcir, remendar cámara tan chunga, juntar piezas que se deshacían... Era un coñazo infinito... Sobre todo porque para ver mejor de cerca me alumbraba con acetileno... Así, en el sótano, era muy imprudente... junto a las substancias adhesivas... que están siempre cargadas de bencina... Chorreaba por todos lados... ¡Ya me veía hecho una antorcha viva!... La cámara del Animoso era asunto peligroso, un auténtico colador en muchos puntos... ¡Otros desgarrones! ¡Otros sietes! ¡A cada salida, a cada descenso peores! ¡Al arrastrar en el aterrizaje por los sembrados!... Al engancharse en todos los canalones... En la hilera de buhardillas, ¡sobre todo los días de viento del norte!... Había dejado por todos lados grandes jirones, pedacitos, ¡en los bosques, en las ramas, entre los campanarios! Las murallas... ¡Se llevaba chimeneas de chapa! ¡tejados! ¡tejas por kilos! ¡veletas a cada salida! Pero las roturas más traidoras, los desgarrones más horribles, ¡eran cuando se empalaba en un poste telegráfico!... Muchas veces se hendía en dos... Hay que ser justos con des Pereires: corría unos riesgos tremendos con sus salidas aéreas. La subida era siempre extraordinariamente espectacular... era siempre como un milagro, por ir inflado al mínimo... ¡Para economizar!... Pero lo

que resultaba espantoso eran los descensos con su trasto de los cojones... ¡Por suerte, estaba acostumbrado! No carecía de oficio precisamente. ¡Contaba ya, él solito, cuando lo conocí, con 1.422 ascensiones! Sin contar las de globo «cautivo»... ¡Un total curiosito! Tenía todas las medallas, todos los diplomas, las patentes... Conocía todos los trucos, pero lo que me cautivaba constantemente eran sus aterrizajes... ¡Era maravilloso, lo reconozco, cómo caía sobre sus calcos! En cuanto el extremo del rope rastrillaba el suelo... y aminoraba el trasto, se hacía todo él una bola en el fondo del cesto... cuando el mimbre tocaba la tierra... cuando toda la pesca iba a rebotar... sentía el momento exacto... Saltaba como un payaso... Se desplegaba como una bobina... auténtico jockey para la caída... embutido en la cámara, raras veces se daba un golpe... No se arrancaba un botón... No perdía un segundo... Salía al instante hacia adelante... Pinreleaba por los surcos... No se volvía... Iba tras el Animoso... al tiempo que tocaba el cornetín, que llevaba en bandolera... Armaba jaleo él solo... ¡el muy cabrón! El cross duraba mucho, hasta que todo el trasto se desplomaba... Aún lo veo en lossprints... Era un espectáculo de gran clase, con levita, panamá... Mis suturas autoplásticas, las cosas como son... resistían en el aire más o menos... pero él no las habría hecho, él solo... No era bastante paciente, habría destruido todo aún más... ¡Era un arte, al fin y al cabo, la rutina de los zurcidos! Pese a mis astucias infinitas, a mi gran ingenio, me desesperaba muchas veces con aquella puta cámara... Ya es que no aguantaba, la verdad... Hacía dieciséis años que la sacaban en todas las circunstancias, en todos los casos, los tornados, ya sólo resistía por los recosidos, remiendos extraños... ¡Cada inflado era un drama!... Al descender, al arrastrar, era peor aún... Cuando faltaba toda una franja, iba a sacar un poco de la vieja piel del Arquímedes... Ése ya no era sino puras piezas, grandes jirones en un armario, amontonados, en el subsuelo... Era el globo de sus comienzos, un «cautivo» enteramente «carmín», de enorme envergadura. ¡Había cumplido veinte años, en las ferias!... Me esmeraba mucho para volver a pegar todo, trozo a trozo, con escrúpulos intensos... Hacía efectos curiosos... Cuando el Animoso se elevaba, tras el «suelten amarras», por sobre la multitud, reconocía mis piezas en el aire... Las veía empalmarse, fruncirse... No me hacía gracia.

Pero, además, estaban los trámites, los preliminares... ¡El currelo de las ascensiones no era asunto chupado!... No hay que pensarlo... Se preparaba, se fabricaba, se discutía meses y meses antes... Teníamos que enviar octavillas, fotografías. ¡Sembrábamos Francia de prospectos!... ¡Había que volver a tratar con todos los mandatarios!... dejarse dar por culo por las comisiones de festejos, siempre de lo más roñosas... Conque, además de los inventores, ¡recibíamos por el Animoso un correo de la hostia!...

Yo había aprendido con Courtial a redactar en estilo oficial. No me salía demasiado mal... Ya no hacía casi faltas... Teníamos un papel ad hoc para las tratativas, con un encabezamiento de buen gusto, «Sección Parisina de los Amigos del Globo Libre»...

Desde finales del invierno, ¡camelabamos a los Ayuntamientos! ¡Los programas para la temporada se elaboraban en primavera!... Nosotros teníamos que tener ya, en principio, reservados todos los domingos un poco antes de Todos los Santos... Acosábamos por teléfono a todos los presidentes de comisiones. También en eso era yo quien se marcaba Correos. Iba en horas de afluencia... ¡Intentaba pirármelas sin apoquinar! Me cogían en la puerta...

Habíamos lanzado nuestras llamadas por todas las ferias, las reuniones, las quermeses, ¡en toda Francia! ¡No había lugares pequeños! ¡Todo era aceptable y posible! Pero, preferentemente, procurábamos, claro está, no alejarnos de Seine-et-Oise... ¡Como máximo Seine-et-Marne! El transporte del trasto era lo que nos hacía caer de culo al instante, los sacos, las bombonas, los aparatos, todo nuestro equipo extraño. Para que valiera la pena, ¡teníamos que estar de vuelta aquella misma noche en el Palais-Royal! Si no, había que hacer más gastos. ¡Courtial presentaba un presupuesto estudiado, la verdad, al céntimo! De lo más modesto y correcto: doscientos veinte francos... ¡Además del gas para el inflado, y pichones soltados a dos francos por cabeza!... No se

estipulaba la altura... Nuestro rival más conocido y tal vez más directo era el capitán Guy des Roziers, ¡él pedía mucho más! ¡Con su globo El Intrépido hacía números peligrosos!... ¡Subía con su caballo y permanecía en la silla hasta arriba! ¡a cuatrocientos metros garantizados!... Costaba quinientos veinticinco francos, con el regreso pagado por el Ayuntamiento. Pero los que nos ganaban la partida más a menudo aún que el jinete eran el italiano y su hija, «Calogoni y Petita»... ¡A ésos nos los encontrábamos por todos lados! ¡Gustaban mucho, sobre todo en los cuarteles! Eran carísimos, hacían mil cabriolas en el cielo... Además, lanzaban ramilletes, pequeños paracaídas, escarapelas, ¡a partir de los seiscientos metros! ¡Pedían ochocientos treinta y cinco francos y un contrato por dos temporadas!... Acaparaban realmente...

Courtial, su estilo, su renombre, ¡no eran cosa de jactancia! ¡Actuación dramática! ¡No! ¡Todo lo contrario! La actitud claramente científica, la demostración fructífera, el vuelo explicado, la charla previa curiosita, y, para concluir la sesión, la graciosa «suelta» de los palomos... Les avisaba él mismo siempre, con un discursito preliminar: «Señoras, señores, señoritas... Si aún subo a mi edad, ¡no es por vana baladronada! ¡Pueden creerlo! ¡Por deseo de asombrar a las multitudes!... ¡Mírenme el pecho! ¡Verán en él desplegadas todas las medallas más conocidas, las más cotizadas, las más codiciadas, al valor y al coraje! Si subo, señoras, señores, señoritas, ¡es para la instrucción de las familias! ¡Ésa ha sido la meta de toda mi vida! ¡Todo por la educación de las masas! ¡Aquí no nos dirigimos a ninguna pasión malsana! ¡ni a instintos sádicos! ¡a las perversiones emotivas!... ¡Me dirijo a la inteligencia! ¡Sólo a la inteligencia!»

Me lo repetía para que lo supiera: «Ferdinand, ¡recuerda siempre que nuestras ascensiones deben conservar a toda costa su carácter! El sello mismo del Génitron... ¡Nunca deben degenerar en payasadas! ¡en pamplinas aéreas! ¡en impulsos de chiflados! ¡No! ¡No! ¡Y no! ¡Tenemos que preservar la nota, el espíritu mismo en la física! Desde luego, ¡debemos divertir! ¡no olvidarlo! ¡Para eso nos pagan! ¡Es justo! Pero mejor aún, a ser posible, despertar en todos esos patanes el deseo de otras nociones precisas, ¡de conocimientos verdaderos! Elevarnos, desde luego. Es menester. Pero elevar también a esos brutos, a esos que ves ahí, ¡que nos rodean, con la boca abierta! ¡Ah! ¡es complicado, Ferdinand!...».

Nunca, podéis estar seguros, habría abandonado el suelo sin antes haber explicado, en una charla familiar, todos los detalles, los principios aerostáticos. Para mejor dominar a su asistencia, se encaramaba en equilibrio sobre el borde de la barquilla, extraordinariamente acicalado, levita, panamá, manguitos, con un brazo por entre los cordajes... Demostraba, a la redonda, el funcionamiento de las válvulas, la cuerda guía, los barómetros, las leyes del lastre, la gravedad. Después, arrastrado por su tema, abordaba otros terrenos, tratando, platicando, sin orden ni concierto siempre, sobre meteorología, espejismos, vientos, ciclones... Abordaba los planetas, el movimiento de las estrellas... Todo le venía bien: el Anillo... Géminis... Saturno... Júpiter... Arturo y sus contornos... La Luna... Bellegofor y sus relieves... Medía todo a ojo de buen cubero... Sobre Marte podía extenderse... Lo conocía muy bien... ¡Era su planeta favorito! ¡Describía todos sus canales, sus formas y trayectos! ¡su flora! ¡como si se hubiera bañado en ellos! ¡Se tuteaba con los astros! ¡Tenía un éxito tremendo!

Mientras parloteaba, así encaramado, al foro, cautivando a la multitud, yo hacía la colecta... Era mi suplemento. Aprovechaba la circunstancia, las palpitaciones, la emoción... Me metía por entre las filas. ¡Proponía el Génitron a diez céntimos la docena! invendidos, manuales con dedicatoria... medallas conmemorativas con el globo minúsculo, y después, para aquellos a los que echaba el ojo, que me parecían los más viciosos... que se dedicaban al magreo en las apreturas... tenía un surtidillo de imágenes curiositas, divertidas, cosa fina... y transparentes, en movimiento... Raro era el día que no liquidaba todo... Un día con otro, con un poco de potra, ¡llegaba a sacarme veinticinco pavos! ¡Una suma, para la época! En cuanto había pulido todo, había hecho la recolección, hacía una señita al

maestro... Él cambiaba de canción... Cortaba el rollo... Volvía a meterse en la cesta... Se ajustaba el panamá... amarraba todas sus varillas, desataba la última escota y se movía muy despacito. Ya sólo me queda el último cabo... Yo pronunciaba el «suelten amarras»... Él me contestaba con un toque de cornetín... Con la cuerda guía arrastrando... ¡El Animoso se lanzaba al espacio!... Nunca lo vi despegar recto... Estaba fofo desde el principio... Lo inflábamos, por muchas razones, con la mayor reserva... Conque se largaba de través... Se contoneaba por sobre los tejados. Con sus remiendos de colores parecía un gran arlequín... Retozaba por el aire en espera de un soplo de brisa de verdad, sólo podía inflarse con el viento en popa... Como una falda vieja en la cuerda, estaba calamitoso... Hasta los campesinos más catetos se daban cuenta... Todo el mundo se cachondeaba al verlo partir titubeando en los tejados... ¡Yo me reía mucho menos!... Preveía el horrible desgarrón, ¡el decisivo! ¡El funesto! El desastre final... Le hacía mil señas desde abajo... ¡que dejara caer en seguida la arena!... Él nunca tenía prisa... Temía elevarse demasiado rápido... ¡No era de temer precisamente!... No era posible que se alejara, ¡en vista del estado de las telas!... Pero lo que yo me temía era que volviese a caer en plena aldea... Poco faltaba siempre, con las pérdidas consiguientes... para que rozara la escuela... se llevara por delante el gallo de la iglesia... ¡se ensartara en un canalón!... ¡Se detuviese en plena alcaldía!... se desplomara en el bosquecillo. Bastaba y sobraba con que lograra ganar sus cincuenta o sesenta metros... yo calculaba a la buena de Dios... era el máximo... El sueño de Courtial, en el estado de sus pertrechos, era no superar nunca el primer piso de las casas... Hasta ahí se podía llegar... Más allá era una locura... En primer lugar, nunca habríamos podido inflarlas a tope, sus alforjas... Con una o dos bombonas más, se habría rajado, seguro, y de arriba abajo... ¡Se habría abierto como una granada de válvula a válvula!... Tras haber rebasado la última choza, las últimas cercas, vaciaba la arena. Se decidía, dejaba caer todo el resto... Cuando ya no le quedaba nada de lastre... Daba un saltito... Un tirón de una decena de metros... Era el momento de los palomos... Abría la cesta... Los animalitos salían como flechas... Entonces era también el momento de que yo me espabilara, por mi parte... ¡Era la señal del descenso!... Puedo asegurar que yo perdía el culo... ¡Había que ponerse trágico para alborotar a los paletos!... para que fueran todos tras el globo... nos ayudasen rápido a plegarlo todo... el enorme trasto en desorden... llevar todo hasta la estación, empujar la carga por el aparejo... ¡No había acabado ahí la cosa! Lo mejor que habíamos descubierto para que no se largasen todos a la vez... se apuraran aún por nosotros, acudiesen en tropel, era el cuento de la catástrofe... Daba resultado casi infalible... Si no, estábamos perdidos... para que le hubieran dado al currelo, habría habido que apoquinar... ¡Habríamos perdido dinero!... O tomarlo o dejarlo...

¡Yo daba unas voces de miedo! ¡Me desgañitaba! Me precipitaba a toda leche por entre los baches hacia la caída... Oía su cornetín... «¡Fuego!... ¡Fuego!...», vociferaba. «¡Miren! ¡Miren las llamas!... ¡Va a prender fuego a todo! ¡Ya se ve por encima de los árboles!...» Entonces la horda se ponía en movimiento... Salían a la carga... ¡Se lanzaban tras mí! En cuanto Courtial me distinguía con la jauría de patanes, tiraba de todas las válvulas... ¡Abría toda la queli de arriba abajo!... El cacharro se desplomaba hecho jirones... ¡Caía en el barro, baldado, reventado! ¡hecho una braga, el globo!... Courtial saltaba del cesto... Rebotaba sobre los pinreles... Daba otro toque de clarín para la reunión... ¡Y se ponía a pronunciar otro discurso! Los paletos tenían un canguelo de muerte a que el cacharro se incendiara, prendiese los almiares... Se echaban sobre el trasto para impedir que se alzara... Me lo apilaban en un montón... Pero, ¡estaba hecho una ruina!... con los desgarrones que se había hecho en todas las ramas... Había perdido tanta tela, jirones trágicos... Se había traído zarzales enteros... entre el globo y la malla... Los salvadores encantados, satisfechos, presa de la emoción, alzaban a Courtial, como un héroe, sobre sus robustos hombros... Se lo llevaban triunfal... Iban a celebrarlo a la tasca... ¡hasta saciar la sed! A mí me quedaba toda la carga, el curro más cabrón... Sacar del barro nuestro cachivache antes de la noche... de la gleba y los surcos... Recuperar todos nuestros aparejos, las anclas, las poleas, las cadenas, toda la quincalla dispersa... La cuerda guía, sus dos kilómetros... la corredera,

los tacos, dispersos a la buena de Dios, entre la avena y los pastos, el barómetro y la «presión aneroide»... una cajita de tafilete... los níqueles, tan caros... ¡Una auténtica jira campestre, vamos!... Apaciguar con chistes verdes, promesas y mil retruécanos, a los catetos más repulsivos... Hacerles transportar, además, absolutamente gratis, a base de chistes indecentes, toda aquella ralea extenuante, ¡aquellos setecientos kilos de faralaes! La cámara, que parecía una camisa rasgada, ¡los restos del horrible catafalco! ¡Meter todo aquel batiburrillo en el último furgón, justo cuando arrancaba el tren! ¡Joder! ¡Hay que explicarlo! ¡No era hazaña pequeña! Cuando por fin me reunía con Courtial por la fila de pasillos, el tren ya en marcha largo rato, ¡me lo encontraba en los de tercera, al andoba! Absolutamente tranquilo, prolijo, presumido, explicativo, haciendo ante el auditorio toda una brillante demostración... ¡Las conclusiones de la aventura!... Todo galantería hacia la morena de enfrente... considerado para con los oídos infantiles... reprimiendo las alusiones verdes... pero bromista, mordaz, de todos modos... achispado, por cierto, ostentando medallas y torso... ¡Aún pimplaba, el maricón! ¡Buen humor! ¡festín! ¡todo quisqui dándole al morapio! Con vasos en la mano... Se ponía las botas de rebanadas de pan con mantequilla... Ya no tenía preocupación... ¡No preguntaba por mí!... Estaba yo hasta los huevos... ¡ya lo creo!... ¡Vaya si le aguaba la fiesta!

«¡Ah! ¿Eres tú, Ferdinand? ¿Eres tú?...»

«¡Sí, Julio Verne!...»

«¡Siéntate, hijo! ¡Cuéntame rápido!... Mi secretario... ¡Mi secretario!...»

Me presentaba...

«Bueno, ¿qué? ¿Todo listo en el furgón?... ¿Lo has dejado todo listo?... ¿Estás contento?...»

Yo me ponía de morros, no estaba contento... No abría el pico...

«¿Algo no va?... ¿Ocurre algo?...»

«¡Es la última vez!...», decía yo, totalmente decidido... muy seco y conciso...

«¡Cómo! ¿Por qué la última vez? ¿Estás de broma? ¿Por...?»

«Ya no se puede reparar más... ¡Y no es broma ni mucho menos!...»

Se hacía el silencio... Se habían acabado los efectos y la mortadela. Se oían las ruedas... todos los crujidos... el farol bamboleándose ahí arriba en su cristal... Él intentaba ver qué pensaba yo... Si estaba un poco de broma... Pero, ¡yo no movía ni una ceja!... Seguía muy serio... Me atenía a mis conclusiones...

«¿Tú crees, Ferdinand? ¿No exageras?...»

«¡Si se lo digo!... Es porque estoy seguro de verdad...»

Me había vuelto experto en agujeros... Ya es que no soportaba que me contradijeran... Él se quedaba enfurruñado en su rincón... ¡Se había acabado la conferencia!... No nos hablábamos más...

Los demás, en sus bancos, se preguntaban qué ocurría... ¡Ba da dam! ¡Ba da dam! traqueteo tras traqueteo... Y después la gota de aceite que caía de lo alto del farolillo... Todas las cabezas se alzaban... caían.

Si existe una cosa en el mundo de la que no debamos jamás ocuparnos sino con la máxima desconfianza, ¡es el movimiento perpetuo!... Ya puedes estar seguro de que saldrás trasquilado...

Los inventores, en conjunto, se pueden repartir según su manía... Hay especies enteras que son casi inofensivas... Los apasionados de los «efluvios», los «telúricos», por ejemplo, los «centrípetos»... Son chicos muy tratables, les puedes dar de comer en la mano... en la palma... Los manitas domésticos no son una raza demasiado dura tampoco... Y lo mismo los «rayagruyère»... los de las «marmitas chino-filandesas», los de las cucharas «de doble mango»... en fin, todo lo que sirve para la cocina... Son tipos que gustan de la jalandria... La buena vida... ¿Y los perfeccionadores del «metro»?... ¡Ah! ¡ahí ya hay que andarse con ojo! Pero los completamente pirados, auténticos desatados, obreros del vitriolo, proceden casi todos del «perpetuo»... Ésos, ésos son capaces de cualquier cosa, ¡para probarte

el descubrimiento!... Te levantarían la piel de la barriga, si expresaras la menor duda, no hay que pincharlos...

Uno que conocí en casa de Courtial, empleado de la casa de baños, era un fanático... Sólo hablaba de su «péndulo» y, además, siempre en voz baja... con expresión asesina... También nos visitaba un substituto de fiscal de provincias... Venía a propósito del Sudoeste para traernos su cilindro... un tubo enorme de ebonita, que tenía una válvula centrífuga y arranque eléctrico... En la calle era muy fácil reconocerlo, aun de muy lejos, caminaba siempre de través, como un auténtico cangrejo, por delante de las tiendas... Así neutralizaba las atracciones de Mercurio y también los efluvios del Sol, los «iónicos» que atraviesan las nubes... Tampoco se quitaba nunca su enorme pañuelo de los hombros, ni de día ni de noche, de amianto trenzado con hilo y seda... Era su detector de ondas... Si entraba en la «interferencia»... Inmediatamente se estremecía... le salían burbujas por las ventanas de la nariz...

¡Courtial se los conocía a todos y desde hacía la tira!... Sabía a qué atenerse... Tuteaba a muchos. Los bandeábamos bastante bien... Pero, ¡un día se le ocurrió organizar un «concurso» con ellos!... Huy, ¡era una locura, la verdad! ¡Al instante di la voz de alarma!... Se lo dije a gritos en seguida... ¡Todo! ¡menos eso!... ¡No hubo modo de contenerlo!... Tenía mucha necesidad de parné... y líquido, inmediato... Era del todo cierto que las pasábamos canutas para llegar a fin de mes... que ya debíamos por lo menos seis números del Génitron, a Taponier, el impresor... Teníamos, pues, muchas excusas... Por otra parte, las ascensiones ya no rendían como antes... Los aeroplanos nos hacían ya una competencia terrible... Ya en 1910 los catetos se agitaban... Querían ver aviones... Y eso que escribíamos cartas como locos... sin descanso, por decirlo así... Nos defendíamos palmo a palmo... Acosábamos a todos los paletos... Y a los arzobispos... Y a las prefecturas... Y a las damas de Correos... y a los farmacéuticos... a las exposiciones de horticultura... sólo en la primavera de 1909 mandamos imprimir más de diez mil circulares... O sea, que nos defendíamos con uñas y dientes... Pero también he de decir que Courtial volvía a jugar a los caballos. Había vuelto a Aux Émeutes... Debía de haber pagado a Naguère... En fin, que volvían a hablarse... bien que los había visto yo... Había ganado, así, mi pureta, en una sola sesión, en Enghien, de una tacada, seiscientos francos con «Carotte»... y, además, con «Célimène» doscientos cincuenta en Chantilly... Se había embriagado... Iba a arriesgar más...

La mañana siguiente, llegó muy excitado a la tienda... En seguida me cogió por banda...

«¡Ah! ¡mira, Ferdinand! ¡Qué potra! ¡Ahí la tienes! ¡Es potra!... ¡Mira! ¡Diez años, me oyes, diez años!... ¡que la palmo casi sin cesar!... ¡Se acabó!... ¡Tengo una buena racha!... ¡No la vuelvo a soltar!... ¡Mira!» Me enseñó elCroquignol, un nuevo periódico sobre las carreras todo marcado ya... ¡en azul, rojo, verde, amarillo! Yo también le respondí al instante...

«¡Cuidado, señor des Pereires! Ya estamos a 24 del mes... ¡Tenemos catorce francos en la caja!... Taponier es muy amable... bastante paciente, hay que reconocerlo, pero en fin, de todos modos, ¡no quiere imprimir nuestra revista!... ¡Prefiero avisarle ahora mismo! Hace tres meses que me echa una bronca, cada vez que llego a la Rue Rambuteau... ¡Yo no vuelvo a darle la barrila, eso desde luego! ¡ni con el carro de mano!»

«¡Déjame en paz, Ferdinand! Déjame en paz... ¡Me atormentas! Me deprimes con tus cuentos... tan sórdidos... ¡Lo intuyo! ¡Lo intuyo! ¡Mañana habremos salido del apuro!... ¡No puedo perder ni un minuto en discusiones! Vuelve a decir a ese Taponier... De mi parte, ¡me oyes! De mi parte esta vez... ¡Será cabrón, ahora que lo pienso! ¡Ha engordado a mi costa!... ¡Hace veinte años que le doy de comer! ¡Se ha hecho una fortuna! ¡Se ha inflado! ¡Varias! ¡Colosales! ¡con mi periódico!... ¡Voy a hacer algo más por ese maricón! ¡Dile! ¡Me oyes! ¡Dile! ¡Que puede jugarse toda su fábrica, toda su chapuza, sus trastos! ¡su casa! ¡la dote de su hija! ¡su nuevo automóvil! ¡todo! ¡la bicicleta de su hijo! ¡Todo! ¡recuérdalo bien! ¡Todo! a “Bragamance” ganador... ¡digo ”ganador”! ¡no “colocado”! ¡en la “tercera”! ¡En Maisons, el jueves!... ¡Ya ves! ¡Así es, hijo!... ¡Ya veo la meta! ¡y 1.800 francos por

cinco! ¿Me oyes? 1.887 exactamente... ¡En el bote!... ¡Fíjate bien! Con lo que me queda de la otra... ¡Nos supondrá a los dos! ¡53.498 francos! ¡Ya ves! ¡neto!... ¡Bragamance!... ¡Maisons!... ¡Bragamance!... ¡Maisons!...»

Siguió hablando... No oía mis respuestas... Se marchó por el pasillo... Se había vuelto un sonámbulo...

El día siguiente, lo esperé, toda la tarde... a que llegara... a que acudiese con los cincuenta y tres mil y pico... Eran las cinco pasadas... Por fin se presentó... Lo vi cruzar el jardín... No miró a nadie en la tienda... Vino derecho hacia mí... Me cogió por los hombros... Me estrechó en sus brazos... Ya no faroleaba... Sollozaba... «¡Ferdinand! ¡Ferdinand! ¡Soy un miserable asqueroso! Un bribón abominable... ¡Puedes llamarme infame!... ¡Lo he perdido todo, Ferdinand! Toda nuestra mensualidad, ¡la mía! ¡la tuya! ¡mis deudas! ¡las tuyas! ¡el gas! ¡todo!... ¡Aún debo la apuesta a Naguère!... Al encuadernador le debo mil ochocientos francos... La portera del teatro me ha prestado otros treinta pavos... Además, ¡debo cien francos al guardabarrera de Montretout!... ¡Voy a verlo esta noche!... ¡Ya ves en qué lodazal me hundo!... ¡Ah! ¡Ferdinand! ¡Tienes razón! ¡Me revuelvo en mi propio fango!...»

Se hundía aún más... Se martirizaba... Calculaba... y volvía a calcular el total... Cuánto debía en el fondo... Siempre había más... Se encontraba tantas deudas, que me parece que inventaba... Buscó un lápiz... Iba a empezar otra vez... Se lo impedí decidido... Entonces le dije así:

«¡Vamos! ¡Vamos, señor Courtial! ¿es que no puede estarse tranquilo? ¡Eso no puede ser!... ¡Si aparecen clientes! ¿qué van a pensar? ¡Más vale que descanse!...»

«¡Ferdinand! ¡qué razón tienes!... ¡Hablas con más sabiduría que tu maestro! ¡Este vejestorio pútrido! ¡Una ráfaga de locura, Ferdinand! ¡Una ráfaga de locura!...»

Se sujetaba la chola con las dos manos...

«¡Es increíble! ¡Es increíble!...» Tras un momento de postración, fue a abrir la trampilla... Desapareció él solito... ¡Me la conocía yo, su corrida!... ¡Siempre la misma historia!... Cuando volvía a hacer una putada... tras la relación de los follones, venía el número de la meditación... Pero amigo, ¡para la jalandria! ¡Yo tenía que encontrar la pasta!... ¡No me fiaban en ninguna parte!... ni el panadero... ni la frutera... Bien que contaba con eso, el cabrón, que yo había dejado algo guardado... Sospechaba, de todos modos, que yo debía de tomar mis precauciones... ¡Que no estaba en la luna!... Yo era el previsor... ¡el contable fino!... Raspando por los cajones aún resistí todo un mes... Y jalamos bastante bien... ¡Y nada de bazofia con sal!... ¡carne de primera!... patatas fritas a discreción... y mermelada «pura de azúcar»... Ahí queda eso...

No quería sablear a su mujer... Ella, en Montretout, no sabía nada.

El tío Edouard, que volvía de provincias, a quien no habíamos visto desde hacía mucho, pasó un sábado por la tarde... Vino a traerme noticias de mis padres, de la casa... ¡Continuaba la mala pata!... Mi padre, pese a todos sus esfuerzos, no había podido dejar la Coccinelle... y eso que era su única esperanza... En la Connivence-Incendie, aun escribiendo bien a máquina, no lo habían aceptado... Les parecía ya demasiado viejo para un empleo subalterno... y demasiado tímido, además, para trabajar ante el público... Conque había tenido que renunciar... aferrarse a su queli... poner buena cara a Lempreinte... Era algo abominable... Ya es que no dormía.

El barón Méfaize, el jefe del «Contencioso-vida», se había barruntado sus gestiones... Desde siempre lo detestaba, a mi padre, lo atormentaba sin cesar... Le hacía subir, a propósito, los cinco pisos por el patio para repetirle una vez más lo imbécil que le parecía... que se equivocaba en todas las direcciones... Por cierto, que no era verdad...

El tío Edouard, mientras me hablaba... se preguntaba... pensaba tal vez... que a mis viejos les gustaría volverme a ver un momentito... Que hiciéramos las paces, mi padre y yo... Que bastante desgracia había tenido... bastante había sufrido... Una ocurrencia propia de un pedazo de pan... Pero es

que sólo de pensarlo, ya volvía a subirme la bilis... Me venían todas las flemas a la boca... ¡Yo ya no valía para esos intentos!...

«¡Sí! ¡Sí! ¡Sí, tío!... ¡Siento piedad! Y todo... Sólo, que si volviera al Passage... ya te lo puedo asegurar ahora mismo... ¡No resistiría ni diez minutos!... ¡Metería fuego a toda la queli!...»

¡De intentos ni hablar!...

«¡Bueno! ¡Bueno! Está bien», dijo. «¡Ya veo lo que piensas!...»

No me hizo alusiones... Debió de repetírselo todo, a ellos... En fin, no volvimos a hablar del asunto... del regreso a la familia.

Con Courtial, claro está, era bien sabido... todo el santo día un follón de la hostia... y una serie continua de putadas... Me hacía algunas espantosas... y era más falso que treinta y seis puercos. Sólo por la noche me dejaba tranquilo... Una vez que se las piraba, yo hacía lo que quería... ¡Hacía planes a mi gusto!... Hasta las diez de la mañana, cuando volvía de Montretout... era yo el baranda... ¡Así da gusto! Después de dar de comer a mis palomos, era totalmente libre... Me sacaba siempre una pasta curiosita con las reventas al público... Con los Génitron de «devolución» había un tejemaneje... una parte era para mi menda... siempre sisaba un poco... y de las ascensiones también... Nunca más de veinte a veinticinco pavos... pero para mí, para mis gastillos, ¡era un Potosí!...

Le habría gustado saberlo, al viejo cocodrilo, ¡de dónde la sacaba yo, mi pastizara!... ¡mi parné curiosito!... ¡Ya podía esperar sentado! Yo tenía prudencia absoluta... Para algo había ido a la escuela... Nunca me sacaba del maco pasta tan volátil, y también la llevaba bien prendida dentro de la pechera... No había confianza precisamente... Me los conocía yo, sus escondrijos... tenía tres... Uno en el suelo... otro detrás del mostrador... (un ladrillo suelto) y, por último, ¡otro en la propia cabeza de Hipócrates! Le birlaba de todos... Él nunca contaba... Al final empezaba a sospechar... Pero no podía piarlas... No me daba ni blanca de salario. ¡Y hasta lo alimentaba yo!... Con dinero de la caja, en teoría, y bastante bien... y copiosamente... Comprendía que no podía decir nada...

Por la noche, no me hacía la jalandria, me iba al «Autoservicio», en la esquina de la Rue de Rivoli... Me lo jalaba de pie, un bocadito... siempre lo he preferido así... lo liquidaba en seguida... Después me iba a dar un garbeo... Daba una vuelta por la Rue Montmartre... Correos... Rue Etienne-Marcel... Me paraba en la estatua, Place des Victoires, a fumar un cigarrillo... Era un rincón majestuoso... Me gustaba mucho... Allí, tranquilito, para pensar... Nunca me he sentido tan contento como en aquella época de Génitron... No hacía proyectos para el porvenir... Pero el presente no me parecía demasiado chungo... A las nueve ya estaba de vuelta en casa...

Aún tenía mucho que currar... Mis piezas del Animoso... Paquetes atrasados... y cartas para provincias... Y después, hacia las once, me iba a las arcadas otra vez... Era el momento interesante... Estaban llenos de pajilleras, los alrededores... pendones, todas, de cinco francos... Y menos incluso... Una cada tres o cuatro columnas con uno o dos clientes... Me conocían bien, por fuerza... Muchas veces estaban alegres... Yo las dejaba subir a la queli, cuando había redadas... Se apalancaban tras los ficheros, se tragaban el polvo... Esperaban a que se alejaran... Menudas mamadas que nos marcábamos en el «Rincón del comanditario»... Yo tenía derecho a un filetazo... porque los guipaba, cuando se acercaban, desde mi entresuelo, en el momento crítico... cuando veía aparecer a los guripas... Se apalancaban todas por la portezuela... ¡Yo era el que daba el «queo» a la tribu! ¡nada por aquí!... nada por allá... Un poco antes de medianoche esperábamos a los maderos... Muchas veces me encontraba con una docena de chavalas en el cuchitril del primero... Apagábamos la bombilla... No había que abrir el pico... Se oían sus pisadas en las baldosas, para acá, para allá... Había terror... Parecían ratas encogidas en un rincón... Después venía la calma... Lo mejor eran las historias... Lo sabían todo de las Galeries... todos los chanchullos y trapicheos... bajo los soportarles... en los sobradillos... en las trastiendas... Me enteré de todo sobre el comercio... todos los que se dejaban dar por culo... todos los abortos... todos los cornudos del perímetro... Así, entre las once y la medianoche... Me enteré de todo

lo que hacía des Pereires, que si iba, el muy guarro, a que lo flagelaran en Les Vases Etrusques, en el 216, en la alameda de enfrente... casi a la salida de la Comédie Française... y que si le gustaban severas... y que si se lo oía rugir tras la cortina de terciopelo... y le costaba cada vez veinticinco pavos... ¡al contado!... ¡claro está!... ¡Y que si rara era la semana que no se chupaba tres azotainas, golpe tras golpe!...

Me hacía rugir, a mí también, ¡oír semejantes historias!... Ya no me extrañaba demasiado que siempre estuviéramos boqueras por adelantado... que entre la «caña» y los «jamelgos», ¡nunca tuviéramos un céntimo!... ¡No era un milagro!...

La que mejor contaba era la Violette, una ya purí, del norte, siempre sin sombrero, con triple mono escalonado y los largos alfileres de mariposa, pelirroja, debía de tener sus buenas cuarenta castañas... Siempre con una falda negra corta, ajustada, delantal rosa minúsculo y botines altos blancos con lazos y tacones de bobina... Yo le caía en gracia... Nos dolía la barriga a todos de risa, al escucharla... con lo que imitaba perfectamente... Siempre sabía alguna nueva... También quería que le diera por el culo... Me llamaba su «transbordador» por mi forma de cepillármela... ¡No cesaba de hablar de su Rouen! allí había pasado doce años en la misma casa, casi sin salir... Cuando bajábamos al sótano, yo le encendía la bombilla... Ella me cosía los botones... ¡es un trabajo que aborrezco!... Se me saltaban muchos... por los esfuerzos para empujar el carrito de mano con el tráfico... Yo podía coser cualquier cosa... pero un botón, no... ¡jamás!... No podía soportarlos... Quería pagarme calcetines... quería que me arreglase... Hacía mucho que no llevaba yo... des Pereires tampoco, las cosas como son... Al salir del Palais-Royal, subía por La Villette... toda la larga acera a pinrel... Eran los clientes de las cinco... Ahí no le iba mal aún... No quería estar encerrada más... De vez en cuando, pasaba, de todos modos, un mes en el hospital... Me enviaba una tarjeta postal... ¡Volvía corriendo! Yo me conocía su llamada en los cristales... Fuimos muy amigos durante más de dos años... hasta que nos marchamos de las Galeries... Al final estaba celosa, le daban tufaradas de calor... Se ponía de mal genio...

En la temporada de las verduras, nos metíamos toneladas entre pecho y espalda... Yo las presentaba «a la jardinera» con torreznos variados... ¡Él traía lechugas! ¡bolsas llenas de judías! ¡de Montretout!... Zanahorias, nabos, manojos enteros, y hasta guisantes.

A Courtial le gustaban los platos con «salsa». Yo los había aprendido en su manual de cocina... Conocía todas las manduquelas, todas las formas de «dorar». Es un estilo muy cómodo... Se puede volver a servir muchas veces. Teníamos un infiernillo de gas flamífero «Sulfridor», un poco explosivo, en la trastienda-gimnasio... En invierno, preparaba cocido... Yo mismo compraba la carne, la margarina y el queso... Tocante a bebercio, cada cual traía el suyo...

A la Violette, hacia medianoche, le gustaba tomarse un tentempié... Le gustaba la ternera fría sobre el pan... Sólo, que todo eso cuesta bastante caro... ¡Además de los otros gastos locos!

De nada me sirvió protestar... anunciar los peores desastres... tuvimos que probar su «Concurso del movimiento perpetuo». Era un expediente rápido... Iba a darnos beneficios en seguida. ¡Ya es que nos jiñábamos de canguelo!... Para participar en las pruebas había que pagar veinticinco francos... Dotado con un premio de doce mil pavos, primera recompensa concedida por el «gran jurado de las más brillantes lumbreras mundiales», además de otro premio subalterno, accésit-consuelo... cuatro mil trescientos cincuenta francos, ¡no era un concurso roñica!...

¡En seguida se presentaron aficionados!... ¡Un flujo!... ¡Una corriente!... ¡Una invasión!... ¡Diseños!... ¡Libelos!... ¡y memorias copiosas!... Disertaciones muy gráficas... ¡Cada vez jalábamos mejor! Pero, ¡no sin preocupación! ¡Ah, desde luego que no!... ¡Yo estaba más que convencido de que lamentaríamos la iniciativa!... Que la íbamos a pringar... ¡pero bien! ¡Que expiaríamos con avaricia los billetes que íbamos a catar!... Los dos... los tres... los cinco mil tal vez... ¡de imaginaciones

pintorescas!... Que nos recaerían, seguro, sobre la jeta en venganzas chungalíes... Y bastante pronto, además...

¡Hubo proyectos para todos los gustos, todas las tendencias, todas las manías!... En «bombas», volantes dinámicos, tuberías cosmiterrestres, péndolas para dinamos... ¡péndulos calorimétricos, ranuras refrigerantes, reflectores de ondas hertzianas!... Metías mano a la masa y sacabas para parar un tren... ¡Al cabo de unos quince días empezaron a acudir los energúmenos subscriptores! ¡en persona! ¡ellos mismos!... Querían saber qué noticias había... Desde lo del concurso vivían en vilo. Asaltaron la queli... Se caneaban delante de nuestra puerta... Courtial apareció en el umbral, les soltó un largo discurso... Los convocó para un mes después... Les explicó que uno de nuestros socios se había roto el húmero paseando por la Costa Azul... pero que pronto estaría repuesto... y que se apresuraría a traer el parné en persona... Todo iba bien... salvo ese pequeño percance... No estaba mal, la trola... Volvieron a marcharse... pero cabreados... Despejaron el escaparate... Escupían su hiel por todos lados... algunos hasta grumos sólidos... como sapos... Courtial había puesto en danza a una raza muy chunga, la verdad, de maníacos de lo más peligroso... Bien que se estaba empezando a dar cuenta... Pero no quería reconocerlo... En vez de confesar su error, lo pagaba conmigo...

Después de almorzar, mientras yo pasaba el café por el paño, se apretaba la punta de las napias, se reventaba los puntitos de grasa, salían como gusanos, después se los estrujaba entre las dos uñas... infinitamente sucias y afiladas... Tenía una napia, que no veas... auténtica coliflor en pequeño... plisada... dorada... Además, le seguía creciendo... Se lo dije.

Mientras bebíamos el café, esperábamos a que llegaran en tromba los maníacos, los de la chola febril... que empezaran a ponernos verdes... amenazarnos... marcarse la epilepsia... aporrear la puerta... obligarnos a mandarlos a la mierda... Conmigo la tomaba entonces, Courtial... intentaba humillarme... Así se desahogaba, parecía... Me cogía desprevenido... «De todos modos, Ferdinand, un día voy a tener que explicarte algunas trayectorias principales... algunas elipses esenciales... ¡No sabes ni papa de Géminis!... ¡ni de la Osa siquiera! ¡la más sencilla!... Lo he notado esta mañana, cuando hablabas con ese chaval... ¡Daba pena! ¡miedo daba!... Imagínate que un día uno de nuestros colaboradores te haga preguntas atravesadas en una conversación, sobre el "Zodíaco", por ejemplo... sus caracteres... Sagitario... ¿Qué podrías responder? ¡Nada! ¡o casi! Absolutamente nada sería mejor... ¡Quedaríamos desacreditados, Ferdinand! ¡Y bajo la égida de Flammarion!... ¡Sí! ¡El colmo! ¡El ridículo más sublime! ¡Tu ignorancia! ¿El cielo? ¡Un agujero!... ¡Un agujero para ti, Ferdinand! ¡Uno más! ¡Ya ves tú! ¡Lo que es el cielo para Ferdinand!» Entonces se cogía la cabeza entre las dos baes... Se la meneaba de izquierda a derecha, presa aún del pasmo... como si la revelación, como si semejante aberración se volviera de pronto ahí, ante mí, dolorosa al máximo... ¡no pudiera soportarla!... Lanzaba tales suspiros, que me daban ganas de partirle la boca.

«Pero, ¡veamos primero lo más urgente!», me decía entonces, brutal... «A ver, ¡pásame veinte de esas carpetas! ¡Las que quieras! ¡Anda, coge! Voy a hojearlas ahora mismo... ¡Mañana por la mañana pondré las notas! ¡Hay que empezar, joder! ¡Y sobre todo que no me molesten! ¡Pon un letrero en la puerta! "Reunión preliminar del Comité de la Recompensa"... Estoy en el primero, ¿me oyes?... Tú, como hace bueno... ¡vete a dar una vuelta hasta donde Taponard!... Pregúntale cómo va nuestro suplemento... Y pasa primero por Aux Émeutes. Pero, ¡no entres! ¡Que no te vean! Mira sólo en el cuartito, a ver si ves a Naguère... Si ya se ha marchado, pregunta entonces al camarero, ¡pero sólo para ti! ¿Me oyes? ¡Para mí, no!... Cuánto ganó "Sibérie" el domingo en la "cuarta" de los Drags. ¡No pases por delante para entrar! ¡Cuélate por la Rue Dalayrac!... ¡Y sobre todo que no me molesten! ¡No estoy ni por un millón! ¡Quiero trabajar en silencio! ¡la calma absoluta!...» Subía arriba a encerrarse en la oficina «tunecina». Como había jalado demasiado, yo sabía que se quedaría sobando... Yo aún tenía «direcciones» para los comités... más cartas por concluir... Me salía de la tienda, iba a instalarme bajo los árboles de enfrente... Me apalancaba detrás del quiosco. Lo del impresor no me molestaba... Sabía

de antemano lo que me respondería... Tenía cosas más urgentes. Las dos mil etiquetas y todas las cintas por pagar... para el próximo número... ¡si no se lo quedaba el impresor!... ¡No se podía asegurar!... Desde la quincena anterior, había entrado pasta con los giros del «concurso»... Pero, ¡debíamos mucho más! ¡Tres recibos al casero!... y, encima, dos meses de gas... y sobre todo al distribuidor...

Apalancado ahí, veía llegar de muy lejos el cortejo de concursantes... Se lanzaban hacia la tienda... Pataleaban ante la vitrina... ¡Sacudían la burda con rabia!... Yo me había llevado el picaporte... Habrían descuajaringado todo... ¡Se soplaban noticias unos a otros!... Intercambiaban furores... Se quedaban un buen rato... Piándolas ante la puerta... A cuatrocientos, quinientos metros de distancia oía yo sus gruñidos... ¡Yo no decía ni pío!... No aparecía... ¡Habrían acudido todos en tromba!... ¡Me habrían descuartizado!... Hasta las siete de la tarde, que aparecían otros... El asqueroso, en su zoco, debía de seguir sobando... A menos que se las hubiera pirado ya... al oír a la patulea... por la puertecita de la calle...

¡En fin! No había urgencia... Podía pensar un poco... Ya hacía años que me había marchado de donde Berlope... que no veía al pequeño André... ¡Debía de haber crecido, ese mocoso, guarro!... Debía de trajinar en otra parte ahora... para otros barandas... Tal vez ya ni siquiera en lo de las cintas... Habíamos venido bastante a menudo por aquí los dos juntos... Ahí, precisamente, junto al estanque, en el banco de la izquierda... a esperar el cañonazo... Ya quedaba lejos aquel tiempo en que éramos machacas los dos... ¡Joder! ¡Qué rápido envejece un chaval! Miré por aquí, por allá, a ver si lo volvía a ver por casualidad, al pequeño André... Un corredor me había dicho que ya no estaba donde Berlope... Que trabajaba en el Sentier... Que estaba colocado de «mozo»... A veces me parecía reconocerlo bajo los soportales... ¡pero no!... ¡No era él!... Tal vez ya no lo llevase rapado... el coco, como en aquel tiempo... ¡Tal vez ya no viviera su tía!... ¡Debía de andar por ahí, seguro, buscándose las habichuelas!... la diversión... Tal vez no volviese a verlo más... tal vez se hubiera esfumado... sumergido en cuerpo y alma en las historias que se cuentan... ¡Ah! es terrible, de todos modos... ya puedes ser joven, cuando te das cuenta por primera vez... de que pierdes gente por el camino... tronquis que no volverás a ver... nunca más... que han desaparecido como sueños... que se acabó... listo... que tú también acabarás perdiéndote... un día muy lejano aún... pero sin falta... en todo el atroz torrente de cosas... gentes... días... formas que pasan... que no se detienen nunca... Todos los gilipollas, los chorras, todos los curiosos, toda la caterva que deambula bajo los soportarles, con sus lentes, sus mediomundos y sus perritos de la cuerda... No los volverás a ver... Ya pasan... Están en sueños con otros, de compinches... van a acabar... Es triste, la verdad... ¡Es infame!... los inocentes que desfilan por delante de los escaparates... Me entraban unas ganas feroces... temblaba de pánico... de ir a saltarles encima por fin... ponerme por delante... que se pararan en seco... Cogerlos del terno... una idea de tontaina... que se detuvieran... ¡que no se moviesen más!... ¡Quietos parados, ahí!... ¡de una vez por todas!... Para no verlos marcharse más.

Dos, tal vez tres días después, mandaron a Courtial presentarse en la comisaría... Vino un guripa a propósito... Ocurría con bastante frecuencia... Era un poco molesto... Pero siempre se arreglaba... Yo lo cepillaba con mucho cuidado para el caso... Se volvía un poco las mangas... Iba a justificarse... Tardaba mucho en regresar... Volvía siempre encantado... Los había dejado confusos... Conocía todos los textos... todas las coartadas, hasta la más mínima, todos los apaños de las diligencias... Sólo, que aquel cachondeo... ¡se las traía!... ¡No estaba en el bote, ni mucho menos!... Nuestros mendas tan chungos del «perpetuo» no dejaban de dar la barrila a los comisarios... el de la Rue des Francs-Bourgeois, ¡recibía doce denuncias al día!... y el de la Rue de Choiseul ya es que estaba perdiendo la paciencia... ¡hasta las narices estaba ya!... Amenazaba con hacer una redada... Desde enero era otro... al anterior, tan acomodaticio, lo habían destinado a Lyon... El nuevo era un mierda. Había advertido al

Courtial que, si volvíamos a empezar con los chanchullos de «concurso», le iba a endiñar un mandamiento, ¡que se iba a acordar!... Quería distinguirse por su celo y vigilancia... Venía de un pueblucho, ¡donde Cristo perdió el gorro!... ¡Era muy fogoso!... ¡Ah! ¡él no tenía que pagar a nuestro impresor, el alquiler y toda la pesca! ¡Sólo pensaba en darnos la barrila!... Ya no teníamos teléfono siquiera. Nos lo habían quitado, tenía que llegarme a la compañía... Llevaba cortado tres meses... Los inventores que reclamaban venían, lógicamente, en persona... Las cartas, ¡ya es que no las leíamos!... ¡Recibíamos demasiadas!... Nos habíamos puesto demasiado nerviosos con esas amenazas judiciales... Abríamos el correo para sacar sólo los billetes... Lo demás, a paseo... ¡Sálvese quien pueda!... ¡es fácil de desencadenar, el pánico!...

Ya podía disimular Courtial... El comisario del «Choiseul» le había quitado el hipo, ¡era un verdadero ultimátum!... ¡Había vuelto pálido!...

«¡Nunca! ¿Me oyes, Ferdinand? ¡Jamás!... Desde hace treinta y cinco años que trabajo en las ciencias... ¡que me crucifico! ésa es la palabra... ¡para instruir! ¡elevar a las masas! ¡Nunca me habían tratado como ese cabrón!... ¡Supera mi capacidad de indignación! ¡Sí! ¡Ese mocoso!... ¡Ese patán!... ¿Por quién me toma, ese perillán?... ¿Por un golfo? ¿Por un revendedor de localidades? ¡Qué chulo! ¡Qué impudor! ¡Una “redada”! ¡Como en el picadero! Una “redada”, ¡no habla de otra cosa! Pero, ¡que venga, el cretino ese! ¿Qué encontrará? ¡Ah! ¡bien se ve que es nuevo! ¡Que no se ha estrenado en la región! ¡Un provinciano! ¡Te lo digo yo! ¡Un destripaterrones, sin lugar a dudas! ¡Quiere hacer méritos, el muy capullo! ¡La imaginación! ¡No puede más! ¡La imaginación! ¡Ah! le va a costar más caro que a mí... ¡Ah, sí! ¡Me cago en Dios!... ¡El de la Rue d’Aboukir! ¡También quiso venir! ¡Quiso hacerla, su redada! ¡Vino! ¡Miró! ¡Revolvieron toda la queli! Esos guarros, asquerosos, repugnantes... Pusieron todo patas arriba y volvieron a marcharse... Veni! Vidi! Vici!>¡Una banda de cacho cabrones! Fue hace más de dos años. ¡Ah! ¡cómo lo recuerdo! ¿Y qué encontró, ese Vidocq[22] de pacotilla?... Papeluchos y yeso... ¡Cubierto de cascotes, amigo! ¡Portero lastimoso! ¡Lamentable!... ¡Habían cavado por todas partes! No habían comprendido una palabra... ¡cucaracha indecente!... ¡Ah! ¡qué mierdas!... ¡Desgraciados, groseros, gorrinos!... Asnos legales... Asnos del estiércol, ¡te lo digo yo!...»

Me enseñaba en el aire, hasta el techo, pilas y pilas... amontonamientos prodigiosos... ¡Auténticas murallas, promontorios amenazadores! ¡Bamboleantes!... En efecto, ¡sería muy raro que no le entrara espanto, al comisario de «Choiseul», ante esas montañas!... esas avalanchas en suspenso...

«¡Una redada! ¡Una redada! ¡Mira tú cómo habla! ¡El pobre mocoso! ¡Pobre chavea! ¡Pobre larva!...»

Ya podía farolear, ¡esas amenazas le inquietaban, de todos modos!... ¡Estaba bien deshecho!... Volvió la mañana siguiente a ver al joven... Para intentar convencerlo de que se había columpiado con él... ¡Y de arriba abajo! ¡Absolutamente!... ¡Que lo habían calumniado con ganas!... Era cuestión de amor propio... Lo carcomía por dentro, la bronca de ese mequetrefe... Ya es que no tocaba siquiera las pesas... Seguía inquieto... Refunfuñaba en la silla... No me hablaba sino de la redada... ¡Dejaba de lado incluso, por una vez, mi instrucción científica!... ¡Ya no quería recibir a nadie! ¡Decía que ya no valía la pena! Yo dejaba colgado permanentemente el cartelito «Reunión del Comité».

Fue en ese momento, más o menos, al hablar de «perquisiciones», cuando se puso de nuevo a hablarme de su porvenir... De su agotamiento... Que cada vez lo hacía sufrir más...

«Ah», me decía, «Ferdinand», mientras buscaba carpetas para llevárselas al de la bofia... «Mira, ¡lo que necesitaría!... ¡Otra jornada perdida! ¡Manchada! ¡Desperdiciada! ¡pervertida absolutamente! ¡perdida en farfulleos!... ¡En angustias cretinas!... ¡Sería poder concentrarme!... ¡De verdad!... ¡Por fin! ¡poder abstraerme!... ¿Comprendes?... ¡La vida exterior me maniata!... ¡Me roe! ¡Me disemina!... ¡Me dispersa!... ¡Mis grandes designios no pueden concretarse, Ferdinand! ¡Vacilo!... ¡Ya ves! ¡Imprecisos! Vacilo... ¡Es atroz! ¿No comprendes? ¡Calamidad sin par! ¡Parece una ascensión,

Ferdinand!... ¡Me elevo!... ¡Recorro un trecho de infinito! ¡Lo voy a cruzar!... Atravieso ya algunas nubes... Por fin voy a ver... ¡Más nubes!... ¡El rayo me deja mudo de asombro!... Y más nubes... ¡Me espanto!... ¡No veo nada!... ¡No, Ferdinand!... ¡No veo nada! Ya puedo disimular... ¡me distraigo, Ferdinand! ¡Me distraigo!» Se hurgaba la perilla... ¡Se tiraba del bigote!... Le temblequeaba la mano... ¡Ya no abríamos a nadie! Ni siquiera a los maniáticos del «perpetuo»... A fuerza de romperse los cuernos, ¡perdieron la esperanza!... Dejaban un poco de darnos la barrila... No hubo investigación... No incoaron diligencias... Pero había sido una alerta de cuidado...

Ahora desconfiaba de todo, Courtial des Pereires, ¡de su despacho tunecino! ¡De su propia sombra! Estaba aún demasiado expuesto, su entresuelo personal, ¡demasiado accesible!... Podían llegar de improviso a saltarle encima... ¡No quería correr más riesgos!... A la simple vista de un cliente ¡el rostro se le ponía blanco como la cera!... ¡Casi se tambaleaba! ¡Lo había afectado de verdad la última hecatombe!... Prefería el sótano con mucho. ¡Cada vez se encerraba más en él!... ¡Allí estaba un poco tranquilo!... ¡Meditaba a gusto!... Se apalancaba ahí semanas enteras... Yo sacaba adelante la revista... ¡Era cosa de rutina! Arrancaba páginas de sus manuales... Recortaba con cuidado... Retocaba algunos pasajes... Rehacía los títulos un poco... Con tijeras, goma y cola, me las arreglaba bien. Dejaba en blanco mucho espacio para ofrecer «cartas de subscriptores»... Es decir, las reproducciones... Me saltaba las broncas... Sólo dejaba los entusiasmos... Confeccionaba una lista de subscriptores... Recargaba bien las tintas... ¡Cuatro colas detrás de los ceros!... Insertaba fotografías. La de Courtial en uniforme, con el pecho cubierto de medallas... otra, del gran Flammarion, cortando rosas en su jardín... Hacía contraste, quedaba mono... Si se presentaban inventores... que volvían una vez más a informarse, y no me dejaban dedicarme a mi tarea... había encontrado otra excusa...

«¡Está con el Ministro!», respondía sin pestañear. «Vinieron a buscarlo anoche... Para un peritaje, seguramente...» No se lo acababan de creer... pero se quedaban pensativos, de todos modos. El tiempo justo para que yo me largara al gimnasio... «¡Voy a ver si ha vuelto!...»

No me volvían a ver.

¡Las desgracias nunca vienen solas!... Tuvimos nuevos sinsabores con el Animoso, cada vez más rajado, zurcido, acribillado de remiendos... tan permeable y chungo, ¡que se hundía en las cuerdas!...

Llegaba el otoño, ¡empezaba a soplar! Flaqueaba con las ráfagas, se desplomaba, el pobre, a la salida misma, en lugar de alzar el vuelo por el aire... Nos arruinaba a base de hidrógeno, gas metano... A fuerza de bombear, cogía, de todos modos, un pequeño impulso... Con dos o tres saltitos, salvaba bastante bien los primeros arbustos... si arrancaba una balaustrada, se abalanzaba sobre el huerto... Volvía a arrancar de una sacudida... Rebotaba contra la iglesia... Se llevaba la veleta... Avanzaba hacia el campo... Las borrascas lo volvían a traer con una mala hostia... derecho contra los álamos... Des Pereires no esperaba más... Soltaba todos los palomos... Lanzaba un fuerte toque de cornetín... Me desgarraba toda la esfera... El poco gas que quedaba se evaporaba... ¡Tuve así que recogerlo en situación peligrosa por toda Seine-et-Oise, Champagne e incluso Yonne! Rastrilló con el culo todas las remolachas del Nordeste. La barquilla de bejuco ya es que no tenía forma, lógicamente... En la meseta de Orgemont, se quedó dos buenas horas enteramente enterrado, atascado en medio de la charca, ¡un estiércol que no veas! ¡Movedizo, en copos, prodigioso!... Todos los paletos de los alrededores se cachondeaban como para romperse las costillas... Cuando replegamos el Animoso, olía tan fuerte a las materias y al jugo de la fosa, y Courtial también, por cierto, ¡totalmente acolchado, fangoso, rebozado, soldado en la pasta de mierda!, que no nos dejaron entrar en el compartimento... Viajamos en el furgón, con el utensilio, los aparejos y toda la pesca.

Al volver al Palais-Royal, ¡no había acabado la cosa!... Nuestro bonito aerostato, seguía apestando tan fuerte, aun en el subsuelo del sótano, que hubimos de quemar durante casi todo el verano al menos diez cacerolas de benjuí, sándalo y eucalipto... ¡resmas de papel de Armenia!... ¡Nos

habrían echado! Ya había peticiones...

Todo aquello era aún remediable... Formaba parte de los gajes, los avatares del oficio... Pero lo peor, el golpe de gracia, nos lo dio sin duda la competencia de los aviones... No se puede negar... Nos guindaban todos los clientes... Hasta los comités más fieles... los que nos tenían total confianza, que nos contrataban casi con toda seguridad... ¡Péronne, Brives-la-Vilaine, por ejemplo! Carentan-sur-Loing... Mézeux... Asambleas en el bote, muy afectas a Courtial... que lo conocían desde hacía treinta y cinco años... Lugares donde desde siempre lo tenían en palmitas... ¡Toda esa gente encontraba de repente pretextos extraños para darnos largas!... ¡subterfugios! ¡espantados! ¡los muy mierdas! ¡Era el fin! ¡la desbandada!... Sobre todo a partir de mayo y de junio y julio de 1911, la cosa se estropeó de verdad... El llamado Candemare Julien, por citar sólo a uno, con su simple Libellule, ¡nos birló a veinte clientes!...

Y eso que habíamos aceptado rebajas increíbles... Íbamos cada vez más lejos... Llevábamos el hidrógeno... la bomba... el condensímetro... ¡Fuimos a Nuits-sur-Somme por ciento veinticinco francos! ¡incluido el gas! ¡Y transporte, además!... ¡Ya es que no se podía resistir, la verdad! Las villas más apestosas... ¡Los municipios más rancios no tenían ojos más que para células y biplanos!... ¡Wilbur Wright y las «jornadas»!...

Courtial había comprendido perfectamente que era la lucha a muerte... Quiso reaccionar... Intentó lo imposible. Publicó, uno tras otro, en menos de dos meses, cuatro manuales y doce artículos en las columnas de su revista, ¡para demostrar con tesón que los aviones nunca volarían!... ¡Que era un progreso falso!... ¡un capricho contra natura!... ¡una perversión de la técnica!... ¡Que todo eso acabaría pronto en una trapatiesta atroz! ¡Que él, Courtial des Pereires, que tenía treinta y dos años de experiencia, no respondía ya de nada! ¡Su fotografía en el artículo!... Pero, ¡ya estaba retrasado para con la corriente de los lectores!... ¡Absolutamente superado! ¡Inundado por la ola en aumento! En respuesta a sus diatribas, a sus filípicas virulentas, no recibió sino injurias, andanadas feroces y amenazas conminatorias... ¡El público de los inventores ya no seguía a des Pereires!... Era la verdad exacta... Aun así se empecinó... ¡No quería dar su brazo a torcer!... ¡Tomó la ofensiva incluso!... Así, ¡fundó la sociedad «La pluma al viento» en el momento más crítico incluso!... «¡Para la defensa del globo, mucho más ligero que el aire!» ¡Exhibiciones! ¡Demostraciones! ¡Conferencias! ¡Fiestas! ¡Festejos! Sede social, en el Génitron. ¡No acudieron ni diez afiliados! ¡Olía a cenizo! Yo volví a mis remiendos... En el Arquímedes, el viejo cautivo, había metido mano tanto, ¡que ya no encontraba ángulo decoroso!... ¡Eran puros jirones mohosos!... Y el Animoso tampoco le iba a la zaga... ¡Estaba reducido a la cuerda! Se le veía la trama por todos lados... ¡Si lo sabría yo!

Nuestra última salida en globo fue un domingo en Pontoise. Nos habíamos arriesgado, a pesar de todo... ¡No habían dicho ni sí ni no!... Habíamos dado un repaso curiosito al lamentable mamarracho, habíamos recogido los flecos en los ángulos, le habíamos dado la vuelta... Lo habíamos reforzado un poco con placas de celofán... ¡caucho, fusible y estopas de calafate! Pero, aun así, ante la alcaldía, le llegó la perdición, ¡la crisis final! En vano le bombeamos casi entero un gasómetro... Perdía más de lo que le entraba... Era un caso de endósmosis, Pereires lo explicó en seguida... Y luego, como insistíamos, se rajó del todo... ¡con estruendo de cólico horrible!... ¡El infecto olor se propagó!... La gente escapaba ante los gases... ¡Un pánico! ¡una angustia!... Encima, ¡va la enorme cámara y se descuajaringa sobre los gendarmes!... Los sofocaba, se quedaron pillados en los volantes... ¡Pataleaban bajo los pliegues!... ¡Estuvieron a punto de morir asfixiados!... Parecían ratas enteramente... Al cabo de tres horas de esfuerzos, ¡sacamos al más joven!... ¡los otros se habían desvanecido!... ¡Perdimos la popularidad! ¡Nos ganamos unas injurias terribles!... ¡Los chavales nos cubrieron de lapos!...

De todos modos, replegamos el armatoste... encontramos almas caritativas... Por fortuna, ¡el jardín de la fiesta estaba muy cerca de la gran esclusa!... Hablamos con los de una gabarra... Nos

dejaron montar... Bajaban hacia París... Tiramos todos nuestros bártulos al fondo de la bodega...

En el viaje no hubo problemas... Tardamos tres días, más o menos... Una tarde llegamos a Port-a-l'Anglais... ¡El fin de las ascensiones!... Lo habíamos pasado bastante bien a bordo de la chalana... Eran buena gente, muy amables... flamencos del norte... No cesamos de beber café... hasta el punto de no poder dormir. Tocaban bien el acordeón... Aún veo la ropa puesta a secar por toda la escotilla... Todos los colores más vivos... frambuesas, azafranes, verdes, naranjas. Había para todos los gustos... Enseñé a sus mocosos a hacer barcos de papel... Nunca los habían visto.

En cuanto la patrona, Sra. des Pereires, se enteró de la fatal noticia, sin perder minuto se presentó en la oficina... Yo aún no la había visto... desde que estaba allí, hacía once meses... Hacía falta una catástrofe de verdad para que se decidiera a tomarse la molestia... Se encontraba a gusto en Montretout.

Así, al primer vistazo, con su facha tan curiosa, creí que era una «inventora», que venía a hablarnos de un «sistema»... Estaba fuera de sí. Al abrir la puerta, extraordinariamente nerviosa, conviene decirlo, e indignada a más no poder, no le salían las palabras, el sombrero se le caía sobre la jeta totalmente torcido. Llevaba un pelo espeso... No se le veía la cara. Recuerdo sobre todo la falda de terciopelo negro con pliegues de volantes y la blusa malva, tipo «bolero», con grandes motivos bordados... y salpicada de perlas del mismo color... Y sombrilla de seda tornasolada... Se me quedó grabado el cuadro...

Tras un poco de cháchara, la hice sentar en el gran sillón de los clientes... Le recomendé un poco de paciencia, que el patrón no tardaría en llegar... Pero, ¡en seguida me cogió por banda ella!

«¡Ah! pero, ¡usted ha de ser Ferdinand!... ¿Me equivoco?... ¡Ah! ¡estará usted al tanto de la tragedia!... ¿Verdad que es un desastre? ¿Eh?... ¡Mi payaso!... ¡Le llegó el fin!... Ya no quiere hacer nada más, ¿no?...» ¡Tenía los puños cerrados sobre los muslos! ¡Bien plantada en el sillón! ¡Me interpelaba con una brusquedad!...

«¿Ya no quiere dar golpe?... ¿Está harto de trabajar?... ¡Cree que podemos vivir bien!... ¿De qué? ¿De rentas? ¡Ah! ¡desarrapado! ¡Ah! ¡Será mamarracho! ¡Será cochino! ¡cacho canalla! ¿Dónde andará a estas horas?»

¡Buscaba en la trastienda!...

«¡No está ahí, señora!... ¡Ha ido a ver al Ministro!...»

«¡Ah! ¡el Ministro! ¿Cómo dice? ¡El Ministro!» ¡Se echó a reír! «¡Ah! ¡hijo! ¡Ah! ¡a mí con ésas, no!... ¡A mí, no!... ¡Me lo conozco mejor que usted, yo, a ese guarro! ¡Ministro! ¡Ah, no! ¡A una casa de citas! ¡Sí, tal vez! ¡Al manicomio, querrá usted decir! ¡a la cárcel! ¡Sí! ¡Eso seguro! ¡a cualquier parte! ¡A Vincennes! ¡A Saint-Cloud! ¡tal vez!... pero, ¡de Ministro nada! ¡Ah, no!»

Me colocó la sombrilla bajo la nariz...

«¡Usted es cómplice, Ferdinand! ¡Sí, señor! ¡cómplice! ¡ya ve! ¿me oye? ¡Acabarán en la cárcel, todos!... ¡Ahí los conducirán todos sus trucos!... ¡Todas sus marrullerías!... ¡sus chanchullos!... ¡sus repugnantes tejemanejes!...»

Volvía a reclinarse en el sillón, con los codos en las rodillas, ya es que no podía contenerse... a los apóstrofes virulentos sucedía la postración... ¡farfullaba entre sollozos!... ¡Empapaba el velo! ¡Me contaba toda la historia!...

«Mire, ¡estoy bien al corriente!... ¡No quería venir nunca! ¡Sabía que me llevaría un disgusto!... ¡De sobra sé que es incorregible!... ¡Hace treinta años que lo soporto!...»

Allá estaba tranquila... en Montretout, para cuidarse. Era frágil... Ya no le gustaba desplazarse, salir de su hotelito... Antes... ¡En otro tiempo! Había corrido mucho mundo con des Pereires... en los primeros tiempos de su matrimonio. Ahora, ya no le gustaba el cambio... Ya sólo le gustaba quedarse en casa... Sobre todo por sus hombros y riñones, extraordinariamente sensibles... Si la sorprendía la

lluvia o una ventolera en la calle, le esperaban después meses de sufrimiento... Reumatismos despiadados y, además, una bronquitis muy tenaz, un catarro de aúpa... Todo el invierno pasado así y el año anterior también... Hablando de negocios, me explicó con detalle que aún no habían acabado de pagar el hotelito... Catorce años de economías... Me sondeaba con la razón y con la ternura...

«¡Mi querido Ferdinand! ¡Hijo mío! ¡Tenga piedad de una anciana!... Podría ser su abuela, ¡no lo olvide! ¡Dígame, por favor! ¡Dígame, se lo ruego! ¿Está perdido de verdad, el Animoso? De Courtial no me fío, nunca sé a qué atenerme... Nada de lo que me cuenta puedo creer... ¿Cómo voy a fiarme?... ¡Es tan mentiroso siempre!... Se ha vuelto tan vago... Pero, ¡usted, Ferdinand! ¡Ya ve en qué estado me encuentro!... ¡Comprenderá usted mi pena!... ¡No irá usted a darme el pego con camelos! Mire usted, ¡soy una anciana!... ¡Tengo mucha experiencia de la vida!... ¡Puedo comprenderlo todo!... Sólo quisiera que me explicaran...»

Tuve que repetírselo... Jurárselo por mi propia cabeza, que estaba jodido, descuajaringado, enmohecido, el Animoso... ¡por fuera y por dentro! ¡Que ya no le quedaba un hilo sano en toda la cámara!... Ni en el armazón ni en la barquilla... Que ya no era sino puros jirones... puros cascos sucios... ¡absolutamente irreparable!...

A medida que yo contaba todo, ¡le entraba aún más pena! Pero tenía confianza, comprendía muy bien que no la engañaba... ¡Vuelta a empezar con las confidencias!... Me dio todos los detalles... Cómo iban las cosas, al comienzo de su matrimonio... Cuando aún era comadrona, diplomada de primera clase... Cómo ayudaba a su Courtial a preparar sus ascensiones... ¡Que por él y el globo había abandonado toda su carrera personal! ¡Para no separarse ni un segundo de él!... ¡Habían hecho el viaje de bodas en globo!... ¡De feria en feria!... Entonces ella subía con su esposo... ¡Habían ido así hasta Bérgamo, en Italia!... Ferrara incluso... Trentino, cerca del Vesubio... A medida que se desahogaba, comprendía yo que para aquella mujer, en su mente, su convicción, ¡el Animoso tenía que durar para siempre!... ¡las ferias igual!... ¡No debían interrumpirse nunca!... Había una razón para ello, absolutamente imperiosa... ¡La liquidación de su queli! «La Gavotte», en Montretout... Aún debían seis letras y un saldo... Courtial ya no traía dinero... Debían incluso dos letras ya y habían recibido cinco aplazamientos de Hacienda... Se le ahogaba la voz sólo de contar esa vergüenza... Eso me recordaba, a propósito, ¡que no habíamos pagado el alquiler de la tienda!... Y el gas, ¿qué?... ¡Y el teléfono!... ¡Ni pensarlo!... El impresor tal vez hiciera la entrega esta vez... ¡Bien sabía lo que tramaba, el Taponier! ¡menudo era! Embargaría la tienda... ¡Se la ventilaría por cuatro perras!... ¡La tenía en el bote!... ¡Él era el más tunela!... ¡Estábamos guapos!... Yo sentía toda la mierda, toda la avalancha de gurruminos se me venían encima... ¡Estaban más comprometidos que la leche, el porvenir y nuestros hermosos sueños!... ¡Ya no nos quedaban demasiadas ilusiones!... ¡La purí las piaba con ganas tras el velo!... Había suspirado tanto, ¡que se puso cómoda un poco!... ¡Se quitó el sombrero!... La reconocí por el retrato y la descripción de des Pereires... Me llevé la sorpresa, de todos modos... Me había contado que tenía bigote y que no quería depilárselo... ¡Y no era una sombra precisamente!... ¡Le había empezado a crecer después de una operación!... ¡Le habían quitado todo en una sola sesión!... ¡Los dos ovarios y la matriz!... Al principio habían pensado que era una simple apendicitis... pero, al abrir el peritoneo, habían encontrado un fibroma enorme... La había operado Péan en persona...

Antes de quedar mutilada así, ¡era una mujer muy hermosa, Irène des Pereires, atractiva, afable y encantadora y tantas cosas más!... Sólo, que después de esa intervención y sobre todo desde hacía cuatro o cinco años, ¡todos los caracteres viriles se habían hecho los amos!... ¡Auténticos bigotes le salían e incluso como una barba!... ¡Habían quedado empapados en lágrimas! ¡Manaban en abundancia mientras me hablaba!... ¡El maquillaje le chorreaba en colores! Se había puesto polvos... se había pintado... se había maquillado, ¡que no veas! Se ponía cejas de odalisca, ¡se enlucía la cara para venir a la ciudad!... El voluminoso sombrero, con su macizo de hortensias, se lo volvía a colocar... se le

volvía a caer... con la tormenta, ¡no se sostenía ni un segundo! ¡Se torcía boca arriba!... Se lo retocaba de un papirotazo... Volvía a clavar los largos alfileres... se ponía el velo otra vez. Durante un momento, la vi hurgándose entre las faldas...

Sacó una gran pipa de brezo... Eso también me lo había contado él.

«¿No molesta aquí, que fume?», me preguntó...

«No, señora, ¡claro que no! pero, eso sí, ¡hay que tener cuidado con las cenizas! ¡por los papeles del suelo! ¡Prenderían fácilmente! ¡Ji! ¡Ji!» Había que reír un poco...

«¿Usted no fuma, Ferdinand?»

«¡No! No me interesa. ¡No soy bastante cuidadoso! ¡Temo acabar como una antorcha! ¡Ji! ¡Ji!...»

Se puso a echar caladas... ¡Escupía en el suelo! ¡por aquí! ¡por allá!... ¡Se había calmado un poco!... ¡Volvió a ponerse el velo! ¡Se alzaba la esquina con el dedo meñique! Cuando hubo terminado del todo la pipa... Volvió a sacar la petaca... ¡Creí que iba a cargar otra!...

«¡Oiga, Ferdinand!», me cortó... Se le había ocurrido una idea, se irguió de repente... «¿Está usted seguro al menos de que no está escondido ahí arriba?...»

Yo no me atrevía a hablar... ¡Era asunto delicado!... Quería evitar la batalla...

«¡Ah!» ¡No esperó! ¡Saltó!... «¡Ferdinand! ¡Me engaña usted! ¡Es usted tan mentiroso como ése!...»

Ya no quería que le explicara nada más... Me apartó al pasar... Saltó a la escalerita, en espiral... Ahí subía, furiosa... El otro estaba desprevenido... ¡Le cayó encima!... Escuché... oí... Al instante, ¡todo un challenge!... ¡Se iba a enterar de lo que valía un peine! Primero, ¡hubo pares de hostias! y después vociferaciones...

«¡Será sátiro!... ¡será golfo!... ¡El mierda!... ¡Mira cómo pasa el tiempo!... ¡Con razón no me fiaba yo de sus asquerosos cuentos! ¡He hecho bien en venir!...» Debía de haberlo pescado colocando las tarjetas postales... las transparentes... en el álbum... ¡las que vendía yo, los domingos!... Solía divertirse así después de comer...

¡No habían acabado sus penas! ¡Ella no escuchaba sus respuestas! «¡Pornógrafo! ¡Anarquista! ¡Calzonazos! ¡Guarro!»... ¡Así lo trataba!...

Subí, ¡asomé un ojo por sobre la barandilla!... Cuando le faltaron las palabras, se abalanzó sobre él... Estaba tirado en el sofá... ¡Si sería pesada y brutal!

«¡Pide perdón! ¡Pide perdón, sinvergüenza! ¡Pide perdón a tu víctima!» Él se resistía un poco aún... Ella lo atacaba en la pechera, pero era un material tan duro, que se cortaba las palmas... Sangraba... aun así, apretaba...

«No te gusta, ¿verdad? ¿No te gusta?», le gritaba en plena pelea... «¡Ah! ¡Esto es lo que te gusta! ¡globo infernal! ¡Eh, mierda! ¡Te gusta verme furiosa!» ¡Estaba encima de él! ¡Le saltaba sobre la barriga! «¡Huah! ¡Huah! ¡Huah!» ¡se ahogaba! «¡Que me asfixias, cacho puta! ¡Me vas a matar! ¡Me vas a estrangular!...» Entonces lo soltó, sangraba demasiado... y volvió a bajar a toda leche... Saltó al grifo... «¡Ferdinand! ¡Ferdinand! fíjese, ocho días, ¿me oye? ¡Ocho días llevo esperándolo! ¡Ocho días sin volver a casa ni una sola vez!... ¡Acaba conmigo! ¡Me consumo!... ¡Le importa un pito!... Me escribió una simple postal: “¡El globo se ha roto! ¡No ha habido víctimas!” ¡así mismo! ¡Y listo!... Le pregunto qué va a hacer... “¡No insistas!”, me responde... ¡Completo fracaso!... Desde ese momento, ¡ni un gesto! ¡El señor ya es que no vuelve a casa! ¿Dónde está? ¿Qué hace?... ¡Los del Crédit Benoiton no me dejan en paz con los vencimientos!... ¡Misterio total!... Vienen a llamar diez veces al día... ¡El panadero me viene pisando los talones!... ¡Me han cortado el gas!... ¡Mañana me cortan el agua!... ¡El señor está de juerga!... ¡A mí me hierve la sangre!... ¡Es un fracasado de mierda!... ¡Un golfo!... ¡Ralea infernal, innoble! ¡El mequetrefe!... ¡Si es que preferiría fíjese, Ferdinand, vivir con un mono de verdad!... ¡Acabaría comprendiéndolo!... ¡Él me comprendería! ¡Sabría a qué atenerme! Mientras que con este majara, desde hace casi treinta y cinco años, no sé siquiera lo que va a hacer de

un minuto a otro, ¡en cuanto le vuelvo la espalda! ¡Borracho! ¡Mentiroso! ¡Pinta! ¡Ladrón! ¡No le falta nada!... ¡No se imagina usted cómo lo detesto, a ese cabrón!... ¿Dónde estará? Me lo pregunto cincuenta veces al día... ¡Mientras yo trajino allá sola! ¡me mato para mantenerlo! para afrontar los vencimientos... ahorrar con todas las bombillas... ¡El señor dispersa! ¡Esparce! ¡Riega cualquier césped!... ¡y a todas esas tiparracas guarras, además! ¡con mi parné! ¡con lo que pude salvar! ¡privándome de todo! ¿En qué se va? ¡En degradaciones absolutas! ¡Bien que lo sé, de todos modos! ¡Ya se puede esconder, ya!... ¡En Vincennes!... ¡En el Pari-Mutuel!... ¡En Enghien, en la Rue Blondel!... por Barbès, por cualquier sitio por ahí... ¡No pone pegas, con tal de que sea depravación! ¡Cualquier tugurio le hace!... ¡Todo le cae bien! ¡El señor se regodea! ¡Dilapida!... ¡Mientras tanto!... ¡yo me deslomo!... ¡para economizar cinco céntimos! ¡Por una hora de asistenta!... ¡Yo hago todo! ¡pese al estado en que me ve!... ¡Me parto el pecho! ¡Friego el suelo! ¡Enterito! ¡pese a mis tufaradas de calor! ¡y hasta cuando me atacan los reumatismos!... Ya no me tengo en pie, ¡así de sencillo!... ¡me mato! Y después, ¿qué? ¡Es que no acaba ahí la cosa! ¿Cuando nos hayan embargado?... ¿Adónde vamos a ir a acostarnos? ¡Me lo quieres decir! ¡Pordiosero! ¡Eh, cacho cernícalo! ¡Chulo! ¡Bandido!» ¡Lo apostrofaba desde abajo!... «A un asilo, ¡ya puedes estar seguro! ¿Tienes aún las direcciones? ¡Las has de recordar, bribón!... ¡Iba antes de casarse!... ¡Y bajo los puentes! ¡Ferdinand!... Ahí debería yo haberlo dejado... ¡Ya lo creo! ¡A ése, que me ha fastidiado la vida! ¡Con su chusma! ¡Su roña! ¡Sólo se merecía eso!... ¡Iba a disfrutar bien! ¡En el hospital antivenéreo! ¡Al señor le gusta entregarse a sus pasiones! ¡Es un perdido, Ferdinand! ¡Y el golfo peor que he visto! ¡No se lo puede detener con nada! ¡Ni dignidad! ¡Ni razón! ¡Ni amor propio! ¡Ni amabilidad!... ¡Nada!... ¡El hombre que me ha amargado toda la vida! ¡Se ha reído de mí! ¡Me ha dejado en ridículo!... ¡Ah! ¡Menudo es! ¡Un sol! ¡Ah! ¡si lo sabré yo! ¡He sido cien mil veces demasiado buena!... ¡He hecho el primo, Ferdinand! ¡como para mondarse, vamos! ¡Parece de sainete!... Ahora, ¿me oye usted?, ¡tiene cincuenta y cinco años y pico! ¡Cincuenta y seis exactamente! ¡en el mes de abril! ¿Y qué hace, el viejo saltimbanqui?... ¡Nos arruina!... ¡Nos manda a la miseria a las claras!... ¡Y dale! ¡El señor no puede resistir! ¡Se abandona por completo a sus vicios!... ¡Se deja llevar!... ¡Derecho al arroyo! ¡Y yo lo vuelvo a sacar! ¡Ya puedo espabilarme! ¡reventar!... ¡Al señor se la trae floja!... ¡Se niega a contenerse!... ¡Yo lo saco del apuro!... ¡Voy a pagar sus deudas! ¿Yo, verdad, payaso?... ¡El globo lo abandona! ¡Ya no le quedan ni diez céntimos de valor!... ¿Quiere usted saber lo que hace en la Estación del Norte? ¿en lugar de volver derecho a casa?... ¿Lo sabe usted? ¿Adónde va a perder todas las fuerzas? ¡A los retretes, Ferdinand! ¡Sí! ¡Todo el mundo lo ha visto! ¡Todo el mundo te ha reconocido, chico!... Lo han visto masturbarse... ¡Lo han sorprendido en la taza! ¡y en los pasillos de Pas Perdus!... ¡Por ahí se exhibe!... ¡Sus órganos!... ¡Su asqueroso aparato!... ¡A todas las niñas! ¡Sí, ya lo creo! ¡a los niños! ¡Ah! pero, ¡ha habido quejas! ¡No hablo por hablar! ¡Sí, guarro!... ¡Y hace tiempo que lo vigilan!... ¡En plena estación, Ferdinand! ¡Entre gente que nos conoce!... ¡Han venido a contármelo!... ¿Que quién me lo ha dicho? No lo irás a negar. ¡Estaría bueno! ¡No irás a decir que es otro!... ¡Qué rostro tiene el guarro este!... Pero, ¡si ha sido el propio comisario, muchacho!... Vino a propósito anoche... ¡a contarme tu degeneración!... ¡Tenía todas tus señas y hasta tu foto!... ¡Ya ves si te conocen!... ¡Ah! ¡no es cosa de ayer! ¡Te había cogido la documentación! ¿Eh? ¡di que no es verdad!... ¡Bien que lo sabías!... Por eso, ¡eh, sinvergüenza, no has vuelto!... ¡Bien sabías lo que te esperaba!... Por cierto, ¡que te había avisado yo!... ¡Niñas ahora necesita! ¡Bebés!... ¡es que es espantoso, vamos!... ¡El juego! ¡la bebida! ¡la mentira!... ¡Manirroto! ¡Indecente! ¡Las mujeres! ¡Todos los vicios! ¿Menores? ¡Todas las lacras de un golfo asqueroso!... ¡Yo lo sabía todo esto, claro está! ¡Y eso que ya he sufrido lo mío!... ¡Bien que he pagado por saber! Pero ahora, ¡niñitas!... ¡Si es que cuesta imaginarlo!...» Ella lo miraba, fijamente y de lejos... ¡él seguía en los peldaños!... en la escalera de caracol... Se sentía mejor tras los barrotes... No se acercaba... Me hacía señas de inteligencia, que no había que excitarla... que me estuviera de lo más quietito... Que ya pasaría... ¡que no abriese el pico!... En efecto, poco a poco se calmó, de todos

modos...

Se desplomó de nuevo en el sillón... Se abanicaba despacito con un periódico abierto... Suspiraba... se sonaba... ¡Courtial y yo pudimos meter baza un poco entonces!... y después un discursito para intentar hacerla comprender, que aquí que allá, el desastre... No hablábamos de las chavalinas... ¡sólo del globo!... Para variar un poco... Insistimos en lo de la cubierta... que ya es que no había tu tía, la verdad... Él intentaba hacerle cumplidos...

«¡Esta Irène mía! ¡Ferdinand! ¡Lo que tienes que entender es que es impresionable!... ¡Es una esposa admirable!... ¡una personalidad sin par! ¡Se lo debo todo, Ferdinand! ¡Todo! ¡Así de sencillo! ¡Puedo gritarlo a los cuatro vientos!... ¡No se me ocurre ni por un instante olvidar todo el afecto que me da! ¡La grandeza de su abnegación! ¡La inmensidad de sus sacrificios! ¡No!... Sólo... ¡que se deja llevar por la cólera! ¡Con suma violencia!... ¡El reverso de su buen corazón! ¡Impulsiva incluso! ¡Mala, no! ¡Desde luego que no! ¡La bondad en persona!... ¡Un pedazo de pan! ¿verdad, Irène mía adorada?... ¡Se acercaba a besarla!...

«¡Déjame! ¡Déjame, marrano!...»

Él no sentía rencor... Sólo quería que comprendiera. Pero, ¡ella se obstinaba en el berrinche!... ¡Ya podía repetirle él que habíamos intentado lo imposible!... habíamos añadido ya diez mil piezas... habíamos cosido y recosido... habíamos azocado los forros, de todos los colores, todas las tallas, que el Animoso, ya podíamos intentar y pretender... se abría como un acordeón... que las polillas se jalaban las sisas... y las ratas roían las válvulas... ¡que ya no se sostenía en el aire! ¡Ni de pie! ¡ni apaisado! ¡Que hasta de colador quedaría chungo! ¡hasta de estropajo! ¡de esponja! ¡hasta para limpiarse el culo!... ¡Que ya no servía para nada!... ¡Ella seguía sin creérselo, de todos modos!... Ya podíamos detallar... ¡no omitir ni una miseria! ¡esforzarnos! ¡jurar! ¡declarar! ¡exagerar incluso, de ser posible!... ¡Sacudía la cabeza, aun así incrédula!... ¡No nos creía a ninguno de los dos!... Le enseñamos las cartas, donde estaban escritos nuestros sinsabores... ¡las que volvían de todas partes!... Que ni siquiera gratis, por la simple colecta, nos querían ya... y con malos modales... ya es que no querían ni vernos... ¡Los más pesados que el aire se quedaban con todo! ¡los balnearios!... ¡los puertos!... ¡las quermeses!... ¡Era la pura verdad!... ¡los globos ya no interesaban a nadie!... ¡ni siquiera en las «Romerías» de Bretaña!... Uno de Finistère nos contestó con toda franqueza, ya que insistíamos en acudir:

«Estimado señor, con su utensilio pertenece usted a los museos, ¡y en Kraloch-sur-Isle no tenemos! ¡Me pregunto, la verdad, cómo es que aún lo dejan salir! ¡El conservador no cumple con ninguno de sus deberes! ¡La juventud de por aquí no viola las tumbas! ¡Quiere divertirse! ¡Intente comprenderme de una vez por todas!... ¡A buen entendedor...!»

Joël Balavais Guasón local y bretón.

Revolvió otras carpetas, pero no le decían nada... Se ablandó, de todos modos... Quiso que saliéramos... La llevamos al jardín... La instalamos en un banco entre los dos... Esa vez hablaba con toda sensatez... Pero seguía convencida de que elAnimoso, pese a todo, se podía perfectamente reparar... que aún podía servirnos... para dos o tres fiestas en provincias... que eso bastaría de sobra para ablandar al arquitecto... que conseguirían otro aplazamiento... que se salvaría el hotelito... ¡que era pura cuestión de valor!... ¡que, en una palabra, nada estaba perdido!... No se apeaba de su opinión... No podía comprender otra cosa... Le volvimos a cargar la pipa... Courtial, al lado, mascaba tabaco. Casi siempre acababa los puros mascándolos...

La gente, los transeúntes, nos miraban... bastante intrigados... sobre todo por la gruesa gachí... A mí parecía escucharme con más gusto que a su marido... Proseguí con mis camelos, la demostración

trágica... Intentaba hacerle imaginar el tipo de obstáculos con los que chocábamos... y cómo nos agotábamos a base de tristes esfuerzos, cada vez más inútiles... Ella me diquelaba indecisa... Creía que le estaba comiendo el coco... Se echó a llorar otra vez...

«Pero, ¡ya no os quedan energías! ¡Bien que lo veo! ¡ni a uno ni a otro! Entonces, ¡me toca a mí! Sí, ¡yo sola haré el trabajo!... ¡Subiré yo al globo! ¡Vais a ver vosotros si vuelo! ¡Si subo a los 1.200 metros! ¡Ya que piden extravagancias! ¡A 1.500 metros! ¡a 2.000! ¡Lo que haga falta!... ¡Lo que pidan! ¡se lo daré!...»

«¡No digas gilipolleces, cielo!», la interrumpió des Pereires... «¡No digas gilipolleces tan espantosas!... ¡Ni a doce metros subirás con una cubierta como la nuestra!... ¡Pues sí! ¡Volverás a caer en el abrevadero!... ¡Y eso no sería solución! ¡No te aceptarían ni con ésas! ¡Ni siquiera el capitán con su "Amigo de las Nubes", su caballo! ¡Y toda la pesca! ¡Y el Rastoni y su hija! Su trapecio y sus ramilletes... ¡Ya no venden ni una escoba ni uno ni otro!... ¡Tampoco los quieren!... ¡Igualito! ¡No es sólo con nosotros, Irène!... ¡Es la época!... Es que es un hundimiento general... No es sólo elAnimoso...» Ya podía hablar, jurar por los mil nombres de Dios... ella no se daba por vencida... Se rebelaba cada vez más...

«¡Sois vosotros! ¡que os dejáis desanimar! ¡La moda de los aeroplanos! ¡habrá desaparecido el año que viene!... ¡Buscáis pretextos porque os hacéis caca en los alares!... ¡Más valdría que lo dijerais! ¡En lugar de ponerme verde! Si tuvieseis valor... venga, a ver... en lugar de andaros con pamplinas... ¡ya estaríais manos a la obra!... ¡Son puras tonterías esas historias! Y el hotelito, ¿qué? ¿quién nos lo pagará? ¿Con qué? ¡Y tres meses de retraso ya! ¡Con dos moratorias, además!... Con esa mierda de periódico que tú haces, ¡no!... ¡Debe de estar cubierto de deudas! ¡Y de requerimientos judiciales hasta aquí! Estoy más que segura... ¿Crees que no me entero de esas cosas? Entonces, ¿abandonas todo? Está decidido, ¿verdad? ¿Cacho cabrón?... ¡Ya te has despedido! Una casa completa... ¡entera! ¡Dieciocho años de ahorros!... Comprada piedra a piedra... ¡Centímetro a centímetro!... ¡Hay que reconocerlo! Un terreno que se revaloriza cada día... ¡Abandonas todo eso a las hipotecas!... ¡Te rajas!... ¡Te da igual ocho que ochenta!... Eso sí que es el desastre...» Le señalaba la cabeza... «No en el globo, ¡sino ahí!... ¡Te lo digo yo!... Y entonces, ¿qué? ¿Acabar bajo los puentes? ¡Eres muy dueño!... ¡Muy dueño! ¡Cacho depravado asqueroso! ¡Ya es que ni siquiera te da vergüenza tu vida!... ¡Menudo si vas a volver, cacho gandul, con los golfos de tu género!... De ahí te saqué... ¡Ah, sí, ya lo creo!... En cambio, yo, Ferdinand, verdad, ¡era de buena familia!... ¡Me ha robado la vida!... ¡Me ha arruinado la carrera!... ¡Me ha separado de los míos!... ¡El vampiro! ¡Golfo!... ¿Y la salud? ¡Va a acabar birlándome todo! ¡dejándome totalmente destrozada!... ¡Para terminar deshonrada!... ¡Venga ya!... ¡Ah! ¡Qué comodones son los hombres! Es prodigioso... ¡Increíble, la verdad! ¡Dieciocho años de ahorros! ¡de privaciones continuas!... ¡de calamidades!... Todos los sacrificios para mí...»

Des Pereires, al oírla hablar así... con tal violencia, ¡perdía el desparpajo!... ¡Ya no se hacía el listo, ni mucho menos!... ¡Lloró también!... Se deshizo en lágrimas... ¡Se echó en sus brazos!... Le imploraba perdón... ¡Hizo caer la pipa!... ¡Se abrazaron febriles! Así, ¡delante de todo el mundo!... Y largo rato... Pero aun en pleno abrazo, ella seguía piándolas... Siempre las mismas palabras...

«¡Quiero repararlo, Courtial! ¡Quiero repararlo! ¡Sé que podré! ¡Sé que aún puede resistir!... ¡Estoy segura!... ¡Me apuesto algo!... Mira nuestro Arquímedes... ¡Bien que ha resistido cuarenta años!... Tú fíjate, ¡podría resistir aún!...»

«Pero, mujer, ¡es que era un simple "cautivo"!... ¡Dónde va a parar el desgaste!...»

«¡Yo subiré!... ¡Te digo!... ¡Subiré! ¡Si vosotros no queréis!...»

Estaba hecha polvo... Buscaba un apaño... Quería a toda costa que perdiéramos el culo aún.

«¡Nada deseo tanto como ayudarte! ¡De sobra lo sabes, Courtial!...»

«¡Pues claro que sí, mi amor!... ¡No se trata de eso!...»

«Nada deseo tanto... ¡Ya sabes que no soy perezosa!... ¡No me importaría incluso volver a hacer de comadrona, si nos sirviese!... Volvería a empezar... ¡Si pudiera! ¡Ah! ¡No esperaría!... ¡Hasta en Montretout! ¡La Virgen!... ¡Hasta para ayudar a Colombes, la que me substituyó!... ¡Volvería a hacer cualquier cosa!... ¡Con tal de que no nos echaran!... ¡Ya ves cómo soy!... Por cierto, que he preguntado aquí y allá... Pero ya estoy desentrenada... Y, además, ¡con lo del rostro!... ¡Quedaría rara, la verdad!... He cambiado mucho... me han dicho... Tendría que arreglarme un poco... En fin, ¡no sé!... ¡Afeitarme!... ¡No quiero depilarme!...» Volvió a alzarse el velo... ¡Causaba impresión, la verdad! así, en pleno día... ¡con los polvos en grumos! el colorete en los pómulos y el violeta en los párpados... y, encima, un bigote poblado, ¡patillas incluso!... ¡Y las cejas aún más pobladas que las de Courtial!... Como las de un ogro, ¡en serio! Evidentemente, ¡daría miedo a las «embarazadas» con una jeta tan vellosa!... Tendría que arreglarse mucho, modificarse toda la cara... ¡Daba que pensar!...

Nos quedamos largo rato aún, así, juntitos en el jardín, contándonos historias, cosas consoladoras... La noche caía despacito... De repente, se echó a llorar con tales ganas, que partía el corazón, la verdad... ¡El máximo desconsuelo!...

«¡Ferdinand!» me suplicaba... «al menos usted no se marchará, ¿eh? ¡Miré! ¡qué situación!... ¡No lo conozco a usted mucho! Pero ya estoy segura de que en el fondo... es razonable, ¡usted sí, hijo mío! ¿Verdad?... Además, ¡es que la cosa se va a arreglar!... ¡No me lo quitarán de la cabeza!... ¡Sólo es un mal momento, en una palabra!... ¡Ya he visto muchos otros así, qué caramba! ¡No puede acabar así!... ¡Basta con que pongamos manos a la obra todos juntos! ¡De una vez!... ¡Primero tengo que verlo con mis propios ojos!... ¡A ver que puedo hacer yo!...»

Se levantó otra vez... Volvió hacia la tienda... Encendió las dos velas... La dejamos... que se las arreglara sola... Abrió la trampilla... Empezó a bajar... ¡Se quedó un momento a solas en el sótano!... toqueteando el trasto... desplegando las cubiertas... ¡removiendo los detritos!... ¡comprobando lo machacado que estaba! ¡hecho una mierda! ¡puros jirones!... Yo estaba solo en el almacén, cuando volvió a salir por fin... Ya es que no podía ni hablar... Estaba como sofocada de pena de verdad... Así, en el sillón, como paralizada, hecha polvo... acabada... deshecha... Con el chapiri ahí tirado, en el suelo... La había dejado turulata pero bien, a la purí, comprobar de visu... Yo pensaba que iba a cerrar el pico... que no tenía más que decir... y va y le da otro trance... ¡Vuelta a empezar, de todos modos!... ¡Al cabo de un cuarto de hora acaso!... Pero, ¡eran lamentaciones!... Muy bajito me hablaba... ¡como si fuera en un sueño!...

«¡Es el fin! ¡Ferdinand!... Ya veo... Sí... Es verdad... ¡Estaban en lo cierto!... ¡Se acabó!... Es usted muy bueno, Ferdinand, por no abandonarnos ahora... A estos dos viejos... ¿Eh? ¿No nos abandonará?... ¿No tan deprisa?... ¿Eh? ¿Ferdinand? No tan deprisa... al menos por unos días... Unas semanas... ¿Quiere, eh? ¿No? ¡Diga, Ferdinand!...»

«¡Pues claro, señora!... ¡Pues claro que sí!...»

Courtial, la mañana siguiente, hacia las once, cuando volvió de Montretout, ¡estaba aún bien fastidiado!...

«Entonces, ¿qué, Ferdinand? ¿Nada nuevo?...»

«¡Oh, no!», respondí... «Nada extraordinario...» Y le pregunté, a mi vez...:

«Bueno, ¿qué? ¿Se arregló?...»

«¿Arreglar, qué?...» Se hacía el tonto... «¡Ah! ¿Te refieres a lo de ayer?» Prosiguió y se puso a farolear. «¡Ah! ¡Mira, Ferdinand! ¿No te tomarías en serio semejantes chismes? ¿Eh?... ¡Es mi mujer, claro está!... La venero por encima de todo... ¡y nunca ha habido una disputa de verdad entre nosotros!... ¡Bien está!... Pero, ¡las cosas como son, de todos modos!... ¡Tiene todos los defectos de un carácter tan generoso!... ¡Es absolutista! ¡Despótica! ¿Comprendes lo que quiero decir, Ferdinand?... ¡Colérica!... ¡Es un volcán!... ¡Dinamita!... En cuanto algo sale mal, ¡reacciona con un arrebato!... ¡A

mí mismo a veces me espanta!... ¡Ya está lanzada!... ¡Y se irrita!... ¡Se molesta!... ¡Farfulla!... ¡Pierde la cabeza!... ¡Y se pone a decir gilipolleces a toda leche!... Cuando la conoces, ¡no hay problema!... ¡Ya no te sorprende!... ¡Lo olvidas tan de prisa como una tormenta en las carreras!... Pero, ¡te repito, Ferdinand! En treinta y dos años de matrimonio... ¡muchas emociones, desde luego! Pero, ¡no una tormenta de verdad!... Todas las parejas tienen sus disputas... Claro, ¡que ahora pasamos por un momento muy malo!... Eso desde luego... Pero, en fin, ya sabemos lo que es... ¡hemos pasado por otros de lo más terribles!... ¡Aún no es el diluvio!... ¡De ahí a vernos boqueras!... ¡Destituidos!... ¡Expulsados!... ¡Vendidos!... ¡Secuestrados!... Es pura imaginación enferma... ¡Protesto!... ¡Pobrecita mía! ¡Yo sería el último en reprochárselo, evidentemente!... ¡Todo tiene una explicación, claro está!... ¡Allí, en su hotelito, fabrica quimeras así!... ¡todo el santo día sola!... ¡pensando!... ¡Le preocupa!... ¡la obsesiona al final!... ¡Se irrita!... ¡Y se irrita!... ¡Ya es que ni se da cuenta siquiera!... ¡Ve y oye cosas que no existen!... Además, es que desde la operación es muy propensa... ¡a las fantasías!... ¡a los impulsos!... Yo diría más incluso... A veces, ¡desbarra un poco!... ¡Ah, sí! en varias ocasiones me ha sorprendido... ¡Auténticas alucinaciones!... Es absolutamente sincera... Como con lo de esta denuncia... ¡Huy, huy, huy!... Lo reconociste en seguida, ¿verdad?... ¿Lo comprendiste inmediatamente?... ¡Era gracioso incluso!... ¡Cómico!... Pero, ¡es que ya me lo había hecho!... ¡Por eso no salté!... ¡La dejé acabar!... No parecía sorprendido, ¿eh?... ¿Notaste? Parecía considerarlo normal... ¡Así debe ser! ¡No asustarla! ¡No asustarla!...»

«¡Sí! ¡Sí! Lo comprendí en seguida...»

«¡Ah! ya decía yo... Ferdinand no se ha dejado engañar... ¡no es tan crédulo!... Ha debido de comprender... ¡No es que beba, la pobre! ¡No! ¡eso nunca!... ¡Es una mujer absolutamente sobria!... Salvo lo del tabaco... ¡Bastante puritana incluso, en cierto sentido!... Pero, ¡es que la operación me la trastornó completamente!... ¡Ah! ¡Era una mujer distinta!... ¡Ah! ¡Si la hubieras visto antes!... ¡En tiempos!...» Se largaba otra vez a mirar bajo las pilas de papelotes. «¡Me gustaría poder enseñarte su foto de juventud! ¡La ampliación de Turín!... Me la encontré no hace ocho días... ¡No podrías reconocerla!... ¡Una revolución!... En tiempos, te lo aseguro, antes de que la operasen... ¡Era una verdadera maravilla!... ¡Un porte!... Una tez de rosas... ¡La belleza en persona!... ¡Y qué encanto, amigo mío!... ¡Y la voz!... ¡Una soprano dramática!... Todo eso, ¡a tomar por culo! ¡de la noche a la mañana!... ¡Con el bisturí! ¡Cuesta creerlo!... Puedo asegurarlo sin vanidad, ¡irreconocible! A veces era molesto incluso... ¡sobre todo de viaje!... ¡Sobre todo en España y en Italia!... donde son tan conquistadores... Recuerdo bien, yo era en aquella época bastante receloso, susceptible... Me mosqueaba por nada... ¡Estuve en cien ocasiones a un paso de un duelo!...»

Le venían reflexiones... Yo respetaba su silencio... y después disparaba otra vez...

«Bueno, ¡a ver, Ferdinand! ¡Eso no es todo!... ¡Hablemos ahora de cosas serias!... ¿Y si fueras a ver al impresor?... ¡Y después escucha e intenta comprender! He encontrado en el escritorio... en el chalet, ¡algo que puede servirnos!... Si vuelve mi mujer... y pregunta... ¡Tú no has visto nada!... ¡no sabes nada de nada!... Es una "papeleta" de empeño de un dije y una pulsera... Pero, ¡de oro macizo los dos! ¡Absolutamente seguro!... ¡Comprobado! ¡dieciocho quilates!... Mira los sellos del Crédit[23]... ¡Podemos probar!... Vas a pasar por donde Sorcelleux, en la Rue Grange-Batelière... Le preguntas cuánto da... le dices que es para mí... ¡Un favor!... Sabes dónde es, verdad... en el cuarto, escalera A... ¡Que no te vea la portera!... A ver por cuánto me lo compra... ¡Eso nos serviría de anticipo, de todos modos!... Si te dice que no... ¡vuelves a pasar por donde Rotembourg!... Rue de la Huchette... ¡No le enseñes el papel!... Le preguntas si compra, simplemente así... Y después iré yo... ¡Ése es un bribón de la peor especie!...»

El comisario de «Bons-Enfants», con su aire de indolente, era, de todos modos, un cabroncete de cuidado. En el fondo él fue el culpable de que pusieran la denuncia. Y de que interviniese el

Ministerio fiscal... No por mucho tiempo, desde luego... Pero lo suficiente para jodernos bien, de todos modos... Se nos llenó de guripas la queli... Un registro rutinario... ¿Qué podían decomisarnos?... Se largaron piándolas con ganas... No tenían motivo válido para inculparnos... La estafa no estaba clara... Intentaron hacernos caer en un renuncio... Pero teníamos coartadas... Nos disculpábamos con mucha facilidad. Courtial sacó a relucir textos totalmente a nuestro favor... A partir de entonces lo convocaron a «Orfèvres»[24] casi todos los días... El juez se cachondeaba cinco minutos ya sólo de escuchar sus rollos... sus protestas... Lo primero, le dijo:

«Antes de presentar su defensa, devuelva los giros... ¡Restitúyalos a sus subscriptores!... Es un caso de abuso de confianza, ¡piratería bien típica!»

Entonces volvía a saltar, el pureta, al oír semejantes palabras... se defendía con uñas y dientes, desesperadamente...

«Devolver, ¿qué? ¡El destino me aplasta! ¡Me exasperan sin motivo! ¡Me acosan! ¡Me acribillan! ¡Me arruinan! ¡Me pisotean! ¡Me mortifican de cien mil maneras! Y ahora, ¿qué? ¿Qué quiere? ¿Qué pretensiones? ¡Arrebatarme el último bocado!... ¡Al diablo!... ¡Cuántos rescates imaginarios! ¡Es increíble! Pero, ¡si es que es una encerrona! ¡Una cloaca! ¡No puedo más!... ¡Qué perfidia, la de esa gente! Pero, ¡si es que es como para volver canalla a un ángel!... Pero, ¡yo no soy tan sublime! Me defiendo, pero, ¡me desanimo!... ¡Lo grito!... ¡Lo que le he dicho a ese pelele! ¡a ese cerdo! ¡Ese bribón! ¡Ese rábula!... ¡Toda una vida, señor mío, consagrado al servicio de la ciencia! ¡de la verdad! ¡por la inteligencia! ¡por el valor personal!... ¡1.287 ascensiones!... ¡Una carrera jalonada de peligros! ¡Luchas sin piedad!... Contra los tres elementos... Ahora, ¡las camarillas hipócritas! ¡Ah! ¡Ah! ¡La ignorancia! ¡La tontería de charlatán!... ¡Sí!... ¡Por la luz! ¡Por la enseñanza de la familia! ¡Y acabar así!... ¡Puah! ¡Acorralado por manadas de hienas!... ¡obligado a las peores argucias!... Flammarion vendrá a testificar. ¡Vendrá!»

«“Cállese, Sr. des Pereires”... fue y me interrumpió ese golfo, sin la menor muestra de educación, ¡ese marrano mocoso!... “¡Cállese! Estoy harto de escucharlo... ¡Nos hemos alejado de nuestro tema!... El concurso del “perpetuo”... tengo todas las pruebas a mano... no es sino un engaño tremendo... ¡Y si aún fuese el primero!... pero, ¡no es sino el más flagrante!... ¡el más reciente!... ¡el más descarado de todos!... ¡Una perfecta impostura, vamos!... ¡Un engañabobos cínico! ¡No se librará usted del artículo 222! ¡Señor des Pereires!... ¡Sus condiciones no tienen pies ni cabeza!... Más vale que confiese... Relea el prospecto... ¡Mire todos esos anuncios!... ¡Un descaro fenomenal!... ¡Nada parece honrado en semejante concurso!... ¡Nada justificable!... ¡No hay posibilidad de control alguno!... ¡Ah! ¡Cómo sabe escurrir el bulto!... Puro camelo... ¡Cortinas de humo!... ¡Preparó usted de antemano y con cuidado todas las cláusulas para volver imposible la experiencia!... ¡Muy bonito!... Una estafa pura y simple... ¡Lo que se dice fraudulenta!... ¡Robo con agravantes!... ¡Es usted un ladrón, des Pereires! conque, ¡el gran ideal científico! ¡Vive usted de las trampas que tiende a los entusiastas! ¡A los admirables investigadores!... ¡Caza en la maleza de la investigación!... ¡Es usted un chacal, des Pereires! ¡Un animal vergonzoso! ¡Necesita la sombra más densa! ¡Los bosques inextricables! ¡La luz lo desconcierta! ¡Yo la haré, des Pereires, para aclarar sus bajezas! ¡Atención, espécimen peligroso! ¡Fangoso! ¡pútrido superviviente de la fauna del pleistoceno!... ¡Todos los días envío a Rungis multitudes de canallas infinitamente más excusables!...”»

«Pero el “movimiento perpetuo” es un ideal muy humano...», repliqué a ese bruto... «¡Ya Miguel Ángel! ¡Aristóteles! ¡y Leonardo da Vinci!... ¡Pico de la Mirandolla!...»

«“Entonces, ¿va a juzgarlo usted?”, me replicó... “¿Se siente usted eterno?... ¡Hay que serlo, ¿me oye usted bien?, para emitir un juicio válido sobre el resultado de su concurso!... ¡Eso! ¡ah! ¡esta vez lo he cogido!... ¿No?... ¡Eternidad!... ¿Se considera eterno, entonces?... ¡Sencillamente!... ¡Está visto!... ¡Las pruebas son abrumadoras!... ¡Usted tenía la intención evidente, al instituir su concurso, de no concluirlo nunca!... ¡Ah! ¡eso es!... ¡Lo he cogido!... ¿de saquear a todos esos desgraciados?

Venga, ¡fírmeme esto, ahí!” ¡Me tendía su palillero!... ¡Ah! ¡qué cabrón! ¡Era el colmo del descaro! ¡Antes de que dijera “Esta boca es mía”!... ¡Me presentaba la papela!... ¿Eh? ¿Qué te parece?... ¡Ah! ¡me quedé con la boca abierta!... Naturalmente, me negué en redondo... ¡Menuda trampa!... ¡Una emboscada de lo más asquerosa! Ni siquiera me molesté en decírselo... ¡No daba crédito a sus ojos!... ¡Salí con la cabeza bien alta!...»

«“¡Hasta mañana, des Pereires!”... ¡me soltó en el pasillo! “¡Con esperar no se pierde nada!”...»

«“¿Se siente usted eterno?” Pero, bueno, ¡qué desfachatez! ¡Qué descaro tan fantástico!... Esos salvajes, porque tienen la fuerza, el birrete y la labia, se creen tan astutos... ¡Sí, sí! ¡Tengo que reconocerlo!... ¡Una reflexión inaudita!... ¡Absolutamente inédita! ¡Truenos de culo y de catacumbas! ¡El acabose! Pero para desconcertarme, hijo mío, ¡no basta! ¡ni mucho menos! ¡con trampas ridículas! ¡Ah, ya lo creo!... ¡Toda esa innoble impertinencia no hará sino fortalecerme! ¡Ya ves lo que pienso! ¡Y que sea lo que Dios quiera! ¡Que me quiten lo bailado! ¡la comida! ¡la morada! ¡que me encarcelen! ¡que me torturen de cualquier manera! ¡Me la trae floja! Tengo la conciencia tranquila... ¡y con eso me basta!... ¡Nada sin ella!... ¡Nada contra ella!... ¡Ya ves, Ferdinand! ¡Es mi estrella polar!...»

¡Ya me la conocía yo, esa fórmula!... Mi papá me había hartado... ¡No se imagina nadie lo que trabajaba la conciencia en aquella época!... Pero no era una solución... En el Ministerio fiscal se lo estaban pensando, si lo meterían entre rejas... Ahora bien, el cuento de la eternidad era bastante astuto, de todos modos... Se podía interpretar... ¡Aprovechamos las sentencias en suspenso!... Lavamos el material... Viejas chapuzas del sótano... Y hasta jirones del globo... Volvió la parienta pureta, a propósito de Montretout... Quería hacerse con las riendas, dirigir todo a su antojo, sobre todo la venta de las chapuzas... Todo lo que nos quedaba del globo... Hicimos un viaje con la carga a la espalda y otro con el carrito... Lo pulimos sobre todo en el «Temple»... en el propio suelo... Acudieron muchos aficionados... Apreciaban mucho los pequeños residuos mecánicos... Y después, en el «Rastro» los sábados, vendíamos lotes enteros de libros... Saldábamos todo al por mayor... y con restos del Animoso... Los utensilios... un barómetro y los cordajes... De todo ese tinglado acabamos sacando, en muchas ocasiones, casi cuatrocientos pavos... ¡No estuvo mal!... Nos permitió ablandar un poco al impresor con una bonita suma a cuenta... ¡Y al Crédit Benoiton la mitad de una letra del bujío!

Pero nuestros pobres palomos viajeros, a partir de aquel momento, ya no tenían razón de ser... Ya hacía varios meses que no los alimentábamos demasiado... a veces cada dos días sólo... ¡y aun así salía muy caro!... Las semillas siempre son muy caras, aun compradas al mayor... Si los hubiéramos revendido... seguro que habrían vuelto, me los conocía yo... Nunca se habrían acostumbrado a otros patronos... Eran unos animalitos muy buenos, leales y fieles... Absolutamente familiares... Me esperaban en el sobradillo... En cuanto me oían mover la escala... ¡arrullaban el doble!... Courtial nos hablaba ya de jalárselos en la olla... Pero yo no quería dárselos a cualquiera... Antes que mandarlos matar, ¡prefería hacerlo yo mismo!... Se me ocurrió un método... Como si fuera para mí... A mí no me gustaría con cuchillo... ¡no!... No me gustaría que me estrangularan... me destripasen... ¡me rajaran en cuatro!... ¡Me daba un poco de pena, la verdad!... Los conocía pero que muy bien... Pero no tenía remedio... Había que decidir algo... Ya hacía cuatro días que no me quedaban semillas... Conque una tarde subí a las cuatro. Creían que traía comida... Tenían perfecta confianza... Hacían gorgoteos musicales... Les dije: «¡Venga! ¡vamos, gluglús! A la feria otra vez. ¡De paseo, en coche!...». Se lo conocían muy bien... Abrí de par en par su cesto de bejuco, el de las ascensiones... Se precipitaron todos juntos... Cerré bien la varilla... Pasé dos cuerdas por las asas... Até a lo ancho, de través... Así estaba listo... Primero lo dejé en el pasillo. Bajé un poco... No dije nada a Courtial... Esperé a que se fuera a tomar el rengue... Esperé hasta después de la cena... La Violette llamó al cristal... Le respondí: «Vuelve más tarde, pues... guapa... ¡Me marcho a un recado dentro de un momento!...». Se quedó... protestó...

«¡Quiero decirte una cosa, Ferdinand!», insistió...

«¡Largo!», le dije...

Entonces subí a buscar mis animalitos... Los bajé del sobradillo. Me puse el cesto a la cabeza... y me fui haciendo equilibrio... Salí por la Rue Montpensier... Atravesé todo el Carroussel... Al llegar al Quai Voltaire, localicé el sitio... No vi a nadie... En la orilla, al pie de la escalera, cogí un adoquín, uno grande... Lo até a la cesta... Miré bien a mi alrededor... Agarré el trasto con las dos manos y lo tiré a la pañí... Lo más lejos que pude... No hizo demasiado ruido... Lo hice como un autómata...

La mañana siguiente, descubrí el pastel a Courtial... No esperé... No le di más vueltas... Él no respondió nada... Ella tampoco, por cierto, su cielito, que estaba también en la tienda... Comprendieron por mi expresión que no era el momento de venir a tocarme los cojones, joder.

Si nos hubieran dejado tranquilos, ¡nos habríamos salvado casi seguro!... ¡Habríamos recuperado lo puesto y sin ayuda de nadie!... Nuestro Génitron, no se podía negar, se defendía perfectamente... Era un periódico muy respetado... ¡Mucha gente recuerda aún lo interesante que era!... ¡Vivo!... ¡de una línea a otra! ¡Del principio al fin! ¡Siempre perfectamente informado sobre descubrimientos y sobre las inquietudes de los inventores!

En eso no había exageración... Nadie lo substituyó nunca... Pero el payaso ese, con su pasión por las carreras, nos lo desbarataba todo... Yo estaba completamente seguro de que debía de haber vuelto a jugar... Ya podía negármelo... Yo veía llegar los giros... ¡«quince pavos» de nuevas subscripciones! ¡y zas!... Si no tenía yo la precaución de apalancarlos al instante, ¡se los fundía allí mismo! ¡Como un rayo! ¡Un verdadero prestidigitador!... Con sangrías así, continuas, ¡no hay queli que resista! ¡Ni aunque fuera el Banco del Perú!... Debía de pulirlo en alguna parte, nuestro exiguo parné... Ya no iba a Aux Émeutes... Entonces, ¿había cambiado de bookmaker? Yo me decía: «¡Ya me enteraré!...». Y precisamente entonces, ¡empezaron las denuncias otra vez!... ¡Volvieron a llamarlo a la comisaría!... ¡El cabroncete de «Bons-Enfants» no soltaba su presa! ¡Volvió al ataque! ¡Nos tenía en sus garras!... ¡Quería liquidarnos!... ¡Encontró otras víctimas... del dichoso concurso! Fue a propósito a registrar los ficheros de Gobelins... ¡Los excitaba contra nosotros! ¡Los volvía a encolerizar! ¡Les hacía poner nuevas denuncias!... ¡Ya no se podía vivir!... ¡Había que pensar algo!... ¡Espabilarse de algún modo!... A fuerza de cavilar... se nos ocurrió esto: ¡dividir para resolver!... ¡Era lo esencial!... Todos los que jorobaban, ¡en dos clases!... Por un lado... ¡todos los que las piaban sólo por cumplir!... ¡Los melancólicos, los desafortunados de la existencia!... ¡A esos andobas no les devolveríamos nada, sencillamente!... Y, por otro lado, los que echaban chispas, los que no salían de la comisaría... ¡Ésos eran un peligro!... ¡A ésos había que llegarles y aplacarlos con toda urgencia!... comerles el coco... Devolverles todo, no, ¡evidentemente!... ¡Era imposible!... ¡No había ni que pensarlo!... Pero soltarles un «piquillo», de todos modos... cinco o diez pavos, por ejemplo... ¡Así no perderían todo! Tal vez llegaran a comprender la fuerza mayor del destino... Pero, a la hora de iniciar gestiones tan interesantes, Courtial palideció al instante... Se rajó de súbito... ¿No podía ir en persona?... ¡Ni pensarlo!... Quedaba feísimo que fuera de puerta en puerta... Y su autoridad, ¿qué?... Quedaría a la altura del betún ante los inventores... ¡Debía ser yo más bien quien fuera a llevar la buena nueva!... Yo no tenía el menor prestigio, ni amor propio que perder... Pero, ¡qué currelo más chungo! ¡Me lo imaginaba de antemano! Con gusto me habría escaqueado, a mi vez, pero entonces, ¡nos esperaba la ruina!... Si lo dejábamos a la deriva, ¡era el fin del periódico!... y luego, ¡el pánico!... Y después, ¡el arroyo!... Había de ser una tragedia de verdad para que yo me marcara un coñazo tan chungo...

Por fin me armé de valor y paciencia. Ensayé todos los números... todo lo que debía contar... toda una retahíla de trolas... Por qué no había carburado... ¡desde las pruebas preliminares!... por una gravísima discusión entre los sabios sobre un detalle técnico muy controvertido... Que se repetiría todo el año que viene... En fin, ¡un camelo inmenso! ¡Y me lancé a la trifulca! ¡Duro ahí, chico!...

Primero tenía que devolverles sus planos, ¡todas las maquetas, los diseños, las baratijas estrafalarias!... con las excusas...

Abordaba a los chorbos con rodeos... Empezaba preguntándoles si habían recibido mi carta... en la que les anunciaba mi visita... ¿No?... Se sobresaltaban un poco... ¡Ya se veían ganadores!... Si era la hora de la jalandria, ¡me invitaban a compartirla! Si estaban con la familia, ¡mi preciosa misión se volvía, ante tantas personas, sumamente delicada!... ¡Necesitaba tesoros de tacto! ¡Habían concebido sueños de oro!... Era un momento horrible... Pero tenía que disuadirlos... Para eso había ido... ¡Intentaba matizar mucho!... Cuando les daba el hipo, se les iban las ganas de jalar... Se levantaban hipnotizados, ¡con la mirada perdida por el estupor!... Entonces yo vigilaba los cuchillos... ¡Una tormenta en los platos, que fuera qué!... Me apoyaba con la espalda en la pared... ¡Con la sopera a modo de honda!... ¡Listo para frenar al agresor!... Proseguía con mi razonamiento. Al primer gesto un poquito raro, ¡empezaría yo la camorra! ¡Apuntaba al manús en plena chola!... Pero en la mayoría de los sitios esa actitud tan resuelta bastaba para preservarme... hacía pensárselo dos veces al aficionado... No acababa demasiado mal la cosa... con congratulaciones estomagantes... y después, gracias al alpiste, con un coro de suspiros y regüeldos... ¡sobre todo si soltaba los diez pavos!... Pero una vez, pese a la prudencia y a la costumbre que había adquirido... cobré lo mío y con avaricia, la verdad... Era, recuerdo, en la Rue de Charonne, en el 72 exactamente, en un hotel que aún existe... El tipo era un cerrajero, hacía chapuzas en su habitación... si lo sabré yo... no en el segundo, sino en el tercero... Para mí, que ese tipo, su currelo, era reunir maletines de mangantes... En fin, su invención para el concurso del «movimiento perpetuo» consistía en un molino tipo dinamo, con conexión «farádica variable»... Acumulaba así las fuerzas de la tormenta... Después ya no se detenía... de un equinoccio a otro...

Conque llegué, vi a su patrón abajo, le di el nombre: «¡En el tercero!»... Subí... llamé... estaba molido... hasta los huesos... ¡Le solté el caso a la primera! El manús ni siquiera me respondió... Yo no me había fijado en él... ¡Era un verdadero atleta!... No había yo acabado siquiera de hablar... ¡Ni una palabra!... «¡Baúm!»... Se abalanzó... ¡me embistió, el bruto!... ¡En pleno estómago!... ¡Caí!... De espaldas... ¡un toro furioso! Rodé... los tres pisos haciendo carambolas... Me recogieron en la acera... Hecho una pura ampolla... Un amasijo sanguinolento... ¡Me llevaron bajo un abeto! Aprovechando que estaba desmayado, todos los compas me habían registrado... ¡No me quedaban ni los diez pavos!...

Después de aquella colisión, me anduve aún con más ojo que la hostia... No entraba en seguida en las quelis... Parlamentaba desde fuera... Para las reclamaciones de provincias teníamos otro sistema... Les asegurábamos siempre que la pasta había salido por carta... que no podía tardar... que habría habido un error en la dirección... el departamento... el nombre de pila... ¡cualquier cosa!... con la afluencia de cartas para el concurso... Al final, estaban hartos de cartearse con todo el mundo... Se arruinaban con los sellos...

Con los furiosos estaba claro... como en una corrida... ¡Se trataba de saltar la balaustrada antes de que te sacaran las tripas!... Pero con los tiernos, los pusilánimes, los tímidos, los que pensaban al instante en el suicidio... ¡entonces sí que era un apuro!... ¡La desilusión era demasiado fuerte!... ¡No soportaban la pena!... Metían la nariz en la sopa, tartamudeaban... Ya es que comprendían... El sudor los perlaba, los lentes se les caían... Se les marcaba el canguelo en la cara... Un espectáculo insoportable... Cornudos de la manía... Algunos querían acabar de una vez por todas... Se sentaban, se volvían a levantar... se enjugaban... No daban crédito a sus oídos, eso de que su trasto no funcionaba... Había que repetírselo despacio, deslizarles los planos en la mano... ¡Se abandonaban a la desgracia! ¡No querían vivir más!... ¡ni respirar!... ¡Se desplomaban!...

A fuerza de decir palabras así, para las cataplasmas, me iba espabilando cada vez mejor. Sabía las frases de consuelo... ¡Los Profundis de las esperanzas!... Al final de mis visitas, a veces quedábamos como amiguetes... Me organizaba las simpatías... Por la Plaine Saint-Maur tenía toda una agrupación...

auténticos apasionados de nuestras investigaciones... que habían comprendido perfectamente mis esfuerzos... ¡De la Porte Villemonble a Vincennes conocía la tira!, pendolistas de planos mágicos y nada vindicativos... Y en los suburbios del Oeste, también... En una chabola, justo después de la Porte Clignancourt, donde ahora hay portugueses, conocí a dos chamarileros que habían montado con cabellos y cerillas, sobre un «tortillo» elástico, tres cuerdas de violín, un pequeño sistema compensador con tracción sobre virola que parecía funcionar de verdad... ¡la fuerza higrométrica!... ¡Cabía todo en un dedal!... Fue el único «perpetuo» que vi funcionar un pelín.

No abundan las mujeres inventoras... Y, sin embargo, conocí a una... Era contable en la compañía de ferrocarril. En sus horas de ocio descomponía el agua del Sena con un imperdible. Llevaba un aparato pneumático, una bobina Rumpkrof en una red de pescador. Llevaba, además, una linterna y una pila de picrato. Recuperaba las esencias al hilo de la corriente... E incluso los ácidos... Se colocaba, para sus experimentos, en lo alto del Pont-Marie, justo encima del Lavadero... ¡Le tenía sorbido el seso, la hidrólisis!... Estaba bastante buena... Sólo, que tenía un tic y, además, bizqueaba... Me presenté diciéndole que era del periódico... Al principio creyó, como los otros, que acababa de ganar el primer premio... Insistió en que me quedara... ¡Fue a buscarme rosas!... Ya podía yo decir o hacer... ella no entendía nada... ¡Quería sacarme una foto!... Tenía un aparato que funcionaba con «infrarrojos»... Había de cerrar las ventanas... Volví dos veces más... Le parecía un chaval muy guapo... Quería que me casara con ella al instante. Siguió escribiéndome... y mensajes certificados... Sta. Lambisse se llamaba... Juliette.

Una vez le acepté cien francos... y otra cincuenta... Pero, ¡fueron casos rarísimos!

Jean Marin Courtial des Pereires ya no se tiraba demasiados faroles... Estaba bastante taciturno incluso... Le entraba miedo de los excéntricos, los rabiosos del concurso... Recibía unas cartas anónimas, ¡que no veas!... Los cabreados más recalcitrantes amenazaban con volver, de todos modos... ¡canearlo con ganas!... ¡ventilárselo de una vez por todas!... ¡para que no pudiera estafar nunca más a nadie!... Eran vengadores... Conque, debajo de la levita, debajo del chaleco de franela, se había puesto una cota de malla de aluminio templado... Otra patente del Génitron que no habíamos podido explotar, «extraligera imperforable». Pero, aun así, no bastaba para tranquilizarlo del todo... En cuanto divisaba a lo lejos a un truhán con mala pinta... con cara de pocos amigos... que se dirigía hacia nosotros refunfuñando, ¡se largaba al sótano al instante!... No esperaba a saber detalles...

«¡Ábreme la trampilla, Ferdinand! ¡Déjame pasar rápido! ¡Ése es uno de ellos! ¡Seguro!... ¡Dile que me he marchado! ¡Desde anteayer! ¡Que no volveré!... ¡Al Canadá! ¡Que voy a quedarme allí todo el verano! ¡Que estoy cazando comadrejas! ¡cebellinas! ¡halcones! ¡Dile que no quiero volver a verlo! ¡Ni por todo el oro del Transvaal! ¡Así mismo! ¡Que se vaya!... ¡Que se esfume!... ¡Que se abra!... ¡Que salga pitando! ¡ese cabrón! ¡Que reviente!... ¡Me cago en la leche puta!» En el sótano así, bien cerrado se encontraba un poco más tranquilo. Ahora era un espacio vacío, desde que habíamos pulido todo, los restos del globo, los trastos... Podía pasearse a lo largo y a lo ancho... ¡a gusto!... Tenía sitio para parar un tren... ¡Podía volver a hacer gimnasia!... Además, en un rincón se había montado un fortín a toda prueba... para que no lo vieran... si llegaban asaltantes... entre roperos y cajas... Se quedaba ahí horas enteras... Al menos, no me fastidiaba... A mí me encantaba que desapareciera... Me bastaba con la purí, que ya no se separaba de la tienda... Ahora era ella la que jorobaba... Quería hacer todo a su modo... el periódico y los subscriptores...

Llegaba a las dos de la tarde de Montretout... Se instalaba en la tienda, ataviada como para una fiesta, ¡con el sombrero de las «hortensias», la sombrilla y la pipa! ¡Nada de cuentos! Esperaba a los adversarios... Cuando llegaban y se tropezaban con ella, se llevaban un susto, la verdad...

«¡Siéntese!», les decía... «Soy la señora des Pereires... ¡A mí no me cuente todas esas historias suyas! ¡Que ya me las conozco! ¡Dígame, pues! ¡Le escucho! Pero, ¡sea breve! ¡No puedo perder ni un

segundo! Me esperan para un ensayo...»

Era su táctica... Casi todos se desconcertaban... ¡Entonación bronca, voz potente! cascada, cierto es, pero cavernosa y fácil de dominar... Se lo pensaban un minuto... Se quedaban ahí, ante la purí... Ella se alzaba un poco el velo... Veían los bigotes, toda la pintura, los acáis de odalisca... Y después fruncía el entrecejo... «Así, ¿eso es todo?» les preguntaba... Se retiraban como unos caguetas... muchas veces para atrás como los cangrejos... ¡Desaparecían despacito!... «Volveré, señora... ¡Volveré!...»

Una tarde estaba concediendo audiencia así... Mientras terminaba un poco de compota... hacia las cuatro... era su merienda... su régimen... en la esquina de la mesa... Recuerdo el día exacto, un jueves... El día fatal del impresor... Hacía un calor terrible... La audiencia tocaba a su fin... La señora había puesto ya de patitas en la calle a toda una patulea de andobas, chichirivainas del concurso, y con la misma jeta... Pedigüeños, piantes, farfulleros... Pan comido... Cuando va y entra un cura... No debía asombrarnos... Conocíamos algunos... y subscriptores muy fieles, además... corresponsales muy amables...

«Siéntese, señor cura...» ¡La cortesía ante todo! Se instaló en el gran sillón... Lo miré atento... Nunca lo había visto a ese gachó... Seguro que era nuevo. Así, en la primera impresión, parecía razonable... circunspecto incluso, podríamos decir... Muy sereno... bien educado... Traía un paraguas... pese a que hacía un tiempo tan bueno... Fue a dejarlo en un rincón... Volvió, tosiqueó... Estaba bastante rechoncho... nada azorado... Nosotros estábamos acostumbrados a los originales de verdad... Casi todos nuestros subscriptores tenían algún tic... muecas... Aquél parecía muy tranquilo... Pero va y abre la boca... y se pone a contar... Entonces comprendí al instante... ¡Menudo chalado!... Venía derecho también él a hablarnos de un concurso... Leía nuestro Génitron, lo compraba número tras número... desde hacía años... «¡Viajo mucho! ¡mucho!...» Se expresaba a trompicones... Había que captar todo al vuelo, paquetes de frases enroscadas... con nudos... guirnaldas y revueltas... jirones que no acababan nunca... Por fin, comprendimos, pese a todo, que no le gustaba nuestro «perpetuo»... ¡No quería que habláramos más de él! ¡Ah! ¡no, no! ¡Se ponía rojo de furia!... ¡Pensaba en algo muy distinto, él!... ¡Y lo obsesionaba!... ¡Teníamos que seguirlo!... ¡Tomarlo o dejarlo!... O, si no, ¡contra él!... ¡Nos avisó en seguida! ¡Que pensáramos en las consecuencias! No más «perpetuo»: ¡no era serio! ¡Una chorrada!... ¡De ningún modo!... Era otra cosa, ¡su manía!... Acabamos enterándonos... Poco a poco... tras mil circunloquios... de lo que le andaba por la chola... ¡Los tesoros submarinos!... ¡Una noble idea!... ¡La salvación sistemática de todos los restos!... De todos los galeones de la «Armada» perdidos bajo los océanos desde el principio de los tiempos... Todo lo que brilla... todo lo que salpica... ¡lo que tapiza el fondo del mar! ¡Así mismo! ¡Ésa era, su manía! ¡toda su empresa!... ¡Para eso venía a hablar con nosotros!... Quería que nos ocupáramos... ¡que no perdiésemos ni un minuto!... ¡que organizáramos un concurso! una competición mundial... ¡sobre el medio mejor! ¡El más seguro! ¡El más eficaz!... ¡de sacar del fondo todos los tesoros!... Nos ofrecía todos sus recursos, su propia fortuna, estaba dispuesto a arriesgarlo todo... Una garantía formidable para cubrir todos los gastos iniciales... Lógicamente, la señora y yo estábamos un poco en guardia... Pero él insistía mucho... El sistema que él veía, el curilla lunático, ¡era una «campana de buzo»!... ¡que descendiera hasta mucha profundidad! ¡hacia los 1.800 metros, por ejemplo!... Que pudiese arrastrarse por las simas... aprehender los objetos... forzar, deshacer las cerraduras... absorber las cajas de caudales mediante «succión especial»... Lo veía muy fácil... Nosotros debíamos atraer, con el periódico, a los competidores... En eso, ¡nosotros chanelábamos de verdad!... ¡No le teníamos miedo a nadie, la verdad! ¡Se moría de impaciencia por que pusiéramos manos a la obra!... Ni siquiera esperó a que formuláramos una sola objeción... ¡o un simple asomo de duda!... ¡Plaf! así, en plena mesa... Soltó un paquete de pápiros... ¡Había seis mil francos!... ¡No tuvo tiempo de mirarlos!... Ya estaban en mi maco... ¡La tía Courtial estaba patidifusa!... ¡Yo quería aprovechar la ocasión!... ¡No esperé más!...

«Señor cura, ¡quédese aquí, por favor! un segundo... ¡Un segundito! Mientras voy a buscar al

director... ¡Se lo traigo al instante!...»

Corrí al sótano... Grité al viejo... ¡Lo oí roncando! Me fui derecho a su queli... Lo zarandeé... ¡Lanzó un grito! Creía que venían a detenerlo... Sudaba a mares de canguelo... Temblequeaba entre sus pingajos...

«¡Vamos!», le dije... «¡Arriba! ¡No es momento para soponcios!»

En el tragaluz, al hilillo de la luz, le enseñé el parné... ¡No era momento de perder la voz!... En dos palabras lo puse al corriente... Seguía mirando la pasta... Y una vez por transparencia... Diquelaba los pápiros uno por uno... ¡Se recuperó rápido! Resopló, olfateó los pápiros... ¡Lo limpié! Le quité la paja de la ropa... En seguida se atusó los bigotes... ¡Ya estaba acicalado! Subió de nuevo a la luz... Hizo una entrada brillante... Ya tenía su plan en la cabeza... lenguaraz... ¡de lo más sonoro!... ¡Nos deslumbraba de entrada a propósito de los buzos! ¡La historia de todos los sistemas desde Luis XIII hasta nuestros días! ¡Las fechas, los lugares, los nombres de pila de aquellos precursores y mártires!... Y las fuentes bibliográficas... ¡y las investigaciones en Artes y Oficios!... Era lo que se dice maravilloso... ¡El curilla ya es que se corría! Saltaba sobre su asiento de gozo y deleite... ¡Exactamente lo que esperaba!... Conque, embelesado así además de su oferta anterior... ¡Nosotros no le pedíamos nada!... ¡Nos garantizó doscientos mil pavos! ¡a tocateja! ¡para todos los gastos del concurso! ¡No quería que se escatimara con los estudios preliminares!... ¡La confección de los presupuestos!... ¡Ni protestas ni racanería!... ¡Lo aceptamos todo!... ¡rubricamos!... ¡convinimos!... Conque, ya tan amigos, se sacó de la sotana un inmenso mapa submarino... ¡Para que comprendiéramos dónde estaban todas esas riquezas fenomenales!... desde hacía veinte siglos y más...

Cerramos la queli... Extendimos el pergamino entre dos sillas y la mesa... Era una obra maravillosa, aquel «Mapa de tesoros»... Daba vértigo de verdad... con sólo echarle un vistazo... ¡Sobre todo teniendo en cuenta el momento en que aparecía, tan extravagante Jesús!... ¡después de tiempos tan difíciles! ¡No se tiraba faroles, el curilla!... Estaban indicadas exactamente todas las pastizaras apalancadas en la pañí... ¡Era innegable! Y cerca de las costas... con los datos de «longitudes»... Podíamos imaginarnos perfectamente que, si encontrábamos la campana para bajar simplemente a 600 metros, ¡iba a estar chupado, la verdad! Éramos capitanes generales... ¡Teníamos al alcance de la mano todos los tesoros de la Armada!... ¡Bastaba bajar para cogerlos!... Ya se podía decir... A tan sólo tres mil millas marinas de Lisboa por la desembocadura del Tajo... ¡se albergaba un escondite colosal!... Y ahí, era cómodo de verdad, ¡empresa para principiantes!... Con un poco de audacia, forzando un poco la técnica... ¡la cosa adquiría otro cariz!... Se podía subir en un dos por tres a la superficie todo el tesoro del «Saar Ozimput» sepultado en el Golfo Pérsico dos mil años antes de Jesucristo... ¡Raudales de gemas únicas! ¡Aderezos! ¡Esmeraldas de una magnificencia increíble!... mil millones curiositos, como poco... El lugar preciso de ese naufragio, el cura lo había indicado con toda exactitud en el mapa... Cien veces, por lo demás, numerosos sondeos, realizados a lo largo de los siglos, habían señalado la posición... ¡No tenía pérdida!... Era, gastos aparte, simple asuntillo de sopletes... de «fresas oxhídricas»... Un reglaje... Si bien la subida a la superficie de los tesoros del «Saar» iba a ser un pequeño escollo... Pasamos un día cavilando... Y otras «incógnitas» mínimas de la legislación persa nos amargaron por un instante... Pero es que teníamos otros botines, bien a mano, chupados, perfectamente accesibles... ¡en mares más clementes!... ¡absolutamente libres de tiburones! ¡Había que pensar en los buzos! ¡Nada! Nada de tragedias...

En una palabra, que todos los fondos del globo rebosaban de cofres inviolados, de galerías atestadas de diamantes... ¡Pocos estrechos, caletas, golfos, ensenadas o desembarcaderos que no ocultaran en el mapa algún botín fabuloso!... ¡fácil de sacar a flote a partir de unos centenares de metros!... ¡Todos los tesoros de Golconda! ¡Galeras! ¡Fragatas! ¡Carabelas! ¡Pesqueros! ¡llenos hasta reventar de rubíes y Koh-i-Noors![25] De doblones de «triple efigie»... ¡Las costas de México en particular, parecían al respecto lo que se dice impúdicas!... Al parecer, los conquistadores las habían

abarrotado literalmente, para nuestra fortuna, las habían colmado con sus lingotes y piedras preciosas... Si se insistía de verdad y a partir de los 1.200 metros... ¡salían gratis los diamantes!... Por ejemplo, a la altura de las Azores, por citar sólo ese caso... un vapor del siglo pasado, el Black Stranger, un carguero mixto, correo de Transvaal, contenía por valor de más de mil millones... él solito... (según los expertos más prudentes...). Yacía sobre un fondo de rocas, a 1.382 metros, ¡y en situación inestable!... Reventado ya por el centro... ¡Bastaba con hurgar entre las chapas!...

Nuestro cura conocía otros, un surtido asombroso... Todos los restos recuperables... y todos fáciles de vaciar... Varios centenares, a decir verdad... Había acribillado el mapa de agujeros para las prospecciones... Representaban los puntos de salvamento más urgentes... en décimas de milímetro... En negro, verde o rojo, según la importancia del tesoro... Con crucecitas...

¡Era pura cuestión de técnica! ¡de astucia! ¡de oportunidades!... ¡A ver si demostrábamos nuestros talentos!... ¡No se hizo esperar, qué hostia!... Des Pereires así, en plena fiebre para no dejarlo enfriar... cogió su pluma, una resma, la regla, la goma, el secante, ¡y redactó ante nosotros, acompañándose en voz alta, una auténtica proclamación!... ¡Vibrante!... ¡Sincera!... ¡Y, al tiempo, minuciosa e intachable!... ¡Así mismo trabajaba!... ¡Situó el problema pero que muy requetebién!... ¡en menos de cinco minutos! ¡en plena inspiración! ¡Un currelo de primera!... «¡No hay que dejar las cosas para mañana!... Este artículo tiene que salir en seguida... ¡será un número especial!...» Así ordenaba... ¡El cura estaba feliz! No cabía en sí de gozo... Ya es que no podía ni hablar...

Yo salí pitando para la Rue Rambuteau... Me llevé toda la pasta en el bolsillo... Dejé sólo cincuenta francos para la gruesa gachí... ¡Qué leche!... ¡Ya me había molestado bastante!... si los hubiera dejado en la caja, ¡seguro que no los habría vuelto a ver!... ¡El viejo ponía una jeta!... Debía adelantos a Naguère... ¡Ya tenía pensada la apuesta!... Todo aquello lo superaba... Pero, ¡era mucho mejor que yo siguiera siendo el tesorero!... ¡Mucho menos peligroso!... Lo gastaríamos poco a poco... y ni un céntimo en los jamelgos... ¡Ah! ¡eso seguro!... Yo pagaría las cuentas... A Taponier el primero, ¡primer privilegio! Su «número especial»... Estaba en las últimas... Cuando vio mi «efectivo», ¡no daba crédito a sus acáis!... ¡Y eso que lo diqueló bien!... ¡y por transparencia!... ¡Líquido! ¡Estaba completamente groggy!... Ya no sabía qué responderme... Le pagué seiscientos francos de las deudas atrasadas, ¡y otros doscientos para el «número» y la publicidad del concurso!... Ahí sí que perdió el culo... Dos días después recibimos los ejemplares... ¡Expedidos, fajados pegados, sellados y todo!... ¡Los llevé a Correos en el carro de mano con Courtial y señora!...

Al cura, en el momento de salir, bien que le pedimos que nos dejara su dirección, su nombre, su calle, etc... ¡pero se negó en redondo!... ¡Quería conservar el anonimato!... Eso nos intrigaba... Evidentemente, ¡era extraño! Pero mucho menos que tantos otros... Era un hombre corpulento, tenía un aspecto extraordinariamente bueno, y limpio y afeitado, más o menos la misma edad de Courtial... pero del todo calvo... ¡Explotaba en tartamudeos en los arrebatos de entusiasmo!... ¡Ya es que no se sostenía en el asiento con lo que se agitaba!... Nos había parecido muy optimista... Raro, desde luego... Pero, en fin, ¡lo que había demostrado es que tenía parné!... ¡Era un socio de verdad!... El primero que veíamos... Bien podía ser un poco extraño...

Al volver los tres de Correos, pasamos justo delante de la «guardia» con el carricoche, en la Rue des Bons-Enfants... Dije al viejo: «¡Espere un momento!... ¡A que se lo cuento!... ¡Le voy a decir que todo va bien!». ¡Vaya idea de chorra la que se me ocurrió de ir a farolear con el parné!... ¡decir que estábamos forrados!... Corrí, pues, empujé la puerta... Me reconocieron los guripas:

«¿Qué, chavea?...», me preguntó el del pupitre... «¿Qué cojones vienes a hacer por aquí?... ¿Quieres dar una vuelta por el local?...»

«No», le dije... «¡No, señor!... ¡No es para mí, el chabolo! ¡Pasaba por aquí y quería simplemente enseñarles un poquito de metálico...» Y le saqué mis cuatro pápiros... Los agité ante sus ojos... «¡Ya ve!», dije. «¡Y no es robado!... Vengo a avisarles simplemente de que es para otro concurso... “¡La

campana de buzo!”...»

«Conque buzo, ¿eh?»... me respondió... «¡Vas a ver tú, si te voy a hacer bucear yo!... Pero, bueno, ¿es que quieres quedarte conmigo, joder?... ¡Mierdica! ¡Mocoso!...»

Bajé aún más rápido... No quería ir a la comisaría... ¡En la calle nos cachondeamos!... Echamos a correr un poquito con el carricoche... ¡Najamos hasta la Rue de Beaujolais!...

Por fuerza semejante concurso para recuperar los tesoros... debía atraernos multitudes... ¡Nuestra participación como organizadores estaba fijada en el dieciséis por ciento de todo lo que saliera a la superficie!... ¡No tenía nada de exagerado! De todos modos, sólo de la Armada nos suponía, calculando justo, sin forzar para nada las cifras, tres millones más o menos... ¡Era razonable!...

He de reconocer que la gruesa gachí no lo veía chupado... Le olía un poco a chamusquina... Seguía con sus recelos... Ahora, que no se atrevía a piarlas... En una palabra, ¡era un milagro!... No se dejaba avasallar... Se limitaba a mirar el «metálico»...

El viejo, él sí, Courtial, ¡sí que disfrutaba!... Y con ganas... Ya veía todos los diamantes sacados en un montón sobre la arena, esmeraldas a puñados... Las pepitas en montículos, los lingotes... Todo el tesoro de los incas, sacado de las galeras... «¡Somos los saqueadores de los abismos!», gritaba por la queli... Brincaba... Sobre los papeluchos... Y después se detenía de pronto, se daba una palmada en la chola. «Pero, ¡un momento! ¡mi niña! ¡No está repartido!...» ¡Vuelta a empezar con tinta roja y a cuatro columnas!... ¡Para la división se volvía a poner serio!... ¡Terriblemente escrupuloso!... ¡preveía los peores problemas!... ¡Se acabó el cachondeo! Tomaba todas las precauciones. ¡Redactaba un protocolo!

«¡Ah! ya te veo venir, cariño, ¡tú no los conoces aún!... ¡No sabes de lo que son capaces!... Yo, que los trato todos los días, sé lo que nos amenaza... ¡Si habré yo visto mecenas!... e inventores, ¿eh?... ¡Hace cuarenta años que los trato!... Ahora, ¡estoy cogido entre dos fuegos!... ¡Ah! ¡Ya lo creo!... ¡Ah! ¡No quiero verme consumado! ¡hecho polvo! ¡hundido!... ¡En el momento en que todo se ponga en marcha!... ¡En el instante exacto! ¡Ah, eso! ¡no, la verdad! ¡Ah! ¡Claro que no! ¡Qué hostia!... ¡La puta leche!... ¡Pluma en mano, Ferdinand! ¡Rápido! ¡Y en la otra la balanza! ¡Y en las rodillas una carabina! ¡Sí! ¡Ahí tienes a Courtial!... ¡Así mismo!... ¡Justicia! ¡Respeto! ¡Presencia!... ¡Yo los he visto crear, a todos mis inventores maravillosos! Como os estoy hablando a los dos... ¡Maravillas y maravillas! ¡auténticas sorpresas! ¡Y a lo largo de toda mi larga carrera! ¡Bien que puedo decirlo! ¡y por nada casi siempre!... ¡Por una miseria! ¡Por la gloria! ¡Por menos que nada!... ¡El genio se pudre en el sitio!... ¡Ésa es la verdad exacta!... ¡No se vende! ¡Se regala! Es Gratis pro Deo. Es menos caro que las cerillas... Pero, ¡si te presentas amable! ¡Zalamero! ¡Si vienes a hacer un regalo, una gracia inédita! ¡Ah! ¡pues sí! ¡Te has creído, ricura, la bonita canción! ¡Vienes a alentar al investigador!... vendar las llagas del mártir... Llegas, tan inocente, con una sardinita... ¡El mártir da un brinco de veinte metros! ¡La afrenta!... ¡Todo cambia! ¡Todo trastornado! ¡Todo se derrumba! ¡Un relámpago! ¡Y se entreabre el infierno!... ¡El iluminado se vuelve chacal! ¡Vampiro! ¡Sanguijuela! ¡El encarne!... ¡La carnicería! ¡Una papilla atroz! Para mejor quitarte el metálico, ¡te destripan al instante!... ¡Te crucifican! ¡Te vaporizan! ¡No hay cuartel! ¡Ni alma que valga! ¡El oro, amigo! ¡El oro! ¡Cuidado!... ¡Muy bonito! ¡muy bonito, amigo! ¿Ir a hurgar en los abismos? Pero, por cien pavos mal repartidos, ¡me los conozco yo, a esos puntos! ¡Harían saltar el mapamundi!... ¡Ah! ¡sí! ¡tal cual! ¡no exagero! ¡Si lo sabré yo!... ¡A nuestros papeles! ¡A nuestros papeles! ¡Ferdinand! ¡Cuidado con la distracción! ¡Manuscritos irreprochables! ¡legalizados! ¡rubricados! ¡depositados antes del mediodía en casa del letrado Van Crock, en la Rue des Blancs-Manteaux! ¡Estudio excelente! por triplicado... ¡Nuestra participación, lo primero! ¡Y estipulada en mayúsculas! ¡Imposible de impugnar! ¡Oleográfica! ¡Nada de argumentos dubitativos! ¡Raciocinios pérfidos! ¡Ah! ¡eso nunca! ¡Ah! ¡Curilla de la Providencia! ¡pronto vas a tener con qué bucear! ¡Ah! ¡Ni siquiera se da cuenta, el pobre inocente!... ¿Campanas?...

Pero, ¡si es que en menos de un mes me van a estar trayendo al menos tres o cuatro al día! ¡Qué digo!... ¡Una docena! ¡Y que cumplan nuestras condiciones!... ¿600 metros?... ¿1.200?... ¿1.800?... ¡Estoy tranquilísimo! No quiero decir nada... No quiero pronunciarme... ¡al tuntún!... ¡Quiero seguir siendo imparcial!... ¡No quiero parecer tendencioso!... Esperaré al día de las pruebas, ¡ya está!... Pero, si no recuerdo mal, ya he ofrecido, de todos modos, varios artículos muy eruditos sobre esa cuestión... ¡Ah! ¡a ver! podría encontrar las fechas exactas... ¡Aún no estábamos casados!... Era hacia el 84 o el 86... Justo antes del Congreso de Amsterdam... La Exposición de los Sumergibles... Tal vez pudiera encontrarlos de nuevo... Han de estar en la tienda... Expliqué muy bien todo eso... En el "suplemento"... ¡Hombre! ¡Ya me acuerdo!... de El mundo al revés... ¡Recuerdo la campana!... ¡Como si la estuviera viendo!... Reforzada, claro está... con pernos triples... ¡y paredes dobles con trincheros!... ¡Cumbre ferromagnética!... ¡Hasta aquí está claro!... Cojinetes aterrajados al "milímetro" por el contorno de los lastres... ¡Ya está!... Los remaches en "iridio-bronce"... ¡Prodigiosos contra el desgaste marino!... ¡Ni uno solo picado por los ácidos después de años en la pañí!... ¡Templados en clorido-sodio! ¡Una sobrecarga galvanoplástica con eje centrífugo!... ¡Simple cuestión de cálculo!... ¡Datos que hasta un niño entendería! ¡Iluminación radiodifundible con proyector Valadon!... ¡Un poco de adelanto y desparpajo!... ¡Huy, huy, huy!... ¡No es para romperse las meninges! La tenaza, una grande, circular y "prensil"... ¡Eso tal vez sea más delicado!... ¡Yo la pasaría por la cara exterior!... Digamos del "23-25"... Calibre excelente... ¡Las válvulas en "retrobáscula" para mayor seguridad aún!... Para la cadena de transmisión, ¡ni la menor duda!... Una "Rotterdam et Durtex", de tres centímetros por eslabón... Y si quieren algo aún más fuerte... para estar del todo tranquilos... ¡El máximo de garantía! ¡Que no vacilen en usar un "cabo" trenzado con cobre y cuerda, y del "28-34"! ¿Comprendes lo que quiero decir?... ¡Los "Rastrata" son impecables! ¡No es que yo tenga "acciones"! Funda "pneumática" reforzada... patente "Lastragone"... ¿Y las ventanillas?...» ¡Ah! Volvían a embargarlo las dudas... «Yo en su lugar desconfiaría de los cojinetes de los Arsenales... los famosos "Tromblon-Parmesan". ¡No han dado resultados prodigiosos precisamente en los submarinos! ¡Nada! ¡Nada!... ¡No se ha contado todo! En el Ministerio, claro está, los defienden con tesón... pero, ¡yo sigo en mis trece!... Por lo demás, ¡ya lo había predicho!... Con presiones medias, aún se defienden... Hasta diez kilos no hay problema... Pero, ya a partir de "veinte décimas"... ¡Es como papel de seda, chico!... Los peces pasan por entre medias... Nadie podrá convencerme de lo contrario... En fin, estoy seguro de que lo piensan... ¡No puedo influirles!... ¡Ni siquiera citaré mi artículo! ¡Ah! ¡no, qué va!... ¡Ah! ¡pues sí! ¡Voy a citarlo, hombre!... Íntegramente... Al fin y al cabo, es un deber... ¿Verdad, querida Irène? ¿No crees tú? ¿Y tú, Ferdinand? ¿Que debo pronunciarme? Después de todo, ¡es un momento crítico!... ¡Es ahora el instante o nunca!... ¡Aquí estoy! ¡Presidiendo! ¡Debo comunicarles mis reflexiones! ¡Y no dentro de diez años! ¡Hoy! ¡Tienen su modesto valor!... Y, además, es que, mira, ¡basta de frases!... ¡Es muy bonito aconsejar, jugar a los gerontes, las academias, los sabios!... Pero, ¡no es suficiente!... ¡No!... ¡Siempre he pagado con mi persona!... ¡Aquí!... ¡Allá!... ¡Acullá!... ¡Por doquier!... ¡Irène es testigo!... ¡Nunca he eludido un peligro! ¡Jamás!... ¿A cuento de qué?... ¿En sus trastos? ¡Yo mismo bajaré en ellos!... Quizá la primera vez no... Pero la segunda, ¡seguro que sí!... ¡No podrán impedírmelo!... ¡Es mi función exactamente!... ¡Me corresponde! ¡Por supuesto!... Es indispensable, me parece... ¡Su único control auténtico seré yo, mi mirada, mi autoridad! ¡No cabe la menor duda al respecto!»

«¡Ah!», fue y saltó la purí, como si acabaran de morderla en las nalgas... «¡Ah! ¡eso sí que no!... ¡Ah! ¡De ningún modo!... ¡Antes prefiero cortar la cuerda! ¡Aquí donde me ves! ¡Pues sí! ¡Lo que faltaba, vamos! Nunca, ¿me oyes? ¡Nunca te dejaré bajar! ¿Es que no has hecho bastante el imbécil? ¡En su trasto, nunca! ¿Acaso eres un pez?... ¡Déjalos que buceen, esos chiflados! ¡Es asunto suyo!... ¡Tuyo, no! ¡Que no, vamos, que no!...»

«¡Chiflados! ¡Chiflados! ¡Ya es que no te queda ni pizca de lógica! ¡Ni la menor coherencia

mental!... ¿Es que no me has estado fastidiando para que vuelva a subir a los aires? ¿Sí o nasti? ¿Es que no querías recuperar el globo? ¡Una furia infernal! ¡loquita por él estabas! ¡Animoso! ¡Animoso! No hablabas de otra cosa... ¡Y yo no soy un pájaro!...»

«¡Pájaro! ¡Pájaro! ¡Me estás insultando! ¡Ya estás buscando pendencia otra vez!... ¡Vale! ¡Ya veo lo que quieres, guarro!... ¡Bien que lo sé! ¡Quieres largarte! ¡Volver a marcharte de garbeo!...»

«¿Adónde? ¿Al fondo del mar?...»

«¡Fondo del mar!... ¡Fondo del mar!... ¡Venga, hombre!...»

«¡Ah! ¡Déjame! ¡Déjame, Irène! ¿Cómo quieres que reflexione? ¡Si te empeñas en embrollarlo todo! ¡Con tus impulsos idiotas!... ¡Tus frenesíes insólitos!... ¡Déjame reflexionar con calma!... ¡Me parece que el momento es bastante crítico!... Ferdinand, ¡tú! ¡Guarda la tienda! ¡Y, sobre todo, no me habléis!»

Ahora volvía a dar órdenes... Recuperaba el tono... el color... la insolencia, incluso... Silbaba su tonada seductora, elSole mio de los buenos tiempos...

«¡Sí! ¡Es mejor que salga! Voy a respirar... ¿Te quedan cien francos, chaval?... ¡Voy a ir a pagar el teléfono!... ¡Así daré un paseo!... Ya es hora de que nos lo vuelvan a conectar... ¿No te parece?... ¡Buena falta nos hace!...»

Se quedó así, en el umbral... No estaba decidido... Miraba bajo las Galeries... Se largó hacia la izquierda, o sea, haciaAux Émeutes... Si se hubiera ido hacia la derecha, habría sido para los Vases y las zurras... En la vida, en cuanto mejoran un poquito las cosas, ya no se piensa sino en las guarrerías.

No se puede negar, fue una auténtica orgía, lo de la venta del número... ¡Una riada continua!... Entraban en la queli en tromba... Aun después de las nueve de la noche, llegaban subscriptores a reclamar su suplemento... ¡Todo el día una feria!... La tienda se hundía bajo el peso de los curiosos... ¡el umbral quedaba desgastado con sus pisoteos!... ¡Des Pereires arengaba!... Así, de pie sobre el mostrador... Distribuía a manos llenas... Yo no paraba... Daba la lata al impresor... ¡No cesaba de ir y venir!... con el «capacho». El carrito era demasiado largo para el Faubourg Montmartre... Iba trayendo todos los números, según salían de las prensas...

La gruesa gachí hacía las fajas... para los envíos a provincias... ¡Eran importantes también!... Se hablaba prácticamente en todas partes del concurso de la «Campana profunda»... ¡Se había vuelto un acontecimiento!...

¡El tío Edouard, claro está, se había enterado también! Pasó por las Galeries... Entró por la puerta pequeña... ¡Estaba contentísimo de que nuestro periódico saliera a flote otra vez!... Había estado preocupado... Ya me veía otra vez muy chungo... ¡buscando otro currelo!... ¡Y, mira por dónde, recuperábamos justo entonces el favor del público!... ¡Viento en popa! ¡Un éxito increíble!...

¡La esperanza del tesoro es algo magnífico!... ¡Nada se le puede comparar!... Por la noche, después de los recados, cuando volvía del Autoservicio, me ponía de nuevo con los paquetes... y hasta las once de la noche... La Violette me había avisado...

«¡No te fuerces! ¡No seas chorra! ¡No te lo van a agradecer!... Si te matas... ¿quién te cuidará?... Tu purili, no, ¡eso seguro!... ¡Invítame a una menta, anda, tronqui!... Te voy a cantar La fille de Mosteganem... ¡Verás cómo te voy a gustar!...» En esos casos se alzaba las faldas por delante y por detrás... Como no llevaba pololos, era de verdad la danza del vientre... Se daba así, al aire libre... en medio de la Galerie... Las otras jas acudían... y siempre con tres o cuatro clientes, además, cada una... Cabritos, pichafrías, mirones boqueras... «¡Duro ahí, Mélise! ¡Que te queremos ver bailar!» Se sacudía con ganas la raja... ¡Le temblequeaba la almeja!... Los otros daban palmas, un verdadero frenesí, baile tunecino... Siempre atraía a la tira de curiosos. Después de eso yo la invitaba a la menta... Acabábamos todos en Aux Émeutes...

El rincón de la Violette era más bien cerca de la balanza, detrás de los pilares más anchos, en la Galérie d'Orléans... No tardaba ni dos minutos en bajarse al pilón... Si pescaba a un primavera, se lo llevaba al Pélican, a dos pasos... frente al Louvre... Eran dos francos, la habitación... Le gustaba mucho el pernod seco... La hacíamos repetir su canción:

El Oriente mágico vino...

A sentarse bajo mi tienda... Traía el culo al aire...
Un ojo en el bajo vientre...

Mientras, yo sin vender una escoba... Muchas veces se me pegaba como una lapa... se lanzaba a los cotilleos... Cuando yo quería que se las pirara, sólo había un medio.

«¡Vente!...», le decía... «¡Vente, chica! Que me vas a ayudar a atar paquetes.»

«¡Espera que me chupe otra!... Espérame, cielo... Tengo que ganarme el jornal...»

¡Nunca podía contar con ella!... En seguida buscaba un pretexto... Se rajaba de inmediato... Aparte del cosido de los botones, que era su manía, nunca pude conseguir que me ayudara en currelos de verdad... Se desanimaba al instante... Era un medio mágico...

Apenas una semana después, empezaron a afluir otra vez las soluciones, los proyectos... al maravilloso ritmo de un centenar al día: Ad libitum, indicaban las condiciones... No se habían preocupado de las contingencias... ¡Se habían permitido casi todo!... En conjunto, al primer vistazo, se trataba de textos, precisiones de buten... ¡Habían currado con avaricia, nuestros admirables investigadores!...

¡Eran unas propuestas balísticas bastante extravagantes! pero, ¡había detalles buenos!... Algo se podía sacar... De forma muy general, cuando utilizaban papeles pequeños, de formato propio de taberna, era casi seguro para alabarnos el diseño de un ingenio fenomenal, una campana mayor que la Ópera... y en los planos desmesurados, dieciocho formatos en «octavo», se trataba casi seguro de pequeños sondeos de veinte centímetros.

En esa zarabanda de manías, ¡había para todos los gustos! Todos los sistemas, las fantasías, los subterfugios, para ir a buscar nuestros tesoros... ¡Ciertas campanas propuestas tenían forma de elefante!... Otras más bien de tipo hipopótamo... Una mayoría, era de esperar, había adoptado formas de peces... Otras, aspectos humanos... personas y rostros de verdad... Una incluso, observaba el inventor, era su propietaria, con parecido muy fiel, con ojos que brillaban a partir de los ochocientos metros, en rotaciones concéntricas... para atraer a toda la fauna... de los fondos marinos...

A cada llegada del correo, en la mesa, ¡no cesaban de brotar! ¡deslumbrar, caracolear, las soluciones prodigiosas!... Ya sólo esperábamos a nuestro curilla. ¡Había prometido volver el último jueves del mes!... Así habíamos quedado, bien claro... Allí estábamos, firmes en nuestro puesto... Tenía que traer diez mil francos... ¡El anticipo de nuestra parte!... Con eso íbamos a poder liquidar de inmediato algunas trampas, las más urgentes, en el barrio, ¡recuperar el teléfono! ¡Incluir fotos muy bellas en un «número muy especial»!... ¡Dedicado íntegramente a la campana!... Ya se hablaba mucho de nosotros en los órganos de la prensa de mayor circulación para el salvamento de submarinos, no sólo para recuperar las fabulosas pastizaras sepultadas... Era justo el año siguiente a la catástrofe del Farfadet [26]... Aún no se había disipado la conmoción... ¡Teníamos ocasión, seguro, de obtener el reconocimiento nacional!...

Sin embargo, ¡todas esas perspectivas no entusiasmaban lo más mínimo a la gruesa gachí!... ¡Ponía muy mala cara incluso! Quería volverlo a ver, al cura, antes de dar otro paso... Conque lo esperaba, aquel jueves, con impaciencia... Me preguntaba diez veces por hora si no lo veía venir... al final de las Galeries... ¿Y el patrón?... ¿Dónde andaría?... ¿De juerga, seguramente?... ¿No estaría en el sótano?... ¿No?... Se había largado por la mañana... ¡Venían a reclamarlo desde todas partes!... La cosa se ponía bastante inquietante... Dije a la vieja: «¡Espéreme! Corro a Aux Émeutes...». Apenas llegado al umbral... Me lo vi, al señor, paseándose, cruzando despacito el jardín... Se le iban los ojos tras las nodrizas... Lo más despreocupado del mundo... ¡Silbando, el cabrón! Con los brazos cargados de botellas... Corrí... Me abalancé... Lo abordé...

«¿Qué? ¡Ferdinand! ¿Qué? Pareces muy nervioso... ¿Hay un incendio en casa?... ¿Algo va mal?... ¿Ha llegado?»

«¡No!», le dije... «¡No ha llegado!...»

«Entonces, ¡pronto llegará!...», me respondió muy tranquilo... «Mira, vino de Banyuls... ¡y un Amer!... ¡anís! ¡y galletas!... ¡No sé lo que le gustará, al curilla!... ¿Qué pimplará, un cura?... ¡De todo, espero!...» Quería festejarlo... «Creo sinceramente, Ferdinand, que a partir de ahora vamos por buen camino... ¡Ah, sí! se anuncia... ¡Se perfila!... ¡Ah! ¡Esta mañana he estado mirando los planos!... ¡No veas los que han llegado! ¡Un torrente de ideas, chico!... Una vez pasada la avalancha... ¡yo! ¡Voy a hacer una selección, que no veas!... Todo lo que prometa... Todo lo que deba olvidarse... Él no lo puede hacer... ¡Quiero que me dé carta blanca! ¡Nada de empirismo!... ¡Conocimientos! ¡Esta tarde mismo vamos a hablar de eso!... Y, además, como comprenderás, ¡eso no es todo! ¿Y la solvencia? ¡No puedo lanzarme a la buena de Dios! ¡Ah, no! ¡Sería demasiado cómodo! ¡Ya no tengo edad para eso! ¡Ah! ¡Claro que no!... ¡Una cuenta en el banco! ¡Lo primero! ¡Ante todo!... ¡Y doscientos billetes sobre la mesa! ¡Firmas conjuntas! ¡Él y yo! ¡Convoco a los constructores!... ¡Nos lanzamos!... ¡Podemos hablar!... ¡Sabemos lo que decimos!... ¡Ya no somos unos chavales, la verdad!» No obstante, le vino una pequeña duda...

«¿Crees que le gustará todo eso?...»

«¡Ah!...», dije... «No me cabe duda...» Estaba absolutamente seguro.

Así, charlando, nos acercábamos al periódico... Esperamos aún un poco... ¡Ningún cura a la vista! ¡La cosa se estaba poniendo chunga!... La señora Pereires, muy nerviosa, intentaba poner un poco de orden... Que no pareciese demasiado una leonera... Ya era normalmente un desbarajuste terrible, conque desde que se había organizado aquel pitote ¡ya es que no quedaba ni un centímetro de espacio!... ¡Una basura de aúpa!... Una cerda no habría encontrado a sus crías... Una pajaza en plena erupción... absolutamente repugnante... del suelo al segundo... papeluchos rajados, libros agrietados, manuales podridos, manuscritos, memorias, hechos todos serpentinas... nubes de confeti volanderos... Todos los encartonados desollados, en desorden, en melaza... ¡Se habían llevado por delante nuestras hermosas estatuas, incluso, esos gamberros!... ¡Habían decapitado a Flammarion! En el Hipócrates habían dejado plantificado un secante, unos hermosos bigotes violetas... Con esfuerzo inconcebible sacamos del tumulto tres sillas, la mesa y el gran sillón. Echamos a los clientes... Despejamos un espacio para recibir al santo hombre...

A las cinco y media en punto, con un retraso de sólo treinta minutos... por allí se anunciaba ya... Lo vi, yo, cruzar por la Galerie d’Orléans... Traía un cartapacio negro, atestado... Entró... Lo saludamos. Dejó su carga sobre la mesa... ¡Todo iba bien! Se enjugó el sudor... Debía de haber venido a buen paso... Intentaba recobrar el aliento... Se inició la conversación... Courtial llevaba la batuta... La vieja subió al Alcázar... bajó unas carpetas, ¡las más notables!... ¡Había ya un buen surtidillo! Las colocó junto al cartapacio. Él sonrió afable... Parecía bastante satisfecho... Hojeó así, con el dedo, un poco... Pilló al azar... No parecía demasiado decidido... Nosotros esperábamos, no nos movíamos... que reflexionase cuanto quisiera... Respirábamos muy prudentes... Toqueteó unas páginas más... y después, ¡se le arrugó toda la cara!... ¡Un tic!... ¡Otro! ¡Una sacudida horrible de verdad! Pero, ¡si era un ataque!... Como un verdadero trance le dio... Entonces arrojó todos los papeluchos... Tiró todo al escaparate... Y después se agarró la chola... Se la toqueteó con las dos manos. Se la masajeó, se la manoseó... Se pellizcó, se palpó con fuerza la barbilla... y las mejillas, la carne, los pliegues, la nariz también, las orejas... ¡Una convulsión endiablada!... Se restregó los acáis, se arañó el cuero cabelludo otra vez... Y después, se inclinó brutal... De pronto se agachó, ya estaba en el suelo... Volvió a sumergir toda la cabeza entre los papeles... Olfateó toda la masa... Gruñó, sopló muy fuerte... Cogió un buen puñado y después... ¡Vuaf!... ¡Lanzó todo por el aire!... Todo al techo... Llovían papeluchos, carpetas, planos, folletos... Había por todos lados... Ya no nos veíamos... Una vez... dos veces... ¡vuelta

a empezar! ¡Sin dejar de lanzar alaridos! ¡jubilosos!... ¡No cabía en sí de gozo! Pataleaba... volvía a hurgar... La gente se aglomeraba ante nuestra puerta... Volcó el cartapacio... Sacó más periódicos, simples recortes, a puñados... Desparramó también todo eso... Entre medias, bien que lo vi yo... ¡había pápiros!... ¡Los distinguí entre los papeluchos!... Los vi volar... Fui a pillarlos, recogerlos... Sabía yo hacerlo... Pero, mira por dónde, cargaron dos cachas... A empellones abrieron la puerta... Apartaron... Empujaron a la multitud. Pasaron. Saltaron sobre el cura. Lo sujetaron, lo redujeron, lo derribaron, lo inmovilizaron en el suelo... ¡Ah! ¡se asfixiaba, el pobre! Se metió bajo la mesa refunfuñando... «¡Policía!», nos dijeron a nosotros... Lo sacaron por los tachines... Se sentaron sobre el desgraciado...

«¿Lo conocen desde hace mucho?», nos preguntaron entonces... Eran inspectores... El más huraño sacó la placa... ¡Respondimos en seguida que no teníamos nada que ver!... ¡En absoluto! El curilla no cesaba de patalear... Forcejeaba, el pobre tío... Encontró el modo de ponerse de rodillas... Lloriqueaba... Nos imploraba... «¡Perdón!... ¡Perdón!...», nos pedía... «Era para mis pobres... Para mis ciegos... Para mis sordos y mudos...» Suplicaba que le dejaran hacer la colecta...

«¡Cierra el pico! ¡Nadie te ha preguntado nada!... Está furioso, este cabronazo... ¿Cuándo vas a dejar de hacerte el chulo?...» El que había enseñado la placa fue y le metió un cabezazo tan sonoro y oportuno, que el curilla lanzó un ¡cuac!... ¡Se desplomó! ¡Dejó de hablar!... Le pusieron al instante las esposas... Esperaron un momento más... Respiraron... Lo pusieron de pie otra vez a patadas. No había acabado aún la cosa. Courtial tuvo que firmarles un «comprobante» y otra papela más... «dorso-reverso»... Uno de los magdalenos, el menos severo, me explicó un poquito la naturaleza del andoba majara... Era un cura de verdad... ¡y canónigo honorario, además!... ¡El canónigo Fleury!... Así se llamaba... No era su primera trastada... ni su primer desastre... Ya había timado a todos los miembros de su familia... miles y miles de francos... A sus primos... a sus tías... a las hermanitas de San Vicente de Paul... Había mangado a todo el mundo... A los mayordomos de la diócesis... al macero e incluso a la sillera... Le debía por lo menos dos mil francos... Todo ello para fechorías que carecían de sentido y de principios... Ahora metía mano en la caja, la de los Sacramentos... Lo habían sorprendido dos veces... desvalijando el cofrecito. Habían encontrado toda la «Ofrenda de Juana de Arco» en su cuarto forzada con tijeras... Se pirraba por los tesoros... Lo habían notado demasiado tarde... Ahora iban a encerrarlo... Su obispo de Libourne reclamaba su encierro...

Había una muchedumbre, bajo nuestros soportales... Lo estaban pasando bomba, no se perdían ripio de la apasionante sesión... Y había unos comentarios que para qué... Le daban mil vueltas al asunto... Advertían los pápiros dispersos por la queli... Pero yo también los había guipado... Había tenido presencia de ánimo... Ya había recuperado cuatro y una moneda de cincuenta francos... Lanzaban: ¡Ah! ¡Ajá! ¡Oh! ¡Oooh! ¡Bien que me habían visto, los gachós, ante el escaparate!... Los guris empujaron a nuestro curilla hasta el gimnasio... Aún oponía resistencia... Tenían que pasar por detrás para meterlo en un simón... Se resistía con todas sus fuerzas... No quería marchar ni mucho menos...

«¡Mis pobres! ¡mis pobres pobres!...», no cesaba de berrear.

Llegó, por fin, el simón tras muchas dificultades...

Lo jalaron adentro... Tuvieron que amarrarlo, azocarlo al banco con la cuerda... Aun así, no se estaba quieto... Nos enviaba besos... ¡Daba vergüenza ver cómo lo torturaban!... El simón no podía partir, la gente se ponía delante del caballo... Querían mirar dentro del arcón... Querían que sacaran al canónigo... Por fin, gracias a otros guripas... despejaron el terreno... Entonces todos aquellos pestes volvieron a acudir ante la tienda... ¡No entendían nada! No cesaban de abuchearnos...

A la gruesa gachí, con tantas injurias, se le hincharon las narices... Quiso que eso se acabara al instante... no se anduvo con contemplaciones... Saltó a la burda... Abrió, salió, se presentó, se enfrentó a ellos...

«¿Qué, a ver?», les dijo... «¿Qué os pica?... ¡Atajo de chorras! ¡Pandilla de capullos! ¡Chaveas,

que el culo os huele a brea! ¡Idos a tomar por culo! ¡Chulos! ¡Piantes! ¿De qué os quejáis?... ¿Es que tenéis algo que ver, acaso, con ese gurripato?» Con un descaro que para qué... Pero no dio resultado... ¡La pusieron más verde aún!... Arreciaron los berridos. Nos cubrían el cristal de lapos. Tiraban guijarros... ¡Se anunciaba la matanza!... Tuvimos que refugiarnos en tromba... y por detrás... ¡perdiendo el culo!...

Tras semejante descalabro, ya no sabíamos qué inventar... ¿Cómo disuadirlos ahora, a los energúmenos? La «Campana buscatesoros del fondo del mar» se había convertido rápidamente en una corrida tan feroz como el «Movimiento perpetuo»... Un follón de la mañana a la noche... Y muchas veces hasta me despertaban a las tantas de la mañana con sus vociferaciones. Un desfile de chiflados de atar, que se despechugaban ante la puerta, hinchados, inflados hasta reventar de certezas, de soluciones implacables... Se te caían los cojones al suelo de verlos... ¡Y no cesaban de aparecer otros!... Interrumpían la circulación... ¡Un pitote de poseídos!...

Estaban tan apiñados, tan hormigueantes en la tienda, tan jeringados en las sillas, aferrados a los montículos, arropados en los papeluchos, que ya no se podía entrar a coger nada... Sólo querían quedarse ahí, convencernos un minuto más, con los detalles inéditos...

¡Si aún les hubiéramos dicho algo, al menos! Si hubiesen abonado todos un anticipo, una comisión, una inscripción, habríamos entendido tal vez que no estuvieran felices y contentos, que armaran jaleo, ¡que se insurgieran!... Pero, ¡no era así ni mucho menos!... ¡Por excepción extraordinaria! ¡No les debíamos nada, la verdad! ¡Eso era lo más cojonudo! ¡Podrían haberlo tenido en cuenta!... ¡Que no nos movía el deseo de lucro! ¡Que se trataba, en una palabra, de un asunto de deporte y honor!... ¡Puro y simple! Que estábamos lo que se dice en paz... ¡Ah! pero, ¡resulta que no!... ¡Lo contrario exactamente! ¡Hacían la revolución por el placer de jorobar!... ¡Nos tenían mil veces más fila! ¡Se mostraban mil veces más cabrones! ¡piantes! ¡rabiosos! que nunca antes, ¡cuando les chupábamos la sangre hasta los huesos!... ¡Auténticos demonios!... ¡Cada cual berreaba como en la Bolsa en defensa de su queli!... Y, encima, ¡todos juntos!... ¡Una murga espantosa!...

¡Ninguno podía esperar ni un minuto más!... ¡A cada cual había que construirle al minuto! ¡ni un segundo! ¡su abracadabrante sistema!... ¡Que carburara!... ¡Y que funcionase!... ¡Tenían una prisa inmunda de bajar todos al fondo del mar!... ¡Cada cual por su tesoro propio!... ¡Querían ser los primeros todos! ¡Que si lo estipulaban nuestras «condiciones»! ¡Esgrimían nuestra papela!... Y eso que les habíamos gritado que estábamos hasta los huevos de sus jugarretas repugnantes... ¡de soportar su jaleo!... ¡que eran puras trolas!... El Courtial trepó a propósito por la escalera en espiral para decirles toda la verdad... Lo dijo a grito pelado por sobre la multitud... Se había puesto su chistera, lo que da idea de la solemnidad... Confesión total, yo estaba allí... ¡Un milagro que nunca se repetiría!... ¡Les aclaró que ya no teníamos socio! Que se había acabado... nada que arrascar... ¡Ni millones ni niño muerto!... Les aclaró, además, que la pasma lo había encerrado... Sí, a ése, el cura... ¡Que no volvería a salir nunca! Que le habían puesto la camisa de fuerza, ¡que se había ido al agua el negocio!... «¡Al agua! ¡Al agua!...» Pataleaban de entusiasmo al oír sus palabras... Repetían todos en coro: «¡Al agua! ¡Courtial! ¡Al agua! ¡Al agua!...» No cesaban de acudir cada vez más, a traer nuevos proyectos... Se tronchaban, cuando queríamos parlamentar... Ya es que no había modo... Su convicción era total... ¡Sabían todos que se ha de sufrir, cuando se tiene fe! La fe que mueve montañas, que abre los mares... Tenían una fe tremenda... ¡A fe no los ganaba nadie! Por lo demás, ¡estaban convencidos de que nosotros queríamos quedarnos con toda la pasta!... Conque se quedaban ante la puerta... Vigilaban las salidas... Se instalaban a lo largo de las verjas... Se echaban cómodamente... Ya no tenían la menor prisa... Tenían la convicción... ¡Lo creían a pie juntillas!... No valía la pena insistir... Nos habrían liquidado en el sitio al menor intento de negarlo... Se volvían cada vez más crueles... Los más canallas, los más ladinos, daban la vuelta por detrás... Venían por el gimnasio... Nos hacían señas para

que fuéramos... En un rincón, cuchicheando, proponían arreglos, aumentos de la comisión... cuarenta por ciento en lugar de diez para nosotros del primer botín obtenido... Que nos ocupáramos de ellos de inmediato, antes que de todos los demás... ¡Nos consideraban muy avariciosos!... Ya querían corrompernos... ¡Nos atraían con el señuelo de gratificaciones!

Courtial ya es que no quería ver nada, ni hablar, ¡ni oírlos siquiera!... Ni salir quería siquiera... Temía que lo localizaran... Lo mejor era de nuevo el sótano.

«Tú», me decía... «¡Sal de aquí!... ¡Acabarán zurrándote! Ve a sentarte allí, bajo los árboles... al otro lado del estanque... Será mejor que no nos vean juntos... ¡Tienen que agotarse!... ¡Déjalos que las píen todo lo que puedan!... ¡Es una corrida de ocho, diez días!...»

Se equivocaba en el cálculo, la cosa duró mucho más...

Por fortuna, habíamos salvado, de todos modos, un pequeño peculio... Lo que yo había pillado del canónigo... Casi dos mil francos... Habíamos pensado levantar el campo una noche con ese parné, una vez disipada la tormenta... ¡Trasladaríamos el material y nos iríamos con viento fresco a otra parte!... ¡A otro barrio!... Aquel sitio estaba ya imposible... Organizaríamos otro Génitron sobre bases totalmente nuevas... con otros inventores... No hablaríamos más de la «Campana»... Era, en conjunto, bastante viable, cosa de dos, tres semanas soportando los insultos...

Entretanto, me costó Dios y ayuda hacer comprender a la gruesa gachí que más valía que se quedara en casa, en el hotelito de Montretout... ¡Que esperara, pues, el final de la tormenta!... No quería escucharme, ¡no creía en el peligro!... Ya me lo conocía, a nuestro público... Ella los excitaba mucho con sus modales, su pipa, su velo... No cesaban los insultos... Además, les plantaba cara... aquello podía acabar muy mal... Corría un riesgo tremendo de que se la cargaran... Los inventores tienen arrebatos terribles, impulsos que los sacan de sus casillas... ¡Destrozan todo a su paso! Desde luego, ella no se habría achantado... se habría defendido como una leona, pero, ¿para qué más dramas?... ¡Nada ganaríamos!... ¡Con eso no iba a salvar su hotelito!... Acabó accediendo, tras verter ríos de saliva y suspiros que partían el corazón...

Ese día, no había venido... Courtial estaba sobando en el sótano... Habíamos almorzado juntos, en Les Escargots, en casa de Raoul, bastante bien, qué caramba, en la esquina con el Faubourg Poissonnière. No nos habíamos privado de nada... No me quedé a crear moho en la tienda... Salí en seguida... y me instalé a buena distancia, como de costumbre, en el banco de enfrente, detrás de La Rotonde... Desde allí vigilaba los alrededores... Podía intervenir incluso, si la cosa se ponía muy fea... Pero era un día tranquilo... Nada de particular... Los mismos grupos de siempre, charlatanes, boceras, que fermentaban por los alrededores... así desde comienzos de la semana anterior... ¡Nada extravagante, la verdad!... No había razón para que me quemara la sangre... cocían a fuego lento sin jaleo... E incluso un poco después, a las cuatro, ¡se hizo la calma un poco!... Se sentaron en fila india... Hablaban con murmullos más que nada... Debían de estar muy cansados... Una auténtica sarta a lo largo de los demás escaparates... Se notaba el hastío... No podía durar mucho más... Yo ya pensaba en las perspectivas... que íbamos a tener que pirárnoslas... Emprender otros trapicheos... ¡Guindar, pispar a otros «primaveras»! ¡Y otros percales, además!... Peculio no nos faltaba... Pero, ¡cuánto duraría? ¡Psss! ¡No es nada del otro mundo fundir dos billetes de mil francos!... ¡Si queríamos levantar el periódico!... y, además, ¡apoquinar por el hotelito!... ¡No era posible, a decir verdad, hacer las dos cosas a la vez!... En fin, yo estaba entregado a mis ensueños... profundamente absorto... cuando de lejos... en el callejón de Beaujolais, ¡divisé a un gachó muy alto que armaba un follón de la hostia!... ¡gesticulaba con todos sus miembros!... Las piaba, saltaba, caracoleaba justo delante de nuestra puerta... Agarró el picaporte... Sacudió la burda como si fuera un árbol... ¡Llamaba a gritos a des Pereires!... ¡Estaba absolutamente furioso, fuera de sí, el muchacho!... Antes de guillárselas se rompió los cuernos un buen rato... Nadie respondió... Embadurnó todo el escaparate con un pincel y color

verde... ¡Debían de ser guarrerías!... Salió de naja... con la misma exaltación... En fin, ¡peores cosas habíamos visto!... ¡No era trágico!... Yo me había temido algo peor...

Pasaron una o dos horas más... El sol empezó a descender... Dieron las seis... Era el momento desagradable, el que yo más temía... La hora chunga por excelencia para los follones, las peleas... sobre todo con nuestra clientela... El instante espantoso en que todas las tiendas sueltan a sus maníacos, sus empleados demasiado ingeniosos... ¡Todos los majaras de juerga!... La gran dispersión de las fábricas, los almacenes... Se precipitan, sin sombrero, ¡jalando tras el autobús!... ¡los artesanos obsesionados por los efluvios del progreso!... ¡Aprovechan los últimos instantes!... Del fin del día... ¡Corren como desesperados, se ajetrean! Son sobrios, bebedores de agua... Galopan como cebras. ¡El gran momento de las grescas!... Me daba dolor de vientre, ¡sólo de oírlos llegar!... ¡Nos cogían por banda a modo de aperitivo!...

Me quedé cavilando un poco más... Pensaba también en el papeo... Que iba a despertar a Courtial... que me había pedido cincuenta francos. Pero entonces, ¡me sobresalté de repente!... ¡Me llegó un gran clamor! Por la Galerie d’Orléans... ¡se amplificaba, se acercaba!... Era mucho más que un rumor... ¡Retumbaba! ¡Una tempestad!... ¡Trueno en los cristales!... ¡Me lancé! Pegué un salto hasta la Rue Gomboust, de donde parecía venir más estruendo... Me topé con una horda, energúmenos de lo más salvajes, brutos mugientes, rabiosos... ¡Debían de ser por lo menos dos mil berreando en el largo pasadizo!... Y no cesaban de surgir otros, de las calles adyacentes... Estaban comprimidos, estrujados en torno a un furgón, como un camión muy rechoncho... Justo en el momento en que yo llegaba, estaban descuartizando la verja del jardín... Arrancaron todo de un solo embate... Ese carricoche plano era un ariete tremendo... Derribaron los dos soportales... ¡Sillares como si fueran pajitas!... ¡Se derrumbaba, se desintegraba! estallaba en añicos a derecha e izquierda... Era absolutamente aterrador... ¡Bajaban como un relámpago!... uncidos al trasto infernal... ¡La tierra temblaba a mil quinientos metros!... Rebotaban en el arroyo... ¡Había que ver qué frenesí!... ¡Cómo saltaban y brincaban en torno a su catafalco! ¡arrastrados todos en la carga!... ¡Yo no daba crédito a mis ojos!... ¡Estaban desenfrenados!... ¡Eran por lo menos ciento cincuenta sólo en los varales!... ¡jalando bajo las bóvedas con la enorme carga en el trasero!...

Los otros energúmenos se afanaban, se enredaban, se desmembraban para mejor aferrarse al timón... en la sobrequilla... ¡en los ejes!... Me acerqué a su zarabanda... ¡Ah! Los distinguí, ¡nuestros inventores!... ¡Estaban prácticamente todos!... ¡Los reconocí casi uno por uno!... Ahí estaba De la Gruze, el camarero... ¡aún llevaba sus zapatillas!... Y Carvalet, el sastre... ¡Le costaba correr! ¡Perdía el calzón!... Ahí estaban Bidigle y Juchère, los dos que inventaban juntos... que pasaban todas las noches en Les Halles... transportando cestas... ¡Vi a Bizonde! Vi a Cavendou... ¡Vi a Lanémone y sus dos pares de gafas!... ¡el que descubrió la calefacción de mercurio!... ¡Distinguí a todos los cabrones!... ¡Pedían a gritos una matanza! ¡Asesinato! ¡Eran de verdad locos furiosos!... ¡Entonces trepé a la verja! ¡Ahora dominaba el tumulto!... Ahora lo veía bien, en el pescante, al gigante de pelo rizado que los excitaba, ¡el cabecilla en jefe!... ¡Vi todo el trasto monumental!... Era un caparazón de hierro forjado... ¡esa porquería fantástica!... ¡Era la campana de Verdunat! ¡La blindada total!... ¡No había duda!... ¡el famoso proyecto!... ¡Bien que lo reconocía! ¡Con las ventanillas luminosas! ¡haces divergentes!... ¡El colmo! ¡Ahí estaba despechugado, Verdunat!... ¡Subido a su aparato! ¡Había trepado a la cima! ¡Vociferaba! ¡Agrupaba a los demás pupas! ¡Exhortaba! ¡Iba a lanzarlos a la carga otra vez!...

Yo lo sabía, nos había avisado, absolutamente categórico, que lo construiría, de todos modos, ¡contra nuestro parecer! ¡con sus propios medios!... ¡Con todos sus ahorros!... No queríamos tomarlo en serio... ¡No era el primero que se tiraba faroles!... ¡Eran tintoreros en Montrouge, de padre a hijo, los Verdunat!... ¡Se había traído a la familia!... ¡Ahí estaban todos!... ¡Brincando en torno a la campana!... Cogidos de la mano... La danza... la mamá, el abuelo y los chavalines... Nos traían su

utensilio... Bien que nos lo había prometido... ¡Y yo que me negaba a creerlo!... ¡Venían empujando el monstruo desde Montrouge! ¡El trío de los chiflados! ¡La coalición salvaje!... Me armé de todo mi valor... ¡Ya me imaginaba lo peor!... Me reconocieron... ¡Me vituperaron! ¡Furia general!... ¡Querían sacarme las tripas!... Me lanzaban lapos, todos desde abajo... ¡Me vomitaban! Dije:

«¡Perdonen! ¡Escúchenme! ¡Un minuto!...» Silencio... «¡No entienden ustedes bien!»

«¡Baja aquí! ¡mierdica!... ¡Verás si te damos por culo de una vez por todas!... ¡Machaca de los cojones! ¡Veleta! ¡Chulito! ¡Forrapelotas! ¿Dónde está ese viejo boceras?... ¡Que le vamos a retorcer las entrañas un poquito!...»

¡Así era como me escuchaban!... No valía la pena insistir... Por fortuna, ¡pude salir de naja! Me apalanqué detrás del quiosco... entonces grité: «¡Socorro!» y con todas mis fuerzas... Pero ya era demasiado tarde... Ya no se me oía en el jardín, con el follón... los truenos... los fulgores... Y justo delante de nuestra puerta, ¡la carnicería máxima! ¡Los había como excitado con mis palabras! ¡los había enfurecido aún más!... ¡Estaban en pleno paroxismo!... Conque, ¡desengancharon todos los petrales!... Abandonaron el timón... Apuntaron el artefacto infernal atravesado en la avenida... ¡hacia el escaparate!... Arreciaron los clamores... Los energúmenos de todas las Galeries, de los alrededores, se lanzaron hacia la campana al toque de llamada... ¡La jauría entera tomó impulso! «¡A la una! ¡A las dos! ¡Zas! ¡Zas! ¡Aúpa!» ¡La masa se puso en movimiento!... ¡La propulsaron con un solo impulso!... toda la catapulta contra el cristal... ¡Voló todo en añicos!... ¡El artesonado cedió! ¡se rompió! ¡se desparramó! ¡Saltó todo!... ¡Una avalancha de vidrios!... ¡El monstruo penetró, forzó, tembló, aplastó! ¡El Génitron entero se desplomó en un torrente de cascotes!... Nuestra escalera de caracol, el rincón del comanditario, todo el entresuelo tunecino... tuve tiempo de verlos derrumbarse en una catarata de papeluchos, ¡y después en la explosión de polvo!... Entonces se formó una nube gigantesca, que blanqueó, llenó de golpe todos los jardines, las cuatro galerías... ¡La horda se asfixiaba!... ¡Envuelta en yeso!... ¡Escupían! ¡Tosían! ¡Se ahogaban! Empujaban, de todos modos, el torrente... la chatarra... los cristales... ¡los techos siguieron en la cascada!... ¡La campana se estremeció! el piso se rompió, se agrietó, se abrió... ¡Oscilaba, la máquina espantosa, bailaba al borde del precipicio!... Se inclinó... Volcó al fondo... ¡La Virgen!... ¡Una devastación!... ¡Un trueno hasta el cielo!... gritos tan estridentes... tan atroces... ¡paralizaron de súbito a toda la jauría!... Todos los jardines quedaron envueltos en el denso polvo... Llegaron, por fin, los agentes... Buscaban a tientas en el lugar del desastre... Hicieron un cordón en torno a los escombros... ¡Acudieron otros guripas a paso ligero!... Los amotinados se separaron... ¡se dispersaron!... ante la carga... Emprendieron el galope otra vez en los alrededores del restaurante... Tiritaban de emoción...

¡Los guris despejaron a los curiosos en las inmediaciones de la catástrofe!... ¡Yo me los conocía a todos, los amotinados!... ¡Podría haberlos entregado ahora! Habría sido muy fácil... ¡Sabía, yo, quién era el más pérfido! ¡el más tunela de la banda! ¡el más violento!... ¡el más cerdo! ¡Conocía yo a algunos que se chuparían diez castañas! ¡Sí! Pero, ¡no me molaban las venganzas! ¡Con eso sólo conseguiría volver la cosa aún más chunga!... y se acabó... ¡Quería ocuparme de lo más necesario!... Me lancé al hospital... Me acerqué a los grupos... Los guris me reconocieron... «¿No han visto al patrón? ¿a Courtial des Pereires?», ¡pregunté a los cuatro vientos!

¡Nadie lo había visto! ¡Yo me había separado de él a mediodía!... De repente vi al comisario... Era el de Bons-Enfants... ¡El mismo, exacto, enano asqueroso que nos había jeringado tanto!... Me acerqué... Le notifiqué la desaparición... Me escuchó... Se mostró escéptico... «¿Usted cree?...», me dijo... Se mostró incrédulo... «Pero, ¡si estoy seguro!»... Entonces bajó conmigo por los lados de la grieta... Fuimos a explorar los dos... ¡Grité!... ¡Llamé!... «¡Courtial! ¡Courtial!... ¡Arriba! ¡Arriba!» Gritamos todos juntos, con los agentes... ¡Una vez! ¡dos veces! ¡diez veces!... ¡Volví a pasar al borde de todos los agujeros!... ¡Me asomé entonces a los abismos!... «¡Seguro que está en el burdel», observó el otro, ¡el triste áspid!... Íbamos a abandonar... ¡cuando oí de pronto una voz!

«¡Ferdinand! ¡Ferdinand! ¿Tienes una escala?...»

¡Era él, era él! ¡No había duda! Surgió de un profundo talud... ¡Salió con mucho esfuerzo!... Tenía la jeta cubierta de harina... Le lanzamos una cuerda fuerte... Se aferró... ¡Lo izamos! ¡Salió del cráter!... ¡Estaba indemne!... ¡Nos tranquilizó!... Sólo había quedado encajonado, apretado, encerrado entre la campana y la muralla... Pero, ¡ya no encontraba el chapiri!... Al principio se irritó... Echó pestes... ¡La levita había sufrido!... No insistió... No aceptaba socorro alguno... Se negó a ir a la farmacia... Ahora era él quien miraba de abajo arriba a los guripas... «Iré a declarar, señores», dijo tan campante... Sin más explicaciones, pasó por encima de la barandilla, las viguetas y los escombros... Ya estábamos fuera... «¡Paso!... ¡Paso!...» ¡Apartó a la multitud!... Su levita se había quedado sin faldones... Había perdido su hábito... Iba cubierto de polvo, como un Pierrot, y perdiendo la borra al najar... Aceleró aún más... Me llevó hacia la salida cercana al Louvre... Me agarró de la manga. Tenía un tembleque de la hostia... Ya no fanfarroneaba...

«¡Vamos! ¡Vamos! ¡Rápido, Ferdinand! ¡Mírate detrás! ¿No nos ha seguido nadie?... ¿Estás seguro? ¡Camina, hijo!... ¡No volveremos nunca por aquí! A esta queli, nunca... ¡Es una trampa infame! ¡Ya puedes estar seguro! ¡Es evidente el complot!... ¡Voy a escribir al propietario!»

Así, una vez hecha añicos nuestra oficina, yo ya no tenía dónde dormir... Conque, ¡decidimos, de común acuerdo, que fuera a Montretout!... Volvimos a pasar por Aux Émeutes... ¡No podía tomar el «rengue» con la levita hecha jirones!... El patrón tuvo la amabilidad de prestarle un terno viejo. Charlamos un poco con dos energúmenos... Tenía el pantalón, Courtial, lleno de agujeros... Hubo que cosérselo... Todo el mundo había visto las peleas, había oído los gritos, la tremenda barrila... ¡todo el mundo estaba apasionado!... Hasta el Naguère participaba... Quería hacer algo, organizar una colecta... ¡Yo dije que no nos hacía falta!... ¡Me habría dado coraje aceptar!... ¡Que aún teníamos cuartos! ¡Ya había pimplado bastante a la salud de nuestro pureta!... ¡Podía mostrarse generoso!... De repente pagó los chatos, otra ronda y otra más incluso.

Hacía bastante calor ya... Era en el mes de junio, a finales... Con todo aquel polvo tan terrible, ¡acabamos, charla que te charla y con la garganta contenta, vaciando al menos diez, doce litros!... Nos fuimos haciendo eses... ¡Era tardísimo!... ¡Aún muy emocionados!... En la Estación del Norte, ¡cogimos el último tren por los pelos!...

En Montretout, por fortuna, ¡hacía una noche llena de estrellas!... ¡y hasta un clarito de luna! Casi podíamos ver el camino... Sin embargo, para no colarnos por los senderos de Montretout, sobre todo a partir de la cumbre de la cuesta, ¡teníamos que andarnos con mucho ojo!... ¡Aún no había ni que pensar en faroles ni carteles!... Nos orientábamos por aproximación, mediante tacto e instinto... Las quelis nos servían de punto de referencia... La cosa podía acabar muy mal... ¡Había siempre, a consecuencia de trágicas meteduras de pata, casi cuatro o cinco asesinatos al año por lo menos!... Extraviados... ¡presuntuosos que se equivocaban de hotelito!... ¡que se aventuraban en las verjas!... ¡que llamaban justo donde no debían!... Se exponían, los pobres incautos, a que los dejaran fritos con una salva... Con revólver reglamentario... con carabina Lebel... y después los rematara en un periquete la jauría de la finca... Un hato despiadado de lo más carnicero, loco, feroz, compuesto sólo por chuqueles bastardos... horriblemente agresivos, adiestrados especialmente para ese fin... Se precipitaban para el descuartizamiento... No quedaba nada del infeliz... Hay que decir también, para explicarlo, que era justo la época de las hazañas de la banda de Bonnot,[27] que desde hacía seis meses aterraba la región nordoccidental, ¡y aún andaban sueltos!...

¡Todo el mundo presa de la zozobra! Una desconfianza absoluta... No se conocía ni a padre ni a madre, una vez cerrada la burda... ¡Pobre del que se perdiera!...

El propietario ahorrativo, el ahorrador meticuloso, escondido tras sus persianas, pasaba la noche al acecho, sobando con un solo ojo, ¡con las manos crispadas sobre su arma!...

El atracador taimado, el vagabundo avieso, al menor indicio... ¡podían considerarse desahuciados, muertos, liquidados!... ¡Habría sido cosa de milagro que salvaran los cataplines!... ¡Una vigilancia impecable!... Sombras de lo más asesinas...

Courtial no estaba tranquilo ahí, ¡bajo la marquesina de la estación!... Se imaginaba el regreso... el camino... las emboscadas diversas... ¡Cavilaba un poquito!... «¡Adelante!»... Al dar los primeros pasos por la carretera, se puso a silbar muy fuerte... ¡una tirolesa!... Era el toque de llamada... ¡Así nos reconocerían en los puntos peligrosos!... Penetrábamos en la noche... ¡La carretera se volvió extraordinariamente blanda! ¡hundida! ¡fundente!... Distinguíamos muy vagamente masas en las sombras... contornos de quelis... Nos ladraron, aullaron, vociferaron, al paso de cada barricada... La jauría se lanzaba con una rabia... Caminábamos lo más rápido posible, pero, ¡se puso a llover! ¡Una melaza inmensa! El camino subía de través.

«¡Vamos»... me advirtió... «al extremo mismo de Montretout! El punto más elevado... ¡Vas a ver qué vista!»

Su casa, «La Gavotte» estaba en la cima de la región. Me lo había explicado muchas veces, ¡coronaba todo el paisaje!... Desde su cuarto veía todo París... ¡Estaba empezando a jadear!... ¡Y eso que no era un barro espeso! Entonces, ¿si hubiera sido invierno?... Por fin, más lejos, tras la curva, vi señales, luz en movimiento... agitada... «¡Es mi mujer!», exclamó entonces... «Como ves, me habla en clave: C... H... A... M... ¡Una vez abajo! ¡Dos veces arriba!...» Por fin, ¡ya no tenía pérdida!... Pero no dejábamos de subir, de todos modos... ¡Cada vez más deprisa!... Reventados, sin aliento... Llegamos a su cercado... La purí con el farol bajó corriendo la escalera... se precipitó sobre su marido... Se puso a piarlas... no me dejaba decir ni una sola palabra... Ya desde antes de las ocho, ¡estaba haciendo señales a cada tren!... Estaba lo que se dice indignada... Y, encima, ¡yo allí! ¡No estaba previsto!... ¿A qué venía?... Nos hacía preguntas perentorias... ¡De repente se dio cuenta de que Courtial había cambiado de terno!... ¡Estábamos demasiado cansados para ponernos a matizar!... ¡Qué leche!... Entramos en la queli... Nos sentamos en la primera habitación... ¡Allí le descubrimos todo el pastel! Bien que se lo temía, evidentemente, con aquel retraso... un follón de alguna importancia... Pero, vamos, menudo marrón, ¡peor no podía ser!... ¡Blac! así, ¡en plena jeta!... Se quedó como veinte flanes... le temblequeaba toda la cara y hasta los bigotes... ¡Ya es que no podía emitir sonido!... Por fin, le salió en forma de lloros...

«Entonces, ¿se acabó, Courtial?... ¿Se acabó? ¡dime!...» Se desplomó sobre la silla... Yo creía que se iba a morir... Estábamos allí los dos... ¡Preparados para tenderla cuan larga era por el suelo!... Me levanté a abrir la ventana... Pero, ¡volvió frenética a la carga!... saltó de su asiento... ¡Vibraba con toda su osamenta!... Se repuso... ¡Era pasajera, la angustia! ¡Ya estaba otra vez de pie! Vaciló un poco sobre su base... Se afianzó otra vez con fuerza... Dio un fuerte puñetazo sobre la mesa... Sobre el hule...

«¡Por los clavos de Cristo! ¡Es demasiado al final!», gritó con ganas...

«¡Demasiado! ¡Demasiado! ¡Tú lo has dicho!...» Él montó en cólera también. Se puso como una fiera delante de ella... La horma de su zapato... Cacareaba como un gallo...

«¡Ah! ¡Es demasiado!... ¡Ah! ¿Es demasiado?... Pues mira, ¡yo no lo lamento!... ¡No! ¡No!... ¡Como lo oyes!... ¡Absolutamente nada!...»

«¡Ah! No lo sientes, ¿eh, cacho cabrón?... ¡Ah! Estás contento, ¿verdad?... Y el hotelito, ¿qué? ¿Has pensado en las letras? ¡El sábado volverán, chico!... El sábado, ¡ni un día más!... ¿Los tienes tú, los 1.200 francos?... ¿Los llevas en el bolsillo?... Los prometimos, ¡bien que lo sabes!... ¡Los están esperando!... ¡A mediodía volverán! ¿Los llevas en el bolsillo?... ¡No a la una! ¡A mediodía!»

«¡Leche! ¡Leche! ¡y releche! ¡al final!... ¡Me la chupa el hotelito!... ¡Puedes metértelo en el culo!... Los acontecimientos me liberan... ¿Me entiendes?... ¡Di, lista!... ¡Ni amargura! ¡Ni rencor! ¡Ni deudas! ¡Ni proyectos!... ¡Me la trae floja! ¿Me oyes bien? ¡Me cago en todo eso! ¡Sí!...»

«¡Te cagas! ¡Te cagas! ¡Deudas! ¡Deudas! Pero, ¿llevas los cuartos contigo? ¡Di, so lelo!... Ferdinand tiene seiscientos pavos, ¡y se acabó! ¡Bien que lo sé! ¿no?... ¿Los tiene, Ferdinand?... ¿No los habrá perdido? Pero lo que vendrán a buscar serán mil doscientos, ¡no seiscientos!... ¿Aún no lo sabes?...»

«¡Huy! ¡Huy! ¡Nunca un paso atrás!... ¡La gangrena! ¿Vas a defender la gangrena?... ¡Amputación!... ¿Me entiendes, berzotas? ¡Amputación bien arriba! ¿Te has bebido todo el vino blanco, entonces? ¡Lo huelo desde aquí! ¡Bien arriba! ¡El ajo! ¡sí! ¿Salvar qué? ¡Hombre, te apesta la boca! ¡El muñón podrido! ¿Las larvas? ¿Las moscas? ¡El bubón! Carne purulenta, ¡ni hablar! ¡Nada de gestiones! ¡Ni una sola! ¿Me oyes?... ¡Nunca, verdulera! ¡mientras yo viva!... ¡La derrota! ¡La palinodia! ¡La cautela! ¡Ah, no! ¡Y una leche! ¿Que tire los tejos a quienes me apuñalan?... ¿Yo? ¡Nunca!... ¡Ferdinand! ¿me oyes?... ¡Aprovecha todo lo que ves! ¡Mira! ¡Intenta comprender la grandeza, Ferdinand! ¡No la verás muy a menudo!»

«Pero bueno, ¡si eres tú el que ha bebido!... Pero, ¡si es que habéis bebido los dos!... ¡Me vienen borrachos, estos cerdos!... Y, encima, ¡me ponen verde!»

«¡La grandeza! ¡El despego, cretina! ¡Mi marcha! ¿Lo sabías?... ¡No sabes nada!... ¡Lejos! ¡Más lejos!... ¡te digo!... Desprecio de las provocaciones, ¡las peores! ¡Las más odiosas! ¿Qué vileza indecible puede germinar en esos odres inmundos? ¿Eh? ¿Esos perros sarnosos?... ¿La medida de mi esencia? ¡Nobleza, aborto!... ¿Me oyes?... ¿Tú que apestas a ácido aliácico?... ¿Lo entiendes? ¡di, panoli! ¡Nobleza! ¿Me oyes? ¿Para tu "Gavotte"? ¡mierda! ¡mierda! ¡y mierda!... ¡Nobleza! ¡Luz! ¡Sabiduría increíble!... ¡Ah! ¡Oh! ¡lansquenees delirantes!... ¡Bribones para cualquier saqueo!... ¡Oh, Marignan! ¡Oh, mi derrota, Ferdinand de mis desgracias!... ¡Ya no doy crédito aquí ni a mis ojos! ¡ni a mi propia voz!... ¡Soy mágico! ¡Estoy satisfecho! ¡Las vueltas que dan las cosas!... ¡Yo ayer aún en el cenit! ¡Embargado de favores! ¡Adulado! ¡Plagiado! ¡Acosado! ¡Festejado por doquier! ¿Qué digo? ¡Invitado desde los cuatro puntos del globo! ¿Lo viste? ¡Lo leíste!... ¿Y hoy?... ¡Patatrac! ¡¡¡Brum!!!... ¡No me queda nada! ¡Cayó el rayo!... ¡Nada!... ¡El átomo soy yo!... Pero el átomo, Ferdinand, ¡lo es todo!... ¡El exilio, Ferdinand!... ¿El exilio?» Su voz se hundía en la tristeza... «¡Sí! ¡Eso es! ¡Me descubro! ¡El destino me abre las puertas! ¿El exilio? ¡Sea! ¡Para los dos!... ¡Hace mucho que lo imploro! ¡Hecho!... ¡Me ha alcanzado el golpe! ¡Transcendente! ¡Hosanna! ¡Irrevocable! ¡Toda la felonía se ha destapado!... ¡Por fin!... ¡Me lo debía!... ¡Después de tantos años de acosarme! ¡mimarme! ¡extenuarme!... ¡Compensación!... ¡Se muestra! ¡La descubro! ¡La violo absolutamente! ¡Sí! Forzada, en plena efervescencia... ¡En plena plaza pública!... ¡Qué visión, Ferdinand!... ¡Qué espectáculo! ¡Estoy colmado, Irène mía!... ¡Rabiosa! ¡Sangrienta! ¡Aullante! ¿me oyes?... ¡La hemos visto esta misma tarde asaltar nuestro noble periódico! ¡Abalanzarse al asalto del espíritu! ¡Aquí, Ferdinand, es testigo! ¡Herido! ¡Magullado, desde luego! ¡Mutilado!... ¡Me contraigo! ¡Me concentro! ¡Me alejo de esas pesadillas! ¡Ah! ¡combate abominable! Pero, ¡la bolsa se ha roto pero bien! ¡la hiel ha salpicado en todas direcciones! ¡Me ha cubierto, a mí, los ojos! Pero el espíritu no ha sufrido. ¡Oh, noble, pura recompensa! ¡Oh! Sobre todo, ¡nada de compromisos! ¿Me oís, todos? ¡Ir yo ahora a engatusar a mis verdugos?... Antes, ¡el acero! ¡el acaso! ¡el fuego!... ¡Todo! Pero eso, ¡no! ¡Ah! ¡Puah!... ¡Los dioses se conciertan! ¡Sea!... ¡Me honran con el más amargo de los presentes! ¡El don! ¡El odio! ¡El odio de los buitres!... ¿El exilio?... ¿Lo rechazaré? ¿Yo? ¡Sería no conocerme!... ¡Bien!...» ¡Ya se reía por adelantado!... ¿Me ponen a prueba?... ¡Halagado!... ¡Me sonrojaría de orgullo!... ¿Demasiado cruel?... ¡Hum! ¡hum! ¡Veremos!... ¡Un asunto entre dioses y hombres!... ¿Quieres saber, Ferdinand, cómo me las arreglo? ¡Como gustes, amigo! ¡Como gustes!... ¡No te vas a molestar! ¡Hombre, Ferdinand! Tú, que gustas de pasear, ¿conoces bien el Panteón?... ¡Di, pobre obtuso!... ¿No has notado nada? ¿Has visto alguna vez "El pensador"? Está en su pedestal... Ahí... ¿Qué hace? ¿Eh, Ferdinand? ¡Piensa, amigo! ¡Sí! ¡Eso sólo! ¡Piensa! ¡Pues bien! ¡Ferdinand! ¡Está solo!... ¡Ya ves! ¡Yo también estoy solo!... ¡Está desnudo! ¡Yo también estoy desnudo!... ¿Qué haríais

por mí? ¿pobres criaturas?...» ¡Le inspirábamos piedad! los dos, ¡la gruesa gachí y yo!... «¡Nada! ¿Tú? ¡pobre chaval pasmado por las endocrinas! ¡afligido por el crecimiento! ¡Invertebrado, en una palabra! Pobre gasterópodo, al que el menor sueño aniquila... En cuanto a mi pobre duendecilla, ¿qué me daría? ¿de útil? ¿de inútil? Un eco conmovedor de nuestros años muertos... ¡Pruebas! ¡Pruebas difuntas! ¡Inviernos deslucidos! ¡Horrores!...»

«¿Cómo me has llamado?... ¡Repítelo!... ¡Rápido, que yo lo oiga!...» Las últimas palabras no le habían gustado... «¿Me tomas el pelo? ¡di, marrano!»

No le gustaban las alusiones... Lo amenazaba con el jarrón, quería más detalles... ¡de lo que acababa de insinuar!...

«¡No le haga caso, Ferdinand! ¡No le haga caso!... ¡Nuevas mentiras y nada más! ¡No suelta otra cosa por la boca!... ¿Qué has hecho en la cocina?... ¡Dímelo en seguida!... ¿Con mi malvavisco?... ¿No sabes?... ¡También eso me lo ha robado!... ¿Y en mi tocador? ¿El bicarbonato? ¿No sabes tampoco?... ¿Has hecho otra lavativa?... ¡No lo niegues! ¿Y el agua de Vals? ¿Dónde la has puesto?... ¡No respeta nada! ¡La había traído a propósito para tomármela el domingo!...»

«¡Déjame, anda!... ¡Déjame concentrarme un poco!... Me acosas. ¡Me exasperas! ¡Me hostigas!... ¡Qué obtusa eres, niña!... ¡mi buena y dulce querubina!...»

Entonces ella se quitó el chapiri, se sorbió los mocos con ganas, palpó el respaldo de la enorme silla, un mazacote enorme, macizo...

«¡Responde, pues!», le conminó... «¿Dónde lo has puesto, mi malvavisco?...»

Él no sabía qué responder... ella empezó a alzar el objeto... agarró los dos largueros... Él comprendió el gesto... Se lanzó por la mesita de costura... La aferró por debajo de la caja... ¡Los dos tenían lo necesario!... ¡Se iban a ver las caras!... Yo me apalanqué en el ángulo de la chimenea... Él parlamentó...

«¡Cariñito mío! ¡Te lo ruego! ¡Te lo suplico, tesoro mío! ¡Escúchame! ¡Sólo una palabra antes de que te enfurezcas más!... ¡Escúchame! ¡No rompas nada!... ¡Está vendido todo! ¡Dios mío! ¡Vendido todo!»

«¿Vendido? ¿Vendido?... ¿Cómo que todo vendido?...»

«¡Pues todo! ¡Sí! ¡todo! ¡Desde esta misma mañana! ¡Te lo estoy intentando decir! ¡Todo al Crédit Lémenthal!... ¡al Sr. Rambon! ¿Lo conoces? ¡Al de lo contencioso! ¡No quedaba otra solución! ¡Acabado! ¡Todo liquidado! ¡Saldado! ¡Lavado! ¡Ya está! ¿Me comprendes? ¿Has entendido ahora, merluza? Te deja boquiabierta, ¿eh? ¿No te tranquiliza? ¡Mañana, te digo!... ¡Mañana por la mañana vendrán!...»

«¿Mañana? ¿Mañana? ¿Mañana por la mañana?...» Repetía ella como un eco... ¡Aún no había despertado!...

«¡Sí, mañana! ¡Yo he hecho lo que había que hacer! ¡Tú sólo tienes que firmar los papeles!»

«¡Ah! ¡cabrón! ¡cacho cabrón! ¡Ah! ¡Me abre las entrañas, el golfo! ¡Nunca lo hubiera imaginado!... ¡Seré zoquete!...»

Entonces dejó caer la silla, se desplomó sobre ella, se quedó con los brazos caídos, totalmente sonada... Resoplo, ¡y se acabó!... Ya no era la más fuerte, la verdad... ¡Él había conseguido lo que se proponía!... Ella lo miraba, más allá de la mesa, desde el otro lado de la queli, al menda atroz, como se mira al pulpo asqueroso, el monstruo exhorbitante, a través del cristal del acuario... ¡La tremenda pesadilla de otro mundo!... No daba crédito a sus ojos... Ya es que no podía hacer nada, la verdad. ¡No valía la pena intentarlo!... ¡Renunciaba, completamente derrotada!... Se abandonaba a la pena... Sollozaba con tal violencia, apoyada en el aparador, chocaba tan fuerte con la cabeza... que la vajilla salía rodando, caía en cascada al suelo... ¡Él no se detenía por tan poca cosa!... Explotaba su ventaja... Reforzaba su posición...

«¿Qué, Ferdinand? ¿Eh? ¿Ves? ¿te figuras?... ¿Consigues imaginarte la intrepidez personal?...

¿Comprendes? ¡Ah! mi decisión viene de lejos... y, por Dios, que la he meditado con prudencia... ¿Ejemplos? ¿Émulos? Tenemos, señora, ¿cuántos? Pues, ¡a montones! ¡Y de los más ilustres! ¿Marco Aurelio? ¡Ya lo creo! ¿Qué hacía, él, el pureta? ¡En coyunturas muy semejantes! ¡Abrumado! ¡deshonrado! ¡acosado! Sucumbiendo casi bajo la maraña de conspiraciones... más abyectas... Las perfidias... ¡más asesinas!... ¿Qué hacía en esos casos?... ¡Se retiraba, Ferdinand!... ¡Abandonaba a los chacales los peldaños del Foro! ¡Sí! ¡A la soledad! ¡al exilio! ¡iba a pedir consuelo! ¡El nuevo ánimo!... ¡Sí!... ¡Se interrogaba a sí mismo a solas!... ¡A nadie más!... ¡No buscaba los sufragios de los perros rabiosos!... ¡No! ¡Pufff!... ¡Ah! ¡espantosa palinodia!... ¿Y el puro Vergniaud?[28] ¿El inefable? ¿A la hora de la carnicería, cuando los buitres se agrupan sobre la carnaza? ¿Cuando se eleva el olor insípido?... ¿Qué hace, él, él más puro de los puros?... ¿El cerebro mismo de la sabiduría?... ¿En esos minutos desolados en que cualquier mentira vale una vida?... ¿Se retractará con palabras? ¿Renegará? ¿Mascará la inmundicia?... ¡No! ¡Sufre a solas su calvario!... ¡Solo domina!... ¡Se despega!... ¡Preludia a solas el gran silencio!... ¡Se calla! ¡Ya ves, Ferdinand! ¡Yo también me callo, hostias!...»

Des Pereires, que no era demasiado alto, se erguía en el cuarto para exhortarme mejor... Pero estaba encajonado, de todos modos, entre la estufa y el enorme aparador... No tenía mucho sitio... Nos miró, ahí, a los dos... Nos volvió a mirar... ¡Se le ocurrió una idea!...

«¿No queréis...», dijo... «salir?... ¿Dar una vuelta?... ¡Quiero quedarme solo!... ¡Sólo un minuto!... ¡Quiero arreglar una cosa!... ¡Por favor! ¡por favor! ¡un segundo!...»

Era una propuesta de lo más estrafalaria, ¡sobre todo a aquella hora! La purí así, en el umbral, apergaminada en su chal, ¡estaba espantosa!

«Entonces, ¿nos pones en la puta calle?... Pero, ¡te has vuelto completamente majareta!»

«¡Dejadme al menos diez minutos!... ¡No os pido más! ¡Es indispensable! ¡Imperioso! ¡Irremediable! ¡Un favorcito!... ¡Dejadme un segundo tranquilo! ¡Un segundo a solas de verdad!... ¿Eh? No es tan complicado... ¡Id a dar un paseo por el jardín! ¡Se está mucho mejor que dentro!... ¡Hale! ¡Hale! ¡Os haré una señal! ¿Es que no entendéis?...»

Insistía e insistía. ¡Ya no tenía el gran sótano como en el Génitron para reflexionar a gusto!... Sólo tenía los tres cuartitos para deambular... Tozudos, tercos, discutones, ¡yo veía que se iban a tirar de los pelos!... si no me llevaba a la purí... Ella era la que más las piaba... Conque me la llevé hacia el pasillo...

«¡Volvemos dentro de cinco minutos!...», le dije... «¡Hágame caso!... Déjelo tranquilo... Es un puñetero... Además, quiero hablar con usted...»

Quiso coger el farol... ¡No era el mejor momento para dar paseos!... ¡Hacía bastante frío, la verdad! Menuda la rabia que tenía ella... Estaba desconsolada... No cesaba de chillar.

«¡Hacerme esto a mí, el muy cerdo! ¡sátiro! ¡canalla redomado! ¡A mí, Ferdinand! ¡A mí!...»

Se agitaba a lo largo de la barrera... Tropezaba un poquito, aún con el farol... Mascullaba toda clase de injurias... Pasamos delante de cajoneras... Allí, quiso que nos detuviéramos... Sin dejar de llorar, resoplar, se empeñó en enseñármelas... levantó los enormes aparejos... para que viese bien los retoños... los tallitos... lo fino que era el mantillo...

«¡Todo esto, Ferdinand! ¡Todo esto! ¿me oye usted? Lo he plantado yo... ¡Yo solita!... ¡Él, no! ¡Ah, no! ¡ni hablar!...» Tenía yo que mirar otra vez... Y los nabos pequeñitos... ¡Y las babosas!... El platillo para la calabaza... Levantaba todas las tapaderas... los bastidores... ¡Y había chicorias!... Dimos una vuelta en torno a cada rectángulo... Al final, ya no podía más... ¡Me iba contando lo que sufría durante las sequías! También bombeaba, llevaba los jarros... desde allí... desde el grifo... hasta el final de los paseos... La pena le cortaba el habla... Se sentó, se volvió a levantar... Tuve que ir a ver el gran tonel para el agua de lluvia... que no era suficiente...

«¡Ah! ¡Es verdad!...», saltó de nuevo... «¡Usted no conoce su sistema!... ¡Ah! ¡Y eso que es chachi! ¿El dichoso invento?... ¿No lo conoce usted?... Pues, ¡eso sí que sí! ¡Ah! ¡Nunca ha hecho nada

mejor! ¡Y, sin embargo, yo me opuse! ¡Ya puede estar seguro! ¡Huy, huy, huy! ¡Lo que porfié! ¡Pues no protesté ni nada!... ¡En vano! ¡Absolutamente! ¡Más terco que treinta y seis mulas! ¡Me dio un guantazo! Pero, ¡yo no me anduve con chiquitas! ¡Ya puede estar seguro! Y al final, ¿qué? ¡Pues que me demolió todo el lado bueno de la empalizada!... Y, además, ¡dieciocho ristras de zanahorias! ¡Nada menos!... ¡Veinticuatro alcachofas!... ¿Para hacer qué? ¡Un cobertizo!... ¡Y hay que ver cómo está!... ¡Una cerda no encontraría a sus crías!... Un auténtico basural, ¡se lo digo yo! ¡Una fosa séptica! ¡Ya ve usted lo que me hizo en ese rincón!...»

Nos encaminamos hacia allá, me guiaba con su farol...

Era una chabolita, en realidad... Como encerrada bajo tierra... casi completamente enterrada... sólo se veía el techo... Dentro diquelé bajo las cubiertas... ¡todo detritos!... tan sólo instrumentos descuajaringados... En el más completo desorden... Y, además, una gran dinamo, completamente atascada, oxidada... un depósito boca abajo... un volante torcido... y un motor de un cilindro... Ése era el invento de Courtial... Yo estaba un poquito al corriente... ¡El «generador de ondas»!... Su objeto era hacer crecer las plantas... Buena idea... En las series del Génitron teníamos al respecto un número especial sobre «El porvenir de la agricultura por radiotelurismo»... Y, además, tres manuales y toda una sarta de artículos (con ochenta figuras)... sobre su utilización... Además, había dado dos conferencias en Le Perreux y una en Juvisy para convencer a los pequeños productores... Pero no les había impresionado... Y, sin embargo, según des Pereires, con ayuda del «polarímetro», era cosa de niños dirigir hacia las raíces de tal legumbre o tal planta esos haces de «inducidos telúricos», ridículamente desparramados, si no, dispersados, ¡completamente perdidos para todo el mundo!... «Os traigo», les decía, «mi riego subradical, ¡infinitamente más útil que cualquier pañí! ¡El diluvio eléctrico! ¡La providencia de la alubia!» También según sus datos, con un poco de equipo, estaba chupado inflar un salsifí hasta el tamaño de un nabo grueso... ¡Todas las gamas fecundas del magnetismo infraterrestre, en perfecta disposición!... ¡Crecimiento de todas las legumbres según las necesidades de cada cual!... ¡En temporada! ¡Fuera de temporada!... ¡Era hermoso, la verdad!...

Preocupado, por desgracia, por tantos cuidados cotidianos, los engorros continuos, todos los líos del Génitron, no había podido poner a punto el sistema... Sobre todo los condensadores... No iban sincronizados... había que vigilar... No podía hacerlos funcionar sino dos o tres horas los domingos... Las ondas eran insuficientes... Pero entre semana, ¡tenía otras cosas que hacer! ¡Bastante tenía con el periódico y los diferentes concursos!... Ella no creía, la Sra. des Pereires, lo más mínimo en ese trasto telúrico... «Se lo he repetido muchas veces... pero, ¡ya puedo machacar, cantar o silbar! ¿no? igual da... “¡Nunca va a funcionar, ese cacharro! ¡Es imposible! ¡Una tontería más!... ¡Vas a hundir la casa con tus zanjas! ¡Ya ves tú qué alubias vamos a sacar! ¿Las corrientes eléctricas? ¡Ya que es eso lo que quieres conseguir!... ¡No se quedan en la tierra! ¡Van al aire, idiota!... ¡Es bien sabido! ¡La prueba son las tormentas! ¡Basta mirar en las carreteras!... Si no, ¡no gastarían tanto dinero para poner los hilos telefónicos! Y los pararrayos, ¿qué? El Estado no está loco, ¡qué caramba! Si pudieran ahorrar, ¡pues no harían tantos trabajos!...” ¡Yo habría dicho cualquier cosa para que no me destruyera el huerto! “¡No digas gilipolleces! ¡No digas gilipolleces!” En cuanto ve que tengo razón, ¡no me responde sino con injurias!... ¡Se obstina!... ¡preferiría estallar!... ¡Ah! ¡si lo conoceré yo a ése!... ¿Vanidoso? ¿Orgulloso? ¿Ése? Pero, ¡si es que un pavo no es nada!... ¡No escuchar sino tonterías siempre!... ¡Ah! ¡menuda cruz! ¡veinte años aguantándolo! ¡Ah! ¡Arreglada estoy!... Toda la bilis que puedo soltar... ¡y, aun así, no sirve de nada!... ¡Nos va a vender!... ¡Nos salda! ¡Está visto!... ¡Vendería su camisa! ¡Vendería la de usted Ferdinand! ¡Lo vende todo!... ¡Cuando le da la chaladura de cambiar!... ya es que no es un hombre, ¡es una auténtica traca de chorradas! ¡Las ferias fueron su perdición! Cuanto más envejece, ¡más se trastorna! ¡más chiflado está!... ¡Yo lo noto! ¡No me hago ilusiones! ¡Es infernal! ¡Ferdinand!... ¡No es enfermedad, su caso! ¡Es una catástrofe! Pero, ¡yo ya no puedo seguirlo!... ¡Ni hablar!... Al principio, cuando me habló de su sistema, se lo dije... “¡Siempre te ocupas de cosas,

Courtial, que no te incumben!... ¡No sabes nada de agricultura!... ¡Ni de ascensiones, ni de fábricas de pianos!...” Pero, ¡siempre quiere saberlo todo! Es su vicio, eso lo primero... ¡Conocerlo todo! ¡Meter las narices en todas las rendijas! ¡Auténtico “metomentodo”! ¡Lo que lo pierde es la pretensión!... Un día, vuelve, ¡la química!... El día siguiente, ¡las máquinas de coser!... Pasado mañana, ¡la remolacha! ¡Siempre algo más nuevo!... Por supuesto, ¡no llega a nada!... ¡Lo suyo son los globos! ¡Yo nunca he dado mi brazo a torcer! ¡Nunca he dejado de decírselo! “Courtial, ¡el globo! Courtial, ¡el globo! ¡Es lo único que sabes hacer! En lo demás, ¡siempre la pifiarás! ¡No vale la pena que insistas! ¡Móntatelo con las ascensiones! ¡Sólo eso nos permitirá salir adelante! Si te empeñas en seguir con las otras cosas, ¡te romperás las narices! ¡Acabaremos en Melun! ¡Haciendo flores de papel!” ¡Se lo he dicho mil veces! ¡se lo he avisado! ¡se lo he machacado! Pero, ¡anda y que te den por culo, vieja pesada! ¿El globo? ¡No quería ni que lo mencionara siquiera! Cuando se pone terco, ¡es que da asco! ¡Si lo sabré yo! ¡Que lo soporto! El señor es “escritor”... ¡Yo no comprendo nada! ¡Él es “sabio”, “apóstol”! ¡Es yo qué sé! ¡Un verdadero “mamarracho” en persona!... ¡Un auténtico chorizo! ¡Payaso! ¡Cerdo asqueroso!... ¡Veleta!... Un pordiosero, ¡se lo digo yo! ¡Sin conciencia y sin blanca! ¡En la calle y cubierto de piojos es donde se merece estar! ¡Y lo estará! ¡Así acabará todo esto! ¡Sí! ¡A eso ha llegado!... ¡La caga en todas partes! ¡Ya ni siquiera sabe dónde tiene la cabeza!... ¡Se cree que no me doy cuenta!... ¡Ya puede cascar durante horas! ¡No me engaña! ¡Sé a qué atenerme, de todos modos!... Pero, ¡esto no va a quedar así!... ¡Ah! ¡eso sí que no! ¡Que no se confunda! ¡Ah! ¡mucho cuidadito! ¡Ah! ¡no estoy dispuesta!...»

¡Volvía a su idea fija!... Volvía a hablar del Animoso... De los primeros tiempos de su matrimonio... De las salidas con el globo... Ya era difícil inflarlo del todo... Nunca tenían bastante gas... Era una funda frágil y no demasiado impermeable... En fin, eran jóvenes, de todos modos, y eran los buenos tiempos... Ella participaba en las ascensiones los domingos con des Pereires... Entre semana hacía de comadrona... También ponía ventosas, escarificadas... hacía pequeñas curas... Había conocido a Pinard, que había asistido al parto de la zarina... Hablando de eso, se excitaba... era un tocólogo de fama mundial... A mí me parecía que hacía fresquito entre los tablares del huerto... Ya estaba azulino el cielo y los alrededores... Yo tiritaba, mientras intentaba calentarme los pies pisando fuerte... ¡Volvíamos a subir por la callecita del jardín por centésima vez!... Volvíamos a bajar la... ¡Volvía a hablarme de las hipotecas!... Era de pedernal, su queli... ¡Debía de costar lo suyo!... En mi opinión, ¿era cierto que había saldado todo?... Yo no podía saberlo todo... ¡Era reservado e hipócrita! ¡Yo ni siquiera lo conocía, a ese Sr. Rambon!... No lo había visto nunca... ¿Y el Crédit Lémenthal? ¡Tampoco lo conocía!... En una palabra, ¡no sabía nada de nada!...

Así, mirando a lo lejos, se empezaba a adivinar la forma de las otras quelis... Y, además, tras el gran solar... las altas chimeneas... la fábrica de Arcueil... la que despedía un fuerte olor a canela por sobre la viña y el estanque... Ahora se veían los hotelitos de los alrededores... ¡todos los tamaños!... Los coloridos poco a poco... como una auténtica porfía... ¡como si se disputaran por los campos, en torneos, todos esos abortos!... Los rocallosos, los achatados, los arrogantes, los patituertos... ¡Se desplomaban los mal acabados!... ¡los pálidos! ¡los endebles! los bamboleantes... ¡Los de armadura vacilante!... Una carnicería en amarillo, rojo ladrillo, pis... ¡Ni uno se sostenía en el aire!... ¡Juguetes en la mierda todos!...

En el cercado, contiguo, había un pequeño monumento de verdad, una iglesia en miniatura, en madera troquelada, como una Notre-Dame, ¡fantasía de ebanista!... Dentro, criaba conejos...

Seguía hablando, raja que te raja, ¡me explicaba todo, la purí!... Al final se quedó sin palabras... no encontraba el hilo... se cabreó... Ya hacía al menos dos buenas horas que estábamos fuera, ¡con un cierzo!...

«¡Basta! Se está riendo de nosotros... ¡Ya nos está jodiendo la marrana bastante con sus manías!... Hombre, mira, voy a sacarlo... ¡Le voy a dar para el pelo a ese chulo asqueroso!... ¡Venga por aquí,

Ferdinand! ¡Por la puerta de la cocina! Está abusando, ese puñetero payaso... ¿Y si cojo una pleuresía?...» Subió a escape la escalera... En el momento en que abrió la puerta, ahí lo teníamos al des Pereires, que salía... surgía de la sombra... Venía precisamente a buscarnos... Iba emperifollado, que no veas... ¡Se había cubierto enteramente con el gran mantel!... Se lo había pasado, como una esclavina, con un agujero por la cabeza y lo había cerrado con «imperdibles» y, después, con una cuerda gruesa de cinturón... Bajó así los cinco peldaños, me cogió del brazo al pasar... Parecía profundamente absorto... poseído por algo... Me llevó hasta el extremo del jardín, al último tablar de cajoneras... Se agachó, arrancó un rábano, me lo enseñó, me lo colocó bajo las napias...

«¿Ves?...», me dijo... «¡Míralo bien!... ¿Lo ves?... ¿Ves su grosor?... ¿Y este puerro? ¿Lo ves también? Y, además, mira, ¿este otro?...»

Una legumbre rara, por cierto, que yo no reconocía...

«¿Lo ves tú?...»

«¡Sí! ¡Sí!», respondí.

«¡Ven entonces por aquí! ¡Rápido! ¡Rápido!» Me llevó hacia el otro extremo del jardín... Se inclinó, se arrodilló, reptó, pasó el brazo entero a través de la empalizada... Resoplaba... Hurgaba en casa del tipo de al lado... Arrancó otro rábano... Me lo trajo... Me lo presentó... Quería que comparara... ¡Se sentía triunfante!... Ése del vecino era muy pequeño, la verdad... absolutamente minúsculo... Apenas existía... ¡Y pálido! me los colocó los dos bajo las narices... el suyo y el canijo...

«¡Compara, Ferdinand! ¡Compara!... ¡Compara! ¡Yo no te quiero influir! ¡Saca tus propias conclusiones!... ¡No sé lo que te habrá dicho la Sra. des Pereires! pero, ¡mira, mira!... ¡Examina! ¡Sopesa!... ¡No te dejes confundir!... El grueso, ¡el mío!... ¡Con el telurismo! ¡Mira! ¡El suyo! ¡Sin telurismo! ¡Ínfimo! ¡Compara! ¡Ya ves! ¡No me invento nada! Para qué enredarte... ¡Conclusiones sólo!... ¡Conclusiones!... ¡Lo que se puede hacer!... ¡Lo que se debe hacer! "¡Con eso!" ¡Y yo no tengo aquí, que quede claro, en este campo extremadamente hostil por su contextura, sino un simple auxiliar telúrico!... ¡Auxiliar! ¡Te lo repito!... ¡No el gran modelo "Torbellino"!... Aclarémoslo, por supuesto... ¡Condiciones muy esenciales! ¡Todas las raíces deben ser fructíferas! ¡Ah! ¡sí! ¡fructíferas! ¡Y en terreno "ferrocálcico"!... y, a ser posible, magnesia... Sin eso, ¡no hay nada que hacer!... Juzga, pues, por ti mismo... ¿Me comprendes? ¿No?... ¿No me comprendes? ¡Eres como ella! ¡No comprendes nada!... ¡Que sí! ¡Que sí! ¡exactamente! ¡Ciegos! Y el grueso rábano, ¿qué? Lo ves, ¿no? ¿ahí, en la palma de tu mano? Y el pequeño, ¿lo ves también? ¡El enclenque! ¡el ínfimo!... ¿Ese aborto de rábano?... ¡Y eso que es muy simple un rábano!... ¿No? ¿no es simple? Hombre, ¡me desarmas!... ¿Y un rábano muy grueso, Ferdinand?... ¡Imagínate que lo inflo así, a base de bocanadas telúricas, yo ese pequeño ridículo!... ¿Eh? ¡Como un globo!... ¿Eh? ¡y que obtengo cien mil así!... ¡rábanos! ¡Siempre rábanos! Cada vez más voluminosos... ¡Cada año los que yo quiera!... ¡Quinientos mil!... ¡Rábanos enormes! ¡peras!... ¡Rábanos como auténticas calabazas!... ¡Ah! ¡como no habrán visto nunca!... Pero, ¡suprimo al instante todos los rábanos pequeños! ¡Depuro el mercado! ¡Acaparo! ¡Acabadas! ¡Imposibles! ¡Todas esas naderías vegetales! ¡Esas chucherías! Esa asquerosa morralla de huerto. ¡Terminados los haces minúsculos! ¡Esas remesas mínimas!... ¡Que se conservan de milagro!... ¡Despilfarros! ¡amigo mío! ¡Antiguallas!... ¡Desperdicios!... ¡Vergonzosos!... ¡Quiero rábanos inmensos! ¡Ésa es la fórmula! ¡El porvenir es de los rábanos! ¡Los míos!... ¿Y quién me lo impedirá?... ¿La venta? ¡El mundo entero!... ¿Es nutritivo mi rábano? ¡Fenomenal!... Harina de rábano cincuenta por ciento más rica que la otra... ¡"Pan de rábano" para la tropa!... ¡Muy superior a todos los trigos de Australia!... ¡Tengo los análisis!... ¿Eh? ¿Qué te parece? ¿Lo ves más claro? ¿No te sugiere nada? ¡A ella tampoco!... Pero, ¡yo!... Si me dedico a los rábanos... ¡por tomar el rábano como ejemplo! ¡Habría podido elegir el nabo!... Pero, ¡tomemos el rábano!... ¡La sorpresa será más intensa! ¡Ah! Conque, ¡me entrego!... ¡A fondo, en adelante!... ¡A fondo!... ¿me oyes?... ¡Mira desde aquí!...»

Seguía teniéndome cogido, me llevó a ver la perspectiva... hacia el Sur... Desde allí, exacto... ¡se

veía todo París!... Es como un animal inmenso, la ciudad, aplastado en el horizonte... Negro, gris, cambia... humea... hace un ruido triste, gruñe muy bajito... forma como un caparazón... muescas, agujeros, espinas que se enganchan en el cielo... Le traía sin cuidado, a des Pereires, charlaba... Interpelaba al decorado... Se alzó pegado a la barandilla... Puso voz grave... Alcanzaba hasta allá... se amplificaba por encima de las canteras de escombros...

«¡Mira, Ferdinand! ¡Mira!...» Abrí los ojos un poco más... un esfuerzo supremo... Estaba cansado de verdad... No quería que volviera a empezar...

«¡Más lejos, Ferdinand! ¡Más lejos!... ¿La ves ahora, la ciudad? ¡Al final! ¿Ves París? ¿La capital?...»

«¡Sí! ¡Sí!... ¡Sí!... ¡Exacto!...»

«Comen, ¿no?...»

«¡Sí! ¡señor Courtial!...»

«Todos los días, ¿verdad?...»

«¡Sí! ¡Sí!... ¡Sí!...»

«Bueno, pues... ¡Escúchame!...»

Silencio... Agitaba los brazos en el aire magníficamente... Se desplegaba... Se soltó un poco la hopalanda... Sus gestos eran poco comunes... ¿Iría a lanzar nuevos desafíos?... Ya se reía burlón... Sardónico... Rechazaba... alejaba... una visión... un fantasma... Se daba golpecitos en la azotea... ¡Ah! ¡ahí sí! ¡La Virgen! ¡Menudo! ¡Se había equivocado! ¡Ah! ¡qué despiste! ¡Y desde hacía tanto! ¡Ah! ¡El error no cuenta!... Me interrogó... ¡Me interpeló!...

«Di, pues, ¡comen, Ferdinand!... ¡Comen! ¡Sí, claro! ¡Comen!... Y yo, ¡pobre loco! ¿Dónde estaba?... ¡Oh, ánimo fútil! ¡He recibido el castigo! ¡Estoy tocado!... ¡Sangro! ¡Me está bien empleado! ¿Olvidar? ¿Yo?... ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Voy a tomarlos como son!... ¡Donde están! ¡En el vientre, Ferdinand! ¡No en la cabeza! ¡En el vientre! ¡Clientes para sus vientres! ¡Me dirijo al vientre, Ferdinand!...»

Se dirigía a la ciudad también... ¡Entera! Que gruñía allí, en la bruma...

«¡Pita! ¡Pita, puta! ¡Brama! ¡Y ruge! ¡Gruñe! ¡que te oigo!... ¡Glotones!... ¡Abismos!... ¡Esto va a cambiar, Ferdinand!... ¡Glotones! ¡te digo!...»

Se calmó. ¡La confianza! ¡Me sonrió!... Se sonrió...

«¡Ah! ¡Se acabó! ¡Eso te lo juro!... ¡Ah, eso! ¡puedes creerme! ¡Puedes hacer de testigo! ¡Puedes decírselo a la patrona! ¡Ah! ¡Pobrecita mía! ¡Ah! ¡Se acabaron nuestras miserias! ¡Ah! ¡He comprendido! ¡De acuerdo! ¡El espíritu sufre!... ¡Lo escarnecen! ¡Me persiguen! ¡Me cubren de lapos! ¡En pleno París! ¡Bien! ¡Vale! ¡Sea! ¡Que se los coman las pústulas!... ¡Que la lepra los diseque! ¡Que se cuezan en cien mil cubas llenas de mocos y cucarachas! ¡Yo mismo iré a removerlos! ¡Que maceren! ¡Que se arremolinen bajo las gangrenas! ¡Es pan bendito para esos purulentos! Si quieren cogerme, ¡no estaré!... ¡Se acabó el espíritu! ¡Funerales!... ¡A las tripas Ferdinand!... ¡A los fermentos cólicos! ¡Huah! ¡A las boñigas! ¡Oh! ¡Hasta chapotear! ¡Puf! Pero, ¡si es que va a ser una orgía! ¿Desafío? ¡Aquí estoy! ¿Con qué semillas me alimento? ¡Courtial! ¡Laureado con el Premio Popincourt! ¡Nicham y los demás! ¡mil setecientas veintidós ascensiones!... ¡Con rábanos! ¡Mediante rábanos! ¡Sí! ¡Ya verás! ¡Tú también me verás! ¡Oh, cenit! ¡Oh, Irène mía! ¡Oh, celosa terrible!... ¡No hay tiempo que perder!...» Echó un vistazo.

«En estas gravas de aluviones... ¿Este mantillo arenoso? ¡Nunca! ¿Aquí? ¡Puah! ¡Ya he hecho pruebas! ¡Cultivo en miniatura! ¡Se acabó!... ¡No hay tiempo que perder!» ¡Volvía a soltar risitas burlonas ante la simple suposición!... ¡Era demasiado gracioso!...

«¡Oh! ¡Huy! ¡Huy! ¡Quitadme todo eso de la vista!...» Barría la pobre queli...

«¡Al campo! ¡Ah! ¡ahí! ¡Sí! ¿Al campo? Ah! ¡Ahí sí que sí! ¿El espacio? ¿El bosque?... ¡Presente!... ¿Ganado?... ¡Ubres! ¡Heno! ¡Aves de corral! ¡De acuerdo!... ¡Y, ya puedes estar seguro,

rábanos!... ¡Créeme!... ¡Y con todas las ondas!... ¡Ya verás, Ferdinand! ¡Todo! ¡Toda la pesca!... ¡orgías de ondas!...»

La purí ya es que no se tenía en pie. Se había apoyado en la empalizada... Roncaba un poco... La zarandeé para que también entrara...

«¡Voy a hacer un poco de café!... ¡Creo que queda!...» Así dijo... pero ya podíamos buscar... ¡se lo había bebido todo, el cabrón!... Y, además, se había jalado todos los restos... Ya no quedaba nada en la alacena... ¡Ni una miga de pan! ¡Uncamembert casi entero!... ¡Mientras nosotros nos moríamos de hambre!... Hasta las judías, ¡se había zampado!... ¡Joder! ¡Cómo me tocó los cojones!...

Le gritamos que entrara... «¡Voy al telégrafo!», respondió desde lejos... «¡Voy al telégrafo!»... Ya iba por la carretera... No estaba loco...

Pasamos todo el día sobando... ¡El día siguiente debíamos largarnos!... ¡Era absolutamente cierto que había liquidado la queli! y, además, parte de los muebles... Todo por el mismo precio... El empresario que la compraba había abonado, además, un pequeño anticipo para que nos las piráramos antes... ¡Había que ver su canguelo a que se la destruyéramos, la queli, antes de marcharnos!...

Ese mismo día, mientras almorzábamos, iba y venía por delante de nuestra verja. No queríamos dejarlo entrar. Ya lo habíamos echado en varias ocasiones... Tenía que dejarnos acabar... ¡Joder! ¡Ya es que no podía estarse quieto! Daba miedo verlo... Estaba tan excitado, que se cogía el chapiri y se jamaba los bordes... Los arrancaba... Volvía a pinrelear, con las manos crispadas a la espalda... Encorbado, ceñudo. Iba, venía, ¡como fiera enjaulada! ¡Y eso que era él quien estaba en la carretera! ¡La carretera era ancha!... Además, cada cinco minutos nos gritaba a través de la puerta: «¡Sobre todo no me estropeen el retrete! ¡Vi la taza! ¡Y estaba intacta! ¡Cuidado con el fregadero! ¡Uno nuevo cuesta doscientos francos!...»

Llegó un momento, ¡que no pudo más!... Hasta entraba en el jardín. Daba tres pasos por la alameda... Bajábamos todos a escape... Volvíamos a echarlo afuera... ¡No tenía derecho! ¡Courtial estaba indignado ante tanta jeta!...

«¡Hasta las seis de la tarde no tomará usted posesión! ¡Al crepúsculo! ¡señor mío, al crepúsculo!... Así quedó claramente especificado en las condiciones...» ¡Era como para perder la paciencia!...

El otro volvía al plantón. Cada vez gruñía más. Hasta tuvimos que cerrar la ventana para poder hablar mejor de nuestros asuntos a solas... ¿Cómo nos las piraríamos?... ¿Hacia adónde? ¿Cuánta pasta quedaba? ¿La de Courtial? ¿y la mía?...

Des Pereires, con su plan de agricultura, su mecánica radioterrestre, ¡iría a costarnos sumas tremendas! Él juraba que no iba a ser demasiado caro... En fin, era una aventura... Había que creer en su palabra... Ya tenía un sitio para ese intento... En el límite de Seine-et-Oise... hacia Beauvaisis... Una ocasión estupenda. Según él... una alquería que nos dejarían por nada... Por lo demás, ya estaba casi de acuerdo con la agencia... ¡Nos había hecho el avión, el muy granuja! ¡Ya nos había pringado en su business! Había telegrafiado... Nos sacó un anuncio, de un periódico: L'Echo du Terroir. Se corría viendo la jeta que poníamos, al escuchar... Estábamos guapos, la gruesa gachí y yo... «Terreno de varias parcelas, expuesto al Sur. Cultivo de hortalizas preferible, pero no obligatorio. Edificios en perfecto estado...», etc...

«¡Ánimo! ¡Ánimo! ¡Caramba! ¿Qué queríais que descubriera? ¿Un hotelito en el Bois de Boulogne?... ¿en Bagatelle?... ¡Haberme avisado!...» ¡Y, sin embargo, era buen negocio!...» En la página de «Propiedad inmobiliaria»... Se frotaba las manos ante las perspectivas... Sabía leer entre líneas... ¡Ahora o nunca!...

El comprador del hotelito, a medida que jalábamos, aumentaba el follón, crispado en la verja... Nos daba auténtica compasión con sus ojos desorbitados... Se le caían sobre las mejillas. Había

aullado tanto, que ya no podía cerrar la boca... Ahora le salían la tira de burbujas... ¡No iba a poder resistir hasta las seis!... ¡Era una codicia atroz!... «¡Piedad! ¡Piedad!» suplicaba...

Courtial tuvo que acelerar un poco el postre, dar un salto hasta Telégrafos para confirmar su «opción». Dejamos entrar al cliente. ¡Lamía los peldaños de la escalinata, el desgraciado, de agradecimiento!...

La Sra. des Pereires y yo nos dedicamos al equipaje... La recogida de pingos, cacerolas y colchones... ¡Todo lo que no estaba vendido!... ¡Lo que nos llevábamos para la aventura!... Además, yo tenía que hacer aún un reconocimiento, al amparo de las tinieblas, hasta las Arcadas Montpensier... Debía comprobar sobre el terreno si de verdad no podría salvar nada... Si no había modo de recuperar la «multicopista», una máquina tan nueva, ¡nuestro orgullo! tan hermosa, tan indispensable... ¿Y el hornillo «Mirmidor», que funcionaba con aceite?... y tal vez también tres o cuatro docenas de folletos viejos... ¡Sobre todo las cosmogonías en «Alfa»! que tanto apreciaba Courtial... ¡Tal vez no hubieran tenido ocasión, tiempo, los bestias, de destruirlo todo! ¡De mandar a tomar por culo todo!... Tal vez quedara algo bajo los detritos... ¿Y el altímetro en miniatura?... ¡Regalo de América del Sur!... ¡Courtial sentiría mucho que no se hubiera salvado del siniestro!... ¡En fin! ¡Iba a intentarlo!... ¡Así se había decidido!... Sólo, ¡que lo que me hacía mucha menos gracia era que ella quisiese venir también!... ¡No tenía demasiada confianza! ¡Quería comprobar por sí misma!... A la hora de recuperar ¡no quería dejarme solo!... «¡Yo iré con usted, Ferdinand! ¡Yo iré con usted!...» ¡No había visto todo el desastre con sus propios ojos!... ¡Aún conservaba esperanzas!... Tal vez creyera que exagerábamos...

Courtial volvió de Correos. Pasamos a la habitación, la Sra. des Pereires y yo, para vaciar los últimos armarios... Él, a su vez, se dedicaba a forcejear con el otro chorra... ¡que no cesaba de protestar porque violábamos las condiciones!... Casi tuvimos que canearnos para poder recoger nuestra farda y algunas toallas, además... Entrar en posesión lo había vuelto chulito. Volvimos a echarlo afuera, ¡para enseñarle buenos modales! Entonces se puso, el muy borde, a tirar tanto de los barrotes, que derribó toda la verja... Se quedó atrapado dentro... ¡Atrapado como una rata!... ¡Nunca había visto yo contorsiones tan atroces en un hombre! ¡Era un comprador terrible!... Estaba tan dislocado, que ni siquiera notó que la vieja y yo nos dábamos el piro... Cogimos un tren ómnibus...

Al llegar a París, ya era muy tarde... Nos dimos prisa... En las Galeries del Palais no encontramos a nadie... Todas las tiendas de los vecinos estaban cerradas... La nuestra era un simple agujero... una abertura enorme... Una sima cruzada por grandes vigas bamboleantes... Entonces, ¡la vieja se dio cuenta de que era una catástrofe de verdad!... ¡Que no quedaba nada del Génitron! ¡Que no era cachondeo!... Un simple amasijo sucio e infecto... Al asomarse por encima del agujero, se diquelaban bien los detritos... ¡Se podían incluso reconocer grandes trozos de nuestro Alcázar!... ¡El Rincón del Comanditario!... ¡por debajo de la enorme avalancha, del torrente de cartones, basuras!... Y, además, ¡estaba la campana, la monstruosa! ¡La catapulta! Se había hundido de través... entre el maderamen y el sótano... ¡Tapaba incluso toda la grieta!... La tía Courtial, al verla, quiso palpar, de todos modos, pasar por debajo... Estaba convencida de que encontraría algo que salvar... Yo le advertí del peligro que corría así... al tocar... ¡de hacer zozobrar todo el escombro!... ¡que le aplastara la cara todo!... Insistió... Se lanzó en equilibrio sobre la viga suspendida... Yo la sujetaba, de la mano... desde arriba... Canguelaba al verla bambolearse por sobre el abismo... Se había atado las faldas, alzadas hasta la cintura. Guipó un intersticio entre la muralla y la campana... Se coló solita... Desapareció en la negrura... Yo la oía revolver en el fondo del abismo... Entonces la llamé... tenía demasiado canguelo... Había eco como en una gruta... No respondía... Al cabo de media hora tal vez, volvió a aparecer por el orificio... Me pedía ayuda... Por suerte, pude cogerla por las mangas del vestido... La icé con todas mis fuerzas... Salió a la superficie. Estaba hundida en un bloque de basuras... Un paquete enorme... Tiré con fuerza sobre el borde... ¡Era muy pesado!... oponía dura resistencia... Yo veía que ella sostenía algo detrás... ¡Todo un gran jirón del globo!... ¡Toda una pieza del Arquímedes!... ¡Muy ancha! El

aparejo rojo de los «desgarrones»... ¡Bien que la conocía yo, esa ruina!... Yo mismo lo había apalancado entre el contador y el tragaluz. ¡Tenía una memoria excelente, la Sra. des Pereires!... Estaba muy contenta...

«Mira, ¡esto nos servirá!», me decía alegre... «Esto, ¡esto es caucho auténtico! ¡auténtico! ¡no imitación!... No te puedes imaginar lo sólido que es...»

«¡Que sí! ¡Que sí!...» Bien que lo sabía, bastante lo había desollado yo para poner parches en la piel del nuestro... En cualquier caso, pesaba la tira y era voluminoso... Aun plegado al máximo, constituía un paquete tremendo... de la altura y el peso casi de un hombre... No quiso dejarlo allí... Se empeñó en llevárselo...

«Bueno, démonos prisa...», le dije... Estaba cachas, se lo echó a la espalda. Caminaba así... Yo la acompañé a escape hasta la Rue Radziwill... Allí, le dije:

«Vaya delante, señora, ¡pero ahora sin prisas! ¡Vaya despacito!... Deténgase en todas las esquinas. ¡Tenga mucho cuidado con los coches! ¡Sobra tiempo! ¡Yo la sigo!... ¡Me reuniré con usted en la Rue La Fayette! ¡Tengo que pasar porAux Émeutes!... ¡Será mejor que no la vean!... ¡Dejé una llave al camarero!... ¡La llave del desván!... Quiero volver a subir por última vez...»

Era un simple pretexto para volver sobre mis pasos. Quería mirar bajo los soportales a ver si veía a la Violette... Ahora solía parar por la Galerie Coloniale... más allá de la Balanza... Desde lejos, ¡me guipó!... Me dijo: «¡Eh! ¡Eh!...». Se acercó... Me había visto con la vieja... No se había atrevido a acercarse... Conque nos pusimos a hablar en libertad y me contó todos los detalles... Lo que había ocurrido desde nuestra marcha... Desde el momento de la catástrofe... ¡Qué follón! ¡No había cesado ni un minuto!... ¡Hasta a las mujeres había hecho mil preguntas la policía!... ¡Una cháchara que para qué sobre nuestras costumbres!... Si vendíamos mandanga... Si tomábamos por el culo... Si admitíamos apuestas... Si vendíamos pornografía... Si nos visitaban extranjeros... Si teníamos revólveres... Si recibíamos a anarquistas... Las chavalas se habían asustado... ¡Ya ni siquiera se atrevían a volver ante nuestros escombros!... Ahora hacían la carrera en las otras Galeries... ¡Y, además, un canguelo a que les quitaran el carnet!... ¡Las consecuencias para ellas!... Todo el mundo se quejaba... Todos los comerciantes limítrofes iban de culo también... Tenían un cabreo con nosotros, que no veas... Una mala hostia, al parecer... una indignación... ¡una furia! Habían enviado una petición al Prefecto del Sena... ¡Que limpiasen el Palais-Royal!... ¡Que dejara de ser un lugar de perdición! ¡Que ya se resentían sus negocios! Además, ¡no querían verse corrompidos por nosotros, sinvergüenzas de aúpa!... A Violette, que me tenía simpatía, le habría gustado que me quedara... Pero estaba convencida de que, si volvíamos por allí, se armaría un pitote atroz y nos detendrían al instante... ¡Más claro, el agua! ¡No debíamos insistir!... ¡Largarnos!... ¡que no nos volvieran a ver!... ¡No había que jugar con fuego!... ¡Así opinaba yo también!... ¡Guillárselas y se acabó! Pero yo, ¿qué iba a hacer? ¿Trabajar en qué? Eso le preocupaba un poquito... ¡No podía decirle gran cosa!... Yo mismo no lo sabía... Seguro que en el campo... Entonces, al oírme, le pareció, en seguida, que podría venir a verme... ¡sobre todo si volvía a caer enferma!... ¡Le ocurría de vez en cuando! Todas las veces, tenía que marcharse por dos o tres semanas, no sólo por la enfermedad, sino también por los pulmones... Había escupido sangre... En el campo dejaba de toser... Era lo que se dice fenómeno... Ganaba un kilo al día... Quedamos así... de acuerdo los dos... Pero yo debía escribirle, el primero a la lista de correos... Las circunstancias no me lo permitieron... Tuvimos tales tropiezos... que no pude cumplir mi palabra... Dejaba siempre la carta para la semana siguiente... Hasta varios años después no volví a pasar por el Palais... Era durante la guerra... No la encontré con las otras... Pregunté a todas... Ni siquiera su nombre, Violette... les decía nada... Nadie la recordaba... Eran nuevas, todas...

Así, que aquella noche nos separamos aprisa y corriendo. Hay que reconocerlo... ¡Tenía que espabilarme!... Quería acercarme aún hasta el Passage Bérésina, para decir a mis viejos que me largaba a provincias con los Pereires... que no se pusieran a hacer chorradas... a seguirme la pista con

la pasma...

Mi madre, cuando llegué, aún estaba abajo, en la tienda, remendando sus baratijas, volvía de pasear su surtido, por Ternes... Bajó mi padre... Nos había oído hablar... Yo no lo había vuelto a ver desde hacía dos años. Con lo absolutamente lívidas que pone las caras el gas, pues él ya, una palidez, ¡espantosa, vamos!... Por la sorpresa tal vez, se puso a tartamudear tanto, que tuvo que callarse... ¡Ya es que no podía decir una palabra!... Tampoco comprendía... lo que yo me esforzaba en explicar. Que me iba al campo... No era que opusiese resistencia... ¡No!... ¡Les parecía bien cualquier cosa! Con tal de que no volviese a estar «boqueras»... ¡a su cargo otra vez!... ¡Que me las arreglara aquí! ¡en otro lado! ¡como fuera! ¡Se la traía floja!... en Ile-de-France o en el Congo... ¡No les preocupaba lo más mínimo!

¡Parecía perdido, mi papá, en su ropa vieja! Los alares sobre todo, ¡ya es que no se sostenían en nada!... Había adelgazado tanto, con la jeta toda apergaminada, que la funda de su enorme gorra le flotaba en la chola... se le caía por entre los ojos... Me miraba por debajo... No entendía el sentido de las frases... Ya podía repetirle que me parecía tener porvenir en la agricultura... «¡Ah! ¡Ah!», me respondía... ¡No estaba sorprendido siquiera!...

«Oye, mira... ¡fíjate, Clémence!... he tenido mucho dolor de cabeza... Esta tarde... Y, sin embargo, es extraño... no ha hecho calor...»

Eso lo dejaba aún muy pensativo... No pensaba sino en sus enfermedades... ¡Ya no podía interesarle que yo me quedara o me marchase!... ¡por aquí o por allá! Bastante aplanado estaba... sobre todo desde su grave fracaso en laConnivence-Incendie... Ya es que no podía dejar de rumiar... Un golpe espantoso... En la oficina, en la Coccinelle, seguía sufriendo... ¡Ya es que no cesaban las heridas del amor propio!... ¡La tira, vamos!... Sufría tales miserias, que algunas semanas ni siquiera se afeitaba... Estaba demasiado quebrantado... Se negaba a cambiarse de camisa...

Cuando llegué, aún no habían jalado... Ella me explicó los tiempos difíciles, los azares de la tienda... Estaba poniendo la mesa. Cojeaba un poco diferente, tal vez un poquito menos incluso... Sin embargo, padecía mucho, pero ahora sobre todo por la pierna izquierda. Ya es que cesaba de resoplar, de hacer ruidos con la boca... en cuanto se sentaba a adormecer un poco el dolor... Él acababa de volver de sus recados, de hacer algunas entregas... Estaba muy debilitado. Transpiraba cada vez más... Se instaló también él... Ya no hablaba, no eructaba... Comía simplemente, con extrema lentitud... Puerros... De vez en cuando, con un sobresalto, volvía un poco a la vida... Dos veces sólo, a decir verdad, mientras estuve allí... Le salía en forma de gruñidos... insultos en el fondo del plato, roncos... sordos...: «¡La madre de Dios! ¡La puta madre de Dios!...». Volvía a piarlas otra vez... Se levantaba... Abandonaba la mesa, ¡se iba así, vacilando!... hasta el pequeño tabique que separaba de la cocina... ¡el fino como una monda!... Daba dos, tres golpes... Y no podía más... Retrocedía hacia atrás... Se desplomaba sobre su taburete... con los ojos clavados en las baldosas... debajo de él... con los brazos caídos... Mi madre le volvía a poner la gorra despacio... derechita... Me hacía señas para que no lo mirara... Ya estaba acostumbrada. En realidad, ya no podía molestarle... Ni siquiera se daba cuenta bien... Estaba demasiado absorto en sus desgracias de la oficina... Le acaparaban la chola... Desde hacía dos, tres meses, ya no dormía sino una hora por la noche... Tenía la cabeza atada con toda la inquietud... como un paquete... el resto ya no le incumbía... Hasta los asuntos del comercio se la traían floja ahora... Ya no quería ni oír hablar... A mi madre, eso le venía bien... Yo ya no sabía qué decir, la verdad... Me sentía como con un panadizo, ¡no me atrevía a moverme! Intenté, de todos modos, contar un poco mis historias... Las aventurillas... ¡No toda la realidad!... sólo cosas para distraerlos, ¡pamplinas inocentes para disipar el apuro!... Entonces, ¡me pusieron una jeta! ¡Sólo de oírme bromear!... ¡Surtía justo el efecto contrario!... ¡Ah! ¡joder! ¡Estaba hasta los huevos yo!... ¡Echaba chispas también entonces!... ¡Yo también, joder, a fin de cuentas!... ¡Las pasaba pero es que canutas! ¡Yo también había recibido para el pelo! ¡igualito!... ¡No venía a mendigarles! ¡Ni parné! ¡ni papeo!...

¡No les pedía nada en absoluto!... Sólo, ¡que no quería ponerme a suspirar como un gilipuertas!... ¡Porque no lloraba en las tazas!... no me tragaba sus penas... ¡No venía a que me consolaran!... Ni a marcarme jeremiadas, en una palabra... Venía sólo a decir «adiós»... ¡Joder! ¡Y se acabó!... Podían haberse alegrado...

En cierto momento, dije así, en broma:

«¡Os enviaré del campo semillas de enredadera!... ¡En el tercero crecerá bien!... ¡trepará por la vidriera!...»

Decía mi opinión...

«¡Ah! ¡Cómo se ve que tú no das golpe! ¡no te matas! ¡No te haces trozos! ¡para afrontar las obligaciones! ¡Ah! es muy bonito no tener que preocuparse...

¡Ah! ¡la leche! sólo había para ellos, angustias, marasmos pruebas horribles. ¡Las mías no existían en comparación!... Era pura y simple culpa mía, ¡si me metía en líos!... siempre según ellos, los cabrones... ¡Una astucia puñetera! ¡Joder y requetejoder! ¡Qué jeta! ¡Qué vergüenza! Mientras que ellos, ¡ellos eran víctimas!... ¡Inocentes! ¡mártires siempre! ¡No había comparación!... ¡No debía equivocarme con mi dichosa juventud!... ¡Y descarriarme para siempre!... ¡Yo era quien debía escuchar! ¡Yo quien debía tomar ejemplo!... Siempre... ¡El menda! ¡El menda lerenda! ¡Claro está!... Sólo de observarme así, en la mesa, ante las judías (después había gruyère), todo el pasado se presentaba de nuevo ante mi mamá... Le costaba retener las lágrimas, le temblaba la voz... Y después, ¡prefería callarse!... Era un auténtico sacrificio... Yo habría pedido con gusto perdón, ¡por todas mis faltas, mis caprichos, mis increíbles sinvergonzonerías, mis fechorías calamitosas!... ¡Si hubiese bastado para que se tranquilizara!... ¡Si fuera la única causa para que se pusiese a gemir otra vez!... ¡Si fuera el único motivo que le partía el corazón!... ¡Le habría pedido perdón con gusto!... ¡Y después me habría dado el piro en seguida!... Para acabar, ¡no habría vacilado en confesar que tenía una potra inaudita! ¡Una suerte increíble! ¡que era un mimado de la fortuna!... ¡Que pasaba el tiempo de cachondeo!... ¡Bien! Habría dicho cualquier cosa para que acabáramos de una vez... Yo ya miraba la puerta... Pero ella me hacía señas para que me quedara... Él se subió a su cuarto... No se sentía nada bien... Se aferraba a la barandilla... Tardó al menos cinco minutos en llegar al tercero... Y después una vez solos así, ella volvió a la carga con las condolencias... Me dio todos los detalles... ¡Cómo se las arreglaba ahora para llegar a fin de mes!... Su nuevo currelo... Que si salía todas las mañanas, para una casa de pasamanerías... que si en tres meses se había hecho casi doscientos francos de comisión... Por la tarde se hacía las curas; se quedaba en la tienda con la pierna sobre una silla... Ya no quería volver a ver al Capron... ¡Sólo le hablaba de inmovilidad!... Pero, ¡tenía que moverse! Era su única razón de ser... Prefería tratarse ella misma con el método Raspail... Había comprado el libro... Conocía todas las tisanas... todas las mezclas... las infusiones... Y, además, un aceite de reseda para darse masajes en la pierna por la noche... Le salían forúnculos, de todos modos, pero el dolor y la hinchazón eran soportables. Tardaban muy poco en reventar. Podía andar con ellos... ¡Eso era lo principal!... Me enseñó toda la pierna... La carne estaba toda plegada, como enrollada en torno a un bastón, a partir de la rodilla... y amarillenta... con gruesas costras y puntos en que supuraba... «En cuanto revienta, ¡ya no se siente nada!... En seguida alivia, mejora... pero antes sí que es terrible, ¡cuando aún está violeta! ¡cuando sigue cerrado!... ¡Menos mal que tengo la cataplasma!... ¡No sé qué haría sin ella!... ¡Me ayuda, que no te puedes imaginar!... Si no, ¡estaría inválida!...» Y después volvió a hablarme de Auguste... de cómo se consumía... que ya no podía dominar los nervios... de sus terrores nocturnos... Su miedo a la expulsión... era el más terrible de todos... se despertaba presa del pánico... Se levantaba de la cama de un salto... «¡Socorro! ¡Socorro!», aullaba... y la última vez había sido tan intenso, que toda la gente del Passage se había sobresaltado... ¡Habían creído enteramente que era otra pelea!... ¡Que yo había vuelto a estrangularlo! ¡Acudieron todos corriendo! Una vez en trance, mi papá ya no sabía lo que hacía... Hacía falta Dios y ayuda para que se volviera a meter en la piltra... Después

habían tenido que aplicarle toallas heladas en la cabeza durante varias horas... Desde que le daban esos ataques... cada vez más agotadores... ¡Era un tormento infernal!... Ya no salía de la pesadilla... Y no sabía lo que decía... No reconocía a las personas... Confundía a los vecinos... Tenía mucho miedo a los coches... Muchas veces por la mañana, después de pasar la noche sin pegar ojo, ella lo llevaba hasta la puerta de las Assurances... en el 34 de la Rue Trévise... Pero no acababa ahí la cosa... Aún debía entrar a preguntar al portero si había alguna novedad, si sabía algo... de mi padre... Si lo despedirían... Él ya no distinguía, pero nada, lo verdadero de lo imaginario... Si no hubiese sido por ella, ¡absolutamente seguro!... ¡no habría vuelto nunca!... Pero es que entonces se habría vuelto majara... completamente chalado de desesperación... No podía caber la menor duda... Había que hacer equilibrios terribles para que no se hundiese del todo... Ella era la que bailaba en la cuerda floja... No había tiempo que perder para levantarle la moral... Y luego es que el papeo, además, ¡no caía del cielo!... tenía que pinrelear... con las pasamanerías... por París... para pescar clientes volando... Aun así, encontraba forma de abrir la tienda... unas horas por la tarde... Que vegetara en el Passage, pero, ¡que no zozobrase del todo!... Y por la noche, ¡vuelta a empezar! Para que no le vinieran más angustias, no aumentasen sus terrores... ponía sobre una mesa, en el centro de la habitación, una lamparita a media luz. Y luego, además, para que pudiera tal vez dormirse un poquito más rápido, le tapaba los dos oídos con dos taponcitos de guata empapados en vaselina... Al menor ruido se sobresaltaba... En cuanto empezaba el pinrelear por el Passage... Bien temprano con el lechero... Resonaba muchísimo por la vidriera... Así, con tapones, le iba un poquito mejor, de todos modos... Lo decía él mismo...

Mi madre sufría, claro está, como se puede comprender fácilmente, un aumento enorme de la fatiga al tener que sostenerlo constantemente, a mi padre, día y noche... En la brecha sin cesar... Levantarle el ánimo... ¡defenderlo contra las obsesiones! ¡Pues bien! ¡no se quejaba apenas! ¡Si no hubiera sido un cabrón, yo! ¡si hubiese aparentado arrepentirme!... Darme cuenta bien de todos mis vicios... de mi ingratitud tan chunga... la habría consolado... ¡Era evidente, vamos!... Se habría tranquilizado un poco... Se habría dicho: «¡Hombre! hijito, aún tienes posibilidades... ¡aún hay esperanzas!... ¡Su corazón no es sólo de piedra! ¡No está tan corrompido, tan absolutamente irremediable!... Tal vez pueda salir adelante...» Era una lucecita en su angustia... Un consuelo adorable... Pero yo no estaba dispuesto ni mucho menos... Ya podía haberlo intentado, que no habría podido soltarlo... Nunca... Claro, que me daba pena... Claro, ¡que la veía desgraciada! ¡Era más que evidente, de hecho! Pero, ¡no me iba a poner a chamullar mi pena ante nadie!... ¡Y, desde luego, ante ella, no!... Y bueno, además es que... qué caramba... Cuando yo era pequeño en su queli... y no comprendía nada de nada... ¡Quién recibía para el pelo? ¡No sólo era ella!... ¡Yo también!... ¡Yo siempre!... Y ella me endiñaba con ganas... ¡Menudo si había cobrado, yo!... ¡la juventud! ¡Una mierda!... Ella siempre se había sacrificado lo suyo, había que reconocerlo... ¡Bien! ¡Vale!... Me ponía enfermo, al recordar todo aquello, ahí, tan fuerte... ¡Y qué leche! ¡Era culpa suya también! ¡Yo solo nunca me ponía a recordarlo!... Me resultaba aún más siniestro... que todas las demás guarrerías... ¡No valía la pena en absoluto que intentara decirle algo!... ¡Ella me miraba muy afligida, como si acabara de pegarle! ¡Más valía que me diera el piro!... Íbamos a ponernos verdes otra vez... Y eso que yo la dejaba explayarse... yo no abría la boca... Bien que podía darle a la lengua, ¡era libre!... Y se infló... ¡Me largó una de consejos!... Todos los discursos edificantes, ¡tuve que oírlos otra vez!... ¡Todo lo indispensable para levantarme el ánimo!... ¡Para que no cediera más a mis instintos! ¡para imitar, aprovechar bien los buenos ejemplos!... Veía que yo me contenía, que no quería responderle... Entonces cambió de método... Le dio miedo irritarme, me lo dijo con mimos... Fue hasta el aparador, a buscarme un frasco de jarabe... Era para mí, para que me lo llevara al campo... ya que me iba... Y también otra botella de un elixir fortificante... ¡Volvió a mencionar mi terrible hábito de comer demasiado deprisa!... que si me iba a destruir el estómago... Y, por último, me preguntó si necesitaba dinero... para mi viaje o para otra cosa: «¡No! ¡No! ¡No!», respondí... «¡Tenemos todo lo que

necesitamos!...» Le enseñé incluso el capital... Lo tenía todo en billetes de cien francos... ¿Y qué más?... Para acabar, prometí escribir, tenerlos bien informados... de cómo fuera nuestra explotación... Ella no entendía palabras así... Era un mundo desconocido... ¡Confiaba en mi patrón!... Yo estaba junto a la escalera, me levanté, me volví a atar el petate...

«Tal vez sería mejor, después de todo, que no despertáramos ahora a tu padre... ¿Eh?... ¿Qué te parece?... Tal vez esté durmiendo... ¿No crees?... Ya has visto... cómo lo trastorna la menor emoción... Al ver que te marchas, ¡temo que se conmueva otra vez!... ¿No te parece más prudente?... ¡Te imaginas que me diera otro acceso! ¡Como el que tuvo hace tres semanas!... ¡No podría conseguir que se durmiera nunca más!... ¡Haría cualquier cosa para evitarlo!...» Ésa era también, ¡ya lo creo!, mi opinión... Me pareció de lo más razonable... largarme a la chita callando... aprovechar el viento a favor... Nos susurramos «adiós»... Aún me daba consejos sobre la ropa interior... No escuché el resto... Salí de naja por el Passage... y después por la calle a la carrera... Jalaba con avaricia... ¡Llevaba retraso! ¡mucho incluso!... Era justo medianoche en la esfera del Lyonnais... Courtial y su gruesa gachí me esperaban desde hacía sus buenas dos horas ante la iglesia de Saint-Vincent-de-Paul... ¡con el carro de mano!... ¡Subí la Rue d’Hauteville a toda leche!... Desde muy lejos los divisé bajo un farol de gas... Era una auténtica mudanza... ¡Él lo había transportado todo! ¡Había sudado la tira!... ¡Debía de haber vaciado la queli, pesara a quien pesase!... ¡Debía de haberse cargado al pureta! (¡en broma!)... ¡El carricoche se hundía, con el peso de tantos cachivaches!... ¡La dinamo y el motor bajo los colchones y las fardas!... Los visillos dobles, ¡la cocina entera!... ¡Había recuperado al máximo!... ¡Había que felicitarlo! Se había puesto una levita, otra, que yo no conocía... ¿Dónde la habría encontrado?... ¡Gris perla!... ¡Se lo comenté!... ¡Era de su juventud! Había levantado los faldones con alfileres. La vieja ya no llevaba el sombrero, «¡la hortensia con cerezas!» Ahora iba montado en la cima del coche... ¡Para que no se estropeara!... En su lugar se había puesto un chal andaluz muy bonito, enteramente bordado, ¡colores brillantes!... Quedaba bien bajo el reverbero... Me explicó en seguida que para hacer viajes largos era de verdad lo más práctico... que preservaba bien los cabellos.

Entonces, reunidos por fin, tras consultar un horario viejo, nos pusimos en marcha despacito... Yo estaba feliz, ¡lo reconozco!... ¡La Rue La Fayette era empinada!... ¡sobre todo a partir de la iglesia y hasta la esquina de la farmacia!... No podíamos dormirnos... El propio Pereires tiraba del carro... Nosotros, la purí y yo, empujábamos por detrás... «¡Andando!... ¡Duro ahí!... ¡Vamos ya! Ánimo...» Sólo, ¡que llevábamos demasiado retraso!... ¡Perdimos el tren, de todos modos!... ¡Y por mi culpa!... ¡Ahora ya no era el de las «doce cuarenta»!... ¡Sino el de las «dos y doce»!... ¡El «primero» del día!... Para ése ¡llegábamos con mucho adelanto!... ¡cincuenta minutos casi!... Tuvimos tiempo de sobra para desmontar la tartana... Era plegable, reversible... ¡y trasladar todos los bártulos!... ¡una vez más!... al furgón de cola. Y nos sobró tiempo además, para marcarnos dos cafelitos con leche, un mazagrán, un «desayuno», ¡sucesivamente! ¡En la hermosa «Estación Término»!... Éramos terribles los tres, tocante a café... ¡Aficionados como nadie!... Y yo me encargaba de la caja.

Nos apeamos en Persant-la-Rivière... El pueblo se presentaba agradable, entre dos colinas y bosques... Un castillo con torrecillas para coronar el panorama... La presa, bajo las casas, hacía un estrépito majestuoso... Era, en una palabra, muy mono... Peor podíamos haber elegido, ¡incluso para vacaciones!... Se lo comenté al vejestorio... Pero no estaba para eso... Nos esperaba un currelo de la hostia para mover el material, sacar el motor del furgón... Tuvimos que pedir ayuda...

El jefe de estación contemplaba nuestros trastos. Creyó que éramos «verbeneros»... ¡que llegábamos para la fiesta!... ¡a ofrecer sesiones de cine!... Nos juzgaba por la pinta... Para la fiesta, ¡teníamos que volver el año próximo!... ¡Había acabado hacía quince días!... ¡Des Pereires no quiso que permaneciera así, en el error! ¡Ilustró en seguida a ese zoquete!... Lo puso bien al corriente de todos nuestros proyectos... ¡Quería hablar con el notario! ¡Y acto seguido!... ¡No se trataba de una

broma! ¡sino de una «revolución agrícola»!... Rápidamente un montón de catetos vino a curiosear en nuestros trastos... Se agrupaban en torno al toldo... Hacían mil cavilaciones sobre nuestros utensilios. ¡No podíamos empujar todo los tres solos por la carretera!... ¡Era demasiado pesado!... ¡Lo habíamos visto en la Rue La Fayette!... Era demasiado lejos, además, nuestro pueblo agrícola... ¡Necesitábamos por lo menos un caballo!... ¡Opusieron mucha inercia en seguida, los paletos!... Por fin, ¡pudimos partir!...

Nuestra gruesa gachí, una vez instalada en el asiento, ¡encendió una buena pipa!... En el público, ¡había quienes apostaban que era también un hombre vestido de mujer!...

Para llegar a nuestra finca, en Blême-le-Petit, ¡faltaban aún once kilómetros! ¡y con numerosas cuestas!... Nos advirtieron en Persant... Des Pereires ya se había documentado cuidadosamente aquí y allá, entre los corrillos... No había tardado en firmar todos sus papeles... Había achuchado al notario... Ahora examinaba la verde campiña desde lo alto del coche... Llevamos con nosotros a un campesino... Con el mapa extendido sobre las rodillas, Courtial no cesó de charlar en todo el trayecto... Comentaba cada relieve, cada ondulación del terreno... Buscaba hasta los arroyos más pequeños... de lejos, con la mano a modo de visera... No siempre los encontraba... Nos dio toda una conferencia, que duró al menos sus dos buenas horas, entre tumbos, sobre las posibilidades, los retrasos, del desarrollo, los progresos y debilidades agronómicas de una región cuya «infraestructura metalogeodésica» no acababa de gustarle... ¡Ah! ¡eso!... ¡Lo dijo en seguida! ¡en varias ocasiones!... ¡No se iba a lanzar sin análisis previos!... Hacía un tiempo magnífico.

Las cosas en Blême-le-Petit no eran en absoluto como había anunciado el notario. Tardamos dos días enteros en advertirlo...

La alquería estaba muy deteriorada... ¡Ya lo decían los papeles! El viejo que la había llevado el último acababa de morir dos meses atrás y nadie de la familia había querido substituirlo... Nadie quería saber nada del terreno, ni de la queli, ni del caserío siquiera, al parecer... Entramos en otras chozas un poco más lejos... Llamamos a todas las puertas... Entramos en los graneros... Ya es que no había señales de vida... Por fin, junto al abrevadero descubrimos, en el fondo de una especie de sobradillo, a dos viejos catetos, tan viejos, que ya no podían salir de su cuarto... Se habían quedado casi ciegos... y sordos, pero como tapias... No paraban de mearse uno en el otro... Ésa parecía ser su única distracción... Intentamos hablarles... No sabían qué respondernos... Nos hacían señas de que nos marcháramos... que los dejásemos tranquilos... Habían perdido la costumbre de que los visitaran... Les dábamos miedo.

¡No me pareció, a mí, buen presagio aquello!... Aquel caserío vacío... Aquellas puertas siempre entornadas... Aquellos viejos que no querían saber nada con nosotros... Aquellos búhos por todos lados...

A él, des Pereires, al contrario, ¡todo le parecía perfecto!... Se sentía muy revigorizado por el aire puro del campo... Lo primero que quiso hacer en seguida fue vestirse decentemente... Como había perdido su jipijapa, tuvo que coger uno de su cielito... Uno de paja flexible inmenso, con barboquejo... Conservó la levita, la hermosa gris... más camisa suelta y chalina y, además, ¡zuecos!... (que nunca soportó bien)... De las largas marchas por los campos, volvía siempre descalzo... Y para parecer «labriego» de verdad, no abandonada su «pala»... La llevaba alegre sobre el hombro derecho. Íbamos así, todas las tardes, a examinar los terrenos yermos, a buscar un emplazamiento adecuado para la siembra de los rábanos.

La Sra. des Pereires, por su parte, se ocupaba de sus cosas... Se chupaba los recados, arreglaba la queli... por último, y sobre todo, se marcaba el mercado de Persant dos veces a la semana. Nos preparaba el papeo... Arreglaba los enseres para hacerlo un poco habitable... Sin ella no habríamos

podido jalar, pues, ¡era un lío tremendo cocinar en el hogar!... ¡lo que había que encender para hacerse una simple tortilla! ¡la de tizones! ¡la de brasas!... ¡Te quitaba el apetito!...

Des Pereires y yo no nos levantábamos demasiado temprano, ¡hay que reconocerlo!... ¡Sólo por eso ya las piaba ella!... ¡Quería siempre que nos espabiláramos! ¡Que hiciésemos algo útil!... Pero en cuanto habíamos salido... se nos quitaban las ganas de volver... Le entraban cóleras por otros motivos... Se preguntaba, la pobre purí, qué cojones hacíamos tanto tiempo fuera... A des Pereires le gustaban mucho nuestras largas excursiones... Todos los días descubría nuevos aspectos de la comarca... y, gracias al mapa, resultaba la mar de instructivo... Por las tardes, en un rincón del bosque... en un talud... nos apalancábamos cómodamente... en cuanto hacía un poco de calor... Nos llevábamos botellas de cerveza... Pereires podía meditar... Yo no le molestaba apenas... A veces yo dormitaba... Él hablaba solo... Con la pala en la tierra, clavada a nuestro lado... El tiempo pasaba agradable... Era un cambio real... la tranquilidad... ¡la paz de los boscajes!... Pero el parné bien que se las piraba... Ahora era ella la que se inquietaba... Volvía a hacer las cuentas todas las noches.

Tocante a vestido, en seguida me puse a tono... Poco a poco, la tierra te va atrapando... Olvidas las contingencias... Acabé preparándome un conjunto sólido con calzón de ciclista y un abrigo de entretiempo, cuyos faldones había cortado hasta la mitad y el resto me lo entremetía en los alares, los bombachos... un poco caluroso, pero cómodo... Así, me reconocían desde muy lejos... Todo ello realzado con cordeles... sustentáculos ingeniosos. La gruesa gachí nos dio la razón, se puso pantalones, también, como un hombre... ya no tenía falda que ponerse. Le parecía mucho más práctico... Se iba así al mercado. Los chavales de la escuela la esperaban a la entrada de la villa. La provocaban, la bombardeaban con excrementos, culos de botellas y pedruscos... ¡La cosa acababa en pelea!... ¡No se dejaba mojar la oreja!... Intervinieron los gendarmes... ¡Le pidieron la documentación!... ¡Se lo tomó con mucha altivez! «¡Yo soy una mujer decente! ¿saben ustedes?», respondió... «¡Pueden seguirme!...» No quisieron.

¡Hizo un verano espléndido de verdad!... ¡Era como para creer que nunca veríamos el final!... Incita a gandulear, el calor... Des Pereires y yo, después de que se tomara su copa tras el café, tomábamos las de Villadiego... y después, toda la tarde, nos íbamos a la buena de Dios, por barbechos y surcos. Si encontrábamos a un paleto... «¡Muy buenas!», le decíamos educados... ¡Llevábamos una vida muy agradable!... Nos recordaba a los dos los bellos días de nuestras ascensiones... Pero no había que hablar nunca de nuestros sinsabores estratosféricos delante de la Sra. des Pereires... ¡Ni del Animoso!... ¡Ni del Arquímedes!... O, si no, se deshacía en lágrimas... No podía contener su dolor... Nos ponía verdes... Hablábamos más bien de esto o lo otro... ¡No había que volver sobre el pasado!... Había que andarse con ojo respecto al porvenir... Evocarlo con la máxima prudencia... También el porvenir es delicado... El nuestro era incierto... No se perfilaba con demasiada claridad... Courtial seguía vacilando... Prefería esperar aún y no lanzarse hasta estar seguro... Entre cada meditación, durante nuestros vagabundeos de por las tardes, daba aquí y allá paletadas de prospección... Se agachaba a examinar, sopesar, escrutar la tierra recién movida... La apretaba, la reducía a polvo... Se la filtraba por los dedos, como si quisiera retener oro... Por último, se sacudía las manos, soplaba muy fuerte... ¡Se volaba!... ¡Ponía mala cara!... «¡Psss! ¡Psss! ¡Psss!... ¡No vale gran cosa este terreno, Ferdinand! ¡No es rico! ¡Hum! ¡Hum! ¡Qué miedo siento por los rábanos! ¡Hum! ¿Para alcachofas tal vez?... ¿Siquiera?... ¡Ni siquiera!... ¡Huy, huy, huy! ¡Está muy cargado de magnesio!...» Nos marchábamos sin llegar a una conclusión.

En la mesa, su mujer nos preguntaba por enésima vez cuál iba a ser la legumbre... Si la habíamos elegido por fin... Que ya era hora... Ella proponía las judías... ¡poco discreta, la verdad!... ¡Se sobresaltaba, Courtial, al oír cosa semejante!...

«¡Judías?... ¡Judías?... ¿Aquí?... ¿En estas fallas?... ¿oyes, Ferdinand?... ¿Judías? ¡en un terreno sin manganeso! ¿Y por qué no guisantes?... ¿Eh?... ¡berenjenas! ¡ya que estás!... ¡Es el colmo!...» ¡Estaba indignado!... «¡Fideos! ¡te lo digo yo!... ¡Trufas!... ¡Hombre! ¡trufas!...»

Se paseaba un buen rato por el cuarto... gruñendo como un oso... Le duraba horas enteras, la irritación que le provocaba cualquier propuesta insólita... ¡Era inflexible al respecto! ¡La libre elección! ¡la selección científica!... Ella se iba a acostar sola, en su trastero sin ventana, una especie de recámara, que se había arreglado contra las traidoras corrientes de aire... entre la trilladora y la artesa... La oíamos sollozar al otro lado del tabique... Era duro con ella...

No se puede decir que le faltara, a ella, valor ni perseverancia nunca, ¡eso desde luego!... ¡ni abnegación!... ¡Ni un solo día! para acomodar aquella vieja queli, ¡hizo prodigios!... No cesaba de currar... Ya nada funcionaba... nada carburaba... ni la bomba, ni el molino que debía subir el agua... El hogar se desplomaba sobre el papeo... Tuvo que poner masilla en todas las rendijas de los tabiques, tapó ella misma todos los agujeros... todas las grietas de la chimenea... arregló los postigos, volvió a colocar tejas, pizarras... Trepaba por todos los canalones... Pero, aun así, a la primera tormenta hubo muchas goteras... por los agujeros del techo... Debajo poníamos cubiletes... uno para cada reguero... Entre reformas y transformaciones, se chupaba currelos de verdad, ¡y no sólo chapucillas!... Así, substituyó los enormes goznes del portón, el grande y «rústico»... La ebanistería... la cerrajería... nada la asustaba... Se volvía muy mañosa... Parecía una artesana... Y, además, es que, claro está, se encargaba de toda la limpieza y de la jalandria... Lo decía ella misma, ninguna empresa la asustaba, ¡excepto la colada!... De eso cada vez menos... Teníamos el ajuar «mínimo»... Camisas poquísimas... y zapatos ya ni uno...

Con las grietas de las gruesas paredes, había patinado un poco, ¡la había pifiado con el yeso!... Des Pereires lo criticaba, le habría gustado que volviéramos a empezar... sólo, ¡que teníamos otras cosas que hacer!... Gracias a ella, en una palabra, aquel cubil carcomido adquirió un poco de consistencia... en fin, más o menos... Era pura ruina, de todos modos... hiciéramos lo que hiciésemos para restaurarlo, se hacía polvo...

Ya podía hacer heroicidades, que su operación de ovarios la molestaba cada vez más, a nuestra pobre purí... ¿Tal vez por tan tremendos esfuerzos?... Transpiraba a cascadas... Le chorreaba por los bigotes... con las tufaradas congestivas... Por la noche tenía los nervios tan de punta, estaba tan harta de esperar... que a la menor palabra atravesada... ¡Tarabum!... ¡La borrasca! ¡Una furia intensa!... Cabreada como una mona, esperaba... explotaba por menos de nada... Ya es que era una bronca inacabable...

¡Lo que sobre todo había que procurar era no hacer la menor alusión a las hermosas historias de Montretout!... Se le habían quedado atragantadas... La carcomían como un tumor. En cuanto se nos escapaba una palabra, nos ponía verdes, ¡decía que era una conspiración!... Nos llamaba gorrones, gallinas, vampiros... ¡Había que acostarla a la fuerza!...

Lo difícil para des Pereires seguía siendo decidirse sobre la dichosa hortaliza... Había que encontrar otra cosa... Ahora dudábamos de los rábanos... ¿Qué hortaliza adoptaríamos?... ¿Cuál sería apropiada para el radiotelurismo?... ¿Para decuplicar su tamaño?... Y, además, ¡la elección del terreno!... ¡No era una menudencia!... Investigaciones minuciosas... Ya habíamos dado paletadas de exploración en todas las parcelas del lugar, ¡a quince kilómetros a la redonda!... Conque no nos íbamos a lanzar al buen tuntún... ¡Reflexionábamos! Y listo...

En dirección opuesta a Persant, es decir, al Sur, durante nuestras prospecciones, un buen día nos encontramos con un pueblo muy agradable, acogedor de verdad... ¡Saligons-en-Mesloir!... Era bastante lejos a pie... A dos buenas horas por lo menos de Blême-le-Petit... Al vejestorio nunca se le ocurriría ir a acosarnos en aquel escondite... La tierra en torno a Mesloir, según descubrió Courtial en

seguida, era mucho más rica que la nuestra en contenido «radiometálico» y, por consiguiente, según sus cálculos, infinitamente más fértil y explotable al instante... ¡Volvimos a estudiarla casi todas las tardes!... ¡Lo mejor de aquel mantillo era su contenido «cadmio-potásico»! ¡su calcio particular!... Al tacto, al olfato sobre todo, se advertía... Lo notaba en seguida des Pereires; al parecer, era simplemente prodigioso en contenido... Al volverlo a pensar, ¡llegaba a preguntarse si no sería demasiado rico incluso para catalizar el «telurismo»!... Si no se alcanzarían tal vez concentraciones tan fuertes, ¡que reventaran nuestras legumbres!... ¡Ah! ¡si no haríamos estallar su pulpa!... Ése era el peligro, el único punto crítico... Lo presentía... Habría habido entonces que renunciar a los pequeños primores, en aquel terreno demasiado rico, la verdad... Elegir algo grosero y vulgarmente resistente... La calabaza, por ejemplo... Pero, ¿y las salidas, entonces?... ¿Una sola calabaza por ciudad?... ¿Una monumental?... ¡El mercado no absorbería todo!... ¡Era el momento de la concertación! La acción es siempre así.

En aquella aldehuela de Saligons, los bares servían sobre todo sidra... ¡Y que no olía a orina! ¡cosa rarísima, hay que reconocerlo, en pleno campo! Se subía un poco a la cabeza, sobre todo la espumosa... Nos habíamos puesto a beber de lo lindo... ¡durante nuestras giras de prospección! En La Grosse Boule... la única venta del lugar... Cada vez volvíamos más a menudo... estaba en el centro, justo delante del mercado de ganado... La charla de los catetos nos informaba sobre los usos...

Des Pereires se tiró de un salto sobre el Paris-Sport... Hacía mucho que sufría la privación... Como hablaba con todo el mundo... A cambio de los consejos... de las informaciones sobre el ganado... les dio a conocer algunos trucos excelentes, infinitamente ingeniosos, para jugar en Vincennes... aun a mucha distancia... Entablaba relaciones muy interesantes... Allí paraban los ganaderos... Yo lo dejaba charlar... La chacha me molaba cantidad... Tenía el culo casi cuadrado, de tan musculoso. Los achucháis, también, era increíble lo duros que estaban... Cuanto más los apretabas, más se tensaban... Una defensa terrible... Nunca le habían comido el bollo... Yo le enseñé de todo... lo que sabía... ¡Fue un caso de magnetismo! Quería dejar su trabajo, ¡venirse con nosotros a la alquería! Con la tía des Pereires no habría sido posible... Sobre todo porque ahora la vieja estaba un poco mosca... Le parecía que íbamos mucho por ese Mesloir... Temía que le pusiera los cuernos... Nos hacía unas preguntas muy raras... Nos ponía muy violentos... Cada vez creía menos en la prospección de las legumbres... Buscaba tres pies al gato... El verano ya estaba bastante avanzado... pronto vendría la época de la cosecha... ¡La leche!...

En La Grosse Boule los campesinos cambiaban rápidamente, se estaban volviendo muy extraños... Entre dos chatos, se apresuraban a leer Paris-Courses... Des Pereires se espabilaba... Expedía las pequeñas apuestas... no más de un pavo por barba... en un sobre, a su viejo tronqui... ¡hasta cincuenta francos como máximo!... ¡No admitía más!... Martes, viernes, sábados... y siempre al bar Aux Émeutes, ¡siempre conchabado con Naguère!... ¡Nos quedábamos, nosotros, con veinticinco céntimos por apuesta!... ¡nuestro peculio curiosito!... A la chacha, la maciza Agatha, le enseñé a evitar los embarazos... Le demostré que por detrás era aún más violento... Con eso le entró auténtica adoración hacia mí... Me proponía hacer lo que yo quisiera... Se la pasé un poco a Courtial, ¡para que viese cómo la tenía en el bote! Ella aceptó de buen grado... Se habría lanzado a la vida, en cuanto le hubiera hecho una seña yo... Y, sin embargo, ¡no fue con trajes fardones como la hechicé!... ¡Habríamos espantado a los gorriones!... ¡Ni por el parné!... ¡Nunca le soltábamos ni un céntimo!... ¡Era el prestigio parisino! Eso mismo.

Pero, al volver por la noche, ¡menudo! ¡cada vez había más follón!... ¡Ya es que no le hacía ninguna gracia, a la Irène!... ¡Volvíamos cada vez más tarde!... ¡Nos chupábamos excesos tremendos!... ¡Sesiones horribles!... ¡Se arrancaba los pelos con sangre! ¡a mechones y placas! ¡porque él no se decidía a elegir la hortaliza «concreta»!... ¡ni el terreno óptimo!... Se había puesto sola, la

purí, a hacer los trabajos del campo... ¡No revolvía mal la tierra!... Aún no sabía hacer un surco absolutamente derecho... pero se aplicaba... ¡Ya lo lograría!... ¡Desbrozaba que daba gusto!... Y espacio no faltaba precisamente para entretenerse por todos lados... En Blême-le-Petit podía dársele con ganas... todo el territorio era baldío... A la derecha, al Norte, al Sur, a la izquierda, no había vecinos, ¡y al oeste tampoco!... Todo estaba desierto... seco... totalmente árido...

«¡Te vas a consumir, mi niña!», le decía Courtial, así, en pleno anochecer, cuando nos la encontrábamos dándole aún, revolviendo la tierra... «¡Te vas a consumir! ¡eso no sirve para nada!... ¡Esta tierra es de lo más ingrata! ¡Ya puedo matarme diciéndotelo!... Los propios campesinos de aquí, ¡han ido renunciando poco a poco!... ¡Supongo que se dedicarán a la ganadería!... ¡Aunque la ganadería en estos llanos!... ¡Con todas estas margas subyacentes!... ¡estas fallas cálcico-potásicas!... ¡No les arriendo la ganancia!... ¡Es una empresa ingrata!... ¡con riesgos enormes!... ¡Belenes abominables!... ¡Lo veo!... ¡Lo veo venir!... ¿Irrigar semejante atolladero?... ¡Huy, huy, huy!...»

«¿Y a ti, cacho guarro? ¿quién te va a irrigar? ¿eh?... Di, ¡a ver!... ¡que te quiero oír!... ¡Vamos!... ¡Venga! ¡Adelante!» Él se negaba a hablar más... Se precipitaba hacia la alquería... A mí aún me quedaba un currelo. Al volver cada noche, debía clasificar todas las muestras de la jornada... En planchas separadas... por toda la cocina... en pequeños cucuruchos... Secaban en fila india... ¡todas las muestras de terreno de veinte kilómetros a la redonda!... ¡Material valioso para el día en que eligiéramos!... pero, desde luego, la sección más rica era la de Saligons.

En La Grosse Boule, así, poco a poco, nos habíamos vuelto populares... ¡Habían cogido gusto, nuestros simplotes borrachos, a las carreras!... Había que moderarlos incluso... Arriesgaban sus pápiros sin pena... ¡Querían quemar tres pavos en un solo penco!... ¡Rechazábamos rotundamente semejantes apuestas!... Ya no estábamos para grandes rencores... Íbamos pisando huevos... con extrema desconfianza... Agatha, la criada, se cachondeaba, ¡se lo pasaba bomba!... Se estaba volviendo puta en el sitio... ¡Lo que más nos fastidiaba eran los cambios de humor de nuestro vejestorio!... Con todos sus cabreos, sus ultimátums... ya es que no podíamos tragarla... Sin embargo, des Pereires había cambiado de táctica al respecto... Ya no se cachondeaba de ella, cuando labraba... ¡La animaba a hacerlo!... ¡La estimulaba!... ¡Desbrozó así, parcela tras parcela, semana tras semana, espacios enormes!... Desde luego, nos horrorizaba... pero si se hubiera detenido, habría sido mucho peor... Estaba harta de vernos vacilar, ¡ella fue la que se decidió por la patata! No pudimos impedírselo... Le pareció que era, a fin de cuentas, la hortaliza ideal... Se puso en seguida manos a la obra. No nos preguntó nuestra opinión más. Una vez plantados sus tubérculos, una extensión inmensa, contó a todo el mundo, en Persant, a la ida, al regreso, ¡que nos lanzábamos a experimentos de «patatas gigantes» gracias a ondas eléctricas! Se propagó, su cotilleo, como un reguero de pólvora...

En La Grosse Boule, por la tarde, nos abrumaban a preguntas... Nosotros, que habíamos tenido potra y habíamos estado hasta entonces tranquilitos en el otro extremo del distrito, bien mirados, bien acogidos, tolerados, esperados incluso todas las tardes por todos los palurdos de los alrededores, empezamos a estar mal vistos... Parecían sospechosos nuestros cultivos... Les entraba envidia al instante... «¡Patateros! ¡Patateros!» nos llamaban.

¡Ya no podíamos escabullirnos! ¡La gruesa gachí se había vuelto progresivamente, un auténtico terror!... Ahora que había labrado ella sola una hectárea de nada, ¡nos amargaba la vida!... No nos atrevíamos a hablarle... Amenazaba con seguirnos por todas partes, si volvíamos a irnos de garbeo, ¡si no nos poníamos a currar en el plazo de veinticuatro horas!... ¡Se había acabado el descanso!... Tuvimos que obedecer, sacar de debajo del toldo el motor y su dinamo... Quitamos el moho al gran volante... Lo pusimos en marcha un poco... Nos marcamos un cuadro curiosito de las «resistencias»... Y después, ¡se acabó!... Y luego vimos que nos iba a faltar alambre... Hacía falta muchísimo, bobinas y más bobinas para hacer muchos zigzags entre cada hilera de patatas, a lo largo de todo el cultivo... ¡Con quinientos metros no bastaba!... ¡Hacían falta kilómetros! Si no, no iba a funcionar nunca... Sin

alambre, ¡no era posible el radiotelurismo!... ¡Ni la horticultura intensiva! Acabados los efluvios catódicos... Era condición estricta... En el fondo, no estaba tan mal... Habíamos creído al principio que ese dichoso alambre se convertiría en nuestra hábil excusa, la coartada perfecta, que se espantaría, nuestra vieja, ante el precio del material para un desembolso tan crítico... que se lo pensaría, nos dejaría en paz un poco... Pero, qué va, ¡ni mucho menos!... Se puso rabiosa otra vez... Nos amenazó, si dábamos más largas... si perdíamos el tiempo, con irse sola a establecerse en Saligons de comadrona, ¡y la semana próxima, a más tardar! ¡Ah! ¡ya no había ni pizca de amor, la verdad! ¡Nos comía la moral!... Pero, aun con buena voluntad, ya no nos quedaban bastantes cuartos para compras tan costosas... ¡Huy, la Virgen! Pero, ¡si es que era la ruina!... ¿Quién nos iba a dar crédito?... No valía la pena intentarlo...

Por otro lado, no era posible hacerle comprender, a la vieja, nuestra situación... Que, en particular, acabábamos precisamente de quemar nuestra reserva suprema... lo que quedaba del curilla, en las apuestas por correspondencia... ¡Ah! Pues por fin lo habíamos perdido... Era, seguro, un ataque horrible... ¡El fin de nuestro plan!... Un cataclismo inafrontable... Estábamos bien fastidiados, la verdad. Ella se volvía de una intolerancia absolutamente fanática, ahora que se había empeñado con el asunto de las patatas... ¡Estaba pasando igualito que con lo de las ascensiones!... o el hotelito de Montretout... ¡No iba a dar su brazo a torcer!... Cuando se entregaba a un asunto, se enroscaba dentro como un tornillo, ¡había que arrancar toda la pieza!... ¡Extremadamente doloroso!...

«Me lo dijiste, ¿no?... ¡No irás a negarlo!... ¡Bien que lo oí!... Me lo repetiste diez... ¡cien veces!... ¡Que ibas a poner en marcha la puta máquina eléctrica! ¡No lo he soñado!... Para eso vinimos aquí, ¿no?... ¡No lo he imaginado yo!... ¡Para eso vendiste la queli por un trozo de pan!... ¡Puliste el periódico!... ¡Nos metiste de grado, por fuerza, a rastras en este pozo!... ¡en esta pocilga!... ¡Esta porquería!... ¿Sí o no?...»

«¡Sí, mi amor!»

«Pues, ¡muy bien!... ¡Quiero verlo! ¿Me oyes?... ¡Quiero verlo!... ¡Verlo todo!... ¡Lo he sacrificado todo! ¡Toda mi vida!... Mi salud... Todo mi futuro... ¡Todo!... Ya no me queda nada... ¡Quiero verlas crecer!... ¿Me oyes?... ¡¡¡Cre-cer!!!...»

Se plantaba desafiante, ¡se lo soltaba en la cara!... A fuerza de hacer trabajos duros, ¡tenía unas mollas que no eran moco de pavo!... ¡Moles temibles!... Mascaba tabaco por el campo... No se fumaba la pipa hasta la noche y cuando iba al mercado... El cartero Eusèbe, que durante muchos años no había acudido por el lugar, tuvo que empezar de nuevo... ¡Se lo marcaba dos veces al día!... Se había corrido el rumor, muy rápido, por las otras provincias, de que ciertos agricultores hacían maravillas, realizaban milagros en el cultivo de las patatas mediante los efluvios magnéticos...

¡Nuestra antigua pandilla de inventores nos habían vuelto a encontrar la pista!... Parecían muy felices todos de reencontrarnos a los tres... sanos y salvos... ¡Volvían a acosarnos con proyectos!... ¡No nos guardaban el menor rencor!... El cartero estaba hasta la coronilla... Se chupaba tres veces por semana bolsas enteras de manuscritos... Las alforjas le pesaban tanto, que se le había roto el bastidor... Había puesto una cadena doble... la bicicleta se había replegado sobre sí misma... Reclamaba otra, nueva, a la delegación provincial...

Des Pereires, desde los primeros días, se había puesto a meditar otra vez... Aprovechaba intensamente el ocio y la soledad... Se sentía preparado, por fin, contra los azares de la suerte. ¡Cualesquiera que fuesen!... ¡Había cavilado lo suyo! ¡Estaba absolutamente resuelto! ¡La decisión!... ¡Iba a afrontar su destino!... Ni demasiado confiado... Ni demasiado desafiante... ¡avisado simplemente!...

«¡Ferdinand! ¡Mira! ¡y date cuenta!... ¡Los acontecimientos se desarrollan más o menos como yo había previsto!... Sólo, ¡que con un poco de adelanto!... ¡Una cadencia un poco nerviosa!... ¡No era lo

que yo deseaba!... Sin embargo, vas a ver... ¡Observa! ¡No te pierdas un detalle! ¡Ni un átomo luminoso!... ¡Admira, hijo mío, cómo va a vencer, domeñar, constreñir, encadenar, someter Courtial a la rebelde fortuna!... ¡Míralo! ¡Pásmate! ¡Infórmate! ¡Procura permanecer impávido y listo al segundo! En cuanto me haya servido, ¡te la paso! ¡Y zas! ¡Abraza! ¡Aprieta! ¡Será tu turno! ¡Quebranta! ¡Liquida a esa puta! ¡Mis necesidades personales estrictas son las de un asceta! ¡Quedaré ahíto en seguida! ¡Saciado! ¡inundado por la abundancia! ¡Sángrala tú! ¡Vacíale todo el jugo!... ¡Estás en la edad de los arrebatos! ¡Aprovecha! ¡Abusa! ¡Hostias! ¡Córrete! ¡Haz con ella lo que quieras! ¡Para mí siempre será demasiado!... ¡Abrázame!... ¡Mira! ¡qué potra tenemos!»

No era cómodo abrazarse, ¡porque yo llevaba el abrigo sólidamente atado con cuerdas dentro de los alares!... Limitaba los movimientos, pero me mantenía bien calentito... ¡Era necesario! ¡Ya teníamos el invierno encima!... El cuerpo principal, pese a la chimenea, el calafateo, estaba acribillado por corrientes de aire... Recogía todos los vientos y no demasiado calor... Era un colador de escarchas... Es que era una queli muy vieja, la verdad.

Entonces se le ocurrió una idea espléndida a des Pereires, tras muchas meditaciones en La Grosse Boule y en los bosques... ¡Tenía una visión aún más grandiosa y anticipadora que de costumbre!... Adivinaba las necesidades del mundo...

«¡Los individuos están acabados!... ¡Nunca más rendirán nada!... ¡A las familias, Ferdinand! ¡debemos dirigirnos! De una vez por todas, ¡siempre a las familias! ¡Todo por y para la familia!...»

¡A los «padres angustiados de Francia» lanzó su gran llamamiento! ¡A aquellos a quienes preocupaba por encima de todo el porvenir de sus queridos peques!... ¡A aquellos a quienes la vida cotidiana crucificaba despacio en el fondo de las ciudades perversas, pútridas, insanas!... A quienes querían probar lo imposible para que su pequeño querubín escapara al atroz destino de la esclavitud en una tienda... de una tuberculosis de contable... ¡A las madres que soñaban para sus queridos monines con una vida sana y holgada absolutamente al aire libre!... lejos de las podredumbres ciudadanas... con un porvenir plenamente asegurado por los frutos de un trabajo sano... en condiciones campestres... ¡Grandes gozos soleados, apacibles y totales!... Des Pereires garantizaba solemnemente todo eso y muchas otras cosas... Se encargaba con su mujer de la manutención completa de todos esos peques potrudos de su primera educación, de la secundaria también, la «racionalista»... por último, de la enseñanza superior «positivista zootécnica y huerto»...

Nuestra explotación «radiotelúrica» se transformaba, de inmediato, mediante la aportación de los subscriptores, en «Familisterio renovado de la raza nueva»... Así titulábamos en nuestros prospectos la alquería y sus dominios... En unos días colmamos con nuestros «llamamientos» varios barrios de París... (todos expedidos por Taponier)... los más populares... los más confinados... también algunos islotes por Achères, donde apesta pero bien, para ver... Sólo teníamos un temor, ¡y era que nos invadiesen demasiado pronto! ¡Temíamos como la peste los entusiasmos demasiado frenéticos!... ¡La experiencia!

Tocante a alimentación, ¡con nuestro «radiotelurismo» el problema no existía! Sólo subsistía, en una palabra, un único escollo auténtico... ¡La saturación de los mercados por nuestras patatas «ondígenas»!... ¡Ya veríamos en su momento!... ¡Cebaríamos los cerdos!... ¡Ya puestos!... ¡Tendríamos también un corral nutrido!... ¡Los pioneros jalarían pollo!... Courtial era partidario convencido de esa alimentación mixta... ¡La piltrafa es buena para el crecimiento!... ¡Vestiríamos, claro está, sin dificultad, a todos nuestros pupilos con el lino de nuestra alquería!... ¡tejido en coro, en cadencia, durante las largas veladas de invierno!... Sonaba... ¡se anunciaba de lo mejorcito! ¡Un espléndido enjambre agrícola! Pero, ¡bajo el signo de la inteligencia! ¡no sólo del instinto! ¡Ah! ¡para des Pereires era muy importante esa distinción! ¡Quería que fuera rítmico!... ¡fluido! ¡intuitivo!... Des Pereires resumía así la situación. Los hijos de la «raza nueva», además de divertirse, instruirse de

derecha a izquierda, fortalecerse los pulmones, ¡nos aportarían contentos una mano de obra de lo más espontánea!... rápidamente instruida y estable, ¡totalmente gratuita!... poniendo así sin apremio su juvenil aplicación al servicio de la agricultura... La «neo-pluri-radiante»... ¡Esa gran reforma venía del fondo, de la savia misma de los campos! ¡Florecía en plena naturaleza! ¡Nos embalsamaría a todos! ¡Courtial la olfateaba ya de antemano!... Contábamos con los pupilos, su celo y su entusiasmo, de modo muy particular, ¡para arrancar las malas hierbas! ¡extirpar! ¡desbrozar más!... ¡Auténtico pasatiempo para chiquillos!... ¡Tortura espantosa para adultos!... Des Pereires, liberado por esa industriosa influencia de las trivialidades del cultivo ramplón, ¡podría entonces entregarse totalmente a la delicada e infinitamente minuciosa puesta a punto de su «grupo polarizador»!... ¡Dirigiría los efluvios! ¡No haría otra cosa! ¡Inundaría, colmaría nuestro subsuelo con todas las corrientes telúricas!...

Nuestro programa se presentaba bien... Hicimos llegar diez mil ejemplares de un barrio a otro... Seguramente venía a satisfacer muchos deseos latentes... Muchos anhelos inexpresados... El caso es que recibimos casi inmediatamente cartas, respuestas con profusión... con comentarios truculentos... casi todos extraordinariamente lisonjeros... Lo que pareció más notable a la mayoría de los que respondieron fue la suma modicidad de nuestras pretensiones financieras... Exacto, habíamos calculado hasta el último céntimo... Habría sido muy difícil ofrecerlo más barato... Así, para conducir a un pupilo desde la infancia (siete años como mínimo) hasta el regimiento, garantizarle comida y cama, durante trece años seguidos, desarrollarle el carácter, los pulmones, la inteligencia, los brazos, infundirle el amor a la naturaleza, enseñarle un oficio tan noble, dotarlo, por último y sobre todo, a la salida del falansterio, de un espléndido y válido diploma de «ingeniero radiogrométrico», ¡no pedíamos a los padres, en total, sino la suma global, definitiva, de cuatrocientos francos!... Esa suma, ese ingreso inmediato, serviría para la compra del alambre, la puesta en funcionamiento del circuito... la propagación subterránea... Precipitando nuestros cultivos, ¡el porvenir era nuestro!... ¡No pedíamos lo imposible!... Para empezar... en patatas... cuatro vagones al mes.

En cuanto una empresa adquiere un poco de envergadura, ¡se encuentra expuesta ipso facto a mil intrigas hostiles, solapadas, sutiles, incansables!... ¡No se puede negar!... La fatalidad trágica penetra en sus propias fibras... vulnera poco a poco la trama, tan íntimamente, que para escapar al desastre, no acabar malparados, los capitanes más astutos, los conquistadores más chulánganos no pueden ni deben contar, en definitiva, sino con un raro milagro... Tal es la naturaleza y la antigua y verídica conclusión de los progresos más admirables... ¡Nada que rascar en las cartas!... El genio humano no tiene potra... ¿La catástrofe de Panamá?... ¡es la lección universal!... ¡debe inspirar arrepentimiento a los más caraduras!... ¡hacerlos reflexionar con ganas sobre la ignominia de la suerte!... ¡Las turbias primicias de la mala pata! ¡Huah! Las maldades contingentes... El destino se jala las oraciones como el sapo las moscas... ¡Salta por ellas! ¡las aplasta! ¡se las cepilla! ¡se las traga! Se relame, le repiten en bolitas minúsculas, exvotos para la señorita casadera.

Nosotros, en Blême-le-Petit, salvando las distancias, claro está, cobramos con avaricia... desde el comienzo de las operaciones... Primero el notario de Persant... Vino a la carga casi cada tarde... y muy amenazador... ¡Para que le liquidáramos su saldo!... ¡Había leído en los periódicos un reportaje sensacional sobre nuestros magníficos experimentos!... Creía en recursos ocultos... ¡Pensaba que estábamos forrados!... Exigía el pago inmediato de su alquería en ruinas, ¡los margales! Y, además, ¡todos nuestros acreedores del Palais-Royal!... explotaban de impaciencia... ¡Taponier también!... Él, tan amable al comienzo, ¡se estaba volviendo un cerdo!... ¡También él leía los periódicos! ¡Había entendido, el maricón, que nos poníamos las botas con las subvenciones!... ¡Que cobrábamos en la Rue de Grenelle!...[29]

Además de los numerosos manuscritos para las «investigaciones» por emprender, ¡nos veíamos

acribillados otra vez con papeles timbrados!... ¡de toda índole!... ¡nos encontrábamos a un paso de varios embargos curiositos!... ¡Antes de haber visto siquiera el color de una primera patata! Los gendarmes aprovecharon para venir de excursión a ver qué pinta teníamos, qué modales sorprendentes... Nuestros hábiles prospectos «para la raza» habían inquietado un poco a las autoridades judiciales... ¡El inspector del Ministerio, otro envidioso lógicamente, había expresado ciertas dudas sobre nuestro derecho a abrir una escuela!... ¡Su misión era dudar! Se mostraron sólo cabrones a medias, en definitiva. Aprovecharon simplemente, era fatal, la hermosa ocasión que se les brindaba para advertirnos, muy amables por cierto, que más valdría, a fin de cuentas, que nos atuviéramos al tipo «guardería», «colonia de vacaciones»... preventorio incluso... Que si insistíamos demasiado en el aspecto pedagógico... ¡Nos enemistaríamos sin falta con todas las autoridades!...

¡Dilema delicado donde los haya!... ¿Perecer?... ¿Enseñar?... Cavilábamos... no estábamos del todo decididos... Cuando una tarde, un domingo, nos llegó un grupo de padres curiosos, por la carretera, a pie, hacia las cuatro, para hacerse una idea... Examinaron detenidamente los locales, todas las dependencias, la pinta general de la finca... ¡No los volvimos a ver nunca!...

¡Ah! ¡Estábamos perdiendo un poco las esperanzas! ¡Tantas corrientes contrarias!... ¡Aquella maldita incomprensión!... ¡Aquella mala voluntad en persona! ¡Ah! ¡Era demasiado, la verdad!... Y después, un buen día, al fin, ¡el cielo se aclaró, de todos modos!... ¡Recibimos, casi una detrás de otra, dieciocho adhesiones entusiastas!... ¡Padres muy conscientes, pues, que maldecían sin paliativos la ciudad! ¡su aire infecto! ¡Nos daban toda la razón!... Militaban de inmediato, en pro de nuestra reforma «raza nueva»... Nos enviaban a sus chavales con una cantidad a cuenta de la «minuta», ¡para que los incorporáramos en seguida a la falange agrícola!... Cien francos por aquí, doscientos por allá... El resto, ¡más adelante!... ¡Sólo anticipos!... ¡Ni una sola vez la suma entera!... Más adelante, prometían... ¡Buenas voluntades, en una palabra! Adhesiones muy reales... pero un poco obscuras... La economía, la previsión... y, además, ¡tres cuartos de desconfianza!...

En fin, ¡los chavales ya estaban allí!... quince en total... nueve chicos... seis chicas... Tres faltaron a la cita. Más valía tener en cuenta un poco los consejos del juez suplente... ¡Sensatez!... ¡Por astucia ante todo! Un poco de prudencia no nos vendría mal... Más adelante tras el éxito del experimento, ¡los resultados se impondrían por sí solos!... ¡Vendrían a suplicarnos!... Entonces desplegaríamos nuestra bandera... «La raza nueva, flor de los surcos.»

Con lo que traían, de parné, los chavales de aquel primer refuerzo, ¡no podíamos comprar gran cosa! ¡ni siquiera todas las camas necesarias! ¡ni los colchones siquiera!... Nos acostamos todos en la paja... ¡en plan de igualdad!... Las chicas en un lado... Los chicos en otro... De todos modos, ¡ya no podíamos enviarlos de nuevo con sus padres!... Aquellas pocas perras aportadas al bote no duraron ni ocho días... Estaban ya comprometidas en una docena de direcciones... ¡Vistas y no vistas! ¡El notario, él solo, reivindicó las tres cuartas partes!... El resto, para el cobre... Unas cinco bobinas tal vez... pero, ¡del modelo grande!... montadas en caballete desplegable.

Nuestra gruesa gachí había plantado desde el principio, en previsión de desgracias, como una patata superior, que crecía incluso en invierno... No la había más robusta... Aun suponiendo lo peor... que los efluvios de Courtial no produjeran todo lo que esperábamos... podríamos cosechar, de todos modos... ¡Sería muy raro que les impidiera germinar!... ¡Sería lo nunca visto! Nos lanzamos todos al currelo... Enrollamos hilos por donde nos decía... Por un poco, para mayor seguridad, ¡al pie de cada patata habríamos enroscado tres, cuatro guirnaldas de alambre!... ¡Fue un trabajo memorable!... ¡Sobre todo por su disposición en plena ladera! ¡a merced del viento del norte!... Con un cierzo que cortaba, ¡nuestros chaveas se divertían, de todos modos! ¡Lo principal para ellos era estar constantemente fuera! ¡ni un minuto en el interior! Casi todos procedían de los suburbios... No eran obedientes. Sobre

todo uno, pequeño y flaco, el Dudule, que quería tocar a todas las chicas... Teníamos que acostarlo entre nosotros... Empezaron a toser. Nuestra gruesa gachí, sabía, por suerte, un poco de medicina, ¡los cubría con cataplasmas de la cabeza a los pies!... ¡Les daba exactamente igual que les arrancáramos la piel misma! ¡con tal de que no los encerráramos!... ¡Fuera querían estar!... ¡Siempre y pese a todo!... ¡Jalábamos en un gran caldero!... ¡Nos marcábamos sopas para parar un tren!...

Después de tres semanas de labor, el inmenso campo de patatas quedó enteramente cubierto con una red de alambre a ras de tierra de mil empalmes puntilíneos... Un trabajo «picha de mosca»... ¡La corriente!... ¡Ya sólo faltaba que des Pereires lanzara la lefa por todas las fibras de la red!... ¡Ah!... Puso en marcha el tinglado... Metió a las patatas... ya en el primer cuarto de hora... series de sacudidas terribles... descargas potentes, «telúricas intensivas»... Y, además, entre ellas, pequeñas sacudidas «alternas»... Se levantaba incluso en plena noche, para meterles viajes complementarios, para estimularlas más fuerte, excitarlas al máximo. Inquietaba, a la gruesa gachí, verlo salir, así, con el frío... Se despertaba sobresaltada... Le gritaba que se abrigara.

Así iba la cosa, bien que mal, desde hacía casi un mes, cuando en determinado momento Courtial se puso a buscar excusas... ¡Muy mala señal!...

«¡Habría preferido», dijo, «probar con puerros!...» Lo repetía delante de la vieja, ¡y cada vez más a menudo!... Quería ver la reacción... «¿Y qué tal estaría con rábanos?...» Su mujer lo miraba de soslayo, se alzaba un poco el chapiri... no le gustaban sus insinuaciones... ¡La suerte estaba echada, joder!... ¡No debía escaquearse más!

Nuestros pioneros, por su parte, prosperaban, ¡aprovechaban la independencia!... No les poníamos obligaciones, ¡hacían, en una palabra, lo que querían!... hasta la disciplina... ¡por su cuenta!... Se metían unas tundas de miedo... El más pequeño era el peor, ¡siempre el Dudule con sus siete años y medio!... La mayor del rebaño era casi una jovencita: la Mésange Rimbot, la rubia de ojos verdes, con un bul muy ondulante y unos chucháis muy molones... La Sra. des Pereires, que no era una ingenua precisamente, ¡desconfiaba la tira de la mocita! ¡sobre todo cuando tenía la regla!... Le había habilitado un recinto especial en un rincón del granero, ¡para que durmiese solita, mientras tuviera el mes! Lo que no le impedía hacer sus trapicheos... los mocosos sentían la llamada de la naturaleza. El piante del cartero la sorprendió un día, tras la capilla, en el extremo del caserío, ¡dándose un filete curiosito con Tatave, Jules y Julien!... ¡Estaban los cuatro juntos!...

Nos detestaba, aquel cartero Eusèbe, por lo de las caminatas... No había recibido la bici de la Administración... Para tener una nueva, había de esperar dos años... No tenía derecho... Ya es que no podía ni vernos... Nos reclamaba zapatos, ¡a nosotros, que no teníamos!... Como iba muy despacio, lógicamente guipaba los menores detalles. El día que pescó a los chavales dándose el lote... ¡volvió atrás a propósito para llamarnos cochinos!... ¡después de haber visto todo eso!... ¡Como si fuéramos responsables! Así son siempre los mirones... primero se relamen a tope... no se pierden ni un detalle y después, cuando se ha acabado la fiesta... entonces, ¡se indignan!... ¡Encontró a quién acusar!... Nosotros teníamos otras cosas en que pensar, ¡y mucho más graves!

En nuestro caserío en ruinas, donde hacía casi veinte años que no venía nadie... con la historia de las patatas de repente ya es que no cesaba la circulación... un desfile de curiosos, incesante, de la mañana a la noche. Los chismes, las noticias falsas, corrían por toda la provincia... Los de Persant, los de Saligons, ocupaban las primeras filas, querían especímenes, mil indicaciones sucesivas. Eran intransigentes... Preguntaban si era peligroso... Si podía estallar, nuestro sistema... «para hacer vibrar la tierra»... Des Pereires, a medida que avanzábamos en el experimento, que pasaba el tiempo... daba muestras de gran discreción... Le salían los «sí» y los «tal vez», palabras nefastas, la verdad... en cantidad... cada vez más... Era inquietante... Eso de los «sí» y los «tal vez» no le sucedía a menudo en el Palais-Royal... Una semana después, más o menos, tuvo que detener la dinamo y el motor...

Entonces nos explicó que resultaba bastante peligroso forzar más las ondas y los hilos... Que era mejor hacer una pequeña pausa... que lo reanudaríamos más adelante... tras un descanso. Ondas como las telúricas podían perfectamente engendrar ciertos trastornos individuales... no se sabía... repercusiones absolutamente imprevisibles... que descompusieran la fisiología... Personalmente, des Pereires se sentía saturado... Tenía ya vértigos...

Los cultivadores, los curiosos, al oír semejantes cosas empezaban a poner mala cara, se retiraban muy inquietos. Conque, ¡hubo nuevas quejas! Volvieron a visitarnos los gendarmes... pero no había nada que decir de nuestro falansterio... Los niños no sufrían de nada... ninguno había caído enfermo... ¡Sólo habíamos perdido nuestros siete conejos! ¡una epizootia muy brutal! ¿Sería que no resistían el clima?... ¿la alimentación?... En fin, los gendarmes volvieron a marcharse... Poco después, nuestros queridos pioneros se hartaron de nuestro rancho de espartanos... Las piaban con ganas. Estaban insubordinados... ¡Tenían que engordar!... Se habrían jalado todo el cantón... Eligieron sus propios recursos... Por su propia iniciativa... Un día, nos trajeron tres haces de zanahorias... y el día siguiente una caja de nabos... ¡Judías para dar y tomar! ¡Todo para la sopa! ¡Animaban pero bien la jalandria!... Por último, una docenita de huevos y tres libras de mantequilla y tocino... ¡Es que ya no nos quedaba!... ¡No era choriceo de lujo! ¡cosa de vicio!... La Sra. des Pereires ya casi no podía salir desde que se dedicaba al cultivo intensivo, pasaba todo el tiempo reparando los «circuitos» para que fluyera la corriente... Ya sólo iba a Persant una vez a la semana. En la mesa nadie chistó... ¡Nos pusimos las botas!... ¡Era un caso de fuerza mayor!... El día siguiente, ¡trajeron una gallina vieja, además!... Desplumada... No tardó en acabar en el caldo... Puestos a hacer festines, nos faltaba un poquito de priva... no lo propusimos a las claras... pero en fin, de todos modos, los días siguientes hubo alpiste en la mesa... y caldos muy diversos... ¿Dónde encontrarían todo eso, los chavales?... ¡no preguntábamos nada!... nada de explicaciones... El fuego de leña es muy bonito, pero no es cómodo precisamente. Es complicado alimentarlo, consume demasiado a la vez, hay que reavivarlo todo el tiempo... Descubrieron carbón... Lo acarreaban en carretilla por el campo... Tuvimos un hogar espléndido... Sólo, ¡que jugábamos con fuego! Contábamos con nuestras patatas para restablecer el equilibrio... ¡El honor y lo demás!... ¡Esquivar las peores represalias!...

Íbamos a verlas, esas patatas, las vigilábamos como auténticas joyas, arrancábamos una por hora... ¡para mejor darnos cuenta!... Volvimos a poner en marcha el cacharro de los efluvios... ¡Ronroneaba casi día y noche!... Nos costaba mucha gasolina, no veíamos demasiado progreso... ¡Las patatas que traían los chavales, las legumbres de «mangue», eran siempre mucho más hermosas!...

Bien que lo había notado des Pereires. Eso lo dejaba aún más perplejo... Según él, era el alambre, que no tenía calidad... No era tan conductible como habíamos creído en un principio... no todo lo que hacía falta... Era muy posible.

Volvimos a La Grosse Boule... Sólo una vez para ver... ¡En qué hora se nos ocurriría, la Virgen! ¡Qué recibimiento más chungo nos dieron! Agatha, la chacha, ya no estaba, se había ido de juerga con el pregonero del pueblo, ¡un padre de familia!... Se habían lanzado «a la vida» juntos... ¡A mí me consideraban responsable de esa infamia! En el pueblo y los alrededores, todo el mundo me acusaba... ¡y eso que todos se la habían cepillado!... ¡No había duda! ¡La había pervertido yo!, según decían... ¡No querían saber nada ni con uno ni con otro!... Se negaban a jugar con nosotros... Ya no querían saber «nuestros favoritos» para Chantilly... ¡Ahora era el peluquero, frente a Correos, quien recogía todas las apuestas!... Había copiado todo nuestro sistema, con los sobres y los sellos...

¡Sabía muchas cosas más, la gente de La Grosse Boule, sobre nuestros pútridos instintos!... Sabían, en particular, ¡que nos alimentábamos a costa de los vecinos!... Los pollos que desaparecían a veinte kilómetros a la redonda... ¡La mantequilla, igual, y las zanahorias!... ¡Éramos nosotros, los calorros!... No nos lo dijeron del todo a las claras, porque eran hipócritas... Pero hacían reflexiones de

lo más alusivas sobre los tiritos que algunos iban a recibir... ¡pandillas de gandules que iban a acabar, de todos modos, en la trena!... ¡Amén!... En fin, comentarios desagradables... Nos marchamos sin decir «adiós»... Teníamos dos horas de caminata por lo menos para volver a casa, en Blême... ¡Con todo el tiempo del mundo para cavilar sobre esa acogida tan fría!...

No se arreglaba la cosa... no carburaban, nuestras empresas... Des Pereires se daba perfecta cuenta... Yo creía que me iba a hablar de eso... pero habló de otra cosa, por el camino... De las estrellas y los astros una vez más... de sus distancias y satélites... de los bailes mágicos que forman, por lo general mientras sobamos... De esas constelaciones tan densas, que parecen auténticas nubes de estrellas...

Hacía bastante rato que caminábamos... él empezaba a sofocarse... Siempre se apasionaba demasiado, con el asunto del cielo y los trayectos cosmogónicos... Se le subía a la cabeza... ¡Tuvimos que aminorar el paso!... Subimos a un talud... Para que recuperara el aliento... Nos sentamos.

«¿Ves, Ferdinand? Ya no puedo... Ya no puedo hacer dos cosas a la vez... Yo, que siempre hacía tres o cuatro... ¡Ah! ¡No tiene gracia, Ferdinand!... ¡no tiene gracia!... ¡No digo la vida, Ferdinand, sino el tiempo!... La vida somos nosotros, o sea, nada... ¡El tiempo! ¡lo es todo!... Mira, si no, los pequeños “Oriones”. ¿Ves “Sirio”? ¿cerca del “Astil”?... Pasan... Y pasan... Allá se juntarán sin falta con las galaxias de Antiope...» Ya no podía más... los brazos se le caían sobre las rodillas... «¿Ves, Ferdinand? En una noche así yo habría podido localizar Betelgeuse... ¡una noche de visión, vamos! ¡una verdadera noche de cristal!... Tal vez en el telescopio pudiéramos aún... ¡Anda! ¡si lo que no voy a encontrar es el telescopio!... ¡Ah! ¡La madre de Dios! ¡Qué follón más jodido, cuando lo pienso!... ¡Ah! ¿tú crees, Ferdinand? ¡Ah! ¿tú crees?... ¡Ah! Di, ¿has chanelado bien eso?...»

Disfrutaba con el recuerdo... Yo no respondí nada... No quería volver a dorarle la píldora... Cuando recuperaba todo el optimismo, ya es que no hacía sino gilipolleces... Seguía hablándome de esto y lo otro...

«¡Ferdinand! Mira, majo... ¡Ah! ¡Me gustaría mucho estar lejos! ¡Pero que muy lejos!... ¡Lejos!... donde...» Volvía a gesticular, describía parábolas... Pasaba las manos por las vías lácteas... arriba, muy arriba, en las atmósferas... Encontraba aún una centelleante... una cosita que explicarme... Aún quería... pero ya no podía... Carraspeaba demasiado... Le molestaba el pecho... «¡Me da asma, a mí, el otoño!», observó... Después se quedó tranquilo... Se durmió un poquito... encogido sobre la hierba... Lo desperté, por el frío... Tal vez media hora después... Nos pusimos en marcha despacito.

Nunca se habían visto chavales que prosperaran tan bien... tan deprisa como los nuestros, que se volvieran tan cachas musculosos, ¡desde que nos poníamos como el Quico!... ¡Pistos enormes! ¡auténticas glotonerías! ¡y todos los chinorris dándole a la priva!... ¡No aceptaban reprimendas! ¡consejo alguno!... ¡No querían que nos preocupáramos por ellos!... ¡Solos se espabilaban perfectamente!...

Nuestro terror era la Mésange, ¡que le hiciera un bombo un día uno de los golfos!... ¡Ponía unas expresiones soñadoras que significaban el peor peligro!... La Sra. des Pereires no dejaba de pensar en eso... Ella era quien trazaba cruces en el calendario para saber cuándo debía venirle el mes.

¡Los pioneros trapicheaban, revolvían en los corrales y los graneros de la mañana a la noche! Se levantaban, si querían... Dependía de la Luna... Nos contaban un poquito... Nosotros, los trabajos de agricultura los hacíamos más que nada por la mañana... Tocante a buscar la jalandria, se habían vuelto, nuestros monines, maravillosos de entusiasmo, de vivacidad... Estaban en todas partes, en todos los surcos... Y, sin embargo, ¡no se los veía!... ¡Jugaban a los pieles-rojas en serio! Eran petulantes de astucia. Al cabo de seis meses de reconocimientos y rastreos milagrosos de todos los diversos terrenos, ¡llevaban en la sangre la orientación a ojo de buen cubero, el laberinto de los recovecos más mínimos, los secretos de los menores refugios! ¡La posición de todos los montículos!... ¡mejor que las

liebres del lugar!... ¡Las pescaban por sorpresa!... ¡Con eso está dicho todo!

Sin ellos, para empezar, ¡la habríamos diñado de miseria, sencillamente!... ¡Estábamos completamente «boqueras»! Nos atiborraban... ¡Se divertían viéndonos engordar! Los colmábamos de elogios...

Nuestra gruesa gachí tascaba el freno... Le habría gustado decir unas palabritas... ¡Ya no era posible! ¡El asunto del alimento está por encima de todo! Sin los chavales, ¡cascábamos!... El campo es despiadado... ¡Nunca una orden! ¡Siempre por su propia iniciativa!... El padre de Raymond, ferroviario del sector de Levallois, fue el único que vino a vernos durante el primer invierno... Le era muy fácil, porque tenía «permisos»... ¡Ya es que no reconocía a su Raymond! ¡lo encontraba tan cachas!... Él, que había llegado enclenque, ¡ahora era un campeón!... No le contamos todo... Era magnífico, Raymond, no tenía igual para el «mangue» de huevos... Los guindaba bajo la gallina... ¡sin hacerla cloquear!... Mano de terciopelo... El padre era hombre honrado, quería liquidar su deuda... Hablaba también, ahora que se había puesto tan cachas, tan perfectamente fortalecido, su chaval, Raymond, de llevárselo a Levallois. ¡Le parecía que tenía muy buen aspecto!... No lo toleramos... ¡Hubo una resistencia feroz!... Le regalamos su parné... aún nos debía trescientos francos... ¡con la única y exacta condición de que dejara aún a su chinorri aprender a fondo la agricultura!... Valía su peso en oro, ese chavalín... ¡No queríamos perderlo de ningún modo! Y el mocoso estaba muy feliz de quedarse con nosotros... No quería cambiar... Así se organizaba la vida... Nos detestaban por todas partes en veinte kilómetros a la redonda, pero aún así, ¡en nuestra soledad de Blême-le-Petit era extremadamente difícil pescarnos en flagrante delito!...

¡La gruesa gachí engordaba más que todos los demás con el fruto de los hurtos! Conque, ¡ya no tenía nada que decir!... ¡Su campo no la alimentaba! ¡ni su sombrero! ¡ni su calzón! Lanzaba unos suspiros, cuando había mamado su «fino»... ¡Aún no se creía que se hubiera habituado poco a poco a esos choriceos incalificables!... Se había puesto a darle al alcohol... ¿tal vez por la pena reconcentrada?... Un vasito... otro... ¡poco a poco la copichuela tras el café!... «¡Hágase el destino!», suspiraba... «¡Ya que tú no sirves para nada!» Se dirigía a Courtial.

¡En el granero, en el subsuelo, y en un cuchitril del cobertizo acumulábamos las vituallas!... ¡Los chavales hacían campeonatos a ver quién traía más en una sola jornada!... Podíamos mantenernos seis meses... resistir varios asedios en regla... ¡estábamos abastecidos!... ¡Ultramarinos! ¡bebercio! ¡margarina! ¡absolutamente todo!... Pero, ¡éramos dieciocho a la mesa! ¡de los cuales dieciséis en pleno crecimiento! ¡Menudo lo que jalan! ¡Sobre todo en «servicio de campo»!...

Dos pioneros, de once y doce años, ¡habían traído cerca de catorce bidones de gasolina! para el motor del patrón. ¡No cabía en sí de gozo! El día siguiente era su santo, los otros chavales volvieron de Condoir-Ville, a siete kilómetros de nuestra casa, ¡con una gran cesta de bizcochos, borrachos y barquillos! ¡«Bambas» de todas clases y aperitivos surtidos! Además, para que nos cachondeáramos doblemente, ¡nos traían las facturas con los sellos de «pagado»!... ¡Era el colmo del refinamiento! ¡Habían pagado todo al contado!... ¡Nuestros queridos espabilados! ¡Ahora pispaban el parné en pleno campo!... ¡y eso que no anda tirado por ahí! ¡Era maravilloso, la verdad! Esa vez tampoco dijimos: ¡uf! Ya no teníamos autoridad. Sólo, que semejantes astucias dejan, de todos modos, pequeñas huellas... Dos días después los gendarmes vinieron a buscar a Gustave y a Léone... Los emplumaron en Beauvais... No se podía protestar... ¡Se habían dejado trincar juntos mangando un billetero!... ¡Una pura y simple trampa!... ¡Y en el alféizar de una ventana!... ¡Una auténtica emboscada!... Habían levantado acta, de oficio... ¡Cuatro testigos!... No se podía negar... ¡ni arreglar por las buenas!... Lo mejor era fingir sorpresa, asombro... ¡horror! Fingimos todos.

Cuatro días después, ¡detuvieron a Lucien, el pequeñajo de pelo rizado!... ¡Y por una simple denuncia! ¡Un asunto de gallinas!... La semana siguiente vinieron a buscar a Philippe «Ojo de

Vidrio»... Pero no había pruebas contra él... ¡Tuvieron que devolvérnoslo!... Pero, ¡era la hecatombe, de todos modos! Se notaba claramente que los paletos, siempre tan lentos a la hora de decidirse, se habían jurado a sí mismos ahora arruinar toda nuestra empresa... ¡Nos detestaban con avaricia!... Amenazaban, además, con quemar nuestra queli, ¡con todos nosotros dentro!... Nos había dado el chivatazo Eusèbe... ¡Arder como ratas era el ideal!... No querían que trapicheáramos más...

La gruesa gachí fue quien sufrió el primer encontronazo con el populacho sublevado... Tuvo que abrirse del mercado de Persant... Quería hacer un poco de negocio, endilgarles un cesto lleno de huevos superiores, de «segunda mano»... ¡Le salió el tiro por la culata! Reconocieron su procedencia... ¡Se pusieron hechos fieras! ¡delirantes de rabia y venganza!... ¡Ella salió de naja y a toda leche! Poquito faltó para que la brearan... ¡Volvió al caserío completamente descompuesta!... En seguida puso a hervir una gran cafetera con su mezcla, una infusión, verbena, menta y un poco de vino de Banyuls... Le gustaban las cosas fuertes... sobre todo los vinos cocidos... ¡a veces con vulnerario incluso!... ¡La entonaba muy rápido! Era una mezcla indicada por diversas comadronas de la época... el mejor tónico para las «guardias»...

Estábamos allí, todos en torno a ella, comentando la agresión... ¡estudiando las consecuencias!... Las botellas estaban sobre la mesa... ¡Entró el cabo!... Empezó al instante a ponernos verdes... Nos prohibió movernos a todos.

«¡Vendremos a buscaros a todos a finales de la semana que viene! ¡Se acabó la comedia! ¡Esto pasa de castaño obscuro! ¡Ya os habíamos avisado bastante!... ¡El sábado! ¡pasaréis por el cantón! ¡vuestro asunto está claro para todos!... Si vuelvo a encontrarme por ahí a uno solo de vuestros golfillos... Si se alejan otra vez del caserío... ¡Los enchironamos en el acto! ¡En el acto! ¿Está claro?... ¿Entendido?...»

¡El fiscal, al parecer, tenía ya todos los cargos para mandarnos veinte años a presidio!... ¡A Courtial! ¡la señora! ¡y yo mismo! ¡Motivos no faltarían!... ¡Raptos de niños!... ¡Libertinaje!... ¡Timos diversos!... Infracción en el juego... Declaraciones de contribución falsas... Diversos atentados contra las buenas costumbres... ¡Robos con efracción!... ¡Estafas!... ¡Rapiñas nocturnas!... ¡Encubrimiento de menores!... En fin, una cascada... ¡surtido muy completo!... ¡Nos abrumaba, el cabo!... Sólo, que la señora des Pereires, desconcertada al principio, como es comprensible, se sentía ya mucho mejor... No pestañeó... ¡reaccionó como un solo hombre! Le hizo frente con decisión... Se levantó de repente... con un impulso tan vehemente, tan ferozmente indignada, presa de tal cólera, que el cabo vaciló... ¡ante la carga!... ¡No daba crédito a sus oídos!... Entornaba los ojos... Lo había fascinado, ésa es la palabra... ¡Ella replicaba en términos totalmente irrefutables! Nunca lo habría creído de ese paleto asqueroso... ¡Ella lo acusaba, a su vez, de haber fomentado en persona toda la rebelión de los catetos!... ¡Todo aquel motín abominable! Era él, el mayor responsable... ¡Atónito! ¡alelado! fustigado, se bamboleaba en sus botas... Despreciativa y sardónica, ¡lo trataba de «pobre desgraciado»!... Él se mantenía a la defensiva... Ya no sabía qué decir... Ella fue a ponerse de nuevo el sombrero... Se contoneaba erguida ante el hombre, ¡más cabreada que una mona!... Lo obligó a retroceder... Lo puso de patitas fuera. Él se las piró como un cagueta. Montó de nuevo en la bicicleta y se marchó en zigzag con su farolillo rojo... Lo vimos desaparecer... Ya no podía avanzar recto.

Una de nuestras pioneras, la Camille, y eso que era una tunela, se dejó trincar tres días después en el jardín del Presbiterio, en Landrezon, un campiri muy feo al otro lado del bosque. Estaba pirándose de la cocina precisamente con un queso parmesano, cangrejos y licor de endrina... dos botellas... Había cogido lo que encontraba... Y, además, las vinajeras de la misa... ¡Eso era lo más grave! ¡de plata maciza!... ¡Era flagrante delito!... Habían perseguido todos a la chavala... La habían acorralado en un puente... ¡No volvería más, la monina! ¡Estaba enchironada en Versalles!... El cartero, lengua de víbora horrible, no dejó de venir de inmediato a contárnoslo... ¡Dio un rodeo a propósito!... Se estaba

volviendo extravagante, nuestra situación... nuestra acrobacia... No hacía falta ser demasiado tunela para figurarse ya mismo que todos los chavales del falansterio se ganarían un marrón en la aventura... los trincarían uno a uno en el abastecimiento... aun duplicando las prudencias... aun saliendo sólo de noche...

Escatimamos la comida, anduvimos cada vez más listos... Apenas quedaba ya margarina, ni aceite, ni sardinas tampoco... que nos gustaban muchísimo... Por el atún y las sardinas empezamos a sufrir... ¡Ya no podíamos hacer patatas fritas!... Nos quedábamos tras las persianas... Vigilábamos las inmediaciones... Temíamos que un campesino nos espabilara al anochecer... Aparecían de vez en cuando... Pasaban con sus fusiles por delante de las ventanas, en bici... Nosotros también teníamos un arma, una vieja escopeta de perdigones con dos percusores... y, además, una pistola de baqueta... El granjero anterior había dejado las dos armas... Seguían colgadas, tras la campana de la chimenea, de un clavo en la cocina.

Des Pereires, una noche, como ya no teníamos nada que hacer y ni siquiera podíamos salir, bajó la vieja escopeta... se puso a limpiarla... a pasar una mecha con un cordel por los dos cañones... con petróleo... a hacer funcionar el gatillo... Sentí acercarse el estado de sitio...

Ya sólo nos quedaban siete... cuatro chicos, tres chicas... Escribimos a sus padres preguntando si querían recogerlos... que si nuestro experimento agrícola nos había deparado varios chascos... Que si circunstancias imprevistas nos obligaban provisionalmente a devolver a algunos pupilos...

¡Ni siquiera respondieron, aquellos padres sinvergüenzas! ¡Absolutamente sin conciencia!... Más que contentos de que nos las apañáramos con ellos... Conque preguntamos a los chavales si querían que los llevásemos a una institución de la caridad... En la cabeza de partido del cantón, por ejemplo... Al oír esas palabras, se rebelaron contra nosotros y de forma tan agresiva, tan absolutamente rabiosa, ¡que por un momento creí que aquello iba a acabar en matanza!... Ya no querían admitir nada... En seguida nos dimos por vencidos... ¡Les habíamos dado siempre demasiada independencia e iniciativa, a aquellos mocosos como para poder ahora meterlos en cintura!... ¡Qué leche! ¡Nanay!... Se la traía floja ir vestidos con andrajos y papear a la buena de Dios... pero, ¡como las piaban con ganas era cuando nos poníamos a fastidiarlos!... ¡Ya es que ni siquiera intentaban comprender!... ¡Se la refanfinflaban las contingencias!... Ya podíamos explicarles que la vida no era así... que todos tenemos obligaciones... que las personas honradas te la dan con queso... a fin de cuentas... que si andas pispando a diestro y siniestro, ¡se acaba sabiendo, de todos modos!... que se termina muy mal un día... Nos mandaban a tomar por saco con nuestros puñeteros follones... Les parecíamos muy cochinos... ¡unos chivatos muy chungos!... Se negaban a todo lo que les proponíamos... No querían oír... Una «raza nueva» pistonuda. Dudule, el más chinorri de la panda, salió a buscar huevos... Raymond ya no se atrevía... Se había hecho demasiado mayor... Era una «balsa de la Medusa»,[30] el pequeñajo Dudule... Hacíamos votos... rezábamos... todo el tiempo que estaba fuera... para que volviese indemne y forrado... Trajo un pichón, nos lo comimos crudo, tal cual, con zanahorias ídem... ¡Conocía el campo mejor que los perros de caza, el Dudule!... A dos metros ya no lo distinguías... Horas enteras... permanecía apalancado para birlar una ponedora... ¡Sin lazo! ¡ni dogal! ¡ni cordón!... Con dos deditos... ¡Cuic! ¡Cuic!... Me enseñaba el truco... Una finura exquisita... «Mira, diez pavos a que te la ventilo... ¡y no la oyes!»... Era verdad, no se oía nada.

Tuvimos dos ventanas rotas en la misma semana... Otros catetos en bicicleta que pasaban a propósito en tromba... Nos lapidaban cada vez más... Se apalancaban, volvían otra vez... Un rencor, que ya es que era muy chungo... ¡Y eso que estábamos tranquilitos!... ¡No replicábamos en absoluto!... Y deberíamos haberlo hecho, desde luego... ¡era una provocación!... ¡Un buen trabucazo en las nalgas! Nuestros pioneros ya no se dejaban ver nada... No salían hasta el alba, justo una hora o dos apenas

entre dos luces... al amanecer para ver un poquito, la verdad... Chuqueles habían puesto, los cultivadores, en todos los cercados del cantón... Desatados, feroces, ¡monstruos rabiosos!...

Además, nos faltaban muchos calcos para esos terribles periplos por los senderos rocallosos... ¡Una tortura!... Los chinorris, aun bien entrenados se cortaban muchas veces... Al alba, sus pingos, bajo la lluvia, sobre todo así, a comienzos de noviembre, ¡parecían curiosas cataplasmas!... Tosían cada vez más fuerte... ¡Ya podían ser sólidos, randas y granujillas!... ¡no se libraban de las bronquitis!... En las pistas de los campos labrados, ¡se hundían hasta el culo!... Con frío seco, no podían más... ¡Ya es que no podía ser sin calcorros!... Habrían perdido los pinreles... Con el viento de invierno, nuestra meseta recibía una de borrascas... ¡Barrida desde el Norte!... Por la noche nos calentábamos bien, pero nos asfixiábamos en la queli, ¡abarrotada de humo!... ¡bajaba desde el fondo de la campana!... Era fuego de leña muy húmeda, ya no había carbón desde hacía semanas... no podíamos más... ¡apagábamos todo!... Temíamos que se reavivara... echábamos agua sobre los tizones... Los chavales, a acostar ya...

Bastantes veces, hacia medianoche, Courtial se levantaba otra vez... No podía dormirse... Con su farol, el «silencioso», se largaba hacia el cobertizo, a toquetear un poco el sistema... ponerlo en marcha unos minutos... Su mujer se sobresaltaba en la paja, iba a ver con él... Yo los oía provocarse en el fondo del patio...

Después ella volvía a escape... Me despertaba... Quería enseñarme las patatas... ¡Ah! ¡no era bonito precisamente!... Las que crecían con las ondas... aspecto pustuloso... ¡repugnante!... ¡Qué putada! ¡Me ponía por testigo!... No crecían demasiado... Era bastante evidente... Yo no me atrevía a comentarlo... insistir demasiado al respecto... pero no podía negarlo... Carcomidas... acartonadas, inmundas, bien podridas... y, además, ¡llenas de gusanos!... ¡Así eran las patatas de Courtial!... No se iba a poder ni jamarlas... ni siquiera en nuestro rancho... ¡Y eso que no éramos exigentes!... Estaba completamente convencida, la Sra. des Pereires, de que el cultivo estaba changado...

«¿Y eso, Ferdinand, es lo que pretende ir a vender, ése, a Les Halles? ¿Eh? ¡A ver!... ¿A quién?... ¡Es el colmo! ¡Ah! ¡qué jeta!

Me pregunto yo... Dónde andará el gilipollas que vaya a comprarle semejantes basuras... Dónde está ese gilipuertas, ¡que le envío un canasto!... ¡Ah! ¡es que me gustaría verlo ahora mismo!... ¡Ah! ¡Está curdela, el gachó! ¡Ah! mira, ¡es que cuando lo pienso!... ¿Por quién me toma?...»

¡Es verdad que estaban asquerosas!... ¡Y eso que eran patatas de artesanía!... ¡De procedencias selectas!... ¡Perfectamente mimadas noche y día!... Totalmente enmohecidas... rebosantes de bichos, larvas de mil patas... y, además, ¡un olor muy chungo! ¡infinitamente nauseabundo!... pese al intenso frío... Y eso no era normal... ¡Fenómeno insólito!... El olor era lo que me daba mala espina... La patata hedionda... es algo que raras veces se ve... Una desventura muy rara...

«¡Chsss! ¡Chsss!...», le decía yo... «¡Va usted a despertar a los chavales!...»

Volvía al campo del experimento... Llevaba el farol... y la pala... Hacía 8º... 10º bajo cero... Buscaba las más agusanadas, las arrancaba una por una... ¡Hasta que no podía más! hasta el amanecer...

Fue imposible, la verdad, disimular por mucho tiempo semejante invasión de gusanos... Era un hormiguero, el campo, incluso en la superficie... Seguía extendiéndose la podredumbre... ya podíamos desbrozar, extirpar, escardar, cada vez más... no servía de nada... Acabó sabiéndose en toda la región... Los palurdos volvieron a curiosear... ¡Desenterraban nuestras patatas para darse cuenta bien!... ¡Mandaron al prefecto muestras de nuestros cultivos!... ¡con un informe de los gendarmes sobre nuestros extraños tejemanejes!... ¡E incluso banastas enteras, que enviaron, absolutamente atestadas de larvas, hasta París, al director del Museo!... ¡Se estaba convirtiendo en el gran acontecimiento!... Según los horribles rumores, éramos nosotros los culpables, ¡los originales creadores de una

pestilencia agrícola!... enteramente nueva... ¡de una plaga hortícola nunca vista!...

Por el efecto de las ondas intensivas, por nuestras «inducciones» maléficas, por la disposición infernal de mil redes de alambre, ¡habíamos corrompido la tierra!... ¡habíamos provocado al genio de las larvas!... ¡en plena naturaleza inocente!... Acabábamos de engendrar, en Blême-le-Petit, una raza totalmente especial de gusanos enteramente viciosos, espantosamente corrosivos, que atacaban a todas las simientes, ¡a cualquier planta o raíz!... ¡a los propios árboles! ¡las cosechas! ¡las chozas! ¡la estructura de los surcos! ¡todos los productos lácteos!... ¡no perdonaban absolutamente a nada!... Corrompiendo, chupando, disolviendo... ¡Jalándose hasta la reja de los arados!... Royendo, digiriendo la piedra, el sílex, ¡igual que las judías! ¡Todo a su paso! ¡En la superficie, las profundidades!... ¡Cadáveres o patatas!... ¡Absolutamente todo!... ¡Y prosperando, obsérvese, en pleno invierno!... ¡Fortificándose con fríos intensos!... ¡Propagándose con profusión, por miríadas!... ¡cada vez más insaciables!... ¡a través de montes! ¡llanuras! ¡y valles!... ¡y a la velocidad eléctrica!... ¡gracias a los efluvios de nuestras máquinas!... ¡Pronto todo el distrito en torno a Blême no sería sino un enorme campo bien podrido!... ¡Una turba abyecta!... ¡Una vasta cloaca de gusanos!... ¡Un seísmo de larvas hormigueantes!... Después, ¡vendría el turno de Persant!... ¡y después el de Saligons!... ¡Ésas eran las perspectivas!... ¡Aún no se podía predecir dónde ni cuándo acabaría!... ¡Si habría medio alguna vez de atajar la catástrofe!... ¡Primero había que esperar el resultado de los análisis!... Podía muy bien propagarse a todas las raíces de Francia... ¡Jalarse todo el campo!... ¡Que no quedaran sino cantos en todo el territorio!... Que nuestros gusanos volvieran a Europa absolutamente incultivable... ¡Un puro desierto de podredumbre!... Entonces menudo si se iba a hablar, la verdad, de nuestra peste de Blême-le-Petit... a lo largo de los tiempos... como se habla aún hoy de las de la Biblia...

Ya no era cosa de broma ni mucho menos... Courtial se lo comentó al cartero, cuando pasó... Lo menos que podía hacer era vomitar un poco de veneno, el Eusèbe «sin bici»... «¡Es posible, joder, me cago en la puta!», respondió... No añadió nada. Por cierto, que se estaba volviendo, el cacho cabrón, cada vez más detestable. Ya no teníamos ni gota, de beber... nada para ofrecerle... Algo de lo más horroroso... ¡Catorce kilómetros sin soplar!... Conque, ¡debía de echarnos unas maldiciones!... ¡Se marcaba la carretera de Persant hasta tres veces al día! ¡Especialmente por nuestro correo!... Nos escribían de todas partes, ¡no era culpa nuestra!...

¡Se había duplicado, nuestra correspondencia!... Gente que quería saberlo todo... ¡que quería venir a entrevistarnos!... Y, además, ¡numerosos anónimos que nos obsequiaban, por el precio de un sello!... ¡Insultos para parar un tren!...

«¡Vale! ¡vale! ¡el espíritu fermenta!... ¡Mira todas esas preciosas misivas! ¡Y cien mil veces más verminosas que todo el suelo del planeta!... ¡Y eso que hay, verdad, la tira! ¡Está abarrotado! ¡lleno! ¿Quieres que te lo diga? ¿Eh? ¿lo que es la porquería? mira, te lo voy a decir... ¡es todo lo que hay que soportar!...»

Pensamos que tal vez, haciéndolas cocer a fuego lento, de todos modos... gratinándolas, nuestras patatas... pasándolas por la grasa bien... embelleciéndolas más o menos... de alguna forma astuta... lograríamos poquito a poco volverlas comestibles, pese a todo... Probamos con ellas todos los ardides del papeo... Nada daba el menor resultado... Todo se perdía en gelatina en el fondo de la cacerola... Se volvía al cabo de una hora... tal vez hora y media un enorme pastel de larvas... Y el mismo olor espantoso... Courtial olfateó largo rato el resultado de nuestros ranchos...

«¡Es hidrato ferroso de alúmina! ¡Recuerda ese nombre, Ferdinand! ¡Recuerda ese nombre!... ¿Ves esta especie de meconio?... ¡Nuestros terrenos están repletos! ¡literalmente!... ¡Ni siquiera necesito analizarlo!... ¡Precipitado por los sulfuros!... ¡Ése es nuestro gran inconveniente!... No se puede negar... Mira cómo amarillea la jalandria... ¡Me lo figuraba!... ¡Estas patatas!... ¡mira!... ¡te voy a decir una cosa!... ¡Harían un abono admirable!... Sobre todo con la potasa... ¿La ves tú también, la

potasa?... ¡Eso es lo que nos salva! ¡La potasa! Se adhiere extraordinariamente... ¡Recarga todos los tubérculos!... ¡Mira, mira cómo brillan! ¿Distingues bien las laminillas?... ¿La envoltura de cada radícula?... ¿Todos esos cristalitos diminutos?... ¿Todo eso que reluce verde?... ¿violeta?... ¿Los ves?... ¿perfectamente?... ¡Eso, Ferdinand, amigo mío, son las transferencias!... ¡Sí!... Las transferencias de hidrólisis... ¡Ah! ¡ya lo creo!... ¡Ni más!... ¡Ni menos!... ¡Las aportaciones de nuestra corriente!... ¡Sí, hijo mío!... ¡Claro que sí!... ¡La signatura telúrica!... No hay mejor modo de decirlo... ¡Mira bien con los dos ojos! ¡Ábrelos de par en par! ¡No se puede encontrar prueba mejor!... ¡No se necesitan más pruebas!... ¿Las pruebas?... ¡Ahí las tienes, Ferdinand!... ¡Ahí las tienes! ¡y las mejores!... ¡Exactamente lo que yo predije!... ¡Una corriente que nada detiene! ¡ni disemina! ¡ni refracta!... Pero se muestra... eso lo reconozco, ¡un poco cargada de alúmina!... ¡Otro pequeño inconveniente!... pero, ¡pasajero!... ¡muy pasajero!... ¡Cuestión de temperatura! La óptima para la alúmina es 12 grados 0,5... ¡Ah! ¡Oh! ¡Recuérdalo bien! ¡Cero! ¡cinco!... ¡Para nuestro plan! ¿Me comprendes?...»

Pasaron dos semanas más... Racionábamos tanto la manduca, que ya sólo hacíamos el rancho una vez al día... Ni pensar en salir ya... Llovía muchísimo... El campo sufría también... aplastado por el invierno... Los árboles temblequeaban... Remaban los fantasmas del viento... En cuanto vaciábamos los platos, ¡volvíamos corriendo al montón de paja para conservar el calor!... Pasábamos tendidos así... días enteros, amontonados los unos sobre los otros... sin abrir la boca... sin decirnos palabra... Ni siquiera el fuego de leña calienta ya... con un birujis así... Teníamos unos ataques de tos, todos, terribles. Y, además, es que nos estábamos quedando flacos... piernas como palillos... una debilidad anormal... de no poder ya moverse, ni masticar, ni nada... No tiene gracia, el hambre... El cartero no volvió más... Debía de haber recibido órdenes... No nos habríamos deprimido tanto si hubiera quedado mantequilla o incluso un poco de margarina... ¡Es indispensable en invierno!... Courtial tuvo en ese momento trastornos muy extraños, cuando el frío llegó a ser tan intenso, que cada vez comíamos menos... Tuvo como una enteritis y muy grave, la verdad... Sufría mucho del vientre... Se retorcía en la paja... ¡No era de la alimentación!... Discutía sobre eso con la purí y también sobre el asunto de las lavativas... Si era mejor que se pusiera... o que no...

«Pero, ¡si no tienes nada en el vientre!...», le decía ella... «¿Cómo te va a rugir?... ¡El cólico no viene solo!...»

«Bueno, pues, ¡te juro, sin embargo, que lo siento pasar! ¡Ah! qué porquería... ¡toda la noche retorciéndome el vientre!... Son cólicos secos... ¡Es como si me ataran las tripas!... ¡Ah! ¡la leche!...»

«Pero, ¡si es el frío!... ¡anda, tontaina!...»

«¡Qué va a ser el frío!...»

«¿El hambre, entonces?...»

«Pero, ¡si no tengo hambre!... ¡Más bien ganas de vomitar!...»

«¡Ah!... ¡No sabes lo que quieres!...»

No respondía nada más... Se hundía más en la paja... No quería que le hablaran más...

Para la agricultura ya no podía hacer nada más, la verdad... Ya no quedaba petróleo en el cobertizo, ¡ni un solo bidón para poner su trasto en marcha!...

Pasaron dos días más... con la espera y la postración... La gruesa gachí, acurrucada en un rincón, arropada en cortinas, ya es que no podía más, se machacaba los dientes de tanto castañetearlos con el tembleque... ¡Subió al granero a buscar más sacos!... Se cortó, para ella y los chavales, como una blusa y una falda escocesa fuerte, se llenó todo eso de estopa, ¡por encima del pantalón!... ¡Le daba un aire enteramente «zulú»! ¡Ella misma se veía ridícula!... ¡El frío hace reír que no veas!... Como ya no podía calentarse más, ¡se puso a hacer un guateque!... haciendo sonar los zuecos, ¡tacatá! ¡en torno a la mesa maciza! ¡Los chavales se tronchaban al verla!... ¡Brincaban con ella estilo conga!... Corrían tras ella... Se colgaban de sus faldones... Cantó una tonadilla:

La hija de la molinera
Que bailaba con los mozos Ha perdido su jarretera
Su jarretera...

¡No le daban a menudo precisamente, a la tía Courtial, esos arrebatos pillines!... Tenía que ser extraña la situación... Ya no le quedaba tabaco para mascar... ¡Lo había cogido todo, Courtial!... ¡Ella se puso otra vez a piarlas un poco a propósito de la pipa!... Los chavales le arrancaban las costuras... ¡La derribaron sobre la paja!...

«¡Me voy a cagar hasta en la leche que os han dado! ¡Largaros todos!... ¡Apestosos! ¡Mocosos! ¡Desgraciados! ¡Chupones! ¡Sinvergüenzas!...», los insultaba... Ellos se cachondeaban aún más...

«Courtial, ¿me oyes?...» Él no oía... Volvía a meter la cabeza en su agujero... Gemía... Gruñía... ¡Por la barriga y la chanza!... ¡Los chavales se le iban a tirar encima, los cuatro chicos y las tres chicas! Él no nos respondía nada, de todos modos.

Un poco más tarde, nos preguntamos qué habría sido del Dudule... Había salido hacía dos horas... a hacer sus necesidades, había dicho... ¡Ah! ¡empezamos a preocuparnos todos!... ¡Y no volvió hasta la noche!... ¡Pero con un cargamento, que no veas!... ¡Había hecho doce kilómetros!... Hasta la estación de Persant... ¡y había vuelto a toda leche!... En el andén de las mercancías, había guindado un auténtico tesoro... ¡un currelo fenomenal!... ¡Un cargamento de comestibles!... ¡Volvía con mantequilla!... ¡una pella entera!... ¡Dos ristras completas de salchichas!... tres cestas de huevos... morcillas, mermeladas, ¡y foie-gras!... Traía también la carretilla... Lo había birlado todo delante de la consigna, mientras los mozos del transporte habían ido al cambio de agujas... para entrar un poco en calor... ¡No había tardado dos minutos, Dudule, en ventilárselo! Pan sólo, nos faltaba... pero, ¡eso no nos impidió hacer un ágape!... ¡Algo tremendo!... ¡Pusimos el fuego al máximo! ¡Echamos casi un árbol entero!...

Des Pereires, al oírlo, se despertó del todo... Se levantó para jalar... ¡Se puso a trapiñar tan rápido, que se quedaba sin aliento! Se sujetaba la panza con las dos manos... «¡Ah! ¡La leche puta, la leche puta!...», exclamaba... ¡La gruesa gachí tampoco se hacía de rogar!... Quedó tan harta en unos minutos, que tuvo que tumbarse... Se revolcaba hasta por el suelo... del vientre a la espalda... despacito... «¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Courtial! ¡no va a pasar nunca! ¡Ah! ¡Qué hambre tenía, la verdad!...» Los chavales no cesaban de ir a vomitar otra vez por los rincones... Después volvían a ponerse las botas... El perro de Dudule también, estaba tan inflado ¡que aullaba como si lo mataran!... «¡Ah! ¡muchachos! ¡Ah! ¡qué majos! ¡Ah! ¡los monines!... ¡Ah! ¡La madre de Dios! ¡Ya era hora! ¡Ah! Estaba ahíto. «¡Ah! ¡Ya era hora! ¡La Virgen!» ¡No hay cosa mejor, la verdad!...» Ya no podía decir nada más des Pereires. Aún no se creía el milagro...

Debían de ser las cinco más o menos... Aún no era de día del todo... cuando oí a Courtial que removía toda la paja... Se levantaba... Se puso en pie... Calculé la hora por el estado de la chimenea... por el fuego, que estaba casi apagado... Me dije: «Ya está, ¡está tiritando!... No lo resiste más... Va a hacerse un café... ¡Habrá para todos!... ¡Muy bien!...» En efecto, se fue a la cocina... Era natural... Lo oí remover las cafeteras... Me habría gustado ir yo también... a trincarme una buena taza en seguida... Pero entre mi agujero y la puerta estaban todos los chavales roncando... unos encima de otros... Con las cabezas para acá y para allá... Me dio miedo pisárselas... Conque me quedé en mi hueco... Al fin y al cabo, no tiritaba demasiado... Estaba protegido por la pared... Me daba menos el viento que al viejo pureta. Estaba aterido y listo. Esperaba que volviese con la cafetera para detenerlo al pasar... Pero no acababa nunca... Se eternizaba allí, al fondo... Lo oí aún mucho rato revolver los utensilios... Y después lo oí abrir la puerta que daba a la carretera... Pensé: «Hombre, ¿va a mear afuera, entonces?...» Yo ya no entendía... Seguía esperando que volviese... Me dio un poco de aprensión... Estuve a punto de levantarme incluso... Y luego me quedé dormido otra vez... Estaba embotado.

Y después tuve una pesadilla... así, en lo más recóndito del sueño, ¡me peleaba con la tía purí!... Ella llevaba la voz cantante... Yo me soltaba... Ella volvía a la carga... ¡Qué tiberio!... ¡qué modo de enrollarse! Yo ya no podía librarme... ¡Un follón horrible! ¡me agarraba con la fuerza de un ahogado!... Me ponía la cabeza como un bombo con sus preguntas... Intentaba defenderme, taparme con la paja... pero se aferraba, ese bicho, ¡me tenía pillado por la chola!... ¡Y venga vociferar!... ¡y bramar el doble aún!... ¡Me retorcía las orejas con los dos puños!... Ya no quería soltarme... «¿Dónde

estaba, su Courtial?...» ¡Aullaba en todos los tonos!... Acababa de volver de la cocina... había ido a buscar el café... ¡Ya no quedaba ni una sola gota!... Conque, ¡armaba un pitote!... ¡Todos los recipientes vacíos!... ¡Se lo había soplado todo, el muy chulo!... todas las tazas, ¡las tres cafeteras, él solo!... antes de salir... ¿No me había dicho nada a mí?... Quería saberlo a toda costa...

«¡Que no! ¡Que no! ¡Ni palabra!...»

«¿Hacía dónde se ha largado?...» ¿Lo había visto yo en el patio?...

«¡Que no!... ¡Que no!...» ¡Yo no había visto nada!... La Mésange, que se había levantado sobresaltada, se puso a farfullar... ¡que había tenido un sueño muy extraño!... ¡que había visto en sueños al baranda Courtial subido a un elefante!... No era el momento de hacer caso de tonterías... Procurábamos, mejor, recordar lo que nos había dicho aquella misma noche... ¡Había jalado como un regimiento!... eso lo recordábamos... ¿Se habría encontrado mal?... ¿indispuesto?... ¿El frío fuera?... ¡Así comenzaron las hipótesis!... ¿Una congestión?... ¡Sin perder mucho tiempo nos lanzamos en su busca con los chavales!... Hurgamos toda la paja... todos los rincones de la casa... las dependencias, los dos cobertizos y el cuarto de los experimentos... Entonces, ¿no estaba en la queli?... Salimos por los campos... en las inmediaciones... y después un poco más lejos... Unos registrando hacia la ladera todos los barrancos, todos los bosquecillos... ¡Los otros como cosechando en todos los sentidos de la llanura!... Lanzamos el perro de Dudule... ¡Ni Courtial ni Cristo que lo fundó!... Volvimos a agruparnos... Íbamos a ir a recorrer otra vez el bosquecillo matorral a matorral... Se paseaba muchas veces por allí... Cuando justo entonces uno de los chavales notó en el alto panel del portón que había algo escrito... «¡Buena suerte! ¡Buena suerte!», con tiza... en letras mayúsculas y muy grandes... Y era su escritura sin duda...

La vieja al principio no comprendió... Refunfuñaba así: «¡Buena suerte! ¡Buena suerte!» Y nada más...

«¿Qué quiere decir?... ¡Huy, la Virgen! Pero, ¡si es que se ha largado!...» ¡La dejó turulata de repente!... «Pero, ¡se quiere quedar conmigo!... ¡Ah! ¡Vamos, hombre!... ¡Ah! ¡Buena suerte!... ¿Será posible?... ¿Buena suerte? ¡Me dice! ¡a mí!... ¡Hablarme a mí así!... ¡Ah! ¡vamos, hombre! ¡qué mala leche!» ¡Ah! estaba indignada... ¡absolutamente espantoso!...

«Pero, ¡si es que es inicuo!... ¡El señor se larga!... ¡El señor se va a bailotear!... El señor se las pira de excursión... ¡El señor se va de juerga a la ciudad! ¡Ese guarro! ¡Chulo! ¡Calamidad!... ¡Buena suerte!... ¡y listo!... ¡Y yo debo quedarme tranquila y contenta!... Entonces, ¿toda la mierda para mí? ¿Eh?... ¡Todo el estiércol para mí!... Si chapoteo... ¡allá te las apañes, vieja gilipuertas!... ¡Anda y que te den por culo!... Y después... ¡Buena suerte!... Conque, ¿cómo me va a parecer admisible?... ¡Dime, Ferdinand! ¿Qué te parece a ti?... ¡Ah! ¡será caradura, ese asqueroso!...»

¡Los chavales se mondaban oyéndola berrear otra vez!... ¡Yo no quería atizar el incendio!... Lo dejé enfriar un poco... Pero para mis adentros me decía... «¡El pureta estaba hasta los huevos ya de todos nosotros y del cultivo!... Se ha largado lo más lejos posible... ¡En seguidita lo vamos a volver a ver!...» Yo tenía un presentimiento... Recordaba lo que él me había dicho... Un recuerdo que escocía... Desde luego, decía muchas gilipolleces... Pero, de todos modos, ¿habría cumplido, por fin, su resolución?... el muy cerdo... ¿Dejándonos así a todos, abandonados?... en plena mierda hasta el cuello... No era de extrañar en él... Era hipócrita, rencoroso, sibilino con ganas... como treinta y seis osos... No era una sorpresa... Yo lo sabía desde siempre... «¡Los detalles no tienen importancia!. ¡Obnubilan la vida!... ¡Lo que hace falta es la resolución!... ¡La grande!... ¡Ferdinand! ¡La grande!... ¿Me oyes?...» ¡Bien que oía!... ¡Siempre con monsergas!... Pero, ¿y si se hubiera dado el zuri de una vez por todas?... ¡Eso sí que habría sido chungo!... ¡Una putada de verdad!... ¿Cómo íbamos a salir del atolladero, nosotros? ¡La vieja tenía más razón que un santo!... ¿Qué cojones podíamos hacer ahora, nosotros, con su leonera telúrica?... ¡Nada absolutamente!... ¡Nos acusaría todo el mundo de llenar de porquería la tierra entera!... ¿Qué íbamos a poder responder?... ¡Nos iban a dar para el pelo bien! Él

aún con sus modales... podía desconcertar... ¡intrigar a los salvajes!... Pero, ¿nosotros?... No existíamos.

Estábamos alelados... Intentábamos comprender... La vieja se iba calmando poco a poco... Los chavales volvieron a registrar toda la queli... Subieron otra vez al granero. Removieron todas las gavillas... «¿Volverá?... ¿No volverá?...» Ésa era la cantinela.

En Blême no tenía su sótano para esconderse como en el Palais... Tal vez no anduviera muy lejos... Tal vez fuese una simple fantasía... Una ocurrencia de maníaco... ¿Adónde iríamos con los chavales, si no volvía a aparecer?... La vieja, a fuerza de cavilar, recuperó un poquito la esperanza... Se decía que no era posible... que él también tenía un poco de corazón, de todos modos... que era una simple farsa ridícula... que volvería pronto, pese a todo... Empezábamos a recuperar la confianza... Sin razón alguna, por cierto... Sólo porque no quedaba más remedio...

La mañana estaba a punto de acabar, debían de ser más o menos las once... El cabrón del cartero volvió a aparecer... Yo fui el primero que lo divisé... Estaba mirando por la ventana... Se acercó... Entró... Se quedó plantado ahí, delante de la puerta... Me hizo señas a mí, para que saliera... que quería hablar conmigo... que me diese prisa... Di un salto... Me lo encontré bajo el porche, me susurró sobresaltado...

«¡Date prisa! ¡Sal de naja a ver a tu viejo!... Está allá abajo, en la carretera, después del paso del Druve... ¡en la subida a Saligons!... ¿Sabes la pequeña pasarela de madera?... ¡Allí se mató!... La gente de “Plaquets” lo oyó... Arton hijo y la tía Jeanne... Era un poco después de las seis... Con la escopeta... la grande... Me han encargado que os lo dijera... Que te lo lleves, si quieres... Yo no he visto nada... ¿has entendido?... Ellos tampoco saben nada... Sólo oyeron el escopetazo... Y, además, mira, dos cartas... Las dos son para él...» Ni siquiera dijo «adiós»... Se volvió a marchar a lo largo del muro... No había venido en bici, fue atajando por el campo... Lo vi llegar a la carretera, arriba, la de Brion, por el bosque.

Se lo dije bajito al oído... para que los chavales no lo oyeran... ¡Dio un salto hasta la puerta!... Salió de naja... Jalaba por la grava... Yo no había tenido tiempo siquiera de acabar... A los chinorris tenía que calmarlos... Sospechaban una catástrofe...

«¡No vayáis a coger frío!... ¡No saquéis las napias fuera!... ¡Yo voy a buscar a la purí!... ¡Vosotros seguid buscando a Courtial!... ¡Estoy seguro de que aún está aquí!... ¡Apalancado en alguna parte!... ¡No se ha esfumado!... ¡Removed toda la paja!... ¡Gavilla a gavilla!... ¡Está sobando en el fondo! Nosotros vamos a buscar a los gendarmes... ¡Nos han mandado llamar a Mesloir!... Para eso ha venido el cartero... No tardaremos mucho... ¡No tengáis miedo!... ¡Quedaros ahí, bien tranquilitos! Volveremos hacia las dos... ¡Que no os oigan desde fuera! ¡No os mováis!... ¡Registrad el sobradillo!... ¡Mirad un poco en la cuadra!... ¡No hemos buscado en las arcas!...»

Los chavales tenían horror a los guripas... ¡Así yo estaba tranquilo! ¡No se largarían! Se olían algo, desde luego... pero, ¿dónde?... No sabían...

«¡Sobre todo cerrad bien las burdas!...», les recomendé... Intenté divisar a la purí por la ventana... ¡Ya estaba en el quinto coño!... Me lancé al galope... Me costó la tira alcanzarla... ¡Najaba a toda leche por bosques y sembrados!... Por fin, ¡me pegué a su bul! ¡Tenía que hacerme trozos! ¡Joder!... ¡para seguirla!... De todos modos, iba cavilando... Así... ¡perdiendo el culo!... Y en el frenesí del galope... Me iba entrando una sospecha muy chunga... «¡Qué asunto más feo!», me decía... «¡Ya te han vuelto a dar por culo, chico! ¡Menudo cirio!... ¡Una broma pesada!... ¿conque el puentecillo sobre el Druve?... ¡Venga, hombre! ¡Un cuento!... ¡y bien chungo! ¡embuste de un jeta!... ¡Una broma siniestra y se acabó! ¡Ah!... ¡Me lo estaba temiendo!... ¡Cosa del cabrón del cartero!... ¡Era capaz, ese cerdo!... ¿Y los otros antropófagos?... ¡Vaya si eran sospechosos!... ¡Eso era lo que me venía a la cabeza en la

carrera!... ¿Y el andoba en ese preciso momento?... ¡Mientras nosotros nos matábamos jalando!... ¡por su cadáver!... ¿dónde se encontraba?... ¡Tal vez estuviera en La Grosse Boule simplemente!... ¡Jugando a las cartas! ¡y dejándose ganar el anís!... ¡Las víctimas éramos nosotros, una vez más!... ¡No me sorprendería lo más mínimo!... ¡A tunela atravesado no lo ganaba nadie!... ¡Me hubiera jugado el cuello! ¡que nos habían hecho el avión!...

Tras un gran trecho llano... a través de suaves ondulaciones cubiertas de cultivos, venía una subida muy escarpada por la falda de la colina... Al llegar allí, arriba del todo, ¡menudo lo que se veía!... ¡todo el paisaje, por así decir!... Resoplábamos peor que bueyes, la patrona y yo. Nos sentamos un instante, en el flanco del terraplén para dominar mejor... No tenía demasiada buena vista, la pobre tía boceras... Pero yo guipaba de forma penetrante... No se me ocultaba nada en veinte kilómetros a vista de pájaro... De allá, de la cima, tras el descenso y el Druve, que corría abajo... el puentecillo y la curva de la carretera... Allí distinguí entonces a huevo... en medio mismo de la carretera un gran bulto... ¡No había duda!... A tres kilómetros tal vez, ¡resaltaba sobre la grava!... ¡Ah! Y, además, en el mismo instante... ¡De un vistazo!... supe quién era... ¡Por la levita!... el gris... y, además, el amarillo herrumbroso de los alares... Nos lanzamos rápido... Bajamos corriendo la cuesta... «¡Siga! ¡siga!», le dije... «¡Usted! ¡derecha!... ¡Yo tiro por aquí!... ¡por el sendero!...» Adelantaba mucho... En un minuto estaba abajo... Ante el montón... Justo delante... Estaba todo acartonado, el viejo... apergaminado dentro de los alares... Desde luego, ¡era él!... Pero, ¡la cabeza era una carnicería!... Se la había reventado... Ya casi no le quedaba cráneo... ¡A bocajarro, vamos!... Tenía aún aferrada la escopeta... Estrechada en los brazos... Los dos cañones le entraban por la boca, le atravesaban la chola... Atravesaban toda la papilla... ¡Toda la carne hecha picadillo!... en jirones, flemas, flecos... Cuajarones, placas de pelos... Ya no tenía acáis... Se le habían saltado... La nariz estaba como al revés... Era un puro agujero su rostro... con los bordes viscosos... y una especie de bola de sangre que lo rellenaba... en el centro... coagulado... un gran pastel... y arroyos que chorreaban hasta el otro lado de la carretera... Sobre todo manaba de la barbilla, que parecía una esponja... Había hasta en la cuneta... formaba charcos cuajados en el hielo... La vieja se lo había mirado todo... Seguía ahí, plantada delante... ¡No dijo ni mu!... Conque me decidí... «Vamos a llevarlo al terraplén...», fui y le dije... Así, que nos arrodillamos los dos... Primero sacudimos un poco todo el fardo... Intentamos despegarlo... Hicimos un poco de fuerza... Yo tiré de la cabeza... ¡No se despegaba pero nada!... ¡No pudimos!... Estaba adherido de miedo... ¡Sobre todo de las orejas, completamente soldadas!... Estaba cogido como un solo bloque con la grava y el hielo... El tronco aún y las piernas también habríamos podido soltarlos tirando bastante fuerte... Pero, ¡la cabeza, no!... El picadillo... formaba un adoquín compacto con los cantos de la carretera... No era posible... El cuerpo arrugado en forma de Z... con el cañón ensartado en la cabeza... primero había que aflojarlo... y después sacar el arma... Tenía el lomo dislocado... el trasero entre los talones... Se había contraído en frío... Inspeccioné un poco los alrededores... Vi una alquería más abajo... ¿Sería la del cartero?... ¿La que me había dicho?... La de los «Plaquets»... Me dije: «Ahí está ese sitio... ¡Seguro que es ése!...» Avisé a la tía.

«¡Eh! ¡no se mueva!...», fui y le dije... «¡Voy a buscar gente!... ¡Vuelvo en seguida!... ¡Nos ayudarán!... ¡No se mueva de aquí!... Seguro que ésa es la alquería de Jeanne... Ésos son los que lo oyeron.»

Llegué cerca del caserón... Llamé primero a la puerta y después a la persiana... Nadie parecía oírme... Vuelta a empezar... Di media vuelta por las cuadras... Entré decidido al patio... ¡Golpeé y golpeé! Grité... ¡Seguían sin moverse!... ¡Y eso que yo sentía que había alguien!... ¡La chimenea humeaba!... Sacudí con violencia la burda... Aporreé, tintineé en los cristales... Iba a desvencijar los postigos si no acudían... Apareció una jeta, ¡menos mal!... ¡Era el chaval de la tía Jeanne!... El Arton del primer matrimonio... No se arriesgó demasiado... Asomó un poquito las napias... Le expliqué lo que quería... Una manita para transportarlo... ¡Ah! ¡ella saltó como un resorte al oír hablar de

tocarlo!... se opuso... se animó de repente... ¡No quería ni oír hablar de tocarlo!... Le impidió responderme incluso, al cagueta de su chavalín... ¡No quería que saliera!... ¡Se iba a quedar ahí! ¡Sí, señor! ¡Junto a su madre!... Si yo no conseguía sacarlo de la calzada... ¡Ya podía ir a buscar a los gendarmes!... «¡Para eso están, ésos!...» Por nada del mundo se habría metido en aquel asunto, los Arton, de la alquería... ¡No habían visto nada!... ¡Ni oído nada!... ¡Ni siquiera sabían qué había ocurrido!...

La tía des Pereires, allá arriba, subida al borde del talud, ¡me observaba parlamentar!... Lanzaba unos clamores atroces... Armaba un jaleo de la hostia... Muy propio de ella... Después del primer sobresalto, ¡ya es que era insoportable!... Yo les mostré de lejos, a esos dos salvajes, ¡la pobre mujer presa de la desesperación!...

«¿Oyen?... ¿Es que no oyen?... ¿El dolor horrible?... ¡No podemos dejarle a su marido así, en el barro, hombre!... ¿Qué es lo que temen ustedes?... ¡Que no es un perro, joder!... ¡No tiene la rabia!... ¡No es un ternero!... ¡Que no tiene la fiebre aftosa!... ¡Se mató y se acabó!... Era un hombre sano... ¡No tiene el muermo!... ¡Habría que resguardarlo, al menos, un momentito en el cobertizo!... ¡Mientras llegan los otros!... Antes de que venga un coche... ¡Le va a pasar por encima!...» ¡No daban su brazo a torcer, aquellos mierdas!... Se ponían cada vez más testarudos incluso, a medida que yo insistía... «¡Que no! ¡Que no!...», se sublevaban... Desde luego, ¡que no lo iban a acoger!... En su casa, ¡jamás!... Eso ni hablar... Ni siquiera quisieron abrirme... Me decían que me largara a otra parte... Ya me estaban tocando los cojones con ganas... Conque le dije, a ese pendón:

«¡Bueno! ¡Bueno! ¡Vale! ¡Vale! ¡Señora! ¡He entendido!... ¿No quiere? ¿Es su última palabra? ¡Seguro? ¡Muy bien! ¡Bueno! ¡Muy bien!... ¿No quiere caldo? ¡Pues tendrá dos tazas! ¡Y listo! ¡Me voy a quedar yo, entonces! ¡Sí, señor! ¡Como lo oye!... ¡Me voy a quedar ocho días! ¡Un mes! ¡Todo el tiempo que haga falta!... ¡No dejaré de gritar hasta que lleguen!... ¡Gritaré a todo el mundo que fueron ustedes!... ¡Quienes lo tramaron todo!...» ¡Ah! Entonces pusieron una cara... ¡Ah! ¡qué canguelo, la hostia puta!... ¡Ah! ¡qué acojono les entró! ¡Y yo seguía armando follón!... ¡Ah! pero, ¡no me iba a rajar!... ¡Era capaz de tener un ataque epiléptico para pegársela mejor!... ¡es que me estaban poniendo de una mala hostia, esos cerdos!... Ya es que no sabían qué hacer conmigo... La vieja, desde lejos, desde el terraplén, me gritaba cada vez más... Quería que me diera prisa... «¡Ferdinand! ¡Oye, Ferdinand!... ¡Trae agua caliente!... ¡Trae un saco! ¡una arpillera!...» Lo único que aceptaron, los dos cabronazos... al final... después de tanto jarabe de pico y para que soltara un poco su persiana... fue prestarme la carretilla y con la absoluta condición de que se la devolviera ese mismo día... ¡totalmente lavada y aclarada!... ¡limpiada con estropajo y lejía!... Insistieron en detalle... ¡Lo repitieron veinte veces!... Conque volví a subir toda la cuesta con esa herramienta... Tuve que volver a bajar a pedir una llana... para despegar la oreja, qué caramba... romper los grumos... Lo conseguimos muy despacito... Pero entonces volvió a brotar la sangre... a manar en gran abundancia... El chaleco de franela ya no era sino un montón de gelatina, una papilla en la levita... todo el gris se volvía rojo... Pero lo más terrible fue para desprender la escopeta... El cañón estaba tan duro en el enorme tapón de carne del cerebro... estaba tan atrancado, ¡hecho un bloque con la boca y el cráneo!... que tuvimos que ponernos los dos... Ella sujetaba por un lado la cabeza y yo tiraba por el otro de la culata... cuando el cerebro cedió, volvió a soltar jugo aún más fuerte... chorreaba por los cañones... humeaba también... aún estaba caliente... salió un chorro de sangre por el cuello... Se había empalado, tieso... Había caído de rodillas. Se había desplomado así... con el cañón en el fondo de la boca... Se había reventado toda la cabeza...

Una vez que lo soltamos, lo echamos boca arriba... con el vientre y la chola al aire... pero, ¡se volvió a doblar! Se quedaba en forma de Z... Menos mal que pudimos instalarlo entre los montantes de la carretilla... El cuello, el muñón de la cabeza, estorbaban, de todos modos, un poquito... Se bamboleaba contra la rueda... La vieja se quitó la falda... y la gruesa blusa escocesa para recostarle mejor la chola... Para que le manara un poco menos... Pero en cuanto nos pusimos a rodar... con los

choques y los tumbos... empezó a brotar otra vez, ¡y cada vez más espeso!... Nos podían seguir por el rastro... Y eso que yo iba muy despacio. Avanzaba a pasitos... Me detenía cada dos minutos... ¡Tardamos por lo menos tres horas en recorrer los siete kilómetros!... Desde muy lejos vi a los gendarmes... sus caballos más bien... delante de la alquería... Nos estaban esperando... Eran cuatro y el cabo... y, además, un civil, alto, al que yo no conocía... No lo había visto nunca, a ése... Avanzábamos centímetro a centímetro... Yo ya no tenía la menor prisa... Llegamos, de todos modos, al final... Bien que nos habían visto llegar... por lo menos desde la cresta de la meseta... Seguro que nos habían localizado... aun antes de que entráramos en el bosque...

«¡Venga! Tú, chorra, ¡deja la carretilla bajo la bóveda! ¡Entrad por aquí los dos!... El comisario llegará dentro de un rato... ¡Ponedle las esposas! ¡y a ella también!...» Nos encerraron en el granero. El gendarme se quedó delante de la puerta.

Esperamos varias horas así, ahí, sobre la paja... Yo oía a todo el populacho que alborotaba delante de la alquería. ¡Se estaba poblando, la aldea!... Debían de afluir de todas partes... Debía de haber algunos bajo la bóveda... Los oía charlar... Quien no venía era el comisario... El cabo entraba, salía, se estaba poniendo de lo más rabioso... Quería dar prueba de celo, mientras esperaba a la justicia... Daba órdenes a sus guripas...

«¡Disuelvan a todos los curiosos! ¡Y tráiganme a los prisioneros!...» Ya había hecho preguntas a todos los chinorris... Nos hizo volver ante él y luego regresar otra vez al fondo del granero... y después salir otra vez... ¡Nos fastidiaba con ganas, el muy cerdo!... Se propasaba... Nos trataba como una fiera... ¡Quería horrorizarnos!... Para que cantásemos de plano, sin duda... ¡confesáramos en seguida!... ¡Ya podía esperar sentado!... ¡No teníamos derecho, decía, a cargar con el cuerpo! ¡Que eso en sí era un crimen!... ¡Que no debíamos haberlo tocado!... ¡Que estaba muy bien sobre la carretera!... ¡Que ya no podía hacer el atestado!... ¡Ah! Y que si nos chupábamos veinticinco años de presidio, ¡nos íbamos a enterar de lo que valía un peine! ¡La hostia puta! ¡Ah! ¡No le hacíamos gracia, al maricón!... En fin, ¡unos pitotes de lo más cabrón! ¡berridos lo que se dice de hijoputa!...

La vieja ya no abría el pico, desde que habíamos llegado. Seguía así, sollozando, en cuclillas contra el batiente. Sólo le salía hipo y dos o tres lamentos siempre... A mí se dirigía...

«¡Nunca lo habría creído, Ferdinand!... ¡Es demasiado, la verdad!... ¡Demasiada desgracia, Ferdinand!... ¡Ya es que no me quedan fuerzas!... ¡No!... ¡No puedo más!... ¡No me lo creo!... ¡No me creo que sea verdad, Ferdinand!... ¡Dime, tú!... ¿Es verdad, seguro? ¿Crees que es verdad? ¡Di, tú!... ¡Ah! mira, ¡no es posible!...» Ahí sí que estaba bien chiflada... Había recibido lo suyo... una chaladura ciega... Pero, en cuanto el otro madero volvió a soltar por la boca, a tratarnos de asquerosos, con su acento tan chulángano... ¡la provocó pero bien!... Pese a estar hecha polvo... ¡Saltó ante la afrenta!... ¡Un efecto terrible!... ¡Se puso como una fiera!... ¡Reaccionó con su estilo!

«¡A ver! ¡Un momento!», replicó... «Hace mucho aire y no oigo bien... ¿Cómo dice?...» Se levantó y se puso ante sus narices... «¿Cómo dice usted?... ¿Que soy yo quien lo ha matado?... Pero, ¡está usted bebido, muchacho!... ¡Ah! ¡tiene una jeta!... Pero, bueno, ¿están locos todos?... Pero, ¿cómo?... ¿A mí vienen a acusarme?... ¿Por ese golfo?... ¿Ese abusón?... ¿ese bandido?... ¡Ah! ¡ésta sí que es buena!... ¡Ah! ¡demasiado!... ¡Ah! ¡la mandaré copiar!... ¡El gusano causante de mi desgracia!... ¡Y no es la única que me ha hecho!... Pero, ¡si es a mí!... ¿me oye?... ¡si es a mí precisamente! ¡a quien él ha asesinado siempre!... ¡Ah! ¿el vampiro? pero, ¡si es él!... Pero, ¡no sólo una vez! ¡ni diez!... ¡ni cien veces!... ¡sino mil! ¡diez mil veces!... Pero, ¡si es que aún no habían nacido ustedes, todos los que son, cuando ya me estaba asesinando todos los días!... Pero, ¡si es que me hice trozos por él!... ¡Sí! ¡eché las tripas!... ¡Pasé semanas sin jalar para que no se lo llevaran a Rungis!... Toda la vida, ¿me oyen?... ¡Deslomada! ¡Chuleada!... ¡yo! ¡Sí!... reventada. Sí, ¡toda mi vida por ese canalla!... Pero, ¡si hice todo lo posible para sacarlo!... ¡Todo!... ¡Todo el mundo lo sabe, además!... ¡Basta preguntarles!...

¡A los que saben! Que nos conocen... ¡Que me han visto!... ¡Vayan al Palais-Royal!... ¡Vayan a ver a Montretout!... ¡Allí me conocen!... Allí lo saben, todo lo que he hecho... ¡cómo me martiricé!... ¡Ferdinand puede contarles!... Es joven, pero, ¡bien que se da cuenta!... ¡Hice milagros, yo, señor mío!... ¡para que no volviera a caer en el arroyo!... ¡Milagros!... ¡Ni en la deshonra!... ¡Era su forma de ser!... Se revolcaba más bajo que una cerda, ¡si se le dejaba un solo minuto!... Se desplomaba en todas las zanjas... ¡No lo podía remediar!... ¡Sí!... ¡No me da miedo decirlo!... ¡una letrina! ¡Nada tengo que ocultar!... Para empezar, todo el mundo lo sabe... ¡Ni la menor vergüenza! ¡qué leche!... ¡Tenía todas las malas inclinaciones!... ¡Todas! ¡Todas las peores! ¡Que hasta ustedes, gendarmes, son demasiado jóvenes para comprenderlas!... ¡Hasta para entenderlas son demasiado jóvenes!»

¡Los miraba fijamente, a los guris!... No llevaba sombrero, los pelos le caían sobre los ojos, mechones grises enredados... Transpiraba con ganas... Titubeaba un poquito, se sentaba otra vez.

«¿Les parece aceptable su final?... ¿Eso es todo lo que vienen a decirme ahora?... ¡Tratarme a mí como a una fulana!... ¡Ésa es mi recompensa!... ¡Si ustedes supieran, la de deudas!... ¡Ah! ¡Tampoco saben eso!... ¡Y cómo se la traía floja!... ¡Un pufo aquí!... Un pufo allá... ¡Ve a pagarlos tú, cielo! ¡Y siempre otros nuevos!... Rómpete los cuernos... ¡Para eso estás! ¡Un farol! ¡Polvos de la madre Celestina! ¡Puro humo! ¡Un camelo! ¡Anda ahí! ¡Lampando!... ¡Así vivió siempre! ¡Sólo entendía eso! ¡el aliguí! ¡El derrote! ¡Ni asomo de sentimiento!...» Se retorcía de pena, ¡gritaba entre las sacudidas!...

«¡Fui yo! ¡yo hasta el final quien preservé su casa! Si no la hubiese defendido, ¡hace siglos que se la habría pulido! ¡Ya es que no podía contenerse!... ¡Aprovechó, el muy calamidad, justo cuando caí enferma! ¡Que ya no podía darme cuenta de nada!... Se lo fundió todo... ¡Se lo bebió todo!... ¡Lo malvendió todo en el acto! Pregunten si no es verdad... ¡Si miento yo!... ¡Nada! ¡Nunca! ¡me perdonó! ¡Nada! ¡No podía!... ¡Era superior a sus fuerzas!... ¡Tenía que martirizarme!... ¡Todo para sus zorras! ¡Todo para sus vicios!... ¡Sus caballos!... ¡Sus carreras! ¡Sus chirigotas!... ¡Todas sus curdas!... ¡Y yo qué sé qué más!... ¡La generosidad!... ¡A desconocidos daba!... ¡Cualquier cosa!... ¡Con tal de que se esfumara!... ¡Tenía un agujero en las manos!... ¡Que yo la palmara le daba completamente igual!... ¡Es lo que siempre quiso! ¡Llevábamos treinta años así!... ¡Treinta años llevo soportándolo todo!... ¡no es un segundo, treinta años!... ¡Y ahora me acusan a mí!... ¡Después de todas las peores vejaciones!... ¡Después de haberlo aguantado todo!... ¡Ah, pues vaya! ¡Ya es que pasa de castaño oscuro!...» Ante semejante barbaridad volvía a darle el delirio. «¿Cómo es posible? ¿Cómo? ¡Dios no puede permitirlo! Va y se desfigura... ¡se larga!... ¡Se hace papilla! ¿ahora soy yo la culpable? ¡Huy, huy, huy! Pero, ¡si es que es el colmo!... ¡Como para caerse de culo!... ¡Ah! ¡qué mala leche! ¡Ah! ¡se podrá decir hasta el final que me ha fastidiado la vida, ese payaso asqueroso!... Pero, ¡yo estoy lista!... ¡Yo me quedo!... ¡Tú! ¡Tú! ¡Aguanta ahí, vieja gilipuertas! ¡No quedará nada! ¡ni un céntimo! ¡Deudas sólo! ¡Deudas! ¡Eso le trae sin cuidado! ¡A él! ¡con tal de dilapidar!... ¡Todo! ¡me hizo perder!... ¡Bien que lo sabe eso Ferdinand! ¡Vio la situación!... ¡Vio cómo me ajetreé, desquicié, devané los sesos hasta el último segundo!... ¡Para que no dejáramos Montretout!... ¡Para no venir a este rincón de mierda! ¡A enterrarme con sus patatas!... ¡Fue en vano!... ¡Era tozudo como un mulo!... ¡Bien que lo sabe también eso Ferdinand!... ¡Todo lo arruiné!... ¡Todo lo perdí por ese pelele!... ¡Ese golfo redomado! Mi situación, ¡mi carrera! Un buen oficio, ¡mis amigos! ¡Todo!... ¡mis padres!... ¡Nadie quiso volver a vernos!... ¡Atajo de rufianes! ¡bandas de golfos desatados! ¡escapados de Charenton!...[31] ¡Me estropeé la salud!... Primero, ¡la operación! ¡Y, además, he envejecido veinte años durante los seis últimos meses!... Antes de conocerlo, ¡no tenía nunca nada!... ¡No sabía lo que era un catarro!... ¡Digería cualquier cosa!... ¡Tenía un estómago como de piedra!... Pero, ¡a fuerza de catástrofes!... ¡Nunca traía otra cosa!... ¡Y era el cuento de nunca acabar! En cuanto habíamos acabado... ¡Hale! ¡ya estaba inventando otra! ¡Cada vez más extravagante!... ¡Perdí la resistencia! ¡Es bien fácil de entender! Me operaron, ¡tenía que ocurrir!... Bien que me lo dijeron en la clínica de

Péan... “¡No vuelva a empezar con esa vida, señora des Pereires!... ¡las consecuencias serían fatales!... ¡Precauciones!... ¡cautelas!... ¡No demasiadas preocupaciones!...” ¡Ah! ¡anda y que te den por culo! ¡Era peor de un año para otro!... Nunca un minuto de calma... ¡sólo procesos! ¡requerimientos judiciales!... ¡Papel verde!... ¡papel amarillo!... ¡Acreedores delante de todas las puertas! ¡Perseguida!... Así he vivido... ¡Perseguida día y noche!... ¡Exactamente! ¡Auténtica vida de criminal!... ¡Por él también! ¡siempre por él!... ¿Quién habría podido resistir?... ¡No he dormido, en los últimos veinte años, una sola noche completa! ¡Por si quieren saberlo! ¡Es la verdad pura y simple!... ¡Me quitaron todo, a mí!... ¡el sueño, el apetito, los ahorros!... ¡Me dan unas tufaradas, que no me puedo sostener en pie!... ¡Ya es que no puedo coger un ómnibus! ¡En seguida me entran náuseas!... En cuanto voy un poco deprisa, aun a pie, ¡veo las estrellas!... ¡Y ahora me dicen, encima, que soy una asesina!... ¡Ya es que pasa de la raya! ¡Hombre! ¡Miren ustedes mismos, antes de hablar de cosas así!...»

Los condujo bajo la bóveda, a los cuatro guripas y al cabo... Se acercó al cuerpo... remangó el pantalón...

«¿Le ven los calcetines?... ¿Los ven bien?... Bueno, pues, ¡él llevaba el único par!... ¡No había otros en la casa!... ¡Nosotros no tenemos!... ¡Nunca! ¡Ni Ferdinand! ¡Ni los chavales!» ¡Se alzó sus propios alares para que se dieran cuenta bien, los guripas!... «¡Yo misma llevo también los pies descalzos!... ¡Eh! ¡ya lo ven!... ¡Nos hemos privado todo el tiempo por él!... ¡Por él solo! ¡Él nos lo cogía todo!... ¡Le dimos todo lo que teníamos!... ¡Se quedó con todo!... ¡todo siempre! ¡Dos casas!... ¡Un periódico!... en el Palais-Royal... ¡Motores!... Cien mil bártulos más, ¡chapuzas infernales!... ¡que costaron yo qué sé cuánto!... ¡un ojo de la cara!... ¡toda la pesca! ¡Para satisfacer sus manías!... Ni siquiera puedo contarlo todo... ¡Ah! ¡Nunca lo contrariamos! ¡Ah! ¡No fue por eso, se lo aseguro, por lo que se liquidó!... ¡Estaba mimado!... ¡Estaba corrompido! ¡Eso! ¡Corrompido! ¿Quieres cachivaches eléctricos?... ¡Muy bien, hijo! ¡aquí los tienes!... ¿Quieres que vayamos al campo?... ¡Muy bien!... ¡Iremos!... ¿Quieres, además, patatas?... ¡Entendido!... ¡No paraba!... ¡No había error! ¡ni confusión! ¡El señor no podía esperar nunca!... ¿No querrías la Luna por casualidad?... Perfecto, corazón, ¡la tendrás!... ¡Siempre nuevos caprichos! ¡Nuevas manías!... ¡A un chiquitín de seis meses, señores míos, se le niegan más cosas!... ¡Tenía todo lo que deseaba! ¡Ni siquiera le daba tiempo a hablar! ¡Ah! ¡fue mi gran debilidad!... ¡Ah! ¡qué castigo he recibido!... ¡Ah! ¡si lo hubiera sabido allí! ¡miren! cuando lo encontré con la boca hecha trizas... ¡los cuentos con que me vendrían ahora!... ¡Ah! ¡si lo hubiera sabido!... Pues, bien, ¡ya pueden estar seguros! ¡Ah! ¡Que no lo habría traído nunca! ¡No sé lo que sentiría el chaval!... Pero, ¡yo!... Pero, ¡yo! ¡Miren! ¡Yo! ¡mejor habría sido que lo hubiera tirado en la cuneta! ¡No vendrían a fastidiarme!... ¡Ahí debería estar!... ¡El maldito cochino! ¡Es lo único que merece! ¡Me trae sin cuidado ir a la cárcel!... ¡Me da totalmente igual!... ¡No voy a estar peor ahí que fuera!... Pero, ¡me cago en la hostia! ¡Ah! ¡La puta hostia! ¡No! ¡qué caramba! ¡No quiero ser tan tontaina!...»

¡Vamos! ¡Vamos! ¡Venga por aquí! ¡Ya contará todo eso a los otros! ¡Responda primero a las preguntas!... ¡Basta de cháchara!... ¿Dice usted que no la conocía, la escopeta con la que se mató?... ¡Y eso que la ha traído!... Y el gachó, ¿la conocía?... ¿Se la había metido en la cabeza? ¿Eh? Así lo encontraron, ¿no? ¿Ustedes dos la sacaron?... ¡A ver! ¿Cómo ha sido eso?...»

«Pero, ¡si yo no lo he dicho nunca, que no conociera la escopeta!... Estaba ahí arriba, en la campana de la chimenea... ¡Todo el mundo la había visto siempre!... ¡Pregunten a los chavales!...»

«¡Venga! ¡Venga! ¡Déjese de comentarios imbéciles! Dígame ahora mismo los nombres de pila, el lugar de nacimiento... el apellido... Primero, ¡la víctima!... La fecha, el lugar de nacimiento... ¿Cómo se llamaba, a fin de cuentas?... ¿Courtial?... ¿Cómo?... ¿Y dónde había nacido?... ¿Se sabe? ¿Ocupaciones?...»

«Pero, ¡si no se llamaba Courtial!...» respondió ella de sopetón... «¡No se llamaba des Pereires!...

¡Ni Jean! ¡Ni Marin! ¡Ese nombre se lo había inventado!... ¡Igual que todo lo demás!... ¡Un invento más! ¡Una mentira!... ¡Sólo sabía decir mentiras!... ¡Siempre! ¡Por todas partes! ¡Y más aún!... Se llamaba Léon... ¡Léon-Charles Punais!... ¡Ése era su verdadero nombre!... No es lo mismo, ¿verdad?... ¡Como yo me llamo Honorine Beauregard y no Irène! ¡Ése era otro nombre que me había puesto!... ¡Tenía que cambiarlo todo!... ¡Tengo las pruebas de todo eso!... ¡Las tengo!... No hablo para engañar. ¡Nunca me separo de ellas!... ¡Ahí lo tengo, mi Libro de Familia!... Voy a ir a buscarlo lo primero... Había nacido en Ville-d'Avray en 1852... ¡el 24 de septiembre!... ¡era su cumpleaños! Voy a buscarlo... está ahí en mi bolso... ¡Ven conmigo, Ferdinand!...»

El cabo transcribía... «¡Acompañen a los prisioneros!», ordenó a los dos maderos... Volvimos a pasar ante la carretilla... Regresamos una vez más... uno de los guris preguntó... gritó así desde la bóveda:

«¿Podemos entrarlo ahora?...»

«¿Entrar qué?...»

«¡El cuerpo! ¡cabo!... ¡Se ha congregado gente!»

Tuvo que pensárselo...

«Entonces, ¡éntrenlo!...», dijo... «¡Llévenselo a la cocina!» Conque lo sacaron de la carretilla... Lo levantaron muy despacio... Lo transportaron... Lo dejaron sobre las baldosas... Pero seguía deforme... Seguía sin distenderse... Se puso de rodillas, la vieja, para mirarlo más de cerca... Los sollozos le venían muy fuertes... las lágrimas, a mares... me agarraba con las esposas... La angustia la trastornaba... Parecía enteramente que acabara de darse cuenta de que no era sino papilla...

«¡Ah! ¡Ah! ¡Mira, Ferdinand!... ¡Mira!...» Olvidaba el Libro de Familia, ya no quería levantarse más... se quedaba así sobre el montón...

«Pero, ¡si es que ya no tiene cabeza, Dios mío!... ¡Ya no tiene cabeza, Ferdinand! ¡Querido! ¡Querido! ¡Tu cabeza!... ¡Ya no tiene!...» Suplicaba, se arrastraba bajo los gendarmes... Reptaba entre sus botas... ¡Rodaba por el suelo!...

«¡Una placenta!... ¡Es una placenta!... ¡Lo sé!... ¡Su cabeza!... ¡Su pobre cabeza!... ¡Es una placenta!... ¿Has visto, Ferdinand?... ¿Ves?... ¡Mira!... ¡Ah! ¡Oh! ¡Oh!...» ¡Los gritos de degollada que lanzaba!...

«¡Ah! ¡Toda mi vida!... ¡Ah! ¡toda mi vida!... ¡Oh! ¡Oh!...», así, cada vez más agudos.

«¡No soy yo, señores, quien ha hecho esto!... ¡Yo no, qué caramba!... ¡Se lo juro!... ¡Se lo juro! ¡Toda mi vida para él!... ¡Para que fuese un poco feliz!... ¡para que no se quejara!... ¡Bien que me necesitaba!... noche y día... ¡eso seguro!... ¡No es mentira! ¿Eh, Ferdinand? ¿Es que no es verdad? ¡Siempre todos los sacrificios!... ¡Ya no tiene cabeza!... ¡Ah! ¡Cómo me odian todos!... ¡No se guardó nada!... ¡Buena suerte!... ¡Buena suerte!... dijo... ¡mi pobre cielito!... ¡Dios mío! ¿han visto?... ¡está escrito!... ¡Fue él, qué caramba!... ¡Está escrito por su mano! ¡Yo no! ¡El pobre desgraciado! ¡Yo no! ¡Buena suerte! ¡Fue él! ¡Absolutamente solo! Bien que se ve, ¡es su escritura! ¡Ah! ¡Yo no!... ¡Bien que se ve, qué caramba!... ¿No es verdad que se ve bien?...»

Cuan larga era se había tirado sobre el suelo... Se sacudía con todo el cuerpo... Se estrechaba contra Courtial... Se estremecía mientras le suplicaba... Seguía hablándole, de todos modos...

«¡Courtial! ¡por favor! Courtial... ¡dime! ¡Dímelo eso, a mí, cielo!... ¿Por qué lo has hecho?... ¿Por qué eras tan malo?... ¿Eh? ¡Dime! ¡Amor! ¡tesoro!...» Se volvía hacia los guris...

«¡Es él! ¡Es él! ¡Es una placenta! ¡Es una placenta!...» Volvía a entrar en trance... se jalaba los mechones... ya no nos entendíamos en el cuarto, con sus berridos tan fuertes... Todos los curiosos, a la ventana, se subían unos sobre otros... Se mordía las esposas, se retorcía, atormentada, por el suelo. La levantaron a la fuerza los gendarmes, la trasladaron al granero... Lanzaba gritos de empalada... Se aferraba a la puerta... Caía... volvía a la carga... «¡Quiero verlo!... ¡Quiero verlo!...», aullaba... «¡Enseñádmelo!... ¡Quieren cogerlo!... ¡los asesinos!... ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Mi niño! ¡Mi niño!... ¡Tú,

no, Ferdinand! ¡Tú, no!... ¡Tú no eres mi cielito!... ¡Quiero verlo!... ¡Piedad!... ¡Quiero verlo!...» Todo así durante una hora. Tuvieron que volver, quitarle las esposas... Entonces se calmó un poco... A mí no me las quitaron... Y eso que prometí que me estaría tranquilo.

Por la tarde llegó otro sorche en bicicleta... Venía a propósito de Persant... Volvió a decir al cabo que no debíamos tocar nada, nosotros... Que era la autoridad judicial la que iba a venir... no el comisario... Que eran órdenes del propio juez de instrucción... Nos ordenó también que preparáramos las cosas de los chavales, que se marcharían todos el día siguiente a primera hora... Que los esperaban en Versalles en un refugio de asistencia, «La preservación juvenil»... ¡Así lo ordenaban también!... ¡No debía quedar ni uno después de las diez de la mañana!... Dos personas debían llegar a propósito de Beauvais para llevárselos... acompañarlos a la estación...

Repetimos las órdenes a los chinorris que estaban en el patio, había que avisarles... que se había acabado nuestro rollo... ¡que era cosa pasada!... Aún no entendían del todo... Se preguntaban qué iban a hacer... Adónde iban a llevarlos... Si no sería una simple broma... ¡Intenté hacerles comprender que se había acabado lo que se daba!... ¡Que estábamos en las últimas!... ¡Ya es que no chanelaban pero nasti!... ¡Que el juez había ordenado que se liquidara todo el negocio!... ¡Que se devolviera acto seguido a toda la «raza nueva» a casa! ¡Que iban a dar el lique al mismo tiempo a todo nuestro cultivo de los «efluvios»!... ¡que no querían ni ver nuestro tinglado!... ¡Que estaban feroces de verdad todos!... ¡Implacables! ¡Resueltos! ¡Que se a-ca-bó!... ¡Que íbamos a buscar a sus viejos!... ¡Que esa vez había que encontrarlos!...

¡Todo eso les sonaba a chino!... Ya no estaban acostumbrados a que los trataran como a chinorris... ¡Estaban demasiado emancipados!... ¡ya es que no comprendían los asuntos de la obediencia!... ¡No era muy complicado reunir sus bártulos!... no tenían, en una palabra, sino sus huesos... ¡y los alares encima!... en punto a atavío... Tenían calcos del «mangue», que nunca eran de su número. Muchas veces sólo se ponían uno... Por lo general, ¡pinreleaban descalzos!... Bueno, pues, encontraron, aun así, modo de embarcar todo un batiburrillo... miríadas de clavos, ganchos, armadijos, hondas, cuerdecillas, trampas de liga... juegos enteros de limas, cizallas y todos los muelles en espiral, y también hojas de navajas enastadas en largos bastones... dos ganzúas completas... Sólo el Dudule no tenía nada... Trabajaba con los dedos... Creían, los chinorris, que allá donde los enviaban todo eso podría servir aún... ¡No se daban cuenta!... Y eso que yo había insistido pero bien... No se tomaban nada a lo trágico... ¡Y eso que bien que habían visto al viejo con la jeta hecha cisco! Y bien que la oían, a la vieja, a través de la puerta... cómo las piaba... Pero ya no los espantaba...

«Yo, mira», me decía Dudule, «¡te aseguro que el jueves estaremos de vuelta!...»

«¡Tú no los conoces, cheli!», le respondí... «¡Sobre todo no os hagáis los duros!... ¡Os enchiquerarían para toda la vida!... ¡Tienen unos chabolos terribles!... ¡Andaos con ojo! ¡no seáis listillos!... ¡Cerrad bien la mui todos!...» Hasta la Mésange se puso chulita: «¡Que te crees tú eso, Ferdinand! ¡De eso, nasti! ¡Nos dan el piro para que no veamos el entierro!... ¡Todo es una pura trola!... ¡Volveremos el domingo, seguro!... ¡Cuando se haya acabado!...» Por mí, encantado... Empaquetaron todas las mercancías... Aún hubo discusiones sobre el reparto... Todos querían el «elástico»... el grueso, espeso... ¡Eran unos hachas para los gorriones!... Se llevaron alambre, casi dos rollos... ¡Y que pesaban la tira!... Pero, ¡no quedaba ni nada, joder! ¡Todo un cofre en el cobertizo!...

Las dos damas acompañantes llegaron antes de lo que pensábamos... Un poco tipo «hermanitas». Sin cofias, pero con hábitos grises hasta la garganta, idénticos los dos, y mitones... y unas voces extrañas, demasiado dulces y muy insistentes... Aún no era de noche...

«Bueno, a ver, hijitos... Va a haber que darse un poquito de prisa...», dijo, como quien no quiere la cosa, la más delgada. «¡Espero que os portéis bien, todos!... Vamos a hacer un viaje bonito...» Los colocaron en filas de dos... Y Dudule solo delante... Era la primera vez que se ponían en fila

ordenada... Las damas preguntaron el nombre a todos...

«¡Ahora os vais a estar calladitos!... ¡Sois unos niños muy formalitos!... ¿Cómo te llamas tú, monina?...»

«¡Mésange-Petite-Peau!...», respondió. Así era, por cierto, cómo la llamaban los otros. Aún eran nueve en total... Cinco chicos, cuatro chicas. El Dudule nos dejaba su chuquel... En Versalles no podía estar... Rompieron filas un momento... ¡Se olvidaban de la purí!... Seguía en su granero... Fueron corriendo a darle un beso... Hubo algunas lágrimas, lógicamente... No era, la verdad, una separación alegre precisamente... vistas las circunstancias... La que más lloró fue la Mésange...

«¡Adiós, Ferdinand!... ¡Adiós! ¡Hasta pronto!...», me gritaban aún desde el otro extremo del patio... las damas estaban agrupando a su tropa...

«¡A ver, niños! ¡A ver!... Vamos, niñas...» Me llamaban por última vez desde el camino a lo lejos... «¡Hasta pronto, colega!... ¡hasta pronto!...»

¡Joder! ¡Joder! Yo me daba cuenta... La edad es la putada mayor... Los niños son como los años, no los vuelves a ver nunca más. Al perro de Dudule lo encerraron con la purí. Lloraban juntos los dos. Él era el que gemía más fuerte. Aquel día, es verdad, lo puedo asegurar, fue uno de los más chungos de mi vida. ¡Hostias!

Una vez que partieron así los chavales, el cabo se instaló con sus hombres en la cocina. Vieron que yo estaba bien tranquilito, me quitaron las esposas... El cuerpo estaba al lado... Ya no había nada más que hacer, pues hasta el día siguiente no se esperaba la llegada del fiscal... Iba a hacer la «instrucción», como ellos decían. Lo comentaban, los guris... En fin, ya no nos ponían a parir. Y, además, es que tenían hambre... Inspeccionaron las alacenas... a ver si veían algo de jalandria... También querían pimplar... Pero no quedaba nada de priva... Volvimos a encender el fuego... Caía lluvia en la chimenea... Y luego se puso a hacer mucho frío otra vez. Febrero es el mes más corto, ¡también el más malo!... El comienzo del invierno no había sido demasiado duro... ahora se vengaba, la estación... Hablaban de todo eso, entre sí, los maderos... Eran campesinos de espíritu... Arrastraban las botas por todos lados... Yo les miraba la jeta de cerca... Fumaban sus pipas... Estaban en torno a nuestra mesa... Teníamos tiempo de contemplarnos... Llevaban como una espesa pana de ojos para abajo. Las mejillas totalmente blindadas... y michelines en torno al cuello... que les subían hasta las orejas... Estaban bien cargados de substancias, ¡bastante barrigones! sobre todo uno que era el doble de los otros... ¡No había que ofrecerles demasiado! Sus bicornios formaban una pirámide en el centro de la mesa, encajados en una pila... ¡Sus botas también eran ad hoc para hacer las siete leguas!... ¡Paragüeros!... Cuando se levantaban los cinco arrastrando los sables, desencadenaban un estrépito, que no veas... Pero cada vez tenían más sed... Fueron a buscar sidra a la casa de los viejos, en el extremo del caserío... Más adelante, hacia las ocho de la tarde acaso, llegó otro sorche... Venía del cuartel... Les traía alpiste y un poco de papeo... cinco ranchos... A nosotros nos quedaba café. Les dije que les podíamos hacer un poco, con la condición de que nos dejaran molerlo. Aceptaron. La vieja salió de su granero. Fueron a abrirle. El ataque de cólera había pasado. ¡Les estaba bien empleado, a esos cabrones, no tener sino eso de pitanza! ¡un pequeño rancho para cada uno!... ¡y un chusco para cinco!... La purí tenía tocino, bien que lo sabía yo, un poquito aún de reserva... Y, además, lentejas, en un escondite que sólo ella conocía, nabos, más luego tal vez media libra de margarina incluso...

«¡Yo puedo hacerles una cena!», dijo... «¡Ahora que ya no están los chavales!... ¡Tal vez pueda darles de jalar a todos!...» Aceptaron muy contentos... Se daban manotazos en los muslos... Pero ella se echaba a lloriquear otra vez, de todos modos... ¡Teníamos una olla enorme!... para quince ranchos por lo menos... Llegó más alpiste... Ése venía directo de Persant... Lo enviaba la esposa del cabo con un chiquillo, además de una carta y un periódico... Nos sentamos a su lado... Lógicamente, compartíamos... Llevábamos algo más de veinticuatro horas sin papear... Los gendarmes querían

repetir... Vaciamos todo el caldero... Al principio sólo charlaban entre ellos... Se iban animando poco a poco... Engullían con avaricia... Se desabrochaban sin vacilar... Uno de los cinco... el cabo, no... uno que ya estaba totalmente calvo, parecía más curioso que los otros... Preguntó a la purí qué oficio tenía el muerto antes de meterse en los cultivos... Le interesaba... Ella intentó responderle, pero no pudo del todo... Se ahogaba a cada palabra... Se deshacía en sollozos... Le caían los mocos en el plato... Estornudó en el pimentero... Al final todo el mundo se cachondeaba... Además, es que nos quemaba la boca... se le había ido la mano con la guindilla... ¡Oh! ¡Hua! ¡Huaf!... Hacía calor también en la queli... ¡El fuego tiraba de maravilla!... Cuando el viento venía del lado correcto, ¡podíamos quemar la queli!... pero si cambiaba de dirección, ¡volvía a invadirla!... ¡Nos asfixiábamos con el humo!... Siempre es así en el campo...

En el extremo del banco, el cabo ya es que no podía con el calor... Dejó caer la guerrera... Los otros hicieron lo mismo... Los peces gordos judiciales no podían llegar hasta la mañana siguiente... Conque no había peligro... Se preguntaban todos por qué se habría largado el comisario... Les apasionaba esa cuestión. Y sobre todo por qué venía el propio fiscal en persona... Y por qué tan rápido... Debía de haber sus más y sus menos entre los tribunales y la prefectura... Tal era la conclusión... Si había peleas así, seguro que los paganos seríamos nosotros... Eso pensaba yo ya. El cabo, poco a poco, reanudó la cena... ¡Se zampó él solo casi todo un camembert!... ¡unas rebanadas inmensas!... ¡con el trago de tinto encima!... ¡Un bocado!... ¡un trago!... ¡Un bocado!... ¡otro!... Yo lo contemplaba... él me guiñaba el ojo... ¡Ya estaba un poco mamado!... Se volvió muy cordial... Preguntó a la purí, así, nada brutal, sin la menor malicia, qué hacía, pues, su Courtial, antes de que llegara a Blême... Ella lo entendió completamente al revés. Estaba como chocha de tanto llorar. Le respondía: «¡Reumatismos!» ¡ya es que no estaba, pero nada, en lo que estaba!... Se puso a desatinar otra vez... Las lágrimas la vencían de nuevo... Le imploró, le suplicó que la dejara entrar en la cocina... contigua... un poquito más... Para velarlo un momentito... Por ejemplo, ¡hasta medianoche!... Ya no teníamos aceite ni petróleo... sólo velas, pero, ¡todo un surtido!... Los chavales las birlaban por todas partes, siempre, cada vez que salían... que pasaban por una alquería... ¡Nos habían traído candelas de todos los calibres!... teníamos para parar un tren, la vieja quería poner dos... El cabo estaba hasta los huevos de oírla chillar...

«¡Vaya! ¡Vaya!... ¡y vuelva en seguida! Pero, ¡en seguida!... ¡y no haga fuego!... Y no vaya a tocar al pobre hombre, ¿eh?... ¡o la encierro en el granero!... Pero, además, ¡para rato!...»

Se fue... Al cabo de un instante, como no volvía, un gendarme se levantó a ver... «¿Qué andará haciendo?...», se preguntaban... Fui yo también con él... Estaba encorvada y de rodillas contra el cuerpo...

«¿Puedo taparlo?...»

«¡Ah! ¡no!», respondió el guri...

«Mire, ¡no es que me dé miedo! Pero, ¡bien que tendrán que envolverlo!... ¡No pueden llevárselo así!... ¡No lo voy a mover! ¡Se lo prometo!... ¡No necesito tocarlo! ¡Me gustaría ponerle una tela encima!... ¡Sólo eso!... ¡nada más!... Una tela debajo y sobre la cabeza...»

Yo me preguntaba qué querría ponerle... ¿Sábanas?... No teníamos... Nunca habíamos tenido en Blême... Sí que teníamos mantas, pero eran puros jirones... ¡y totalmente podridas!... Con la paja no las usábamos... ya que nos acostábamos vestidos todos... auténticos detritos... ¡El gendarme no quería oír hablar de eso!... Quería que pidiera permiso ella misma al cabo... Pero el cabo estaba roncando... Se había desplomado sobre la mesa... Se lo veía por la puerta... Los otros catetos jugaban a las cartas...

«¡Espere! ¡que voy!...», dijo al final... «No lo toque hasta que vuelva...» Pero ella ya no podía esperar...

«¡Ferdinand! ¡ve tú! ¡Date prisa, hijo! Ve a buscar rápido en mi jergón... ya sabes, por la rendija... ¡donde meto la paja!... ¡Busca! Mete el brazo por el lado de los pies... ¡y encontrarás un gran

pedazo!... Ya sabes... ¡el del Arquímedes!... El rojo... ¡muy rojo!... Es bastante grande, verdad... Será bastante... ¡Dará toda la vuelta!... ¡Tráemelo! ¡anda! en seguida... ¡Yo no me muevo!... ¡Date prisa!...»

Era totalmente cierto... Lo encontré en seguida... Apestaba a caucho... Era el pedazo que había sacado de entre los escombros la noche de la catástrofe... Lo desplegó delante de mí... lo extendió por el suelo... Aún era tela buena. Lo que había cambiado era el color... Ya no era escarlata... se había vuelto del todo marrón... No quiso que la ayudara a envolver a Courtial... Lo hizo todo ella sola... Sobre todo no debía moverlo... Deslizó bajo el cadáver todo el tejido a lo largo... con extraordinaria lentitud, la verdad... Tenía metros suficientes para envolverlo todo... Y toda la pasta de la cabeza quedó tapada también... El cabo nos estaba viendo... El otro lo había despertado... «Conque», nos gritaba de lejos, «quiere esconderlo otra vez... ¿Eh?... Entonces, ¿está usted majareta?»

«¡No me regañe, buen señor!... ¡no me regañe!... ¡Se lo suplico! ¡Hice lo posible!...» Se volvió hacia él de rodillas. «¡No he hecho nada malo!... ¡No he hecho nada malo!... ¡Venga a ver!... ¡Venga a verlo!... ¡Usted mismo! Sigue ahí... ¡Créame!... ¡Créame! ¡Se lo suplico!... ¡Señor ingeniero!...» Así lo llamaba, de repente, «¡señor ingeniero!...» Se ponía a gritar otra vez...

«¡Subía, señor ingeniero! ¡Ustedes no lo vieron!... No pueden creerme, ¡claro!... ¡Pero, Ferdinand lo vio!... ¿Verdad que lo viste bien, Ferdinand?... ¡Qué bien subía!... ¿Lo recuerdas, hijo?... ¡Díselo a ellos!... ¡Díselo, hijo mío!... ¡No quieren creerme, a mí!... ¡Misericordia! ¡Buen Jesús! ¡Voy a decir una oración! ¡Ferdinand! ¡Señor ingeniero! ¡Santa María! ¡María! ¡Cordero de Dios! ¡Rogad por nosotros! ¡Ferdinand! ¡Te conjuro! ¡Díselo a estos señores! ¿Quieres?... ¡Ven a decir tu oración! ¡Ven rápido!... ¡Ven aquí! Eso es verdad, ¿eh?... ¡En el nombre del Padre! ¡del Hijo! ¡del Espíritu Santo!... ¿La sabes, ésa, Ferdinand?... ¿La sabes tú también, la oración?...»

Se espantaba... ponía los acáis en blanco...

«¿No la sabes?... ¡Sí que la sabes!... ¡Perdónanos nuestras deudas!... ¡Vamos! ¡Juntos! ¡Venga! ¡A ver! ¡Como nosotros perdonamos!... ¡Venga! ¡Como nosotros perdonamos!... ¡Repite, hostias!... ¡cabrito!...»

Entonces, ¡me metió un bofetón!... Los otros, ahí, se desternillaban...

«¡Ah! ¡Ah! ¡La sabes, entonces!... ¡qué leche!... Subía, señor ingeniero, subía, ¡era mágico!... Mire, ¡a mil ochocientos metros!... Yo subí por todas partes con él... ¡Sí!... ¡Subí!... ¡Puede creerme ahora!... ¡Es la pura verdad!... ¡Lo juro! ¡Se lo juro!...» Intentaba hacer señales de la cruz... No podía acabarlas... se embarullaba con sus jirones...

«¡Con hidrógeno! ¡Con hidrógeno! ¡señores míos!... ¡Pueden preguntárselo a todo el mundo!... ¡No son mentiras!...» Se prosternaba a lo largo del cuerpo, se echó encima del todo... La súplica...

«¡Pobre cielito mío!... ¡Pobre amor mío!... Ahora ya nadie te cree. ¡Ah! ¡Es demasiado horrible!... ¡Ya nadie quiere creerte!... ¡Yo ya no sé cómo decírselo!... ¡Ya no sé qué hacer!... ¡Ya no sé cómo subía!... ¡Ya no sé cuánto!... ¡Soy la mujer horrible!... Es culpa mía, todo esto... ¡Es culpa mía, señor ingeniero!... ¡Ah! ¡sí! ¡Ah! ¡sí! ¡He sido yo quien he hecho todo el daño!... ¡A él le he hecho todo el daño! ¡Subió doscientas veces!... ¡cien veces!... ¡Ya no recuerdo, mi amor!... ¡Doscientas!... ¡Seis!... ¡Seiscientas veces!... ¡Ya no sé!... ¡Ya no sé nada!... ¡Es atroz!... ¡Señor ingeniero!... ¡Trescientas!... ¡Más! ¡Muchas más!... ¡No sé!...» ¡Lo estrechaba en su envoltorio!... se crispaba encima... «¡Courtial! ¡Courtial! ¡Ya no sé nada!...» Volvía a apretarse el gaznate con fuerza. Se arañaba la cabeza otra vez... Se arrancó los pelos, con rabia, a puñados, meneándose por el suelo... Volvía a buscar en su memoria...

«¡Tres mil!... ¡Diez mil! ¡Jesús! ¡Mil quinientos!... ¡Mil ochocientos metros!... ¡Oh, Jesús! ¡Ferdinand! ¿No puedes decir nada?... ¡Es demasiado!... ¡Me cago en Dios!...» Volvía a perderse con las cifras...

«¡Mis oficiales!... ¡Ferdinand!... ¡Mis oficiales!» ¡los llamaba! «¡En nombre del Cielo! ¡Ah! ¡Ya lo tengo!...» Se alzó sobre los codos... «¡Doscientas veintidós veces!... ¡Eso es!... ¡Doscientas veintidós!...» volvía a caer... «¡Joder! ¡ya no sé nada!... ¡Mi vida! ¡Mi vida!...» Tuvieron que

levantarla los maderos... La llevaron al granero otra vez... Cerraron la puerta tras ella. Así, absolutamente sola, poco a poco, se fue conformando... y hasta se quedó dormida... Más tarde, entramos a verla los gendarmes y yo. Se puso a hablarnos de nuevo, pero muy razonable esa vez. Ya no estaba majara.

Esperamos aún toda la mañana... La vieja seguía en su paja... Roncaba profundamente... Llegaron hacia el mediodía, las autoridades judiciales... El juez de instrucción, bajito, grueso, enfundado en un abrigo de piel, ceceaba en el vaho, tosía, le daban ataques... Bajó de su landó con otro andoba, pelirrojo. Ése llevaba una gorra hundida hasta los ojos. Era el médico forense. Los gendarmes lo reconocieron en seguida.

Hacía un frío que pelaba, la verdad... Estaban destemplados... Venían de la estación de Persant...

«¡Tráigamelos aquí!...», ordenó a los gendarmes, nada más poner pie en tierra... «¡Tráigamelos a la sala!... ¡Juntos! ¡la mujer y el mocoso! ¡Después iremos a ver el cuerpo!... ¿Nadie lo ha movido?... ¿Dónde lo han puesto?... Tráiganme también las pruebas... ¿Qué había?... ¿Una escopeta?... ¿Y los testigos?... ¿Hay testigos?...»

Unos minutos después llegaron otros dos coches... Uno lleno de policías, magdalenos de paisano... y el otro, una gran jardinera abarrotada de periodistas... Éstos tomaron, acto seguido, gran cantidad de instantáneas... desde todos los ángulos de la alquería... del interior... las inmediaciones... Eran enredadores, ésos, los periodistas, mucho más que todos los paletos juntos. ¡Y sobre todo bulliciosos, además!... ¡Tuvieron, frenéticos, que tomarme la jeta a mí!... ¡y luego a la purí desde todos los ángulos!... ¡Ella ya no sabía cómo agazaparse!... Estaba obligada a quedarse ahí, entre los dos maderos... Pero ya no podíamos movernos, de tan compacta que se estaba volviendo la multitud... ¡El fiscal ponía una cara! ¡Le pasaban por encima!... Ordenó a los guripas que despejaran inmediatamente... No se hicieron de rogar... Despejaron el tropel... En seguida quedaron expeditos los accesos... todo el patio también...

El ceceante se estaba quedando helado, tiritaba dentro de su abrigo. Tenía prisa por acabar, se veía a las claras. Lo pagaba con el servicio de orden... Su escribano buscaba una pluma, se le había roto la suya... Estaba incómodo así, el ceceante, sobre el banco... La sala era demasiado grande, húmeda, el fuego estaba del todo apagado... Se frotaba los puños... Se quitaba los guantes para soplárselos. Se chupaba los dedos... Tenía la nariz amatista... Volvía a ponerse los guantes. Contoneaba el trasero... ¡Pateaba una y otra vez!... No entraba en calor... Tenía delante todas las papelas... Soplaba, se volaban... El escribano saltaba tras ellas... No escribían nada... Quiso ver la escopeta. Dijo a los periodistas: «Fotografíenme esta arma, ¡ya que están!...». Dijo al cabo: «¡Cuénteme toda la historia!...». Entonces, ¡ese maricón no se ponía chulito como con nosotros! Farfullaba incluso, más bien... No sabía gran cosa, en el fondo... Me di cuenta en seguida... Salió con el juez... Iban y venían por el patio de punta a punta... Cuando acabaron de cascar, regresaron a la sala... Volvió a sentarse, el ceceante... Ahora me tocaba hablar a mí... Conté todo en seguida... Todo lo que sabía, quiero decir... No me escuchaba demasiado: «¿Cómo te llamas?...». Se lo dije: «Ferdinand, nacido en Courbevoie». «¿Qué edad tienes?»... Se la dije... «Y tus padres, ¿qué hacen?» Se lo dije también... «¡Bien!», dijo... «Quédate ahí... ¿Y usted?...», ahora le tocaba a la vieja...

«Cuénteme toda la historia y sobre todo dése prisa...» Se había vuelto a levantar... No podía resistir sentado... Caminaba de acá para allá... Ya es que no se sentía los pinreles... Ya podía patear... ¡Es una nevera, el suelo de tierra! Sobre todo el nuestro, tan húmedo...

«¡Ah! ¡Doctor! ¡Mis pies!... Pero, ¿es que no hacen fuego nunca aquí?...» Ya no nos quedaba nada de leña... ¡Los gendarmes la habían quemado toda!... Atropelló el relato de la vieja...

«¡Ah! ¡Ya veo que no zabe uztez gran coza! ¡Qué le vamoz a hacer! ¡Ya veremoz todo ezo máz adelante!... ¡Para Beauvois!... ¡Hale! ¡Venga! ¡Nos vamos!... Doctor, ¿ha examinado el cuerpo? ¿Eh?

Entonces, ¿qué me dice?... ¿Eh?...» Volvieron a marcharse los dos, vuelta a empezar... Al lado, en la cocina, comentaban el caso... Estuvieron unos diez minutos... Regresaron...

«¡A ver!», dijo el ceceante... «Usted, ¡la esposa!... ¡La mujer de Courtial! ¡No! ¡Des Pereires!... ¿No?... ¡Hostias!... ¡Queda usted libre provisionalmente! Pero, ¡tendrá que venir a Beauvais!... ¡Mi escribano le indicará!... ¡Mañana mandaré a recoger el cuerpo!...» Dirigiéndose a los periodistas: «De momento, ¡se trata de un suicidio! Después de la autopsia veremos... Tal vez quede usted totalmente libre... En fin, ya veremos... ¡Tú, chaval!» Era a mí... «¡Puedes marcharte!... ¡Puedes irte! ¡Debes regresar en seguida a tu casa!... ¡A casa de tus padres!... ¡Da tu dirección al escribano!... Si te necesito, ¡te mandaré llamar! ¡Ya está! ¡Hale! ¡Hale! ¡Cabo! Deje aquí a un gendarme, verdad... ¡Uno solo! ¡Hasta mañana por la mañana! ¡hasta que llegue la ambulancia! ¡Hale! ¡rápido, escribano!... ¡Hale! ¿Han acabado los de los periódicos? ¡Saque de aquí a todos los reporteros!... ¡Nadie más! ¡sólo la familia y el plantón!... ¡Listo, gendarmes! ¡para la noche! ¡Y no dejen entrar a nadie! ¿eh?... ¡tocar!... ¡salir! ¿Entendido?... ¿Me comprenden todos?... ¡Bien!... ¡Hale! ¡Hale! ¡Deprisa!... ¡Deprisa! Vamos, ¡al coche, doctor!...»

¡Seguía pateando para calentarse!... ¡Se agitaba delante de su landó!... ¡Ya no podía más!... La palmaba a pesar de la hopalanda y la enorme piel de cabra que le llegaba hasta las cejas... ¡hasta el bombín!... Al poner el pie en el estribo:

«¡Cochero! ¡Cochero! ¿me oye? ¿Eh? ¿eh? ¡Va a ir usted rápido!... ¡Déjenos en Cerdance! ¡en el estanco! que queda a la izquierda... ¡tras el paso a nivel! ¿Sabe dónde?... ¡Ah! ¡Doctor! ¡En mi vida había tiritado tanto!... ¡Tengo para un mes, seguro!... ¡Aún!... ¡Como todo el invierno pasado, vamos!... ¡Ah!... ¡No sé lo que daría por un grog! ¡Mire usted!... ¡Casi me muero en ese antro!... ¿Ha visto usted qué nevera?... ¡Es insoportable! ¡Se está mejor fuera!... ¡Es increíble!... ¡Ah! ¡se va a conservar bien, el fiambre!...»

Volvió a sacar la cabeza bajo la gran capota, en el momento en que arrancaban... Miraba el conjunto de la alquería... Los gendarmes, «¡firmes!...» ¡En marcha, cochero!... Salieron como una exhalación hacia Persant... ¡Los guripas, el escribano, los magdalenos, no les fueron a la zaga! Salieron pitando tras ellos apenas cinco minutos después... Los periodistas, en cambio, volvieron... Tomaron más fotos... ¡Lo sabían todo, esos espabilados! ¡Ah! Chanaban la tira... Se conocían los chanchullos...

«¡Venga! ¡Venga!», nos dijeron... «No se preocupen... ¡Es evidente que no tienen nada que ver!... ¡Todo eso son pejigueras! ¡Formalidades triviales! ¡Para la galería! ¡Para cumplir! ¡No se dejen impresionar! ¡Los soltarán en seguida! ¡Es un paripé!» La vieja estaba afligida, de todos modos...

«¡Si lo conoceremos, nosotros!... ¡No es la primera vez que lo vemos trabajar!... Si hubiese tenido sospechas de verdad, ¡se habría quedado mucho más tiempo! ¡Y, además! ¡eso seguro! ¡los habría mandado para adelante a todos!... ¡Ah! ¡Entonces no vacilaría! ¡Menudo si lo conocemos! ¡Por un simple pelín de presunción! ¡Y zas! ¡Los empuraba! ¡Ah! Entonces, ¡sí que sí! ¡Ah! ¡Es terrible para las sospechas! ¡Ah! No se pierde en las nubes... ¡Ah! ¡Es tunela como él solo! ¡Ah! ¡Con él no hay bromas!»

«Entonces, ¿están seguros de que no va a volver?... ¿que no ha sido por el frío?... ¿Por lo que se ha ido?...»

«¡Ah! ¡El frío no le afecta a los acáis! ¡Ah! ¡Pueden estar tranquilos! Nada, nada, ¡es broma! ¡Comedia! ¡Ay, ay, ay! ¡Yo no me preocuparía! ¡Ha venido en balde!... ¡Ah! ¡Entonces! ¿Eh? ¡Ya puede piarlas!» Todos pensaban lo mismo...

Volvieron a montar en su carricoche... Ya iban hablando de chavalas... Tenían que arrancar poco a poco... Crujía mucho de los ejes... Eran demasiados... Apiñados unos sobre otros... Dos de los periodistas habían venido a propósito de París... también lamentaban el viaje... La vieja les insistió tanto con sus preguntas, que acabaron berreando en coro, a compás:

«¡No es un crimen!... ¡Tracatrá!»« ¡No es un crimen!... ¡Tracatrá!»

Pataleando como para romper el suelo... A fin de cuentas, se lo pasaban pipa. Entonaban canciones verdes... ¡Se marcharon cantando Dupanloup!

El gendarme que se había quedado de guardia encontró en la alquería otra casucha, vacía, cerca del abrevadero, donde podía meter su caballo. Prefería ese sitio... Nuestra cuadra era una pura ruina... pasaba toda la pañí... Y, además, ¡unas corrientes de aire, que había unos silbidos como de órgano!... El animal sufría ahí dentro. Se bamboleaba, se tambaleaba sobre sus zancas de frío... Conque se lo llevó al otro sitio... Y después volvió otra vez... tal vez una hora más o menos antes de la cena... Quería decirnos una cosa...

«¡A ver! ¡Ustedes dos, guasones! ¿Se van a estar tranquilos? ¡Voy a tener que ir a Tousne!...» Era un pueblo bastante lejano, al otro lado del bosque de Berlot... «Tengo que ir a buscar avena. ¡Ya no me queda nada en el zurrón! Mi cuñada vive allí... Es estanquera... Conque tal vez me quede a cenar... Volveré un poco más tarde... Pero, ¡antes de las diez!... Así, ¡que ustedes! ¡No vayan a hacer el tonto! ¿Eh? ¡Ya no me queda ni un grano de avena!... Y, además, miren, me voy a llevar el caballo... Como le falta una herradura... Pasaré por la fragua... Volveré a caballo... Tardaré menos... Conque, ¿entendido? ¿Eh?... ¡No dejen entrar a nadie!...» De acuerdo, entendido... Se aburría con nosotros... Iba a ponerse las botas... «¡Con Dios!», nos dijimos... Volvió a pasar por delante de la alquería con su jamelgo de la brida... Lo vi alejarse... Empezaba a obscurecer...

La vieja y yo no dijimos ni pío... Yo esperaba a que fuera bien de noche para salir... a buscar leña... Entonces me cundió bien... En la empalizada arranqué tres tablas de un golpe... Las rompí en trozos menudos... pero humeaban, lógicamente... Estaba demasiado húmedo... Volví junto a la vieja... Estaba contento de tener con qué calentarnos... ¡No era un lujo! Pero, ¡había que cerrar los ojos! Escocía demasiado... Ella se había quedado muy modosita después de la sesión... Pero, ¡qué inquieta aún!

«¿Te los crees tú, a los guripas?... ¿crees que no nos van a decir nada más? ¿No crees que se traen aún algún truco entre manos?...» Me preguntaba... «¿Es que no has visto cómo sospechaban de mí?... ¡Y todos! Ya lo has visto en el primer momento... Así, ¡de buenas a primeras!... ¡Ah! Chico, ¡es que tienen vicio! ¡Y venga! ¡Ah! ¡Jolines!...»

«¿Quién? ¿Los maderos?...»

«¡Pues claro! ¿Quién va a ser?...»

«¡Oh! el cabo, ¡ése es muy paleto!... ¡Qué corte se ha pegado! ¡zas! ¡delante de los currois!... ¡visto y no visto!... ¡Se ha quedado helado!... ¡Ya es que no sabía dónde estaba!... ¡No se le ocurría ni palabra!... ¡No había visto nada, el chorra!... ¿De qué iba a hablar?... Bien que lo han dicho los periodistas... ¡Bien que lo ha visto usted, de todos modos!... Ésos lo habrían notado... Pues, ¡no se conocen el percal ni nada, ésos!... Seguro que nos habrían avisado... No les hace gracia, el ceceante... Eran meras presunciones... ¡Chismorreos!... ¡y nada más!... No se habrían largado a la chita callando... ¡si creyeran que nos tenían en el bote! ¡Ah! ¡ni hablar!... ¡Eso seguro!... ¡Estarían aún aquí, todos los maderos! pero; ¡si es que es evidente, vamos!... ¡Más claro, el agua!... ¡Ya lo ha oído!... ¡al propio ceceante! ¡cuando ha salido! ¡Cómo les ha dicho a los otros!... "¡Esto es un suicidio!" ¡Y ya está! ¡No hay que buscar tres pies al gato!... ¡El médico también lo ha visto!... Lo he oído, cuando decía al guri: "¡De abajo arriba, amigo mío! ¡De abajo arriba!..." ¡Bien clarito! ¡No se estaba quedando con él!... ¡Y listo!... ¡No hay que inventar!... Ya está bien, ¡qué leche!...»

«¡Ah! Es verdad, ¡tienes razón!», me respondió muy bajito... Pero seguía sin convencerse... No se

fiaba demasiado...

«¿Cómo van a enterrarlo?... Primero, ¿la autopsia? ¿Y después? ¿Y para qué? ¿Eh?... ¿Tienes idea?... ¿Tienen que buscar algo aún?...»

«Eso no lo sé...»

«Ya puestos, me habría gustado que lo llevaran a Montretout... Pero es demasiado lejos ahora... Ya que lo llevan a Beauvais... Entonces, ¿será allí el entierro? Me habría gustado celebrar un funeral... Se lo pediré... ¿Crees que aceptarán?...» Eso tampoco lo sabía yo...

«¿Cuánto costará un funeral en Beauvais?... ¡En una capilla simplemente!... ¿El más económico, por ejemplo?... Seguramente, no más caro que en otro sitio... Mira, él no era religioso, pero en fin, de todos modos... ¡Bastante lo han martirizado! Un poco de respeto no vendría mal... ¿Qué más le irán a hacer?... ¿Es que no ven bastante así?... ¡No tiene nada dentro del cuerpo, el pobre!... Ya que está todo en la cabeza... ¡Se ve al primer vistazo, Dios mío!... ¡Es bastante horrible!...» Se echaba a llorar otra vez...

«¡Ah! ¡Ferdinand, amigo mío!... ¡Cuando pienso que han llegado a creer eso!... ¡Ah! Y, además, es que... ya que estaban... sin cumplidos... ¡Yo! ¡A mí! ¡me es igual!... Ahora... Pero, ¿para ti? ¿Crees que se ha acabado?... En tu caso, pobrecito, no es lo mismo... ¡Tienes que defenderte!... ¡Tienes toda la vida por delante!... ¡Tu caso es distinto!... Tú no tienes nada que ver en esto... ¡Al contrario!... Dios mío, ¡al contrario!... Tendrían que dejarte en paz... ¿Vienes conmigo a Beauvais?...»

«Si pudiera... iría... Pero no puedo... ¡No tengo nada que hacer en Beauvais!... Bien lo ha dicho el ceceante... “¡Usted vuelva a casa de sus padres!...” ¡Me lo ha repetido dos veces!...»

«¡Oh! entonces, ¡no seas tonto!... ¡Vete, hijo! Vete. ¿Qué vas a hacer al llegar?... ¿Vas a buscarte algo?...»

«¡Pues claro!...»

«Yo también, voy a tener que buscar... Es decir... si me dejan ir... ¡Ah! ¡Ferdinand!... ¡antes de que se me olvide!...» Una ocurrencia... «Ven por aquí... ¡que te voy a enseñar una cosa!...» Me llevó hacia la cocina... Se subió al taburete, el pequeño, desapareció en la campana hasta la cintura, hurgó en uno de los escondrijos... Movió el gran ladrillo... Cayó hollín de todos lados... Removió otra piedra, se meneó, tembló... la sacó... Del agujero extrajo unos pápiros... y, además, monedas incluso... Yo no sabía nada de ese escondite... Ni Courtial tampoco, seguro... Había ciento cincuenta pavos y algunas perras... En seguida me pasó un billete de cincuenta... Se quedó el resto...

«Yo me llevaré los cien pavos y la calderilla... ¿Eh?... Con eso tendré para el viaje... y, además, ¡para los gastos de la iglesia, acaso! Si me quedo allí cinco, seis días... ¡No puede durar más, la verdad!... ¡Tendré de sobra!... ¿No crees?... ¿Y tú? ¿tienes aún las direcciones? ¿Recuerdas a todos tus patronos?...»

«Iré a ver en seguida al impresor...», respondí... «Preferiría buscar por ahí...»

Volvió a hurgar en la grieta, sacó también un luis, me lo dio... Y después se puso a hablar otra vez de Courtial... pero ya más comedida...

«¡Ah! ¡Mira, Ferdinand, hijo!... Cuanto más lo pienso... Más recuerdo el afecto que te tenía... ¡No lo demostraba, desde luego!... Ya lo sabes... No era su estilo... Su carácter... ¡No era demostrativo!... ¡Ni besucón!... Eso bien lo sabes... Pero pensaba todo el tiempo en ti... En los peores contratiempos, ¡me lo repetía a menudo!... ¡No hace siquiera ocho días! “Mira, Irène... Ferdinand es una persona en la que tengo confianza... ¡Nunca nos hará daño, él!... ¡Es joven! ¡Es atolondrado! Pero, ¡es un chaval de palabra!... ¡Cumplirá su promesa! ¡Y eso, Irène! ¡Eso es lo que es raro!...” ¡Es como si lo oyera aún!... ¡Ah! ¡Anda, que te apreciaba!... ¡Era mucho más sincero que un amigo!... ¡Anda! ¡Te lo aseguro!... ¡Y eso que el pobre! ¡Podía ser desconfiado!... ¡Había visto lo suyo!... ¡Y cómo lo habían engañado! ¡De doscientas mil formas!... ¡a cuál más vergonzosa!... Conque, ¡podía estar amargado!... ¡Nunca me dijo una palabra desfavorable sobre ti!... ¡Nunca amarguras!... Siempre alabanzas... Le habría gustado

mimarte... Pero, ¡no podía!... Teníamos una vida demasiado dura... Pero, como me decía él, cuando me hablaba de esto y lo otro... “¡Espera un poquito!... ¡Paciencia!... Haré rico a ese chico...” ¡Ah! Cómo te comprendía... No te puedes imaginar lo bien que le caías...»

«¡Él a mí también, señora, él a mí también!...»

«¡Ya lo sé, ya lo sé, Ferdinand!... Pero tú eres distinto... ¡Tú eres aún un niño, por fortuna!... ¡Nada es demasiado triste a tu edad! Ahora, vas a hacer tu vida... Esto sólo es un comienzo... No puedes entender...»

«A usted también la quería...», dije... «Me lo contó muchas veces... Lo importante que era usted para él y que sin usted él no era nada... no existía... “¡Fíjate en mi mujer!”, me decía...» Cargaba las tintas un poco... Para consolarla... Hacía lo que podía... Entonces ya es que parecía una fuente...

«¡No llore, señora! ¡No llore!... Aún no es el momento... Al contrario, tiene que ser fuerte... ¡No ha acabado la cosa!... Allá tendrá que hablar... en Beauvais... ¡Tal vez tenga que defenderse! Le molesta, a esa gente, que se llore... ¡Ya lo ha visto usted!... Yo también tendré que defenderme. Usted misma lo ha dicho...»

«¡Sí! ¡Tienes razón, Ferdinand!... ¡Ji! ¡Ji! Sí, es verdad... Estoy chiflada... ¡Soy una vieja loca!...» Intentaba resistir... Se secaba los acáis...

«Pero a ti, mira, te quería mucho... ¡Ah! ¡Eso te lo aseguro, Ferdinand! No te lo digo por complacerte... Tú lo sabías, ¿verdad?... Te dabas bien cuenta de que tenía buen corazón en el fondo... aunque a veces fuera duro... un poco difícil con nosotros...»

«¡Sí! ¡Sí! ¡Yo lo sabía, señora!...»

«Y ahora que se ha suicidado así... ¡Es espantoso! ¿Te das cuenta?... ¡Yo es que no me lo creo!... ¡Es increíble!...» No podía quitarse de la cabeza ese horror...

«¡Ferdinand!», empezaba otra vez... «¡Ferdinand! ¡Escucha!...» Buscaba las palabras exactas... No le venía ninguna... «¡Ah! ¡sí!... ¡Tenía confianza, Ferdinand!... Yo tengo confianza... Y ya sabes, ¿eh?... ¿No? Él ya no creía en nadie...»

La leña ya es que no quemaba nada... Llenaba de humo toda la queli... Estallaba, saltaba por el aire... Se iba apagando... Dije a la vieja... «¡Voy a buscar otra que queme!». Fui a pispar al cobertizo... a ver si encontraba un haz seco... arrancaría un poco del tabique... el del interior... Torcí un poco en el patio... Me giré al pasar delante del pozo, miré hacia el llano... Vi algo que se movía... Parecía un gachó... «¡No puede ser el gendarme! ¡No puede haber vuelto tan pronto!...» pensé... «Debe de ser algún rezagado... Un andoba...» Bueno, pues, me dije... «¡A buenas horas, mangas verdes!». «¡Eh! ¡Eh!», le grité... «¿Qué busca, buen hombre?...» No respondió nada... Escapó... Conque me volví, ni siquiera fui hasta el cobertizo... Me temía al instante un asunto feo... Me dije: «¡Qué leche! ¡Retrocede, chico!...». Arranqué rápido un trozo de barrera... «Con esto bastará»... me dije... Me precipité... Entré... y pregunté a la purí:

«¿No ha visto usted a nadie?...»

«¡Pues no!... ¡No!...», me dijo...

Entonces, justo en ese momento, en el cristal de enfrente, a menos de dos metros de distancia... vi una cara que me miraba fijamente... a través... una jeta enorme... vi el sombrero también... y los labios que se movían... Pero no podía oír las palabras... Me acerqué con la vela, abrí la ventana de par en par para cogerlo con las manos en la masa... ¡Había que ser valiente!... Entonces, ¡lo reconocí al instante!... Pero, hostia, ¡si era nuestro canónigo!... Era el Fleury. ¡Era él!... ¡El chiflado!... ¡exactamente!... ¡La leche!... ¿De dónde salía?... ¿De dónde venía?... Farfullaba... Me lanzaba perdigones. ¡Gesticulaba con avaricia!... ¡Parecía contentísimo de encontrarnos juntos!... Sus amigos... ¡Sus hermanos!... Saltó la ventanita... Ya estaba en la queli... ¡Jubiloso!... ¡Brincaba!... Se movía en torno a la mesa... ¡La vieja ya no se acordaba de él, ni del nombre, ni de las circunstancias!... Un pequeño lapsus de memoria...

«¡Es Fleury!... Pero, ¡hombre! ¡Si es Fleury!... ¡El Fleury de la Campana! ¿No lo ve?... ¡Mírelo bien!...»

«¡Ah! pues es verdad, sí, señor... ¡Ah! sí, sí, exacto... ¡Ah! ¡señor cura!... ¡Ah! ¡perdóneme!... ¡Ah! entonces, ¿se ha enterado usted? Ah! pues, sí, ¡es usted!... ¡Ah! pero, ¡me estoy volviendo loca!... ¡Ah! ¡ahora lo reconozco! ¡Ah! ¡ya no lo reconocía!... ¿Sabe usted la horrible noticia?...»

¡Él no se detenía por tan poca cosa!... ¡Seguía brincando! ¡Saltando!... ¡Bailando!... No prestaba atención... ¡Hacía unas cabriolas! y, después, ¡más brincos!... tironcitos hacia atrás... Saltó sobre la mesa... Se agitó más... Volvió a bajar de un salto... Llevaba la sotana cubierta, blindada con cagarrutas y boñigas... hasta las axilas... ¡hasta las orejas!... ¡Ah! ¡Sí! ¡seguro que era él quien estaba fuera antes!... ¡Nos habíamos dado miedo los dos!... ¡Ah! ¡iba ataviado!... Menudo peso sobre los huesos... Pertrechado como un sorchi, impedimenta completa... ¡con dos morrales! ¡dos cantimploras! ¡tres tarteras! y, encima, un cuerno de caza... uno inmenso, magnífico, ¡en bandolera!... Tintineaba todo a cada gesto... ¡No se estaba quieto!... El sombrero era lo que más nervioso lo ponía... se le caía hasta los acáis... uno grande de rafia, como para ir de pesca... Y, además, ¡se había decorado! ¡admirablemente también, el gachó!... Llevaba la sotana cubierta de todas las órdenes y las medallas... Y varias Legiones de Honor... Todo ello cargado de mierda y, además, un pesado crucifijo, un Jesús de marfil, colgado de una gran cadena... Estaba tan empapado, nuestro hermoso canónigo, que chorreaba por todo el cuarto... Se paseaba como una regadera... aún llevaba encima zarzas...

La vieja no quería que se moviera... Aún quería convencerlo... Era su pasión... Yo le hacía señas... ¡que no lo fastidiara!... ¡Que tal vez se fuera solo!... que no había que exaltarlo... Pero no quería entenderme... Estaba contenta de volver a verlo... Lo arrinconaba... Entonces él gruñía como una fiera... Se apoyaba contra la pared, con la cabeza inclinada, listo para la carga... Ya no la escuchaba... Se llevaba los dedos a la boca... «¡Chsss! ¡Chsss!», le recomendaba... Echaba miradas a su alrededor, ¡y poco amistosas!... Estaba acorralado, el payaso...

«¿No lo sabe usted, señor canónigo?... ¡Ya veo que no lo sabe!... ¡Ah! ¡Si lo hubiese visto usted!... ¡Ah! ¡Si supiera lo que ha ocurrido!...»

«¡Chsss! ¡Chsss!... ¿El señor des Pereires?... ¿El señor des Pereires?» Ahora era él quien preguntaba... «¿Eh? ¿El señor des Pereires?...» La cogió de los hombros, le soplaba en la cara y con mucha violencia... Le entraba un tic en la boca... Después se quedaba crispado... Se relajaba con espasmos...

«Pero, ¡si no está, señor cura!... ¡Que no!... ¡No está! Entonces, ¿no sabe nada?... ¡No está aquí, el pobre!... ¡No está aquí, el infeliz!... ¡Vamos!... ¿No se lo han dicho?...»

«¡Dése prisa!... ¡Dése prisa!...» ¡La presionaba con ganas!...

«Pero, si es que está muerto, ¡vamos!... ¡Ya no existe!... Ya se lo han dicho, de todos modos...» Había encontrado un tipo aún más decidido...

«¡Quiero verlo, yo!... ¡Quiero verlo!...» Seguía, como un loco, con su tema... «¡Es muy urgente!... ¡Chsss! ¡Chsss!... ¡Chsss!... ¡Rápido! ¡Rápido!...» ¡Volvió a dar la vuelta a la mesa de puntillas! Miró por arriba y por abajo y, después, en la campana de la chimenea... Volvió a abrir los dos armarios... Arrancó las llaves... Descuajaringó el baúl de madera... rompió los goznes... Estaba furioso... Ya no soportaba la resistencia... ¡El tic le retorcía todo el labio!...

«¡Señor cura!... ¡Señor cura!... ¡No haga eso!...» Ella intentaba convencerlo...

«¡Ferdinand! ¡Te lo suplico! ¡Díselo al señor cura!... ¿Verdad, hijo, que ha muerto?... ¡Díselo al señor cura!...» Se aferraba a su morral...

«Vaya a mirar en la puerta, ¡bien que está escrito!... Di, ¿no es verdad, Ferdinand?... “Buena suerte”...» ¡Lo agarraba del cuerno de caza!... Él se llevaba todo arrastrando... ¡La tía, la mesa y las sillas, los platos!...

«¡Basta! ¡Basta! ¡De descaro! ¡Carotas! ¡Carotas, todos!... ¡Es el director!... ¡Génitron Courtial!...

¿Me oís?... ¡Él sólo!... ¿Me oís?... ¡Él sabe! ¡Él sabe!... ¡Génitron! ¡Ahí! ¡ahí!... ¡Me está esperando!... ¡Quiere verme inmediatamente!... ¡Una cita!... ¡Una cita!...» Se soltó furioso... Ella fue a rebotar contra la pared...

«¡Basta! ¡Basta! ¡Quiero hablar con él!... ¡No me lo impedirán!... ¡Quién?...» Se levantaba toda la sotana... Se hurgaba en todos los bolsillos... Sacó más papelitos... migajas, recortes de periódicos... ¡Se quedó así, de rodillas, en plena confusión febril!... ¡largo rato! Farfullaba, volvía a contar... todos los papeluchos uno por uno... y les quitó las arrugas a todos... Los volvió a chafar... Hizo bolitas con otros...

«¡Chsss! ¡Chsss!...» Vuelta a empezar... No quería que nos moviéramos, nosotros. «¡Aquí está!... ¡Esto es auténtico!... ¿Eh? ¿Esto? ¿Lo ves bien?... ¡El manuscrito faraónico puro!... ¡Sí!...» Me entregó una pizca...

«¡Aquí tiene, joven!...» Me apretaba en la palma de la mano... ¡una bolita!... ¡dos bolitas!... «¡Señor director! ¡Señor director!...»

¡La leche! Ya estaba otra vez... ¡Volvía a entrar en cólera!... Se volvió a erguir de un brinco... Saltó otra vez sobre la mesa... ¡Volvió a reclamar a Courtial a los cuatro vientos!... Se llevó a la boca el cuerno de caza. Lanzó un fuerte bocinazo y después estallidos roncos... ¡gallos y tenues estertores!...

«¡Va a venir!... ¡Me espera!...» Diez veces, veinte veces seguidas... Me agarró del terno, me echó las babas en la chola, me sopló en los ojos... Apestaba con avaricia, el cabrón... A tufaradas me explicó cómo había llegado hasta allí... Había bajado en Vry-Controvert, el apeadero del «comarcal», ¡a veintidós kilómetros de Blême! Los «otros» lo perseguían, los «otros», añadió... Me daba el coñazo para demostrarlo...

«¡Chsss! ¡Chsss!...», volvió a decirme... «¡Los poderosos!... ¡Sí! ¡Sí!» Volvió a la ventana... Miró a ver si venían... Se escondió, gruñó al amparo del postigo... Dio otro salto... Escudriñó las cercanías... Fue a mear a la chimenea... No se volvió a abotonar... Regresó en seguida a la persiana... Debió de verlos, a los poderosos... Caviló... Bramó como un jabalí...

«¡Ah! ¡Ah!», me dijo... «¡Nunca! ¡Ruah!... ¡Ruah!... ¡Jamás!...» Se volvió hacia mí... Me blandió los puños delante de la cara... Cómo había cambiado, el andoba, desde nuestro Palais-Royal... ¡Qué feroz se había vuelto!... ¡Le habían dado escorpiones para jalar! en el internamiento... ¡Joder! ¡Se había vuelto insoportable!... ¡Había soplado vitriolo!... ¡No paraba!... ¡Se paseaba!... Chocaba con las paredes... Amenazaba... ¡Provocaba!... Ya no decíamos palabra, la purí y yo... Estábamos abrumados, al final... Ya empezaba a fastidiarme... ese cura enredador... ¡De buena gana lo hubiera derribado de una patada en el trasero!... Guipé una estaca cojonuda cerca de la ventana... Nos servía de atizador... con un regatón muy fuerte... un mango precioso de fundición... perfecto para su jeta... Así iba a haber otro crimen más... Hice señas a la purí para que se abriera un poco, un segundo... ¡se replegara junto a la pared!... ¡Joder! Habría preferido que se callara, la verdad... No tener que tocarlo... ¡Me cago en la puta madre de Dios!... ¡Qué borde!... ¡Qué gilipollas!... Que dejara de tocarme los cojones, el mierda ese... con su manía... No creía lo que le contábamos... Se le había metido en la chola que se lo ocultábamos... ¡Ya es que era infernal!... ¡Se lo dije a la vieja!

«¡A la mierda! ¡Ya está bien! ¡Estoy hasta los huevos!... Because! Se va a enterar, qué leche...»

«¡No hagas eso! ¡Ferdinand!... ¡No hagas eso! ¡Te lo suplico!...»

«¡Sí! ¡Sí! Tal vez así se esté quieto... Se dé cuenta... Es un comediante, ese cacho gilipollas... Eso es, está majara... ¡Después le damos el lique!...» No cesaba de forcejear, ¡de hostiarse con todo!... Levantaba toda la mesa... ¡y eso que era monumental!... ¡Era fuerte, el cafre!

«¡El director!... ¡El director!...», se ponía a berrear otra vez... «¡He dado todo lo que tenía! ¡yo!...» Volvía a prosternarse de rodillas, abrazaba su crucifijo... Hacía mil señales de la cruz... Después quedaba sumido en éxtasis... Los brazos extendidos por cada lado... ¡Hacía el crucifijo, él mismo!... Y después de pie, como impulsado por un resorte... De puntillas, ¡en marcha otra vez!...

¡Con los ojos clavados en el techo!... Le daba otra vez a la cháchara...

Ella tiraba de mí, no quería que le enseñara al otro... en la cocina... Me indicaba por gestos. «¡No! ¡No!» Ya estaba bien de comedia... Se me habían hinchado las narices...

«¡Ven por aquí!...», fui y lo agarré del cuerno de caza... ¡y hale! y me lo llevé hacia la cocina... ¡Ah! ¡qué maricón!... ¡No nos creía!... ¡no!... Pues se iba a enterar, ese cabrón... Todos los majaras son iguales... Les encanta que los contraríen... «¡Vamos! ¡Vamos!... ¡Ven, tontaina!...» ¡Fui y le metí una patada en el culo!... ¡Menudo salto que dio!... ¡Ahora era él quien se achantaba!... ¡Ah! ¡Me estaba entrando mala leche a mí también!... ¡Las piaba! ¡Gruñía! Le di más caña al fondo del pasillo...

«¡Venga ya!... Coja la vela, señora, coja dos... Que vea pero bien... Que se empape... ¡Y no venga a jorobarnos más!...» Al llegar a la cocina, me arrodillé... y me agaché aún más... Le enseñé bien ahí, a huevo, el cuerpo envuelto por el suelo... Ya podía darse cuenta bien... Puse la otra vela al lado...

«¿Qué? ¿Ves bien?... di, gilipuertas... no volverás a darnos la barrila... ¿Eh? ¿Es o no es él?... ¿Lo reconoces?... ¿No?...» Se acercó... husmeó... No se fiaba... Husmeó a lo largo de las piernas... Se prosternó... Rezó una oración... No paraba. Y después se volvió... Me miró otra vez... ¡Reanudó la oración!...

«¿Qué? ¿Lo has visto bien?...», le dije... «¿Has comprendido, por fin? ¡di, pelmazo!... ¿Te vas a estar tranquilo ahora?... ¿Te vas a marchar por las buenas?... ¿Te vas a dar el piro a coger el rengue?...» Pero él no cesaba de refunfuñar y husmear una y otra vez el cadáver... Entonces, lo agarré del brazo... Quería apartarlo un poco... Que se levantara... ¡Volvió a entrarle un cabreo!... ¡Me metió un codazo, que no veas!... ¡Un revés en plena rodilla!... ¡Ah! ¡el aborto! ¡Ah! ¡Qué daño me hizo!... ¡Vi las estrellas!... ¡Ah! por un pelo no me lo cargué en el acto... ¡Estaba rabioso, el mierda!... ¡Me daban ganas de machacarlo, a ese capullo!... Pero la vieja se obstinaba... Apelaba a su buen corazón... a sus buenas intenciones... intentaba ganárselo...

«¡Ya lo ve, señor canónigo! ya ve usted que está muerto... ¡Nos hace usted sufrir a todos!... ¡Eso es lo que hace!... ¡Ya no está aquí, el pobre!... ¡El gendarme nos lo ha prohibido!... No quería que entrara nadie... ¡Se lo hemos prometido! ¡Nos van a castigar por su culpa... a los dos, a Ferdinand y a mí. ¿Qué ganará con eso?... ¿No querrá usted que nos castiguen?...»

En ese momento me dije: «Pues, mira, ¡tonto los cojones! Como no quiere creernos... Le voy a enseñar toda la chola... ¡Ya que cree que le ocultamos algo!... ¡Y después lo echo afuera!... ¡Ah! ¡ya lo hemos aguantado bastante!...» Conque levanté un ángulo de la envoltura... Acerqué aún más la candela... Le enseñé todo ese pisto curiosito... «¡Anda, mira bien!» Que se diera bien cuenta... Se arrodilló también para ver mejor... Le repetí otra vez:

«¡Vale, cacho capullo! ¿Vienes?...» Tiré de él... ¡No quería moverse!... Insistía... No quería marcharse... Husmeaba en plena pasta de la cara... «¡Hum! ¡Hum!» ¡Bramó!... ¡Ah! ¡Se estaba exaltando!... Entrando en trance... ¡Se estremecía con toda la osamenta!... Entonces fui a tapar otra vez la jeta... ¡Ya bastaba!... Pero él tiró con fuerza de la tela... ¡Estaba furioso! ¡Menudo! ¡No quería que lo tapara!... Metió los dedos en la herida... Metió las dos manos en la carne... En todos los agujeros... ¡Arrancó los bordes!... ¡Los blancos! ¡Hurgó!... ¡Se enredó!... ¡Se le quedó cogida la muñeca en los huesos! Crujía... Daba tirones... Se debatía como en una trampa... ¡Una especie de bolsa reventó!... ¡Brotó el jugo! ¡salpicó en todas las direcciones! ¡La tira de cerebro y sangre!... ¡Saltó en derredor!... Sacó la mano, por fin... ¡Yo recibí la ducha en plena cara!... ¡No veía nada!... ¡Lo que se dice nada!... ¡Forcejeé!... ¡Con la vela apagada!... ¡Él seguía berreando!... ¡Ah! Había que detenerlo... ¡Yo ya no lo veía!... ¡Lancé un viaje! Cargué... Como loco... ¡a bulto!... ¡Le acerté de lleno!... ¡Cayó de cabeza, el cabrón!... Fue a estrellarse contra la pared... ¡Baúm! ¡Plac! ¡Yo estaba lanzado!... Seguí... Pero, ¡me aguanté!... Eché el freno, ¡me alcé sin vacilar!... ¡No me quedé encima!... ¡Tuve mucho cuidado!... ¡Joder!... ¡No quería que la palmara con la zurra!... ¡Me restregué los ojos! ¡Conservé toda la presencia de ánimo!... Tenía que recobrarse en seguida... ¡Yo no quería verlo por el suelo!... Le unté

las costillas a patadas... Se alzó un poco... ¡Así mejor!... Le endiñé un guantazo en plena jeta... Con eso se alzó del todo... La vieja le vació sobre la chola todo el barreño lleno de pañí... y glacial... Se puso a quejarse, a gemir otra vez... ¡Tanto mejor!... Pero volvió a flaquear al instante... ¡Ah, qué mierda de tío!... ¡Pfloc!... ¡Se tendió!... Le daban coletazos de conejo... y después, ¡se quedó inmóvil!... ¡Ah! ¡qué cacho chorra!... ¡Ah, no había aguantado nada!... Miré un momento por la puerta... Y después lo llevamos, nosotros dos, al borde de la carretera... No queríamos que se quedara ahí... ¡Que nos lo atribuyeran encima!... ¡Un momento! ¡Ni hablar!... ¡Que lo encontrase el gendarme en la queli!... ¡y así, en pleno patatús!... ¡En nuestras manos!... ¡Ah! entonces, ¡sí que sí!... ¡Nos iba a caer una buena!... ¡No debían ni enterarse de que había estado dentro!... ¡Ni lo habíamos visto ni lo conocíamos!... ¡De eso, nasti! ¡No éramos chorras!... ¡Ah! ¡Afuera! ¡Viva el aire libre!... ¡desvanecido como estaba!... Aun así, volvió a gruñir un poco... Husmeaba en la mierda... Le llovía a mares encima... Nosotros volvimos rápido a la casa... Cerramos la burda bien... Venían ráfagas... Dije así a la vieja:

«Nosotros no debemos movernos más... ¡Aunque vuelva a llamar!... ¡No oiremos nada!... Cuando vuelva, el otro guripa... ¡Nos haremos los tontos y se acabó!... ¡No lo hemos visto! ¡no lo conocemos!... ¡Y listo!... ¡Es asunto suyo, si lo encuentra!...» ¡Bien! entendió... ¡Decidido!...

¡Pasó una hora tal vez!... Tal vez un poco más incluso... Recogí un poco la cocina... La vieja estaba ojo avizor en el cristal...

«¡No mire para acá, señora!... ¡No se vuelva!... ¡No se ocupe de la limpieza!... ¡Mire bien lo que sucede fuera!...» Volví a tender el cadáver... Arreglé un poco la cama de paja... Sangraba otra vez a mares a través de la tela... Llevé un poco más de forraje... Lo sembré al vuelo en derredor... ¡Sequé los charcos mal que bien!... Coloqué más paja bajo la cabeza... espesa como un almohadón... Pero entonces, ¡lo más difícil eran las salpicaduras!... Había manchas hasta el techo... ¡y hasta cuajarones pegados!... ¡Quedaba francamente feo!... Intenté lavarlo todo... Volví a pasar la esponja... Pero se marcaba aún más... ¡Mala suerte!... ¡Había que acabar!... ¡Me llevé las candelas!... ¡Salí!... Entonces nos apalancamos al lado... Esperamos, la vieja y yo... ¡Ah! ¡un canguelo!... Horrible... ¡Me entraba!... ¡de que el guripa se diera cuenta!... ¡Se oliese la corrida!... ¡Ah! ¡la que se iba a armar! ¡menudo si íbamos a ir para adelante!... ¡Sobre todo si encontraba al curilla así, desvanecido en la carretera!... ¡Un accesorio curiosito!... ¡Joder!... Seguía sin volver, el madero de los cojones... ¡Debía de habérsela zumbado, a la cuñada del cocido!... ¡Menudo!... ¡Nosotros nos echamos en el suelo!... Habíamos puesto heno también... Yo no decía nada... Cavilaba... ¡La noche era interminable!... No me iba a poder dormir nada, con las zozobras que me entraban... Creo que nunca había temido tanto... De pronto, oí una charanga... Pero, ¡la puta madre de Dios!... Pero, ¡ya está! ¡Era el cuerno de caza!... Y llegaba de la llanura... ¡De cerca! Me dije: «Pero, ¡si es él!... ¡Ah! ¡qué bestia!». ¡Yo reconocía todos los gallos! ¡Volvía a empezar! ¡Nos la iba a dar otra vez!... ¡Ah! ¡qué maricón! ¡Ah! ¡qué cabrón! ¡Decuplicaba todas las ráfagas! ¡Todos los estruendos de la tormenta!... ¡con su trompa cascada! ¡La leche! ¡Ya estaba bien! ¡La verdad! ¡Le daba con toda su alma!... ¡Ah! ¡qué foca!... ¡Ah! lo chorra que podía llegar a ser cura semejante... ¡Ah! ¡un estrépito! ¡Ah! ¡una bulla! ¡Qué pelmazo!... ¡Qué boceras!... ¡Qué tío más cargante!... ¡Ah! ¡eso lo tenía yo bien claro!... Ahora que, ¡qué hostia! ¡no! ¡Era mejor que berreara, aunque fuese con tan mala leche!... Señal de que se había recuperado... ¡Debía de estar contento!... «¡Ah!, ¡bram! ¡bram! ¡cacho cabronazo!» ¡Y vengan toques y más toques, de trombón!... ¡Señal de que no la había palmado! ¡Ah! ¡el mamón! ¡Ah! ¡Había recuperado el aliento bien!... ¡Ya no estaba para el arrastre!... ¡Tararó! ¡Tararó! ¡qué mierda! ¡Ah! ¡la bocina de los gallos!... Para dar y tomar... ¡Mejor eso que diñarla!... ¡Eso sí! ¡Había que reconocerlo! ¡La leche! Pero, ¡qué eructos más chungos! ¡qué cólicos de cobre! ¡Ah! ¡nos estaba tocando los cojones bien, de todos modos, con su cloaca, el montero mayor!... ¡No paraba!... ¡Un minuto apenas!... ¡Y vuelta a empezar en seguida!... ¡Cada vez más!... ¡Ah! ¡no cabía la menor duda! ¡Era, seguro, nuestro furioso!... Duró, su charanga, por lo menos hasta las seis y media... Ya estaba amaneciendo, cuando llamaron al cristal... ¡Era

nuestro gendarme!... Llegaba a tiempo... Muy oportuno... Había dormido en Blême, según dijo... Junto a su caballo, por lo visto... Es que no había podido herrarlo en Tousnes... era demasiado tarde... no había encontrado la herrería...

«¿Quién ha tocado el cuerno en esa llanura? ¡toda la noche!... ¿No han oído nada?...» Fue lo primero que nos preguntó...

«¡No!... ¿El cuerno?... ¡Ah! ¡No!...», dijimos... «¡En absoluto!... ¡Qué va!...»

«Hombre, qué extraño, la verdad... Los viejos me lo han dicho...»

Fue a abrir la ventana... El cura estaba justo delante... Volvió a saltar como un cabrito... Estaba esperando ese momento... Se puso de rodillas otra vez en medio de la queli... Volvió a empezar. «¡Padre Nuestro que estás en los Cielos! ¡Venga a nosotros Tu reino!...» Repetía... No cesaba de repetir... como un fonógrafo... ¡Se hostiaba las costillas con los dos puños!... Le temblequeaba todo el cuerpo... ¡Se brincaba sobre las tibias!... Se hacía sufrir... No cesaba ni un segundo... Ponía muecas de dolor... ¡mímicas de torturado!... «¡Venga a nosotros Tu reino!... ¡Venga a nosotros Tu reino!...», añadía a voz en grito.

«¡Oh! ¡pues vaya!... ¡Oh! ¡pues vaya!...» Se había quedado alelado, el gendarme, al encontrar a semejante chorbo... «¡Ah! ¡Hay que ver qué tipo!... No sabía qué pensar». Lo dejaba patidifuso... La vieja estaba a lo suyo, calentándonos el café... ¡Buena falta hacía!... Interrumpió las oraciones, el otro, el suplicante San Antonio, cuando la vio llegar con el café... Se lanzó por un vaso... ¡Quería soplarse todos los tazones!... ¡Ah! ¡Se entregaba totalmente! ¡Se chupaba el pitorro de la cafetera!... Se quemó pero bien toda la jeta... Resoplaba como una locomotora... El gendarme ya es que se desternillaba... «¡Huy, la Virgen! Pero, ¡yo creo que está loco!... Desde luego, ¡no es normal!... ¡Ah! ¡eso sí que no!... ¡Ah! ¡lo que yo digo!... ¡A mí me importa un pepino!... ¡Me tiene sin cuidado!... ¡No son de mi competencia, los majaras!... ¡No los conozco!... ¡De la Asistencia dependen!... Pero yo creo que no es cura... ¡No tiene cara!... ¿De dónde habrá salido?... ¿Se habrá escapado? ¿de la enfermería, entonces?... ¿No vendrá de un baile tal vez?... ¿No estará borracho?... ¿Será un simple disfraz? De todos modos, ¡no es de mi departamento!... ¡Si fuera un desertor!... ¡Entonces, sí! ¡Entonces sería de mi departamento! ¡Me incumbiría seguro!... Pero ya no tiene edad para eso, ¡qué hostia! ¡Eh! ¡Jefe! ¿qué edad tiene?... ¿No quiere decírmelo?...» No respondía nada, el otro sospechoso... Lamía el fondo de los recipientes...

«¡Ah! Es mañoso, ¿eh? ¡Bebe hasta con la nariz! ¡Ah! ¡será posible! ¡Eh, jefe!... ¡Ah! lo que es bonito, eh, es el cuerno... ¡Ah! ¡es un ejemplar hermoso!... ¡Ah! Me pregunto de dónde lo habrá sacado.»

Un poco después, esa mañana, ¡invadió nuestra aldea un auténtico ejército de curiosos!... Yo me preguntaba de dónde podían venir... En un país tan desierto, ¡era un enigma!... ¿De Persant?... ¡Nunca había habido tanta gente!... ¡en Mesloirs tampoco!... Venían, pues, de más lejos... de los otros cantones... de los otros campos... Habían llegado a ser tan numerosos, tan densos, que desbordaban sobre nuestros cultivos... Tan comprimidos estaban... Que ya no cabían en la carretera... Machacaban los campos, los dos terraplenes se derrumbaban bajo el peso del populacho... Querían verlo todo a la vez, conocerlo todo y atropellarlo todo... Les llovía a mares encima... No les importaba lo más mínimo... Se quedaron de todos modos, así, empantanados en la bosta... Al final invadieron todo nuestro patio... Producían un rumor ronco...

En primera fila, en nuestras baldosas, ¡se formó bajo nuestra ventana una especie de lodazal de abuelas! ¡Ah! ¡era precioso!... Se adhirieron a las persianas, eran acaso cincuenta por lo menos... Graznaban más que nadie... ¡Se caneaban a paraguazos!

Por fin llegó la ambulancia anunciada... Era la primera vez que la aventuraban fuera de la ciudad... El conductor nos informó... El gran hospital de Beauvais acababa de comprarla... ¡La de

averías que había tenido!... ¡Tres pinchazos seguidos!... y dos escapes de gasolina... Ahora tenía que darse prisa para regresar antes de la noche... Deslizamos la camilla... Cogimos un varal cada uno... ¡No había que perder ni un segundo!... Había otra cosa que aterraba al mecánico... que el molino se desembragara... ¡No debía detenerse!... ¡ni hablar!... ¡ni un segundo!... ¡Debía girar incluso en punto muerto!... Pero eso entrañaba un peligro por las llamitas de retroceso... Fuimos a buscar a Courtial... La gente se abalanzó hacia las salidas. Nos metían unos viajes tan fuertes... Bloqueaban totalmente la bóveda y el pasillito, que aun zurrándolos, lanzándonos a toda hostia con el madero, las pasamos canutas... Volvimos en seguida con la camilla, deslizamos los varales por las dos ranuras a propósito hasta el fondo del tequi... encajaba exactamente... Echamos los visillos... De hule negro... ¡Y listo!... Los campesinos ya no hablaban... Se quitaron las gorras... Todas las paletas, las jóvenes, las puríes, se hacían la tira de señales de la cruz... con los calcos bien hundidos en el lodo... Y venga llover a mares... Rumiaban sus oraciones... ¡La madre de Dios, lo que les estaba cayendo encima!... Entonces el conductor de la ambulancia se subió a su pescante... tiró del arranque... ¡Pe! ¡Pe! ¡Tap! ¡Pe! ¡Pe! ¡Tap! ¡Pe! ¡Pe! ¡Unos eructos terribles!... El motor estaba mojado... Resoplaba por todos los tubos... Por fin, ¡se decidió!... Dio un brinco... Dos... Embragó... rodó un poquito... Entonces el canónigo Fleury, cuando vio partir así el trasto... ¡Se marcó unos cien metros imponentes!... A fondo. Saltó de la carretera como un acróbata... ¡Se tiró sobre el guardabarros!... ¡Tuvimos que correr detrás! ¡Y arrancarlo por la fuerza! ¡Se resistía como un salvaje!... ¡Volvimos a encerrarlo en el granero! ¡Y listo!... Pero el motor, una vez bloqueado, ¡ya no quería arrancar otra vez! Tuvimos que empujar al unísono hasta la cima de la meseta... para dar el impulso de nuevo... Y así bajó, la ambulancia nueva, con un tiberio de estertores y tirones, toda la pendiente... ¡unos tres kilómetros más!... ¡Ah! ¡menudo deporte!... Volvimos, nosotros, a la alquería... Nos sentamos en la cocina... Esperamos un poco... a que la gente se hartara y se dispersase... Ya no tenían nada que mirar, era evidente... pero, aun así, ¡no se movían!... Los que no llevaban paraguas se instalaron en el patio... en el cobertizo del medio, ¡se pusieron a jalar! Cerramos los postigos.

Buscamos entre nuestros chismes lo poco que quedaba al retortero, a ver qué podíamos llevarnos... qué ropa para vestir... Hay que reconocerlo, ¡no había gran cosa! La vieja encontró un mantón... seguía llevando puestos sus alares, claro está, siempre maqueada como nosotros. Ya no tenía falda que ponerse... En punto a alimentos, quedaba aún un poco de corteza de tocino en el fondo del saladero... lo suficiente para un papeo de chuquel... Nos lo llevábamos también a la estación... Le dimos de jalar... Yo descubrí, por suerte, un terciopelo «acanalado» detrás del guardarropa... ¡Una chupa con botones de hueso! Un auténtico terno de guardamonte... Lo habían pispado los chavales... No se lo habían dicho a nadie...

Debajo de mi raglán me iba a dar calor, la verdad... ¡y también la gorra de ciclista!... En cuanto a ropa blanca, ¡totalmente boqueras! ¡ni una camisa!... ¿Y calcos?... los míos aún aguantaban, los tenía un poco resquebrajados por las puntas, demasiado estrechas... y reforzados, además, por debajo con sandalias... ¡flexibles, pero fríos!... A la purí le iba a costar trabajo llegar con sus zapatillas cubiertas con gomas. ¡Así resistían bien la pañí!... Se los envolvió en paquetes con cordeles y periódicos viejos alrededor... para que fueran como botas de verdad y no le bailaran los pinreles... ¡Persant quedaba aún bastante lejos!... Y Beauvais mucho más... ¡Ni pensar en un coche!... Nos marcamos un poco más de café... Y después nos reunimos con el madero... Él debía escoltarnos, ¡sujetaba de la brida el jamelgo, que seguía sin la herradura!... ¡El cura también quería venir!... ¡Me habría gustado dejarlo ahí plantado!... Encerrado con llave detrás... Pero, en cuanto se creía solo, armaba una polcata tremenda... Conque, ¡no era solución!... ¿Y si lo dejábamos ahí, enchiquerado en la cabaña?... ¿Y después lo rompía todo?... ¿Se escapaba, ese energúmeno?... ¿trepaba por los tejados?... ¿Se caía de un canalón y se metía una hostia?... ¿Y se rompía dos o tres miembros?... Entonces, ¿quién iba a ser el pagano?... ¿A quién iba a acusar?... Naturalmente, a los mendas lerendas una vez más... ¡Nos iban a encarcelar a

nosotros!... ¡no admitía el menor género de dudas!... Conque fui a abrirle la burda... ¡Se lanzó a mis brazos!... Me amaba locamente... ¡Vaya, hombre! Ahora no encontrábamos al chuquel... Perdimos una hora por lo menos en rastrearlo... en el cobertizo, en el granero... No aparecía por ningún lado... ese piojoso... Por fin acudió... Hacía la tira que estábamos listos...

Los paletos, que esperaban fuera, no dijeron nada al vernos partir... ¡No dijeron ni mu!... ¡Ni palabra! Pasamos justo ante sus narices... ¡Abarrotaban las cunetas! Catetos... y más catetos... Conque nos lanzamos a la carretera... en fin... lanzarse es mucho decir... Andábamos con bastante prudencia... El otro chorra era el único que perdía el culo... Brincaba de aquí para allá... Le intrigaba mucho, a él, el curilla, nuestro itinerario... «¿Vamos a ver a Carlomagno?...», se puso a preguntar a voces... ¡No comprendía las respuestas!... pero no quería separarse de nosotros... Dejarlo atrás, ¡imposible!... El garbeo lo excitaba... Najaba por delante con el chuquelín... Saltaba a un talud... Se llevaba a la boca el cuerno de caza... ¡Tocaba un tenue tararó!... Y al llegar al raso, se reunía rápido con la cuadrilla... Se embalaba como una cebra... Llegamos así, con fuerte charanga, a las casas... a la entrada de Persant... El gendarme giró a la izquierda... su misión había concluido... Nos dejaba espabilarnos... Ya no le interesaba nuestra compañía... No iba en esa dirección... Nosotros fuimos camino de la estación... Nos informamos en seguida del horario de trenes... ¡El de la vieja para Beauvais salía dentro de diez minutos!... Una hora antes que el de París... Pasaba por el andén de enfrente... Era el momento de decirse «adiós»... No nos dijimos nada de particular... No nos prometimos nada... Nos dimos un beso...

«¡Ah! pero, ¡si es que picas, Ferdinand!...» Era mi barba lo que notaba. ¡Una broma!... Era valiente... tenía mérito en plena mierda... No sabía adónde iba... Yo tampoco, por cierto. ¡Llevábamos la tira, la verdad, granjeándonos desgracias!... ¡Esa vez habíamos recibido una buena!... Era de prever, en una palabra... No había gran cosa que decir...

Al cura en la estación le dio un poco de miedo en seguida... Se acurrucaba en un rincón... Pero no me quitaba ojo... Sólo me miraba a mí en el andén... con ojos como platos... La gente alrededor se preguntaba qué cojones andábamos haciendo... Sobre todo él con su trompa... La purí con su pantalón... Yo con mi terno de cuerdas... No se atrevían a acercarse... En un momento dado la estanquera se esforzaba, nos reconoció... «pero, ¡si son los locos de Blême!», dijo a los cuatro vientos... Hubo como pánico entonces... El tren de Beauvais estaba entrando en la estación... por suerte... Hubo dispersión... La gruesa gachí se lanzó... Trepó por el lado de la vía contigua... Se quedó en la puerta con el chuquelín de Dudule... ¡Me hacía señas de despedida!... ¡Yo también se las hice!... En el momento en que el tren arrancaba... le entró angustia... ¡Ah! ¡algo horrible!... Me hacía muecas atroces en el agujero de la puerta... Y, además, «¡rah! ¡rah!», lanzaba estertores como si la estrangularan... como una especie de animal...

«¡Herdinand! ¡Herdinand!», pudo gritar aún... así, a través del cristal... por todo estrépito... El tren se lanzó hacia el túnel... ¡Nunca volvimos a vernos!... Nunca, la purí y yo... Me enteré, mucho después, de que había muerto en Salónica, según me dijeron en el Val-de-Grâce en 1916. Se había ido de enfermera a bordo de un transporte. Murió de alguna epidemia, creo que fue el tifus, el exantemático. Conque nos quedamos los dos, el canónigo y yo, en el otro andén, el de París. Él seguía sin comprender nada... la razón por la que estábamos allí... Pero, en fin, ¡ya no tocaba el cuerno!... Sólo tenía pánico de que lo dejara plantado por el camino... Nada más llegar el tren, saltó también al rengue, detrás de mí... Hasta París se me pegó... Lo perdí por un instante al salir de la estación... Me colé por otra puerta... ¡Me encontró en seguida, el pesado!... Volví a perderlo en la Rue La Fayette... justo frente a la farmacia... Aproveché el tráfico... Salté a un tranvía entre los enjambres de coches... Me apeé un poco más lejos... en el Bulevar Magenta... Quería estar solo un poco... meditar, a ver cómo me iba a orientar...

Llevaba una pinta muy extraña... impresentable en una ciudad... La gente me miraba con curiosidad... era el momento de la salida de los almacenes, de las oficinas... Debían de ser un poco

más de las siete... Causaba sensación, con mi raglán encogido... Me apalanqué bajo una puerta, lo de mi abrigo era lo más jodido... ¡todo hinchado dentro del pantalón, que me daba una forma tan rara! Y no podía cambiarme de ropa ahí... Y, además, ¡es que no tenía camisa! ¡Los alares se sostenían sólo por el espesor!... Tampoco llevaba sombrero ya... Sólo el pequeño de Dudule, un Jean-Bart de cuero lavable. Allá me lo ponía... Aquí, resultaba imposible... Lo tiré tras una puerta... Seguía habiendo demasiados transeúntes... para que me arriesgara por las aceras, maqueado en plan fantasía... Quería esperar a que despejaran... Miraba pasar la calle... Lo que me llamó la atención en primer lugar fueron los nuevos autobuses... el modelo sin «imperial» y los nuevos autotaxis... Eran más numerosos que los simones... Armaban una polcata espantosa... Yo había perdido por completo la costumbre del tráfico intenso... Me aturdía... Estaba un poco desanimado incluso... Me compré un croissant pequeño y un chocolate... Ya era hora... Me los metí en seguida en el bolsillo... La atmósfera siempre parece bochornosa, cuando vuelves del campo... Te falta el viento... Y después me pregunté si volvería al Passage... y directamente... ¿Y si venían los guris a pillarme?... Los del ceceante...

Más arriba, en el Bulevar Magenta, me encontré la Rue La Fayette, ésa bastaba bajarla, no era demasiado difícil, la Rue Richelieu, después la Bolsa... Bastaba con que siguiera todas las luces... ¡Ah! ¡Me lo conocía yo, el camino!... Si, por el contrario, me metía a la izquierda, iba a ir a dar con el Châtelet, los vendedores de pájaros... el Quai aux Fleurs, el Odéon... era la dirección de mi tío... Lo de encontrar una cama en alguna parte no era aún lo más grave... Siempre podía decidirme en el último instante... Pero, ¿y para encontrar un empleo? ¡eso era muy jodido!... ¿Cómo iba a maquearme de nuevo?... ¡Ya me veía la escenita!... Y, además, ¿adónde me iba a dirigir?... Salí un poco de mi escondite... Pero, en lugar de meterme otra vez en el Bulevar, giré en una callejuela... Me detuve ante un escaparate... Vi un huevo duro... ¡uno muy rojo!... Me dije: «¡Me lo compro!...». A la luz, conté mis cuartos... Aún me quedaban más de siete pavos, después de pagar mi billete de tren y el del curilla... Pelé el huevo en el mostrador, le di un mordisco... Lo escupí al instante... ¡Ya no podía tragar nada!... ¡Hostias! No pasaba... Hostias, me dije, estoy enfermo... Sentía mareo... Volví a salir... Todo ondulaba en la calle... La acera... los faroles de gas... Las tiendas... Y yo seguro que iba torcido... Va y se me acerca un agente... Apreté el paso un poco... Giré... Volví a apalancarme en una entrada... No quería moverme más... Me senté en el felpudo... ¡Me encontraba un poquito mejor, de todos modos!... Me dije: «¿Qué te pasa, chico?... ¡No puedes haberte vuelto tan holgazán!... ¿Es que ya no tienes fuerzas para avanzar?...». Y con el mismo mareo... La calle me daba pánico... al verla así, ante mí... a los lados... a la derecha... a la izquierda... Todas las fachadas, ¡todo tan cerrado, tan negro! ¡Joder!... tan chungo... ¡era aún peor que Blême!... nada para jalar... Tenía canguelo por todo el cuerpo... y sobre todo en el vientre... ¡y en la cabeza! Parecía que iba a vomitarlo todo... ¡Ah! ¡Ya es que no podía ponerme en marcha otra vez! Estaba bloqueado en el escaparate... ¡Ahí podía darme cuenta de verdad!... No era trola... ¡al pie de la pared, vamos!... ¡Cómo se había afanado, recordaba, la pobre purí, para que no la palmáramos todos!... ¡Era increíble, en una palabra!... ¡Joder! ¡Ahora estaba solo!... ¡Se había largado, Honorine!... ¡Hostia!... ¡Era buena tía!... lo que se dice valiente... ¡nos había defendido bien!... ¡Nosotros éramos todos unos pintas!... ¡Se estaba poniendo muy chungo todo de repente!... ¡Y de lo más jodido!... Las náuseas otra vez... Encontré otro felpudo... Vomité en el arroyo... Los transeúntes me veían... Tuve que ponerme en marcha otra vez... Quería avanzar, de todos modos...

Volví a detenerme en el extremo de la Rue Saint-Denis... No quería avanzar más, descubrí un rincón, ahí ya no me veían... Sentado me sentía mejor... pinrelear era lo que me mareaba... Cuando me sentía aturdido, prefería mirar al cielo... Me atenuaba el malestar, alzar la cabeza... El cielo estaba muy claro... Creo que nunca lo había visto tan límpido... Me asombró, esa noche, lo despejado que estaba... Reconocía todas las estrellas... Casi todas, vamos... ¡y bien que sabía los nombres!... ¡Bastante me había fastidiado, el chiflado ese, con sus órbitas y trayectorias!... Era curioso cómo las

había aprendido, sin proponérmelo, por cierto... hay que reconocerlo... «Canope» y «Andrómeda»... estaban ahí, en la Rue Saint-Denis... Justo por encima del techo de enfrente... Un poco más a la derecha, el «Auriga», el que parpadea un poco junto a «Libra»... Las reconocía todas sin vacilar... Para no equivocarse con «Ofiuco»... ya es un poco más jodido... ¡Se la confundiría con Mercurio, si no estuviera el asteroide!... Ése es el dato fetén... Pero la «Cuna» y la «Cabellera»... se confunden casi siempre... ¡Con «Pelleas» no hay quien acierte! Esa noche, ¡estaba inconfundible!... ¡Era «Pelleas» pero clarísimo!... ¡al norte de «Baco»!... Tarea para miope... Hasta la «Gran nebulosa de Orión» estaba absolutamente nítida... entre el «Triángulo» y «Ariadna»... Conque no tenía pérdida... ¡Una oportunidad única y excepcional!... En Blême, ¡sólo la habíamos visto una vez! en todo el año, «Orión»... ¡Y la buscábamos todas las noches!... Se habría quedado arrobado, el chaval de la lente, si hubiera podido observarla tan nítida... Él, que siempre las piaba después... Había editado una guía sobre los «asteroides de referencia» y hasta un capítulo entero sobre la «nebulosa de Antíope»... Era una auténtica sorpresa, observarla en París... ¡donde el cielo es famoso por su opacidad de roñica!... ¡Lo oía mostrar su júbilo, al Courtial en un caso así!... Lo oía soltar gilipolleces, ahí, a mi lado, en el banco...

«¿Ves, hijo, la que tiembla?... no es siquiera un planeta... ¡No es sino una embustera!... ¡Ni siquiera una referencia!... ¡Un asteroide!... ¡Una simple vagabunda!... Mira, aún dentro de dos millones de años, ¡tal vez dé luz profusa!... ¡Entonces tal vez salga una placa!... Ahora no es sino un engaño, ¡y no saldrá la foto!... Y eso es lo único que conseguirías... ¡Ah! ¡cómo engaña una “vaporoide”, chiquillo!... Ni siquiera un cometa de “atracción”... ¡No te dejes engañar, trovador! ¡Las estrellas son todas unas zorras!... ¡Ten cuidado antes de embarcarte! ¡Ah! ¡no son enanitas blancas! ¡Entiéndelo bien! ¡Con el dinámetro! ¡Cuarto de segundo de exposición! ¡Te quema la película en un cuarto de décima! ¡Si serán terribles! ¡Ah! ¡la decepción! ¡Ándate con ojo, muchacho! ¡Las placas no están tiradas en el “Rastro”!... ¡Claro que no, señor mío!...» ¡Yo oía todos sus cuentos!... «Una sola vez, cuando miras una cosa... ¡Debes retenerla para siempre!... ¡No te fuerces la inteligencia!... La razón nos lo confunde todo... Usa el instinto, primero... Cuando ése diquela bien, ¡has ganado!... ¡Nunca te engañará!...» Yo razón ya no tenía... Tenía los pinreles hechos papilla... Aun así, anduve un poco más... Y después encontré otro banco... Me apreté contra el respaldo... Ya no hacía calor, la verdad... Me parecía que él estaba ahí... al otro lado de la tablilla, que me daba la espalda el pureta. Veía espejismos... Decía gilipolleces por él... Sus propias palabras absolutas... Tenía que oírle hablar... debían llegarme claramente todas... ¡Estaba ante mí en el asfalto!... «¡Ferdinand! ¡Ferdinand! El ingenio es el hombre... No pienses siempre en el vicio y nada más...» Me contaba todas sus bolas... ¡y yo recordaba todas a la vez!... ¡Ahora hablaba yo en voz muy alta!... La gente se detenía a escucharme... Debían de pensar que estaba borracho... Conque cerré el pico... Pero no me lo podía quitar de la cabeza, de todos modos... me atenazaba toda la chola. Era presa, pero bien, de los recuerdos... No podía creer que estuviera muerto, mi pureta... Y, sin embargo, lo volvía a ver con la cabeza hecha papilla... Toda la carne aún crispada... ¡y hormigueando por toda la carretera!... ¡Hostia! ¡Y la alquería al pie del declive! y el hijo de ese bicho de la Arton, además... ¿Y la llana?... ¿Y la tía Jeanne? ¿y su carretilla? ¡y todo el rato que la empujamos, la purí y yo!... ¡Ah! ¡Qué cabrón! ¡Era terrible!... ¡Volvía a darme vueltas en la memoria!... Volvía a recordar todas las cosas... El bar Aux Émeutes... ¡Naguère!... El comisario de Bons Enfants... ¡y los efluvios de mala muerte!... ¡Y todas las patatas infectas!... ¡Ah! Era repugnante, en el fondo... cómo había llegado a mentirnos... ¡Ahora volvía a empezar, el maricón!... Estaba ahí, justo delante de mí... junto al banco... Sentía su olor a carne... Me inundaba las napias... Es la presencia de la muerte... Cuando hablas por otro... Me volví a levantar al instante... No resistía más... Iba a dar un grito terrible... Me iban a llevar para delante de verdad... Alcé los acáis al cielo... para no mirar las fachadas... Me resultaban demasiado tristes... Veía demasiado su cabeza en las paredes... pegada a todas las ventanas... en la negrura... Arriba, Orionte había

desaparecido... Ya no tenía punto de referencia en las nubes... Aun así, localicé Andrómeda otra vez... Me obstinaba... Buscaba Canope... La que parpadeaba junto a la Osa... Lógicamente, me aturdí... Reanudé, de todos modos, el paseo... Costeando los grandes Bulevars... Volví a Porte-Saint-Martin... ¡No me tenía sobre las piernas!... ¡Deambulaba en zigzag!... Me daba perfecta cuenta... ¡Tenía un miedo cerval a los maderos!... ¡Me creían borracho ellos también!... Delante del reloj del «Nègre», dije «¡chsss!» «¡chsss!» a un simón... Me cogió...

«¡A casa del tío Edouard!»... dije...

«¿Dónde es eso?»...

«¡Rue de la Convention! ¡catorce!» Si seguía con mi garbeo, seguro que me pescaban... con ese vértigo de los cojones... Se estaba volviendo muy peligroso... si los maderos me hubieran preguntado... Estaba aturdido de antemano... No habría podido responderles de ningún modo... La carrera en simón me sentó bien... Me recuperé un poco... Estaba en casa, el tío Edouard... No pareció sorprenderse demasiado... Se alegró de volver a verme... Me senté a su mesa... Me quité un momento la levita... Ya sólo me quedaba el terciopelo acanalado...

«Oye, ¡tiene gracia cómo vas maqueado!», comentó... Me preguntó si había comido.

«¡No! No tengo hambre...», respondí...

«Entonces, ¿no hay apetito?...»

Y prosiguió... Me contó él sus historias... Estaba muy preocupado... Acababa de volver de Bélgica, ¡salía de un apuro que para qué!... Había colocado por fin su bomba, la «superdesmontable», a un consorcio de fábricas... En condiciones que no eran nada del otro mundo... Ya estaba hasta la coronilla de litigios, de reclamaciones... a propósito de todas las patentes... las «múltiples», las «reversibles»... ¡Era demasiado!... No era lo suyo, las jaquecas y los abogados... Con ese dinerito líquido, iba a comprarse algo de verdad, algo claro... una auténtica empresa mecánica... Un negocio ya lanzado... para arreglar coches... para «burras» de segunda mano... Ése era asunto fructífero siempre... Además recuperaría los faros y las bocinas de todos los clientes. Eso también se le daba muy bien... Los adaptaría al gusto actual... Para los accesorios pequeños, los niquelados, los cobres, siempre hay demanda... Basta con seguir un poco la moda, un retoque por aquí, otro por allá... ¡y encuentras un aficionado al trescientos por ciento!... ¡Éso es comercio!... No estaba apurado... Conocía todas las triquiñuelas... El único pero era el local... Quería pensárselo aún... Las cláusulas no estaban demasiado claras... Pedían un «traspaso» de aúpa... ¡Estaba mosca!... No había concluido las conversaciones... Estaba escarmentado... Había estado a punto de entrar en una asociación para una auténtica fábrica de suministros de carrocerías al por mayor... a cien metros de la Porte Vanves... No había llegado a firmar... Querían hacerle el avión en el contrato... Le había entrado canguis en el último momento... Desconfiaba de todos los socios... En eso, ¡no andaba descaminado!... Seguía pensándoselo... ¡Demasiado bonito para ser legal!... ¡casi el cuarenta y siete por ciento!... ¡Ésos eran unos bandidos, seguro!... ¡No debía lamentarlo!... ¡Seguro que estaba vendido con semejantes gángsteres!... Por fin, ya había rajado todo... soltado todo... todo lo que había sucedido, en detalle, todas las chapuzas de su business, desde que nos fuimos a Blême hasta el día presente... Conque me tocaba a mí contar mis historias... Empecé muy despacito... Él escuchó todo el rato...

«¡Ah! ¡pues sí! ¡Ah! ¡pues vaya, chico! ¡Ah! ¡qué cosa más tremenda!...» ¡Se había quedado patidifuso!... «¡Ah! pero, bueno, ¡si es que es increíble!... ¡Ah! bueno, entonces, ¡no me extraña que estés flaco como un palillo!... ¡pues sí que habéis cobrado!... ¡La leche!... ¡Vaya una lección! ¡Mira, chico!... El campo siempre es así... Si eres de París, ¡debes quedarte!... A mí me han ofrecido muchas veces pequeñas delegaciones, marcas, talleres en aldeas... Contado así, resultaba seductor... “Representaciones”, bicis, neumáticos... ¡Tú el dueño y señor, por aquí!... ¡La libertad, por allá!... ¡Tarará! ¡A mí no me embaucaron nunca!... ¡Jamás! ¡Te lo aseguro!... ¡Los currelos del campo es que hay que conocerlos!... Hay que haber nacido entre sus cochinadas... Tú vas y llegas boqueras... ¡Caes

en el campiri! ¡Imagínate!... todo animoso, todo entusiasta... En cuanto llegas, ¡te hacen la pirula!... ¡Como a un primavera!... ¡Eso, vamos, seguro!... Te chupan hasta los huesos... ¡Suerte echada!... ¡Se relamen! ¿Beneficios?... ¡Nasti!... ¡No sacas ni un chavo para tu menda!... ¡Te la pegan de todas todas!... ¿Cómo vas a poder defenderte?... No resistes ni un segundo... Has de estar en el ajo desde que eres un mocoso... ¡Eso es lo ideal!... Si no, te hacen el avión a la primera de cambio... ¿Cómo vas a poder aguantar?... ¡No se chanela así como así! ¡No se inventan, las alcachofas!... No te comes una rosca... Y, además, ¡menuda ocurrencia para empezar!... Los cultivos centrífugos... ¡Chupado, vamos!... Pues sí que os buscasteis la ruina bien... ¡Os dejasteis hacer el avión pero bien!... ¡Estaba cantado!... ¡Ah! Pero, oye, chiquillo, ¡mira que estás flaco! Pero, ¡si es que es increíble!... ¿Te gusta la sopa de tapioca?...» Revolvía en la cocina... Debían de ser por lo menos las nueve... «¡Vas a tener que recuperarte!... ¡Aquí te vas a poner como el Quico! ¡Eso te lo garantizo!... ¡Vas a tener que jalar pero bien!... ¡Ah! Ya lo creo...» Volvió a diquelarme la jeró... mi traje curiosito... lo hacía sonreír un poco... y el pantalón combinado... y las cuerdas de fondillos...

«¡No puedes seguir con esos harapos!... Voy a buscarte unos alares... Espera... Voy a ver si encuentro algo...» Me trajo del cuarto contiguo un traje suyo completo, del armario de corredera. Estaba en perfecto estado y, además, un abrigo de piel de oso... no veas, estupendo... «Mientras, ¡te pones esto!...», y un pasamontañas y calzoncillos y camisa de franela... ¡Maqueado magnífico otra vez!

«Entonces, ¿no tienes hambre?... ¿Nada?...» No habría podido tragar nada... Me sentía mareado incluso... algo muy pernicioso... Las tripas me hacían gluglú... sin exageración, ¡estaba bien chungo!

«Pero, ¿qué es lo que te pasa, chiquillo?...» Empezaba a inquietarlo.

«¡Nada!... ¡Nada!...» Luchaba...

«Entonces, ¿has cogido frío?... Pero, ¡si es que tienes un gripazo!»

«¡Oh! no... no creo...», respondí... «Pero, si no te importa, cuando hayas acabado de comer... ¿Tal vez podríamos dar una vuelta?...»

«¡Ah! ¿Crees que eso te va a despejar?...»

«¡Ah! ¡Sí! ¡tío!... ¡Sí! ¡creo que sí!...»

«Entonces, ¿estás mareado?...»

«¡Sí! ¡un poquito, tío!...»

«Pues, ¡tienes razón!... Mira, ¡bajamos ahora mismo!... ¡Más tarde comeré!... Es que soy, verdad, un poco como tu madre... ¡Subito! ¡Presto! ¡Sin darse tregua nunca!» No acabó de jalar... Nos fuimos despacito hasta el café de la Avenida, en la esquina... Allí quiso que nos sentáramos en la terraza... y que yo me tomara una infusión de menta... Seguía hablándome de esto y lo otro... Le pregunté qué noticias había... Si había visto a mis padres...

«Cuando me iba para Bélgica, ¡ayer hizo dos meses!... Pasé un momento por el Passage... ¡No los he vuelto a ver!... ¡Se devanaban los sesos», añadió, «con tus cartas! Las examinaban con lupa, se puede decir... No sabían qué iba a ser de ti... Tu madre quería ir a verte en seguida... ¡Ah! Pero, ¡la disuadí!... Dije que tenía noticias... Que te las arreglabas perfectamente... pero, ¡que no teníais un momento libre con la siembra! En fin, ¡tonterías!... ¡Dejó el viaje para más adelante!... Tu padre seguía enfermo... Ha faltado a la oficina varias veces seguidas este invierno... Tenían miedo los dos de que esa vez fuese de veras... que no lo esperaran más Lempreinte y el otro... que lo despidieran... Pero al final lo readmitieron... En cambio, ¡le descontaron íntegros los días de ausencia!... ¡Imagínate! ¡Por una enfermedad!... ¡Una compañía que mueve cien millones! ¡que tiene inmuebles casi por todas partes! ¿No es una vergüenza?... ¿No es espantoso?... Es que, mira, es cierto... cuanto más tienen, más quieren... ¡Insaciables, vamos! ¡Nunca tienen bastante!... ¡Cuanto más opulentas, más cerdas!... ¡Son terribles, las compañías!... Yo lo veo en mi modesto ramo... ¡Son unos vampiros todos, pero es que todos!... ¡voraces! ¡te chupan hasta los tuétanos!... ¡Ah! ¡Es inconcebible!... Ciertísimo... Y, además,

que así es como te haces rico... ¡Y sólo así!»

«¡Sí, tío!...»

«El enfermo, ¡que la diñe!...»

«¡Sí, tío!...»

«Ésa es la verdadera moraleja, muchacho, ¡hay que aprender todo eso!... ¡inmediatamente! ¡en seguida! ¡Desconfía de los millonarios!... ¡Ah! Pero se me olvidaba una cosa... Hay novedades... a propósito de sus enfermedades... ¡Tu padre no quiere volver a ver a un médico!... ¡Ni siquiera a Capron, que no era malo! y honrado, en una palabra... No te imponía las visitas... Tu madre tampoco, no quiere oír hablar más de eso... Se cura ella solita... Y puedes creer que cojea... No sé cómo se las apaña... ¡Sinapismos! ¡sinapismos!... Siempre lo mismo, ¡con mostaza! ¡sin mostaza! ¡Caliente! ¡frío! ¡Caliente! ¡frío! ¡Y no para de trabajar!... ¡Y trajina, que no veas!... ¡Tiene que recuperar clientes!... Ha conseguido algunos nuevos para su nueva Casa de los Bordados... encajes búlgaros... ¡Date cuenta! Tu padre, naturalmente, no sabe nada... Representante para toda la Rive droite... Unas caminatas... ¡Si le vieras la cara, cuando vuelve de sus rondas!... ¡Ah! ¡no veas!... ¡Absolutamente increíble!... Como de un cadáver... ¡Hasta me dio miedo el otro día!... Me tropecé con ella en la calle... Volvía con sus cartapacios... Por lo menos veinte kilos, ¡estoy seguro! ¿Me oyes? ¡veinte kilos! En las manos... ¡Lo que pesan, todos esos mamarrachos!... ¡Ni siquiera me vio!... Se morirá de fatiga... ¡Y a ti te pasará igual, si no andas con cuidado! ¡Te lo digo yo, chaval! Para empezar, comes demasiado deprisa... Tus padres te lo han dicho siempre... En eso tienen razón...»

Todo eso era posible, ya lo creo... En fin, no importaba... En fin, no demasiado... Yo no quería contradecirle... No quería provocar una discusión... Lo que me fastidiaba, mientras me hablaba... hasta el punto de que no podía escucharle bien... era el cólico... Me ondulaba en las tripas... Él seguía hablándome...

«¿Qué quieres hacer después de esto?... ¿Tienes ya pensado algo?... ¿En cuanto hayas ganado peso?...» A él también le preocupaba el asunto de mi porvenir...

«¡Ah! ¡chiquillo! ¡No te lo digo para que te apresures!... ¡Oh! ¡no, no!... ¡Tómate todo el tiempo que quieras para las gestiones! Lo primero, ¡saber a qué atenerse!... ¡No vayas a coger cualquier cosa!... ¡Te estrellarías!... Tienes que espabilarte, pero poco a poco... ¡Con cuidado!... El trabajo es como el papeo... Ante todo, tiene que sentar bien... ¡Piénsatelo! ¡Valóralo! ¡Pregúntame! ¡Prueba! ¡Examina!... a derecha e izquierda... ¡No decidas hasta que estés seguro!... Entonces, me lo dices... No hay que perder el culo... Aún no... ¿Eh?... No vayas a coger lo primero que salga... Sólo para darme gusto a mí... ¡Una chapuza para quince días!... ¡No!... ¡No! Ya no eres un chaval... Otro currelo de mala muerte... ¡Acabarías perjudicándote a ti mismo!... Cogerías mala fama.»

Nos fuimos de vuelta a su casa... Rodeamos el Luxembourg... Él volvía a hablar de lo del empleo... Le angustiaba un poco cómo iba yo a apañármelas... Tal vez se preguntara para sus adentros, en lo más profundo de su bondad, si me libraría alguna vez de mis nefastos instintos... mis inclinaciones perversas... Yo lo dejaba meditar un poco... Ya no sabía qué decirle... No respondí nada en seguida... Estaba demasiado cansado, la verdad, y, además, es que me dolían las sienes con avaricia... Lo escuchaba sólo con un oído... Al llegar al Bulevar Raspail, ya es que ni siquiera podía caminar derecho... Seguía la acera al sesgo... Él se dio cuenta... Hicimos otro alto... Yo iba pensando en algo totalmente distinto... Descansaba... Ya me estaba tocando las narices, el tío Edouard, con todas sus perspectivas... Volví a mirar al cielo... «¿Los conoces tú, tío, los “Velos de Venus”?... ¿la “Colmena de las fugaces”?...» Estaban saliendo justo entonces de entre las nubes... polvos de estrellas... «¿Y Amerina?... ¿y Proliserpe?»... me las fui encontrando una por una... la blanca y la rosa... «¿Quieres que te las enseñe?...» En tiempos se las sabía, el tío Edouard, las constelaciones... Se sabía incluso todo el gran Cenit, en cierto momento... del Triángulo al Sagitario, ¡el Boreal casi de memoria!... ¡Todo el «Flammarion» se sabía y, lógicamente, el «Pereires»!... Pero se le había olvidado

todo... Ya no recordaba ni una sola... ¡Ya ni siquiera encontraba «Libra»!

«¡Ah, hijo! ¡ahora ya no tengo ojos!... ¡Creo en tu palabra! ¡Míralo todo eso por mí!... ¡Ya ni siquiera puedo leer el periódico! ¡Me estoy quedando tan miope estos días, que me equivocaría de astro a un metro! ¡Ya es que no vería el cielo siquiera, aun estando dentro! ¡Tomaría el Sol por la Luna!... ¡Ah! ¡fíjate!» Lo decía de cachondeo...

«¡Ah! Pero no importa...», añadió, «¡A ti te encuentro hecho un sabio! ¡Ah! pero, ¡tú estás fuerte! ¡Jolines, qué progresos has hecho!... ¡No es moco de pavo! ¡Jalar no habrás jalado allí!... Pero, ¡la de ideas que has asimilado!... ¡Te has llenado de sabiduría!... ¡Ah! ¡Estás empolladísimo, chaval!... ¡Te has atiborrado la cabezota!... ¿Eh? ¡di, muchacho! Pero ¡si es pura ciencia, qué caramba!... ¡Ah! ¡no hay duda!...» ¡Ah! lo hacía reír... Volvimos a hablar un poco de Courtial... Quiso saber algún detalle sobre su fin... Me hizo algunas preguntas más... ¿Cómo había terminado? ¡Ah! ¡Ya no podía soportar más que me hablara de eso!... Me entraba un pánico... Un ataque casi como a la vieja... ¡Ya no podía contener las lágrimas!... ¡Leche!... ¡Estaba feo!... Me sacudía los huesos... ¡Y eso que yo era duro!... Debía de ser la intensa fatiga...

«Pero, ¿qué te pasa, hombre?... Pero, ¡si es que estás deshecho! Pero, bueno, ¡no debes impresionarte!... Lo que decía antes sobre tu colocación, era sólo por hablar... ¡No lo decía en serio! ¡No hay que tomárselo así! ¡No te vas a asustar, por semejantes pamplinas!... Bien que me conoces, ¿no?... ¿Es que no tienes confianza en tu tío?... ¡No lo decía por echarte!... ¡Anda, tontín! ¿no me has entendido?... ¡Sécateme esas lágrimas ahora mismo! ¡Pareces una niña ahora!... ¿Eh, chavalín? ¿se acabó?... ¡Los hombres no lloran!... ¡Te quedarás hasta que haga falta!... ¡Y en paz! ¡Pues vaya!... Lo primero es que engordes... Quiero verte inflado otra vez, ¡rollizo! ¡atiborrado! ¡con una panza así! ¡No te admitirían en ningún sitio! ¡No te vayas a creer! ¿así?... ¡No te puedes defender en este plan!... ¡No admiten a los tirillas! ¡Hay que estar cachas para colocarse! Tienes que partir la boca a todos... ¡Baúm!... ¡Derríbamelos!... ¡Un derechazo! ¡Bang! Un gancho... ¡Camarero! ¿Diga, señor? ¡Una de bíceps!...» Él me consolaba como podía, pero yo no podía parar. Me estaba volviendo una fuente...

«Quiero irme tío... ¡Marcharme!... ¡Lejos!...»

«¿Cómo que irte?... ¿Marcharte adónde?... ¿A la China?... ¿Lejos? ¿Adónde?...»

«¡No sé, tío!... ¡No sé!...» Cada vez me chorreaban más los ojos... Me volví a levantar... ¡Me asfixiaba!... Pero, una vez de pie, tropecé... Tuvo que sostenerme... Cuando llegamos a su casa, ¡él ya no sabía qué hacer, la verdad!... ¡Ni qué decir!...

«Bueno, bueno, ¡chico!... ¡chiquillo!... ¡Tienes que olvidar todo eso, de todos modos!... ¡No he dicho nada!... ¡No es culpa tuya, pobre chinorri! ¡Anda! ¡Tú no tienes nada que ver!... Courtial, ¡ya sabes cómo era!... ¡Un hombre extraordinario!... ¡Un perfecto sabio!... ¡En eso estoy totalmente de acuerdo!... Siempre lo he dicho, el primero... ¡Y creo que tenía buen corazón!... Pero, ¡era un aventurero!... ¡Instruidísimo, desde luego! ¡Muy capaz y tal!... ¡y que sufrió mil injusticias!... ¡Sí! ¡eso también, desde luego!... Pero, ¡no era la primera vez que se paseaba por los precipicios!... ¡Ah! ¡Era una cebra para los riesgos!... ¡Coqueteaba con las catástrofes!... Además, si alguien es aficionado a las carreras, ¿no?... ¡Es que le gusta romperse la crisma!... ¡No puede cambiar!... No se lo puedes impedir... ¡Tienen que topar con la desgracia!... ¡Hombre! ¡Muy bien!... ¡El gusto por el riesgo!... Pero, ¡me da mucha pena! ¡Ah! Créeme, ¡me ha afectado mucho!... Sentía admiración por él... ¡E incluso sincera amistad!... ¡Era un talento excepcional!... ¡Ah! ¡Lo comprendo muy bien! ¡Un valor auténtico!... Parezco tonto, pero entiendo bien... Sólo, que no es razón que él acabe de morir, ¡para que tú pierdas las ganas de comer!... ¡te quedas en los huesos!... ¡Ah! ¡eso, no, vamos! ¡Estaría bueno! ¡Ah! ¡Qué hostia! ¡No!... ¡No podrías ganarte la vida en el estado en que te encuentras!... ¡A tu edad no se destruye uno la salud así, qué caramba, por un contratiempo!... ¡No vas a pasarte la vida dándole vueltas a eso!... Pero, ¡si no has acabado, titi!... ¡Vas a tener muchos más, hombre!... ¡Deja los lloriqueos para las tías!... ¡No van a dejar de mear por eso!... ¡Les da un placer de muerte!... Pero, ¡tú

eres un machote!... A ver, ¿es que no eres un machote, tú, tururú? ¡No te vas a ahogar en el llanto!... ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¿Te lo imaginas en la sopa?...» Me daba cachetitos... ¡Intentaba hacerme reír!...

«¡Ah! ¡el pobre sauce llorón!... ¿Así vuelve del campo?... ¡Descuajaringado!... ¡Derrotado!... ¡Aplastado!... ¡Vamos, chaval!... ¡Vamos! ahora, ¡valor!... Mira, ¡no te volveré a hablar de tu marcha!... ¡Te vas a quedar conmigo!... ¡No te vas a colocar en ninguna parte!... ¡Concluido! ¡Decidido!... A ver, ¿estás más tranquilo?... ¡No buscarás nunca más una colocación!... ¡A ver! ¿Estás contento ahora?... Mira, ¡te voy a coger yo, en mi taller!... Tal vez no sea gran cosa ser aprendiz con tu tío... Pero, en fin, ¡mala suerte!... ¡La salud es lo primero! Las costumbres, ¡allá películas!... ¡Lo demás siempre se arregla! ¡La salud! ¡y ya está!... ¡Y te formaré! ¡mira, hombre! ¡Antes que nada quiero que ganes peso!... ¡Ah! ¡Sí! A ti te atormenta lo de buscar colocación... Bien que lo vi en casa de tus padres... No tienes facilidad de modales, no tienes temperamento para ello... Nunca más te verás obligado... ¡ya que es eso lo que te horroriza!... Te quedarás siempre conmigo... No llamarás a más puertas... De corredor de comercio no tendrías porvenir... ¡Ah, eso, no! ¿Eh? ¡Mejor no puedo! ¡Mejor no puedo decírtelo!... ¿No te gusta ir a presentarte?... ¡Bueno! ¿Es eso lo que te da canguelo?... ¡Vale!»

«¡No, tío! ¡No es tanto eso!... Pero quisiera marcharme...»

«¡Marcharte! ¡Marcharte! Pero, ¿adónde?... Pero, ¡si es que te tiene atormentado eso, chiquillo!... Pero, ¡si es que ya no te comprendo!... ¿Quieres volver a esa aldea?... ¿Quieres criar zanahorias?»

«¡Oh! ¡No! tío... ¡Eso, no!... Me gustaría irme a la mili voluntario...»

«Pues, ¡vaya una ocurrencia más genial que has ido a tener!... ¡Ah! ¡pues sí! ¡Qué decidido!... ¿Irte voluntario?... ¿Adónde?... Pero, ¿para qué?... ¡Te sobra tiempo, chaval!... ¡Ya irás con tu quinta! ¿A qué vienen esas prisas?... ¿tienes vocación militar?... ¡Tiene gracia, hombre!...» Me observaba atento... Le parecía insólito... Me miraba fijamente...

«Eso es una chifladura, hijo... ¡Te viene como las ganas de mear!... Pero, ¡igual se te pasará también!... ¿No querrás volverte como Courtial? ¿Quieres volverte un chiflado?... ¡Ah! Y tus padres, ¿qué? ¿eh?... ¿No lo has pensado por un momento?... ¿Cómo se van a poner? ¡Ah, menuda serenata! ¡Ah! ¡no va a haber forma de que callen! ¡Dirán que el responsable soy yo!... ¡Ah! Entonces, ¡menudo!... ¡Que si te he inculcado ideas raras! ¡Que si estás majara como tu viejo!...»

No estaba nada contento... ¡Me dieron ganas de confesarle todo!... Así, de golpe... ¡Cualquier cosa!... ¡De cualquier modo!...

«Pero, si es que no sé hacer nada, tío... No soy serio... no soy juicioso...»

«Pues, ¡claro que eres serio, chavalote! Yo te conozco bien... ¡Claro que sí! ¡que eres juicioso!»

Yo ya no podía parar de llorar...

«¡No! ¡Soy un farsante, tío!...»

«¡Qué va! ¡Qué va! ¡muchacho!... Al contrario, ¡eres un tontaina! Eres un buenazo, ¡te lo digo yo!... ¡No tienes ni pizca de malicia! ¡Siempre te la pegan!... ¡Te hizo el avión, el viejo tunante! ¿Es que no lo ves, majo? ¡Es eso lo que no puedes tragar!... ¡Te hizo la pirula!»

«¡Ah, no! ¡Ah, no!» Yo estaba obsesionado... No quería explicaciones. Le supliqué que me escuchara... «¡Sólo he sabido dar disgustos a todo el mundo!» Se lo dije y se lo repetí... ¡Ah! Y, además, ¡tenía un mareo!... Y luego se lo volví a decir... ¡siempre iba a dar disgustos a todo el mundo!... ¡Ésa era la terrible evidencia para mí!...

«¿Lo has pensado bien?...»

«¡Sí! ¡tío!... Sí, te lo juro, lo he pensado bien... ¡Quiero irme!... Mañana... mira... mañana...»

«¡Ah! Pero, ¡si no vas a apagar un incendio!... ¡Ah, eso, no!... ¡Descansa un poco más! ¡No puedes marcharte así!... ¡Por un capricho!... ¡No se firma por un día!... ¡Es por tres años, amigo!... Por mil ochenta y cinco días... ¡más los recargos!...»

«Sí, tío...»

«Pero, bueno, ¡si no eres tan malo!... ¡Nadie te rechaza!... ¡Nadie te acusa!... ¡Aquí no estás mal,

jolines!... ¿Eh?... ¿Te he maltratado yo alguna vez?...»

«Soy yo, tío, el que es malo... No soy serio. ¡Tú no sabes, tío!... ¡No sabes!...»

«¡Ah! ¡ya empezamos otra vez! Pero, ¡si es que es una manía, pobre chico!... ¡que te preocupes hasta ese punto!... Pero si es que vas a caer enfermo de verdad...»

«¡No resisto más, tío!... ¡No puedo más!... ¡Ya tengo la edad, tío!... ¡Quiero marcharme!... ¡Me iré mañana, tío!... ¿No te importa?...»

«¡Mañana, no, muchacho! ¡Mañana, no! ¡Ahora mismo! ¡Venga! ¡Ahora mismo!» Se estaba poniendo nervioso... «¡Ah! ¡mira que eres cabezón, jolines! ¡Vas a esperar quince días! ¡Y un mes incluso! ¡Dos semanas para darme gusto! Ya veremos... además, es que no te admitirían nunca, ¡tal como estás!... Ya puedes estar seguro de antemano... ¡Darías miedo a todos los médicos militares!... ¡Primero tienes que ponerte bien! ¡Eso es lo esencial!... ¡Te pondrían de patitas en la calle como a un sinvergüenza!... ¿Te imaginas?... ¡No admiten a soldados esqueléticos!... ¡Tienes que atracarte y ganar kilos!... ¡Por lo menos diez! ¿me oyes?... ¡Te lo aseguro!... ¡Diez para empezar!... ¡Si no! ¡Nasti!... ¿Quieres ir a la guerra?... Pero... ¡Pero bueno! ¡Resistirías menos que un mosquito!... ¿Dónde se ha visto a un zuavo flaco como un palillo!... ¡Venga! ¡Venga! ¡ya hablaremos después de eso!... ¡Anda! ¡Pocas chichas! ¡corta, pues, esos suspiros!... ¡Ah! ¡pues sí! ¡No se iban a reír ni nada!... ¡No se iban a andar con chiquitas en el Consejo al verte de carne y hueso!... ¿Y en el cuerpo de guardia?... ¡Ah! ¡menudo ataque! ¡Hola, soldado llorica!... ¿Prefieres "zapador"?... ¿Dónde te vas a enganchar?... ¿No sabes aún?... A ver, ¿por cuál te vas a decidir?...»

Me daba del todo igual, en realidad...

«¡No sé, tío!...»

«¡No sabes nada!... ¡Nunca sabes nada!...»

«Mira, tío, ¡te quiero mucho!... Pero, ¡no puedo quedarme!... ¡No puedo más!... ¡Tú eres muy bueno conmigo!... ¡No me lo merezco, tío! ¡No me lo merezco!...»

«¿Por qué no te lo mereces?... ¡di, tontaina!...»

«¡No sé, tío!... ¡A ti también te doy disgustos!... ¡Quiero irme, tío!... Quiero ir a engancharme mañana...»

«¡Ah! bueno, entonces, ¡decidido!... ¡Acepto! ¡Vale! ¡No se hable más! Pero, ¡sigo sin saber qué regimiento has escogido!... ¡Ah! pero, ¡si es que tienes el tiempo justo!...» Se burlaba de mí...

«¿No quieres ir a infantería?... ¿No te gusta la "Reina de las Batallas"?... ¿No?... ¡Comprendo!... ¡No quieres cargar con nada!... ¡Los treinta y dos kilos! Tú, chaval, lo que quieres, ¡es que te lleven en volandas! ¡Camuflaos, hostias!... ¿No te hace tilín?... ¡Bajo el estiércol, ahí, a la izquierda!... ¡A desfilar! ¡Un! ¡dos! ¡un! ¡dos!... ¿No te apetecen unas maniobras curiositas?... ¡Ah! ¡Ah! ¡tunante!... ¡Aprovechad el terreno!... ¡Tú debes de estar empollado en eso!... ¡Has visto bastantes terrenos!... ¿Sabes ya cómo se hace?... ¿Los moñigos alrededor?... ¿Eh?... ¡Pero, preferías las estrellas!... ¡Ah! ¿Cambias de opinión?... ¡No has tardado mucho!... ¿Astrónomo, entonces?... ¡Astrónomo!... ¡Irás al "1er telescopio"! ¡Regimiento de la Luna!... ¿No? ¿No te interesa nada de lo que te presento?... ¡Eres difícil de contentar! ¡Ya veo que prefieres la infantería, de todos modos!... ¿Eres andarín?... ¡Vas a tener ampollas, muchacho!... "¡Los calcorros pesan en la bolsa! ¡los calcorros!"... ¿Prefieres forúnculos en las nalgas?... Bueno pues, ¡a la caballería!... ¡De forrajeador! ¡Hostias!... La infantería de marina, ¿te va?...

¡Vamos a beber arriba! ¡Vamos a beber!...»

Hacía el clarín con la boca: «¡Ta-ra-ta-ta! ¡Ta-ta-ta!...»

«¡Ah! ¡Eso, no, tío!... ¡Eso, no!...» Me recordaba al otro gachó.

«¡Qué sensible eres, pobre chaval!... ¿Cómo vas a hacer en la batalla salvaje?... ¡Espera!... ¿No lo has pensado todo?... ¡Quédate aquí! ¡Aún tienes cinco minutos!... Quédate aún un poco conmigo... ¡Cosa de dos, tres semanas!... ¡Lo suficiente para que lo veas claro!... Mira, ¡digamos un mes!...»

«¡No, tío!... Prefiero que sea en seguida...»

«¡Ah! ¡tú! ¡Tú eres como tu madre!... Cuando se te mete algo en la chola, ¡no hay quien te lo quite!... ¡Ah! Ya no sé qué más decirte... ¿No te gustaría ser coracero?... Con esas chichas, ¡no quedarías mal a caballo! ¡Ya no te verían en la coraza!... ¡Serías un fantasma en el regimiento!... ¡No te podrían acertar con la pica!... ¡Eso no estaría mal!... ¡Ah! ¡Una idea maravillosa! Pero hasta para eso, ¡tienes que engordar!... ¡ni siquiera para fantasma abultas bastante!... Pobre chorra, ¡te faltan por lo menos diez kilos!... ¡Y no exagero!... ¡Los diez kilos!... ¿Prefieres esa combinación?...»

«¡Sí, tío!...»

«¡Ya te veo a la carga!...» ¡Yo no veía nada!...

«¡Sí, tío!... Sí, prefiero esperar...»

«¡Los “sorchis”! ¡Ferdinand!... ¡“Sorchi”!... ¡El amigo de las chachas! ¡El apoyo de la acorazada! ¡El terror de los artilleros!... ¡No va a faltar nada en la familia!... No irás a la marina... ¡Ya estás mareado ahora!... Conque, como comprenderás... Y tu padre, ¿que sirvió cinco años? ¿Qué nos dirá?... ¡Él, en las baterías pesadas!... ¡No va a faltar nada en la familia!... ¡Todo el ejército, chavalote!... ¡El 14 de julio en casa!... ¿Eh?... ¡Taratata! ¡Ta-ta-ta!...»

También para animarme, fue a buscar su quepis, estaba encima de la chimenea, a la derecha, cerca del espejo... Aún veo su borla, un reclutilla amarillo... Se lo había puesto en las batallas...

«¡Ahí tienes, Ferdinand! ¡El ejército entero!...» Era una conclusión alegre.

«¡Venga, hombre!», cambió de tono... «¡Todo eso son camelos!... ¡Aún podrías cambiar de opinión!... Aún no tienes la hoja en el bolsillo... ¿y el número de registro, amigo? ¡Anda, chorchi!... ¡Tienes tiempo de sobra!...» Suspiró... «¡Para hacer gilipolleces siempre hay tiempo!... Ahora estás trastornado... Es comprensible... Has llorado como una Magdalena... ¡Debes de tener mucha sed!... ¿No?... ¿Quieres un trago?... ¡Tengo un calvados superior!... Te pondré azúcar... ¿No quieres?... ¿Prefieres un simple chato de tinto, morapio de la casa? ¡Quieres que te lo ponga a calentar?... ¿Quieres una manzanilla?... ¿Una copa de anís?... ¿Prefieres sobar? ¡Ya sé!... ¡Márcate una siesta, para empezar!... ¡Lo más indicado!... Mira, el que dice gilipolleces soy yo... Lo que necesitas es diez horas de un tirón... ¡Hale, venga!... ¡querido sobrino!... ¡Basta de cháchara!... ¡Saquemos la camita del chiquitín!... ¡Ah! ¡el pobre chavea!... ¡Ha tenido demasiadas desgracias! ¡No te sienta bien el campo! Eso, chico, podría haberlo jurado yo... Conque, ¡quédate conmigo!...»

«¡Me gustaría, tío!... ¡Me gustaría mucho!... Pero no es posible, ¡te lo juro!... ¡Más adelante, tío!... ¡Más adelante? ¿quieres?... Ahora no haría nada bueno... ¡No podría!... Di, tío, ¿quieres que me marche?... ¡Dime que se lo pedirás a mi papá!... ¡Estoy seguro de que él aceptará!...»

«¡Que no! ¡Que no! ¡No quiero!...» Lo ponía de mala leche... «¡Ah! ¡Mira que eres cabezón, la verdad!... ¡Ah! ¡Mira que puedes ser obstinado!... ¡idéntico a Clémence!... ¡La Virgen! ¡Te viene de familia!... Pero, ¡te estás destruyendo con ganas!... Ahora, ¡que la mili no es como te imaginas!... ¡Es aún más dura que un currelo!... No puedes darte cuenta... ¡Sobre todo a tu edad!... ¡Los otros tienen veintiuna castañas! ya es una ventaja. Tú no tendrías fuerza para resistir... Habría que recogerte con cucharilla...»

«No sé, tío, pero, ¡más vale que pruebe!...»

«¡Ah! Pero, ¡si es que ya es manía!... ¡Venga! ¡Venga! ¡Vámonos a la piltra! Ya sólo dices chorradas, mañana volveremos a hablar de eso... Pero creo sobre todo que estás agotado... Esa idea es como si tuvieses fiebre. Farfullas y después ya es que es demasiado... ¡Ah! Te han dado una buena con el azadón... ¡Ah! ¡ya era hora de que volvieses!... ¡Ah! ¡te han dado para el pelo bien!... ¡Cómo te han

caneado en el campo!... ¡Ah! ¡Es el colmo!... ¡Ahora ya es que dices gilipolleces! Pues, ¡mira, colono!... te voy a reponer yo... ¡Me vas a jalar con ganas!... ¡Ya te aviso desde ahora!... ¡Todos los días legumbres!... ¡mantequilla! ¡y carne! ¡y de primera!... nada de chuletitas, ¡te lo aseguro!... ¡Y chocolate cada mañana!... Más luego, ¡aceite de hígado de bacalao a base de bien! ¡Ah! ¡Si sabré yo lo que hay que hacer!... ¡Se acabaron las chucherías! ¡y el vivir del aire!... Pues, ¡claro que sí, hijito!... ¡Basta de cháchara!... ¡Hale, venga! ahora, ¡a la piltra!... ¡Todo eso son pamplinas!... Simplemente, ¡estás muy impresionado!... Es lo que me parece a mí, ya ves... ¡Estás traumatizado!... A tu edad, ¡la recuperación es muy rápida!... ¡Basta con no pensar más!... ¡Pensar en otra cosa!... ¡Y jalar como cuatro!... ¡como treinta y seis!... Dentro de ocho días, ¡parecerá un sueño!... ¡Garantizado por el Banco de Francia! ¡Y el Boticario Botín!»

Sacamos la piltra del armario... La plegable que chirriaba por los cuatro costados... Se había quedado minúscula... Cuando intenté tumbarme, me enmarañaba entre los barrotes... Preferí el colchón en el suelo... Me puso otro más... uno suyo... Yo seguía temblando como una hoja... Me dio más mantas... Seguía el tembleque... Me tapó completamente, sepultado bajo un montón de abrigos... Todas sus pieles de oso, encima de mí... ¡Había la tira en el armario!... Aun así, tiritaba... Miraba las paredes del cuarto... ¡También se habían quedado pequeñas! Era el del medio, el de El ángelus...

«¡No puedo forrarte más! ¿Eh?... Di, ¡viejo cocodrilo! No voy a asfixiarte, ¿no?... ¿Qué te parece?... ¿si no vuelvo a encontrarte?... ¡Ah! ¡Pues sí! ¡Menudo! ¡la que se iba a armar!... ¡una buena! ¡Pues sí! ¡iba a estar guapo, el sorche!... ¡Liquidado bajo las mantas!... ¡No veas, entonces!... ¡La que me iba a ganar!... ¡Ah! ¡me iban a dar para el pelo en el Passage!... ¡Ah! ¡ya lo creo! ¡Su querido hijo!... ¡Su tesoro! ¡Cualquiera les explicaba!... ¡Fallecido en su jugo, el monstruo! ¡Pfuac! ¡Absolutamente! ¡Huy, huy, huy! ¡Qué chanchullo!... ¡Emperador, no tiréis más!... ¡El patio está lleno!...» Yo me crispaba para reír al unísono con él... Se fue a su alcoba... Desde lejos me avisó...

«Oye, ¡dejo mi alcoba abierta!... Si necesitas algo, ¡no tengas miedo de llamar!... No es una vergüenza estar enfermo... ¡Vengo en seguida!... Si te sigue el cólico, ¿sabes dónde está el retrete?... ¡El pasillito de la izquierda!... ¡No te equivoques con la escalera!... La lámpara está sobre la consola... No hace falta que la apagues... Y si tienes ganas de vomitar... ¿no preferirías un orinal?...»

«¡Oh, no, tío!... Iré allí...»

«¡Bueno! Pero, si te levantas, ¡échate en seguida un abrigo por encima! ¡Coge uno del montón! ¡uno cualquiera!... En el pasillo podrías diñarla... ¡Abrigos no faltan precisamente!...»

«No, tío.»

Louis-Ferdinand Céline (Courbevoie, 1894-París, 1961), uno de los máximos exponentes de las letras francesas y de la literatura contemporánea, participó en la Primera Guerra Mundial, en la que resultó gravemente herido, y en 1924 se doctoró en medicina y trabajó cuatro años para la Sociedad de Naciones. Su primera novela, Viaje al fin de la noche (1932), lo reveló como un narrador excepcional. Siguieron: Muerte a crédito (1936), el libelo antisemita Bagatelles pour un massacre(1938); L'école des cadavres (1938), presentimiento apocalíptico de la inminente catástrofe, y Guignol's band (1943). La extraña conducta de este negador de todo, colaboracionista del gobierno de Vichy, le obligó a huir a Alemania y Dinamarca, donde fue condenado a muerte y después indultado. En 1952 regresó a Francia y permaneció en París hasta el año de su muerte. Fruto de las amargas experiencias de sus últimos años son Fantasía para otra ocasión (1952 y 1954), De un castillo a otro (1957), Norte (1960), Rigodón (1969) y Cartas de la cárcel (1998), un libro en el que se recogen las cartas que el autor escribió a su mujer, Lucete Destouches y a su abogado, Thorvald Mikkelsen, desde la cárcel Vestre Faengsel entre 1945 y 1947.

---

notes

Notas a pie de página

[1] Lustucru: nombre de un payaso, derivado de L'eûsses-tu cru («¿Lo habrías creído?»).

[2] La Patrie era, antes de la primera guerra mundial, un periódico de derechas de gran difusión. Era un diario con grandes titulares, que explotaba de buen grado los escándalos y, durante las grandes crisis de finales de siglo, recurrió sucesivamente al antiparlamentarismo, el antisemitismo, la anglofobia, el antimasonismo, etc.

[3] François-Vincent Raspail (1794-1878) fue químico y republicano fervoroso. Escribió libros de divulgación sobre los principios de la medicina e ideo un método terapéutico sencillo y barato, destinado principalmente a la clase obrera y basado en el alcanfor y el áloe. Fue procesado (1846) por ejercicio ilegal de la medicina.

[4] Teatro Robert Houdin: fundado por Robert Houdin, famoso mago y prestidigitador. Georges Méliès, primer director de cine, fue su director durante muchos años.

[5] Viaje a la Luna: película de Georges Méliès (1902) inspirada en la novela de Julio Verne De la Tierra a la Luna (1865). Duraba quince minutos y tuvo un gran éxito en Francia.

[6] Los Reines Serpollet eran coches célebres de la época. Su constructor fue Léon Serpollet y podían alcanzar los 120 km/h; habían ganado diversas competiciones, entre otras, la Copa Rothschild de Niza en tres ocasiones.

[7] Casquets: grupo de islotes cercano a Alderney.

[8] Félix Mayol (1872-1941), célebre cantante de opereta, aparecía en las carteleras peinado con tupé, muy elegante, y una ramita de muguete en el ojal.

[9] Jean Giono, que tenía la misma edad que Céline, recuerda en un relato inacabado y aún inédito, Dragoon, un hecho que explica esta expresión: «Los ingleses eran nuestros enemigos en aquella época [la de la guerra de los Boers]; había periódicos en que se veía a la gruesa Albión alzándose las faldas y enseñando el culo a los transeúntes, y era el retrato de la reina.

[10] Ministrels: compañías de cantantes de Estados Unidos de mediados del siglo XIX. Más adelante, ese nombre designó, también en Inglaterra, a los cantantes disfrazados y maquillados como negros, que representaban escenas cómicas imitando a los negros, sus cantos y su acento.

[11] Borda: barco-escuela de la Marina francesa, que solía fondear en la ensenada de Brest.

[12] El Ambigu, o Ambigu-Comique, se encontraba en el Boulevard Saint-Martin. Era un teatro de gran aforo, en el que, antes de la Primera Guerra Mundial, se representaban sobre todo dramas y melodramas.

[13] Wallace: una de las cien fuentes que un inglés, Sir Richard Wallace, había donado a París en 1872.

[14] El Hôpital Saint-Louis, situado en la Rue Bichat, es uno de los más antiguos de París; su fundación por Enrique IV se remonta a 1604. Está especializado en el tratamiento de las enfermedades de la piel y venéreas.

[15] El velódromo Buffalo estaba situado en Neuilly-sur-Seine, entre la Porte Maillot y la Porte des Ternes. En primavera y verano se celebraban carreras todos los domingos por la tarde.

[16] La Galerie des Machines se había edificado, igual que la Torre Eiffel, en el Champ de Mars, para la Exposición Universal de 1889. Sirvió de nuevo para la Exposición de 1900, antes de ser destruida en 1909. Era una inmensa construcción rectangular de pilares metálicos, cuya superestructura era una marquesina semicilíndrica de metal y vidrio. Durante sus veinte años de existencia, se utilizó para toda clase de manifestaciones, en particular de velódromo.

[17] Edouard Surcouf era un ingeniero que había publicado varios estudios de aeronáutica y que

conocía a Marquis-Graffigny, cuyo volumenLa aerostación había prologado.

[18] Alphonse Bertillon (1853-1914) fue el creador de un sistema de identificación judicial, mediante, entre otras cosas, las huellas dactilares.

[19] Matchiche: Baile popular de origen español. Se introdujo en Francia desde Brasil hacia 1904 e hizo furor durante unos años.

[20] Sociedad para el perfeccionamiento de la raza equina (Société pour l'amélioration de la race chevaline): una de las organizaciones que supervisan las carreras de caballos en Francia.

[21] En el Bulevar Arago, delante de la cárcel de la Santé, se hicieron las últimas ejecuciones públicas.

[22] François-Eugène Vidocq (1775-1857): aventurero, presidiario, espía y detective, que llegó a ser jefe de la policía de París. Inspiró a Balzac su personaje Vautrin.

[23] El Credit Municipal, o «Monte de Piedad».

[24] Quai des Orfèvres, donde se encuentran los servicios de la policía judicial.

[25] Koh-i-noor: diamante célebre, el gran diamante de los mongoles, que, a través de la Compañía de las Indias, llegó a poder de la reina Victoria.

[26] Farfadet: modelo de submarino.

[27] Grupo de anarquistas dirigido por Joseph Bonnot (1876-1912), especializado en atracos de bancos en favor de su causa. Bonnot y tres de sus compañeros murieron al ser detenidos en 1912.

[28] Pierre-Victurnien Vergniaud (1753-1793), diputado girondino que votó a favor de la muerte de Luis XVI. Fue ejecutado en 1793, junto con otros dirigentes de la Gironda.

[29] Donde se encontraba el Ministerio de Educación.

[30] La referencia a La balsa de la Medusa de Géricault no está del todo clara. El cuadro representa a los hambrientos y no la embarcación que ha de salvarlos.

[31] Hospital Psiquiátrico de Charenton.